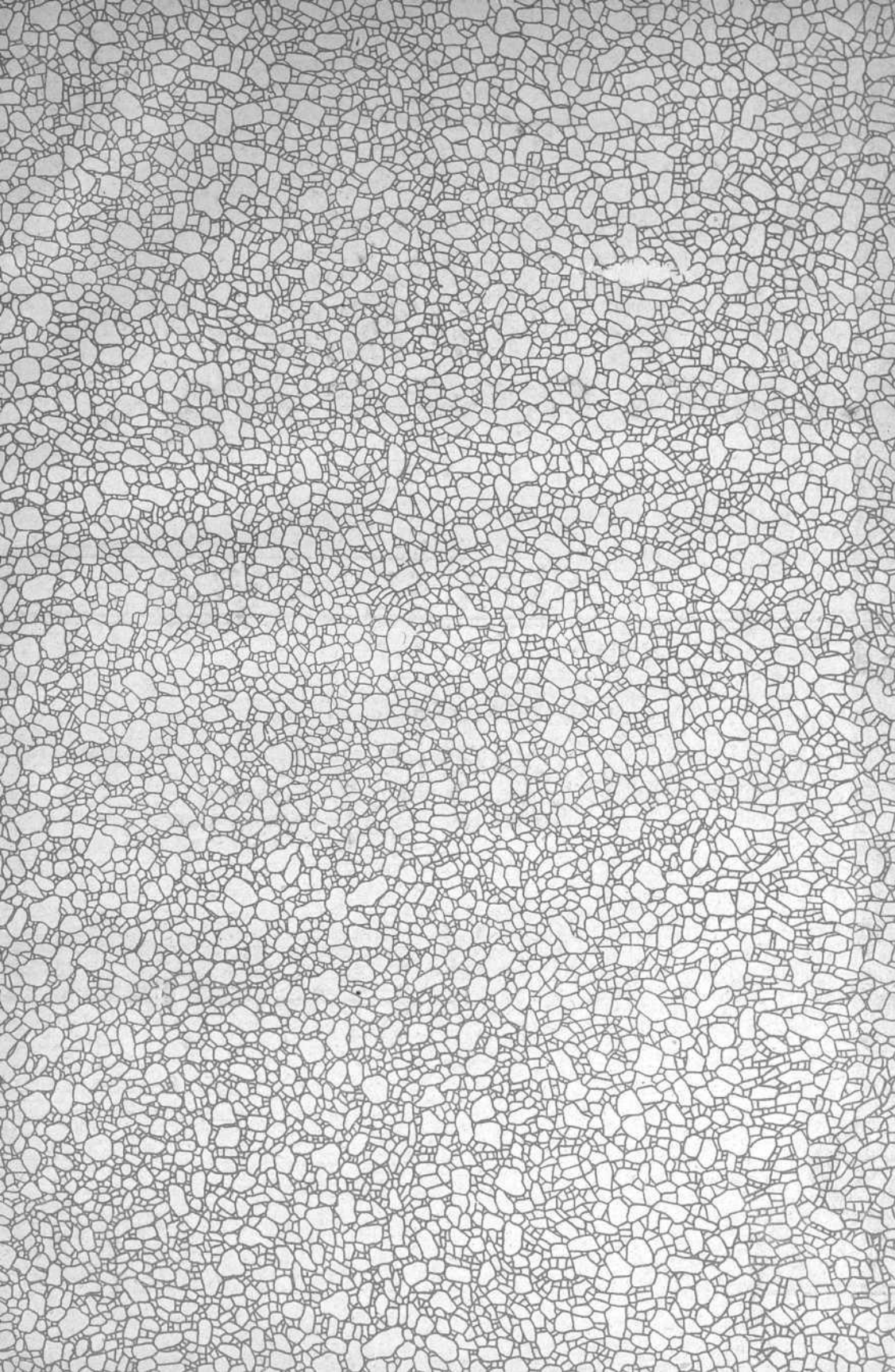
BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

Víctor Hugo

Los Miserables

TOMO I

P
1598



LOS MISERABLES

TOMO I


B.P. de Soria
61091974
D-2 14752

D-2
14752

R. 111

BIBLIOTECA DE GRANDES NOVELAS

BIBLIOTECA PÚBLICA

VÍCTOR HUGO

LOS MISERABLES

MUSEO PEDAGÓGICO

VERSIÓN ESPAÑOLA

TOMO I

CASA EDITORIAL SOPENA BARCELONA

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97
1931

Mientras, a consecuencia de las leyes y de las costumbres, exista una condenación social, creando artificialmente, en plena civilización, infiernos, y complicando con una humana fatalidad el destino, que es divino; mientras no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradación del hombre por el proletariado, la decadencia de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por las tinieblas; en tanto que en ciertas regiones sea posible la asfixia social; en otros términos y bajo un punto de vista más dilatado todavía, mientras haya sobre la tierra ignorancia y miseria, los libros de la naturaleza del presente podrán no ser inútiles.

VÍCTOR HUGO.

Ramón Sopena, impresor y editor, Provenza, 93 a 97.—Barcelona

PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS

LOS MISERABLES

PRIMERA PARTE

FANTINA

LIBRO PRIMERO

Un justo.

I

MONSEÑOR MYRIEL

En 1815, era el obispo de D. el ilustrísimo Carlos-Francisco-Bienvenido Myriel, un anciano de cerca de setenta y cinco años, que ocupaba la sede de D. desde 1806.

Aunque esta circunstancia no interesa en manera alguna al fondo de lo que vamos a referir, quizá no será inútil, aun cuando no sea más que para ser exactos en todo, indicar aquí los rumores y las habladurías que habían circulado acerca de su persona, cuando llegó por primera vez a su diócesis.

Lo que de los hombres se dice, verdadero o falso, ocupa tanto lugar en su destino, y sobre todo en su vida, como lo que hacen. El señor Myriel era hijo de un consejero del Parlamento de Aix, nobleza de toga. Decíase que su padre, reservándole para heredar su puesto, le había casado aún muy joven, a los diez y ocho o veinte años, según costumbre muy admitida en las familias de la magistratura. Decíase que Carlos Myriel, no obstante este matrimonio, había dado que hablar mucho de sí. Era de buena presencia, aunque de estatura pequeña, elegante, gracioso, inteligente; y toda la primera parte de su vida habíanla ocupado el mundo y la galantería.

Sobrevino la Revolución; precipitáronse los sucesos; las familias de la magistratura antigua, diezmadas, perseguidas, acosadas, se dispersaron, y el señor Carlos Myriel emigró a Italia en los primeros días de la Revolución. Su mujer murió allí de una enfermedad de pecho, de que hacía largo tiempo estaba atacada. No habían tenido hijos. ¿Qué pasó después en los destinos del señor Myriel?

El hundimiento de la antigua sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos espectáculos del 93, más espantosos aún para los emigrados que los veían de lejos con el aumento que les prestaba el terror, ¿hicieron ger-

minar tal vez en su alma ideas de retiro y de soledad? En medio de las distracciones y de los afectos que ocupaban su vida, ¿fué por ventura súbitamente herido de uno de esos golpes misteriosos y terribles, que algunas veces vienen a derribar, hiriéndole en el corazón, al hombre a quien las catástrofes públicas no conmoverían, si le hiriesen en su existencia o en su hacienda? Nadie hubiera podido decirlo : sólo se sabía que a su vuelta de Italia era sacerdote.

En 1804 el señor Myriel desempeñaba el curato de B. (Brignolles). Era ya anciano y vivía en un profundo retiro.

Hacia la época de la coronación de Napoleón, un pequeño asunto de su curato, no se sabe a punto fijo cuál, le llevó a París ; y entre otras personas poderosas, cuyo amparo fué a solicitar en favor de sus feligreses, visitó al cardenal Fesch. Un día en que el Emperador fué a visitar a su tío, el digno cura, que esperaba en la antesala, se halló al paso de S. M. Imperial. Napoleón, notando la curiosidad con que aquel anciano le miraba, se volvió, y dijo bruscamente :

—¿Quién es ese buen hombre que me mira?

—Señor—dijo el señor Myriel—, vos miráis a un hombre bueno, y yo miro a un grande hombre. Cada uno de nosotros puede aprovecharse de lo que mira.

En la misma noche el Emperador pidió al cardenal el nombre de aquel cura, y algún tiempo después el señor Myriel quedó sorprendido al saber que había sido nombrado obispo de D.

¿Qué había de verdad en el resto de las habladurías que se referían a la primera parte de la vida del señor Myriel? Nadie lo sabía. Pocas familias habían conocido a la de Myriel antes de la Revolución.

El señor Myriel debía sufrir la suerte de todo recién llegado a una población pequeña, donde hay muchas bocas que hablan y pocas cabezas que piensan. Debía sufrirla, aunque fuera obispo, y precisamente porque era obispo. Por lo demás, las habladurías en que se mezclaba su nombre no eran más que habladurías, ruido, frases, palabras; menos aún que palabras, «palabrerías», como se dice en el enérgico idioma del Mediodía.

Sea como quiera, a los nueve años de episcopado y de residencia en D., todas estas murmuraciones, asuntos de conversación que ocupan en los primeros momentos a las pequeñas poblaciones y a las personas pequeñas, habían caído en profundo olvido. Nadie hubiera osado hablar de ellas, nadie se hubiera atrevido a recordarlas.

El señor Myriel había llegado a D. acompañado de una solterona, la señorita Baptistina, que era su hermana y contaba diez años menos que él.

Por toda servidumbre tenía una criada de la misma edad que la señorita Baptistina, llamada la señora Magloire, la cual, después de haber sido «el ama del señor cura», tomaba al presente el doble título de doncella de la señorita y ama de llaves de Su Ilustrísima.

La señorita Baptistina era de corta estatura, de rostro pálido, de fisonomía bondadosa ; realizaba el ideal de lo que expresa la palabra «respetable», pues parece necesario que una mujer haya sido madre par ser «venerable». Nunca había sido bonita : su vida, que fué una serie no interrumpida de buenas obras, había acabado por extender sobre su persona como una especie de blancura y de claridad ; y, al envejecer, había adquirido lo que se podría llamar la belleza de la bondad. Lo que en su juventud había sido flacura, en su madurez se había convertido en transparencia, al través de la cual, se veía, no a la mujer, sino al ángel. Era más bien un alma que una virgen. Su persona parecía hecha de sombra : apenas tenía bastante cuerpo para que en él hubiera un sexo ; era un poco de materia que contenía una llama ; grandes ojos, siempre bajos : un pretexto para que un alma permaneciese en la tierra.

La señora Magloire era una viejecilla blanca, gorda, repleta, hacendosa, siempre afanada y siempre sofocada : primero a causa de su actividad, luego a causa de su asma.

A su llegada, instalaron al señor Myriel en su palacio episcopal, con todos los

honores dispuestos por los decretos imperiales, que clasificaban al obispo inmediatamente después del mariscal de campo. El alcalde y el presidente le hicieron la primera visita, y él, por su parte, hizo la primera al general y al prefecto.

Terminada la instalación, la población aguardó a ver cómo se conducía su obispo.

II

EL SEÑOR MYRIEL SE CONVIERTE EN MONSEÑOR BIENVENIDO

El palacio episcopal de D., que estaba contiguo al hospital, era un vasto y buen edificio, construído de piedra a principios del último siglo por disposición de monseñor Enrique Puget, doctor en teología de la Facultad de París y abad de Simore, el cual había sido obispo de D. en 1712. Este palacio era una verdadera morada señorial. Todo en él respiraba cierto aire de grandeza: las habitaciones del obispo, los salones, las habitaciones interiores, el patio de honor, muy ancho, con galerías de arcos, según la antigua costumbre florentina, los jardines plantados de magníficos árboles.

En el comedor, que era una larga y soberbia galería del piso bajo con salida a los jardines, monseñor Enrique Puget había dado, el 29 de julio de 1714, un gran banquete de ceremonia a SS. EE. Carlos Brulart de Genlis, arzobispo príncipe de Embrun; Antonio de Mesgrigny, capuchino, obispo de Grasse; Felipe de Vendôme, gran prior de Francia, abad de San Honorato de Lerins; Francisco de Berton de Grillan, obispo, barón de Vence; César de Sabran de Forcalquier, obispo señor de Glandéve y Juan Soanen, sacerdote del Oratorio, obispo y señor de Senez. Los retratos de estos siete reverendos personajes adornaban aquella sala, y la fecha memorable 29 DE JULIO DE 1714 estaba allí grabada en letras de oro en una lápida de mármol blanco.

El hospital era una casa estrecha y baja, de un solo piso, con jardincito.

Tres días después de su llegada, el obispo visitó el hospital. Terminada la visita, suplicó al director que tuviera a bien ir a verle a su palacio.

—Señor director del hospital—le dijo—: ¿cuántos enfermos tenéis en este momento?

—Veintiséis, monseñor.

—Son los que había contado—dijo el obispo.

—Las camas—replicó el director—, están muy próximas las unas a las otras.

—Lo había notado.

—Las salas, más que salas, son celdas, y el aire en ellas se renueva difícilmente.

—Me había parecido lo mismo.

—Y luego, cuando un rayo de sol penetra en el edificio, el jardín es muy pequeño para los convalecientes.

—También me lo había figurado.

—En tiempo de epidemia—este año hemos tenido el tifus y hace dos años tuvimos la fiebre miliar—se juntan tantos enfermos, más de ciento, que no sabemos qué hacer.

—Ya se me había ocurrido esa idea.

—¡Qué queréis, monseñor!—dijo el director—: es menester resignarse.

Esta conversación pasaba en la galería-comedor del piso bajo.

El obispo calló un momento; luego, volviéndose súbitamente hacia el director del hospital, preguntó:

—¿Cuántas camas creéis que podrán caber en esta sala?

—¿En el comedor de Su Ilustrísima?—exclamó el director estupefacto.

El obispo recorría la sala con la vista, y parecía que sus ojos tomaban medidas y echaba cálculos.

—Bien cogerán veinte camas—dijo como hablando consigo mismo; después, alzando la voz, añadió—: Mirad, señor director, aquí, evidentemente, hay un error. En el hospital sois veintiséis personas repartidas en cinco o seis pequeños cuartos. Nosotros somos aquí tres y tenemos sitio para sesenta. Hay error, os digo; vos tenéis mi casa y yo la vuestra. Devolvedme la mía, pues aquí estoy en vuestra casa.

Al día siguiente, los veintiséis pobres enfermos estaban instalados en el

palacio del obispo, y éste en el hospital.

Monseñor Myriel no tenía bienes, pues su familia había sido arruinada por la Revolución. Su hermana cobraba una renta vitalicia de quinientos francos, que en el curato bastaba a su gasto personal, y monseñor Myriel recibía del Estado, como obispo, una asignación de quince mil francos. El día mismo en que se alojó en el hospital, el prelado determinó de una vez para siempre el empleo de esta suma, del modo que consta en la nota que transcribimos aquí, escrita de su puño:

NOTA PARA ARREGLAR LOS GASTOS DE MI CASA

	Francos.
Para el seminario	1,500
Congregación de la misión	100
Para los lazaristas de Montidier	100
Seminario de las misiones extranjeras de París	200
Congregación del Espíritu Santo	150
Establecimientos religiosos de la Tierra Santa	100
Sociedad de caridad maternal	300
Id. para la de Arlés	50
Obra para mejora de las prisiones	400
Idem para el alivio y rescate de los presos	500
Para libertar a padres de familia presos por deudas	1,000
Suplemento a la asignación de los maestros de escuela pobres de la diócesis	2,000
Pósito de los Altos Alpes	100
Congregación de señoras de D., de Monosque y de Sisteron, para la enseñanza gratuita de niñas pobres	1,500
Para los pobres	6,000
Mi gasto personal	1,000
Total	15,000

Durante todo el tiempo que ocupó el obispado de D., monseñor Myriel no cambió en nada este arreglo. Llamaba a esto, como se ha visto, «tener arreglados los gastos de su casa».

Este arreglo fué aceptado con absoluta sumisión por la señorita Baptistina. Para aquella santa mujer, monseñor Myriel, era a la vez su hermano y su obispo; su amigo según la Naturaleza y su superior según la Iglesia. Lo amaba y lo veneraba a la vez sencillamente. Cuando hablaba, se inclinaba ante sus palabras; cuando obraba, se adhería a sus obras. Sólo la criada, la señora Magloire, murmuraba un poco. El obispo, como se ha podido notar, no se había reservado más que mil francos, los cuales, unidos a la pensión de la señorita Baptistina, hacían mil quinientos francos por año. Con estos mil quinientos francos vivían aquellas dos mujeres y aquel anciano.

Y cuando un cura de aldea iba a D., el obispo todavía encontraba medio de obsequiarle, gracias a la severa economía de la señora Magloire y a la inteligente administración de la señorita Baptistina.

Un día, hacía ya tres meses que se hallaba en D., dijo el obispo:

—El caso es que con todo esto no ando muy holgado.

—Ya lo creo—exclamó la señora Magloire—; como que Su Ilustrísima ni siquiera se ha acordado de reclamar la renta que el departamento le debe para sus gastos de coche en la población y de visitas en las diócesis. A lo menos así lo hacían los obispos en otros tiempos.

—Pues es verdad que tenéis razón, señora Magloire—dijo el obispo.

Y presentó su reclamación.

Algún tiempo después el Consejo General, tomando en consideración la petición del obispo, le votó una suma anual de tres mil francos, con el siguiente epígrafe: «Asignación a Su Ilustrísima el obispo para gastos de carruaje, de correo, postas y visitas pastorales.»

Esto hizo gritar bastante a la clase media de la población, y con tal motivo, un senador del Imperio, antiguo miembro del Consejo de los Quinientos, favorable al 18 brumario, y agraciado, cerca de la ciudad de D. con una magnífica senaduría, escribió al ministro de Cultos M. Bigot de Préamenen, una carta irritada y confidencial, de la que tomamos estas líneas auténticas:

«¡Gastos de carruaje! ¿Para qué en una población de menos de cuatro mil habitantes? ¡Gastos de viaje! ¿Qué falta hacen esos viajes? ¿Ni cómo correr la posta en este país montañoso, donde

no hay carreteras, ni se puede caminar más que a caballo? El puente que hay sobre el Durance en Château-Arnoux, apenas puede sostener las carretas de bueyes. Todos estos curas son lo mismo; avarientos y ambiciosos de todo. Este, al llegar, representó el papel del buen apóstol; pero ya hace lo que los demás, ya necesita carruaje y silla de posta. Ya quiere lujo como los antiguos obispos. ¡Oh, qué tropa ésta la de los clérigos! Señor conde, las cosas no marcharán bien del todo hasta tanto que el Emperador nos haya libertado de las sotanas. ¡Abajo el Papa! (los asuntos con Roma estaban entonces algo embrollados). Por lo que hace a mí, estoy siempre por sólo el César, etc.»

La nueva pensión causó tanto regocijo a la señora Magloire, como mal humor al personaje cuya carta hemos copiado en parte.

—Vaya—dijo a la señorita Baptistina—; el señor ha comenzado por los demás; pero al fin ha sido preciso que acabara, por sí mismo. Ya tiene arregladas todas sus obras de caridad, y estos tres mil francos serán para nosotros.

Aquella misma noche, el obispo escribió y entregó a su hermana una nota del tenor siguiente:

GASTOS DE COCHE Y DE VIAJE

	Francos.
Para dar caldo de carne a los enfermos del hospital.....	1,500
Para la sociedad de caridad maternal de Aix.....	250
Para la sociedad de caridad maternal de Draguiñán.....	250
Para los niños expósitos.....	500
Para los huérfanos.....	500
Total.....	3,000

Tal era el presupuesto de monseñor Myriel.

En cuanto a los derechos episcopales, dispensas de amonestaciones, dispensas de parentesco, predicaciones, bendición de iglesias o capillas, matrimonios, etc., el obispo los cobraba a los ricos con tanto rigor como presteza tenía en dar a los pobres.

Al cabo de algún tiempo afluyeron las ofrendas de dinero. Los que tenían y los que no tenían llamaban a la puerta de monseñor Myriel, los unos yendo a buscar la limosna que los otros acababan de depositar. En menos de un año el obispo llegó a ser el tesorero de todos los beneficios, y el cajero de todas las estrecheces. Grandes sumas pasaban por sus manos; pero nada hacía que cambiara o modificase su género de vida, ni que añadiera lo más ínfimo de lo superfluo a lo que le era puramente necesario.

Lejos de esto, como siempre hay abajo más miseria que fraternidad arriba, todo estaba, por decirlo así, dado aun antes de ser recibido. Era como el agua arrojada sobre una tierra seca: por más que recibía dinero, nunca lo tenía; y cuando llegaba la ocasión se despojaba de lo suyo.

Es costumbre que los obispos encabecen con sus nombres de bautismo sus escritos y cartas pastorales. Los pobres del país habían elegido, con una especie de instinto afectuoso, entre los nombres del obispo, aquel que les ofrecía una significación adecuada; y entre ellos sólo le designaban con el nombre de monseñor Bienvenido. Haremos lo que ellos, y le llamaremos del mismo modo cuando sea ocasión. Por lo demás, al obispo le agradaba esta designación.

—Me gusta ese nombre—decía—: Bienvenido suaviza un poco lo de Monseñor.

No pretendemos que el retrato, cuyo bosquejo trazamos aquí, sea verosímil; nos limitamos a decir que es parecido.

III

A BUEN OBISPO, MAL OBISPADO

No porque monseñor Bienvenido hubiera convertido su carruaje en limosnas dejaba de hacer sus visitas pastorales; y eso que es un poco cansada la diócesis de D. Hay en ella muy pocas llanuras y muchas montañas, y, como ya antes se ha dicho, apenas hay caminos. La diócesis comprende treinta y dos curatos, cuarenta y un vicariatos y doscientas ochenta y cinco auxilia-

res. Visitar todo esto era asunto arduo; pero Su Ilustrísima se daba traza para todo. Cuando el punto que quería visitar estaba en las inmediaciones, iba a pie, en tartana cuando estaba en la llanura, y como podía cuando en la montaña. Las dos mujeres le acompañaban casi siempre, excepto cuando el camino era muy penoso; entonces iba solo.

Un día llegó a Senez, que es una antigua ciudad episcopal, montado en un burro. Su bolsa, harto flaca en aquel entonces, no le permitía otra montura ni más lujoso tren. Salió el alcalde a recibirle a la puerta del obispado, y miróle con ojos escandalizados al verle apearse de su asno. Algunas personas se reían en derredor.

—Señor alcalde—dijo el obispo—, y vosotros, señores regidores, bien conozco lo que os escandaliza: creéis que es demasiado orgullo en un pobre sacerdote presentarse a caballo en una cabalgadura que fué la de Jesucristo. Os aseguro que por necesidad lo hice, no por vanidad.

En estos viajes era indulgente y piadoso, y predicaba menos que conversaba. Nunca iba a buscar muy lejos sus argumentos, ni los modelos que solía citar.

A los habitantes de un país les señalaba el ejemplo del país vecino.

En los parajes donde había poca caridad para los pobres, decía:

—Ved a los de Brianzon. Han concedido a los pobres, a las viudas y a los huérfanos el derecho de hacer segar sus campos tres días antes que los de los demás. Les reconstruyen gratuitamente sus casas cuando están ruinosas. Así es aquél un país bendito de Dios. Durante todo un siglo no se ha cometido allí un asesinato.

En las aldeas cuyos habitantes eran perezosos, decía:

—Ved a los de Embrun. Si en tiempos de la recolección un padre de familia tiene a sus hijos en el ejército y a sus hijas sirviendo en la ciudad, y está enfermo o impedido, el párroco lo recomienda desde el púlpito a sus convecinos; y el domingo después de la misa, todos los habitantes de la aldea, hombres, mujeres y niños, van al campo del pobre, para hacerle su siega, y le traen la paja y el grano a sus trojes y graneros.

A las familias divididas por cuestiones de dinero o de herencia solía decir:

—Ved a los montañeses de Devolny, país tan agreste, que en él no se oye un ruiseñor en cincuenta años. Pues bien, cuando muere el padre de familia, los hombres se van a buscar fortuna, y dejan los bienes a las muchachas, a fin de que éstas puedan encontrar marido.

En las comarcas donde reinaba la manía de los litigios, y donde los arrendatarios se arruinaban gastando en papel sellado, solía decir:

—Mirad la buena gente del valle de Queyras. Son unas tres mil almas, pero viven como si aquello fuera una pequeña república. Allí no se conocen ni el juez ni el alguacil. El alcalde lo arregla todo. El reparte la contribución, tasa la cuota de cada uno a conciencia, juzga gratis las diferencias, dicta los fallos sin costas, y se le obedece, porque es un hombre justo entre los hombres sencillos.

En las aldeas donde no había maestro de escuela ni quien enseñase, les citaba también el ejemplo de los de Queyras.

—¿Sabéis lo que hacen? Como un pequeño lugarejo de quince o veinte casas no puede costear un maestro, tienen maestros de escuela pagados por todo el valle, los cuales recorren las aldeas, pasando ocho días en ésta, diez en aquélla, y enseñando de este modo. Estos maestros van a las ferias, yo los he visto. Se les conoce por las plumas de escribir que llevan en los sombreros. Los que enseñan sólo a leer llevan nada más que una pluma, los que enseñan a leer, escribir y contar llevan dos plumas: los que además de esto enseñan el latín, llevan tres plumas. Estos son los sabios. ¡Pero qué vergüenza ser ignorantes! Haced todo lo posible por imitar el ejemplo de los Queyras.

Hablaba así, grave y paternalmente; a falta de ejemplos, inventaba parábolas; iba derecho al fin que se proponía, con pocas frases y muchas imágenes, que era la elocuencia misma de Jesús, convencida y convincente.

IV

LAS OBRAS PARECIDAS A LAS PALABRAS

Su conversación era afable y alegre; acomodábase a la inteligencia de las dos ancianas que pasaban la vida a su lado: cuando reía, era su risa la de un escolar.

La señora Magloire le llamaba siempre «Vuestra Grandeza». Un día se levantó de su sillón y fué a la biblioteca a buscar un libro. Estaba éste en una de las tablas más altas del estante, y como el obispo era de corta estatura, no pudo alcanzalo. «Señora Magloire—dijo—, traedme una silla, porque mi Grandeza no alcanza a esa tabla.»

La condesa de Lo, parienta lejana suya, rara vez dejaba escapar la ocasión de enumerar en su presencia lo que ella llamaba «las esperanzas» de sus tres hijos. Tenía varios ascendientes muy viejos, próximos a la muerte, de los cuales eran naturalmente sus hijos los herederos. El más joven debía recoger de una tía más de cien mil libras de renta; el segundo debía heredar el título de duque de su tío, y el mayor debía suceder a su abuelo en la dignidad de senador.

El obispo oía habitualmente en silencio estos candorosos y disculpables desahogos maternos. Una vez, sin embargo, se quedó más meditabundo que de costumbre; y en el momento en que la condesa de Lo renovaba los pormenores de todas sus futuras sucesiones, y de todas sus «esperanzas», el obispo la interrumpió con cierta impaciencia.

—¡Dios mío! primo—dijo la condesa—, ¿en qué estáis pensando?

—Pienso—contestó el obispo—en una máxima singular, que es, creo, de San Agustín: «Poned vuestra esperanza en aquel a quien nada sucede.»

En otra ocasión, al recibir la esquela de defunción de un hidalgo del país, donde se veían en una ancha página, además de las dignidades del difunto, todas las calificaciones feudales y nobiliarias de todos sus parientes: ¡Qué buenas espaldas tiene la muerte!—exclamó—. ¡Qué admirable carga de títulos le hacen llevar alegremente, y cuánto talento es menester que tengan los hombres para emplear así la tumba en la vanidad!

A veces hacía uso de una sátira suave que casi siempre envolvía un sentido serio. Durante una cuaresma llegó a D. un cura joven, el cual predicó en la catedral. Estuvo muy elocuente: el asunto de un sermón era la caridad: invitó a los ricos a socorrer a los indigentes para evitar el infierno, que les pintó lo más espantoso que pudo, y para ganar el paraíso, que bosquejó adorable y encantador. Había en el auditorio un rico mercader, retirado de los negocios, un tanto usurero, llamado Geborand, el cual había ganado dos millones haciendo paños gruesos, bayetas y sargas. El señor Geborand no había dado en su vida una limosna a un desgraciado; pero desde este sermón se observó que daba todos los domingos un cuarto a las pobres y ancianas del atrio de la catedral. Eran seis las que se debían repartir la caridad del mercader. Un día el obispo lo vió dando su escasa limosna, y dijo a su hermana con singular sonrisa: «Ahí tienes al señor Geborand que compra un cuarto de paraíso.»

Cuando se trataba de la caridad, no retrocedía ni aun ante una negativa, y solía en estas ocasiones decir frases o palabras que hacían reflexionar. Una vez pedía para los pobres, en una de las principales tertulias de la ciudad: hallábase allí el marqués de Champtercier, viejo rico y avaro, el cual había encontrado medio de ser a la vez ultrarealista y ultra-volteriano; es esta una variedad que ha existido. El obispo, al llegar a él, le tocó en el brazo: «Señor marqués—le dijo—, es menester que me deis algo.» El marqués se volvió y le contestó bruscamente: «Monseñor, yo tengo mis pobres.» «Dádmelos» le replicó el obispo.

Un día en la catedral predicó este sermón:

—«Queridos hermanos míos; mis buenos amigos: hay en Francia un millón trescientas veinte mil casas de aldeanos que no tienen más que tres huecos; un millón ochocientas diez y siete mil que sólo tienen dos, la puerta y una

ventana; y trescientas cuarenta y seis mil cabañas que no tienen más que una abertura: la puerta. Esto, a consecuencia de una contribución que se llama de puertas y ventanas. Figuraos estas casucas habitadas por familias pobres, por mujeres ancianas, por niños, y considerad las calenturas y las enfermedades que padecerán. ¡Ay! Dios dió el aire a los hombres: la ley se lo vende: no censuro la ley: pero bendigo a Dios. En el Iser, en el Var, en los dos Alpes, Altos y Bajos, los aldeanos carecen hasta de carretillas, y tienen que transportar los abonos a cuestas; carecen de velas, y queman para alumbrarse teas y pedazos de cuerda empapados en alquitrán. Así pasa en todo el país alto del Delfinado. Amasan pan para seis meses, y lo cuecen con boñiga seca de vaca. En invierno cortan este pan a hachazos, y lo tienen en agua veinticuatro horas para poder comerlo. Hermanos míos, sed compasivos, y ved cuánto padecen otros en derredor vuestro.»

Habiendo nacido en Provenza, se había familiarizado fácilmente con todos los dialectos del Mediodía de Francia, y los hablaba sin dificultad. Esto agradaba mucho al pueblo, y había contribuído bastante a ganarle las voluntades de la multitud. Hallábase en la cabaña o en medio de la montaña como si estuviera en su casa. Sabía decir las cosas más sublimes en los idiomas más vulgares; y hablando todas las lenguas, se introducía en todas las almas.

Por lo demás, era siempre el mismo para la alta sociedad que para la gente humilde del pueblo.

No condenaba nada ni a nadie apresuradamente y sin tener en cuenta las circunstancias; y solía decir:

—Veamos el camino por donde ha pasado la falta.

Siendo un ex pecador, como se calificaba a sí mismo sonriendo, no tenía ninguna de las asperezas del rigorismo, y profesaba muy alto, sin cuidarse para nada del fruncimiento de cejas de los virtuosos intratables, una doctrina que podría resumirse en estas palabras:

«El hombre tiene sobre sí la carne, que es a la vez su carga y su tentación. La lleva, y cede a ella.

»Debe vigilarla, contenerla, reprimirla; mas si a pesar de sus esfuerzos cae, la falta así cometida es venial. Es una caída; pero caída sobre las rodillas, que puede transformarse y acabar en oración.»

Cuando veía que ciertas personas gritaban mucho y se indignaban pronto:

—Hola decía sonriendo—, parece que es un gran crimen que todo el mundo comete. Véase cómo los hipócritas asustados se apresuran a protestar y a ponerse a cubierto.

Era indulgente para con las mujeres y los pobres, sobre quienes pesa con todo su peso la sociedad humana. Decía:

—Las faltas de las mujeres, de los hijos, de los criados, de los débiles, de los pobres y de los ignorantes, son las faltas de los maridos, de los padres, de los amos, de los fuertes, de los ricos y de los sabios.

Añadía también:

—A los ignorantes enseñadles las más cosas que podáis: la sociedad es culpada de no dar instrucción gratis: ella es responsable de la obscuridad que con esto produce. Si una alma sumida en las tinieblas comete un pecado, el culpado no es en realidad el que peca, sino el que no disipa las tinieblas.

Como se ve, tenía un modo extraño y peculiar suyo de juzgar las cosas. Sospecho que lo había tomado del Evangelio.

Un día oyó relatar en un salón una causa célebre que se estaba instruyendo, y que muy pronto debía sentenciarse. Un infeliz, por amor a una mujer y al hijo que de ella tenía, y falto de todo recurso, había acuñado moneda falsa. En aquella época se castigaba aún este delito con pena de muerte. La mujer había sido presa al poner en circulación la primera moneda falsa fabricada por el hombre. Se la había preso, pero no había pruebas contra ella. Sólo ella podía declarar contra su amante y perderle confesando. Negó; siguió la causa: se obstinó en negar; al fiscal se le ocurrió la idea de suponer una infidelidad del amante; y con fragmentos de cartas sabiamente combinados, consiguió persuadir a aquella desgraciada de que tenía una rival, y de que aquel hom-

bre la engañaba. Entonces, exasperada por los celos, denunció a su amante, lo confesó todo, y todo lo probó. Aquel hombre estaba perdido. Próximamente iba a ser juzgado en Aix con su cómplice. Se refería el hecho, y todo el mundo se extasiaba ante la habilidad del representante del ministerio público. Poniendo en juego los celos, había hecho aparecer la verdad por medio de la cólera, y se iba a hacer justicia, gracias al sentimiento de la venganza. El obispo oía todo esto en silencio. Cuando concluyó la relación preguntó :

—¿Dónde se juzgará a ese hombre y a esa mujer?

—En el tribunal de la Audiencia.

Y replicó :

—¿Y dónde juzgarán al fiscal?

Sucedió en D. una aventura trágica : un hombre fué condenado a muerte por asesinato. Era un desventurado, no completamente ignorante, no del todo falto de instrucción, que había sido titiritero en las ferias, y memorialista. Aquella causa metió mucho ruido en la ciudad. La víspera del día fijado para la ejecución del reo, el capellán de la cárcel cayó enfermo. Era menester un sacerdote para que asistiera al reo en sus últimos momentos. Se fué a buscar a un cura, el cual parece que rehusó asistirle, diciendo que no le concernía aquello. «Yo—dijo — nada tengo que ver con esa tarea, ni con ese saltimbanqui : también yo estoy enfermo : además, que ese no es mi lugar.» Se refirió esta respuesta al obispo que dijo : «El señor cura tiene razón ; ese puesto no es el suyo, es el mío.»

Inmediatamente marchó a la cárcel, bajó al calabozo del saltimbanqui, le llamó por su nombre, le dió la mano y le habló. Pasó todo el día a su lado, olvidando el alimento y el sueño, pidiendo al reo por la suya propia.

Le dijo las mejores verdades, que son las más sencillas : fué padre, hermano, amigo ; obispo sólo para bendecir. Le enseñó todo, tranquilizándole y consolándole. Aquel hombre iba a morir desesperado ; la muerte era para él un abismo. En pie y estremecido sobre el umbral lúgubre de la tumba, retrocedía horrorizado. No era bastante ignorante para ser absolutamente indiferente. Su sentencia, rápida y profunda sacudida, había, en cierto modo, roto acá y allá en torno suyo ese cercado que nos separa del misterio de las cosas, y al cual llamamos vida. Miraba sin cesar fuera de este mundo por aquellas fatales brechas, y sólo alcanzaba a ver tinieblas. El obispo le hizo ver una luz.

Al día siguiente, cuando fueron a buscar al reo, el obispo estaba allí. Le siguió, y se presentó a la vista del pueblo con su traje morado, con su cruz episcopal al cuello, al lado de aquel miserable amarrado y sujeto con cuerdas.

Subió con él a la carreta, y con él también al cadalso. El reo, taciturno y abatido la víspera, estaba animado y radiante, pero contrito. Sentía que su alma se había reconciliado, y esperaba en Dios. El obispo le abrazó, y en el momento en que la cuchilla iba a caer le dijo : «Aquel a quien el hombre mata, Dios le resucita : aquel a quien sus hermanos repelen, lo acoge el Padre. Orad, creed, entrad en la vida. El Padre está allí.»

Cuando bajó del cadalso había alguna cosa en su mirada que hizo que el pueblo le abriese calle. No se sabía qué era más de admirar en él, si su palidez o su serenidad. Al volver a aquella humilde habitación, que él llamaba sonriendo «su palacio», dijo a su hermana : «Acabo de oficiar de pontifical.»

Como las cosas más sublimes son por lo general las menos comprendidas, no faltó gente que, comentando la conducta del obispo, dijera que aquello «era afectación». A bien que no fué más que una palabra de salón. El pueblo, que nunca supone malicia en las acciones verdaderamente santas, quedó enternecido y admirado.

En cuanto al obispo, la vista de la guillotina fué para él un golpe terrible, del cual tardó mucho tiempo en reponerse.

En efecto : el patíbulo, cuando está ante nuestros ojos levantado, en pie, derecho, tiene algo que alucina. Se puede abrigar cierta indiferencia hacia la pena de muerte, no pronunciarse ni en pro ni en contra, no decir que sí ni que no, mientras no se ha visto una guillotina ;

pero si se llega a encontrar una, la sacudida es violenta; es menester decidirse, y tomar partido en pro o en contra de ella. Los unos admiran, como De Maistre: los otros execran, como Beccaria. La guillotina es la concreción de la ley: se llama «vindicta»: no es neutral, ni os permite que lo seáis tampoco. Quien llega a divisarla, se estremece con el más misterioso de los estremecimientos. Todas las cuestiones sociales alzan sus interrogantes en torno de aquella cuchilla.

El cadalso es una visión: no es un tablado, ni una máquina, ni un mecanismo inerte de madera, de hierro y de cuerdas. Parece que es una especie de ser, que tiene no sé qué sombría iniciativa. Se diría que aquellos andamios ven, que aquella madera, aquel hierro y aquellas cuerdas tienen voluntad. En la horrible meditación en que aquella vista sume al alma, el patíbulo aparece terrible y como teniendo conciencia de lo que hace. El patíbulo es el cómplice del verdugo; devora, come carne, bebe sangre. El patíbulo es una especie de monstruo fabricado por el juez y por el carpintero; un espectro, que parece vivir de una especie de vida espantosa, hecha y amasada con todas las muertes que ha dado.

Así, la impresión fué horrible y profunda: al siguiente día de la ejecución, y aun muchos días después, el obispo estuvo abatido. Habíase desvanecido la serenidad casi violenta del fatal momento, y el fantasma de la justicia social le asediaba. El, que de ordinario recababa de todas sus acciones una satisfacción tan pura, parecía como que se acusaba en ésta, como que le causaba pesar el haberla llevado a cabo. A intervalos hablaba consigo mismo, y murmuraba a media voz lúgubres monólogos. He aquí uno que su hermana oyó y recogió una noche:

—No creía que esto fuese tan monstruoso. Acaso es una falta absorberse en la ley divina hasta el punto de no acordarse de la ley humana. Sólo a Dios pertenece la muerte. ¿Con qué derecho tocan los hombres a esta cosa desconocida?

Con el tiempo estas impresiones se atenuaron y acaso se borraron del todo. Sin embargo, se observó que desde entonces el obispo evitaba pasar por la plaza de las ejecuciones.

A cualquier hora se podía llamar a monseñor Myriel a la cabecera de los enfermos y de los moribundos. No ignoraba que aquél era su mayor deber y su mayor tarea. Las viudas y huérfanos no necesitaban llamarle; iba él mismo. Sabía sentarse y callar largas horas al lado del hombre que había perdido a la mujer que amaba, o de la madre que había perdido a su hijo; y así como sabía el momento de callar, conocía también el instante en que debía de hablar. ¡Oh qué admirable consolador! No trataba de borrar el dolor con el olvido, sino de agrandarlo y dignificarlo por la esperanza. Decía: «Cuidado con la manera con que recordáis a los muertos. No penséis en lo que se pudre. Mirad fijamente, con atención, y veréis la viva luz de vuestro amado difunto allá en el fondo del cielo.» Sabía aconsejar y tranquilizar al hombre desesperado, señalando con el dedo al hombre resignado, y transformar el dolor que mira a una fosa, enseñándole el dolor que mira a una estrella.

V

DE CÓMO MONSEÑOR BIENVENIDO HACÍA DURAR DEMASIADO TIEMPO SUS SOTANAS.

La vida privada de monseñor Myriel estaba llena de los mismos pensamientos que su vida pública. Para quien hubiera podido verla de cerca, hubiese sido un espectáculo grave y sublime aquella pobreza voluntaria en que vivía el obispo de D.

Como todos los ancianos, y como la mayor parte de los pensadores, dormía poco. Este sueño, aunque corto, era profundo. Por la mañana oraba durante una hora, después decía su misa, bien en la catedral, bien en su casa. Dicha la misa, se desayunaba con pan de centeno, mojado en la leche de sus vacas. Después trabajaba.

Un obispo es un hombre muy ocupado; es preciso que reciba todos los días al secretario del obispado, que de ordi-

nario es un canónigo, y casi todos los días a sus grandes vicarios. Tenía congregaciones que inspeccionar, privilegios que conceder, toda una librería eclesiástica que examinar, libros de misa, catecismos semanas santas, etc., pastorales que escribir, predicaciones que autorizar, curas y alcaldes a quienes poner de acuerdo ; la correspondencia eclesiástica y la correspondencia administrativa ; por una parte el Estado, por otra la Santa Sede : en fin, mil negocios.

El tiempo que le dejaban libre éstos, sus oficios, y su breviario, lo dedicaba primero a sus necesitados, a los enfermos y a los afligidos, y el que éstos le dejaban vacante, lo destinaba al trabajo. Tan pronto escardaba, sembraba o regaba en su jardín, como leía o escribía. Sólo usaba de una palabra para designar estas dos clases de trabajo : llamábalo «jardinear». «El espíritu es también un jardín»—decía.

Hacia el mediodía, cuando hacía buen tiempo, salía y paseaba a pie por el campo o la ciudad, entrando frecuentemente en las habitaciones pobres. Se le veía ir solo, ensimismado, con los ojos bajos, apoyado en un gran bastón, vestido con su traje morado, bien entretelado y bien caliente, calzado con medias moradas y zapatos gruesos, y cubierto con un sombrero chato, que dejaba caer por uno de sus lados las borlas de seda verde y oro de gruesos canelones.

Dondequiera que aparecía había fiesta. Hubiérase dicho que su paso esparcía por donde iba luz y animación. Los niños y los ancianos salían al umbral de sus puertas para ver al obispo, como para tomar el sol. Bendecía y lo bendecían. A cualquiera que necesitase algo se le indicaba la casa del obispo.

Deteníase acá y allá ; hablaba a los chicos y a las niñas, y sonreía a las madres. Visitaba a los pobres mientras tenía dinero, y, cuando éste se le acababa, visitaba a los ricos.

Como hacía durar sus sotanas mucho tiempo, y no quería que nadie lo notase, nunca se presentaba en público sino con su traje de obispo, lo cual en verano le molestaba un poco.

Cuando volvía de paseo, comía. La comida se parecía al almuerzo.

Por la noche a las ocho y media cenaba con su hermana, y la señora Magloire les servía la mesa. Nada más frugal que la cena. Sin embargo, si el obispo tenía convidado a alguno de sus curas, la señora Magloire aprovechaba la ocasión para servir a Su Ilustrísima algún excelente pescado de los lagos, o alguna caza fina de la montaña. Todo cura era un pretexto para una buena cena : el obispo dejaba hacer. Fuera de estos casos, su ordinario se componía de algunas legumbres cocidas en agua, y de unas sopas de aceite. Así se decía en la ciudad : «cuando el obispo no tiene mesa de cura, tiene mesa de trapense.»

Después de cenar, hablaba durante media hora con la señorita Baptistina y con la señora Magloire ; después se marchaba a su cuarto, y allí, o escribía en hojas sueltas, o en los márgenes de algún libro en folio. Era literato, y hasta un poco erudito. Dejó cinco o seis manuscritos muy curiosos ; entre otros, una disertación sobre el versículo del Génesis : «En el principio, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.» Confrontólo con tres textos : el versículo árabe, que dice : «Los vientos de Dios soplaban» ; Flavio Josefo, que dice : «Un viento de lo alto se precipitaba sobre la tierra» ; y por último, sobre la paráfrasis caldaica de Onkelos, que expresa : «Un viento procedente de Dios soplaba sobre la superficie de las aguas.»

En otra disertación examina las obras teológicas de Hugo, obispo de Tolemaida, ascendiente del que escribe este libro, y establecía que a este objeto deben atribuirse los diversos opúsculos publicados en el último siglo, bajo el pseudónimo de Barleycourt.

A veces, en medio de una lectura, fuera el que quisiera el libro que tenía entre manos, caía de repente en una profunda meditación, de la que no salía sino para escribir algunas líneas en los márgenes del mismo volumen. Frecuentemente estas líneas no tenían relación ninguna con el libro que las contenía. Tenemos a la vista una nota es-

crita por él en el margen de un tomo en cuarto, titulado: «Correspondencia de lord Germain con los generales Clinton, Cornwalis y los almirantes de la estación de América. En Versalles, librería de Poinzot, y en París, librería de Pissot, muelle de los Agustinos.»

Véase esta nota:

«¡Oh vos! ¿quién sois?

»El Eclesiástico os llama Todopoderoso; los Macabeos os nombran Creador; la Epístola a los Efesios os llama Libertad; Baruch os nombra Inmensidad; los Salmos os llaman Sabiduría y verdad; Juan os llama Luz; los reyes os nombran Señor; el Exodo os apellida Providencia; el Levítico, Santidad; Esdras, Justicia; la creación os llama Dios; el hombre os llama Padre; pero Salomón os llama Misericordia, y éste es el más bello de vuestros nombres.»

Hacia las nueve de la noche, se retiraban las mujeres y subían al piso principal, donde tenían sus habitaciones, dejándole hasta la mañana siguiente solo en el piso bajo.

Aquí es necesario que demos una idea exacta de la casa de Su Ilustrísima el obispo de D.

VI

POR QUIÉN HACÍA GUARDAR SU CASA

Ya hemos dicho que la casa que habitaba se componía de dos pisos solamente, bajo y principal. En el bajo había tres piezas, otras tres en el principal, encima un desván, y detrás de la casa un jardín. Las dos mujeres ocupaban el principal; el obispo habitaba el bajo. La primera pieza que daba a la calle, le servía de comedor; la segunda de dormitorio, y de oratorio la tercera. No se podía salir del oratorio sin pasar por el comedor. En el fondo del oratorio había una alcoba cerrada, con una cama para cuando iba algún huésped. El obispo solía ofrecer esta cama a los curas de aldea, cuyos negocios o las necesidades de la parroquia les llevaban a D.

La botica del hospital, edificio pequeño añadido a la casa y tomado del jardín, había sido transformada en cocina y en despensa.

Había, además, en el jardín un establo, que era la antigua cocina del hospicio, y donde el obispo tenía dos vacas. Fuera la que quisiera la cantidad de leche que éstas dieran, enviaba invariablemente todas las mañanas la mitad a los enfermos del hospital. «Pago mis diezmos», decía.

La habitación era bastante grande y bastante difícil de caldear en la estación fría. Como en D. la leña estaba muy cara, había imaginado hacer en el establo de las vacas una separación cerrada con tablas. Allí pasaba las veladas en la época de los grandes fríos, y por eso lo llamaba su «salón de invierno».

No había en este salón de invierno, como en el comedor, otros muebles más que una mesa de madera blanca cuadrada y cuatro sillas de paja. El comedor estaba adornado con un antiguo aparador pintado de color de rosa al óleo. Otro aparador semejante a éste y convenientemente revestido de mantelillos blancos con raudas, servía de altar y adornaba el oratorio de Su Ilustrísima; pero éste, cada vez que había cogido el dinero necesario para la obra, lo había dado a los pobres.

—El más bello altar — decía — es el alma de un infeliz consolado en su infortunio, y que da gracias a Dios.

Había en su oratorio dos reclinatorios de paja, y en la alcoba un sillón de brazos, también de paja. Cuando por casualidad recibía la visita de ocho o diez personas a la vez, el prefecto, el general y la plana mayor de la guarnición, o algunos discípulos del seminario, era menester ir a buscar al establo las sillas del salón de invierno, al oratorio los reclinatorios y el sillón a la alcoba: de este modo se podían reunir hasta once asientos para las visitas. A cada una de éstas que llegaba se desamueblaba una pieza.

Sucedía a veces que las visitas eran doce. Entonces el obispo disimulaba las dificultades de su situación, manteniéndose en pie delante de la chimenea, si era en invierno, o paseándose por el jardín si era en verano.

Había también en la alcoba cerrada una silla; pero, además de faltarle casi

el asiento, sólo tenía tres pies, lo cual la impedía servir como no fuese apoyada contra la pared. La señorita Baptistina tenía también en su habitación una gran butaca de las llamadas «bergére», cuya madera había estado dorada en otro tiempo, y que estaba forrada de tela pekín floreada; pero había sido menester subirla al primer piso por el balcón, porque la escalera era demasiado estrecha, y no se podía contar con ella en los casos de apuro.

La ambición de la señorita Baptistina hubiera sido poder comprar una sillería de salón, de terciopelo de Utrecht amarillo, con flores, y un canapé de caoba de forma de cuello de cisne. Pero esto hubiera costado por lo menos quinientos francos, y habiendo visto que no había llegado a economizar para este objeto sino unos cuarenta y dos francos y medio en cinco años, había concluído por renunciar a este deseo. ¿Quién es el que consigue realizar su ideal?

No es posible figurarse nada más sencillo que el dormitorio del obispo. Una puerta-ventana que daba al jardín; enfrente, la cama, una cama como las del hospital, con colcha de sarga verde; en la sombra que proyectaba la cama, detrás de una cortina, los utensilios de tocador, revelando todavía los antiguos hábitos elegantes del hombre de mundo; dos puertas, una cerca de la chimenea que daba paso al oratorio; otra cerca de la biblioteca que daba al comedor. La biblioteca era un armario grande con puertas vidrieras, lleno de libros; la chimenea era de madera, pero pintada imitando a mármol, habitualmente sin fuego: en ella se veían un par de morillos de hierro adornados con dos vasos con guirnaldas y canelones, en otro tiempo plateados, lo cual era una especie de lujo episcopal; encima de la chimenea un crucifijo de cobre, que en su tiempo había estado plateado como los morillos, estaba clavado sobre terciopelo negro algo raído, y colocado bajo un dosel de madera que había sido dorada: cerca de la puerta-ventana había una gran mesa con un tintero, cargada de una masa confusa de papeles y gruesos libros. Delante de la mesa, el sillón de paja: delante de la cama, un reclinatorio tomado de la capilla u oratorio del obispo.

Dos retratos en marcos ovalados estaban colgados en la pared a entrambos lados de la cama. Pequeñas inscripciones doradas sobre el fondo obscuro del lienzo, al lado de las figuras, indicaban que los retratos representaban el uno al abad de Chaliot, obispo de San Claudio, y el otro al abad Tourteau, vicario general de Agde, abad de Grand-Champs, de la orden del Cister, diócesis de Chartres. Al suceder el obispo en este cuarto a los enfermos del hospital, había hallado allí aquellos dos retratos, y los había dejado donde estaban. Eran sacerdotes, y probablemente donatorios, dos motivos para que él los respetase.

Todo lo que se sabía de aquellos dos personajes era que habían sido nombrados por el Rey, el uno para un obispado, y el otro para un beneficio en el mismo día, esto es, el 27 de abril de 1785. Habiendo descolgado los cuadros la señora Magloire para quitarles el polvo, el obispo había hallado esta particularidad escrita con una tinta blanquecina en un pequeño pedazo de papel, amarillo ya por el tiempo, pegado con cuatro obleas detrás del retrato del abad de Grand-Champs.

Cubría la ventana una antigua cortina de una tela gruesa de lana, que había llegado a ser tan vieja, que para evitar el gasto de una nueva, la señora Magloire tuvo que hacerla una gran costura en medio, en forma de cruz. El obispo lo hacía notar con frecuencia, diciendo que estaba muy bien aquella cruz en la cortina.

Todos los cuartos de la casa, lo mismo del piso bajo que del principal, sin excepción, estaban enjabegados, a la manera y moda de cuartel u hospital.

Sin embargo, en los últimos años la señora Magloire halló, como más adelante se verá, bajo las capas de cal, pinturas que adornaban la habitación de la señorita Baptistina.

Antes de ser hospital aquella casa, había sido locutorio del pueblo. De aquí provenía aquel adorno. Los cuartos estaban enlosados con baldosas en-

carnadas que se aljofifaban todas las semanas, y delante de todas las camas había una esterilla de junco. Por lo demás, la casa, cuidada por dos mujeres, respiraba de un extremo al otro una exquisita limpieza. Era el único lujo que el obispo se permitía. De él decía: «Esto no les quita nada a los pobres.»

Menester es confesar, sin embargo, que le quedaban de lo que en otro tiempo había poseído, seis cubiertos de plata y un cucharón que la señora Magloire miraba con cierta satisfacción todos los días relucir espléndidamente sobre el blanco mantel de gruesa tela. Y como procuramos pintar aquí al obispo de D. tal cual era, debemos añadir que más de una vez le había sucedido decir: «Renunciaría difícilmente a comer con cubiertos que no fuesen de plata.»

A estas alhajas deben añadirse dos grandes candeleros de plata maciza, que eran herencia de una tía segunda. Aquellos candeleros sostenían dos velas de cera, y de ordinario figuraban sobre la chimenea del obispo. Cuando había convidados a cenar, la señora Magloire encendía las dos velas y ponía los dos candeleros en la mesa.

A la cabecera de la cama, en el cuarto mismo del obispo, había un pequeño cajón, en el que la señora Magloire guardaba todas las noches los seis cubiertos de plata y el cucharón. Debemos añadir que nunca quitaba la llave.

El jardín, un poco estropeado por las construcciones bastante feas de que ya hemos hablado, se componía de cuatro calles en cruz, que irradiaban de un pozo que había en el centro: otra calle daba la vuelta a todo él, y se prolongaba a lo largo de la blanca pared que le servía de cercado. Estas calles dejaban entre sí cuatro o cinco cuadros separados por una hilera de césped. En tres de ellos, la señora Magloire cultivaba legumbres; en el cuarto el obispo había sembrado flores: aquí y allí crecían algunos árboles frutales.

Una vez, la señora Magloire dijo a Su Ilustrísima con cierta dulce malicia:

—Monseñor, vos que sacáis partido de todo, tenéis ahí un cuadro de tierra inútil. Más valdría que eso produjera frutos que no flores.

—Señora Magloire — respondió el obispo—, os engañáis: lo bello vale tanto como lo útil.

Y añadió después de una pausa:

—Tal vez más.

Aquel cuadro, compuesto de tres o cuatro arriates, ocupaba al obispo casi tanto como sus libros. Pasaba allí gustosamente una o dos horas, cortando, escarbando, abriendo aquí y allí agujeros en la tierra, y poniendo en ellos semillas. No era tan hostil a los insectos como lo hubiera deseado un jardinero. Por lo demás, no tenía ninguna pretensión de botánico. Desconocía los grupos y el solidismo, no trataba en manera alguna de decidir entre Tournefort y el método natural: no tomaba partido ni por las utrículas contra los cotiledones, ni por Jussieu contra Linneo. No estudiaba las plantas: le gustaban las flores. Respetaba mucho a los sabios; respetaba todavía más a los ignorantes; y sin faltar nunca a ninguno de estos dos respetos, regaba sus arriates todas las noches de verano con una regadera de hoja de lata pintada de verde.

No había en la casa una puerta siquiera que cerrase con llave. La del comedor, que, como ya hemos dicho, daba a la plaza de la catedral, había estado en otro tiempo provista de cerraduras y cerrojos, como la de una cárcel. El obispo hizo quitar todos aquellos hierros, y la puerta, así de día como de noche, sólo quedaba cerrada con un simple pestillo. El primer recién llegado, fuera la hora que quisiera, no tenía que hacer más que levantarlo y entrar. Al principio, las dos mujeres se habían asustado bastante al ver que la puerta no quedaba nunca cerrada; pero el obispo les dijo: «Si queréis, poned cerrojos a las puertas de vuestras habitaciones»; y al fin acabaron por participar de la confianza de Su Ilustrísima, o aparentar a lo menos que la tenían. Sólo a la señora Magloire le asaltaban de cuando en cuando ciertos temores. Por lo que hace al obis-

po, puede verse su pensamiento explicado en estas tres líneas escritas por él al margen de una Biblia :

«La diferencia entre la puerta del médico y la del sacerdote, es que la puerta del médico no debe nunca estar cerrada, y la del sacerdote debe estar siempre abierta.»

En otro libro titulado «Filosofía de la ciencia médica» había escrito esta otra nota : «¿Acaso no soy médico como ellos? También yo tengo mis enfermos ; en primer lugar todos los suyos, que ellos llaman pacientes ; luego los míos, que yo llamo desgraciados.»

En otra parte había escrito : «No preguntéis su nombre a quien os pide asilo. Precisamente quien más necesidad tiene de asilo es el que tiene más dificultad en decir su nombre.»

Sucedió que a un digno cura, no sé si fué el de Couloubroux o el de Pompierry, se le ocurrió preguntarle un día, probablemente por instigación de la señora Magloire, si estaba seguro de no cometer hasta cierto punto una imprudencia, dejando día y noche su puerta abierta a disposición del primero que quisiera entrar ; y si, en fin, no temía que sucediera una desgracia en una casa tan mal guardada.

El obispo le tocó en el hombro con blandura y gravedad, y le dijo :

«Nisi Dominus custodierit domum, in vanum vigilant qui custodium eam.» Después pasó a hablar de otra cosa.

Solía decir con cierta frecuencia :

—Hay el valor del sacerdote, como hay el valor del coronel de dragones. Solamente que el nuestro debe ser tranquilo.

VII

CRAVATTE

Aquí tiene su lugar natural un hecho que no debemos omitir, porque es de los que mejor dan a conocer la clase de hombre que era Su Ilustrísima el obispo de D.

Después de la destrucción de la banda de Gaspar Bés, que había infestado las gargantas de Ollioules, uno de sus tenientes, llamado Cravatte, se refugió en la montaña. Ocultóse algún tiempo con sus bandidos, restos de la tropa de Gaspar Bés, en el condado de Niza ; después pasó al Piamonte, y luego volvió de pronto a reaparecer en Francia, por el lado de Barcelonette. Viósele primero en Jauziers, y posteriormente en Tuiles. Ocultóse en las cavernas de Joug de l'Aigle, y de allí, descendiendo hacia las cabañas y aldeas por los barrancos del Ubaye y del Ubayette, llegó hasta Embrun, penetró una noche en la catedral y robó la sacristía. Sus latrocinios desolaban el país. Lanzóse en su persecución la gendarmería, pero en vano : se escapaba siempre, y algunas veces resistía a viva fuerza. Era un audaz miserable. En medio del temor que suscitaba llegó el obispo, que iba a hacer su visita al Chastelar. El alcalde salió a recibirle y le suplicó que se volviese : Cravatte era dueño de la montaña hasta el Arche, y aun más allá ; había peligro en andar por allí, aun con escolta ; era exponer inútilmente tres o cuatro gendarmes.

—Siendo así—dijo el obispo—, iré sin escolta.

—¡Pensáis en eso, monseñor!—exclamó el alcalde.

—Y tanto, que no quiero que venga conmigo ningún gendarme, y que pienso marcharme dentro de una hora.

—¡Marchar!

—Marchar.

—¿Solo?

—Solo.

—Monseñor, no haréis lo que decís.

—Hay allá en la montaña—replicó el obispo—una pequeña feligresía, tan grande casi como la palma de la mano, la cual no he visitado hace tres años. Son grandes amigos míos aquellos buenos y honrados pastores : de cada treinta cabras que guardan, una es suya ; hacen muy bonitos cordones de lana de diversos colores, y tocan los aires de sus montañas en unas pequeñas flautas con seis agujeros. Necesitan que de cuando en cuando se les hable del buen Dios. ¿Qué dirían de un obispo que tuviese miedo? ¿Qué dirían de mí, si no fuese por allá?

—Pero, monseñor, ¿y los ladrones?

—Calle—dijo el obispo— : ahora caigo. Tenéis razón : puedo encontrarlos.

y ellos también deben necesitar que se les hable de Dios.

—Monseñor, esa gente es una banda de forajidos, un rebaño de lobos.

—Señor alcalde, precisamente de ese rebaño es de quien acaso Jesús me hizo pastor. ¿Quién sabe cuáles son las miras de la Providencia?

—Monseñor, os robarán.

—Nada tengo.

—Os matarán.

—A un pobre y anciano sacerdote que pasa la vida mascullando sus rezos, ¿para qué?

—¡Oh Dios mío! ¡si llegáis a encontrarlos!

—Les pediré limosna para mis pobres.

—Monseñor, no vayáis. En nombre del Cielo, no expongáis vuestra vida.

—Señor alcalde—dijo el obispo—, ¿no es más que eso? No vivo, ni estoy en el mundo para guardar mi vida, sino para guardar las almas.

Fué preciso acceder a su voluntad, y marchó acompañado solamente de un niño que se ofreció a servirle de guía. Su obstinación metió ruido en el país y causó no poco susto.

No quiso llevar consigo ni a su hermana, ni a la señora Magloire. Atravesó la montaña en una mula; a nadie encontró, y llegó sano y salvo al territorio de sus «buenos amigos» los pastores. Permaneció allí quince días, predicando, administrando, enseñando y moralizando. Cuando se acercó el día de su marcha, resolvió cantar pontificalmente un «Tedeum». Habló de ello al cura, pero, ¿qué hacer careciendo de ornamentos episcopales? No se le podía proporcionar más que el servicio de una mala sacristía de aldea, y algunas viejas casullas de damasco, muy usadas y adornadas con galones falsos.

—¡Bah!—dijo el obispo—. No nos apuremos: señor cura, anunciad desde el púlpito nuestro «Te Deum». Ya se arreglará.

Buscáronse ornamentos en las iglesias de los alrededores. Todas las magnificencias de aquellas humildes parroquias no hubieran bastado para vestir convenientemente a un chantre de una catedral.

Hallábanse sin saber cómo salir del paso, cuando dos hombres desconocidos, montados en sendos caballos, llevaron y dejaron en casa del cura un gran cajón para el obispo. Abrióse éste y se vió que contenía una capa de tisú de oro, una mitra adornada con diamantes, una cruz arzobispal, un magnífico báculo, y todas las vestiduras episcopales robadas un mes antes en la iglesia de Nuestra Señora de Embrun. En la caja había también un papel en el que estaban escritas las siguientes palabras: «Cravatte a monseñor Bienvenido.»

—¡Cuando yo decía que esto se arreglaría!—exclamó el obispo.

Después añadió sonriendo:

—A quien se contenta con la sobrepelliz de un cura, Dios le envía una capa arzobispal.

—Monseñor—murmuró el cura meneando la cabeza—, ¿Dios o el diablo?

El obispo miró fijamente al cura y replicó con autoridad:

—Dios.

Cuando volvió al Chastelar, en todo lo largo del camino salía la gente a verlo por curiosidad. En la casa parroquial halló a la señorita Baptistina y a la señora Magloire que le estaban esperando, y dijo a su hermana:

—¿Tenía o no tenía yo razón? El pobre sacerdote fué a los pobres montañeses con las manos vacías, y vuelve con ellas llenas. Marché llevando sólo mi esperanza puesta en Dios, y vuelvo trayendo el tesoro de una catedral.

Por la noche, antes de acostarse, volvió a decir:

—No temamos nunca ni a los ladrones ni a los asesinos: esos son los peligros exteriores, los pequeños peligros. Temámonos a nosotros mismos. Las preocupaciones, ésas son los ladrones; los vicios, ésos son los asesinos. Los grandes peligros existen dentro de nosotros. ¿Qué importa lo que amenaza a nuestra cabeza o a nuestra bolsa? Pensemos con preferencia en lo que amenaza a nuestra alma.

Después, volviéndose a su hermana, dijo:

—Hermana mía, nunca por parte del sacerdote debe tomarse precaución

alguna contra el prójimo. Lo que el prójimo hace, Dios lo permite. Limitémonos a rogar a Dios cuando creamos que nos amenaza un peligro. Roguémosle, pidámosle, no por nosotros, sino por nuestro hermano, que va a caer en falta por nuestra causa.

Fuera de esto, eran muy raros los acontecimientos de su existencia. Referimos lo que sabemos; pero de ordinario pasaba la vida haciendo siempre las mismas cosas en los mismos momentos. Un mes de un año suyo se parecía a una hora de uno de sus días.

Respecto de lo que fuese del tesoro de la catedral de Embrun, se nos causaría algún embarazo preguntándonos por él. Componíase de muy buenas cosas, muy tentadoras y muy buenas de emplear en provecho de los desgraciados. Robadas ya lo habían sido; la mitad, pues, de la aventura estaba cumplida. Sólo faltaba hacer cambiar de dirección al pobre. Nada, por lo demás, podemos afirmar respecto de este asunto.

Solamente añadiremos que entre los papeles del obispo se halló una nota muy obscura, que acaso se refería a este negocio, y que estaba concebida, poco más o menos, en estos términos:

«La cuestión está en saber si esto ha de volver a la catedral o al hospital.»

VIII

FILOSOFAR DESPUÉS DE BEBER

El senador, de quien más arriba hemos hablado, era un hombre entendido que había hecho su carrera siguiendo un camino tanto más derecho, cuanto que para nada se había cuidado de esos obstáculos que dificultan o embarazan, y que se llaman conciencia, fe jurada, justicia, deber. Siempre había marchado recto a su objeto, sin separarse una sola vez de la línea de su adelantamiento y de su interés. Era un antiguo procurador, blando por sus triunfos, no mal hombre del todo, que hacía cuantos pequeños favores podía a sus hijos, a sus yernos, a sus parientes y aun a sus amigos, y que, habiendo aprovechado el buen lado de la vida, las buenas ocasiones, las buenas utilidades, parecíale tonto y bestia lo demás. Tenía ingenio y era suficientemente instruído para creerse discípulo de Epicuro, no siendo en realidad más que un producto de Pigault-Lebrun. Reíase buena y agradablemente de las cosas infinitas y eternas y de las «salidas del buen obispo». A veces, con cierta amable autoridad, reíase ante el mismo Myriel que lo escuchaba.

No sé en qué ceremonia semi-oficial, el conde***, que era el senador de quien hablamos, y monseñor Myriel comieron juntos en casa del prefecto. A los postres, el senador, un tanto alegre, aunque siempre digno, exclamó:

—Pardiez, señor obispo, hablemos. Rara vez se ven un senador y un obispo sin mirarse de reojo. Somos dos augures. Voy a haceros una confesión. Yo tengo mi filosofía particular.

—Y hacéis bien—respondió el obispo—; filosofar o acostarse todo es lo mismo. Vos descansáis en lecho de púrpura, señor senador.

El senador, alentado, continuó:

—¡Bah! Seamos buenos chicos.

—O buenos diablos—dijo el obispo.

—Os declaro—añadió el senador—que el marqués de Argens, Pirron, Hobbes y el señor Naigeon, no son para mí unos bergantes. Tengo en mi biblioteca a todos estos filósofos, encuadernados con canto dorado.

—Como vos mismo, señor conde—interrumpió el obispo.

El senador prosiguió:

—Aborrezco a Diderot: es un ideólogo, un declamador y un revolucionario; en el fondo creyente en Dios, y más mojigato que Voltaire. Voltaire se burló de Needham, e hizo mal, porque las anguilas de Needham prueban que Dios es inútil. Una gota de harina suple al «fiat lux». Suponed que la gota es más grande también, y tendréis el mundo. El hombre es la anguila; y entonces, ¿para qué el Padre Eterno? Señor obispo, la hipótesis Jehová me fatiga. Sólo sirve para producir personas flacas que piensan hueco. ¡Abajo ese Gran Todo, que me fastidia! ¡Viva Cero que me deja tranquilo! De vos a mí, y para decirlo todo, y para confesarme con mi pastor, como conviene, os confieso que no soy tonto. Yo no puedo volverme loco

con vuestro Jesús, que predica en todas partes la pobreza y el sacrificio. Consejo de avaro a desarrapados. Pobreza: ¿por qué? Sacrificio: ¿para qué? Nunca he visto que un lobo se inmole por la felicidad de otro lobo. Permanezcamos, pues, dentro del orden de la Naturaleza. Nos hallamos en la cúspide: tengamos una filosofía superior a la de otros. ¿De qué sirve estar en lo alto, si no se alcanza a ver más lejos que la punta de la nariz de los demás? Vivamos alegremente. La vida es todo. Que el hombre tiene otro porvenir en otra parte, allá arriba, allá abajo, donde quiera: yo no creo una palabra de todo eso. ¡Ah! se me recomienda la pobreza y el sacrificio, y por tanto debo tener mucho cuidado con todo lo que hago, y es menester también que me rompa la cabeza sobre el bien y sobre el mal, sobre lo justo y lo injusto, sobre el fas y sobre el nefas. ¿Por qué? Porque tendré que dar cuenta de mis acciones. ¿Cuándo? Después de mi muerte. Vaya un buen sueño. ¡Bah! Después de muerto que me pinchen las ratas. Haced que una mano de sombra coja un puñado de ceniza. Hablemos verdad nosotros que somos los iniciados, que hemos levantado el velo de Isis: no hay bien ni mal; no hay más que vegetación. Busquemos la realidad, profundicemos, penetremos en el fondo, ¡qué diablo! Es menester ventear la verdad, minar bajo tierra y apoderarse de ella: y cuando la tenéis, sí que sois fuerte y os reís de todo. Yo soy cuadrado por la base, señor obispo: la inmoralidad del alma es una ridícula paradoja. ¡Oh promesa encantadora!

»Fiad en ella. ¡Vaya un billete de Banco que tiene Adán! Si es alma, será ángel, tendrá alas azules en los omoplatos. Argüidme, pues: ¿no es Tertuliano quien dice que los bienaventurados irán de un astro a otro? Bueno: quiere decir que serán las langostas de las estrellas. ¡Y después verán a Dios! Ta, ta, ta. No son malas tonterías todos esos paraísos. Dios es una patarata monstruo. Yo no diré esto en el «Monitor», pardiez; pero lo cuchicheo entre amigos: «Inter pocula». Sacrificar la tierra al paraíso es lo mismo que dejar la presa por la sombra, lo cierto por lo dudoso. ¡Ser burlado por lo infinito! ¡Ca! ¡no soy tan bestia! Soy nada. Me llamo el señor Conde. Nada, senador. ¿Era antes de mi nacimiento? No. ¿Seré después de mi muerte? No. ¿Qué soy, pues? Un poco de polvo agregado y constituído en un organismo. ¿Qué tengo que hacer en la tierra? La elección es mía: padecer o gozar. ¿Adónde me conducirá el padecimiento? A la nada; pero habré padecido. ¿Adónde me conducirá el goce? A la nada; pero habré gozado: comamos. Más vale ser el diente que la hierba: tal es mi sabiduría. Después de esto, el sepulturero allí; el panteón para nosotros: todo cae en la gran fosa. Fin, «Finis», liquidación total, este es el sitio donde todo acaba. La muerte está muerta, creedme. Si hay alguien que tenga algo que decirme sobre esto, desde ahora me río de él. Cuentos de chicos: El Bu para los niños; Jehová para los hombres. No; nuestro mañana es la noche. Detrás de la tumba no hay más que nadas iguales. Hayáis sido Sardanápalo, o San Vicente de Paul, lo mismo da. Esto es lo cierto. Vivid, pues; sobre todo, ¡vivid! En verdad, os lo digo, señor obispo; yo tengo mi filosofía y mis filósofos. Yo no me dejo engatusar por todas esas consejas. Por lo demás, a los que van con las piernas al aire, a la canalla, a los miserables, les hace falta algo. Engullan, pues, las leyendas, las quimeras, el alma, la inmortalidad, el paraíso, las estrellas. Que masquen eso; que lo coman con su pan seco. Quien no tiene nada, tiene al buen Dios. Es lo menos que puede tener. Yo no me opondré a ello; pero guardo para mí al señor Naigeon. El buen Dios es bueno para el pueblo.

El obispo batió las palmas.

—Eso es lo que se llama hablar—exclamó—. ¡Qué excelente, qué maravilloso es ese materialismo! ¡Ah! no todo el que quiere lo tiene. Cuanto se posee no es un juguete de nadie. No se deja uno desterrar bestialmente como Catón, ni lapidar como San Esteban, ni quemar vivo como Juana de Arco. Los que han conseguido procurarse ese materialismo admirable, tienen la alegría de sentirse irresponsables, y de pensar que pueden devorarlo todo sin inquie-

tud, los cargos, las sinecuras, las dignidades, el poder bien o mal adquirido, las palinodias lucrativas, las traiciones útiles, las sabrosas capitulaciones de la conciencia, y que bajarán a la tumba, hecha ya la digestión. ¡Qué cosa tan agradable! No digo esto por vos, señor senador: sin embargo, me es imposible no felicitaros. Vosotros, los grandes señores, tenéis, como habéis dicho, una filosofía peculiar, especial, para vuestro uso exclusivo, exquisita, refinada, accesible solamente a los ricos, buena en cualquier salsa que se la sirva, y admirablemente sazonada de los placeres de la vida. Esta filosofía está sacada de las profundidades, y desenterrada por rebuscadores especiales. Pero sois príncipes amables, y no halláis del todo mal que la creencia en Dios sea la filosofía del pueblo, sobre poco más o menos, como el pato con castañas es el pavo trufado del pobre.

IX

EL HERMANO PINTADO POR LA HERMANA

Para dar una idea del menaje interior del obispo de D. y de la manera cómo aquellas dos santas mujeres subordinaban sus acciones, sus pensamientos, y hasta sus instintos de mujeres fácilmente asustadizas, a los hábitos y las costumbres del obispo, sin que éste tuviera ni aun que tomarse el trabajo de hablar para expresar su deseo, nada mejor podemos hacer que transcribir aquí una carta de la señorita Baptistina a la señora vizcondesa de Boischevron, su amiga de la niñez. Esta carta que poseemos dice así:

«D. 16 de diciembre de 18...

»Mi buena señora: No pasa un día sin que hablemos de vos. Es por lo regular nuestra costumbre, y hay ahora además una razón para ello. Figuraos que al desempolvar los techos y paredes de nuestras habitaciones, la señora Magloire ha hecho varios descubrimientos; al presente nuestros dos cuartos enjabegados, no figurarían mal en un castillo por el estilo del vuestro. La señora Magloire ha desgarrado y arrancado todo el papel. Debajo había otras cosas. Mi salón, en el que no hay muebles, y que nos sirve para tender la ropa de la colada, tiene quince pies de alto y diez y ocho de ancho: su techo, pintado antiguamente con dorados y a bovedilla como en vuestra casa, estaba cubierto con una tela del tiempo en que fué hospital. En fin, tiene ensambladuras del tiempo de nuestros abuelos. Pero mi gabinete es el que tiene que ver. La señora Magloire ha descubierto, a lo menos debajo de diez capas de cal, pinturas, que, sin ser buenas, son siquiera pasables. Unas representan a Telémaco armado caballero por Minerva; otras al mismo en un jardín, de cuyo nombre no puedo acordarme, donde las damas romanas iban una sola noche. ¿Qué podré deciros? Hay romanos, romanas (aquí una palabra ininteligible), y todo su séquito. La señora Magloire ha puesto en claro todo esto, y este verano va a reparar algunas pequeñas averías, y a barnizarlo todo de nuevo, con lo cual quedará mi cuarto hecho un verdadero museo.

»En un rincón del desván ha encontrado también dos consolas de madera, moda antigua. Nos pedían dos escudos de seis libras por volverlas a dorar; pero vale más y es mejor dar esto a los pobres: fuera de que son muy feas, y yo preferiría una mesa redonda de caoba.

»Soy tan feliz como siempre. ¡Mi hermano es tan bueno! Todo cuanto tiene lo da a los pobres y a los enfermos. Vivimos un poco estrechos: el país es muy malo en invierno, y es menester hacer algo por los que nada tienen. Nosotros estamos casi bien abrigadas y bien alumbradas: ya veis que no es poca cosa.

»Mi hermano tiene sus costumbres propias y peculiares. Cuando habla, dice que un obispo debe ser así. Figuraos que nunca se cierra la puerta de la casa. Entra quien se le antoja, y en seguida está en el cuarto de mi hermano. Nada teme, ni aun por la noche. A bien que este es su valor particular como él dice.

»No quiere que yo tema por él, ni que tampoco tenga miedo la señora Ma-

gloire. Se expone a toda clase de peligros, y no quiere ni aún que aparentemos que lo notamos. Es preciso saberle comprender.

»Sale lloviendo; marcha por medio del agua; viaja en invierno. No tiene miedo de la noche, de los caminos sospechosos, ni de los malos encuentros.

»El año último se fué a pie y solo a un país de ladrones. No quiso llevarnos consigo. Estuvo ausente quince días. A su vuelta nada le había pasado; se le creía muerto; pero gozaba de buena salud, y decía: «Ved aquí cómo me han robado.» Y abriendo una maleta, nos la enseñó llena de todas las alhajas de la catedral de Embrun, que los ladrones le habían devuelto.

»Esta vez al volver no pude menos de reñirle un poco, si bien teniendo cuidado de hacerlo cuando el coche metía mucho ruido para que nadie nos oyera.

»En los primeros tiempos me decía a mí misma: no hay peligros que le detengan, es terrible; al presente he acabado por acostumbrarme. Hago señas a la señora Magloire para que no le contraríe. Se arriesga como quiere. Yo me llevo a la señora Magloire, me encierro en mi cuarto, rezo por él y me duermo. Estoy tranquila, porque sé muy bien que si le sucediera una desgracia, sería ésta el fin de mi vida. Yo iré al cielo con mi hermano y mi obispo. A la señora Magloire le ha costado más que a mí el acostumbrarse a lo que llamaba sus imprudencias. Pero ahora ya está hecha a ellas. Juntas oramos, juntas tenemos miedo, y juntas nos dormimos. El diablo entraría en la casa y no hallaría quien le molestase. Y en verdad, ¿qué es lo que podemos temer en esta casa? Hay siempre con nosotros alguien que es más fuerte que él. El diablo podrá pasar por ella; pero Dios la habita.

»Esto me basta. Mi hermano al presente no necesita decirme una palabra. Le comprendo sin que hable, y nos abandonamos a la Providencia.

»Ved aquí cómo hay que ser con un hombre que tiene algo grande en la cabeza.

»He preguntado a mi hermano las noticias que me pedíais sobre la familia de Faux. Ya sabéis que él sabe de todo, y que tiene sus recuerdos, porque es siempre buen realista. Los de Faux son una antigua familia normanda, de la nobleza de Caen. Hace quinientos años que hubo un Raúl de Faux, un Juan de Faux, y un Tomás de Faux, que eran nobles, y uno de ellos señor de Rochefort. El último fué Guido Esteban Alejandro; era maestre de campo, y alguna cosa más en los caballos ligeros de Bretaña. Su hija María Luisa casó con Adriano Carlos de Grammont, par de Francia, coronel de guardias franceses y teniente general de los ejércitos. Se escribe Faux, Fauq y Faouq.

»Buena señora, recomendadme a vuestro santo pariente el cardenal para que me tenga presente en sus oraciones. En cuanto a vuestra querida Silvania, ha hecho bien en no perder en escribirme los cortos instantes que pasa a vuestro lado. Está buena, trabaja según nuestros deseos, me quiere como siempre, es todo lo que deseo, y me felicito por el recuerdo que por vos me envía. Mi salud no es muy mala y sin embargo, enflaquezco cada día más. Adiós: me falta ya el papel, y me obliga a despedirme de vos: mil cosas a todos.

»BAPTISTINA».

«P. D. Vuestro sobrinillo es encantador; ayer vió pasar un caballo, al cual habían puesto rodilleras, y preguntaba: ¿Qué es lo que tiene en las piernas? Es un muchacho muy guapo. Su hermanito corre por la habitación arrastrando una escoba vieja como si fuera un carro, y gritando: ¡Hala! ¡Hala!»

Como se ve, por esta carta, aquellas dos santas mujeres sabían acomodarse a la manera de ser del obispo, con ese genio particular de la mujer que comprende al hombre mejor que el hombre se comprende a sí mismo. El obispo de D., bajo aquel aire manso y cálido que nunca se desmentía, hacía a veces cosas grandes, atrevidas y magníficas, sin aparentar que sabía lo que hacía. Ellas temblaban, pero le dejaban obrar. Algunas veces la señora Magloire procuraba aventurar alguna resistencia anticipada; nunca mientras ni después del hecho. Nunca se le distraía ni aun con

una palabra o una señal, de un acto comenzado. En ciertos momentos, sin que hubiera necesidad de decirlo, cuando él ni aun tal vez tenía conciencia de sí mismo, tan perfecta era su sencillez, comprendían vagamente las mujeres que obraba como obispo: entonces no eran más que dos sombras en la casa. Servíanle pasivamente, y si era menester para obedecerle desaparecer, desaparecían. Sabían con una admirable delicadeza de instinto, que ciertos cuidados pueden estorbar. Así, aun creyéndole en peligro, comprendían, no digo su pensamiento, sino su naturaleza, hasta el punto de no velar por él. Le confiaban a Dios.

Además, Baptistina decía como acabamos de leer, que el fin de su hermano sería también el suyo. La señora Magloire no lo decía, pero lo sabía.

X

EL OBISPO EN PRESENCIA DE UNA LUZ DESCONOCIDA

En una época un poco posterior a la fecha de la carta citada en las precedentes páginas, hizo una cosa, que, según voz pública en la ciudad, había sido mucho más arriesgada y peligrosa que su paseo por la montaña infestada de bandidos.

Había cerca de D., en el campo, un hombre que vivía solitario: aquel hombre, digamos de corrido la espantable palabra, era un antiguo convencional y se llamaba G.

Hablábase del convencional G. entre la sociedad de D., con una especie de horror. ¡Un convencional! ¿Os podéis figurar una fiera de esta especie? Eso existía en el tiempo en que todo el mundo se tuteaba, y en que se decía: ciudadano. Aquel hombre era casi un monstruo. No había votado la muerte del Rey, pero casi, casi lo había hecho. Era un casi regicida. Había sido terrible. ¿Cómo a la vuelta de los príncipes legítimos no se había llevado a aquel hombre ante un tribunal prebostal? No se le habría cortado la cabeza, es cierto; es menester usar de clemencia: bueno; pero a lo menos un destierro perpetuo, un ejemplar, en fin... etc., etc. Era un ateo de los de antaño como toda la gente de entonces. Habladuría de gansos acerca del buitre.

¿Era en realidad un buitre G.? Sí, si se le juzgaba por lo que había de huraño en su soledad. No habiendo votado la muerte del rey, no había sido comprendido en los decretos de destierro, y había podido permanecer en Francia.

Habitaba a tres cuartos de hora de la ciudad, lejos de toda vivienda, separado de todo camino, no sé qué retiro perdido en un valle semisalvaje. Tenía allí, decían, una especie de campo, y un agujero, una madriguera. Ni un vecino, ni siquiera transeuntes. Desde que vivía en aquel valle, el sendero que a él conducía se había cubierto de hierba. Hablábase de aquel sitio como de la casa del verdugo.

Sin embargo, el obispo pensaba, y de cuando en cuando mirando al horizonte hacia el sitio en que un grupo de árboles señalaba el valle del anciano convencional, se decía: «hay allí una alma que está sola.»

Y en el fondo de su pensamiento añadía: «yo debía hacerle una visita.»

Pero, confesémoslo, esta idea, a primera vista muy natural, se le presentaba, después de un momento de reflexión, como extraña, imposible y casi repugnante. Porque en el fondo participaba de la impresión general, y el convencional le inspiraba, sin que pudiera explicarse claramente la causa, ese sentimiento que es como la frontera del odio, y que expresa tan perfectamente la palabra repulsión.

Sin embargo, ¿la sarna del cordero debe alejar al pastor? No. ¡Pero, qué cordero!

El buen obispo estaba perplejo: algunas veces se encaminaba hacia aquel lado; pero luego retrocedía.

Un día, al fin, se esparció el rumor en la ciudad de que una especie de pastorcillo que servía al convencional G., en su vivienda había ido a buscar un médico: que el viejo malvado se moría; que la parálisis se había apoderado de él, y que no saldría de la noche. «¡Gracias a Dios!» añadían algunos.

El obispo tomó su báculo, púsose su balandrán, a causa de estar su sotana un

tanto raída, como ya hemos dicho, y también a causa del viento de la noche, que no debía tardar en levantarse, y marchó.

Declinaba el sol, y casi tocaba al horizonte cuando el obispo llegó al sitio excomulgado, conociendo en el latir un tanto más apresurado del corazón, que se hallaba cerca del cubil de la fiera. Saltó un foso, atravesó un seto, subió una escalera, entró en un cercado, dió algunos pasos atrevidamente y de pronto, en el fondo de un campo erial, detrás de una maleza bastante crecida, divisó la caverna.

Era una casita baja, pobre, pequeña y limpia, con un emparrado en la fachada.

Delante de la puerta, en un viejo sillón de ruedas, sillón verdaderamente de aldeano, había un hombre de blancos cabellos, que sonreía mirando al sol.

Cerca del anciano sentado hallábase en pie un joven, el pastorcillo, que alargaba al anciano una vasija con leche.

Mientras el obispo miraba al anciano, éste alzó la voz.

—Gracias—dijo—, nada necesito ya.

Y su sonrisa se separó del sol, para fijarse en el pastorcillo.

El obispo avanzó. Al ruido que hacía al andar, el viejo, sentado como estaba, volvió la cabeza, y su rostro manifestó toda la sorpresa que se puede tener después de una larga vida.

—Desde que vivo aquí, es esta la primera vez que entra una visita en mi casa: ¿quién sois, señor?

El obispo respondió:

—Me llamo Bienvenido Myriel.

—¡Bienvenido Myriel! He oído pronunciar ese nombre. ¿Seréis vos ese a quien el pueblo llama monseñor Bienvenido?

—Yo soy.

El anciano añadió con una semi-sonrisa:

—En ese caso, sois mi obispo.

—Un poco.

—Entrad, señor.

El convencional tendió la mano al obispo, pero éste no la tomó limitándose a decir:

—Celebro mucho ver que me habían engañado. En verdad, no parece que estéis enfermo.

—Señor, voy a curarme del todo.

Hizo una pausa, y añadió:

—Moriré dentro de tres horas.

Después continuó:

—Soy un poco médico, y sé cómo se acerca la última hora. Ayer sólo tenía los pies fríos; hoy el frío ha subido hasta las rodillas: ahora le siento que sube hasta la cintura: cuando llegue al corazón, acabaré. Qué hermoso es el sol, ¿no es verdad? He hecho que me traigan aquí para dirigir una postrer mirada a las cosas. Podéis hablarme; el hablar no me fatiga. Habéis hecho bien en venir a mirar a un hombre que va a morir. Es bueno que en este momento tenga testigos. Cada cual tiene sus manías; yo hubiera deseado tirar hasta el alba; pero apenas me quedan tres horas. Será de noche. Mas, ¿qué importa? Morir es una cosa muy sencilla. No se necesita la mañana para esto. Sea: moriré de noche.

El anciano se volvió hacia el pastor.

—Vete a acostar—le dijo—. Has velado toda la última noche; debes estar cansado.

El joven entró en la cabaña.

El anciano lo siguió con la vista, y añadió como hablando consigo mismo:

—Mientras que él duerme, moriré; los dos sueños pueden hacer buena vecindad.

El obispo no estaba conmovido, como parece que debiera estarlo. No creía sentir a Dios en aquella manera de morir. Lo diremos todo, porque las pequeños contradicciones de los corazones grandes deben ser indicadas como las demás; él, que en ocasiones tan de veras se reía de su grandeza, se hallaba un poco lastimado de no ser llamado monseñor, y con tentaciones de replicar: ciudadano. Asaltóle un capricho de grosera familiaridad, bastante común en médicos y sacerdotes, pero que en él no era habitual.

Al cabo de todo, aquel hombre, aquel convencional, aquel representante del pueblo, había sido un poderoso de la tierra; por la primera vez de su vida, el obispo se sintió con humor de ser severo.

El convencional, sin embargo, le consideraba con modesta cordialidad, en la cual quizá se hubiera podido discernir la humildad que tan bien sienta cuando se está cerca de convertirse en polvo.

El obispo, por su parte, aunque ordinariamente se guardaba de la curiosidad, la cual, según él, estaba muy próxima a la ofensa, no podía menos de examinar al convencional con una atención, que, no teniendo origen en la simpatía, probablemente le hubiera reprochado su conciencia respecto de cualquier otro hombre. Un convencional causábale en cierto modo el efecto de un hombre fuera de la ley común, y hasta fuera de la ley de caridad.

G., tranquilo, con la cabeza casi derecha y la voz vibrante, era uno de esos grandes octogenarios, que son la admiración del fisiólogo. La Revolución ha contado muchos de estos hombres proporcionados a su época. Veíase y se adivinaba en aquel anciano al hombre de prueba. Tan cercano a su fin, había conservado todos los movimientos y ademanes de una perfecta salud. Había en su golpe de vista claro, en su acento firme, en su robusto movimiento de hombros, con qué desconcertar a la muerte. Azrael, el ángel mahometano del sepulcro, hubiérase vuelto atrás, y creído que se engañaba de puerta. G. parecía morir porque quería. Había libertad en su agonía. Sólo las piernas estaban inmóviles. Los pies estaban muertos y fríos; pero la cabeza vivía con todo el poder de la vida, y aparecía en plena lucidez. G. se parecía en este grave momento al rey del cuento oriental, de carne en la parte superior, de mármol de medio cuerpo abajo.

Había allí una piedra. El obispo se sentó en ella. El exordio fué «ex abrupto».

—Os felicito—dijo en tono de reprensión—, pues al cabo no habéis votado la muerte del rey.

El convencional no pareció notar el amargo sentido oculto en las palabras «al cabo»; pero la sonrisa había desaparecido de su rostro al contestar.

—Señor, no me felicitéis demasiado pronto: he votado el fin del tirano.

Era aquel el acento austero en presencia del acento severo.

—¿Qué queréis decir?—replicó el obispo.

—Quiero decir que el hombre tiene un tirano: la ignorancia; y yo he votado el fin de ese tirano, que engendra la falsa autoridad en vez de la autoridad que se apoya en lo verdadero. El hombre no debe ser gobernado más que por la ciencia.

—Y por la conciencia—añadió el obispo.

—Es lo mismo. La conciencia es la cantidad de ciencia innata que tenemos en nosotros mismos.

Monseñor Bienvenido escuchaba, un poco admirado, aquel lenguaje tan nuevo para él.

El convencional prosiguió:

—En cuanto a Luis XVI, no voté su muerte. No me creo con el derecho de matar a un hombre; pero me siento con el deber de exterminar el mal. He votado el fin del tirano: es decir, el fin de la prostitución para la mujer, el fin de la esclavitud para el hombre, el fin de la ignorancia para el niño. He votado la fraternidad, la concordia, la aurora. He ayudado a la caída de las preocupaciones y de los errores. El hundimiento de las unas y de los otros produce la luz. Nosotros hemos hecho caer el viejo mundo; y ese viejo mundo, vaso de miserias, al volcarse sobre el género humano, se ha convertido en una urna de alegría.

—De alegría no pura—dijo el obispo.

—Podríais decir de alegría turbada; y hoy, después de ese fatal retroceso a lo pasado, que se llama 1814, alegría desvanecida. ¡Ay! La obra estaba incompleta, convengo en ello; hemos demolido el antiguo régimen en los hechos: no hemos podido suprimirlo completamente en las ideas. No basta destruir los abusos; es menester modificar las costumbres. El molino ya no existe, pero el viento, que lo movía, aún continúa soplando.

—Habéis demolido. Demoler puede ser útil; pero yo desconfío de una demolición en la cual está mezclada la cólera.

—El derecho tiene su cólera, señor obispo. De todos modos, y dígase lo que se quiera, la Revolución Francesa es el peso más grande dado por el género humano desde el advenimiento de Cristo. Progreso incompleto, sea, pero sublime. Ha despejado todas las incógnitas sociales, ha dulcificado los ánimos, ha apaciguado, ilustrado: ha hecho correr sobre la tierra torrentes de civilización. La Revolución Francesa es la consagración de la humanidad.

El obispo no pudo menos de murmurar:

—¿Sí? ¿y el 93?

El convencional se enderezó en su asiento con una solemnidad casi lúgubre, y exclamó con toda la fuerza que puede tener un moribundo:

—¡Oh! ya pareció el 93. Esperaba esa palabra. Durante mil quinientos años se ha estado formando una nube; al cabo de quince siglos ha estallado la tormenta, y vos encausáis al rayo.

El obispo sintió, sin confesarlo tal vez, que algo en él había sido herido. Sin embargo, presentó buen continente y replicó:

—El juez habla en nombre de la justicia; el sacerdote habla en nombre de la piedad, que no es sino una justicia más elevada. Un rayo no debe nunca engañarse.

Y añadió, mirando fijamente al convencional:

—¿Luis XVII?

El convencional extendió la mano y cogió el brazo del obispo.

—¿Luis XVII? Veamos. ¿Por quién lloráis? ¿Por el niño inocente? Entonces, bien: yo lloro con vos. ¿Es por el niño real? Os pediré que reflexionéis. El hermano del bandido Cartucho, niño inocente, colgado por los sobacos en la plaza de Gréve hasta que el suplicio produjera la muerte, por el solo crimen de ser hermano de Cartucho, no es para mí menos digno de compasión que el nieto de Luis XV, niño inocente martirizado en la torre del Temple, por el sólo crimen de haber sido nieto de Luis XV.

—Señor mío—dijo el obispo—, no me gusta la proximidad entre ciertos hombres.

Hubo un momento de silencio: el obispo casi se arrepentía de haber ido a visitar al convencional, y sin embargo, sentíase vaga y extrañablemente conmovido.

El convencional continuó:

—¡Ah, señor sacerdote! No os gusta la esperanza de la verdad. Cristo la amaba. Tomaba un látigo y limpiaba el templo. Su látigo lleno de relámpagos era un rudo declarador de verdades. Cuando exclamaba: «Sinite parvulos», no distinguía entre los niños. No se hubiera incomodado porque el heredero de Barrabás hubiese estado codo con codo con el heredero de Herodes. Señor, la inocencia tiene su corona en sí misma. La inocencia nada gana con ser alteza. Tan augusta es desarrapada como flordelisada.

—Es verdad—dijo el obispo en voz baja.

—Insisto—continuó el convencional G.—. Habéis nombrado a Luis XVII. Entendámonos: lloremos por todos los inocentes, por todos los mártires, por todos los niños; lo mismo por los de arriba que por los de abajo; convenido. Pero entonces es preciso remontarnos más arriba del 93; y nuestras lágrimas deben comenzar antes de Luis XVII. Lloraré por los hijos de todos los reyes con vos, con tal que vos lloréis conmigo por todos los hijos del pueblo.

—Lloro con vos—dijo el obispo.

Hubo un nuevo silencio. El convencional fué el que lo rompió. Se levantó apoyándose sobre un brazo, cogió entre el pulgar y el índice, replegado, un poco de su mejilla, como se hace maquinalmente cuando se interroga y cuando se juzga, e interpeló al obispo con una mirada llena de todas las angustias de la agonía. Fué aquello casi una explosión.

—Hace mucho tiempo que el pueblo padece; y luego, no es esto sólo; ¿a qué venís a preguntarme y a hablarme de Luis XVII? Yo no os conozco. Desde que estoy en este país, vivo en este retiro, sin salir nunca de aquí, sin ver a nadie, más que a ese niño que me sirve. Vuestro nombre, es verdad, ha llegado hasta mí confusamente, y, debo decirlo, no mal pronunciado. Pero esto nada significa. ¡Las personas hábiles tienen

tantas maneras de hacerse lugar entre el bueno del pueblo! A propósito, no he oído el ruido de vuestro carruaje; lo habréis dejado sin duda, detrás del seto, allá abajo en el empalme del camino. No os conocía, he dicho. Me habéis contestado que erais el obispo; pero esto nada me enseña respecto de vuestra persona moral. En suma, vuelvo a repetiros mi pregunta: ¿Quién sois? Un obispo; es decir, un príncipe de la Iglesia, uno de esos hombres dorados, blasonados, ricos, que tienen gruesas prebendas, buena mesa, gran número de familiares y sirvientes; pero esto, o me dice demasiado, o no me dice bastante: esto no me ilustra sobre vuestro valor intrínseco y esencial, sobre vos, que venís con la pretensión probable de traerme la sabiduría. ¿A quién es a quien hablo? ¿Quién sois?

El obispo bajó la cabeza y contestó: «Vermis sum».

—¡Un gusano en carroza!—murmuró el convencional.

Tocabábale el turno al convencional, de ser altivo, y al obispo de ser humilde.

El obispo replicó con dulzura:

—Sea lo que queráis, señor mío. Pero explicadme, cómo mi coche, que está a dos pasos detrás de los árboles, cómo mi buena mesa, y mis familiares y criados, prueban que la piedad no es una virtud, que la clemencia no es un deber, y que el 93 no fué inexorable.

El convencional se pasó una mano por la frente como para apartar una nube.

—Antes de responderos—dijo—, os suplico que me perdonéis. Acabo de cometer una falta, señor obispo. Estáis en mi casa, sois mi huésped; os debo cortesía. Discutís mis ideas, y yo debo limitarme a rebatir vuestros razonamientos. Vuestras riquezas y vuestros goces son ventajas que tengo sobre vos en el debate, pero no sería de buen gusto servirme de estas armas. Os prometo, pues, no volver a usar de ellas.

—Y yo os lo agradezco—dijo el obispo.

G. replicó:

—Volvamos a la explicación que me pedíais. ¿Dónde estábamos? ¿Qué me decíais? ¿Que el 93 había sido inexorable?

El convencional empezaba a sentir hipo: el asma de la agonía que se mezcla con los últimos alientos, le entrecortaba la voz. Sin embargo, se notaba todavía en sus ojos la perfecta lucidez de su inteligencia. Continuó:

—Digamos aún algunas palabras. Fuera de la Revolución, que, tomada en su conjunto, es una inmensa afirmación humana, el 93 ¡ay! es una réplica. Os parece inexorable, pero ¿y toda la monarquía, señor obispo? Carrier es un bandido; ¿pero qué nombre dais a Montrevel? Jourdan Corta-Cabezas es un monstruo, pero no tanto como el marqués de Louvois. Compadezco a María Antonieta, archiduquesa y reina, pero también me inspira compasión aquella pobre mujer hugonote, que en 1685, en tiempo de Luis el Grande, fué atada, desnuda hasta la cintura, a un poste, y su hijo mantenido a cierta distancia: el pecho de la madre se llenaba de leche y su corazón de angustia, y el niño hambriento y pálido, agonizaba y gritaba. Y el verdugo decía a aquella mujer, madre y nodriza: ¡abjura! dándole a elegir entre la muerte de su hijo y la abjuración. ¿Qué decís de este suplicio de Tántalo aplicado a una madre? Abreviaré, o por mejor decir, concluyo. Tengo demasiado buen juego; además, ¡me muero!

Y dejando de mirar al obispo, el convencional acabó su pensamiento con estas tranquilas palabras:

—Sí; las brutalidades del progreso se llaman revoluciones. Pero cuando han concluído se reconoce que el género humano ha sido maltratado, pero ha marchado.

El convencional ni siquiera sabía que acababa de tomar por asalto uno tras otro, todos los atrincheramientos interiores del obispo. Uno no más quedaba, y de este atrincheramiento, supremo recurso de la resistencia de monseñor Bienvenido, salieron estas frases en que apareció toda la rudeza del principio de la conversación:

—El progreso debe creer en Dios. El

bien no puede tener un servidor impío. Es mal conductor del género humano el que es ateo.

El viejo representante del pueblo no respondió ; experimentó uno especie de estremecimiento ; miró al cielo, y una lágrima brotó lentamente de sus ojos. Cuando el párpado estuvo lleno, la lágrima se desprendió, cayendo a lo largo de la lívida mejilla, y el moribundo dijo casi tartamudeando, bajo y como hablando consigo mismo, la mirada perdida en la profundidad del firmamento :

—¡ Oh tú ! ¡ oh ideal ! ¡ tú sólo existes !

El obispo experimentó como una especie de inexplicable conmoción.

Hubo una pausa ; el anciano levantó un dedo hacia el cielo, y añadió :

—El infinito existe. Está allí. Si el infinito no tuviera un yo, el yo sería su límite : no sería infinito ; en otros términos, no existiría. Pero existe : luego hay un yo. Este yo del infinito es Dios.

El moribundo había pronunciado estas últimas palabras en voz alta y con el estremecimiento del éxtasis, como si viese a alguien. Cuando concluyó de hablar sus ojos se cerraron ; aquel esfuerzo le había rematado. Era evidente que había vivido en un minuto las pocas horas que le quedaban. Lo que acababa de decir le había aproximado a la muerte ; el instante supremo se acercaba.

El obispo lo comprendió ; el tiempo apremiaba ; había ido allí como sacerdote : de la extremada frialdad había pasado por grados a una extremada emoción ; miró aquellos ojos cerrados, tomó aquella mano vieja, arrugada y helada, y se inclinó hacia el moribundo.

—Esta hora — dijo—, es la hora de Dios. ¿No creéis que sería sensible que nos hubiésemos encontrado en vano?

El convencional abrió los ojos : una gravedad en que había algo de sombra se pintó en su semblante.

—Señor obispo—dijo con una lentitud que acaso más provenía de la dignidad del alma que del desfallecimiento de las fuerzas físicas— : he pasado mi vida en la meditación, en el estudio y en la contemplación. Tenía sesenta años cuando mi patria me llamó y me ordenó que me mezclara en sus asuntos. Obedecí. Había abusos, los combatí. Había tiranías, las destruí. Había derechos y principios, proclamé los unos y confesé los otros. El territorio estaba invadido, lo defendí. Francia estaba amenazada, le ofrecí mi pecho. No era rico y soy pobre. He sido uno de los dueños del Estado : las cajas del Banco estaban llenas de plata y oro hasta tal punto, que fué necesario apuntalar las paredes, casi próximas a hundirse con el peso de los metales preciosos ; y entretanto yo comía en la calle del Arbol Seco a razón de veintidós sueldos por cubierto. He socorrido a los oprimidos, he aliviado a los que padecían. He desgarrado los manteles del altar, pero ha sido para vendar las heridas de la patria. He sostenido siempre la marcha progresiva del género humano hacia la luz, y he resistido algunas veces los progresos crueles. En ocasiones, he protegido a mis propios adversarios, vuestros amigos. Hay en Peteghem, en Flandes, en el sitio mismo en que los reyes merovingios tenían su palacio de verano, un convento de urbanistas, la abadía de Santa Clara de Beaulieu, a la cual salvé en 1793. He cumplido mi deber según mis fuerzas, y he hecho el bien que he podido. A pesar de esto he sido llevado y traído, perseguido, calumniado, ridiculizado, escarnecido, maldito y proscrito. Ya desde hace muchos años, a pesar de mis cabellos blancos, siento y conozco que muchas personas creen tener sobre mí el derecho de despreciarme ; para la pobre turba ignorante mi cara es la de un condenado, y acepto, sin odiar a nadie, el aislamiento del odio. Al presente tengo ochenta y seis años, y voy a morir. ¿Qué es lo que venís a pedirme?

—El amigo—dijo el obispo—os pide que estrechéis su mano : el sacerdote os da su bendición.

Cuando el obispo levantó la cabeza, el rostro del convencional había tomado un tinte verdaderamente augusto ; acababa de expirar.

El obispo volvió a su casa profundamente absorto, no se sabe en qué pensamientos, y pasó toda la noche en oración.

Desde aquel momento redobló su ternura y su fraternidad para con los pobres y con los que padecen.

Toda alusión a «aquel viejo malvado de G.» le hacía caer en una profunda y singular meditación. Nadie podría decir que el paso de aquel espíritu ante el suyo, y el reflejo de aquella conciencia sobre su conciencia no había influído algo en su proximidad a la perfección.

Aquella «visita pastoral» fué naturalmente ocasión de murmuraciones y hablillas en los círculos de la ciudad.

—¿Es acaso el sitio de un obispo la cabecera de tal moribundo? Evidentemente allí no se podía aguardar ninguna conversación Todos esos revolucionarios son relapsos. Y entonces, ¿para qué ir? ¿Qué tenía que hacer allí? Preciso es que tuviera gran curiosidad de ver cómo se llevaba un alma el diablo.

XI

UNA RESTRICCIÓN

Muy cerca estaría de engañarse quien de aquí dedujera que monseñor Bienvenido era un «obispo filósofo» o «un cura patriotero». Su encuentro, lo que casi pudiera llamarse su conjunción, con el convencional G., le causó una especie de admiración, que le hizo más humilde todavía ; pero no pasó de aquí.

Aunque monseñor Bienvenido nunca había sido, ni mucho menos, hombre político, tal vez es esta la ocasión de indicar, muy a la ligera, cuál fué su actitud en los acontecimientos de entonces, suponiendo que monseñor Bienvenido pensara alguna vez en tener una actitud.

Remontémonos a algunos años atrás.

Poco tiempo después de la elevación del señor Myriel al episcopado, el emperador le hizo barón del Imperio al mismo tiempo que a muchos otros obispos. Sucedió la prisión del Papa, como es sabido, en la noche del 5 al 6 de julio de 1809 ; y en esta ocasión monseñor Myriel fué llamado por Napoleón al sínodo de los obispos de Francia y de Italia convocado en París. El sínodo se celebró en Nuestra Señora, reuniéndose por primera vez el 15 de julio de 1811 bajo la presidencia del cardenal Fesch ; y monseñor Myriel fué uno de los noventa y cinco obispos que acudieron ; pero sólo asistió a una sesión, y a tres o cuatro conferencias particulares. Obispo de una diócesis montañesa, viviendo tan cerca de la Naturaleza, en la rusticidad y en la desnudez, parecía como que aportaba entre aquellos eminentes personajes, ideas que cambiaban la temperatura de la asamblea. Volvióse muy pronto a D. Preguntáronle sobre aquella súbita vuelta, y contestó :

—Les molestaba : entrábales por mí el aire de fuera, y les causaba el efecto de una puerta abierta.

Otra vez dijo :

—¿Qué queréis? Aquellos monseñores son príncipes, y yo no soy más que un pobre obispo plebeyo.

El hecho es que había disgustado. Entre otras cosas extrañas, se le había escapado decir una noche, hallándose en casa de uno de sus colegas más calificados :

—¡ Qué hermosos relojes ! ¡ Qué hermosas alfombras ! ¡ Qué lujosas libreas ! Debe ser todo eso altamente importuno. ¡ Oh ! No quisiera tener todas esas superfluidades, porque me parecería que me gritaban continuamente al oído : ¡ hay personas que tienen hambre ! ¡ hay personas que tienen frío ! ¡ hay pobres ! ¡ hay pobres !

Digámoslo, aunque de paso : no sería un odio inteligente el odio al lujo, porque implicaría el odio a las artes. Sin embargo, en los hombres de iglesia, fuera de la representación y las ceremonias, el lujo es una falta. Parece revelar hábitos poco caritativos. Un sacerdote opulento es un contrasentido : el sacerdote debe mantenerse cerca de los pobres. ¿Puede nadie estarse rozando día y noche con todas las miserias, con todas las desgracias, con todos los infortunios, con todas las indigencias, sin llevar sobre sí mismo un poco de esa santa miseria, como el polvo del trabajo? ¿Puede imaginarse un hombre que esté cerca de un brasero y que no sienta calor? ¿Hay un obrero que trabaje sin descanso en una fragua y que no tenga ni un cabello quemado, ni una uña ennegrecida, ni una gota de sudor,

ni una mota de ceniza en el rostro? La primera prueba de caridad en el sacerdote, en el obispo sobre todo, es la pobreza.

Esto, sin duda, era lo que opinaba Su Ilustrísima el obispo de D.

No por esto debe creerse que participara sobre ciertos puntos delicados de lo que llamaremos «las ideas del siglo».

Mezclábase muy poco en las disputas teológicas del momento, y guardaba silencio sobre las cuestiones en que están comprometidos el Estado y la Iglesia; pero si se le hubiese apremiado, parécenos que más bien se hubiera hallado ultramontano que galicano.

Como hacemos un retrato, y nada queremos ocultar, nos vemos obligados a decir que fué glacial para Napoleón cuando declinó. Desde 1813 se adhirió, o dió su aprobación, a todas las manifestaciones hostiles al Emperador. No quiso verlo cuando pasó de vuelta de la isla de Elba, y se abstuvo de mandar en su diócesis que se hicieran las rogativas públicas por el Emperador durante los cien días.

Además de su hermana la señorita Baptistina, tenía dos hermanos: el uno general, el otro prefecto. A entrambos les escribía con frecuencia. Fué riguroso con el primero, porque estando encargado de un mando en Provenza, en la época del desembarco en Cannes, se puso a la cabeza de mil doscientos hombres, y persiguió al Emperador como si le quisiera dejar escapar. Su correspondencia continuó más afectuosa con su otro hermano, antiguo prefecto, hombre bueno y digno, que vivía en París retirado, en una casa de la calle de Casette.

Monseñor Bienvenido, tuvo, pues, también su hora de espíritu de partido, su hora de amargura, su nube. La sombra de las pasiones del momento se proyectó sobre aquel alma grande y afable, únicamente ocupada en las cosas eternas. En verdad, semejante hombre hubiera merecido no tener opiniones políticas. No hay que interpretar mal nuestro pensamiento; no confundamos lo que se llama «opiniones políticas» con la gran aspiración al progreso, con la sublime fe patriótica que en nuestros días debe ser y constituir el fondo de toda inteligencia generosa.

Sin profundizar cuestiones que sólo tocan indirectamente al asunto de este libro, decimos simplemente esto. Hubiera sido hermoso que monseñor Bienvenido no hubiese sido realista: que su mirada no se hubiese separado un solo instante de esa contemplación serena, en que se ven irradiar distintamente, por encima de las ficciones y de los odios de este mundo, por encima del vaivén tempestuoso de las cosas humanas, esas tres puras luces: la Verdad, la Justicia, la Caridad.

Aun conviniendo en que Dios no había creado a monseñor Bienvenido para cargos políticos, hubiéramos comprendido y admirado en él la protesta en nombre del derecho y de la libertad; la oposición altiva, la resistencia peligrosa y justa a Napoleón omnipotente; pero lo que nos agrada respecto de los que suben, nos disgusta respecto de los que bajan. Nos gusta el combate mientras en él hay peligro, y en todo caso, sólo los combatientes de la primera hora tienen derecho a ser los exterminadores de la última. Quien no ha sido obstinado acusador durante la prosperidad, debe callarse ante el derrumbamiento. El denunciador del éxito es el sólo legítimo justiciero de la caída. Por lo que a nosotros toca, cuando la Providencia se mezcla en el asunto y hiere, dejamos hacer.

Los sucesos de 1812 comienzan a desarmarnos. En 1813 la cobarde ruptura del silencio de aquel cuerpo legislativo, envalentonado por las catástrofes, debía indignar, y era una falta el aplaudirla. En 1814, entre aquellos mariscales que hacían traición; ante aquel Senado que pasaba de un fango a otro, insultando después de haber divinizado; ante aquella idolatría que volvía la espalda y escupía al ídolo, era un deber volver la cabeza y apartar la vista. En 1815, cuando se cernían en el aire los supremos desastres, cuando Francia sentía el misterioso estremecimiento de su siniestra proximidad, cuando ya vagamente se podía distinguir a Waterloo abierto ante Napoleón, las doloridas aclamaciones del ejército y del pueblo

al condenado del destino, nada tenían de risibles; y prescindiendo del déspota, un corazón como el obispo de D. no hubiera debido desconocer lo que había de augusto y de conmovedor en el estrecho abrazo de una gran nación y de un grande hombre, dado y recibido al borde del abismo.

Fuera de esto era y fué el obispo de D. en todo, justo, verdadero, equitativo, inteligente, humilde y digno, benéfico y benévolo, que es una especie de beneficencia también. Era un sacerdote, un sabio y un hombre. Pero, debe decirse; aun en esta opinión política que acabamos de reprocharle y que estamos dispuestos a juzgar casi siempre con severidad, era tolerante y fácil, tal vez más que los mismos que le censuramos.

El portero de la Casa Ayuntamiento había sido colocado en aquel puesto por el Emperador. Era un antiguo sargento de la vieja guardia, legionario de Austerlitz, más bonapartista que el águila. Aquel pobre diablo, dejaba escapar a cada momento y sin reflexión, palabras que las leyes de entonces calificaban de «dichos sediciosos». Desde que el perfil imperial había desaparecido de la legión de honor, nunca se vestía «con arreglo a ordenanza»—como él decía—a fin de no tener que ponerse su cruz. Había quitado por sí mismo devotamente la efigie imperial de la cruz que Napoleón le había dado, lo cual había causado un agujero en la condecoración, que no quiso tapar con nada. «Antes morir—decía—que llevar sobre mi corazón los tres sapos.» Burlábase en alta voz de Luis XVIII: «viejo gotoso—decía—, con calzones de inglés: váyase a Prusia con su escorzonera», considerándose feliz por poder reunir en una misma imprecación las dos cosas que más cordialmente aborrecía: Prusia e Inglaterra.

Por fin, tanto hizo, que perdió su empleo. Quedóse sin pan, en medio de la calle, con su mujer y sus hijos. El obispo le llamó, le riñó con dulzura y le nombró portero de la catedral.

En nueve años, a fuerza de santas acciones y de afables modales, monseñor Bienvenido había llenado la ciudad de D. de una especie de veneración tierna y filial. Hasta su conducta respecto a Napoleón fué aceptada, y como tácitamente perdonada por el pueblo, bueno y débil rebaño que adoraba a su Emperador, pero que amaba a su obispo.

XII

SOLEDAD DE MONSEÑOR BIENVENIDO

Hay casi siempre alrededor de un obispo una turba de cleriguillos, como en rededor de un general hay una bandada de oficiales. Estos son los que el bueno y sencillo San Francisco de Sales llama, no sé dónde, «curas boquirrubios». Toda carrera tiene sus aspirantes, que naturalmente forman el séquito de los que han llegado a su término. No hay poder que no tenga su corte. Los buscadores del porvenir hormiguean en derredor del presente espléndido. Toda metrópoli tiene su estado mayor: todo obispo un poco influyente, lleva en pos de sí una nube de querubines seminaristas, que hacen la ronda y conservan el orden en el palacio episcopal, y montan la guardia a la sonrisa de Su Ilustrísima. Agradar a su obispo es poner el pie en el estribo para un subdiaconado. Es menester andar el camino: el apostolado no desdeña las canonjías.

Así como en otros ramos hay cargos pingües, en la Iglesia hay buenas mitras. Estas las desempeñan obispos que están bien con la corte: ricos, con rentas, hábiles, aceptados por el mundo, que sin duda saben orar, pero que también saben solicitar; poco escrupulosos de que toda una diócesis haga antesala a su persona; lazos de unión entre la sacristía y la diplomacia; más bien clérigos que sacerdotes; más bien prelados que obispos. ¡Feliz el que a ellos se aproxima!

Como son gente de crédito, hacen llover en torno suyo, sobre los servidores solícitos y los favoritos, y sobre toda esa juventud que sabe agradar, los buenos curatos, las prebendas, los arcedianatos, las capellanías y las canonjías, mientras llegan las dignidades episcopales. Al avanzar ellos mismos, hacen progresar a sus satélites: es cada uno de ellos todo un sistema solar en mar-

cha. Su esplendor irradia sobre su séquito; su prosperidad se distribuye entre sus paniaguados en buenas promociones y buenos ascensos. Cuanto mayor es la diócesis del patrono, mayor es el curato del favorito; y luego, a Roma por todo. Un obispo que sabe llegar a ser arzobispo, un arzobispo que sabe alzarse a cardenal, os lleva como conclavista; entráis en la Rota; tenéis el palio; os veis hecho auditor, camarero, monseñor. Después, desde la ilustrísima a la eminencia no hay más que un paso, y entre la eminencia y la santidad, no hay más que el humo de un escrutinio. Todo bonete puede soñar con la tiara: el sacerdote es en nuestros días el único hombre que puede regularmente llegar a ser rey. ¡Y qué rey! ¡El rey supremo! Así, ¡qué semillero de aspirantes en un seminario! ¡Qué de niños de coro rubicundos, qué de jóvenes presbíteros llevan en la cabeza el cántaro de la lechera! ¡Qué fácilmente la ambición se oculta bajo el nombre de vocación, de buena fe, tal vez, y engañándose a sí misma, cándida como es!

Monseñor Bienvenido, humilde, pobre, particular, no se encontraba entre la buenas mitras. Era esto visible en la completa ausencia de clérigos jóvenes que se notaba en torno suyo. Ya se ha visto que en París «no había petado». Ni un solo porvenir pensaba apoyarse en el solitario anciano; ni una ambición en flor cometía la locura de cobijarse bajo su sombra. Sus canónigos y sus vicarios eran buenos viejos como él, como él también un poco plebeyos, encerrados con él en aquella diócesis sin salida al cardenalato, y que se parecían a su obispo, con la diferencia de que ellos eran finitos y él era cabal.

Se comprendía tan perfectamente la imposibilidad de medrar cerca de monseñor Bienvenido, que apenas salían del seminario los jóvenes tonsurados y ordenados por él, se hacían recomendar a los obispos de Aix o de Auch, y se marchaban a escape, porque al cabo—no es necesario repetirlo — todo el mundo quiere que le den la mano. Un santo que vive en un exceso de abnegación, es una vecindad peligrosa. Podría muy bien comunicar por contagio una pobreza incurable, la anquilosis de las articulaciones útiles al adelantamiento, y en suma, más desprendimiento del que se quiere tener; por eso se huye de esa virtud sarnosa. De aquí el aislamiento de monseñor Bienvenido. Vivimos en una sociedad sombría. Medrar: tal es la enseñanza que gota a gota cae de la corrupción a plomo sobre nosotros.

Dicho sea de paso, el éxito es una cosa bastante fea. Su falso parecido con el mérito engaña a los hombres de tal modo, que para la multitud, el triunfo tiene casi el mismo rostro que la superioridad. El éxito es compañero del talento, tiene una víctima a quien engaña, y es la historia. Juvenal y Tácito son los únicos que de él murmuran. En nuestros días ha entrado de sirviente en casa del éxito una filosofía casi oficial, que lleva la librea de su amo, y hace el oficio de lacayo en la antesala. Medrad: esta es la teoría. Prosperidad supone capacidad. Ganad a la lotería y sois un hombre hábil. Quien medra es venerado. Naced de pie: todo consiste en esto. Aprovechad la ocasión de medrar y tendréis lo demás; sed afortunado y os creerán grande. Fuera de cinco o seis excepciones inmensas, que son el orgullo y la luz de un siglo, la admiración contemporánea no es sino miopía: se toma el similor por el oro: no importa que uno sea advenedizo si llega a su objeto el primero. El vulgo es un viejo Narciso que se adora a sí mismo, y que aplaude todo lo vulgar. Esa facultad enorme por la cual un hombre es Moisés, Esquilo, Dante, Miguel Angel o Napoleón, la multitud la concede por unanimidad y por aclamación a quien alcanza su fin, sea en lo que quiera. Que un notario se transforme en diputado; que un falso Corneille haga el «Tiridates»; que un eunuco llegue a poseer un harem; que un militar adocenado gane por casualidad la batalla decisiva de una época; que un boticario invente las suelas de cartón para el ejército del Sambre-et-Meuse, y adquiera, con el cartón vendido por suela, cuatrocientas mil libras de renta; que un buhonero se case con la usura, y tenga de ella por hijos siete u ocho millones de francos; que un predicador gerundiano

llegue a ser obispo : que a un mayordomo de buena casa, al salir del servicio se le haga ministro de Hacienda, no importa : los hombres llaman a éste Genio, lo mismo que llaman Belleza a la figura de Mosquetón, y Majestad a la tiesura de Claudio. Confunden con las constelaciones del firmamento las huellas estrelladas que dejan en el cieno blando de un lodazal las patas de los gansos.

XIII

LO QUE SE CREÍA

Desde el punto de vista de la ortodoxia, no tenemos por qué sondear al obispo de D. Ante un alma semejante sólo sentimos respeto. La conciencia del justo debe ser creída sobre su palabra. Además, dadas ciertas naturalezas, admitimos el desarrollo posible de todas las bellezas de la virtud humana en una creencia diversa de la nuestra.

¿Qué pensaba de este dogma o de aquel misterio? Estos secretos del fuero interno sólo son conocidos de la tumba, donde las almas entran desnudas. De lo que estamos seguros es de que nunca las dificultades de la fe se resolvían por él con hipocresía. En el diamante no es posible ninguna podredumbre. Creía lo más que podía.—«Credo in patrem»—, exclamaba con frecuencia—. Hallaba, además, en las buenas obras esa cantidad de satisfacción que basta a la conciencia, y que os dice por lo bajo : ¡ Tú estás con Dios !

Lo que sí debemos observar es que, fuera, y por decirlo así, más allá de su fe, tenía un exceso de amor. Por esto, «quia multum amavit», es por lo que le juzgaban vulnerable los «hombres serios», «las personas graves» y la «gente sensata», locuciones favoritas de nuestro triste mundo, en que el egoísmo recibe el santo y la seña del pedantismo.

¿Qué era este exceso de amor? Era una benevolencia tranquila, serena, que pasando más allá del hombre, como ya hemos indicado, en ocasiones se hacía extensiva a las cosas. Vivía sin desdén hacia nadie ni hacia nada. Era indulgente para con lo creado por Dios. Todo hombre, aun el mejor, tiene en sí cierta dureza irreflexiva que reserva siempre para el animal. El obispo de D., carecía de esa dureza, común, sin embargo, a muchos sacerdotes. No llegaba hasta el respeto del brahmán a los seres vivientes ; pero parecía haber meditado esta frase del Eclesiastes : «¿Sabes adónde va el alma de los animales?» La fealdad del aspecto, las deformidades del instinto, ni le turbaban ni le indignaban, antes bien le conmovían y casi le enternecían. Parecía como si quisiera investigar, más allá de la vida aparente, la causa, la explicación o la excusa de aquellas deformidades. En ciertos momentos parecía pedir a Dios conmutaciones. Examinaba sin cólera y con la mirada del ligüista que descifra un palimpsesto, la cantidad de caos que existe todavía en la Naturaleza. En estas meditaciones dejaba a veces escapar palabras extrañas. Una mañana estaba en el jardín ; se creía solo ; pero su hermana paseaba detrás sin que él la viese : de repente se paró ; miró algo en el suelo ; era una araña gorda, negra, velluda, horrible. Su hermana le oyó decir :

—¡ Pobre animal, no es culpa suya !

¿Por qué ocultar estas niñerías casi divinas de la bondad? ¿Son puerilidades? Que lo sean. Pero estas puerilidades sublimes han sido las de San Francisco de Asís, y las de Marco Aurelio. Un día se causó una pequeña dislocación en un pie por no haber querido aplastar a una hormiga.

Así vivía este hombre justo. Algunas veces se durmió en su jardín, y entonces nada había más venerable que su semblante.

Si hemos de dar crédito a lo que se contaba de su juventud y aun de su virilidad, monseñor Bienvenido había sido en otro tiempo un hombre apasionado y quizá violento. Su mansedumbre universal, más que un instinto natural, era el resultado de una gran convicción, filtrada en su corazón al través de la vida, y que había caído lentamente en él, pensamiento a pensamiento, porque en un carácter como en una roca, puede haber agujeros causados por gotas de agua. Estas cavidades son indelebles : estas formaciones son indestructibles.

En 1815—creemos haberlo dicho ya, —contaba setenta y cinco años, si bien no aparentaba tener más de sesenta. No era alto : tenía cierta obesidad, y para combatirla daba largos paseos a pie : su paso era firme, y su cuerpo estaba ligeramente encorvado, detalle del cual nada pretendemos deducir. Monseñor Bienvenido tenía lo que el pueblo llama «una hermosa cabeza», pero era tan amable, que hacía olvidar su hermosura.

Cuando hablaba con esa alegría infantil—que era una de sus gracias, y a la cual ya hemos aludido — causaba cierto placer estar al lado suyo, y parecía que de toda su persona brotaba alegría. Su tez de buena color y fresca ; sus dientes perfectamente blancos—que había conservado intactos, y que dejaba ver cuando reía—le daban ese aire franco y fácil, que hace decir de un hombre «es un buen muchacho» ; y de un anciano, «es un buen hombre». Este era, si se recuerda, el efecto que había causado en Napoleón. Al pronto y para el que lo veía por primera vez, no era más que un buen hombre, en efecto. Pero si se pasaban algunas horas a su lado, y a poco que se le viera pensativo, el buen hombre se transfiguraba poco a poco, y tomaba no sé qué de imponente : su frente espaciosa, serena y augusta por los blancos cabellos que la rodeaban, cobraba mayor majestad que la meditación : de aquella bondad se desprendía la majestad, pero sin que la bondad dejase de irradiar : experimentábase algo parecido a la emoción que causaría el ver a un ángel sonriéndose, abrir lentamente sus alas sin dejar de sonreírse.

El respeto, era un respeto inexplicable ; penetraba por grados, y subía hasta el corazón de todo el que se le acercaba, comprendiendo que tenía delante de sí una de esas almas fuertes, probadas e indulgentes, en las cuales, por lo grande que es el pensamiento, sólo puede ya ser suave.

Como se ha visto, la oración, la celebración de los oficios religiosos, la limosna, el consuelo a los afligidos, el cultivo de un pedazo de tierra, la fraternidad, la frugalidad, la hospitalidad, el desprendimiento, la confianza, el estudio, el trabajo, llenaban todos y cada uno de los días de su vida. «Llenar», es justamente la palabra adecuada a esta idea ; y ciertamente que cada uno de los días del buen obispo estaba lleno hasta los bordes de buenos pensamientos, de buenas palabras y de buenas acciones. Sin embargo, no era completo, si el tiempo frío o lluvioso le impedía pasear de noche, luego que las dos mujeres se habían retirado, una o dos horas en su jardín antes de dormirse.

Parecía que era para él como una especie de rito prepararse al sueño por la meditación, en presencia de los grandes espectáculos que ofrece el cielo por la noche. Algunas veces, a hora bastante avanzada de ésta, si las dos mujeres no dormían, le oían pasear lentamente por las calles del jardín. Hallábase allí solo consigo mismo ; recogido, apacible, adorando, comparando la serenidad de su corazón con la serenidad del éter, conmovido en las tinieblas por los resplandores visibles de las constelaciones, y por los invisibles resplandores de Dios, abriendo su alma a los pensamientos que brotan de lo desconocido.

En aquellos momentos, cuando a la hora en que las flores nocturnas ofrecen su perfume, ofrecía su corazón, ardiendo como una lámpara en el centro de la noche estrellada, esparciéndose en éxtasis en medio de la irradiación universal de la creación, ni él mismo hubiera podido decir lo que pasaba en su espíritu. Sentía algo que se lanzaba fuera de él, y algo también que descendía sobre él. Misteriosas relaciones entre los abismos del alma y los abismos del Universo.

Pensaba en la grandeza y en la presencia de Dios : en la eternidad futura, extraño misterio ; en la eternidad pasada, misterio más extraño todavía ; en todos los infinitos que se hundían ante sus ojos en todos sentidos ; y sin tratar de comprender lo incomprensible, lo miraba. No estudiaba a Dios ; se deslumbraba contemplándole en sus obras. Consideraba aquellos magníficos enlaces de los átomos que dan aspecto a la materia ; que revelan las fuerzas evidenciándolas ; que crean los individuos en la unidad, las proporciones en la ex-

tensión, lo innumerable en lo infinito, y que por la luz producen la belleza. Estos enlaces se forman y deshácen sin cesar : de aquí la vida y la muerte.

Sentábase en un banco de madera pegado a un parra decrépita ; y miraba los astros al través de los brazos descarnados y raquíticos de sus árboles frutales. Aquel pedazo de tierra tan pobremente plantado, tan lleno de cobertizos y casuchas, le bastaba, y sentía cariño hacia él.

¿Qué más necesitaba aquel anciano, que repartía los ocios de su vida, donde tan poco lugar había de estar ocioso, entre cuidar su jardín de día, y la contemplación de noche? Aquel estrecho cercado que tenía por bóveda los cielos, ¿no era bastante para poder adorar a Dios, ya en sus obras más hermosas, ya en las más sublimes? ¿qué más podía desear? Un pequeño jardín para pasearse, y la inmensidad para meditar. A sus pies lo que podía cultivar y recoger ; sobre su cabeza lo que se puede estudiar y meditar : algunas flores sobre la tierra y todas las estrellas en el cielo.

XIV

LO QUE PENSABA

Una palabra para concluir.

Como los pormenores de esta clase, particularmente en el momento en que estamos, y para servirnos de una expresión moderna, podrían dar al obispo de D. cierta fisonomía «panteísta» y hacer creer, ya en contra, ya en favor suyo, que profesaba una de esas filosofías personales propias de nuestro siglo, que germinan algunas veces en los ánimos solitarios, y en ellos se arraigan, se desarrollan y crecen hasta reemplazar a la religión, debemos decir, e insistimos en ello, que ninguno de cuantos han conocido a monseñor Bienvenido se ha creído autorizado para pensar nada semejante de él. Lo que en aquel hombre resplandecía era el corazón. Su sabiduría era hija de la luz que aquél producía.

Ningún sistema, muchas obras : tal era su conducta. Las especulaciones abstractas acaban por producir vértigos ; y nada indica que aventurase su espíritu en las apocalipsis. El apóstol puede ser osado ; pero el obispo debe ser tímido. Probablemente hubiera tenido escrúpulo de sondear demasiado el fondo de ciertos problemas, reservados en algún modo a los grandes y atrevidos pensadores. A las puertas del enigma hay cierto horror sagrado ; aquellos sombríos caminos están allí abiertos, pero alguna cosa os grita, pasajeros de la vida, que no entréis allí. ¡ Desgraciado del que por ellos penetra !...

Los genios, en las inauditas profundidades de la abstracción y de la especulación pura, situados, por decirlo así, por encima de los dogmas, proponen sus ideas a Dios. Su plegaria ofrece audazmente la discusión : su adoración interroga. Esta es la religión directa, llena de ansiedad y de responsabilidad para quien trata de probar sus escarpados senderos.

La meditación humana no tiene límites. A su costa y riesgo analiza y profundiza su propio deslumbramiento. Podría decirse que por una especie de reacción espléndida, deslumbra con él a la Naturaleza. El mundo misterioso que nos rodea devuelve lo que recibe : es probable que los contempladores sean contemplados. Sea como quiera, hay sobre la tierra hombres, ¿son hombres?, que perciben distintamente al extremo de los horizontes de la meditación, las alturas de lo absoluto, y que tienen la terrible visión de la montaña infinita. Monseñor Bienvenido no era de estos hombres : monseñor Bienvenido no era un genio. Hubiera tenido en tal caso esas sublimes concepciones, desde donde algunos, muy grandes, como Pascual y Swedenborg, han caído en la demencia. Es verdad que esos poderosos delirios tienen su utilidad moral, y que por èsos arduos caminos se acerca uno a la perfección ideal. El prefería la travesía que abrevia : el Evangelio.

No trataba de hacer en su casulla los pliegues del manto de Elías ; no proyectaba ningún rayo del porvenir sobre los vaivenes tenebrosos de los acontecimientos : no trataba de condensar en llama la luz de las cosas : nada tenía de profeta y nada de mago. Aquel alma humilde amaba y nada más.

Que dilatase la oración hasta una as-

piración sobrehumana, es probable ; pero nunca se ora demasiado, ni se ama demasiado tampoco. Y si fuera una herejía orar aun más allá de los textos, Santa Teresa y San Jerónimo serían herejes.

Inclinábase hacia lo que gime y hacia lo que expía. El Universo se le aparecía como una inmensa enfermedad ; sentía en todas partes el padecimiento, y sin tratar de adivinar el enigma, procuraba vendar y curar la llaga.

El tremendo aspecto de las cosas creadas desarrollaba en él el enternecimiento ; no se ocupaba sino en buscar para sí mismo y para los demás, la manera mejor de compadecer y aliviar : cuanto existe era para aquel bueno y raro sacerdote un motivo permanente de tristeza que procuraba consolar.

Hay hombres que trabajan en la extracción del oro : él trabajaba en la extracción de la piedad. La miseria universal era su mina, el dolor por todas partes esparcido, era para él siempre ocasión de bondad. «Amaos los unos a los otros» ; en esta máxima lo encontraba todo, nada más deseaba, y ésta era toda su doctrina.

Un día—aquel hombre que se creía «filósofo», aquel senador que ya hemos nombrado—, dijo al obispo :

—Mirad el espectáculo que ofrece el mundo : guerra de todos contra todos : el más fuerte es el de más talento. Vuestro «amaos los unos a los otros» es una tontería.

—Pues bien — respondió monseñor Bienvenido sin disputar—, si eso es una tontería, el alma debe encerrarse en ella como la perla dentro de la concha de la ostra.

Y en ella se encerraba, y de ella vivía, y con ella se satisfacía absolutamente, dejando a un lado las cuestiones prodigiosas que atraen y que espantan : las perspectivas insondables de la abstracción ; los precipicios de la metafísica, todas esas profundidades, convergentes para el apóstol hacia Dios, para el ateo hacia la nada : el destino, el bien y el mal ; la guerra del ser contra el ser ; la conciencia del hombre ; el somnambulismo pensativo del animal ; la transformación por la muerte ; la recapitulación de existencias que contiene la tumba ; el injerto incomprensible de los amores sucesivos en el yo persistente ; la esencia, la substancia, el Nihil y el Ens, el alma, la Naturaleza, la libertad, la necesidad ; problemas pavorosos, precipicios siniestros, a los cuales se asoman los gigantescos arcángeles del espíritu humano, formidables abismos que Manú, Lucrecio, San Pablo y Dante contemplan con esa mirada fulgurante, que parece, al mirar fijamente al infinito, que hace brotar en él las estrellas.

Monseñor Bienvenido era sencillamente un hombre que observaba desde fuera las cuestiones misteriosas, sin escrutarlas, sin agitarlas, y sin perturbar su propio espíritu, y que tenía en el alma el grave respeto de la sombra.

LIBRO SEGUNDO

La caída.

I

LA NOCHE DE UN DÍA DE MARCHA

En los primeros días del mes de octubre de 1815, como una hora antes de ponerse el sol, un hombre que viajaba a pie, entraba en la pequeña ciudad de D. Los pocos habitantes que en aquel momento estaban asomados a sus ventanas o en el umbral de sus casas, miraban a aquel viajero con cierta especie de inquietud. Difícil hubiera sido hallar un transeunte de aspecto más miserable. Era un hombre de mediana estatura, rechoncho y robusto, en la fuerza de la edad, y como de cuarenta y seis a cuarenta y ocho años. Un casquete con visera de cuero, calado hasta los ojos, ocultaba en parte su rostro tostado por el sol y el aire, y todo cubierto de sudor. Su camisa, de una tela gorda y amarillenta, abrochada al cuello con una pequeña áncora de plata dejaba ver su velludo pecho : llevaba una corbata retorcida como una cuerda ; un pantalón blanco de cutí azul, usado y roto, blanco en una rodilla, agujereado en la otra ; una vieja blusa gris hecha jirones, remendada en una de las mangas con un pedazo de paño verde cosi-

do con bramante ; un morral de soldado a la espalda, bien repleto, bien cerrado y nuevo ; en la mano un enorme palo nudoso, los pies sin medias, calzados con gruesos zapatos claveteados, la cabeza esquilada y la barba larga.

El sudor, el calor, el viajar a pie, el polvo, añadían no sé qué de sórdido a aquel conjunto derrotado.

Sus cabellos estaban cortados al rape, y, sin embargo, erizados, porque comenzaban a crecer un poco y parecía que no habían sido cortados hacía algún tiempo.

Nadie lo conocía. Evidentemente era forastero. ¿De dónde venía? Del Mediodía ; de las orillas del mar, tal vez, pues hacía su entrada en D. por la misma calle que siete meses antes había visto pasar a Napoleón, yendo de Cannes a París. Aquel hombre debía de haber caminado todo el día, pues parecía muy fatigado.

Algunas mujeres del antiguo arrabal, que está en lo bajo de la ciudad, lo habían visto pararse junto a los árboles del bulevar Gassendi y beber en la fuente que hay al extremo del paseo. Mucha debía ser su sed, porque algunos chicos que lo seguían lo vieron pararse de nuevo y volver a beber, doscientos pasos más lejos, en la fuente de la plaza del Mercado.

Al llegar a la esquina de la calle de Poichevert, tomó por la izquierda y se dirigió hacia el Ayuntamiento. Entró en él y volvió a salir un cuarto de hora después. Un gendarme estaba sentado a la puerta, en el banco de piedra mismo en que el general Drouot había subido el 4 de marzo para leer a la muchedumbre afanada de los habitantes de D. la proclama del golfo Juan. El hombre se quitó su casquete y saludó humildemente al gendarme.

El gendarme, sin contestar a su saludo, le miró atentamente, le siguió algún tiempo con la vista, y luego entró en la Casa Ayuntamiento.

Había entonces en D. una buena posada que, según la muestra, se titulaba de «La Cruz de Colbas». Aquella posada tenía por dueño a un tal Joaquín Labarre, hombre considerado en la ciudad por su parentesco con otro Labarre que tenía en Grenoble la posada de los «Tres Delfines». Contábase que el general Bertrand, disfrazado de carretero, había hecho allí frecuentes paradas en el mes de febrero, y que había distribuído cruces y puñados de napoleones a la gente de la ciudad y del campo. El hecho es que el Emperador, cuando entró en Grenoble, no quiso hospedarse en el palacio de la prefectura, y dió las gracias al alcalde diciéndole : «Voy a casa de un hombre a quien conozco», y se fué a los «Tres Delfines». La gloria de este Labarre se reflejaba a veinticinco leguas de distancia sobre el Labarre de «La Cruz de Colbas». Y en la ciudad decían de él : «es el primo del de Grenoble».

Encaminóse el hombre hacia esta posada, que era la mejor del país, y entró en la cocina, a la cual se pasaba directamente desde la calle. Todas las hornillas estaban encendidas, y un gran fuego ardía alegremente en la chimenea. El posadero, que era al mismo tiempo jefe de cocina, iba del hogar a las cacerolas, muy ocupado en vigilar una excelente comida, destinada a unos carreteros a quienes se oía hablar y reír ruidosamente en una pieza inmediata.

Todo el que ha viajado sabe que nadie come mejor que los carreteros. Una liebre bien gorda, flanqueada por dos perdices y dos gallinas, daba vueltas en un largo asador delante del fuego : en las hornillas cocían dos gruesas carpas del lago de Lanzet, y una trucha del lago de Alloz.

El posadero, al oír abrise la puerta y entrar uno, preguntó sin apartar la vista de sus hornillas :

—¿Qué ocurre?

—Cama y comida—dijo el hombre.

—Al momento—replicó el huésped.

Entonces volvió la cabeza, abrazó con una rápida ojeada todo el conjunto del viajero, y añadió :

—Pagando, por supuesto.

El hombre sacó una bolsa de cuero, del bolsillo de su blusa y contestó :

—Tengo dinero.

—En ese caso, al momento soy con vos—dijo el huésped.

El hombre volvió a meter la bolsa en la blusa ; se quitó el morral, conservó su

palo en la mano, y fué a sentase en un banquillo cerca del fuego.

Las noches de octubre son frías en D., que está cerca de las montañas. Entretanto el huésped, yendo y viniendo de un lado para otro, no hacía más que mirar al viajero.

—¿Se come pronto?—preguntó éste.

—Al momento—dijo el posadero.

Mientras el recién venido se calentaba con la espalda vuelta al posadero, éste sacó un lápiz del bolsillo, rasgó un pedazo de periódico que había sobre una mesa pequeña cerca de la ventana, escribió en el margen blanco una línea o dos, lo dobló sin cerrarlo, y entregó aquel papel a un muchacho que parecía servirle a la vez de pinche y de criado; después dijo una palabra al oído del chico, y éste marchó corriendo en dirección a la Casa Ayuntamiento

El viajero nada de esto había visto.

Volvió a preguntar otra vez:

—¿Comeremos pronto?

—En seguida—respondió de nuevo Labarre.

Volvió el muchacho: traía un papel. El huésped lo desdobló apresuradamente, como quien está esperando una contestación. Leyó atentamente, movió la cabeza y permaneció pensativo. Por fin dió un paso hacia el viajero, que parecía sumido en no muy agradables ni tranquilas reflexiones.

—Buen hombre—le dijo—, no puedo recibiros en mi casa.

El hombre se medio enderezó sobre su asiento.

—¡Cómo! ¿Teméis que no pague el gasto? ¿Queréis cobrar anticipado? Os digo que tengo dinero.

—No es eso.

—¿Pues qué?

—Vos tenéis dinero.

—He dicho que sí.

—Pero yo—dijo el posadero—, no tengo cuarto que daros.

El hombre replicó tranquilamente:

—Dejadme un sitio en la cuadra.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque los caballos la ocupan toda.

—Pues bien—insistió el viajero—, ya habrá un rincón en el pajar, y un poco de paja no faltará tampoco. Lo arreglaremos después de comer.

—No puedo daros de comer.

Esta declaración hecha con tono mesurado, pero firme, pareció grave al forastero, el cual se levantó y dijo:

—¡Bah! me estoy muriendo de hambre. Estoy en pie desde que salió el sol; he andado doce leguas. Pago y quiero comer.

—Yo no tengo qué daros—dijo el posadero.

El hombre soltó una carcajada, y volviéndose hacia el hogar y las hornillas, preguntó:

—¿Nada? ¿Y todo esto?

—Todo esto está ya comprometido.

—¿Por quién?

—Por los carreteros que están allá dentro.

—¿Cuántos son?

—Doce.

—Allí hay comida para veinte.

—Lo han encargado todo, y además me lo han pagado adelantado.

El hombre se sentó, y sin alzar la voz dijo:

—Estoy en la hostería; tengo hambre y me quedo.

El posadero se inclinó entonces hacia él, y le dijo con un acento que le hizo estremecer:

—Marchaos.

El viajero estaba en aquel momento encorvado, y empujaba algunas brasas con la contera de su garrote. Volvióse bruscamente, y como abriese la boca para replicar, el huésped le miró fijamente y añadió en voz baja:

—Mirad, basta de conversación. ¿Queréis que os diga vuestro nombre? Os llamáis Juan Valjean. Ahora, ¿queréis que os diga también lo que sois? Al veros entrar sospeché algo; envié a preguntar al Ayuntamiento, y ved lo que me han contestado: ¿sabéis leer?

Al hablar así, Labarre presentaba al viajero, desdoblado, el papel que acababa de ir desde la hostería a la alcaldía, y de ésta a aquélla. El hombre fijó en él una mirada. El hostelero añadió después de una pausa:

—Me gusta ser político con todo el mundo. Marchaos.

El hombre bajó la cabeza, recogió el

morral que había dejado junto a la puerta al entrar, y se marchó.

Echó por la calle principal; caminaba a la casualidad, pegado casi a las paredes de las casas, como un hombre humillado y triste. No volvió la cabeza ni una sola vez. Si la hubiera vuelto, hubiese visto al posadero de «La Cruz de Colbas» en el umbral de la puerta, rodeado de todos los huéspedes de la posada hablando con viveza y señalándole con la mano; y en las miradas de desconfianza y de espanto del grupo habría adivinado que antes de mucho su llegada sería el acontecimiento de aquel día en la ciudad.

Nada de esto vió; las personas agobiadas por algún pesar no miran detrás de sí. Saben demasiado que les sigue siempre la mala suerte.

Caminó así algún tiempo andando a la ventura por calles que no conocía, olvidando el cansancio, como sucede cuando el ánimo está triste. De pronto sintióse aguijoneado por el hambre. La noche se acercaba. Miró en derredor para ver si descubría algún sitio donde recogerse.

La posada se había cerrado para él: buscaba algún humilde figón, algún pobre chiribitil.

Precisamente ardía una luz al extremo de la calle: una rama de pino colgada de una horquilla de hierro se destacaba sobre el fondo blanquecino del crepúsculo. Se dirigió hacia él.

Era en efecto un figón, y al propio tiempo una casa para dormir: el figón de la calle de Chaffaud.

El viajero se detuvo un momento, miró por los vidrios de la puerta el interior de la sala baja del figón, iluminada por una pequeña lámpara colocada sobre una mesa, y por un gran fuego que ardía en la chimenea. Algunos hombres bebían. El tabernero se calentaba. La llama hacía cocer el contenido de una marmita de hierro, colgada de una cadena en medio del hogar.

Entrábase al figón, que como ya hemos dicho, era también una especie de posada, por dos puertas. La una daba a la calle, la otra a un pequeño corral lleno de estiércol.

El viajero no se atrevió a entrar por la puerta de la calle. Entró en el corral, se detuvo de nuevo, luego levantó tímidamente el pestillo, y empujó la puerta.

—¿Quién va?—dijo el amo.

—Uno que quiere comer y dormir. Las dos cosas pueden hacerse aquí.

Entró. Todos cuantos se hallaban en el figón se volvieron hacia él. La luz de la lámpara le iluminaba por un lado: el fuego de la chimenea por otro. Examináronle algún tiempo mientras se despojaba de su morral.

El huésped le dijo:

—Aquí tenéis fuego. La cena cuece en la marmita; venid a calentaros.

El viajero fué a sentarse junto al hogar: extendió hacia el fuego sus pies doloridos por el cansancio: un agradable olor se exhalaba de la marmita. Todo lo que de su rostro se podía distinguir bajo la visera de su casquete, tomó un vago aspecto de bienestar, mezclado con ese otro aspecto tan punzante que da el hábito del padecimiento.

Su semblante era firme, enérgico y triste. Era extraña por demás la composición de aquella fisonomía: comenzaba por parecer humilde, y acababa por parecer severa. Los ojos brillaban bajo las cejas, como el fuego bajo la maleza. Uno de los que estaban sentados junto a la mesa del figón era un pescadero, que antes de ir allí había estado en la posada de Labarre a dejar su caballo. La casualidad había hecho que aquella misma mañana hubiera encontrado a aquel viandante de mal aspecto entre Bras d'Asse y... (he olvidado el nombre: creo que ha de ser Escoublon). Ahora bien, al encontrarle el viajero, que parecía muy fatigado ya, le había pedido que le permitiera subirse a la grupa, a lo que el pescadero contestó doblando el paso de su cabalgadura. Este pescadero formaba parte del grupo que rodeaba a Joaquín Labarre; y él mismo había contado su desagradable encuentro de por la mañana a los huéspedes de «La Cruz de Colbas».

Desde el sitio en que estaba hizo al figonero una seña imperceptible. Este se acercó a él, y hablaron algunas palabras en voz baja. El hombre había vuelto a caer en sus meditaciones.

El figonero se acercó a la chimenea, puso bruscamente la mano en el hombro del viajero, y le dijo :

—Vas a largarte de aquí.

El viajero se volvió, y contestó con dulzura :

—¡ Ah ! ¿sabéis... ?

—Sí.

—¿Que no me han admitido en la posada?

—Y yo te echo de aquí.

—Pero, ¿adónde queréis que vaya?

—A cualquier parte.

El hombre cogió su garrote y su morral, y se marchó.

Al salir, algunos chiquillos que le habían seguido desde «La Cruz de Colbas», y que parecía que le habían esperado, le empezaron a tirar piedras. Volvió atrás colérico, y les amenazó con el palo, y los muchachos se dispersaron como una bandada de pájaros.

Pasó por delante de la cárcel. A la puerta colgaba una cadena de hierro unida a una campana. Llamó.

Abrióse un postigo.

—Buen carcelero—le dijo quitándose respetuosamente la gorra—, ¿queréis abrirme y darme alojamiento por esta noche?

Una voz le contestó :

—La cárcel no es una posada. Haced que os prendan, y se os abrirá.

El postigo volvió a cerrarse.

Entró en una callejuela a la cual daban muchos jardines. Algunos, en vez de tapia, sólo estaban cerrados por un pequeño seto, lo cual alegraba la calle. Entre estos jardines y estos setos vió una casa de un solo piso, cuya ventana aparecía iluminada. Acercóse, y miró por la vidriera como había hecho en la taberna. Era una habitación grande enjalbegada : había en ella una cama con colcha de indiana, una urna en un rincón, algunas sillas de madera, y una escopeta de dos cañones colgada en la pared. En medio se veía una mesa dispuesta para comer. Un velón de cobre iluminaba el mantel de tela gorda, pero blanca, el vaso de estaño reluciente como si fuera de plata, lleno de vino, y una sopera humeante. A la mesa estaban sentados un hombre como de cuarenta años, de fisonomía alegre y franca, que hacía brincar sobre sus rodillas un niño. Cerca de él estaba una mujer joven, dando de mamar a otro niño. El padre reía, el niño reía también, la madre se sonreía.

El forastero permaneció un momento meditabundo ante aquel espectáculo tierno y tranquilo. ¿Qué pasó en su ánimo? Sólo él pudiera decirlo. Es probable que pensara que aquella casa alegre, también sería hospitalaria, y que allí donde veía tanta dicha, hallaría también un poco de piedad.

Llamó débilmente con la mano a uno de los vidrios.

No le oyeron.

Dió un segundo golpe.

Oyó que la mujer decía al marido :

—Me parece que llaman.

—No—contestó el marido.

Llamó por tercera vez.

El marido se levantó, cogió el velón y abrió la puerta.

Era un hombre alto, medio campesino, medio artesano, con un gran delantal de cuero que le subía hasta la barba. En la parte del pecho, convertida en una especie de bolsillo, llevaba un martillo, un pañuelo encarnado, una caja de tabaco y varios otros objetos. Tenía la cabeza echada hacia atrás ; y la camisa vuelta y el cuello vuelto dejaban desnudo el suyo, que era blanco y grueso como el de un toro. Sus cejas eran muy espesas, sus bigotes grandes y poblados ; sus ojos relucían a la flor de la cara ; y la parte inferior del rostro, semejante al de un perro de presa, tenía ese aire de estar en su casa, que es una cosa inexplicable.

—Buen hombre, perdonad—dijo el viajero—. ¿Podríais darme, pagando, por supuesto, un plato de sopa y un rincón en ese cobertizo del jardín para pasar la noche? ¿Podríais dármelo pagando?

—¿Quién sois? — preguntó el amo de la casa.

El hombre contestó :

—Vengo de Puy-Moisson. He caminado todo el día : he andado doce leguas. ¿Podríais proporcionarme lo que os pido, pagándolo?

—Ciertamente no me negaría a alojar a nadie con tal de que pagase

bien. Pero, ¿por qué no habéis ido a la posada?

—No había lugar ya en ella.

—¡ Bah ! No es posible. Hoy no ha sido día de feria ni de mercado. ¿Habéis estado en casa de Labarre?

—Sí.

—¿ Y bien?

El viajero contestó con turbación :

—No sé por qué, pero no me ha recibido.

—¿Por qué no habéis ido al figón de la calle de Chaffaud?

La turbación del forastero crecía por momentos.

—No me ha querido recibir tampoco —balbuceó.

El rostro del artesano tomó una viva expresión de desconfianza : miró al viajero de la cabeza a los pies, y de pronto exclamó, con una especie de estremecimiento :

—¡ Ah ! ¿Seréis vos por ventura el... ?

Dirigió una nueva mirada al forastero, dió tres pasos atrás, dejó el velón en el suelo, y descolgó la escopeta.

A las palabras del marido *y seréis por ventura...* la mujer se levantó, cogió sus dos niños en brazos, se refugió precipitadamente detrás de su marido, mirando con espanto al forastero, desnuda la garganta, asustados los ojos y murmurando en voz baja : ¡ tunante !

Todo esto pasó en menos tiempo del que hemos tardado en referirlo. Después de haber examinado por algunos momentos al viajero, como se examina a una víbora, el dueño de la casa se encaminó a la puerta y le dijo con imperioso acento :

—Vete.

—Por piedad—replicó el hombre—; un vaso de agua.

—Un tiro sí que te daré.

Al propio tiempo cerró violentamente la puerta, y el viajero le oyó correr dos viejos cerrojos. Poco después cerráronse también las maderas de la ventana, y desde fuera se oyó el ruido de una barra de hierro.

Continuaba anocheciendo, y el viento frío de los Alpes comenzaba a soplar. A la luz del expirante día el forastero descubrió en uno de los jardines que costeaban la calle, una caseta o choza con techo de bálago. Atravesó resueltamente la barrera de madera que cerraba el jardín, y se halló dentro de éste. Acercóse a la choza : tenía por puerta una estrecha abertura muy baja y se parecía a esas construcciones que los peones levantan a la orilla de las carreteras.

Pensó que efectivamente sería aquella alguna choza de peones camineros. Sentía frío y hambre. Estaba resignado a sufrir ésta, pero contra el frío quería encontrar un abrigo. Generalmente esta clase de chozas no están habitadas por la noche. Púsose a gatas y logró penetrar en la choza. Estaba caliente, y además halló en ella una buena cama de paja. Quedóse por un momento tendido en aquel lecho, sin poder hacer ningún movimiento ; tal era su cansancio. Luego, como notase que el morral le incomodaba, y que además podía servirle de excelente almohada, púsose a desatar una de las correas. En aquel momento se oyó un gruñido : alzó los ojos y vió que por la abertura de la choza asomaba la cabeza de un mastín enorme.

El sitio en donde estaba era una perrera.

Era el viajero vigoroso y temible : armóse con su garrote, hizo de su morral una especie de escudo, y salió de la choza como pudo, no sin agrandar los desgarrones de su vestido.

Salió también del jardín ; pero andando hacia atrás, obligado, para mantener al perro a distancia respetuosa, a recurrir a ese manejo del palo, que los maestros en el arte llaman el *molinete*.

Cuando, no sin trabajo, hubo vuelto a pasar la barrera, y se halló de nuevo en la calle, solo, sin comida, sin techo, sin abrigo, arrojado hasta de aquella cama de paja, y de aquella zahurda miserable, dejóse caer más bien que se sentó sobre una piedra, y parece que alguien que pasaba le oyó decir.

—Soy menos que un perro.

A poco se levantó y se puso de nuevo a andar. Salió de la ciudad, esperando encontrar algún árbol o alguna pila de heno que le diera abrigo.

Caminó un rato con la cabeza siempre baja. Cuando se vió lejos de toda habitación, alzó los ojos y miró en de-

rredor. Estaba en el campo : ante él había una de esas colinas bajas, cubiertas de rastrojo que después de la siega parecen cabezas esquiladas.

El horizonte estaba negro, no sólo por efecto de la obscuridad de la noche, sino porque lo empañaban nubes muy bajas, que parecían apoyarse en la colina, y que subían cubriendo todo el cielo. Sin embargo, como la luna iba a salir, y flotaba aún en el cenit un resto de claridad crepuscular, aquellas nubes formaban en lo alto del cielo una especie de bóveda blanquecina, desde la cual caía sobre la tierra cierta claridad.

Estaba, pues, la tierra más iluminada que el cielo, lo cual es un efecto particularmente siniestro; y la colina, de pobres y mezquinos contornos, dibujábase vaga y descolorida sobre el tenebroso horizonte. Nada había en el campo ni en la colina más que un árbol deforme, cuyas ramas se retorcían gimiendo a algunos pasos del viajero. Aquel hombre estaba muy distante de tener esos hábitos delicados de la inteligencia y del espíritu que nos hacen sensibles al aspecto misterioso de las cosas ; sin embargo, había en aquel cielo, en aquella colina, en aquella llanura, y en aquel árbol, algo tan profundamente desconsolador, que después de un momento de inmovilidad y de meditación, el viajero se volvió atrás bruscamente. Hay momentos en que hasta la Naturaleza parece hostil.

Volvióse a la ciudad. Las puertas de D. estaban ya cerradas. D., que sostuvo sitios durante las guerras de religión, estaba todavía rodeada en 1815 de viejas murallas flanqueadas de torres cuadradas, que después han sido demolidas. Pasó por una brecha, y entró de nuevo en la población.

Serían como las ocho de la noche. Como no conocía, ni bien ni mal las calles, volvió a comenzar su paseo a la ventura.

Andando así, llegó a la prefectura, y luego al seminario. Cuando pasó por la plaza de la catedral, enseñó el puño a la iglesia en señal de amenaza.

En la esquina de esta calle hay una imprenta. Allí se imprimieron por primera vez las proclamas del Emperador y de la guardia imperial al ejército, traídas de la isla de Elba, y dictadas por el mismo Napoleón.

Destrozado por el cansancio, y no esperando ya nada, se echó sobre el banco de piedra que estaba a la puerta de aquella imprenta.

Una anciana salía de la iglesia en aquel momento, y vió a aquel hombre tendido en la obscuridad.

—¿Qué hacéis, buen amigo?—le preguntó.

—Ya lo veis, buena mujer, me acuesto—le contestó con voz colérica y dura.

La buena mujer, bien digna de este nombre, por cierto, era la marquesa de R.

—¿En ese banco?—replicó.

—Durante diez y nueve años he tenido un colchón de madera, y hoy tengo un colchón de piedra.

—¿Habéis sido soldado?

—Sí, buena mujer, soldado.

—¿Por qué no vais a la posada?

—Porque no tengo dinero.

—¡Ay!—dijo la marque de R.—, no llevo en el bolsillo más que cuatro sueldos.

—Dádmelos.

El viajero tomó los cuatro sueldos; la señora R. continuó :

—Con tan poco no podéis alojaros en una posada. ¿Habéis probado, sin embargo? ¿Es posible que paséis así la noche? Tendréis sin duda frío y hambre. Debieran recibiros por caridad.

—He llamado a todas las puertas.

—¿Y qué?

—De todas me han arrojado.

La «buena mujer» tocó en el hombro al viajero, y le señaló al otro extremo de la plaza una puerta pequeña al lado del palacio arzobispal.

—¿Habéis llamado—repitió—a todas las puertas?

—Sí.

—¿Habéis llamado a aquélla?

—No.

—Pues llamad a ella.

II

LA PRUDENCIA ACONSEJA A LA SABIDURÍA

Aquella noche, el obispo de D., después de dar un paseo por la ciudad, permaneció hasta bastante tarde encerra-

do en su cuarto. Ocupábase en escribir una gran obra sobre los «Deberes», la cual desgraciadamente ha quedado incompleta. Reunía cuidadosamente cuanto los Padres y Doctores han dicho sobre este asunto grave : su libro estaba dividido en dos partes : primera, de los deberes de todos ; segunda, de los deberes de cada uno, según la clase a que pertenece.

Los deberes de todos son los grandes deberes. Hay cuatro, y San Mateo los señala : Deberes para con Dios (San Mateo IV) ; Deberes para con uno mismo (V. 29,30) ; deberes para con el prójimo (VII, 12) ; Deberes para con las criaturas (VI, 20, 25). Los demás deberes, el obispo los había hallado indicados y prescriptos en otras partes ; los de los soberanos y los súbditos en la Epístola a los Romanos ; de los magistrados, de las esposas, de las madres, y de los jóvenes, por San Pedro ; de los maridos, de los padres, de los hijos y de los servidores, en la Epístola a los Efesios ; de los fieles, en la Epístola a los Hebreos ; de las doncellas, en la Epístola a los Corintios. De todas estas prescripciones iba haciendo laboriosamente un conjunto que quería presentar a las almas.

A las ocho trabajaba todavía, escribiendo bastante incómodamente en grandes cuartillas de papel, con un voluminoso libro abierto sobre las rodillas, cuando la señora Magloire entró, según costumbre, a sacar la plata del cajón colocado junto a la cama.

Poco después el obispo, conociendo que la mesa estaba puesta, y que su hermana tal vez estaría esperando, cerró su libro, abandonó su asiento y entró en el comedor.

Era ésta una pieza oblonga, con chimenea, una puerta, que, como ya hemos dicho, daba a la calle, y un balcón al jardín.

La señora Magloire, en efecto, acababa de poner la mesa.

Mientras andaba ocupada en esto, hablaba con la señorita Baptistina.

Sobre la mesa había un velón : la mesa estaba junto a la chimenea, y en ésta ardía un buen fuego.

Fácil es imaginarse aquellas dos mujeres, que las dos pasaban ya de los setenta años : la señora Magloire, pequeña, gruesa, vivaracha ; la señorita Baptistina, afable, delgada, un poco más alta que su hermano, vestida con un traje de seda color de ala de mosca, color de moda en 1806, que compró entonces en París, y que todavía le duraba. Las locuciones vulgares tienen el mérito de expresar con una sola palabra una idea, que no bastaría a explicar acaso una página. Así, valiéndonos de una de esas locuciones, diremos que la señora Magloire tenía aire de «aldeana», y aire de «señora» la señorita Baptistina.

La señora Magloire gastaba una cofia o gorra blanca encañonada, una gargantilla de oro al cuello, única alhaja de mujer que había en la casa, una camiseta muy blanca saliendo de un vestido de buriel negro con mangas anchas y cortas, un delantal de algodón con cuadros azules y verdes, atado a la cintura con una cinta verde, y un peto sujeto con alfileres en los dos hombros, zapatos gruesos y medias amarillas, como las que usan las mujeres de Marsella. El vestido de la señorita Baptistina estaba cortado por los patrones de moda de 1806 : talle corto, saya sin vuelo, mangas con hombreras y botones. Ocultaba sus cabellos grises bajo una palma rizada a lo «niño». La señora Magloire tenía aire inteligente, vivo y bonachón : los dos ángulos de su boca levantados desigualmente, y el labio superior algo más grueso que el inferior, le daban un no sé qué de áspero e imperioso.

Mientras Su Ilustrísima callaba, ella hablaba resueltamente con una mezcla de respeto y libertad ; pero cuando el señor hablaba, obedecía pasivamente como la señorita. La señorita Baptistina no hablaba : limitábase a obedecer y complacer. Aun siendo joven, nunca fué bonita. Tenía grandes ojos azules un poco saltones, y la nariz larga y remangada ; pero todo su rostro, toda su persona, lo dijimos al comenzar, respiraba una inefable bondad. Siempre había parecido como predestinada a la mansedumbre ; pero la fe, la caridad, la esperanza, estas tres virtudes que infunden dulce calor en el alma, habían elevado

poco a poco aquella mansedumbre hasta la santidad. La Naturaleza había hecho de ella sólo un cordero : la religión hizo de ella un ángel ¡ Pobre y santa mujer ! ¡ Dulce porvenir desvanecido !

La señorita Baptistina ha referido tantas veces después lo que aquella noche pasó en el «palacio» del obispo, que muchas personas que viven todavía recuerdan hasta los más pequeños pormenores.

En el momento en que entró el obispo en el comedor, la señora Magloire hablaba con singular viveza. Conversaba con la «señorita» de un asunto que le era familiar, y al cual el obispo estaba ya acostumbrado. Tratábase del cerrojo de la puerta principal.

Parece que yendo a hacer algunas compras para la cena había oído referir ciertas cosas en distintos sitios. Hablábase de un vagabundo de mala facha : decíase que había llegado un hombre sospechoso, el cual debía de estar en alguna parte de la ciudad, y que podía suceder que llegasen a tener un mal encuentro los que aquella noche se olvidaran de recogerse temprano.

Añadíase que la policía estaba muy mal organizada, en atención a ciertas rivalidades que existían entre el prefecto y el alcalde, los cuales trataban de hacerse daño, dejando que se verificasen los acontecimientos que debieran evitar ; y que a las personas prudentes tocaba vigilar lo que la policía descuidaba, guardarse bien y tener mucho cuidado con echar cerrojos, y atrancar «y cerrar bien las puertas.»

La señora Magloire recalcó esta última frase ; pero el obispo acababa de salir de su cuarto, donde hacía bastante frío, y habiéndose sentado a la chimenea, se calentaba, y acaso pensaba en cosa muy distinta de la que formaba el tema de la conversación de las dos mujeres. No paró, pues, la atención en ninguna de las palabras que acababa de pronunciar la señora Magloire. Esta volvió a repetirlas, y entonces la señorita Baptistina, queriendo satisfacerla, sin desagradar a su hermano, se atrevió a decir tímidamente :

—Hermano mío, ¿oyes lo que dice la señora Magloire?

—He oído vagamente algo—contestó el obispo.

Después, medio volviéndose en su silla hacia la anciana, poniendo ambas manos sobre las rodillas, y levantando su rostro cordial y francamente alegre, iluminado por el resplandor del fuego, añadió :

—Veamos : ¿qué hay? ¿Qué sucede? ¿Nos amenaza algún peligro?

Entonces la señora Magloire comenzó de nuevo su historia, exagerándola un poco, sin querer y sin advertirlo. Decíase que un gitano, un desarrapado, una especie de mendigo peligroso se hallaba en la ciudad. Habíase presentado para alojarse en la posada de Joaquín Labarre, que no lo quiso recibir. Se le había visto llegar por el bulevar Gassendi, y vagar al obscurecer por las calles. Era un hombre con un morral y cuerdas, de una facha terrible.

—¿De veras?—dijo el obispo.

Este consentimiento en interrogarla alentó a la señora Magloire : parecía indicarle que el obispo no estaba muy distante de sentir alguna alarma : así, pues, prosiguió con acento triunfante :

—Sí, monseñor : es como os lo digo. Esta noche sucederá alguna desgracia en la ciudad. Todo el mundo lo dice. Luego, ¡ como la policía es tan mala ! (Repetición útil). ¡ Vivir en un país montañoso como éste, y no tener por la noche faroles en las calles ! Se sale... y a lo mejor... Yo decía, monseñor, y la señorita decía también...

—Yo—interumpió la hermana — no digo nada. Lo que mi hermano haga está bien hecho.

La señora Magloire continuó como si no hubiera habido protesta :

—Decíamos que esta casa no está del todo segura ; que si monseñor lo permite, voy a avisar a Paulino Musebois que venga a poner los antiguos cerrojos de la puerta : están ahí, de modo que es cosa de un minuto. Y digo que hacen falta cerrojos, aunque no sea sino por esta noche, monseñor, porque una puerta que se abre desde fuera con sólo levantar el pestillo, por el primero que llega, es una cosa terrible. Luego, como monseñor tiene la costumbre de decir siempre que entren, y además, como a

media noche, ¡ válgame el Cielo, no hace falta el pedir permiso...

En aquel momento se oyó llamar a la puerta con alguna violencia.

—¡ Adelante !—dijo el obispo.

III

HEROÍSMO DE LA OBEDIENCIA PASIVA

La puerta se abrió.

Pero se abrió de par en par, todo lo grande que era, como si alguien la empujase con energía y resolución.

Entró un hombre.

A este hombre lo conocemos ya. Era el viajero a quien hemos visto ha poco vagar buscando asilo.

Entró, dió un paso y se detuvo, dejando detrás de sí la puerta abierta. Llevaba el morral a la espalda ; el palo en la mano ; en los ojos una expresión ruda, audaz, cansada y violenta : iluminábale el fuego de la chimenea : estaba espantoso. Era una aparición siniestra.

La señora Magloire ni fuerza tuvo para lanzar un grito. Se estremeció y quedó muda e inmóvil como una estatua.

La señorita Baptistina se volvió, vió al hombre que entraba, y medio se incorporó de miedo : luego volviendo poco a poco la cabeza hacia la chimenea, se puso a mirar a su hermano, y su rostro adquirió al fin un aspecto de profunda calma y serenidad.

El obispo fijaba en el hombre una mirada tranquila.

Al abrir los labios, sin duda para preguntar al recién venido lo que deseaba, éste apoyó ambas manos en su garrote, pasó su mirada por el anciano y las dos mujeres, y sin esperar a que el obispo hablase dijo en alta voz :

—Me llamo Juan Valjean : soy presidiario. He pasado en presidio diez y nueve años. Estoy libre desde hace cuatro días, y me encamino a Pontarlier, que es el punto de mi residencia. Hace cuatro días que estoy en marcha desde Tolón. Hoy he andado doce leguas a pie. Esta tarde, al llegar a este país, he entrado en una posada, de la cual me han despedido, a causa de mi pasaporte amarillo, que había presentado en la alcaldía. Era preciso que así lo hiciese. He ido a otra posada, y me han dicho : Vete ; lo mismo en la una que en la otra. Nadie quiere recibirme. He ido a la cárcel y el carcelero no me ha abierto. Me he metido en una perrera, y el perro me ha mordido y me ha arrojado de allí, como si no hubiera sido un hombre. No parecía sino que sabía quién era yo. Me he ido al campo para dormir al raso ; pero ni aun eso me ha sido posible. He creído que iba a llover, y que no habría un buen Dios que impidiera la lluvia y he vuelto a entrar en la ciudad para buscar en ella el quicio de una puerta. Iba a echarme ahí en la plaza sobre una piedra, cuando una buena mujer me ha señalado vuestra casa, y me ha dicho : llamad ahí. He llamado : ¿Qué casa es ésta? ¿Una posada? Tengo dinero producto de mi masita. Ciento nueve francos y quince sueldos que he ganado en presidio con mi trabajo en diez y nueve años. Pagaré. ¿Qué me importa si tengo dinero? Estoy muy cansado : he andado doce leguas a pie, y tengo hambre : ¿queréis que me quede?

—Señora Magloire—dijo el obispo—, poned un cubierto más.

El hombre dió tres pasos, y se acercó al velón que estaba sobre la mesa.

—Mirad—dijo—, no me habéis comprendido bien : soy un presidiario, un forzado. Vengo de presidio — y sacó del bolsillo una gran hoja de papel amarillo que desdobló—. Ved mi pasaporte. Amarillo como veis : esto sirve para que me echen de todas partes. ¿Queréis leerlo? Lo leeré yo ; sé leer : he aprendido en presidio. Hay allí una escuela para los que quieren aprender. Ved lo que han puesto en mi pasaporte : «Juan Valjean, presidiario cumplido, natural de...» esto no hace al caso... «Ha estado diez y nueve años en presidio : cinco por robo con fractura ; catorce por haber intentado evadirse cuatro veces. Es hombre muy peligroso.» Ya lo veis, todo el mundo me cela. ¿Queréis vos recibirme? ¿Esta es una posada? ¿Queréis darme cama y cena? ¿Tenéis una cuadra?

—Señora Magloire—dijo el obispo—, pondréis sábanas limpias en la cama de la alcoba.

Ya hemos explicado de qué naturaleza era la obediencia de aquellas dos mujeres.

La señora Magloire salió para ejecutar las órdenes que había recibido.

El obispo se volvió hacia el hombre y le dijo :

—Sentaos y calentaos : dentro de un momento cenaremos, y mientras cenáis, se os hará la cama.

El hombre comprendió al fin. La expresión de su rostro, hasta entonces sombría y dura, cambióse en una expresión de estupefacción, de duda, de alegría extraordinaria. Comenzó a balbucear como un loco :

—¿Es de veras? ¡Cómo! ¿Me recibís? ¿No me echáis? ¿A mí? ¿A un presidiario? ¿Y no me tuteáis? ¿Y no me decís : «¡vete, perro!» como acostumbran decirme? Yo creía que tampoco aquí me recibirían ; por eso he dicho en seguida lo que soy. ¡Oh, gracias a la buena mujer que me ha enseñado esta casa! ¡Voy a cenar! ¡a dormir en una cama con colchones y sábanas como todo el mundo! ¡Una cama! Hace diez y nueve años que no me he acostado en una cama, y no queréis que la deje. Sois personas muy dignas, y además tengo dinero : pagaré bien. Dispensad, señor posadero : ¿cómo os llamáis? Pagaré todo lo que queráis. Sois un excelente hombre. Sois el posadero, ¿no es verdad?

—Soy—dijo el obispo—, un sacerdote que vive aquí.

—¡Un sacerdote!—dijo el hombre—. ¡Oh, un buen sacerdote! Entonces, ¿no me pedís dinero? Sois el cura, ¿no es esto? ¿El cura de esta iglesia? ¡Toma, y es verdad! ¡Qué tonto! No había visto vuestro solideo.

Hablando así había dejado el saco y el palo en un rincón, guardado su posaporte en el bolsillo y tomado asiento. La señorita Baptistina lo miraba con dulzura.

—Sois muy humano, señor cura—continuó diciendo— ; vos no despreciáis a nadie. Es gran cosa un buen sacerdote. ¿De modo que no tenéis necesidad de que os pague?

—No—dijo el obispo—, guardad vuestro dinero. ¿Cuánto tenéis? ¿No me habéis dicho que ciento nueve francos?

—Y quince sueldos—añadió el hombre.

—Ciento nueve francos y quince sueldos. ¿Y cuánto tiempo os ha costado ganar ese dinero?

—¡Diez y nueve años!

El obispo suspiró profundamente.

El hombre prosiguió :

—Todavía tengo todo mi dinero. En cuatro días no he gastado más que veinticinco sueldos, que he ganado ayudando a descargar unos carros en Grasse. Y pues que sois sacerdote, voy a deciros que en el presidio teníamos un capellán. Y un día vi a un obispo, a monseñor como allí le llaman. Era el obispo de la Mayor en Marsella. Es el cura que está sobre los curas. Vos lo sabéis ; perdonadme ; yo hablo mal ; ¡pero está eso tan lejos de mí! Ya comprendéis lo que somos nosotros. El obispo dijo la misa en medio del presidio, en un altar y tenía en la cabeza una cosa de oro terminada en punta. Era el mediodía y brillaba. Estábamos colocados en fila, por los tres lados, con los cañones y las mechas encendidas enfrente de nosotros. No lo veíamos bien. El obispo habló ; pero estaba demasiado lejos, y no lo oímos. Ved aquí lo que es un obispo.

Mientras hablaba, el obispo se había levantado a cerrar la puerta, que había quedado completamente abierta.

La señora Magloire volvió, y trajo un cubierto que puso en la mesa.

—Señora Magloire—dijo el obispo—, poned ese cubierto lo más cerca posible de la lumbre.—Y volviéndose hacia su huésped— : El viento de la noche es muy crudo en los Alpes : ¿tenéis frío, caballero?

Cada vez que pronunciaba la palabra «caballero» con voz dulcemente grave, se iluminaba la fisonomía del huésped. Llamar caballero a un presidiario, es dar un vaso de agua a un náufrago de la Medusa. La ignominia está sedienta de consideración.

—Mal alumbra esta luz—dijo el obispo.

La señora Magloire lo oyó ; trajo de

la chimenea del cuarto de Su Ilustrísima los dos candeleros de plata, y los puso encendidos en la mesa.

—Señor cura—dijo el hombre—, sois bueno; no me despreciáis. Me recibís en vuestra casa. Encendéis las bujías para mí. Y sin embargo, no os he ocultado de dónde vengo, y que soy un miserable.

El obispo, que estaba sentado a su lado, le tocó suavemente la mano:

—Podéis excusaros el decirme quién sois. Esta no es mi casa, es la casa de Jesucristo. Esa puerta no pregunta al que entra por ella si tiene un nombre, sino si tiene algún dolor. Padecéis; tenéis hambre y sed; pues sed bien venido. No me lo agradezcáis; no me digáis que os recibo en mi casa. Aquí no está en su casa más que el que necesita un asilo. Así debo decíroslo a vos que pasáis por aquí: estáis en vuestra casa más que yo en la mía. Todo lo que hay aquí es vuestro. ¿Para qué necesito saber vuestro nombre? Además, tenéis un nombre que antes que lo dijeseis lo sabía yo.

El hombre abrió sus ojos asombrado.

—¿De veras? ¿Sabéis cómo me llamo?

—Sí—respondió el obispo—, ¡os llamáis mi hermano!

—¡Ah, señor cura!—exclamó el viajero—. Antes de entrar aquí tenía mucha hambre; pero sois tan bueno, que ahora no sé lo que tengo. El hambre se me ha pasado.

El obispo lo miró y le dijo:

—¿Habéis padecido mucho?

—¡Oh! ¡la chaqueta roja, la bala al pie, una tarima para dormir, el calor, el frío, el trabajo, los cabos de vara, la doble cadena por nada, el calabozo por una palabra, y, aun enfermo en la cama, la cadena! ¡Los perros, los perros son más felices! ¡Diez y nueve años! Ahora tengo cuarenta y seis, y un pasaporte amarillo. Aquí está todo.

—Sí—replicó el obispo—, salís de un lugar de tristeza. Pero sabed que hay más alegría en el cielo por las lágrimas de un pecador arrepentido, que por la blanca vestidura de cien justos. Si salís de ese lugar de dolores con pensamientos de odio y de cólera contra los hombres, seréis digno de lástima; pero si salís con pensamientos de caridad, de dulzura y de paz, valdréis más que todos nosotros.

Mientras tanto la señora Magloire había servido la cena; una sopa hecha con agua, aceite, pan y sal; un poco de tocino, un pedazo de carnero, higos, un queso fresco, y un gran pan de centeno. A la comida ordinaria del obispo había añadido una botella de vino añejo de Mauves.

La fisonomía del obispo tomó de repente la expresión de dulzura propia de las personas hospitalarias:

—A la mesa—dijo con viveza, según acostumbraba cuando cenaba con algún forastero; e hizo sentar al hombre a su derecha. La señorita Baptistina, tranquila y naturalmente, tomó asiento a su izquierda.

El obispo dijo el «benedicite», y después sirvió la sopa según su costumbre. El hombre empezó a comer ávidamente.

—Me parece que falta algo en la mesa—dijo el obispo de repente.

La señora Magloire no había puesto más que los tres cubiertos absolutamente necesarios. Pero era costumbre de la casa, cuando el obispo tenía algún convidado, poner en la mesa los seis cubiertos de plata, inocente ostentación. Esta graciosa apariencia de lujo era una especie de niñada, notable en aquella casa tranquila y severa, que elevaba la pobreza hasta la dignidad.

La señora Magloire comprendió la observación, salió sin decir una palabra, y un momento después los tres cubiertos pedidos por el obispo lucían en el mantel, colocados simétricamente ante cada uno de los tres comensales.

IV

PORMENORES SOBRE LAS QUESERÍAS DE PONTARLIER

Ahora, para dar una idea de lo que pasó en aquella mesa, no podremos hacer nada mejor que transcribir aquí un pasaje de una carta de la señorita Baptistina a la señora de Boischevron, en que refiere con minuciosa sencillez la

conversación entre el obispo y el forzado.

... ...

«Este hombre no prestaba atención alguna a nada. Comía con una voracidad de hambriento. Sin embargo, después de cenar dijo :

»—Señor ministro de Dios, todo esto es demasiado bueno para mí ; pero debo deciros que los carreteros que no me han permitido comer con ellos, comen mejor que vos.

»Aquí entre nosotras, esta observación me pareció un poco extraña. Mi hermano le respondió :

»—Trabajan más que yo.

»—No—replicó el hombre—, tienen más dinero. Vos sois pobre ; ya lo veo. Quizá no sois ni aun cura. ¿Sois cura siquiera? ¡Ah! Si Dios fuese justo, bien mereceríais ser cura.

»—Dios es más que justo — dijo mi hermano.

»Un momento después, añadió :

»—Señor Juan Valjean, ¿vais a Pontarlier?

»—Con itinerario forzoso.

»Creo que esto fué lo que contestó. Después, continuó :

»—Es preciso que me ponga en camino mañana al rayar el día. Muy duro es viajar. Las noches son frías y los días calurosos.

»—Vais—dijo mi hermano — a buen país. En tiempo de la Revolución quedó arruinada mi familia, y yo me refugié en el Franco-Condado, donde viví algún tiempo con el trabajo de mis manos. Tenía buena voluntad : encontré en qué ocuparme. No tuve que hacer más que escoger. Había almacenes de papel, de curtidos, de esencias, de aceites ; fábricas de relojes, de acero, de cobre, y más de veinte de hierro, entre las cuales son notables las de Lods, Chatillon, Audincourt y Beure.

»Creo que no me equivoco, y que son estos los nombres que mi hermano citó. Después de esto se volvió a mirarme, y me dirigió la palabra.

»—Querida hermana : ¿no tenemos parientes en ese país?

»Yo le respondí :

»—Teníamos, entre otros, al señor Lucenet, capitán de puertas en Pontarlier, bajo el antiguo régimen.

»—Sí—dijo mi hermano— ; pero en el 93 no había parientes, ni tenía uno más que sus brazos ; y yo trabajé. Hay en el país de Pontarlier, adonde vais, señor Valjean, una industria patriarcal y hermosa, hermana mía : las queserías, que llaman allí fruterías.

»Entonces mi hermano, mientras comía aquel hombre, le explicó detenidamente lo que son las fruterías de Pontarlier — que las hay de dos clases— : las «grandes granjas», que pertenecen a los ricos, y tienen cuarenta o cincuenta vacas, que producen de siete a ocho mil quesos en el verano ; y las «queserías de asociación», que son de los pobres ; es decir, de los campesinos de la montaña que reunen sus vacas, y se reparten los productos. Toman a su servicio un quesero, a quien llaman el «grurin», el cual recibe la leche que le da cada uno de los asociados tres veces al día, y anota estas cantidades en una tabla duplicada ; a fines de abril empieza el trabajo en las queserías ; y hacia mediados de junio los queseros llevan sus vacas a la montaña.

»El hombre se reanimaba comiendo. Mi hermano le hacía beber del rico vino de Mauves, de que no se atreve a beber él mismo, porque dice que es muy caro ; y, entretanto, le refería todos estos pormenores con esa sencilla alegría, que ya conocéis, mezclando sus palabras con graciosos gestos dirigidos a mí. Insistió mucho en la buena posición del «grurin», como si desease que este hombre comprendiera, sin aconsejarle directa y claramente, que con tal oficio encontraría un asilo. Una cosa me chocó. Pues bien, mi hermano, ni durante toda la cena, ni en el resto de la noche, si se exceptúan algunas palabras sobre Jesús que pronunció a su entrada, dijo una frase que pudiese recordar a este hombre quién era, ni darle a conocer lo que era mi hermano. Y esta era, sin embargo, una ocasión muy propia para dirigirle un trozo de sermón. Cualquiera hubiera creído que, teniendo al lado a este desgraciado, era la ocasión

de dar alimento a su alma al mismo tiempo que al cuerpo, y de hacerle alguna reconvención bien razonada de moral y de consejo, o de manifestarle conmiseración, exhortándole a obrar mejor en el porvenir. Pero mi hermano ni aun le preguntó de dónde era, ni cuál era su vida. En su vida está indudablemente su falta; y mi hermano parecía evitar todo lo que pudiese traérsela a la memoria; hasta el punto de que en un momento en que hablaba de los montañeses de Pontarlier, que «tienen un suave trabajo cerca del cielo, y que son felices porque son inocentes...» se detuvo de repente, temiendo que hubiese en estas palabras que se le escapaban algo que pudiera ofender al huésped. A fuerza de reflexionar creo haber comprendido lo que pasaba en el corazón de mi hermano. Pensaba sin duda que este hombre, que se llamaba Juan Valjean, tenía tan presente su miseria en el espíritu, que debía distraerle, y hacerle creer, aunque no fuese más que por un momento, que era una persona como otra cualquiera, y que para él todo aquello era lo mismo que sucedía ordinariamente. En efecto: ¿no es esto comprender bien la caridad? ¿No hay, buena amiga, algo verdaderamente evangélico en esta delicadeza que prescinde del sermón, de la moral y de las alusiones? La piedad más grande, ¿no consiste, cuando un hombre tiene un sitio dolorido, en no tocar este sitio? Me ha parecido que este era el pensamiento íntimo de mi hermano. En todo caso, lo que puedo decir es que, si efectivamente obró así, no lo dió a conocer ni aun a mí misma: estuvo lo mismo que todas las noches, y cenó con Juan Valjean con la misma naturalidad, con la misma fisonomía con que hubiera cenado con el señor Gedeón el preboste, o con el señor cura párroco.

»Al fin de la cena, cuando estábamos comiendo unos higos, llamaron a la puerta. Era la tía Gerbaud con su hijo en brazos. Mi hermano besó al niño en la frente, y me pidió quince sueldos que tenía yo allí, para darlos a la tía Gerbaud. El hombre no prestó gran atención a esto. No hablaba nada, y parecía cansado. La pobre tía Gerbaud salió; mi hermano dió gracias; se volvió hacia el hombre y le dijo: «Debéis tener necesidad de descanso». La señora Magloire quitó el cubierto en seguida. Yo comprendí que debíamos retirarnos para dejar dormir al viajero; y ambas subimos a nuestro cuarto. Pero poco después envié a la señora Magloire para que pusiera en la cama de este hombre una piel de corzo de la Selva Negra que tengo en mi habitación.

»Las noches son muy frías, y esta piel calienta. Es una lástima que esté ya muy usada: se le cae todo el pelo. Mi hermano la compró cuando estuvo en Alemania, en Tottlingen, cerca de las fuentes del Danubio, al mismo tiempo que el cuchillo de mango de marfil que uso en la mesa.

»La señora Magloire volvió en seguida: hicimos oración a Dios en el salón donde se cuelga la ropa blanca, y después nos fuimos cada una a nuestro cuarto sin hablar una palabra.»

V

TRANQUILIDAD

Monseñor Bienvenido, después de haber dado las buenas noches a su hermana, cogió uno de los dos candeleros de plata que había sobre la mesa, dió el otro a su huésped, y le dijo:

—Caballero, voy a enseñaros vuestro cuarto.

El hombre le siguió.

Como ha podido conocerse por lo que hemos dicho más arriba, la habitación estaba distribuída de tal modo, que para salir o entrar al oratorio en que estaba la alcoba, era preciso pasar por el dormitorio del obispo.

En el momento en que atravesaban este cuarto, la señora Magloire cerraba el armario de la plata que estaba a la cabecera de la cama. Este era el último cuidado que tenía cada noche antes de acostarse.

El obispo instaló a su huésped en la alcoba. Una cama blanca y limpia lo esperaba. El hombre puso la luz sobre una mesita.

—Vaya—dijo el obispo—, que paséis buena noche. Mañana temprano, antes

de marchar, tomaréis una taza de leche de nuestras vacas, bien caliente.

—Gracias, señor cura — dijo el hombre.

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras de paz, súbitamente, sin transición alguna, hizo un movimiento extraño, que hubiese helado de espanto a las dos santas mujeres, si hubieran estado presentes. Hoy mismo no es difícil explicar la causa que lo impulsaba en aquel momento. ¿Quería hacer una advertencia o una amenaza? ¿Obedecía simplemente a una especie de impulso instintivo y desconocido para él mismo? Lo cierto es que se volvió bruscamente hacia el anciano, cruzó los brazos, y fijando en él una mirada salvaje, exclamó con voz ronca:

—¡Ah! ¡decididamente me alojáis en vuestra casa y tan cerca de vos!

Calló un momento, y añadió con una sonrisa que tenía algo de monstruosa:

—¿Lo habéis reflexionado bien? ¿Quién os ha dicho que no soy un asesino?

El obispo respondió:

—Esa es cuenta de Dios.

Después, con toda gravedad y moviendo los labios como el que reza o habla consigo mismo, bendijo con los dos dedos de la mano derecha a su huésped, que ni aun dobló la cabeza, y sin volver la vista atrás entró en su dormitorio.

Cuando la alcoba estaba habitada, el altar se cubría con una gran cortina de sarga, que corría de un lado a otro del oratorio. El obispo se arrodilló al pasar delante de la cortina, e hizo una breve oración.

Un momento después estaba en su jardín, paseando, meditabundo, contemplando con el alma y con el pensamiento los grandes misterios que Dios descubre por la noche a los ojos que permanecen abiertos.

En cuanto al hombre, estaba tan cansado, que ni aun se aprovechó de aquellas sábanas tan blancas. Apagó la luz soplando con la nariz como acostumbran los presidiarios, y se dejó caer vestido en la cama, donde quedó en seguida profundamente dormido.

Era media noche cuando el obispo volvía del jardín a su cuarto.

Algunos minutos después, todos dormían en aquella casa.

VI

JUAN VALJEAN

Juan Valjean despertó poco después de media noche.

Pertenecía el ex presidiario a una pobre familia de Brie. No había aprendido a leer en su infancia; y cuando fué hombre, tomó el oficio de podador en Faverolles. Su madre se llamaba Juana Mathieu, y su padre Juan Valjean o Vlajean, mote y contracción probablemente de (voilá Jean :) ahí está Juan.

Juan Valjean tenía el carácter pensativo, aunque no triste, propio de las almas afectuosas. Su naturaleza estaba algo adormecida, era algo indiferente, en apariencia a lo menos. Perdió de muy corta edad a su padre y a su madre. Esta murió de una fiebre láctea mal cuidada. Su padre, podador como él, había muerto de una caída de un árbol. Juan Valjean se encontró sin más familia que una hermana de más edad que él, viuda y con siete hijos entre varones y hembras. Esta hermana había criado a Juan Valjean, y mientras vivió su marido tuvo en su casa a su hermano. El marido murió cuando el mayor de los siete hijos tenía ocho años y el menor uno. Juan Valjean acababa de cumplir veinticinco años. Reemplazó al padre, y mantuvo a su vez a su hermana que lo había criado. Hizo esto sencillamente, como un deber, y aun con cierta rudeza.

Su juventud se gastaba, pues, en un trabajo duro y mal pagado. Nunca le habían conocido «novia» en el país. No había tenido tiempo para enamorarse.

Por la noche entraba cansado en su casa, y comía su sopa sin decir una palabra. Mientras comía su hermana, la tía Juana, tomaba con frecuencia de su escudilla lo mejor de la comida, el pedazo de carne, la lonja de tocino, el cogollo de la col, para dárselo a alguno de sus hijos. El, sin dejar de comer, inclinado sobre la mesa, con la cabeza

casi metida en la cena, con sus largos cabellos esparcidos alrededor de la escudilla, y ocultando sus ojos, parecía que nada observaba; y dejaba hacer. Había en Faverolles, no lejos de la choza de Valjean, al otro lado de la calle, una lechera llamada María Claudia; los hijos de Juana, casi siempre hambrientos, iban muchas veces a pedir al fiado a María Claudia en nombre de su madre una pinta de leche, que bebían detrás de una enramada o en cualquier rincón de la calle, arrancándose unos a otros el vaso; y con tanta precipitación, que las niñas pequeñas lo derramaban en su delantal y en su cuello. Si la madre hubiera sabido este hurtillo habría corregido severamente a los delincuentes. Pero Juan Valjean, brusco y gruñón, pagaba, sin que Juana lo supiera, la pinta de leche a María Claudia, y los niños evitaban así el castigo.

Juan Valjean ganaba en la estación de la poda diez y ocho sueldos diarios; y después se empleaba como segador, como peón de albañil, como mozo de bueyes, y como jornalero. Hacía todo lo que podía. Su hermana también trabajaba por su parte. Pero, ¿qué había de hacer con siete niños? Aquella familia era un triste grupo rodeado y estrechado poco a poco por la miseria. Llegó un invierno cruel; Juan no tuvo trabajo. La familia careció de pan. ¡Ni un bocado de pan y siete niños!

Un domingo por la noche Maubert Isabeau, panadero de la plaza de la Iglesia en Faverolles, se disponía a acostarse, cuando oyó un golpe violento en la puerta y en la vidriera de su tienda. Acudió, y llegó a tiempo de ver pasar un brazo a través del agujero hecho en la vidriera por un puñetazo. El brazo cogió un pan y se retiró. Isabeau salió apresuradamente: el ladrón huyó a todo correr, pero Isabeau corrió también y lo detuvo. El ladrón había tirado el pan, pero tenía aún el brazo ensangrentado. Era Juan Valjean.

Esto pasó en 1795. Juan Valjean fué acusado ante los tribunales de aquel tiempo como autor de un «robo con fractura, de noche, y en casa habitada». Tenía en su casa un fusil de que se servía como el mejor tirador del mundo; era un poco aficionado a la caza furtiva, y esto le perjudicó. Porque hay contra estos cazadores una repulsión legítima. El cazador furtivo, lo mismo que el contrabandista, anda muy cerca del salteador. Sin embargo, digámoslo de paso, hay un abismo entre ambos y el miserable asesino de las ciudades. El cazador furtivo vive en el bosque; el contrabandista en las montañas o en el mar. Las ciudades crían hombres feroces, porque crían hombres corrompidos. La montaña, el mar, el monte crían hombres salvajes, en los cuales se desarrolla el lado feroz; pero casi siempre sin destruir el instinto humano.

Juan Valjean fué declarado culpado. Las palabras del código eran terminantes. Hay en nuestra civilización momentos terribles, y son precisamente aquéllos en que la ley penal pronuncia una condena. ¡Instante fúnebre aquel en que la sociedad se aleja y consuma el irreparable abandono de un ser pensador! Juan Valjean fué condenado a cinco años de presidio.

El 22 de abril de 1796, se celebró en París la victoria de Montenotte, ganada por el general en jefe del ejército de Italia, a quien el mensaje del Directorio a los Quinientos, el 2 floreal del año IV, llama Buonaparte. Aquel mismo día se remachó una cadena en Bicetre. Juan Valjean formaba parte de esta cadena. Un antiguo mozo de la cárcel, que tiene hoy cerca de noventa años, recuerda aún perfectamente a este desgraciado, cuya cadena se remachó en la extremidad del cuarto cordón en el ángulo norte del patio. Estaba sentado en el suelo como todos los demás. Parecía que no comprendía de su posición sino que era horrible. Pero es probable que descubriese al través de las vagas ideas de un hombre completamente ignorante, que había en su pena algo excesivo. Mientras que a grandes martillazos remachaban detrás de él la bala de su cadena, lloraba; las lágrimas le ahogaban, le impedían hablar, y solamente de rato en rato exclamaba: «Yo era podador en Faverolles.» Después sollozando y alzando su mano derecha, y bajándola gradualmente siete veces, como si tocase sucesivamente siete ca-

bezas a desigual altura, quería indicar que lo que había hecho, fuese lo que fuese, había sido para alimentar y vestir a siete criaturas.

Por fin partió para Tolón, donde llegó después de un viaje de veintisiete días, en una carreta y con la cadena al cuello. En Tolón fué vestido con la chaqueta roja; y entonces se borró todo lo que había sido en su vida, hasta su nombre, porque desde entonces ya no fué Juan Valjean, sino el número 24,601. ¿Qué fué de su hermana? ¿Qué de los siete niños? Pero, ¿quién se cuida de esto? ¿Qué es el puñado de hojas del árbol serrado por el pie?

La historia es siempre la misma. Estos pobres seres, estas criaturitas de Dios, sin apoyo alguno, sin guía, sin asilo, quedaron a merced de la casualidad: ¿qué más se ha de saber? Se fueron cada uno por su lado, y se sumergieron poco a poco en esa fría bruma en que se sepultan los destinos solitarios; tenebrosas tinieblas en que desaparecen sucesivamente tantos infortunados en la sombría marcha del género humano. Abandonaron aquel país. La campana de lo que había sido su pueblo les olvidó; el límite de lo que había sido su campo les olvidó; y después de algunos años de presidio, Juan Valjean les olvidó también. En aquel corazón, donde había existido una herida, quedó una cicatriz, y nada más. Apenas, durante todo el tiempo que pasó en Tolón, oyó hablar una sola vez de su hermana. Al fin del cuarto año de prisión, recibió noticias por no sé qué conducto. Alguno que los había conocido en su país había visto a su hermana: estaba en París. Vivía en un miserable callejón, cerca de San Sulpicio, en la calle de Geindre. No tenía consigo más que un niño, un niño pequeño, el amor de todos. ¿Dónde estaban los demás? Quizá su madre no lo sabía. Todas las mañanas iba a una imprenta, en la calle de Sabat, número 3, en donde trabajaba de plegadora y encuadernadora. Debía estar allí a las seis de la mañana, mucho antes de ser de día en el invierno. En la misma casa de la imprenta había una escuela, adonde llevaba a su hijo, que tenía siete años. Pero, como ella entraba en la imprenta a las seis, y la escuela no se abría hasta las siete, el niño tenía que esperar una hora en el patio a que se abriese la escuela; en el invierno una hora de noche y al descubierto. En la imprenta no querían que entrase el niño, porque incomodaba, según decían. Los obreros veían a este chicuelo, al pasar por la mañana, sentado en el suelo cayéndose de sueño, y muchas veces dormido en la obscuridad, acurrucado sobre su cestito. Los días de lluvia, una viejecita, la portera, tenía compasión del infeliz, y le recogía en su covacha, donde no había más que una pobre cama, una rueca y dos taburetes: el pobrecillo se dormía allí en un rincón, arrimándose al gato para sentir menos el frío. A las siete se abría la escuela y entraba en ella. Esto fué lo que dijeron a Juan Valjean. Ocupó su ánimo esta noticia un día, es decir un momento, un relámpago, como una ventana abierta bruscamente en el destino de los seres a quienes había amado. Después se cerró la ventana; no se volvió a hablar más, y todo se acabó. Nada supo después; no los volvió a ver; no los encontró, ni los encontrará en la continuación de esta dolorosa historia.

A fines de este mismo cuarto año, le llegó su turno para la evasión. Sus camaradas le ayudaron como suele hacerse en aquella triste mansión, y se evadió. Anduvo errante dos días en libertad por el campo, si es ser libre estar perseguido, volver la cabeza a cada instante, y también al menor ruido, tener miedo de todo; del techo que humea, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que suena, del día porque se ve, del camino, del sendero, de los árboles, del sueño. En la noche del segundo día fué preso. No había comido ni dormido hacía treinta y seis horas. El tribunal marítimo le condenó por este delito a un recargo de tres años, con lo cual eran ocho los de pena. Al sexto año le tocó también el turno para la evasión; pero no pudo consumarla. Había faltado a la lista. Tiróse el cañonazo, y por la noche la ronda le encontró oculto bajo la quilla de un buque en construcción; hizo resistencia a los guardias que le cogie-

ron: evasión y rebelión. Este hecho, previsto por el código especial, fué castigado con un recargo de cinco años, dos de ellos de doble cadena: total trece años. Al décimo le llegó otra vez su turno, y le aprovechó; pero no salió mejor librado. Tres años más por esta nueva tentativa: total diez y seis años. En fin el año décimotercio, según creo, intentó de nuevo su evasión, y fué cogido a las cuatro horas. Tres años más por estas cuatro horas: total diez y nueve años. En octubre de 1815 salió en libertad: había entrado en presidio en 1796 por haber roto un vidrio y haber cogido un pan.

Hagamos aquí un corto paréntesis. Esta es la segunda vez que el autor de este libro en sus estudios sobre la cuestión penal y sobre la cadena legal, toma el robo de un pan como punto de partida del desastre de un destino. Claudio Valjean había robado un pan. Una estadística inglesa demuestra que en Londres, de cada cinco robos, cuatro tienen por causa inmediata el hambre.

Juan Valjean había entrado en el presidio sollozando y tembloroso; salió impasible. Entró desesperado; salió sombrío.

¿Qué había pasado en su alma?

VII

LA INTERIORIDAD DE LA DESESPERACIÓN

Tratemos de explicarlo.

Es preciso que la sociedad se fije en estas cosas, puesto que ella es su causa.

Juan era, como hemos dicho, un ignorante; pero no era un imbécil. La luz natural ardía en su interior; y la desgracia, que tiene también su luz, aumentó la poca claridad que había en aquel espíritu. Bajo la influencia del látigo, de la cadena, del calabozo, del trabajo bajo el ardiente sol del presidio, en el lecho de tablas del presidiario, se encerró en su conciencia, y reflexionó.

Se constituyó en tribunal.

Principió por juzgarse a sí mismo.

Reconoció que no era un inocente castigado injustamente. Confesó que había cometido una acción mala, culpable; que quizá no le habrían negado el pan si le hubiese pedido; que en todo caso hubiera sido mejor esperar para conseguirlo de la piedad o del trabajo: que no es una razón que no tiene réplica el decir: ¿se puede esperar cuando se padece hambre? Que es muy raro el caso que un hombre muera literalmente de hambre; y que, afortunada o desgraciadamente, el hombre está constituído de modo, que puede sufrir mucho y por mucho tiempo, moral y físicamente, sin que le hiera la muerte; que le era preciso haber tenido paciencia; que esto hubiera sido mejor para sus pobres niños: que había sido un acto de locura en él, desgraciado criminal, coger violentamente a la sociedad entera por el cuello, y figurarse que se puede salir de la miseria por medio del robo: que es siempre una mala puerta para salir de la miseria la que da entrada a la infamia; y, en fin, que había obrado mal.

Después se preguntó:

«Si era el único que había obrado mal en tan fatal historia; si no era una cosa grave que él, trabajador, careciese de trabajo; que él laborioso, careciese de pan; si el castigo no había sido feroz y extremado después de cometida y confesada la falta; si no había más abuso por parte de la ley en la pena, que por parte del culpado en la culpa; si no había un exceso de peso en uno de los platillos de la balanza, en el de la expiación; si el recargo de la pena no era el olvido del delito, y no producía por resultado el cambio completo de la situación, reemplazando la falta del delincuente con el exceso de la represión, transformando al culpado en víctima, y al deudor en acreedor, poniendo definitivamente el derecho de parte del mismo que lo había violado; si esta pena, complicada por recargos sucesivos por las tentativas de evasión, no concluía por ser una especie de atentado del fuerte contra el débil, un crimen de la sociedad contra el individuo; un crimen que empezaba todos los días; un crimen que se cometía continuamente por espacio de diez y nueve años.»

Se preguntó si la sociedad humana podía tener el derecho de hacer sufrir igualmente a sus miembros, en un caso su imprevisión irracional, y en otro su

impía previsión; y de apoderarse para siempre de un hombre entre una falta y un exceso; falta de trabajo, exceso de castigo.

Se preguntó si no era justo que la sociedad tratase así precisamente a aquellos de sus miembros peor dotados en la repartición casual de los bienes, y por lo tanto a los miserables más dignos de consideración.

Presentadas y resueltas estas cuestiones, juzgó a la sociedad, y la condenó.

La condenó en su odio.

La hizo responsable de su suerte, y se dijo que no dudaría quizá en pedirle cuentas algún día. Se declaró a sí mismo que no había equilibrio entre el mal que había causado y el que había recibido; concluyendo, por fin, que su castigo no era ciertamente una injusticia, pero era seguramente una iniquidad.

La cólera puede ser loca, absurda; el hombre puede irritarse injustamente, pero no se indigna siendo cuando tiene razón en el fondo por algún lado. Juan Valjean se sentía indignado.

Además, de la sociedad no había recibido sino males: nunca había conocido más que esa fisonomía iracunda que se llama justicia, y que enseña a los que castiga.

Los hombres no le habían tocado más que para maltratarle. Todo contacto que con ellos había tenido había sido una herida. Nunca, desde su infancia, exceptuando a su madre y a su hermana, nunca había encontrado una voz amiga, una mirada benévola. Así, de padecimiento en padecimiento, llegó a la convicción de que la vida es una guerra, y que en esta guerra era él el vencido. Y no teniendo más arma que el odio, resolvió aguzarle en el presidio, y llevarle consigo a su salida.

Había en Tolón una escuela para los presidiarios, dirigida por los hermanos llamados Ignorantinos, en la cual se enseñaba lo más preciso a los desgraciados que tenían por su parte buena voluntad. Juan fué del número de los hombres de buena voluntad. Principió a ir a la escuela a los cuarenta años, y aprendió a leer, a escribir y a contar. Entonces conoció que fortificar su inteligencia, era fortificar su odio; porque en ciertos casos, la instrucción y la luz pueden servir de auxiliares al mal.

Digamos ahora una cosa triste. Juan, después de haber juzgado a la sociedad que había hecho su desgracia, juzgó a la Providencia que había hecho la sociedad, y la condenó también.

Así, durante estos diez y nueve años de tortura y de esclavitud, su alma se elevó y decayó al mismo tiempo. En ella entraron, la luz por un lado y las tinieblas por otro.

Juan Valjean no tenía, como se ha visto, una naturaleza malvada. Aún era bueno cuando entró en el presidio. Allí condenó a la sociedad, y conoció que se hacía malo; condenó a la Providencia, y conoció que se hacía impío.

Aquí es difícil pasar adelante sin meditar un momento.

¿La naturaleza humana puede transformarse completamente? ¿El hombre, creado bueno por Dios, puede hacerse malo por el hombre? ¿Puede el alma modificarse completamente por el destino, y hacerse mala siendo malo el destino? ¿Puede el corazón hacerse deforme, y contraer defectos y enfermedades incurables bajo la presión de una desgracia desproporcionada, como la columna vertebral bajo una bóveda demasiado baja?

¿No hay en toda alma humana, no había en el alma de Juan Valjean en particular, una primera chispa, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien puede desarrollar, encender, purificar, y hacer brillar esplendorosamente, y que el mal no puede nunca apagar?

Todas estas son cuestiones graves y obscuras, a la última de las cuales cualquier fisiólogo hubiese respondido probablemente sin vacilar que «no», si hubiese visto en Tolón en las horas de descanso, que eran para Juan Valjean horas de meditación que pasaba sentado con los brazos cruzados, apoyado en algún cabrestante, con el extremo de su cadena metido en el bolsillo para impedir que arrastrase; a este presidiario triste, serio, silencioso y pensativo, paria de las leyes que miraba al hombre con cólera, condenado de la civilización que miraba al cielo con severidad.

Cierto, y no tratamos de disimularlo, el observador fisiólogo hubiese visto allí una miseria iremediable; se hubiera lamentado tal vez del mal causado por la ley; pero no hubiera tratado siquiera de curarle; habría vuelto el rostro a otro lado al entrever las profundas cavernas de aquel alma; y como Dante de la puerta del infierno, hubiera borrado de esta existencia la palabra que el dedo de Dios había escrito en la frente de todo hombre: «¡Esperanza!»

Pero este lado del alma, que hemos tratado de analizar, ¿era tan claro para Juan Valjean, como nosotros tratamos de presentarlo a nuestros lectores? ¿Veía distintamente este desgraciado, a medida que se formaban, todos los elementos de que se componía su miseria moral? Este hombre rudo e ignorante, ¿se había explicado claramente la sucesión de ideas, por medio de la cual, escalón por escalón, había subido y bajado hasta los lúgubres espacios, que eran desde hacía tantos años el horizonte interior de su espíritu? ¿Tenía conciencia de todo lo que había pasado en él, y de todas las emociones que experimentaba? Esto es lo que no nos atrevemos a decir: esto es lo que no creemos. Había demasiada ignorancia en Juan Valjean para que, aun después de tanta desgracia, no quedase mucha vaguedad en su espíritu. Ni aun sabía exactamente en cada momento lo que por él pasaba. Juan Valjean estaba en las tinieblas; puede decirse que odiaba todo lo que pudiera haber delante de él. Vivía habitualmente en esta sombra, a tientas, como un ciego, como un delirante. Solamente a intervalos, recibía súbitamente, de sí mismo o del exterior, un impulso de cólera, un aumento de padecimiento, un pálido y rápido relámpago que iluminaba toda su alma, y presentaba bruscamente a su alrededor, y entre los resplandores de la luz horrible, los negros precipicios y las sombrías perspectivas de su destino.

Pero pasaba el relámpago, venía la noche, y ¿dónde estaba él? Ya no lo sabía.

La consecuencia inmediata de las penas de esta naturaleza, en las que domina la impiedad, es decir, la estupidez, de transformar poco a poco, por una especie de transfiguración estúpida, un hombre en una bestia y algunas veces en una bestia feroz. Las tentativas de evasión de Juan Valjean, sucesivas y obstinadas, bastarían para probar esta extraña influencia de la ley penal sobre el alma humana. Juan Valjean habría renovado estas tentativas, tan inútiles y tan temerarias, cuantas veces se hubiese presentado la ocasión, sin pensar un instante en el resultado, ni en la experiencia adquirida. Se escapaba impetuosamente como el lobo que encuentra abierta la jaula. El instinto le decía: ¡sálvate! La razón le habría dicho: ¡espera! Pero, ante una tentativa tan violenta, la razón desaparecía; quedaba sólo el instinto. Obraba la bestia. Cuando era preso de nuevo, la severidad no servía más que para aumentar su irritación.

Una circunstancia que no debemos omitir, es que estaba dotado de una fuerza física, a que no llegaba con mucho ninguno de sus compañeros de presidio. En el trabajo para hacer un cable, para tirar de una cabria, Juan Valjean valía tanto como cuatro hombres. Levantaba y sostenía enormes pesos sobre su espalda, y reemplazaba en algunas ocasiones el instrumento llamado «cabria» o «gato», y que antes se llamaba «orgullo», de donde ha tomado su nombre, dicho sea de paso, la calle de Mont-Irgueil, cerca del mercado de París. Sus compañeros lo habían apellidado Juan Cabria. Una vez que se estaba componiendo el balcón de las Casas Consistoriales de Tolón, una de las admirables cariátides de Puget que lo sostienen se separó, e iba a caer, cuando Juan Valjean que se hallaba cerca, sostuvo la cariátide con los hombros, y dió tiempo a que llegaran los obreros.

Su agilidad era aún mayor que su fuerza. Ciertos presidiarios, fraguadores perpetuos de evasiones, concluyen por hacer de la fuerza y de la destreza combinadas una verdadera ciencia: la ciencia de los músculos. Los presidiarios, eternos envidiosos de las moscas y de los pájaros, practican cotidianamente esta estática misteriosa. Subir por una vertical, y hallar puntos de apoyo, don-

de no había apenas un desnivel, era solamente un juego para Juan Valjean. Dado un ángulo de un muro, con la tensión de la espalda, y de los jarretes, con los codos y talones hundidos en las asperezas de la piedra, se izaba, por decirlo así, mágicamente a un tercer piso. Algunas veces subía de este modo hasta el techo del calabozo.

Juan Valjean hablaba poco y no reía nunca. Era necesaria una emoción fuertísima para arrancarle una o dos veces al año, esa lúgubre risa del forzado, que es como el eco de una risa satánica. Parecía ocupado siempre en mirar una cosa terrible.

Estaba continuamente absorto, en efecto.

Al través de las percepciones defectuosas de una naturaleza incompleta y de una inteligencia oprimida, conocía confusamente que había algo monstruoso sobre él. Y en aquella penumbra sombría y tenebrosa en que se arrastraba, cada vez que volvía la cabeza y trataba de elevar sus miradas, veía con miedo y furor al mismo tiempo, sobreponerse, subir y desaparecer en alturas escarpadas una especie de montón confuso y repugnante de cosas, de leyes, de preocupaciones, de hombres y de hechos, cuyos contornos no podía descubrir, cuya masa le asustaba, y que no era más que esa prodigiosa pirámide que llamamos civilización. Distinguía aquí y allí en esta confusión movediza y deforme, ya a su lado, ya lejos, en llanuras inaccesibles, algún grupo, algún detalle, vivamente iluminado; aquí al cabo con su vara; allí al gendarme con su sable; más allá al arzobispo con su mitra; en lo alto, como una especie de sol, el Emperador, coronado y deslumbrante. Y le parecía que estos resplandores lejanos, no sólo no disipaban su noche, sino que la hacían más fúnebre, más negra.

Todo esto, leyes, ilusiones, hechos, hombres y cosas, iba y venía sobre su cabeza, siguiendo el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime a la civilización, pasando sobre él, y humillándole con pacífica crueldad, con inexorable indiferencia. Los réprobos de la ley, almas caídas en el fondo del infortunio, desgraciados perdidos en lo más inferior de los limbos, adonde nadie dirige una mirada, sienten gravitar sobre su cabeza todo el peso de la sociedad humana, tan formidable para el que está fuera de ella, tan espantosa para el que está debajo de ella.

En esta situación Juan Valjean meditaba. ¿Cuál podía ser la naturaleza de su meditación?

Si el grano de mijo colocado bajo la rueda del molino pudiese pensar, pensaría indudablemente lo mismo que Juan Valjean.

Todas estas cosas, realidades llenas de espectros, fantasmagorías llenas de realidades, habían contribuído a crear en él un estado interior indescriptible.

Con frecuencia en su trabajo de presidio se detenía algunos momentos: meditaba. Su razón más madura, pero más turbada que en otro tiempo, se rebelaba. Todo lo que le había sucedido le parecía absurdo: todo lo que le rodeaba le parecía imposible. Se decía: esto es un delirio. Miraba al cabo de vara que estaba de pie a algunos pasos; el cabo le parecía un fantasma; pero pronto el fantasma le sacudía un varazo.

La Naturaleza visible apenas existía para él. Casi con verdad podría decirse que no había para Juan Valjean ni sol, ni hermosos días de verano, ni cielo esmaltado, ni frescas auras de abril. No sé qué día de suspiros iluminaba habitualmente su alma.

Para resumir lo que puede resumirse y traducirse en resultados positivos de todo lo que acabamos de indicar, nos limitaremos a consignar que en diez y nueve años, Juan Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el terrible presidiario de Tolón, había llegado a ser capaz, gracias a la constitución del presidio, de dos clases de malas acciones: primero, de una mala acción rápida, irreflexiva, llena de aturdimiento, hija del instinto, especie de represalia del dolor sufrido; y segundo, de una mala acción grave, seria, meditada en la conciencia con las ideas falsas que puede dar semejante desgracia. Sus premeditaciones pasaban por las tres fases sucesivas que sólo las naturalezas de cierto temple pueden recorrer: la razón, la vo-

luntad, la obstinación. Tenía por móviles la indignación habitual, la amargura del alma, el profundo sentimiento de la iniquidad padecida, la reacción aun contra los buenos, los inocentes y los justos, si los hay. El punto de partida, así como el término de estos pensamientos, eran el odio a la ley humana : ese odio, que si no se detiene en su desarrollo por algún incidente providencial, llega a ser en un tiempo dado el odio a la sociedad ; después el odio al género humano ; después el odio a la creación, que se traduce por un deseo vago, incesante y brutal de hacer daño, no importa a quién, a todo ser viviente. No sin razón, pues, el pasaporte de Juan Valjean lo calificaba de «hombre muy peligroso».

De año en año se había ido desecando su alma, lenta, pero fatalmente. A alma seca, ojos secos. A su salida de presidio hacía diez y nueve años que Juan Valjean no había derramado una lágrima.

VIII

LA OLA Y LA SOMBRA

¡ Un hombre al mar !

¡ Qué importa ! El buque no se detiene por eso. El viento sopla ; el sombrío buque tiene una senda trazada, que debe recorrer necesariamente.

El hombre desaparece y vuelve a aparecer ; se sumerge y sube a la superficie ; llama ; tiende los brazos, pero no es oído : el buque, temblando al impulso del huracán, continúa sus maniobras ; los marineros y los pasajeros no ven al hombre sumergido ; su miserable cabeza no es más que un punto en la inmensidad de las olas.

Sus gritos desesperados resuenan en las profundidades. Observa aquel espectro de una vela que se aleja. La mira, la mira desesperadamente. Pero la vela se aleja, decrece, desaparece. Allí estaba él hacía un momento, formaba parte de la tripulación ; iba y venía por el puente con los demás, tenía su parte de aire y de sol ; estaba vivo. Pero, ¿qué ha sucedido? Resbaló ; cayó. Todo ha terminado.

Se encuentra sumergido en el monstruo de las aguas. Bajo sus pies no hay más que olas que huyen, olas que se abren, que desaparecen. Estas olas, rotas y rasgadas por el viento, le rodean espantosamente ; los vaivenes del abismo le arrastran ; los harapos del agua se agitan alrededor de su cabeza ; un pueblo de olas escupe sobre él ; confusas cavernas amenazan devorarle ; cada vez que se sumerge descubre precipicios llenos de obscuridad : una vegetación desconocida le sujeta, le enreda los pies, le atrae : siente que se va a connaturalizar con el abismo ; que forma ya parte de la espuma, que las olas se le echan de una a otra ; bebe toda su amargura ; el Océano se encarniza con él para ahogarle ; la inmensidad juega con su agonía. Parece que el agua se ha convertido en odio.

Pero lucha todavía.

Trata de defenderse, de sostenerse, hace esfuerzos, nada. ¡ Pobre fuerza agotada ya, que combate con lo inagotable !

¿ Dónde está el buque? Allá a lo lejos. Apenas es ya visible en las pálidas tinieblas del horizonte.

Las ráfagas soplan ; las espumas le cubren. Alza la vista ; ya no divisa más que la lividez de las nubes. En su agonía asiste a la inmensa demencia de la mar. La locura de las olas es su suplicio : oye mil ruidos inauditos que parecen salir de más allá de la tierra ; de un sitio desconocido y horrible.

Hay pájaros en las nubes, lo mismo que hay ángeles sobre las miserias humanas ; pero, ¿qué pueden hacer por él? Ellos vuelan, cantan y se ciernen en los aires, y él agoniza. Se ve ya sepultado entre dos infinitos : el cielo y el Océano : éste es su tumba ; aquél su mortaja.

Llega la noche ; hace algunas horas que nada ; sus fuerzas se agotan ya : aquel buque, aquella cosa lejana donde hay hombres, ha desaparecido : se encuentra, pues, solo en el formidable antro crepuscular ; se sumerge, se estira, se enrosca ; ve debajo de sí los indefinibles monstruos del infinito ; grita.

Ya no le oyen los hombres. ¿ Y dónde está Dios?

Llama : ¡ socorro ! ¡ socorro ! Llama sin cesar.

Pero nada en el horizonte : nada en el cielo.

Implora al espacio, a la ola, a las algas, al escollo ; todo ensordece. Suplica a la tempestad ; la tempestad imperturbable sólo obedece al infinito.

A su alrededor tiene la obscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso y ciego, el movimiento indefinido de las temibles olas ; dentro de sí el horror y la fatiga ; debajo de sí el abismo sin un punto de apoyo. A su imaginación se presentan las aventuras tenebrosas del cadáver en medio de la sombra ilimitada.

El frío sin contacto alguno le paraliza. Sus manos se crispan y se cierran, y cogen, al cerrarse, la nada. Vientos, nubes, torbellinos, estrellas ; ¡ todo le es inútil ! ¿Qué hacer? El desesperado se abandona ; el que está cansado toma el partido de morir, se deja llevar, se entrega a la suerte, y rueda para siempre en las lúgubres profundidades del sepulcro.

¡ Oh destino implacable de las sociedades humanas, que perdéis los hombres y las almas en vuestro camino ! ¡ Océano en que cae todo lo que deja caer la ley ! ¡ Siniestra desaparición de todo auxilio ! ¡ Muerte moral !

La mar es la inexorable noche social en que la penalidad arroja a sus condenados. La mar es el gran misterio.

El alma, naufragando en este abismo, puede convertirse en un cadáver. ¿Quién le resucitará?

IX

NUEVAS QUEJAS

Cuando llegó la hora de la salida del presidio ; cuando Juan Valjean oyó resonar en sus oídos estas palabras extrañas : «¡ estás libre !», tuvo un momento indescriptible : un rayo de viva luz, un rayo de la verdadera luz de los vivos penetró en él súbitamente. Pero no tardó en debilitarse este rayo. Juan Valjean se había deslumbrado con la idea de la libertad. Había creído en una vida nueva ; pero pronto conoció lo que es una libertad con pasaporte amarillo.

Además, otras amarguras le esperaban. El había calculado que su masita, durante su estancia en presidio, se había elevado a ciento setenta y un francos ; pero es justo añadir que había olvidado en sus cálculos el reposo forzado de los domingos y días de fiesta, que en diez y nueve años hacían una diminución de veinticuatro francos próximamente. Además, esa masita había sido reducida, por varias retenciones, a la suma de ciento nueve francos y quince sueldos, que le habían sido entregados a su salida.

Pero él no comprendía esto, y se creía perjudicado ; digamos la palabra : robado.

Al día siguiente de su libertad, en Grasse vió delante de la puerta de un destilador de flores de naranjo algunos hombres que descargaban unos fardos. Ofreció su trabajo. Era necesario y fué aceptado. Se puso a trabajar. Era inteligente, robusto, ágil : trabajaba perfectamente : su amo parecía estar contento. Pero cuando trabajando pasó un gendarme, le observó y le pidió sus papeles. Le fué preciso enseñar el pasaporte amarillo. Hecho esto, Juan Valjean volvió a su trabajo. Un momento antes había preguntado a un compañero cuánto ganaba al día : «treinta sueldos», le había respondido. Llegó la tarde, y como debía partir al siguiente día por la mañana, se presentó al amo y le rogó que le pagase. El amo no pronunció una palabra, y le entregó quince sueldos. Reclamó, y le respondieron : «bastante es eso para ti». Insistió. El amo le miró fijamente, y le dijo : «¡ guárdate de la cárcel !»

También allí se creyó robado.

La sociedad, el Estado disminuyéndole su masita, le había robado en grande. Ahora le tocaba la vez al individuo, y le robaba en pequeño.

La excarcelación no es la libertad. Se acaba el presidio, pero no la condena.

Esto era lo que había sucedido en Grasse.

Ya hemos visto cómo había sido recibido en D.

X

UN HOMBRE DESPIERTO

Daban las dos en el reloj de la catedral cuando Juan Valjean despertó.

Lo que le despertó fué el lecho demasiado bueno. Iban a cumplirse veinte años en que no se había acostado en cama, y aunque no se hubiese desnudado, la sensación era demasiado nueva para no turbar su sueño.

Había dormido más de cuatro horas. Había descansado. No acostumbraba dedicar más horas al reposo.

Abrió los ojos y miró un momento en la obscuridad en derredor suyo; después los cerró para dormir otra vez.

Pero cuando han agitado el ánimo durante el día muchas sensaciones diversas; cuando se ha pensado a la vez en muchas cosas, el hombre duerme, pero no vuelve a dormir una vez que ha despertado. El sueño viene con más facilidad que vuelve. Esto fué lo que sucedió a Juan Valjean. No pudo dormir otra vez, y se puso a meditar.

Se encontraba en uno de esos momentos en que todas las ideas que tiene el espíritu se mueven y agitan sin fijarse. Tenía una especie de vaivén obscuro en el cerebro. Sus recuerdos anteriores y sus recuerdos inmediatos flotaban en su cabeza, y se cruzaban confusamente, perdiendo sus formas, aumentándose desmesuradamente, y desapareciendo después de repente como en una laguna fangosa y removida.

Muchas ideas le acosaban; pero entre ellas había una que se presentaba más continuamente a su espíritu, y que expulsaba a las demás Vamos a manifestar desde luego esta idea: Había reparado en los seis cubiertos de plata y el cucharón que la señora Magloire había puesto en la mesa.

Estos seis cubiertos de plata le perseguían. Y estaban allí. Algunos pasos. En el mismo instante en que atravesaba el cuarto contiguo para venir al suyo, la antigua criada los colocaba en un cajoncito, a la cabecera de la cama. Se había fijado mucho en este cajoncito. A la derecha, entrando por el comedor. Y eran macizos. Y de plata antigua. Con el cucharón, valdrían lo menos doscientos francos. Doble de lo que hubiera ganado en diez y nueve años. Verdad es que hubiera ganado más si «la administración» no le hubiera «robado».

Su mente osciló por espacio de una hora larga en fluctuaciones en que había alguna lucha. Dieron las tres. Abrió los ojos, se incorporó bruscamente en la cama, extendió el brazo y buscó a tientas el morral que había arrojado en un rincón de la alcoba; después dejó caer sus piernas, puso los pies en el suelo y se encontró, casi sin saber cómo, sentado en la cama.

Permaneció por algún tiempo pensativo en esta actitud, siniestra para todo el que le hubiese observado en aquella obscuridad, y despierto él solo en aquella casa en que todo dormía. De repente se bajó, se quitó los zapatos, que colocó suavemente en la estera cerca de la cama; volvió a su primera postura de meditación, y quedó inmóvil.

En aquella horrible meditación las ideas que hemos dicho asaltaban sin cesar su cerebro, entraban, salían, volvían, formando una especie de peso en su cabeza. Además pensaba también, sin saber por qué y con esa obstinación maquinal propia del delirio, en un presidiario llamado Brevet, a quien había conocido en el presidio, y que llevaba un pantalón sujeto sólo por un tirante de algodón hecho a punta de aguja. El dibujo a cuadros de este tirante se le presentaba sin cesar en la memoria.

Seguía en esta situación, y hubiera permanecido en ella hasta que viniese el día, si el reloj no hubiese dado una campanada; el cuarto o la media. No parecía sino que esta campanada le dijo: ¡Vamos!

Se puso de pie, dudó aún un momento y escuchó: todo estaba en silencio en la casa; entonces se dirigió a cortos pasos y rectamente a la ventana, guiado por la luz que penetraba por entre las rendijas. La noche no era obscura, había luna llena, ante la cual pasaban gruesas nubes impulsadas por el viento, que producían por fuera alternativas de luz y de sombra, eclipses, ilu-

minaciones, y por dentro una especie de crepúsculo. Este crepúsculo, suficiente para servir de guía, e intermitente a causa de las nubes, se asemejaba a las tintas lívidas que penetran por el respiradero de una cueva, sobre el cual van y vienen los transeuntes.

Cuando llegó a la ventana Juan Valjean la examinó. No tenía reja, daba al jardín y no estaba cerrada, según la costumbre del país, más que con un pestillo. La abrió; pero el aire frío y penetrante que entró en la alcoba le obligó a cerrar en seguida. Miró al jardín con esa mirada atenta que estudia más que mira. El jardín estaba cercado por una pared blanca, bastante baja y fácil de escalar. Más allá distinguió las copas de unos árboles plantados a distancias iguales, lo que le indicaba que la pared separaba el jardín de una alameda o de una calle con árboles.

Después de haber echado esta mirada, y con el ademán de un hombre resuelto, se dirigió a la cama, cogió su morral, lo abrió, lo registró, sacó una cosa que puso sobre la cama, se metió los zapatos en los bolsillos, cerró el saco y se lo echó a la espalda, se puso la gorra bajando la visera encima de los ojos, buscó a tientas su palo, y fué a colocarle en el ángulo de la ventana; después volvió a la cama y cogió resueltamente el objeto que había dejado allí. Parecía una barra de hierro corta, aguzada como un chuzo por uno de sus extremos.

Hubiera sido difícil distinguir en la obscuridad para qué servía aquel pedazo de hierro. ¿Era una palanca? ¿Era una maza?

A la luz hubiera podido conocerse que no era más que un candelero de mina. Los presidiarios lo empleaban algunas veces en extraer piedras de las colinas que rodean a Tolón, y no es, por lo tanto, extraño que tuvieran a su disposición útiles de minería. Los candeleros de minero son de hierro macizo, y terminan en su extremo inferior por una punta que se clava en la roca.

Tomó, pues, el candelero en la mano derecha, y conteniendo la respiración, y andando en silencio se dirigió a la puerta del cuarto contiguo donde estaba el obispo, como sabe el lector. Encontró la puerta entornada. El obispo no la había cerrado.

XI

LO QUE HACE

Juan Valjean escuchó un momento, No se oía ruido alguno.

Empujó la puerta.

La empujó con un solo dedo, suavemente, con la suavidad furtiva e inquieta del gato que quiere entrar en una habitación.

La puerta cedió a esta presión, y se movió imperceptible y silenciosamente, ensanchando un poco la abertura.

Juan Valjean esperó un momento, y después empujó la puerta por segunda vez, pero con más fuerza.

La puerta cedió en silencio. La abertura era ya suficiente para dejarle paso. Pero había cerca de la puerta una mesita, que formaba con ella un ángulo, impidiendo la entrada.

Juan Valjean reconoció la dificultad. Necesitaba abrir un poco más la puerta.

Se decidió y la empujó por tercera vez con más energía que las anteriores. Esta vez, un gozne mal untado de aceite produjo en la obscuridad un ruido ronco y prolongado.

Juan Valjean tembló. El ruido de este gozne sonó en sus oídos como un eco formidable y vibrante, como la trompeta del juicio final.

En el terror fantástico del primer momento casi se figuró que aquel gozne se animaba y recibía una vida terrible; que ladraba como un perro para llamar a todo el mundo, y despertar a los que dormían.

Se detuvo, temblando, azorado; y cayó, por decirlo así, desde la punta del pie hasta el talón. Oyó latir las arterias en sus sienes como dos martillos de fragua, y le pareció que el aliento salía de su pecho con el ruido con que sale el viento de una caverna. Creía imposible que el grito de aquel gozne irritado no hubiese estremecido toda la casa como la sacudida de un temblor de tierra. La puerta, impulsada por él, había dado la

voz de alarma, había llamado ; el viejo se levantaría, las dos mujeres gritarían, recibirían auxilio, y antes de un cuarto de hora el pueblo estaría en movimiento, y la gendarmería en pie. Por un momento se creyó perdido.

Permaneció inmóvil, petrificado como estatua de sol, sin atreverse a hacer ningún movimiento. Pasaron algunos minutos. La puerta se había abierto completamente. Se atrevió a entrar en el cuarto ; nada se había movido. Escuchó ; nada se movía. El ruido del gozne mohoso no había despertado a nadie.

Había pasado el primer peligro ; pero Juan Valjean estaba sobrecogido y confuso. Mas no retrocedió. Ni aun en el momento en que se creyó perdido retrocedió. Sólo pensó en acabar cuanto antes. Dió un paso y se encontró en el cuarto del obispo.

En este cuarto reinaba una calma perfecta. Distinguíanse aquí y allí formas vagas y confusas que de día eran papeles esparcidos en una mesa, libros abiertos, tomos colocados uno sobre otro en un taburete, un sofá con algunas ropas, y un reclinatorio ; pero en aquella hora no eran más que rincones tenebrosos, y espacios blanquecinos. Juan Valjean se adelantó con precaución, evitando tropezar con los muebles. Oía en el fondo de la habitación la respiración igual y tranquila del obispo dormido.

De repente se detuvo. Estaba cerca de la cama ; había llegado antes de lo que creía.

La Naturaleza mezcla algunas veces sus efectos y sus espectáculos con nuestras acciones dándoles una especie de armonía sombría e inteligente, como si quisiese obligarnos a reflexionar. Hacía media hora que el cielo estaba cubierto de una opaca nube. En el momento en que Juan Valjean se detuvo ante el lecho, se abrió la nube como si hubiera estado esperando aquel instante, y un rayo de luna que atravesó la alta ventana fué a iluminar súbitamente la pálida cabeza del obispo. Dormía tranquilamente. Estaba medio vestido, para evitar la frialdad de las noches en los Alpes Bajos, de un traje de lana obscuro que le cubría los brazos hasta las muñecas. Tenía la cabeza echada en la almohada en la actitud de abandono propia del reposo ; y dejaba caer fuera de la cama la mano adornada del anillo pastoral, aquella mano que ejecutaba tan santas obras, tan buenas acciones. Su fisonomía estaba iluminada con una vaga expresión de satisfacción, de esperanza, de beatitud. Esta expresión era más que una sonrisa ; era casi un resplandor. En su frente brillaba la indefinible claridad de una luz oculta. El alma de los justos en el sueño contempla un cielo misterioso.

La fisonomía del obispo reflejaba este cielo.

Dejaba pasar su luz, porque este cielo estaba dentro del obispo. Este cielo era su conciencia.

En el momento en que el rayo de luna vino a sobreponerse, por decirlo así, a esta claridad interior, el obispo dormido apareció como rodeado de un claro resplandor : pero quedó no obstante velado por una semi-luz inefable. Aquella luna, aquella Naturaleza adormecida, aquel jardín sin un murmullo, aquella casa tan silenciosa, la hora, el momento, el silencio, daban un no sé qué de solemne al venerable reposo del obispo, y rodeaban con una especie de aureola majestuosa y serena sus blancos cabellos, sus ojos cerrados, su semblante que expresaba la esperanza y la confianza, su cabeza de anciano, y su sueño de niño.

Había casi divinidad en aquel hombre tan augusto, sin saberlo.

Juan Valjean estaba en la sombra con su barra de hierro en la mano, de pie, inmóvil, azorado ante aquel anciano resplandeciente. Nunca había visto una cosa semejante. Aquella confianza le asustaba. El mundo moral no puede presentar espectáculo más grande : una conciencia turbada e inquieta, próxima a cometer una mala acción, contemplando el sueño de un justo.

Este sueño en aquel aislamiento, y al lado de aquel hombre, tenía una sublimidad que se sentía vaga, pero enérgicamente.

Nadie hubiera podido decir lo que pasaba en aquel momento por el crimi-

nal : ni aun él mismo lo sabía. Para tratar de expresarlo es preciso combinar mentalmente lo más violento con lo más suave. En su fisonomía no se podía distinguir nada con certidumbre ; parecía expresar un asombro esquivo. Contemplaba aquel cuadro ; pero, ¿qué pensaba? Imposible adivinarlo. Era evidente que estaba conmovido y desconcertado. Pero, ¿de qué naturaleza era esta emoción?

No podía apartar su vista del anciano ; y lo único que dejaba conocer claramente su fisonomía era una extraña indecisión. Parecía dudar entre dos abismos ; el de la perdición y el de la salvación ; entre herir aquel cráneo y besar aquella mano.

Al cabo de algunos instantes levantó el brazo izquierdo hasta la frente, y se quitó la gorra ; después dejó caer el brazo con lentitud y volvió a su meditación, con la gorra en la mano izquierda, la barra en la derecha y los cabellos erizados sobre su tenebrosa frente.

El obispo seguía durmiendo tranquilamente bajo aquella mirada espantosa.

El reflejo de la luna hacía visible confusamente encima de la chimenea el crucifijo, que parecía abrir sus brazos a ambos, bendiciendo al uno, y perdonando al otro.

De repente Juan Valejan se puso la gorra, pasó rápidamente a lo largo de la cama sin mirar al obispo, dirigiéndose al armarito que estaba a la cabecera ; alzó la barra de hierro como para forzar la cerradura ; pero estaba puesta la llave ; le abrió, y lo primero que encontró fué el cestito con la plata ; lo cogió, atravesó la estancia a largos pasos, sin precaución alguna y sin cuidarse ya del ruido, pasó la puerta, entró en el oratorio, cogió su palo, abrió la ventana, la saltó, guardó la plata en su morral, tiró el canastillo, atravesó el jardín, saltó la pared como un tigre, y desapareció.

XII

EL OBISPO TRABAJA

Al día siguiente, al salir el sol, monseñor Bienvenido se paseaba por el jardín. La señora Magloire salió corriendo a su encuentro toda azorada.

—Monseñor, monseñor—exclamó— : ¿sabe Vuestra Grandeza dónde está el canastillo de la plata

—Sí—contestó el obispo.

—¡ Bendito sea Dios ! — dijo ella—. No sabía dónde estaba.

El obispo acababa de recoger el canastillo en uno de los cuadros sembrados del jardín, y se lo presentó a la señora Magloire.

—Aquí está.

—Sí—dijo ella— ; pero vacío. ¿Dónde está la plata?

—¡ Ah !—dijo el obispo—. ¿Es la plata lo que buscáis? No lo sé.

—¡ Gran Dios ! ¡ La han robado ! El hombre de anoche la ha robado.

Y en un momento, con toda su viveza la señora Magloire corrió al oratorio, entró en la alcoba, y volvió al lado del obispo. Este se había bajado, y examinaba suspirando una planta de cochearia de Gillons que había destrozado el canastillo al ser arrojado. Un grito de la señora Maglorie le hizo levantarse.

—¡ Monseñor, el hombre se ha escapado ! ¡ Ha robado la plata !

Al hacer esta exclamoción sus miradas se fijaron en el ángulo del jardín, en que se veían las huellas del escalamiento. El tejadillo de la pared estaba roto.

—Mirad ; por allí se ha ido. Ha saltado a la calle Cochefilet. ¡ Ah qué abominación ! ¡ Nos ha robado la plata !

El obispo permaneció un momento silencioso, alzó después la vista, y dijo a la señora Magloire con toda dulzura :

—¿Y era nuestra esa plata?

La señora Magloire se quedó suspensa ; hubo un momento de silencio, y el obispo añadió :

—Señora Magloire ; yo retenía injustamente hace algún tiempo esa plata. Pertenecía a los pobres. ¿Quién es ese hombre? Un pobre evidentemente.

—¡ Ay, Jesús !—dijo la señora Magloire—. No lo digo por mí ni por la señorita, porque no es lo mismo : lo digo por Vuestra Ilustrísima. ¿Con qué va a comer ahora, monseñor?

El obispo la miró como asombrado.

—Pues, ¿no hay cubiertos de estaño?

La señora Magloire se encogió de hombros.

—El estaño huele mal.

—Entonces de hierro.

La señora de Magloire hizo un gesto expresivo:

—El hierro sabe mal.

—Pues bien—dijo el obispo—, cubiertos de palo.

Algunos momentos después almorzaba en la misma mesa a que se había sentado Juan Valjean la noche anterior. Mientras almorzaba, monseñor Bienvenido hacía notar alegremente a su hermana, que no hablaba nada, y a la señora Magloire que murmuraba sordamente, que no había necesidad de cuchara ni de tenedor, aunque fuesen de madera, para mojar un pedazo de pan en una taza de leche.

—¡También es ocurrencia—decía la señora Magloire yendo y viniendo—recibir a un hombre así, y darle cama a su lado! ¡Aún estamos de enhorabuena porque no haya hecho más que robar! ¡Ah, Dios mío! Tiemblo cuando me acuerdo.

Cuando el ama y la hermana iban a levantarse de la mesa, llamaron.

—Adelante—dijo el obispo.

Abrióse la puerta. Un grupo extraño y violento apareció en el umbral. Tres hombres traían a otro agarrado del cuello. Los tres hombres eran tres gendarmes. El cuarto era Juan Valjean.

Un cabo de gendarmes que parecía dirigir el grupo, estaba también cerca de la puerta. A poco entró y se dirigió al obispo haciendo el saludo militar.

—Monseñor...—dijo.

Al oír esta palabra Juan Valjean que estaba silencioso y parecia abatido, levantó estupefacto la cabeza.

—¡Monseñor!—murmuró—. ¡No es el cura!...

—Silencio—dijo un gendarme—. Es Su Ilustrísima el obispo.

Mientras tanto, monseñor Bienvenido se había aproximado tan precipitadamente como le permitía su edad.

—¡Ah, estáis aquí!—dijo mirando a Juan Valjean—. Me alegro de veros. Os había dado también los candeleros, que son de plata, y os pueden valer también doscientos francos. ¿Por qué no los habéis llevado con los cubiertos?

Juan Valjean abrió los ojos y miró al venerable obispo con una expresión que no podría pintar ninguna lengua humana.

—Monseñor—dijo el cabo de gendarmes—: ¿es verdad lo que decía este hombre? Lo hemos encontrado como si fuese huyendo, y le hemos detenido hasta ver. Tenía esos cubiertos...

—¿Y os ha dicho—interrumpió sonriendo el obispo—, que se los había dado un hombre, un sacerdote anciano, en cuya casa había pasado la noche? Ya lo veo. Y lo habéis traído aquí. Eso no es nada.

—Según eso—dijo el gendarme—, ¿podemos dejarlo libre?

—Sin duda—dijo el obispo.

Los gendarmes soltaron a Juan Valjean, que retrocedió.

—¿Es verdad que me dejáis?—dijo con voz inarticulada, y como si hablase en sueños.

—Sí; te dejamos, ¿no lo oyes?—le dijo un gendarme.

—Amigo mío—dijo el obispo—, tomad vuestros candeleros antes de iros. Llevadlos.

Y fué a la chimenea, cogió los dos candelabros de plata, y los dió a Juan Valjean. Las dos mujeres lo miraban sin hablar palabra, sin hacer un gesto, sin dirigir una mirada que pudiese distraer al obispo.

Juan Valjean, temblando de pies a cabeza, tomó los dos candeleros con aire distraído.

—Ahora—dijo el obispo—, id en paz. Y a propósito, cuando volváis, amigo mío, es inútil que paséis por el jardín. Podéis entrar y salir siempre por la puerta de la calle. Está cerrada sólo con el picaporte noche y día.

Después, volviéndose a los gendarmes, les dijo:

—Señores, podéis retiraros.

Los gendarmes salieron.

Juan Valjean quedó como un hombre que va a desmayarse.

El obispo se aproximó a él, y le dijo en voz baja:

—No olvidéis nunca que me habéis prometido emplear este dinero en haceros hombre honrado.

Juan Valjean, que no recordaba haber prometido nada, quedó suspenso. El obispo había recargado estas palabras al pronunciarlas, y continuó con solemnidad:

—Juan Valjean, hermano mío, vos no pertenecéis al mal sino al bien. Yo compro vuestra alma; yo la libro de las negras ideas y del espíritu de perdición, y la consagro a Dios.

XIII

GERVASILLO

Juan Valjean salió del pueblo como huido. Caminó precipitadamente por el campo, tomando los caminos y senderos que se presentaban, sin notar que a cada momento desandaba lo andado. Así anduvo errante toda la mañana, sin comer y sin tener hambre. Una multitud de sensaciones nuevas le oprimían. Se sentía colérico, y no sabía contra quién. No podía distinguir si estaba conmovido o humillado. Sentía por momentos un estremecimiento extraño, y lo combatía, oponiéndole el endurecimiento de sus últimos veinte años. Esta situación lo fatigaba. Veía con inquietud que se debilitaba en su interior la horrible calma que le había hecho adquirir la injusticia de su desgracia. Y se preguntaba con qué la reemplazaría. En algún instante hubiera preferido estar preso con los gendarmes, y que todo hubiera pasado de otra manera: de seguro entonces no tendría tanta intranquilidad. Aunque la estación estaba muy adelantada, había aún en las enramadas algunas flores tardías, cuyo olor, que percibía en su camino, le traía a la memoria recuerdos de la infancia. Estos recuerdos le eran insoportables; ¡tanto tiempo hacía que no le habían impresionado!

Todo el día le persiguieron multitud de pensamientos imposibles de expresar.

Cuando ya el sol iba a desaparecer en el horizonte y alargaba en el suelo hasta la sombra de la menor piedrecilla, Juan Valjean se sentó detrás de un matorral en una gran llanura rojiza, enteramente desierta. En el horizonte sólo se descubrían los Alpes; ni siquiera el campanario de algún pueblecillo próximo. Juan Valjean estaría a tres leguas de D. Un sendero que cortaba la llanura pasaba a algunos pasos del matorral.

En medio de su meditación, que no hubiera contribuído poco a hacer más temerosos sus harapos para todo el que lo hubiese encontrado, oyó un alegre ruido.

Volvió la cabeza, y vió venir por el sendero a un niño saboyano, de unos diez años, que andaba cantando, con su gaita al lado, y un cajón con una mona a la espalda.

Era uno de esos alegres muchachos que van de país en país, enseñando las rodillas por los agujeros de los pantalones.

El muchacho interrumpía de vez en cuando su canto para jugar con algunas monedas que llevaba en la mano, y que serían probablemente todo su capital. Entre estas monedas había una de plata de dos francos.

El muchacho se detuvo cerca del arbusto sin ver a Juan Valjean, y tiró al alto las monedas, que hasta entonces había cogido con bastante habilidad en el dorso de la mano.

Pero esta vez la moneda de cuarenta sueldos se le escapó, y fué rodando por la hierba hasta donde estaba Juan Valjean, quien le puso el pie encima.

Pero el niño había seguido la moneda con la vista y lo había observado.

No se detuvo; se fué derecho hacia el hombre.

El sitio estaba completamente solitario. No había ni un alma en todo lo que podía abarcar la vista; ni en la llanura, ni en el camino. Sólo se dejaban oír las débiles piadas de una nube de pájaros que cruzaba el cielo a gran altura. El muchacho volvía la espalda al sol, que doraba sus cabellos y teñía con una claridad sangrienta la salvaje fisonomía de Juan Valjean.

—Señor—dijo el saboyanito con esa confianza de los niños, que es una mezcla de ignorancia y de inocencia—: ¡Mi moneda!

—¿Cómo te llamas?—preguntó Juan Valjean.

—Gervasillo, señor.

—Pues anda con Dios—le dijo Juan Valjean.

—Señor, dadme mi moneda—volvió a decir el niño.

Juan Valjean bajó la cabeza y no respondió.

El muchacho volvió a decir :

—¡ Mi moneda, señor !

La vista de Juan Valjean siguió fija en el suelo.

—¡ Mi moneda !—gritó ya el niño—, ¡ mi moneda de plata ! ¡ mi dinero !

Parecía que Juan Valjean no oía nada. El niño le cogió del cuello de la blusa, y le sacudió, haciendo esfuerzos al mismo tiempo para separar el tosco zapato claveteado que cubría su tesoro.

—¡ Quiero mi moneda ! ¡ mi moneda de cuarenta sueldos !

El niño lloraba. Juan Valejan levantó la cabeza ; pero siguió sentado. Sus ojos estaban turbios. Miró al niño como con asombro, y después llevó la mano al palo gritando con voz terrible :

—¿Quién anda ahí?

—Yo, señor — respondió el muchacho—. Yo, Gervasillo. ¿Queréis volverme mis cuarenta sueldos? ¿Queréis alzar el pie?

Y después, irritado ya y casi con tono amenazador, a pesar de su niñez, le dijo :

—Pero, ¿quitaréis el pie? ¡ Vamos : levantad el pie !

—¡ Ah ! ¡ Conque estás aquí todavía ! —dijo Juan Valjean ; y poniéndose repentinamente de pie, sin descubrir por esto la moneda, añadió— : ¿Acabarás de largarte de aquí?

El niño lo miró atemorizado ; tembló de pies a cabeza, y después de algunos momentos de estupor, echó a correr con todas sus fuerzas sin volver la cabeza, ni dar un grito.

Sin embargo, a alguna distancia, la fatiga le obligó a detenerse, y Juan Valjean, en medio de su meditación, le oyó sollozar.

Algunos instantes después, el niño había desaparecido.

El sol se había puesto.

La sombra crecía alrededor de Juan Valjean. En todo el día no había tomado alimento : es probable que tuviera fiebre.

Se había quedado en pie, y no había cambiado de postura desde que huyó el niño. La respiración levantaba su pecho a intervalos largos y desiguales. Su mirada, clavada diez o doce pasos delante de él, parecía examinar con profunda atención un pedazo de loza azul que había entre la hierba. De pronto, se estremeció : sentía ya el frío de la noche.

Se encasquetó bien la gorra ; se cruzó y se abotonó maquinalmente la blusa, dió un paso, y se bajó para coger del suelo el palo.

Al hacer este movimiento vió la moneda de cuarenta sueldos que su pie había medio sepultado en la tierra, y que brillaba entre algunas piedras. Su vista le hizo el efecto de una conmoción galvánica. «¿Qué es esto?» dijo entre dientes. Retrocedió tres pasos, y se detuvo sin poder separar su vista de aquel punto que había pisoteado hacía un momento, como si aquella cosa que brillaba en la obscuridad hubiese tenido un ojo abierto y fijo en él.

Después de algunos minutos se tiró convulsivamente a la moneda de plata, la cogió, y enderezándose miró a lo lejos por la llanura, dirigiendo sus ojos a todo el horizonte, anhelante, como una fiera asustada que busca un asilo.

Nada vió. La noche cerraba, la llanura estaba fría, e iba formándose una bruma violada en la claridad del crepúsculo.

Dió un suspiro y marchó rápidamente en una dirección, hacia el sitio por donde el niño había desaparecido. Después de haber andado unos treinta pasos se detuvo y miró. Pero tampoco vió nada.

Entonces gritó con todas sus fuerzas :

—¡ Gervasillo ! ¡ Gervasillo !

Calló y esperó.

Nada respondió.

El campo estaba desierto y triste ; Juan Valjean se veía rodeado sólo del espacio. En su deredor no había más

que una sombra en que se perdía su mirada, un silencio en que se perdía su voz.

Soplaba un viento glacial, que daba a los objetos una especie de vida lúgubre. Los arbustos sacudían sus ramas descarnadas con increíble furia. Parecía que amenazaban y perseguían a alguien.

El hombre volvió a andar, a correr; de rato en rato se paraba, y gritaba en aquella soledad con una voz formidable y desolada:

—¡Gervasillo! ¡Gervasillo!

Si el muchacho hubiera oído estas voces, de seguro habría tenido miedo, y se hubiera guardado muy bien de acudir. Pero debía de estar ya muy lejos sin duda.

Juan Valjean, encontró a un cura que iba a caballo. Se dirigió a él, y le dijo:

—Señor cura: ¿habéis visto pasar a un muchacho?

—No—dijo el cura.

—¡Uno que se llama Gervasillo!

—No he visto a nadie.

Entonces Juan Valjean sacó dos monedas de cinco francos de su morral, y se las dió al cura.

—Señor cura, tomad para los pobres. Señor cura, es un muchacho de unos diez años con una mona y una gaita. Iba caminando. Es uno de esos saboyanos; ya sabéis...

—No lo he visto.

—¡Gervasillo! ¿No hay algún pueblo por aquí? ¿Podríais decirme...?

—Si es como decís, debe de ser un extranjero, de esos que pasan y nadie los conoce.

Juan Valjean tomó violentamente otras dos monedas de cinco francos, y las dió al sacerdote.

—Para los pobres—le dijo.

Y después, añadió con azoramiento:

—Señor cura, mandad que me prendan: soy un ladrón.

El cura picó espuelas, y huyó atemorizado.

Juan Valjean echó a correr en la dirección que había tomado primeramente.

Siguió a la suerte un camino mirando, llamando y gritando; pero no encontró a nadie. Dos o tres veces corrió hacia algunos objetos que le parecieron una persona echada o acurrucada: eran malezas o rocas a flor de tierra. En fin, se detuvo en un sitio en que había tres senderos. La luna había salido. Paseó su mirada a lo lejos, y gritó por última vez: ¡Gervasillo! ¡Gervasillo! ¡Gervasillo! Sus voces se apagaron en la bruma sin despertar ni un eco siquiera. Murmuró aún otra vez: ¡Gervasio! pero ya con una voz débil y casi inarticulada. Aquél fué su único esfuerzo; sus piernas se doblaron bruscamente, como si un poder invisible le oprimiese con todo el peso de su mala conciencia. Cayó desfallecido sobre una piedra con las manos en la cabeza y la cara entre las rodillas, y exclamó:

—¡Soy un miserable!

Su corazón se abrió, y rompió a llorar. ¡Era la primera vez que lloraba en diez y nueve años!

Cuando Juan Valjean salió de casa del obispo, estaba, por decirlo así, fuera de todo lo que había sido su pensamiento hasta allí. No podía explicarse lo que pasaba por él. Quería resistir la acción angélica, las dulces palabras del anciano. «Me habéis prometido ser hombre honrado. Yo compro vuestra alma. Yo la liberto del espíritu de perversidad, y la consagro a Dios.» Estas frases se presentaban a su memoria sin cesar; y oponía a esta diligencia celeste el orgullo, que es en nosotros la fortaleza del mal. Conocía claramente que el perdón de aquel sacerdote era el ataque más formidable que podía recibir: que su endurecimiento sería infinito si podía resistir aquella clemencia; pero, que si cedía, le sería preciso renunciar a aquel odio contra los actos de los demás hombres, que había alimentado en su alma por espacio de tantos años, aquel odio en que hallaba un placer; que en esta ocasión no había medio entre vencer o ser vencido; y que había comenzado una lucha colosal y definitiva entre su maldad y la bondad del anciano sacerdote.

Ante estas meditaciones, que eran ya un principio de luz, caminaba como un hombre enajenado. Pero mientras caminaba así con los ojos extraviados, ¿tenía

una percepción clara de lo que podría resultar de la aventura de D.? ¿Oía todos los ruidos confusos y misteriosos que aconsejan e importunan al espíritu en ciertos momentos de la vida?

Una voz le decía al oído que acababa de atravesar la hora solemne de su destino; que ya no había término medio para él; que si desde entonces no era el mejor de los hombres, sería el peor; que era preciso, por decirlo así, que se elevase a mayor altura que el obispo, o descendiese más abajo que el presidiario; que si quería ser bueno, debía ser un ángel; que si quería ser malo, debía ser un monstruo.

Y aquí debemos volver a hacernos las preguntas que ya nos hemos hecho otra vez. ¿Tenía en su inteligencia alguna sombra confusa de lo que por ella pasaba? Ciertamente la desgracia, según hemos dicho ya, educa la inteligencia; pero es muy dudoso que Juan Valjean estuviese en estado de comprender todo lo que vamos diciendo. Si se le presentaban estas ideas, las vislumbraba más bien que las percibía; y sólo servían para causarle una confusión inexplicable y casi dolorosa. Al salir de aquella casa negra e informe que se llama el presidio, el obispo le había causado un dolor en el alma, del mismo modo que una viva claridad hiere los ojos que acaban de salir de las tinieblas. La vida futura, la vida posible se le presentaba desde entonces pura, esplendente, y le llenaba de ansiedad. Verdaderamente no sabía qué era de sí mismo. El presidiario había sido deslumbrado y cegado por la virtud, como un mochuelo que viera salir repentinamente el sol.

Lo cierto, lo que Juan Valjean veía sin duda alguna, era que ya no era el mismo hombre; que todo había cambiado en él, y que no había estado en su mano evitar que el obispo le hablase y lo conmoviese.

En esta situación de espíritu había encontrado a Gervasillo, y le había robado sus cuarenta sueldos. ¿Por qué? De seguro no hubiera podido explicarlo. ¿Era aquella acción un último efecto, un supremo esfuerzo de las malas ideas que había traído del presidio; un resto de impulso, un resultado de lo que se llama en mecánica «fuerza adquirida»? Esto era; pero era también algo menos. Digámoslo claramente; no era él el que había robado; no era el hombre, era la bestia que por hábito y por instinto había puesto estúpidamente el pie sobre aquella moneda, mientras que la inteligencia luchaba en medio de tantas mortificaciones nuevas y desconocidas. Cuando la inteligencia despertó y vió esta acción del bruto, Juan Valjean retrocedió con angustia, y dió un grito de espanto.

Al robar la moneda al niño se había verificado en él un extraño fenómeno, que parecía imposible en su situación, porque había hecho una cosa de que hacía mucho tiempo no era capaz.

Sea como fuere, esta última mala acción causó en él un efecto decisivo: atravesó bruscamente el caos que tenía en la inteligencia y lo disipó; separó a un lado las nubes sombrías y a otro la luz, y obró en su alma en el estado en que se encontraba, como obran algunos reactivos químicos sobre una mezcla, precipitando un elemento y clarificando el otro.

Ante todo, antes de examinarse y de reflexionar, azorado como el que busca su salvación, trató de buscar al muchacho para volverle su dinero, y cuando conoció que esto era inútil e imposible, se detuvo desesperado. En el momento en que exclamaba: ¡soy un miserable! acababa de conocerse tal como era. Estaba en aquel instante como separado de sí mismo; se figuraba que él no era más que un fantasma, y que tenía delante de sí al repugnante presidiario Juan Valjean en carne y hueso con su palo en la mano, su blusa, su saco lleno de objetos robados a la espalda, su fisonomía resuelta y taciturna, su imaginación llena de proyectos abominables.

El exceso del infortunio, según hemos hecho notar ya, lo había hecho visionario en cierto modo. Esto fué, pues, una visión. Vió realmente a Juan Valjean con su siniestra fisonomía delante de sí. Estuvo casi dispuesto a preguntarse quién era aquel hombre, y le tuvo horror.

Su cerebro estaba en uno de esos mo-

mentos violentos, y, sin embargo, horriblemente tranquilos, en que la meditación es tan profunda que absorbe la realidad : momentos en que no se ven los objetos que se tienen delante, y se ven fuera de sí mismo las imágenes que existen en el espíritu.

Se contempló, pues, por decirlo así, cara a cara, y al mismo tiempo, al través de aquella alucinación, vió, como en una profundidad misteriosa, una especie de luz que tomó al principio por una antorcha. Examinando con más atención esta luz encendida en su conciencia, vió que tenía la forma humana, y que era el obispo.

Su conciencia comparó sucesivamente estos dos hombres colocados enfrente de ella ; el obispo y Juan Valjean. Había sido necesario nada menos que el primero para vencer al segundo. Por uno de esos efectos singulares, propios de estas clases de éxtasis, a medida que la ilusión se prolongaba, el obispo crecía y resplandecía a sus ojos, y Juan Valjean se achicaba y desaparecía. Después de algunos instantes sólo quedó de él una sombra. Después desapareció del todo. Sólo quedó el obispo.

El obispo, que iluminaba el alma de aquel miserable con un resplandor magnífico.

Juan Valjean lloró un buen rato. Lloró lágrimas ardientes, lloró sollozando ; lloró con la debilidad de una mujer, con el temor de un niño.

Mientras lloraba se encendía poco a poco una luz en su cerebro, una luz extraordinaria, una luz maravillosa y terrible a la vez. Su vida pasada, su primera falta, su larga expiación, su embrutecimiento exterior, su endurecimiento interior, su libertad halagada con tantos planes de venganza, las escenas de casa del obispo, la última acción que había cometido, aquel robo de cuarenta sueldos a un niño, crimen tanto más culpable, tanto más monstruoso, cuanto que lo ejecutó después del perdón del obispo ; todo esto se le presentó claramente ; pero con una claridad que no había conocido hasta entonces. Examinó su vida y le pareció horrorosa : examinó su alma y le pareció horrible. Y sin embargo, sobre su vida y sobre su alma se extendía una suave claridad. Parecíale que descubría a Satanás con la luz del paraíso.

¿Cuánto tiempo estuvo llorando así? ¿Qué hizo después de llorar? ¿Adónde fué? No se supo. Solamente parece averiguado que aquella misma noche, el conductor que hacía el viaje a Grenoble, y que llegaba a D. hacia las tres de la mañana, al atravesar la calle donde vivía el obispo, vió a un hombre en actitud de orar, de rodillas en el empedrado, en la sombra, y delante de la puerta de monseñor Bienvenido.

LIBRO TERCERO

En el año 1817.

I

EL AÑO 1817

El de 1817 era el año que Luis XVIII, con cierto aplomo real, que no estaba exento de orgullo, llamaba el vigésimo segundo de su reinado. Era también el año en que tenía celebridad el señor Bruguiere de Sorsum. Todas las peluquerías esperando los polvos y la vuelta del ave real, estaban pintadas de azul y flordelisadas.

Era el tiempo inocente en que el conde Lynch se sentaba todos los domingos como mayordomo de fábrica en San Germán de los Prados, vestido de par de Francia, con su cordón rojo, y su larga nariz, y aquella majestad de perfil, peculiar al que ha hecho una acción brillante. La acción brillante del señor Lynch fué haber entregado la ciudad, siendo alcalde de Burdeos, el 12 de marzo de 1814, demasiado pronto al duque de Angulema. Esta acción le hizo par. En 1817 la moda sepultaba a los niños de cuatro o seis años en grandes gorras de tafilete, con orejeras algo semejantes a las mitras de los esquimales. El ejército francés estaba vestido de blanco, a la austriaca ; los regimientos se llamaban legiones ; y en vez de número llevaban el nombre de los departamentos. Napoleón estaba en Santa Elena, y como Inglaterra le negaba el

paño verde, se veía obligado a volver su ropa vieja.

En 1817 cantaba Pelegrini, bailaba la señorita Bigottini, reinaba Potier, y Ordy no existía aún. La señora Saqui sucedía a Forioso. Aún había prusianos en Francia. El señor Delalot era un personaje. La legitimidad acababa de afirmarse cortando la mano y después la cabeza a Pleignier, a Carbonneau y a Tolleron. El príncipe Talleyrand, gran chambelán, y el abate Luis, designado para ministro de Hacienda, se miraban y se reían con la risa de los augures : ambos habían celebrado, el 14 de julio de 1790, la misa de la federación en el Campo de Marte ; Talleyrand había oficiado como obispo, y Luis le había ayudado como diácono. En 1817, en la arboleda del mismo Campo de Marte se veían gruesos cilindros de madera, expuestos a la lluvia, pudriéndose entre la hierba, pintados de azul con restos de águilas y de abejas que habían sido doradas.

Estos restos eran las columnas que dos años antes habían sostenido el solio del emperador en el Campo de Mayo. Estaban ya ennegrecidas por el fuego de los austriacos, acampados cerca de Gros-Caillou. Dos o tres de estas columnas habían desaparecido en las hogueras de estos campamentos, y habían servido para calentar las anchas manos de los *kaiserlicks*. El Campo de Mayo había tenido de notable que se había celebrado en el mes de junio y en el Campo de Marte. En este año de 1817 eran muy populares dos cosas : el Voltaire-Touquet, y la tabaquera de la Carta. La emoción parisiense más reciente era el crimen de Dautun, que había arrojado la cabeza de su hermano al estanque del Mercado de las Flores. El ministerio de Marina principiaba a inquietarse por no tener noticias de la desgraciada fragata «Medusa», que debía cubrir de vergüenza a Chaumareix, y de gloria a Gericault. El coronel Selves hacía su viaje a Egipto para convertirse en Solimán Bajá. El palacio de las Termas, calle de la Harpe, servía de tienda a un tonelero. Aún se veía en la plataforma de la torre octógona del palacio de Cluny el cajón de madera que había servido de observatorio a Messier, astrónomo de la marina en tiempo de Luis XVI. La duquesa de Duras leía a tres o cuatro amigos en su gabinete amueblado al estilo de Luis X, y cubierto de seda azul celeste, la «Ourika» inédita. Se borraban las N en el Louvre. El puente de Austerlitz abdicaba, y tomaba el nombre de puente del Jardín del Rey, doble enigma que ocultaba a la vez el puente de Austerlitz y el Jardín Botánico. Luis XVIII, pensativo, señalando con la uña en Horacio los héroes que se hacen emperadores, y los zapateros que se hacen delfines, tenía dos cuidados : Napoleón y Mathurin Brunneau. La Academia Francesa proponía como tema de premio «la felicidad que proporciona el estudio». El señor Bellart era elocuente oficialmente. A su sombra germinaba el futuro abogado general de Broe, prometido a los sarcasmos de Pablo Luis Courier. Había un falso Chateaubriand, llamado Marchangy, esperando que hubiese un falso Marchangy llamado Arlincourt. «Clara de Alba y Malek-Adel» eran las obras más notables ; y la señora Cottin era considerada como la primera escritora de la época. El Instituto dejaba borrar de su lista al académico Napoleón Bonaparte. Un real decreto erigía a Angulema en escuela de Marina, porque siendo el duque de Angulema gran almirante, era evidente que la ciudad de Angulema tenía de derecho todas las cualidades de puerto de mar, sin lo cual la monarquía hubiera estado en peligro. Se trataba en Consejo de Ministros de si se debían tolerar las viñetas que representaban juegos gimnásticos, y adornaban los carteles de Franconi, porque reunía a los pilluelos de las calles. El señor Paer, autor de la «Inés», buen hombre, de cara cuadrada, con una berruga en la mejilla, dirigía los conciertos íntimos de la marquesa de Sassenaye, calle de la Ville-l'Evéque. Todas las jóvenes cantaban el ermitaño de Saint-Avelle, letra de Edmundo Geraud. El «Enano amarillo» se transformaba en «Espejo». El café de Lemblin defendía al emperador contra el café de Valois que defendía a los Borbones. Acababa de casarse el duque de

Berry con una princesa de Sicilia, y Louvel le seguía ya los pasos. Hacía un año que había muerto la señora Stael. Los guardias de corps silbaban a la señorita Mars. Los grandes periódicos eran muy pequeños. La forma era reducida, pero la libertad grande. «El Constitucional» era constitucional. «La Minerva» llamaba a Chateaubriand, Chateaubriand. Estat hacía reír mucho al pueblo a costa del gran escritor. En los diarios vendidos escribían periodistas prostituídos que insultaban a los proscriptos de 1815 : David no tenía talento, ni Arnault ingenio, ni Carnot probidad, Soult no había ganado ninguna batalla ; y Napoleón verdaderamente no tenía genio. Nadie ignora que es muy raro que un desterrado reciba las cartas echadas al correo, porque la policía convierte su interceptación en un religioso deber. Pues esto no es nuevo. Descartes en su destierro se quejaba ya de lo mismo. David escribió en un periódico belga lamentándose de no recibir las cartas que le escribían, lo cual pareció gracioso a los periódicos realistas que se mofaban por este motivo del proscripto. Decir : los «regicidas», o decir los «votantes» ; decir : los «enemigos», o decir : los «aliados» ; decir : «Napoleón», o decir : «Bonaparte» eran cosas que separaban a dos hombres más que un abismo. Todas las personas de buen sentido convenían en que Luis XVIII, llamado «el autor inmortal de la Carta», había cerrado para siempre la era de las revoluciones. En el terraplén del Puente Nuevo se esculpía la palabra «Redivivo» en el pedestal que esperaba la estatua de Enrique IV. El señor Piet abría en la calle Thérése, número 4, su conciliábulo para consolidar la Monarquía. Los jefes de la derecha decían en las grandes crisis : «Es preciso escribir a Bacot». Canuel O'Mahony y Chappedelaine declinaban no sin aprobación del hermano de Luis XVIII, lo que debía ser después «la conspiración de Borddel'eau». El Alfiler Negro conspiraba por su parte. Delaverderie se unía a Trogoff. Dominaba Decazes, liberal hasta cierto punto. Chateaubriand, en pie todas las mañanas ante su ventana del número 27 de la calle de Saint-Dominique, con pantalón de piel y zapatillas, con sus cabellos grises encerrados en un pañuelo, los ojos fijos en un espejo, y un estuche completo de cirujano dentista, abierto delante, se limpiaba los dientes que eran hermosos, dictando al mismo tiempo «La Monarquía, según la Carta», a su secretario el señor Pilorge. La crítica, formando autoridad, prefería Lafon a Talma. El señor de Feletz se firmaba A. ; el señor Hoffmand firmaba Z, y Carlos Nodier escribía «Teresa Aubert». Habíase abolido el divorcio. Los liceos se llamaban colegios ; y los colegiales, con la flor de lis en el cuello, se daban de puñadas con motivo del rey de Roma. La contrapolicía de palacio denunciaba a Su Alteza Real la hermana del Rey el retrato, expuesto en todas partes, del duque de Orleáns, que tenía mejor semblante de uniforme de coronel general de húsares, que el duque de Berry de uniforme de coronel general de dragones, lo que era un grave inconveniente. La ciudad de París restauraba a su costa los dorados de la cúpula de los Inválidos. Los hombres formales se preguntaban qué haría en tal o cual ocasión. El señor de Triquelague. El señor Clausel de Montals se separaba de algunos puntos del señor Clausel de Coussergues. El señor de Salaberry no estaba contento. El cómico Picard, que era de la Academia, en que no había podido entrar el cómico Molière, hacía representar «Los dos Filibertos» en el Odeón, en cuyo frontis, a pesar de haberse arrancado las letras se leía claramente : TEATRO DE LA EMPERATRIZ. Todo el mundo tomaba partido en favor o en contra de Cugnet de Montarlot, Fabvier era faccioso, y Bavoux revolucionario. El librero Pelicier publicaba una edición de Voltaire con el título : «Obras de Voltaire», de la Academia Francesa, y decía cándidamente : «Esto llama a los compradores». La opinión general era que el señor Carlos Loyson sería el genio del siglo ; la envidia empezaba a morderle, signo de gloria, y se le aplicaba este verso : «Aun cuando Loyson vuela, se ve que tiene patas».

El cardenal Fesch se negaba a hacer

dimisión, y administraba la diócesis de Lyón monseñor Pins, arzobispo de Amasia. Principiaba la cuestión del valle de Dappes entre Suiza y Francia por una memoria del capitán Dufour, general después. Saint Simon, desconocido, meditaba su sublime teoría. Había en la Academia de Ciencias un Fourier célebre, a quien ha olvidado ya la posteridad, y en una boardilla un Fourier obscuro, de quien se acordará el porvenir. El nombre de lord Byron principiaba a sonar ; y una nota del poema de Millevoye le daba a conocer a Francia en estos términos : «un tal lord Byron». David de Angers se ensayaba en dar forma al mármol. El abate Caron citaba con elogio en el comité de seminaristas del callejón de Feullantines a un sacerdote desconocido, llamado Felicitas Roberto, que fué después Lamennais. En el Sena humeaba y se movía con el ruido de un perro que nada, una cosa que iba y venía bajo las ventanas de las Tullerías desde el Puente Real al Puente de Luis XV ; era un aparato mecánico que no valía gran cosa, una especie de juguete, un sueño de un inventor fantástico, una utopia : un barco de vapor. Los parisienses miraban esta inutilidad con indiferencia. El señor de Vaublanc, reformador del Instituto por golpe de Estado, real orden y hornada, autor distinguido de varios académicos, después de haberlos hecho, no podía conseguir serlo. El barrio de San Germán y el pabellón Marsan deseaban que se nombrase prefecto de policía al señor Delaveau, a causa de su devoción. Dupuytren y Recamier disputaban en el anfiteatro del Colegio de Medicina, y se amenazaban con el puño tratando de la divinidad de Jesucristo. Cuvier con un ojo en el Génesis y otro en la Naturaleza se esforzaba por agradar a la reacción hipócrita, poniendo los fósiles de acuerdo con los textos sagrados, y adulando a Moisés con los mastodontes. El señor Francisco de Neufchateau, digno cultivador de la memoria de Parmentier, hacía mil esfuerzos para que «pomme de terre» se pronunciase «parmentiere», y no lo conseguía. El abate Gregoire, antiguo obispo, antiguo convencional y antiguo senador, había pasado en la política realista al estado de «infame Gregoire». Esta locución que acabamos de emplear, «pasar al estado de», era denunciada como un neologismo por el señor Royer-Collard. Aún podía distinguirse por su blancura en el tercer arco del puente de Jena la piedra nueva con que dos años antes se había cubierto la boca de la mina hecha por Blucher para volar el puente. La justicia llamaba al tribunal a un hombre, que viendo entrar al conde de Artois en Nuestra Señora, había dicho en voz alta : «Por vida mía, que echo de menos el tiempo en que veía a Bonaparte y a Talma entrar del brazo en Bal-Sauvage». Palabras sediciosas : seis meses de prisión.

Los traidores se presentaban al descubierto : hombres que se habían pasado al enemigo la víspera de una batalla, no ocultaban la recompensa, e iban públicamente pavoneándose en mitad del día con todo el cinismo de las riquezas y de las dignidades : desertores de Ligny y de Quatre-Bras, en la ostentación de su infamia pagada, manifestaban su adhesión monárquica completamente desnuda, olvidando lo que se dice en las paredes interiores de las columnas mingitorias de Inglaterra : «Please adjust your dress before leaving», o lo que es lo mismo : «sírvase usted abrocharse antes de salir».

Esto era lo que sobrenadaba confusamente en el año 1817, olvidado ya hoy. La historia no se hace cargo de todas estas particularidades ; y no puede tampoco hacer otra cosa, porque la invadiría el infinito. Sin embargo, estos detalles que se llaman pequeños—no hay hechos pequeños en la humanidad, ni hojas pequeñas en la vegetación—, son útiles. La figura de los siglos se compone de la fisonomía de los años.

En este año de 1817, cuatro jóvenes parisienses representaron «una buena farsa».

II

DOBLE QUATOR

Estos parisienses eran uno de Tolosa, otro de Limoges, el tercero de Cahors, y el cuarto de Montauban ; pero eran estudiantes, y quien dice estudiante

dice parisiense, porque estudiar en París es nacer en París.

Estos jóvenes eran insignificantes: todo el mundo conoce su tipo; cuatro imágenes del primero que llega; ni buenos, ni malos; ni sabios, ni ignorantes; ni genios, ni imbéciles; ramas de ese abril encantador que se llama veinte años. Eran cuatro Oscares cualesquiera; porque en aquella época aún no se conocían los Arturos. «Quemad en honor suyo los perfumes de la Arabia», decía la novela; «Oscar adelanta, Oscar, voy a verle». Se salía de Ossian; la elegancia era escandinava y caledoniana; el género inglés puro no debía prevalecer hasta después; y el primero de los Arturos, Véllington, acababa apenas de ganar la batalla de Waterloo.

Estos Oscares se llamaban Félix Tholomyes, de Tolosa; Listolier, de Cahors; Fameuil, de Limoges, y Blachevelle, de Montauban. Cada uno tenía naturalmente su amor. Blachevelle amaba a Favorita, llamada así porque había estado en Inglaterra; Listolier adoraba a Dalia, que había tomado por nombre de guerra un nombre de flor; Fameuil idolatraba a Zefina, abreviatura de Josefina; Tholomyes, quería a Fantina, llamada la rubia, por sus hermosos cabellos, que eran como los rayos del sol.

Favorita, Dalia, Zefina y Fantina eran cuatro encantadoras jóvenes perfumadas y radiantes, un poco obreras aún, porque no habían abandonado enteramente la aguja, distraídas con sus amorcillos, y que conservaban en su fisonomía un resto de la severidad del trabajo, y en su alma esa flor de la honestidad que sobrevive en la mujer a su primera caída. Una de las cuatro se llamaba la joven porque era la menor, y otra se llamaba la vieja: la vieja tenía veintitrés años. Y para no callar nada, diremos, que las tres primeras eran más experimentadas, más despreocupadas, y más amigas del ruido de la vida, que Fantina la rubia, que aún vivía en su primera ilusión.

Dalia, Zefina, y sobre todo Favorita, no hubieran podido decir lo mismo; porque había ya más de un episodio en la novela de su vida: el amante, que se llamaba Adolfo en el primer capítulo, se convertía en Alfonso en el segundo, y Gustavo en el tercero. La pobreza y la coquetería son dos consejeros fatales: el uno murmura y el otro halaga; y las jóvenes del pueblo tienen ambos consejeros que les habla cada uno a un oído. Estas almas mal guardadas les escuchan; y de aquí provienen los tropiezos que dan y las piedras que se les arrojan. Se les oprime con el esplendor de todo lo que es inmaculado e inaccesible. ¡Ah, si la señorita aristocrática tuviese hambre!

Favorita tenía por admiradoras a Zefina y a Dalia, a causa de haber estado en Inglaterra. Había tenido muy pronto casa propia. Su padre era un viejo profesor de matemáticas, brutal y fanfarrón. No estaba casado, y vivía a salto de mata a pesar de su edad. Siendo joven vió un día engancharse el vestido de una doncella de un gabinete, y se enamoró de este accidente. De él resultó Fantina. Esta encontraba algunas veces a su padre que la saludaba. Una mañana, una mujer de edad y aspecto beato entró en su casa y le dijo: «¿No me conocéis, señorita?» «No.» «Pues soy tu madre». En seguida abrió un aparador, bebió y comió, trajo un colchón que tenía, y se instaló allí. Esta madre gruñona y devota no hablaba nunca con Favorita; permanecía horas enteras sin pronunciar palabra; almorzaba, comía y cenaba como cuatro, y bajaba a hacer la visita al portero, donde pasaba el rato hablando mal de su hija.

Lo que había arrastrado a Dalia hacia Listolier, hacia otros tal vez, y hacia la ociosidad era el tener bonitas uñas rosadas. ¿Cómo habían de trabajar aquellas uñas? La que quiera ser virtuosa no debe tener piedad de sus manos. En cuanto a Zefina, había conquistado a Fameuil por su manera graciosa y halagüeña de decir: Sí, señor.

Los jóvenes eran camaradas; las jóvenes eran amigas. Tales amores llevan siempre consigo tales amistades.

La filosofía y la sabiduría son dos cosas distintas; y lo prueba el que,

prescindiendo de estas particularidades, Favorita, Zefina y Dalia eran filósofas, y Fantina era sabia. ¡Sabia! se dirá: ¿y Tholomyes? Salomón respondería que el amor es parte de la sabiduría. Nosotros nos limitaremos a decir que el amor de Fantina era un primer amor, un amor único, un amor fiel.

Fantina era la única de las cuatro a quien no tuteaba más que un hombre.

Fantina era uno de esos seres que salen del fondo del pueblo. Había salido de las regiones más insondables de la sombra social, y tenía en su frente la señal de lo anónimo y de lo desconocido. Había nacido en M.—a orillas del M.—¿Quiénes eran sus padres? ¿Quién podría decirlo? Nadie había conocido a su padre ni a su madre. Se llamaba Fantina. ¿Y por qué se llamaba Fantina? Nadie sabía otro nombre. Cuando nació existía aún el Directorio. No tenía nombre de familia, no tenía familia; no tenía nombre de bautismo, la Iglesia no existía para ella. Se llamó como quiso el primer transeunte que la encontró con los pies descalzos en la calle. Recibió un nombre, lo mismo que recibía en su frente el agua de las nubes los días de lluvia. Se le llamó Fantinita, y nadie sabía más. Así vino a la vida esta criatura humana. A los diez años Fantina abandonó la ciudad y se puso a servir en las quintas de los alrededores. A los quince años fué a París a «buscar fortuna». Fantina era hermosa, y permaneció pura todo el mayor tiempo que pudo. Era una bonita rubia con bellísimos dientes: tenía por dote el oro y las perlas; pero el oro estaba en su cabeza, y las perlas en su boca.

Trabajó para vivir, y después amó también para vivir, porque el corazón tiene su hambre.

Y amó a Tholomyes.

Amor pasajero para él; pasión para ella. Las calles del Barrio Latino, que hormiguean en estudiantes y grisetas, vieron el principio de este sueño. Fantina había huído mucho tiempo de Tholomyes, pero de modo que siempre lo encontraba en los laberintos de la colina del Panteón, donde se empiezan y desenlazan tantas aventuras. Hay una manera de huír que parece buscar. Pronto tuvo lugar la égloga.

Blachevelle, Listolier y Fameuil formaban un grupo, a cuya cabeza estaba Tholomyes. Este era el genio de la compañía.

Tholomyes era el estudiante veterano; era rico, tenía cuatro mil francos de renta, escándalo de esplendidez en la montaña de Santa Genoveva: Tholomyes era un vividor de treinta años, mal conservado. Tenía ya arrugas; había perdido los dientes; y le principiaba una calvicie, de que decía él mismo sin tristeza: entrada a los treinta, rodilla a los cuarenta. Digería mal y no tenía un ojo lacrimoso. Pero a medida que perdía su juventud, se rejuvenecía su buen humor; reemplazaba sus dientes con animadas gesticulaciones, sus cabellos con la alegría, la salud con la ironía, y el ojo que lloraba estaba siempre riendo. Estaba aniquilado, pero cubierto de flores. Su juventud, liando el petate antes de tiempo, se retiraba en buen orden, riendo y llena de entusiasmo. Había escrito una pieza que no le habían admitido en el Vaudeville, y componía a cada momento versos. Además, dudaba de todo, lo que es una gran fuerza a los ojos de los débiles. Siendo, pues, calvo e irónico, era el jefe. «Iron» es una palabra inglesa que significa hierro. ¿Vendrá de aquí la palabra ironía?

Un día Thomlomyes llamó aparte a los otros tres, hizo un gesto propio de un oráculo y les dijo:

—Pronto hará un año que Fantina, Dalia, Zefina y Favorita nos piden una sorpresa. Se la hemos prometido solemnemente, y nos la están reclamando siempre; a mí sobre todo. Lo mismo que en Nápoles las viejas dicen a San Jenaro: «Faccia gialluta, fa il miracolo», ¡cara amarillenta, haz el milagro! nuestras bellas nos dicen sin cesar: Tholomyes, ¿cuándo darás a conocer tu sorpresa? Al mismo tiempo nuestros padres nos escriben. Nos vemos apremiados por dos partes. Me parece que ha llegado el momento. Hablemos.

Tholomyes bajó la voz, y articuló misteriosamente algunas palabras tan alegres, que de las cuatro bocas salió a

carcajadas un gran entusiasmo, al mismo tiempo que Blachevelle exclamaba: «¡Es una gran idea!»

Hallaron al paso un café lleno de humo, y entraron, perdiéndose en aquella espesa atmósfera el fin de su conferencia.

El resultado de aquel secreto fué una gran partida de campo que se celebró el domingo siguiente, invitando los cuatro estudiantes a las cuatro jóvenes.

III

CUATRO A CUATRO

Es muy fácil figurarse hoy lo que era hace cuarenta y cinco años una comida de campo de estudiantes y grisetas. París no tiene ya los mismos alrededores; la vida que podría llamarse circum-parisiense ha cambiado completamente en medio siglo: donde estaba el carro está hoy el vagón; donde estaba el patache está hoy el barco de vapor, y hoy se dice Fecamp como entonces se decía Saint-Cloud. El París de 1862 es una ciudad que tiene por arrabales toda Francia.

Las cuatro parejas llevaron a cabo concienzudamente todas las locuras campestres posibles entonces. Principiaban las vacaciones, y era un claro y ardiente día de verano. La víspera, Favorita, que era la única que sabía escribir, había escrito a Tholomyes lo siguiente: «Es muy sano salir de madrugada.»

Por esta razón se levantaron todos a las cinco de la mañana. Fueron a Saint-Cloud en coche; se pararon ante la cascada seca, y exclamaron: ¡qué hermosa sería si tuviera agua! Almorzaron en la «Tete-Noire», donde no se conocía a Castaing; jugaron una partida a la sortija en las arboledas del estanque grande; subieron a la linterna de Diógenes; jugaron los macarrones en la ruleta del puente de Sèvres; hicieron ramilletes en Poteaux; compraron silbatos en Neuilly; comieron en todas partes pastelillos de manzanas; en fin, fueron perfectamente felices.

Las jóvenes triscaban y gritaban como cotorras escapadas. Aquello era un delirio. No hacían más que dar golpecitos con la mano a los jóvenes. ¡Embriaguez matinal de la vida! ¡Edad adorable! El ala de los libelulios juguetea. ¡Oh! quienesquiera que seáis, ¿os acordáis? ¿Habéis ido alguna vez por la maleza separando las ramas para que pasase una linda cabeza que venía detrás de vosotros? Habéis bajado alguna vez una cuestecilla mojada por la lluvia con una mujer amada, que os detiene por la mano y exclama: ¡Ay, mis botitas nuevas! ¡Cómo se han puesto!...

Pero apresurémonos a decir que faltó esta encantadora contrariedad: un chaparrón; aunque Favorita había dicho al salir con acento sentencioso y maternal: «Las arañas andan por el suelo: señal de lluvia, hijos míos».

Las cuatro eran locamente hermosas. Un viejo poeta clásico, muy nombrado entonces, un hombre que tenía una Leonor, el caballero Labouisse, paseando aquel día bajo los castaños de Saint-Cloud les había visto pasar a las diez de la mañana, y había dicho: «Sobra una», acordándose de las Gracias. Favorita, la amiga de Blachevelle, la de los veintitrés años, la vieja, corría bajo las grandes ramas verdes de los árboles, saltaba las caceras, pasaba atrevidamente los matorrales, y presidía aquella fiesta con el entusiasmo de una diosa de las selvas. Zefina y Dalia, a quienes la fortuna había hecho hermosas de tal manera que se hacían valer más, y se completaban, por decirlo así, uniéndose, no se separaban, por instinto de coquetería, más bien que por amistad, y apoyadas una en otra tomaban actitudes inglesas. Los primeros keapsakes acababan de aparecer; comenzaba la melancolía de las mujeres, como posteriormente el byronismo en los hombres, y los cabellos del bello sexo empezaban a caer lánguidamente. Zefina y Dalia estaban peinadas con tirabuzones. Listolier y Fameuil empeñados en una discusión sobre sus profesores, explicaban a Fantina la diferencia que había entre los señores Delvincourt y Blondeau.

Blachevelle parecía haber sido criado expresamente para llevar en el brazo los domingos el chal de tres colores con cenefa, de Favorita.

Seguía Tholomyes dominando el grupo. Era muy alegre, pero dejaba cono-

cer el deseo de mando ; su jovialidad tenía algo de dictadura ; la prenda principal de su traje era un pantalón muy ancho, de mahón, con trabillas de correa tejida ; tenía un gran bastón de doscientos francos, y como todo se lo permitía, una cosa extraña, llamada cigarro, en la boca. No habiendo nada sagrado para él, fumaba.

—Este Tholomyes es admirable—decían los demás con veneración—. ¡ Qué pantalones ! ¡ qué energía !

En cuanto a Fantina, era la misma alegría. Sus blancos dientes habían recibido evidentemente de Dios una misión : reír. Llevaba en la mano, más que en la cabeza, un sombrerito de paja con grandes cintas blancas. Sus espesos cabellos rubios, acostumbrados a flotar y a desatarse fácilmente, siendo preciso componerlos a cada momento, parecían hechos para representar la fuga de Galatea entre los sauces. Sus labios rosados charlaban encantadoramente. Los extremos de la boca voluptuosamente levantados como en los antiguos mascarones de Erigone, parecían animar a los atrevidos ; pero sus largas pestañas cubiertas de sombra, se bajaban discretamente contra este atractivo de la parte inferior del rostro, como imponiéndole silencio. Su traje tenía un no sé qué de encantador y de flotante. Llevaba un vestido de barés color de malva ; zapatos de color de canela, con cintas que subían trazando X por su blanquísima media ; y una especie de spencer de muselina, invención marsellesa, cuyo nombre canesú, corrupción de las palabras «quince aout», (quince de agosto) pronunciadas en la Cannebière, significan buen tiempo, calor y mediodía. Las otras tres, menos tímidas, según hemos dicho ya, estaban descotadas, lo que en el verano, con sombreros cubiertos de flores, tiene mucha gracia y gran atractivo ; pero al lado de estos vestidos ceñidos, el canesú de la rubia Fantina, con su transparencia, sus indiscreciones, sus reticencias, ocultando y enseñando a la vez, parecía una invención provocativa de la decencia. La famosa corte de amor presidida por la vizcondesa de Cette, la de los ojos de verde mar, habría dado probablemente el premio de la coquetería a este canesú que se presentaba en nombre de la castidad. Lo más sencillo es algunas veces lo mejor entendido. Esto es lo que sucede siempre.

Fantina tenía un rostro deslumbrador, de delicado perfil, los ojos de azul obscuro, los párpados gruesos, las muñecas y las coyunturas perfectamente torneadas, el cutis blanco, que dejaba ver por todas partes las ramificaciones azuladas de las venas ; las mejillas infantiles y frescas, el cuello robusto de las Junos eginéticas, la nuca fuerte y flexible ; los hombros modelados como por Coston, tenían en su centro una voluptuosa hendedura, visible al través de la muselina ; era una alegría velada por la meditación, una escultura exquisita. Bajo aquellas trenzas y aquellas cintas se adivinaba una estatua, y en la estatua un alma.

Fantina era bella sin saberlo. Los pensadores, sacerdotes misteriosos de la belleza, que examina silenciosamente todo, hasta la perfección, habrían descubierto en aquella joven, al través de la transparencia de la gracia parisiense, la antigua eufonía sagrada. Aquella hija que la noche tenía su raza. Era bella bajo ambos aspectos, el del estilo y el del ritmo. El estilo es la forma de lo ideal ; el ritmo es el movimiento.

Hemos dicho que Fantina era la alegría ; pero era también el pudor.

Un observador que hubiera estudiado detenidamente lo que se desprendía de ella al través de aquella embriaguez de la edad, de la estación y del amor, hubiera encontrado una expresión invencible de pudor y de modestia. Estaba siempre como un poco asombrada. Este casto asombro era la nube que separaba a Psiquis de Venus. Tenía los dedos blancos, largos y delgados de la vestal que remueve las cenizas del fuego sagrado con un alfiler de oro. Aunque nada había negado a Tholomyes, según veremos más adelante, su rostro en el reposo era soberanamente virginal ; una especie de dignidad grave, casi austera le dominaba en algunos momentos, y era un espectáculo singular y admirable ver aparecer en él rápidamente la alegría, y sucederla el recogi-

miento sin transición. Esta gravedad repentina, rigorosamente marcada muchas veces, parecía el desdén de una diosa. Su frente, su nariz y su barba presentaban el equilibrio lineal, muy distinto del equilibrio de proporción, y del cual resulta la armonía del rostro; en el intervalo tan característico que separa la base de la nariz del labio superior, tenía una curvatura imperceptible y encantadora, signo misterioso de la castidad que hizo a Barbarroja enamorarse de una Diana de las cuevas de Iconia.

El amor es una falta; pero Fantina era la inocencia flotando sobre la falta.

IV

THOLOMYES ESTÁ TAN ALEGRE, QUE CANTA UNA CANCIÓN ESPAÑOLA

Aquel día parecía una aurora continua. La Naturaleza estaba de fiesta, y manifestaba su alegría. Los parterres de Saint-Cloud embalsamaban el aire; el soplo del Sena movía suavemente las hojas; las ramas gesticulaban en el aire; las abejas saqueaban los jazmines; una nube de mariposas se posaba en las hojas de los tréboles y las avenas; el augusto parque del rey de Francia estaba ocupado por un ejército de vagabundos: por los pájaros.

Las cuatro divertidas parejas resplandecían al sol en el campo, entre las flores y los árboles.

En aquella felicidad común, hablando, cantando, corriendo, bailando, persiguiendo a las mariposas, cogiendo campanillas, mojando las botas en las hierbas altas y húmedas, recibían a cada momento los besos de todos, excepto Fantina que permanecía encerrada en su vaga resistencia pensativa y respetable.

—Tú—le decía Favorita—, tú tienes siempre alguna cosa.

Allí estaba el placer. Los pasos de aquellas felices parejas eran un llamamiento a la vida y a la Naturaleza, y hacían salir de todas partes el amor y la luz. Hubo un hada que hizo las praderas y los árboles expresamente para los amantes. Y desde entonces existe esa escuela campestre de los amantes, que principia siempre y que durará mientras haya campo y estudiantes. De aquí proviene la popularidad de la primavera entre los pensadores. El patricio y el plebeyo, el duque y par y el último jornalero, los cortesanos y los villanos, como se decía en otro tiempo, son súbditos de esta fiesta. Todos ríen, todos se buscan; hay en el aire una claridad de apoteosis, una transfiguración: ¡la del amor! Los árboles son dioses. Los gritos, las correrías por la hierba, las hojas cogidas al vuelo, esos ruidos que forman una melodía, esas adoraciones que se descubren en el modo de pronunciar una sílaba; esas cerezas arrancadas de una boca por otra; todo esto brilla y pasa en placeres celestiales. Las jóvenes hacen un gran desperdicio de sí mismas. Esto creemos que no concluirá nunca. Los filósofos, los poetas, los pintores consideran estos éxtasis, y no saben qué hacen; ¡tanto los deslumbran! ¡La partida de Citerea!—exclama Vatteau—; Larncet, el pintor de la plebe, contempla a sus ciudadanos perdidos en el azul; Diderot tiende los brazos a estos amorcillos, y Urfé los confunde con los druidas.

Después del almuerzo las cuatro parejas fueron a ver, en lo que se llamaba entonces el Jardín del Rey, una planta nueva llevada de la India, cuyo nombre no recordamos en este momento, y que en aquella época llevaba a todo París a Saint-Cloud; era un bonito y caprichoso arbolillo de un tallo, cuyas innumerables ramas, delgadas como hilos, enmarañadas y sin hojas, estaban cubiertas de miles de rositas blancas; lo que daba a la planta el aspecto de una cabellera sembrada de flores. Siempre había una multitud que la admiraba.

Después de visto el arbusto—dijo Tholomyes—: ¡os ofrezco unos burros! y ajustándose con un burrero volvieron por Vanvres e Issy. En Issy tuvieron un incidente.

El parque «Bien Nacional», que era propiedad entonces del asentista Bourguin, estaba abierto. Los jóvenes pasaron la verja, visitaron al maniquí anacoreta en su gruta, probaron los misteriosos efectos del famoso gabinete de los espejos, lasciva emboscada digna de un

sátiro millonario, o de Turcaret convertido en Priapo, y sacudieron fuertemente el columpio sujeto a los dos castaños, celebrado por el abate de Bernis. Cuando se columpiaban las jóvenes una tras otra, lo que producía entre risas universales, movimientos de los vestidos que Greuze hubiera deseado contemplar, el tolosano Tholomyes, algo español, porque Tolouse es prima de Tolosa, cantaba en tono melancólico una antigua canción gallega, probablemente inspirada por alguna joven lanzada en una cuenca entre dos árboles :

Al balcón de los ojos
se asoma el alma:
para ver lo que enseñas
amor me llama.

Fantina era la única que se negaba a columpiarse.

—No me gustan esos genios — dijo bastante agriamente Favorita.

Dejaron después los burros, y encontraron una nueva diversión : embarcáronse en el Sena, y desde Passy fueron a pie hasta la barrera de la Estrella. Estaban en pie, según hemos dicho, desde las cinco de la mañana : pero, ¡bah! «nadie se cansa el domingo», decía Favorita : «en domingo no cansa el trabajo». A las tres, las cuatro parejas perdidas de placer, descendían por las montañas rusas, edificio singular que ocupaba entonces las alturas de Beaujou, y cuya línea se descubría serpenteando por encima de los árboles de los Campos Elíseos.

De cuando en cuando, preguntaba Favorita :

—¿Y la sorpresa?

—Paciencia—respondía Tholomyes.

V

EN CASA DE BOMBARDA

Cansados ya de las montañas rusas, habían pensado en comer ; y los ocho algo fatigados habían entrado en la hostería de Bombarda, sucursal que había establecido en los Campos Elíseos aquel famoso Bombarda cuya muestra se veía entonces en la calle de Rívoli, al lado del pasaje Delorme.

Allí entraron en un cuarto grande, pero mal alhajado, con alcoba y cama en el fondo (tuvieron que aceptar este rincón por estar la hostería llena), dos ventanas, desde donde se descubrían, al través de los olmos, el muelle y el río, y por donde entraba un magnífico sol de agosto ; dos mesas, en una de las cuales había una montaña de ramilletes mezclados con sombreros de hombre y de mujer, y en la otra las cuatro parejas sentadas alrededor de un monton de platos, bandejas, vasos y botellas, frascos de cerveza y de vino ; poco orden en la mesa, y algún desorden debajo :

Los pies bajo la mesa, sin reposo,
armaban un estrépito espantoso

dice Molière.

Allí, pues, estaba a las cuatro y media de la tarde la broma que había empezado a las cinco de la mañana. El sol declinaba, y el apetito se extinguía.

Los Campos Elíseos, cubiertos de sol y de gente, no eran más que luz y polvo, dos cosas que componen la gloria. Los caballos de Marly, mármoles que relinchaban, hacían sus cabriolas en una nube de oro. Los coches iban y venían. Un escuadrón de guardias de corps, con el clarín a la cabeza, bajaba por la alameda de Neuilly ; la bandera blanca, rosada vagamente por el sol poniente, flotaba en la torre de las Tullerías. La plaza de la Concordia, llamada entonces de Luis XV, rebosaba de paseantes. Muchos llevaban la flor de lis de plata suspendida de una cinta blanca de aguas, que en 1817 todavía no había desaparecido de las botonaduras. En varios puntos, y en medio de los paseantes que formaban círculo y aplaudían, había corros de niñas que tiraban al aire una pelota borbónica, célebre entonces, destinada a anatematizar los Cien Días, y que tenía por estribillo :

Devolvednos nuestro padre
el de Gante,
Devolvednos nuestro padre.

Gran número de habitantes de los arrabales con sus trajes de fiesta, y aun también con flores de lis como los ciudadanos, en el gran cuadro y en el cuadro Marigny, jugaban a la sortija, y

daban vueltas, en los caballos de madera : otros bebían ; algunos aprendices de cajista llevaban gorras de papel, y se oían sus risas. Todo estaba hermoso. Era aquel un tiempo de paz incontestable y de profunda seguridad realista ; era la época en que el prefecto de policía Anglés terminaba un informe reservado al Rey acerca de los arrabales de París con las siguientes palabras : «Bien considerado todo, señor, no hay nada que temer de esta gente. Son descuidados e indolentes como gatos. El pueblo bajo de las provincias es inquieto ; pero el de París no lo es. Estos son unos hombres muy pequeños, señor ; sería necesario poner dos de ellos uno sobre otro para hacer uno de vuestros granaderos. No hay temor ninguno por parte del populacho de la capital. Es muy notable que hasta la estatura haya decrecido en cincuenta años : el pueblo de los arrabales de París tiene menos estatura que antes de la Revolución. No es temible. En fin, es una buena canalla.»

Los prefectos de policía no creían que un gato pudiese convertirse en león ; pero éste es el milagro del pueblo de París. El gato por otra parte tan despreciado del conde Anglés, era muy estimado de las Repúblicas antiguas : tanto que encarnaba a sus ojos la libertad, y así, para servir de contrapeso a la Minerva áptera del Pireo, había en la plaza pública de Corinto el coloso de bronce de un gato. La inocente policía de la Restauración creía muy «bueno» al pueblo de París. No es, sin embargo, tan buena «canalla» como se creía. El parisiense es al francés lo que el ateniense al griego ; nadie duerme mejor que él : nadie es más francamente frívolo, ni más perezoso ; nadie tiene aspecto más olvidadizo ; pero no hay que fiarse. Es dejado ; pero, cuando tiene en frente la gloria, es admirable en su furia. Dadle una pica y tendréis el 10 de Agosto ; dadle un fusil, y tendréis un Austerlitz. Es el punto de apoyo de Napoleón, y el recurso de Danton. ¿Se trata de la patria? Se alista. ¿Se trata de la libertad? Levanta barricadas. ¡Cuidado! Sus cabellos encolerizados son capaces de la epopeya : su blusa se convierte en clámide.

Mucho cuidado. De la primera calle Grenelat que encuentre hará unas horcas. Y cuando suena la hora, este hombre tan pequeño crece, se levanta, mira de un modo terrible, y su aliento es una tempestad ; de su delgado pecho sale un viento bastante fuerte para deshacer las arrugas de los Alpes. Y gracias al habitante de París, la revolución que lo mezcla en el ejército conquista Europa. Canta : este es su placer. Dadle una canción proporcionada a su naturaleza, y veréis. Cuando no tiene más canción que la carmañola, no hace más que derribar a Luis XVI ; hacedle cantar la Marsellesa y libertará al mundo.

Después de escribir esta nota al margen del informe del conde Anglés, volvamos a nuestras cuatro parejas. La comida, como hemos dicho, iba concluyendo.

VI

EL AMOR DE FAVORITA

Palabras de sobremesa y palabras de amor : tan difíciles son de coger unas como otras. Las palabras de amor son llamaradas : las palabras de sobremesa son humo.

Fameuil y Dalia murmuraban una canción ; Tholomyes bebía ; Zefina ría ; Fantina se sonreía ; Listolier tocaba una trompetilla de madera comprada en Saint-Cloud. Favorita miraba tiernamente a Blachevelle y decía :

—Blachevelle, te adoro.

Esto produjo una pregunta de Blachevelle.

—¿Qué es lo que harías, Favorita, si dejara de amarte?

—¡Yo!—exclamó Favorita—. ¡Bah! no digas eso, ni aun en broma. Si dejaras de amarme, me tiraría a ti, te arañaría, te arrancaría los ojos, te daría un baño y te haría prender.

Blachevelle sonrió con la voluptuosa fatuidad de un hombre halagado en su amor propio.

Favorita continuó :

—¡Sí, gritaría, llamaría a la guardia! ¡Oh! ¡no me cortaría por eso, bribón!

Blachevelle, extasiado, se recostó en la silla y cerró orgullosamente ambos ojos.

Dalia, sin dejar de comer, decía por lo bajo a Favorita, en medio del tumulto:

—¿Tanto idolatras a tu Blachevelle?

—¡Yo! lo detesto—respondió Favorita en el mismo tono, volviendo a coger su tenedor—. Es avaro. El que me gusta es el pequeñito de enfrente de mi casa. Es muy guapo aquel joven, ¿lo conoces? Por las trazas debe de ser actor. Me gustan los actores. En cuanto entra en su casa, dice su madre: ¡Ay Dios mío! ya perdí la tranquilidad. Ahora va a gritar: ¿pero no ves que tus chillidos me vuelven loca? Porque en cuanto vuelve a casa, en el desván, en las boardillas, adondequiera que puede subir, allí se encarama y empieza a declamar, y a cantar y a gesticular, pero tan fuerte, que se le oye desde una legua. Gana veinte sueldos al día en casa de un procurador, copiando autos y pedimentos. Es hijo de un antiguo sochantre de Saint-Jaques-du-Haut-Pas. Está muy bien. ¡Vaya! Me idolatra hasta un punto, que el otro día al verme hacer un poco de almidón para unos rizados, me dijo: «Señorita: haga usted buñuelos con sus guantes y soy capaz de comérmelos». Sólo a los artistas se les ocurren cosas como éstas. ¡Ah! está muy bien, y yo creo que voy a enloquecer por ese chico. Sin embargo, digo a Blachevelle que lo adoro. ¡Cómo miento! ¿eh? ¡cómo miento!

Favorita hizo una pausa, y continuó:

—Dalia, ¿lo creerás? estoy triste. Todo el verano ha estado lloviendo: el viento me encoleriza, me irrita los nervios. Blachevelle es muy roñoso; apenas hay guisantes en el mercado; no sé qué comer: tengo «spleen», como dicen los ingleses; ¡está tan cara la manteca! y luego, ya ves, es un horror esto: ¡comer en un cuarto donde hay una cama! Es cosa de aborrecer la vida.

VII

SABIDURÍA DE THOLOMYES

Viendo que unos hablaban y otros cantaban tumultuosamente, y todos juntos metían ruido, Tholomyes intervino.

—No hablemos así por hablar, ni con demasiada viveza—exclamó—. Si queremos deslumbrar, meditemos. Quien mucho abarca, poco aprieta. Señores, nada de prisa. Démole majestad a nuestra francachela. Comamos con recogimiento. «Festina lente». No nos apresuremos. Ved lo que le pasa a la primavera; se adelanta y todo se pierde: todo se hiela. El exceso de celo pierde los albérchigos y los albaricoques. El exceso de celo mata la gracia y la alegría de los festines. Nada de celo, señores. Grimaud de la Reynière es del parecer de Talleyrand.

Una sorda rebelión agitó al grupo.

—Tholomyes, déjanos en paz—dijo Blachevelle.

—Abajo el tirano—exclamó Fameuil.

—Bombarda, Bombance y Bambocho—gritó Listolier.

—El domingo existe—repitió Fameuil.

—Nosotros somos sobrios—añadió Listolier.

—Tholomyes—dijo Blachevelle—, contempla mi calma.

—Tú eres el marqués de ese título—respondió Tholomyes.

Este equívoco de mediano gusto produjo el efecto de una piedra arrojada a un charco. El marqués de Montcalm era un realista entonces célebre (1). Todas las ranas se callaron.

—Amigos—continuó Tholomyes con el acento de un hombre que recobra el imperio—, reponeos. No hay que acoger con tanto estupor ese equívoco llovido del cielo. No todo lo que de ese modo cae, es necesariamente digno de entusiasmo y de respeto. El equívoco es la secreción del talento que vuela: la secreción cae en cualquier parte; y el talento, después de haber segregado una necedad, se remonta y se pierde en el azul claro del cielo. Una materia blanquecina que cae y se aplasta sobre una roca no impide al cóndor que siga volando. Lejos de mí la idea de insultar al equívoco. Le respeto en proporción de sus méritos; nada más. Las personas más augustas, más sublimes y mejores

(1) El equívoco consiste en que mi calma se dice en francés *mon calme*, y se pronuncia como Montcalm.

de la humanidad, y aun fuera de la humanidad, se han entretenido en hacer juegos de palabras. Jesucristo hizo uno acerca de San Pedro : Moisés acerca de Isaac ; Esquilo acerca de Polince ; Cleopatra acerca de Octavio. Y notad, que este equívoco de Cleopatra precedió a la batalla de Accio, y que sin él nadie se acordaría de la ciudad de Toryne, nombre griego que significa cucharón. Concedido esto, vuelvo a mi exhortación. Hermanos míos, lo repito : nada de celo, nada de barullo, nada de excesos, ni aun en chistes, juegos de palabras y demás. Escuchadme : yo tengo la prudencia de Anfiarao, y la calvicie de César. Es preciso un límite hasta a los jeroglíficos. «Est modus in rebus» (1). Es preciso un límite aun a las comedias. Señoras mías, os gustan con exceso las tortas de manzanas : no abuséis. Aun en esto de tortas debe haber arte y buen sentido. La glotonería castiga al glotón. Gula castigó a Gulax. Las indigestiones están encargadas por Dios de moralizar los estómagos. No olvidéis esto : cada una de nuestras pasiones, aun el amor, tiene un estómago que es menester no rellenar demasiado. En todo es preciso escribir a tiempo la palabra «finis» : cuando urja es necesario contenerse, echar el cerrojo al apetito ; llevar a la prevención la fantasía, y encerrarse uno mismo en el cuerpo de guardia. El hombre sabio es aquel que en un momento dado sabe contenerse. Confiad en mí. Porque yo haya estudiado un poco de leyes, según dicen mis exámenes ; porque sepa la diferencia que hay entre la cuestión promovida y la cuestión pendiente ; porque haya sostenido en latín una tesis sobre la manera con que se daba tormento en Roma en tiempo en que Manatius Demens era cuestor del Parricida ; porque, a lo que parece, voy a ser doctor, no se sigue de aquí necesariamente que yo sea un imbécil. Os recomiendo la moderación en los deseos. Tan cierto como que me llamo Félix Tholomyes, que hablo en razón. Dichoso aquel que, cuando la hora ha sonado, toma un partido heroico, y abdica como Sila o como Orígenes.

Favorita escuchaba con profunda atención.

—¡ Félix !—dijo— ; ¡ qué bonita palabra ! Me gusta ese nombre. Debe ser latino, y querrá decir lo mismo que Próspero.

Tholomyes prosiguió :

—Quirites, gentlemen, caballeros, amigos míos : ¿queréis no sentir ningún aguijón, olvidaros del lecho nupcial, y desafiar al amor? Nada más sencillo. Ved aquí la receta : limonada, mucho ejercicio, trabajo forzoso : descrismaos ; arrancad piedras, no durmáis, velad : tomad gran cantidad de bebidas nitrosas y de tisanas de ninfeas : saboread emulsiones de adormideras y de agnocasto : sazonad todo esto con una dieta severa : reventad de hambre : añadid baños fríos, cinturones y hierbajos, la aplicación de una placa de plomo, lociones con el licor de Saturno, y fomentos con el oxicrato.

—Prefiero una mujer — dijo Listolier.

—¡ La mujer !—replicó Tholomyes— ; desconfiad de ella. Desgraciado del que se entrega al corazón cambiante de una mujer. ¡ La mujer es pérfida y tortuosa ! Detesta a la serpiente por celos del oficio ; la serpiente es para la mujer, lo que la tienda de enfrente para el tendero.

—Tholomyes — gritó Blachevelle—, estás borracho.

—¡ Pardiez !—dijo Tholomyes.

—Pues ponte alegre—replicó Blachevelle.

Y llenando su vaso se levantó.

—¡ Gloria al vino ! «¡ Nunc te Bacche canam !» Perdonad, señoritas, esto es español. Y la prueba, señores, vedla aquí : tal pueblo, tal tonel. La arroba de Castilla tiene diez y seis litros : el cántaro de Alicante, doce ; el almud de Canarias, veinticinco ; el cuartal de las Baleares, veintiséis ; la bota del czar Pedro, treinta. ¡ Viva este Czar que era grande, y viva su bota que es más grande todavía ! Señoras, un consejo de amigo : si os parece bien, tomad un vecino por otro : lo natural del amor es equivocarse. La enamorada no está he-

(1) En francés se llama *rebus* lo que en lenguaje periodístico llamamos jeroglífico.

cha para acurrucarse y embrutecerse como una criada inglesa que cría caballos en las rodillas. No está hecha para eso; la dulce enamorada debe errar alegremente. Se ha dicho: humano es el error: yo digo que el error es un amante. Señoras, os idolatro a todas. ¡Oh, Zefina! ¡Oh, Josefina, figura más que fachada, seríais encantadora si no os viera de perfil! Tenéis el aspecto de una cara muy bonita, sobre la cual se han sentado por equivocación. En cuanto a Favorita, ¡oh, ninfas y musas! Un día que Blachevelle pasaba el arroyo de la calle Guerin Boisseau, vió una joven de medias blancas y muy estiradas que enseñaba las pantorrillas. Este prólogo le agradó, y Blachevelle amó. La que amaba era Favorita ¡Oh, Favorita, tú tienes los labios jónicos! Había un pintor griego llamado Euforion, al cual apellidaron el pintor de labios. Sólo aquel griego hubiese sido digno de pintar tu boca. Escucha, antes que tú no había criatura digna de este nombre. Tú estás hecha para recibir la manzana como Venus, o para comerla como Eva. La belleza comienza en ti. Acabo de mentar a Eva: tú eres quien la has creado. Tú mereces el privilegio de invención de la mujer bonita. ¡Oh, Favorita, dejo de tutearos porque paso de la poesía a la prosa! Hablabais de mi nombre ahora poco: esto me ha enternecido; pero seamos lo que queramos, desconfiemos de nuestros nombres. Pueden engañarse: yo me llamo Félix y no soy feliz. Las palabras son engañadoras. No aceptemos ciegamente las indicaciones que nos hacen. Sería un error escribir a Lieja para tener tapones y a Pau para tener guantes. Miss Dalia, yo en vuestro lugar me llamaría Rosa. Es preciso que la flor huela bien, y que la mujer tenga talento. Nada digo de Fantina; es una soñadora, una delirante, una pasionaria, una sensitiva: es un fantasma en forma de ninfa, y con el pudor de una monja, que se extravía en la vida de griseta, pero que se refugia en las ilusiones; que canta, que ora, que mira al cielo, tal vez sin saber lo que ve ni lo que hace, y que con la vista en la inmensidad, vaga por un jardín, donde hay más pájaros que existir pueden. ¡Oh, Fantina! sabe bien esto: yo, Tholomyes, soy una ilusión; pero no me oye la rubia hija de las quimeras. Por lo demás, todo en ella es frescura, suavidad, juventud, dulce y matinal claridad. ¡Oh, Fantina, muchacha digna de llamaros Margarita o Perla; sois una mujer del más bello oriente! Señoras, un segundo consejo: no os caséis. El matrimonio es un injerto: en unos prende bien y en otros mal. Huíd de este riesgo. Pero, ¡bah! ¿qué les estoy diciendo? Mis palabras son perdidas. Las mujeres en punto a matrimonio son incurables; y todo cuanto podamos decir los sabios no impedirá que las chalequeras y ribeteadoras sigan soñando con maridos ricos y llenos de diamantes. Pero, en fin, sea; hermosas mías, recordad lo que os voy a decir: coméis demasiado azúcar. Sólo una falta tenéis ¡oh mujeres! la de rumiar siempre azúcar. ¡Ah sexo roedor, tus lindos, pequeños y blancos dientes adoran el azúcar! Pero sabed que el azúcar es una sal. Toda la sal es secante. La más secante de todas las sales es el azúcar. Absorbe al través de las venas los líquidos de la sangre: de aquí la coagulación; después la solidificación de la sangre; de aquí los tubérculos en el pulmón; de aquí la muerte. Por esto es por lo que la diabetes confina con la tisis. ¡Conque no comáis azúcar y viviréis! Me dirijo ahora a los hombres: señores, haced conquistas. Robaos los unos a los otros sin remordimiento vuestras queridas: cambiad de parejas unos con otros. En amor no hay amigos. Dondequiera que hay una mujer bonita, están abiertas las hostilidades. Nada de cuartel: guerra de exterminio. Una mujer bonita es un «casus belli»; una mujer hermosa es delito flagrante. Todas las invasiones de la historia están determinadas y señaladas por mujeres. La mujer es el derecho del hombre. Rómulo robó las sabinas; Guillermo robó las sajonas; César robó las romanas. El hombre que no es amado se cierne como un buitre sobre los amores del prójimo. Por lo que a mí hace, a todos esos infortunados que están viudos les

dirijo la sublime proclama de Bonaparte al ejército de Italia: «Soldados, carecéis de todo. El enemigo lo tiene».

Tholomyes se detuvo.

—Escupe, Tholomyes—dijo Blachevelle.

Al mismo tiempo, éste, acompañado de Listolier y de Fameuil, entonó con la música de una canción lastimera, uno de esos cánticos de taller, compuesto de las primeras palabras que por la imaginación se ocurren, medio rimados, medio sin rimar, vacíos de sentido, como el movimiento de un árbol o el ruido del viento, que nacen del vapor de las pipas, y se disipan y desvanecen como el humo que las mismas arrojan.

No era un cántico de esa suerte lo más a propósito para calmar la improvisación de Tholomyes: vació su vaso, lo llenó de nuevo, y volvió a comenzar:

—¡Abajo la sabiduría! Olvidad todo cuanto he dicho. No seamos ni hombres de pudor, ni de prudencia, ni de pro. ¡Brindo a la alegría! Alegrémonos. Completemos nuestros cursos de Derecho con la locura y la comida. Indigestión y Digesto. ¡Que Justiniano sea el macho, y que Francachela sea la hembra! ¡Gozo en los abismos! Rueda, ¡oh creación! El mundo es un gran diamante. Yo soy dichoso. Los pájaros son admirables. ¡Qué fiesta tan general! El ruiseñor es un Farinelli gratis. ¡Estío, yo te saludo! ¡Oh, Luxemburgo! ¡Oh, Geórgicas de la calle Madame y de la alameda del Observatorio! Oh, estudiantes meditabundos! ¡Oh, encantadoras niñeras, que mientras cuidáis los niños, os divertís en bosquejar otros! Las pampas de América me agradarían, si no tuviese a mi disposición las bóvedas del Odeón. Mi alma vuela hacia los bosques vírgenes y hacia las sabanas. ¡Todo es bello! Las moscas zumban revoloteando en torno a los rayos del sol. De un estornudo del sol ha nacido el colibrí. Abrázame, Fantina.

Se equivocó, y abrazó a Favorita.

VIII

MUERTE DE UN CABALLO

—Se come mejor en casa de Edon que en casa de Bombarda—exclamó Zefina.

—Yo prefiero Bombarda a Edon—declaró Blachevelle—. Este tiene más lujo: es más asiático. Ved, si no, la habitación de abajo; tiene espejos en las paredes (1).

—A mí me gustan más en el plato—dijo Favorita.

Blachevelle insistió:

—Mirad los cuchillos: los mangos son de plata en casa de Bombarda, y de hueso en casa de Edon. Ahora bien, la plata es cosa mucho más preciosa que el hueso.

—Excepto para los que tienen una barba de plata—observó Tholomyes.

En este momento miraba la cúpula de los Inválidos, visible desde las ventanas de Bombarda.

Hubo una pausa.

—Tholomyes—gritó Fameuil—, hace poco Listolier y yo teníamos una disputa.

—Disputar es bueno—respondió Tholomyes—, pero reñir es mejor.

—Disputábamos sobre filosofía.

—¿Y bien?

—¿A quién prefieres tú, a Descartes o a Spinoza?

—A Desangiers—dijo Tholomyes.

Dictada esta sentencia, bebió y continuó:

—¡Consiento en vivir! Todo no ha concluído en la tierra, pues que todavía se puede disparatar. Doy por ello gracias a los dioses inmortales. Se miente, pero se ríe. Se afirma, pero se duda. Lo inesperado brota del silogismo. Esto es bello. Hay también aquí abajo, seres que saben alegremente abrir y cerrar la caja de sorpresas de la paradoja. Esto, señoras, que bebéis tan tranquilamente, es vino de Madera, sabedlo, de la cosecha del Corral de Freiras, que se halla a trescientas diez y siete toesas sobre el nivel del mar. ¡Atención al beber! ¡Trescientas diez y siete toesas! y el señor Bombarda, el magnífico fondista, os da esas trescientas diez y siete toesas por cuatro francos y cincuenta céntimos.

Fameuil le interrumpió de nuevo:

---

(1) En francés espejo y sorbete se designan con la misma palabra *glace*. De aquí el equívoco intraducible que hay en esta frase y la réplica siguiente.

—Tholomyes, tus opiniones son ley. ¿Cuál es tu autor favorito?

—Ber...

—¿Quin?

—No, Choux.

Y Tholomyes prosiguió:

—¡Honor a Bombarda! Igualaría a Munofis de Elefanta si pudiera cogerme una almeja, y a Tigelion de Queronea si pudiera traerme una hetera. Porque, señoras, también en Grecia y en Egipto había Bombardas. Apuleyo nos lo cuenta. ¡Ay! siempre las mismas cosas y nada nuevo. Nada inédito en la creación del Creador. «Nihil sub sole novum», dijo Salomón; «amor omnibus idem», dijo Virgilio; y Carabina se embarca con Carabin en la galeota de Saint-Cloud, como Aspasia se embarcaba con Pericles en la escuadra de Samos. Una postrer palabra: ¿Sabéis lo que era Aspasia, señoras? Aunque vivió en un tiempo en que las mujeres no tenían todavía alma, un alma de color de rosa y púrpura, más abrasada que el fuego, más fresca que la aurora, Aspasia era una criatura, en la cual se tocaban los dos extremos de la mujer; era la prostituta diosa. Sócrates, y además Manon Lescaut. Aspasia fué creada para el caso de que a Prometeo le hiciese falta un molde.

Una vez lanzado Tholomyes, difícilmente se hubiera detenido, a no haber caído un caballo en la calle, en aquel momento mismo. Al choque paráronse la carreta que aquél arrastraba y el orador. Era el animal una yegua vieja y flaca, digna del matadero, que arrastraba una carreta muy pesada. Al llegar delante de la casa de Bombarda, la bestia, agotadas las fuerzas, se había negado a dar un paso más. Este incidente había atraído gente. Apenas el carretero indignado, jurando y perjurando, había tenido tiempo de pronunciar con la conveniente energía la palabra sacramental «¡arre!» acompañada de un implacable palo, la yegua cayó para no volver a levantarse. Al ruido de la gente, los alegres oyentes de Tholomyes volvieron la cabeza, y éste se aprovechó de la ocasión para terminar su discurso con esta melancólica estrofa:

Ella era de este mundo, en que coches y carros tienen igual destino.

—¡Pobre caballo!—suspiró Fantina.

Y Dalia exclamó:

—¿A que Fantina va a compadecerse de los caballos? Vaya si es menester ser tonta de remate para eso.

En aquel momento Favorita, cruzando los brazos, echando la cabeza hacia atrás, miró resueltamente a Tholomyes y le dijo:

—Pero, ¿y la sorpresa?

—Justamente, ha llegado el momento—respondió Tholomyes—. Señores, la hora de sorprender a estas damas ha sonado. Señoras, esperadnos un momento.

—La sorpresa empieza por un beso—dijo Blachevelle.

—En la frente—añadió Tholomyes.

Cada uno depositó gravemente un beso en la frente de su querida: después se dirigieron hacia la puerta todos cuatro en fila, con el dedo puesto sobre la boca.

Favorita aplaudió al verlos salir.

—¡Qué divertido es!—dijo.

—No tardéis mucho—murmuró Fantina—, os esperamos.

IX

ALEGRE FIN DE LA ALEGRÍA

Una vez solas las jóvenes se echaron de pecho, dos a dos, en cada ventana, charlando, sacando fuera las cabezas, y hablándose de una ventana a otra.

Vieron a los jóvenes salir del brazo de casa de Bombarda; los cuatro se volvieron, hiciéronles varias señas riéndose y desaparecieron en aquella polvorienta muchedumbre que invade semanalmente los Campos Elíseos.

—¡No tardéis mucho!—gritó Fantina.

—¿Qué nos traerán?—dijo Zefina.

—De seguro que será una cosa bonita—dijo Dalia.

—Yo quiero que sea de oro—replicó Favorita.

Muy pronto se distrajeron con el movimiento y la gente que cruzaba, y que se veía por entre las ramas de los gran-

des árboles. Era la hora de salida de los correos y diligencias. Casi todas las mensajerías del Mediodía y del Oeste pasaban entonces por los Campos Elíseos. La mayor parte seguían el muelle, y salían por la barrera de Passy. De minuto en minuto algún gran carruaje pintado de amarillo y negro, pesadamente cargado, con ruidoso atalaje, disforme a fuerza de baúles, maletas, bacas y cajones, lleno de cabezas que en seguida desaparecían, haciendo añicos el empedrado, cruzaba a través del gentío, sacando chispas del pedernal como una fragua, con el polvo por humo, y cierto aire de furia. Aquel estrépito alegraba a las jóvenes.

Favorita exclamó:

—¡Qué tumulto! Parece que arrastran montañas de cadenas.

Sucedió que uno de estos carruajes, que se distinguía no muy fácilmente al través de los árboles, se paró un momento, y luego volvió a marchar al galope. Esto chocó a Fantina.

—Es particular—dijo—; yo creía que la diligencia no se paraba nunca.

Favorita se encogió de hombros.

—Esta Fantina es sorprendente. Yo voy a verla por curiosidad. Las cosas más sencillas la deslumbran. Una suposición: yo soy un viajero y digo a la diligencia: voy delante; subiré cuando paséis por el muelle. La diligencia llega, me ve, se detiene, y subo. Esto sucede todos los días. Tú no conoces la vida, querida.

Pasó algún tiempo. De pronto Favorita hizo un movimiento como quien se despierta.

—¡Ah!—dijo—, ¿y la sorpresa?

—Es verdad—añadió Dalia—: ¿y la famosa sorpresa?

—¡Cuánto tardan!—dijo Fantina.

Cuando Fantina acababa más bien de suspirar que de decir esto, el camarero que les había servido la comida entró. Llevaba en la mano algo que se parecía a una carta.

—¿Qué es eso?—preguntó Favorita.

El camarero respondió:

—Es un papel que esos señores han dejado abajo para estas señoritas.

—¿Por qué no lo habéis traído antes?

—Porque esos señores—añadió el camarero—, mandaron que no se os entregara hasta pasada una hora.

Favorita arrancó el papel de manos del camarero. Era una carta en efecto.

—¡Calla!—dijo—: en lugar de la dirección han escrito:

ESTA ES LA SORPRESA

Rompió vivamente el sobre, abrió la carta y leyó (sabía leer).

«¡Oh, amadas nuestras!

»Sabed que tenemos padres: vosotras no entenderéis muy bien qué es esto de padres. Así se llaman el padre y la madre en el Código civil, pueril y honrado. Ahora bien, estos padres lloran; estos ancianos nos reclaman; estos buenos hombres y estas buenas mujeres nos llaman hijos pródigos, desean nuestra vuelta, y nos ofrecen hacer sacrificios. Somos virtuosos y los obedecemos. A la hora en que leáis esto, cinco fogosos caballos nos arrastran hacia nuestros papás y nuestras mamás. Levantamos el campo, como dice Bossuet. Partimos; hemos partido. Huímos en brazos de Lafitte y en alas de Caillard. La diligencia de Tolosa nos arranca del borde del abismo; el abismo sois vosotras, ¡oh, nuestras bellas amantes! Entramos de nuevo en la sociedad, en el deber, y en el orden, al gran trote, a razón de tres leguas por hora. Importa a la patria que seamos como todo el mundo, prefectos, padres de familia, guardas campestres y consejeros de Estado. Veneradnos: nos sacrificamos. Lloradnos rápidamente, y reemplazadnos pronto. Si esta carta os produce pena, rompedla. Adiós.

»Durante dos años os hemos hecho dichosas: no nos guardéis, pues, rencor.

»Firmado—»Blachevelle.
»Fameuil.
»Listolier.
»Félix Tholomyes.

»Post-scriptum». La comida está pagada.»

Las cuatro jóvenes se miraron.

Favorita fué la primera que rompió el silencio.

—¡ Y bien ! — exclamó— ; lo mismo da : es una buena broma.

—Es muy graciosa.

—Quien la ha ideado debe de ser Blachevalle—replicó Favorita—. Esto hace que lo vuelva a querer. Tan pronto ido, tan pronto amado. Esta es la historia.

—No—dijo Dalia—, esta idea es de Tholomyes ; se conoce a la legua.

—En ese caso — dijo Favorita—, ¡ muera Blachevelle y viva Tholomyes !

—¡ Viva Tholomyes !—gritaron Dalia y Zefina.

Y rompieron a reír.

Fantina soltó también la risa como las demás.

Una hora después, cuando estuvo ya en su cuarto, lloró. Era, ya lo hemos dicho, su primer amor. Se había entregado sin reserva a Tholomyes como a un marido, ¡ y la pobre joven era madre !

LIBRO CUARTO

Confiar es a veces entregar.

I

UNA MADRE QUE SE ENCUENTRA CON OTRA

En el primer cuarto de este siglo había en Montfermeil, cerca de París, una especie de figón que ya no existe. Este figón, a cargo de unas personas llamadas Thenardier, que eran marido y mujer, se hallaba situado en un callejón titulado del «Boulanger». Por cima de la puerta se veía una tabla clavada descuidadamente en la pared, en la cual se hallaba pintado algo que en cierto modo se asemejaba a un hombre que llevase a cuestas a otro hombre con grandes charreteras de general, doradas, y grandes estrellas plateadas ; unas manchas rojas querían figurar la sangre ; el resto del cuadro era todo humo, y representaba una batalla. Debajo del cuadro se leía esta inscripción. «Mesón del Sargento de Waterloo».

Nada más frecuente que ver un carro o una carreta a la puerta de una taberna ; pero, esto no obstante, el vehículo, o mejor dicho, el fragmento de vehículo que obstruía la calle delante del figón del Sargento de Waterloo, una tarde de la primavera de 1818, hubiese ciertamente llamado la atención, por su masa, de cualquier pintor que lo hubiera visto.

Era la parte delantera de uno de esos carretones que se usan en los países montuosos, y que sirven para cargar maderas y troncos de árboles. Componíase de un eje macizo de hierro, en el cual encajaba un pesado timón, y que estaba sostenido por dos ruedas desmesuradas. Todo el conjunto era amazacotado, pesado y deforme, como hubiera podido ser el afuste de un cañón gigante. Los caminos habían dado a las ruedas, a las llantas, a los cubos, al ejo y al timón de aquel armatoste, una capa de lodo, sucio y amarillento estucado, muy parecido al que de buena voluntad se emplea para adornar las catedrales. La madera desaparecía bajo el barro, y el hierro bajo el moho. Debajo del eje colgaba una gruesa cadena digna de un Goliat forzado. Aquella cadena hacía obedecer, no ya a la viga que estaba destinada a conducir, sino a los mastodontes y mamuthes que hubiera podido arrastrar ; tenía cierto aspecto de objeto de presidio, pero de un presidio ciclópeo y sobrehumano, y parecía como desligada de algún monstruo. Homero hubiese amarrado con ella a Polifemo, y Shakspeare a Caliban.

¿Por qué aquella desmesurada carreta ocupaba aquel sitio en la calle? Lo primero para obstruírla, y lo segundo para que se acabara de enmohecer. En el viejo orden social hay también una porción de instituciones que ocupan del mismo modo la vía pública, y que tampoco tienen otras razones para estar en ella.

El centro de la cadena colgaba debajo muy próximo al suelo, y en su medio, como sobre la cuerda de un columpio, estaban sentadas y agrupadas aquella tarde, en una unión perfecta, dos tiernas niñas, la una como de dos años y medio, la otra como de diez y ocho meses, la más pequeña en los brazos de la mayor. Un pañuelo prudentemente atado impedía que se cayesen. Una madre había visto aquella espantosa cadena y

había dicho: «Buen entretenimiento para mis niñas».

Por lo demás, las dos niñas, graciosamente ataviadas, hasta con cierto cuidado, brillaban, por decirlo así; parecían dos rosas entre el hierro viejo; sus ojos eran un triunfo, sus frescas mejillas sonreían; una de las niñas era rubia-castaña, la otra morena; sus inocentes rostros eran dos admiraciones encantadoras; un espino florido que había cerca enviaba a los transeuntes, perfumes que parecía provenían de ellas; la de diez y ocho meses enseñaba su lindo vientre desnudo con la casta indecencia de la infancia. Por encima y alrededor de aquellas cabezas delicadas, sumidas en la felicidad e inundadas de luz, la gigantesca carreta, negra por el orín, casi terrible, toda llena de nudos y de feos ángulos, se redondeaba como la boca de una caverna. A la distancia de algunos pasos, acurrucada en el umbral del figón, la madre, mujer de poco agradable aspecto, pero interesante en aquel momento, columpiaba a las dos niñas por medio de una larga cuerda, protegiéndolas con su mirada, temerosa de un accidente, con esa expresión animal y celeste, propia de la maternidad. A cada vaivén, los horribles anillos despedían un sonido estridente que parecía un grito de cólera; las niñas se extasiaban, el sol poniente participaba de aquella alegría, y nada tan hermoso como el capricho del azar que había hecho de una cadena de titanes un columpio de querubines.

Al mismo tiempo que mecía a sus hijas, la madre, con voz de falsete, entonaba una canción entonces célebre:

Preciso es, decía un guerrero...

Su canción y la contemplación de sus niñas la impedían ver y oír lo que pasaba en la calle.

Esto no obstante, una persona se la había ido aproximando cuando empezaba la primera estrofa de su canción, y de improviso oyó una voz que decía muy cerca de su oído:

—Tenéis dos hermosas niñas, señora.

—A su adorada Imogina,

—respondió la madre continuando su canción y volviendo después la cabeza.

Hallábase a algunos pasos delante de ella una mujer, la cual llevaba también en sus brazos una niña.

Además llevaba un abultado saco de noche que parecía muy pesado.

La hija de aquella mujer era uno de los seres más hermosos que pueden verse. Era una niña de dos a tres años. Por la coquetería de su adorno hubiera podido competir con las otras niñas; tenía una gorrita de lienzo fino, cintas en la chambra, y además lazos en la gorra. El pliegue de su falda levantada dejaba ver un muslo blanco, apretado y firme. Era admirablemente sonrosada y bien hecha. La hermosa niña inspiraba el deseo de morder en las manzanas de sus mejillas. De sus ojos nada podía decirse, sino que debían de ser grandísimos, y que tenían magníficas pestañas. Estaba dormida.

Dormía con ese sueño de absoluta confianza propio de su edad. Los brazos de las madres son hechos de ternura; los niños duermen en ellos profundamente.

En cuanto a la madre, era pobre y triste su aspecto. Tenía el traje de una obrera que tiende a convertirse en aldeana. Era joven; acaso hermosa, pero con aquel traje no lo parecía. Sus cabellos, de los cuales se descubría un mechón rubio, parecían muy espesos; pero se ocultaban severamente bajo una gorra de beata, fea, estrecha, apretada y sujeta debajo de la barba. Cuando se tienen buenos dientes, la risa los pone de manifiesto; pero aquella mujer no se reía. Sus ojos parecían secos desde hacía mucho tiempo. Estaba pálida, tenía aspecto cansado y algo enfermizo; miraba a su niña dormida en sus brazos con ese aire particular de la madre que ha criado a su hijo. Un ancho pañuelo azul parecido a los que usan los inválidos, doblado en forma de pañoleta, ocultaba pesadamente su talle. Tenía las manos ásperas y salpicadas de manchas rojizas, el índice endurecido y agrietado por la aguja, una manta negra de lana tosca, y gruesos zapatos. Era Fantina.

Tal era Fantina: con dificultad se la

conocía; sin embargo, al examinarla atentamente, se descubría siempre su hermosura. Un pliegue triste, que parecía un principio de ironía, arrugaba su mejilla derecha. Por lo que hace a su traje, aquel traje aéreo de muselina y de cintas que parecía hecho de la alegría, de la locura y de la música, lleno de cascabeles y perfumado de lilas, se había desvanecido, como la bella escarcha que se finge diamantes a la luz del sol, pero que, al deshacerse, deja enteramente negra la rama en que se posaba.

Diez meses habían transcurrido desde la «famosa sorpresa».

¿Qué había sucedido durante estos diez meses? Fácil es adivinarlo.

Después del abandono, la miseria: Fantina había perdido consecutivamente de vista a Favorita, Zefina y Dalia; el lazo, una vez cortado por el lado de los hombres, se había deshecho por el lado de las mujeres: quince días después se hubieran admirado mucho si se les hubiera dicho que eran amigas; aquello no tenía razón de ser. Fantina había quedado sola. Habiéndola abandonado el padre de su hija—¡ah! y estos rompimientos son irrevocables—, se encontró absolutamente aislada, con el hábito del trabajo de menos y la afición al placer de más. Impulsada por sus relaciones con Tholomyes a despreciar el pobre oficio que sabía, había descuidado sus medios de trabajo, y todas las puertas llegaron a cerrársele.

No le quedó ningún recurso: apenas sabía leer, e ignoraba el arte de escribir; en su niñez no la habían enseñado sino a poner su nombre; un memorialista tuvo que ponerle una carta para Tholomyes, después otra, luego una tercera. Tholomyes no contestó a ninguna, y cierto día Fantina oyó decir a sus compañeras, que miraban a su hija «¿por ventura se toma en serio tener esos niños? ¡El que los engendra se encoge de hombros!» Entonces pensó que Tholomyes se encogería de hombros también cuando oyera hablar de su hija, y que el padre no tomaría por lo serio a aquel ser inocente; su corazón se puso tétrico para todo lo que hacía relación a aquel hombre. Pero, ¿qué partido tomar? No sabía a quién dirigirse. Había cometido una falta; pero el fondo de su naturaleza era, según puede recordarse, pudor y virtud; conoció que se hallaba en vísperas de caer en el abatimiento y resbalar hasta el abismo. Necesitaba valor: lo tuvo, y se irguió de nuevo. Ocurrióle la idea de volver a su pueblo natal, a M. a orillas del M. Acaso allí la conocería alguno y le daría trabajo, sí; pero érale menester ocultar su falta. Entonces entrevió confusamente la necesidad posible de una separación más dolorosa aún que la primera. Compungióse su corazón, pero se resolvió. Como se verá, Fantina tenía el feroz valor de la vida. Había ya renunciado valientemente a las galas; se había vestido de percal, colocando todas sus sedas, todos sus adornos, todas sus cintas, y todas sus blondas en su hija, única vanidad que le quedaba, bien santa por cierto. Vendió, pues, todo lo que tenía, lo cual le produjo doscientos francos; y después de pagar sus pequeñas deudas, vinieron a quedarle unos ochenta francos próximamente. A los veintidós años, y en una hermosa mañana de primavera, dejó a París llevando a su hija a la espalda. Aquella mujer no tenía en el mundo más que aquella niña, y aquella niña no tenía en el mundo más que aquella mujer. Fantina había criado a su hija, y esto la había fatigado el pecho, por lo cual tosía un poco.

Ya no tendremos ocasión de hablar de Félix Tholomyes. Limitémonos a decir que veinte años después, en los tiempos del rey Luis Felipe, era un robusto abogado de provincia, influyente y rico, prudente elector y jurado severísimo; siempre hombre alegre.

Hacia el mediodía, Fantina, después de haber caminado de cuando en cuando para descansar un rato, mediante tres o cuatro sueldos por legua, en lo que entonces se llamaban pequeños coches de los alrededores de París, se encontró en Montfermeil, en el callejón del Boulanger.

Al pasar por delante de la hostería de Thenardier, las dos niñas, tan contentas en su columpio monstruo, produjeron en ella una especie de deslumbramien-

to, y se detuvo ante aquella visión de alegría.

Tenía aquella visión sus encantos. Las dos pequeñas niñas fueron una para aquella madre.

Contemplábalas toda conmovida. La presencia de los ángeles es anuncio del paraíso. Creyó ver por encima de aquella hostería el misterioso «Aquí» de la Providencia. ¡Aquellas dos niñas eran evidentemente dichosas! Mirábalas y las admiraba conmovida de tal modo, que al tomar su madre aliento entre los dos versos de su canción, no pudo menos de decirle las palabras que se acaban de leer:

—Tenéis dos hermosas niñas, señora.

Las criaturas más feroces se sienten desarmadas cuando se acaricia a sus hijos.

La madre levantó la cabeza y la dió gracias, e hizo sentar a la transeunte en el escalón de la puerta, porque ella estaba también en el umbral. Las dos mujeres hablaron.

—Me llamo la señora Thenardier—dijo la madre de las dos niñas—. Tenemos esta hostería.

Después, siempre con su canción, añadió entre dientes:

Preciso es, soy caballero
Partir para Palestina.

Era la señora Thenardier una mujer colorada, robusta y angulosa, el tipo de la mujer de soldado en toda su desgracia, aunque por un capricho, con cierto aire sentimental que debía a sus lecturas novelescas. Era un carantoña hombruna. Las antiguas novelas que se incrustan en las imaginaciones de las bodegoneras producen sus efectos. Aún era joven, pues apenas contaba treinta años. Si aquella mujer que estaba acurrucada hubiese estado derecha, acaso su alta estatura y su aspecto de coloso ambulante propio de las selvas, habrían asustado a la viajera, perturbado su confianza y desvanecido lo que tenemos que referir. El destino se entromete hasta en que una persona esté en pie o sentada.

La viajera refirió su historia un poco modificada.

Contó que era trabajadora; que su marido había muerto; que faltándole trabajo en París, iba a buscarlo fuera, a su país; que había dejado a París aquella misma mañana, a pie; que como llevaba su hija y se sentía cansada, había encontrado el coche de Villemomble y había subido; que de Villemomble a Montfermeil había venido a pie; que la niña había andado un poco, aunque no mucho, porque como era tan pequeñita, había tenido que cogerla, y que su tesoro se había dormido.

Y al decir esta palabra dió a su hija un apasionado beso que la despertó. La niña abrió los ojos; unos grandes ojos azules como los de su madre, y miró ¿qué? Nada, todo, con ese aire grave y a veces severo de los niños, que es un misterio de su luminosa inocencia ante nuestros crepúsculos de virtudes. Podría decirse que saben que ellos son ángeles, y nosotros sólo hombres. Después la niña se echó a reír, y aunque su madre quiso detenerla, se deslizó al suelo con la indomable energía de un pequeño ser que quiere correr. Repentinamente descubrió a las otras dos sobre el columpio, se detuvo en seguida, y sacó la lengua en señal de admiración.

La tía Thenardier desató a sus hijas, las hizo bajar del columpio, y dijo:

—Jugad las tres.

Aquellos ángeles se avinieron en seguida, y al cabo de un minuto, las niñas de la Thenardier jugaban con la recién llegada a hacer agujeros en el suelo; ¡placer inmenso!

La recién llegada era muy alegre; la bondad de la madre se hallaba escrita en la alegría de la chicuela; había cogido un palito que le servía de pala, y cavaba enérgicamente una fosa como para una mosca. La misma obra de un enterrador, viene a ser cosa de risa hecha por un niño.

Las dos mujeres continuaban hablando.

—¿Cómo se llama vuestra niña?

—Cosette.

Léase Eufrasia, no Cosette. La niña se llamaba Eufrasia: pero de Eufrasia había hecho la madre Cosette por ese

dulce y gracioso instinto de las madres y del pueblo, que cambia Josefa en Pepita, y Francisca en Paquita. Es éste un género de derivados que pierde y desconcierta toda la ciencia de los etimologistas. Hemos conocido una abuela que del nombre de Teodora había llegado a formar el de Gnon.

—¿Qué edad tiene?

—Va para tres años.

—Lo mismo que mi niña mayor.

Mientras tanto las tres criaturas se habían agrupado con una actitud de ansiedad profunda y de beatitud : habíase verificado un acontecimiento ; acababa de salir de la tierra un gran gusano, y tenían miedo y estaban en éxtasis.

Sus frentes radiantes se tocaban, y parecían tres cabezas en una aureola.

—Lo que son los niños—exclamó la tía Thenardier—, cualquiera diría que eran tres hermanas.

Estas palabras fueron la chispa que probablemente esperaba la otra madre, porque tomando la mano de Thenardier la miró fijamente y le dijo :

—¿Queréis tenerme a mi niña?

La Thenardier hizo uno de esos movimientos de sorpresa que no son ni el asentimiento ni la negativa.

La madre de Cosette continuó :

—Mirad : yo no puedo llevar a mi hija a mi país. El trabajo no lo permite. Con una criatura no hay dónde colocarse. ¡ Son tan ridículos en mi país ! El Dios de la bondad es el que me ha hecho pasar por vuestra hostería. Cuando vi vuestras niñas tan bonitas, tan compuestas, me chocó. Dije para mí ; ésta es una buena madre. Podrán ser tres hermanas. Además, que no tardaré mucho en volver. ¿Queréis encargaros de mi niña?

—Veremos—dijo la Thenardier.

—Pagaré seis francos al mes.

Entonces una voz de hombre gritó desde el interior del figón :

—No se puede menos de siete francos, y eso pagando seis meses adelantados.

—Seis por siete son cuarenta y dos —dijo la Thenardier.

—Los daré—dijo la madre.

—Además quince francos para los primeros gastos—añadió la voz de hombre.

—Total cincuenta y siete francos— dijo la tía Thenardier.

Y al través de sus números cantaba vagamente :

Preciso es, decía un guerrero...

—Los pagaré—dijo la madre—. Tengo ochenta francos. Yendo a pie me quedaré con qué llegar a mi tierra. Allí ganaré dinero, y tan pronto como reuna un poco volveré a buscar a mi amor.

La voz de hombre repuso :

—¿Y la niña tiene equipo?

—Ese es mi marido—dijo la Thenardier.

—Vaya si tiene equipo mi pobre tesoro. Ya he conocido que es vuestro marido. ¡ Vaya, y buen equipo ! un equipo desmedido, todo por docenas, y trajes de seda como una señora. Ahí lo tengo en mi saco de noche.

—Habrá que dejárselo—volvió a decir la voz de hombre.

—¡ Ya lo creo que se lo dejaré !—dijo la madre—. ¡ No sería mala picardía que yo dejase a mi hija desnuda !

Entonces apareció el rostro del amo.

—Está bien—dijo.

El trato quedó cerrado. La madre pasó la noche en la hostería, dió su dinero y dejó su niña, ató de nuevo su saco de noche, desprovisto ya del equipo, y partió a la madrugada siguiente, calculando volver en breve. Con facilidad se disponen estas separaciones ; pero causan la desesperación.

Una vecina de los Thenardier encontró a aquella madre cuando se alejaba, y volvió diciendo :

—Acabo de ver a una mujer que va llorando por la calle, que es un dolor.

Cuando la madre de Cosette hubo marchado, el hombre dijo a su mujer :

—Con esto satisfaré mi pagaré de cien francos que vence mañana. Me faltaban cincuenta. ¿Sabes que si no, hubiese tenido aquí al escribano con un protesto? No has armado mala ratonera con tus niñas.

—No creía yo coger ese ratón—dijo la mujer.

II

PRIMER CONTORNO DE DOS FIGURAS BIZCAS

Pobre era el ratón cogido; pero el gato se alegra aun por el ratón más flaco. ¿Quiénes eran los Thenardier?

Digámoslo desde luego. Después completaremos el cuadro.

Pertenecían estos seres a esa clase bastarda compuesta de personas groseras que han llegado a elevarse, y de personas inteligentes que han decaído, que está entre la clase llamada media y la llamada inferior, y que combina algunos de los defectos de la segunda con casi todos los vicios de la primera, sin tener el generoso impulso del obrero, ni el honesto orden del ciudadano.

Eran de esas naturalezas enanas, que llegan con facilidad a hacerse monstruosas, si por acaso las caldea un fuego sombrío. Tenía la mujer el fondo de un bruto, y el hombre era de la estofa de un pordiosero vagabundo. Ambos eran, en el más alto grado, capaces de cierta especie de repugnante progreso que se hace en el alma. Hay almas que, como el cangrejo, retroceden continuamente hacia las tinieblas, que retrogradan más que adelantan en la vida, empleando su existencia en aumentar su deformidad, empeorándose sin cesar, e impregnándose más y más de un tizne creciente. Aquel hombre y aquella mujer, eran de esa clase de almas.

Particularmente Thenardier era repugnante para el fisonomista. A ciertos hombres no hay más que mirarlos para desconfiar de ellos, porque se les ve tenebrosos por sus dos lados. Son inquietos por detrás y amenazadores por delante. Hay algo en ellos de lo desconocido, sin que se pueda responder de lo que han hecho ni de lo que podrán hacer. Denúnciales la sombra que tienen en su mirada. Con oírles pronunciar una palabra, o con verles hacer un gesto se entrevén sombríos secretos en su pasado, y sombríos misterios en su porvenir.

El tal Thenardier, a creer su dicho, había sido soldado; él decía que sargento; había hecho probablemente la campaña de 1815, y aun se había conducido bastante bien a lo que parece. Después veremos lo que había de cierto en esto. La muestra de su bodegón era una alusión a uno de sus hechos de armas. Habíala pintado por sí mismo, porque entendía algo de todo; por supuesto, mal.

Era entonces la época en que la antigua novela clásica (que después de haber sido «Clelia» no era más que «Lodoiska», siempre noble, pero cada vez más vulgar, habiendo caído de la señorita de Scudery en la señora de Bournon-Malarme, y de la señora de Lafayette en la señora Barthelemy-Hadot), incendiaba el alma amante de las porteras de París, y tal vez arrasaba algún tanto las de los alrededores. La señora Thenardier era lo suficiente inteligente para leer tal especie de libros, los cuales constituían su alimento intelectual. Con ellos ahogaba el poco seso que tenía, habiendo adquirido mientras que fué jovencita, y aun un poco después, una especie de actitud pensativa respecto de su marido, pícaro de cierta profundidad, rufián letrado menos en la gramática, grosero y fino a la vez, pero que en punto a sentimentalismo, leía a Pigault-Lebrun, y «para todo lo que toca al sexo» como decía en su jerga, era alcaraván completo y sin mezcla. Su mujer tenía como doce o quince años menos que él. Después, cuando los cabellos novelescamente llorones comenzaron blanquear, cuando la Megera se desprendió de la Pamela, la Thenardier no fué ya más que una gruesa y mala mujer que había saboreado estúpidas novelas. Pero no se leen neceda-des impunemente; y de aquella lectura resultó que su hija mayor se llamó Eponina: en cuanto a la menor, la pobre niña estuvo a pique de llamarse Gulnara, y debió a no sé qué graciosa diversión producida por una novela de Ducray-Dumesnil, llamarse Azelma.

Por lo demás, dicho sea de paso, no todo es ridículo y superficial en la curiosa época a que vamos aquí aludiendo, y que podría llamarse de la anarquía de los nombres de bautismo. Al lado del elemento novelesco, que acaba-

mos de indicar, se halla el síntoma social. No es nada raro hoy que el hijo de un carretero se llame Arturo, Alfredo o Alfonso, y que el vizconde, si todavía hay vizcondes, se llame Tomás, Pedro o Santiago. Esta dislocación que pone el nombre «elegante» al plebeyo, y el nombre campesino al aristócrata, no es más que un remolino de la igualdad. La irresistible penetración del soplo nuevo se ve en esto como en todo. Bajo esta discordancia aparente hay una cosa grande y profunda: la Revolución Francesa.

III

LA ALONDRA

No basta ser malo para prosperar. El bodegón iba mal.

Gracias a los cincuenta francos de la viajera, Thenardier pudo evitar un protesto y hacer honor a su firma. Al mes siguiente volvieron a tener necesidad de dinero, y la mujer llevó a París y empeñó en el Monte de Piedad el equipo de Cosette en la cantidad de sesenta francos. Cuando hubieron gastado aquella cantidad, los esposos Thenardier se fueron acostumbrando a no ver en la niña más que una criatura que tenían en su casa por caridad, tratándola como a tal. Como ya no tenía equipo propio, la vistieron con las sayas viejas y las camisas desechadas de sus hijas; es decir, con harapos. Por alimento le daban las sobras de los demás; esto es, un poco mejor que el perro, y un poco peor que el gato. En efecto, el perro y el gato eran sus acostumbrados comensales. Cosette comía con ellos debajo de la mesa en una hortera de madera igual a la suya.

Su madre, que se había establecido como se verá después, en M., escribía, o mejor dicho, hacía escribir todos los meses para tener noticias de su hija. Los Thenardeir contestaban siempre: Cosette está perfectamente.

Transcuridos los seis primeros meses, la madre remitió siete francos para el siguiente, y continuó con bastante exactitud haciendo sus remesas de mes en mes. Aún no había concluído el año cuando Thenardier dijo: —¡Vaya un gran favor que nos hace! ¿qué quiere que hagamos con siete francos? —y le escribió pidiéndole hasta doce. La madre, a la cual persuadían que su hija era feliz, y que «se criaba bien» se sometió, y envió los doce francos.

Ciertas naturalezas no pueden amar por un lado sin odiar por otro. La tía Thenardier amaba apasionadamente a sus propias hijas, lo cual fué causa de que detestase a la forastera. Triste es pensar que el amor de una madre puede tener algún lado malo. El poco lugar que Cosette ocupaba en su casa le parecía que lo usurpaba a los suyos, y que aquella niña disminuía el aire que sus hijas respiraban. Aquella mujer, como muchas de su calaña, tenía una suma de caricias, y una suma de golpes y de injurias que distribuir cada día. Si no hubiese tenido en su poder a Cosette, de seguro sus hijas, aunque idolatradas, lo hubieran recibido todo; pero la forastera les hizo el favor de atraer los golpes para sí, y a sus hijas no les tocaron más que las caricias. Cosette no hacía movimiento que no fuera causa de que cayese sobre su cabeza una lluvia de castigos violentos e inmerecidos: débil y tímido ser que nada debía comprender de este mundo, ni de Dios, sin cesar castigada, reñida, maltratada, golpeada, y que veía a su lado dos pequeñas criaturas como ella que vivían como en un rayo de la aurora.

Siendo la Thenardier mala para Cosette, Eponina y Azelma lo fueron también. A esa edad, los niños no son más que ejemplares de su madre. No hay más diferencia sino que la forma es más pequeña.

Decíase en el lugar:

—¡Qué buena gente son los Thenardier! A pesar de que no son ricos están manteniendo una pobre niña abandonada en su casa.

Creían que Cosette había sido olvidada por su madre.

Mientras tanto Thenardier, habiendo llegado a saber por no sé qué obscuros caminos que la niña era probablemente bastarda, y que su madre no podía confesarlo, exigió quince francos al mes, diciendo que «la criatura» se iba ha-

ciendo grande, que «comía» y amenazando con despedirla. «Que no me ande fastidiando—exclamaba—, porque le arrojo su rapaza en medio de sus tapujos. Es preciso que aumente el estipendio.» La madre pagó hasta los quince francos.

De año en año la niña crecía, y su miseria también.

Mientras que Cosette fué pequeñita, fué la quitagolpes de las otras dos niñas; pero desde que empezó a desarrollarse un poco, es decir, aun antes de que cumpliera cinco años, vino a ser la criada de la casa.

A los cinco años, se dirá, eso es inverosímil. ¡Ah! pero es cierto. El padecimiento social empieza en todas edades. No hace mucho hemos visto el proceso de un tal Rumolard, huérfano, convertido en bandido, que desde la edad de cinco años, según expresan los documentos oficiales, encontrándose solo en el mundo, «trabajaba para vivir y robaba».

Obligóse, pues, a Cosette a hacer los recados, barrer las habitaciones, el patio, la calle, fregar la vajilla, y hasta llevar fardos. Los Thenardier se creyeron tanto más autorizados para proceder de este modo, cuanto que la madre de la niña, que estaba todavía en M. empezó a pagar mal, dejando pasar algunos meses en descubierto.

Si aquella madre hubiese vuelto a Montfermeil al cabo de estos tres años, no habría conocido a su hija. Cosette, tan fresca y tan linda cuando llegó a aquella casa, estaba entonces flaca y pálida, notándose además en ella cierto aire de desconfianza. «¡Es muy cazurra!» decían los Thenardier.

Habíala hecho desconfiada la injusticia, y la miseria la había tornado fea. No le quedaban más que sus hermosos ojos que causaban lástima, porque, siendo muy grandes, parecía que en ellos se veía mayor cantidad de tristeza.

Lástima daba ver en el invierno a aquella pobre niña, que aún no contaba seis años, tiritando bajo los viejos harapos de percal agujereados, barrer la calle antes de apuntar el día, con una enorme escoba en sus manitas amoratadas, y una lágrima en sus grandes ojos.

En el lugar la llamaban la Alondra. El pueblo, que gusta de las imágenes, se complacía en dar este nombre a aquel pequeño ser, no mayor que un pájaro, que temblaba, se asustaba y tiritaba, despierto el primero en la casa y en la aldea, siempre el primero en la calle o en el campo antes del alba.

Sólo que la pobre alondra no cantaba nunca.

LIBRO QUINTO

El descenso.

I

HISTORIA DE UN PROGRESO EN LOS ABALORIOS NEGROS

¿Qué era, dónde estaba, qué hacía mientras tanto aquella madre, que al decir de la gente de Montfermeil parecía haber abandonado a su hija?

Después de dejar su pequeña Cosette a los Thenardier, prosiguió su camino, y llegó a M.

Se recordará que esto era en 1818.

Fantina había abandonado su país como unos diez años antes. M. había cambiado de aspecto. Mientras Fantina descendía lentamente de miseria en miseria, su pueblo natal había prosperado.

Hacía como dos años próximamente que se había realizado en él uno de esos hechos industriales que son los grandes acontecimientos de los pequeños países.

Es este un detalle importante, y creemos útil desarrollarle, y aun casi podríamos decir subrayarle.

De tiempo inmemorial, M. tenía por industria especial la imitación del azabache inglés y de las cuentas de vidrio negras de Alemania. Semejante industria no había hecho más que vegetar a causa de la carestía de las primeras materias, la cual venía a redundar en perjuicio de la mano de obra. Pero cuando Fantina volvió a M. habíase verificado una transformación inaudita en aquella producción de «artículos negros».

A fines de 1815, un hombre, un desconocido había ido a establecerse al pueblo y concebido la idea de substituir en aquella fabricación la goma laca a la resina, y para los brazaletes en particular, los colgantes simplemente enlazados a los colgantes soldados.

Tan pequeño cambio fué una revolución, pues redujo prodigiosamente el precio de la materia primera : lo cual en primer lugar, permitía subir el de la mano de obra, beneficio para el país ; en segundo, mejorar la fabricación, provecho para el consumidor ; y en tercero, vender más barato triplicando la ganancia, ventaja para el manufacturero.

De modo que, por una idea, se obtenían tres resultados.

En menos de tres años habíase hecho rico el autor de aquel procedimiento, cosa excelente, y lo que es más, todo lo había enriquecido a su alrededor. Era forastero en el departamento. Nada se sabía de su origen, y muy poco de sus principios.

Referíase que había llegado al pueblo con muy poco dinero ; algunos centenares de francos todo lo más.

De tan pequeño capital, puesto al servicio de una idea ingeniosa, fecunda por el orden y la previsión, había sacado su fortuna, y la fortuna de toda la comarca.

A su llegada a M. no tenía sino el traje, el aspecto y el lenguaje del obrero.

A lo que parece, la tarde misma en que aquel personaje hacía obscuramente su entrada en aquel pequeño pueblo de M., a la caída de una tarde de diciembre, llevando el morral a la espalda y el palo de espino en la mano, acababa de estallar un violento incendio en la Casa Municipal. Aquel hombre se arrojó al fuego, y salvó, con peligro de su vida, a dos niños, que después resultaron ser los del capitán de la gendarmería ; lo cual hizo que no se pensase en pedirle el pasaporte. Desde entonces se supo su nombre. Llamábase el tío Magdalena.

II

EL TÍO MAGDALENA

Era hombre como de cuarenta años, de aire distraído, pero bueno. Esto es todo lo que de él podía decirse.

Gracias a los rápidos progresos de aquella industria que había restaurado tan admirablemente, M. se había convertido en un considerable centro de negocios. España, que consume mucho abalorio negro, encargaba a aquel pueblo compras inmensas cada año. M. por su comercio, hacía casi competencia a Londres y Berlín. Los beneficios del tío Magdalena eran tales, que al segundo año pudo ya edificar una gran fábrica, en la cual había dos grandes talleres, uno para los hombres y otro para las mujeres. Allí podía presentarse todo el que tenía hambre, seguro de encontrar trabajo y pan. El tío Magdalena pedía a los hombres buena voluntad, a las mujeres costumbres puras, a todos probidad. Había dividido los talleres a fin de separar los sexos, y que las mozas y las mujeres pudiesen estar tranquilas. En este punto era inflexible. Era lo único en que mostraba cierta intolerancia. Y su severidad era tanto más profunda, cuanto que siendo M. pueblo de guarnición, abundaban las ocasiones de corrupción en él. Por lo demás, su llegada había sido un beneficio, y su presencia como una providencia. Antes de llegar el tío Magdalena, todo decaía en el país ; desde entonces todo vivía la saludable vida del trabajo. Una fuerte circulación lo reanimaba y penetraba todo. La holganza y la miseria eran desconocidas. No había bolsillo tan escaso, que no tuviese un poco de dinero, ni vivienda tan pobre que no contuviese un poco de alegría.

El tío Magdalena ocupaba a todo el mundo. No exigía más que una sola cosa : ¡ ser hombre honrado ! ¡ ser mujer honrada !

Según hemos dicho, en medio de aquella actividad, de que era causa y

eje, el tío Magdalena hacía su fortuna; pero, cosa no poco singular en un hombre dedicado tan sólo al comercio, no mostraba que fuera aquel su principal cuidado. Parecía que pensaba mucho en los demás, y poco en sí mismo. En 1820 se le conocía una suma de seiscientos treinta mil francos colocada en casa de Laffitte; pero antes de ahorrar estos seiscientos mil francos había gastado más de un millón para el pueblo y para los pobres.

El hospital estaba mal dotado; había costeado diez camas. M. estaba dividida en la población alta y baja. La baja, donde Magdalena vivía, no tenía más que una escuela, que era un mal casucho que se caía a pedazos; él construyó dos escuelas, una para niñas y otra para niños. Pagaba de su bolsillo a los dos maestros una gratificación doble del mezquino sueldo oficial, y habiéndose admirado alguno de esto, le respondió: «los dos primeros funcionarios del Estado son la nodriza y el maestro de escuela». Había fundado a sus expensas una sala de asilo, cosa hasta entonces desconocida en Francia, y una caja de socorros para los trabajadores viejos e impedidos. Como su fábrica era un centro, un nuevo barrio, en que había un buen número de familias indigentes que habían surgido rápidamente a su alrededor, estableció para ellas una botica gratuita.

En los primeros tiempos, cuando se le vió empezar, las buenas almas decían: «es un atrevido que quiere enriquecerse». Cuando le vieron enriquecer el país antes de enriquecerse a sí propio, las mismas buenas almas dijeron: «es un ambicioso». Lo cual parecía tanto más probable cuanto que aquel hombre era religioso, y aun practicaba la devoción con cierta regularidad, cosa muy bien vista en aquella época. Todos los domingos iba a oír misa rezada. El diputado del distrito, que por todas partes olfateaba competencias, no tardó mucho en inquietarse por aquella región. Este diputado, que había sido miembro del Cuerpo Legislativo del Imperio, participaba de las ideas religiosas de un padre del Oratorio conocido por el nombre de Fouché, duque de Otranto, de quien era protegido y amigo. A puerta cerrada se reía lindamente de Dios. Pero, cuando vió al rico manufacturero Magdalena ir a la misa rezada de las siete, vislumbró en él un candidato posible, y resolvió superarle: tomó un confesor jesuíta, y fué a misa mayor y a vísperas. En aquellos tiempos la ambición era literalmente una «carrera al campanario». Los pobres, lo mismo que el rico, sacaron su provecho de aquel terror, porque el ilustre diputado costeó también dos camas en el hospital, con lo cual se juntaron doce.

Esto no obstante, en 1819 corrió la voz una mañana, por el lugar, de que a propuesta del prefecto, y en consideración a los servicios hechos al país, el tío Magdalena iba a ser nombrado por el rey alcalde de M. Los que habían declarado «ambicioso» al recién llegado, aprovecharon con transporte la ocasión, que todos los hombres, desean de exclamar: «¡Vaya! ¿no lo decía yo?» Esta exclamación se repitió por todo M. La noticia tenía fundamento. Días después apareció el nombramiento en el «Monitor». A la mañana siguiente renunció el tío Magdalena.

En aquel mismo año de 1819, los productos del nuevo procedimiento inventado por Magdalena figuraron en la Exposición de la Industria; a informe del jurado, el rey nombró al inventor caballero de la Legión de Honor. Nuevo rumor en la población. «¡Vaya, era la cruz lo que quería!» El tío Magdalena renunció la cruz.

Decididamente aquel hombre era un enigma. Pero las buenas almas salieron del paso diciendo: «Por lo menos es una especie de aventurero».

Como hemos dicho, la comarca le debía mucho; los pobres se lo debían todo: era tan útil, que no podía menos de estimársele, y tan afable, que no se podía menos de amarle: sus trabajadores en particular lo adoraban, y Magdalena admitía esta adoración con una especie de gravedad melancólica. Cuando fué reputado rico «las personas de buena sociedad» le saludaron, y en el lugar se le llamó el señor Magdalena; sus trabajadores y los niños le llamaban como

siempre «el tío Magdalena», y era lo que más le agradaba. Las invitaciones llovían sobre él a medida que iba subiendo. «La sociedad» le llamaba. Los pequeños salones colgados de M.—a orillas del M.—que, no debe olvidarse, habían estado cerrados en los primeros tiempos al artesano, se abrieron de par en par al millonario. Hiciéronsele mil invitaciones. A todas se negó.

Entonces las buenas almas no tuvieron obstáculo en exclamar: «Es un hombre ignorante y de baja educación. Bien se comprende por qué hace eso. No sabría conducirse entre personas decentes. Ni aun consta que sabe leer».

Cuando se le vió ganar dinero, se dijo: «es un negociante». Cuando se le vió derramar su ganancia, se dijo: «es un ambicioso». Cuando se le vió desechar los honores, se dijo: «es un aventurero». Cuando se le vió rechazar la sociedad, se dijo: «es un bruto».

En 1820, cinco años después de su llegada a M., eran tan notables los servicios que había hecho al país, y tan unánime el voto de toda la comarca, que el rey le nombró nuevamente alcalde de la ciudad. De nuevo renunció; pero el prefecto no admitió su renuncia; rogáronle los notables, suplicóle el pueblo en plena calle, y la insistencia fué tan viva, que al fin tuvo que aceptar. Echóse de ver que lo que más pareció determinarle fué un apóstrofe casi irritado de un viejo del pueblo, que desde el umbral de su puerta le gritó desembozadamente: «Un buen alcalde es útil. ¿Quién retrocede cuando puede hacer un bien?»

Aquella fué la tercera fase de su elevación. El tío Magdalena había llegado a ser el señor Magdalena; el señor Magdalena había llegado a ser el señor alcalde.

III

CANTIDADES DEPOSITADAS EN CASA DE LAFFITTE

Magdalena, por lo demás, continuó viviendo con la misma sencillez que el primer día. Tenía los cabellos grises, la mirada grave, el aire cansado del obrero, y el rostro pensativo de un filósofo. Ordinariamente llevaba sombrero de anchas alas y ancho gabán de paño grueso, abotonado hasta la barba. Cumplía con las funciones de alcalde, y fuera de ellas vivía solitario. Hablaba con pocos. Huía de los cumplimientos, saludaba de paso, se esquivaba pronto, se sonreía para ahorrarse de hablar, y daba para ahorrarse de sonreír. Las mujeres decían de él: «¡qué buen oso!» Su distracción era pasear por el campo.

Comía siempre solo, con un libro abierto delante de sí, en el cual leía. Tenía una pequeña y escogida biblioteca; gustaba de los libros: los libros son amigos fríos y seguros. A medida que con la riqueza adquiría desahogo de trabajo, parecía que se aprovechaba de él para cultivar su espíritu. Desde que estaba en M., se echaba de ver que su modo de hablar se había ido haciendo más fino, más escogido, más suave.

Frecuentemente llevaba una escopeta en sus paseos, pero rara vez se servía de ella. Cuando así sucedía por casualidad, tenía un tino tan infalible, que espantaba. Nunca mataba un animal inofensivo; jamás tiró a un pajarillo.

A pesar de no ser ya joven, decíase que tenía fuerzas prodigiosas. Ofrecía echar una mano a quien lo necesitaba; levantaba un caballo, desatrancaba una rueda atollada, detenía por los cuernos un toro escapado. Llevaba siempre los bolsillos llenos de monedas menudas al salir de casa, y vacíos, al volver. Cuando pasaba por alguna aldea, los chicos desarrapados corrían alegremente detrás de él, y le rodeaban como una nube de mosquitos.

Sospechábase que habría debido vivir en otro tiempo en la vida del campo, porque conocía toda clase de secretos útiles, que comunicaba a los campesinos. Enseñábales a destruir la cizaña de los trigos, asperjando las paneras, e inundando las hendeduras del suelo con una disolución de sal común, y a extirpar el gorgojo, suspendiendo en todas partes, en las paredes y en los techos, en los pajares y en las casas, romero en flor. Tenía «recetas» para estirpar de un campo la neguilla, el tizón, la algarroba silvestre, la cola de zorro y demás plantas parásitas que consumen el trigo. Libraba una conejera de los rato-

nes, nada más que con el olor de un pequeño cerdo de Berbería que ponía en ella.

Viendo un día a la gente del país muy ocupada en arrancar ortigas, miró aquel montón de plantas desarraigadas y ya secas, y dijo :

—Están muertas. No obstante, serían provechosas, si se supieran utilizar. Cuando la ortiga es nueva, su hoja es una excelente legumbre ; cuando es vieja, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga sería tan buena como la tela de cáñamo. Picada la ortiga es buena para las aves ; molida es buena para los animales de cuernos. La semilla de ortiga mezclada con el forraje da lustre al pelo de los animales : su raíz mezclada con sal produce un hermoso color amarillo. Por lo demás, es un excelente heno que se puede segar dos veces. ¿Y qué necesita la ortiga? Un poco de tierra sin cuidado ni cultivo alguno. Unicamente la semilla se cae conforme va madurando, y es difícil de recoger, pero no más. Con poco trabajo la ortiga sería útil ; se la desprecia, y es dañina. Entonces se la mata. ¡Cuántos hombres se asemejan a la ortiga!

Después de una pausa, añadió :

—Amigos míos, acordaos de esto ; no hay, ni malas hierbas, ni malos hombres. No hay sino malos cultivadores.

Los niños lo amaban, además, porque sabía hacer lindos juguetes con paja y nueces de coco.

Cuando veía la puerta de una iglesia vestida de negro, entraba buscando en ella un entierro, como otros buscan un bautizo. Por su gran bondad le atraían la viudez y la desgracia de los demás ; poníase entre los amigos afligidos, entre las familias enlutadas, entre los sacerdotes que gemían en derredor de un féretro. Parecía que daba gustoso por texto a sus pensamientos aquellas salmodias fúnebres, llenas de la visión del otro mundo : con los ojos elevados al cielo, escuchaba con una especie de aspiración hacia todos los misterios del infinito aquellas voces tristes que cantaban al borde del obscuro abismo de la muerte.

Ejecutaba una multitud de acciones buenas, ocultándose como si fueran malas. Penetraba de oculto por la tarde en las casas, y subía furtivamente las escaleras. Un pobre diablo al volver a su chiribitil, veía que su puerta había sido abierta, algunas veces forzada en su ausencia. El pobre hombre se alarmaba y pensaba : «algún malhechor habrá entrado aquí». Entraba, y lo primero que veía era alguna moneda de oro olvidada sobre un mueble. El malhechor que había entrado era el tío Magdalena. Era afable y triste. El pueblo decía : «ése es un hombre rico que no tiene aire orgulloso ; un hombre feliz que no tiene aire de contento».

Pretendíase por algunos que era un personaje misterioso, y afirmaban que jamás entraba nadie en su cuarto, el cual era una verdadera celda de anacoreta, amueblada con relojes de arena alados, y adornada de huesos en cruz y de calaveras. Repetíase tanto esto, que algunas jóvenes elegantes y maliciosas de M. fueron un día a su casa y le dijeron : «Señor alcalde, enseñadnos vuestro cuarto ; se cuenta que es una gruta.» Se sonrió y las introdujo inmediatamente en aquella «gruta», con lo cual quedaron bien castigadas por su curiosidad, pues era una habitación adornada sencillamente, con muebles de anacardo, bastante feos, como todos los muebles de ese género, y tapizada de papel de doce sueldos. Nada pudo chocarles allí como no fuesen dos candelabros de forma antigua que estaban sobre la chimenea, y que parecían ser de plata «porque estaban contrastados» : observación que demuestra bien el espíritu de los pueblos pequeños.

No por esto se dejó de decir que nadie penetraba en su cuarto, el cual era una caverna de ermitaño, una cueva, un agujero, un sepulcro.

Murmurábase que ponía sumas «inmensas» colocadas en casa de Laffitte, con la particularidad de que estaban siempre a su disposición inmediata, de tal suerte, añadían, que el señor Magdalena podría llegar una mañana a casa de Laffitte, firmar un recibo, y llevarse sus dos o tres millones de fran-

cos en diez minutos. En realidad, según hemos dicho, estos «dos o tres millones» se reducían a seiscientos treinta o cuarenta mil francos.

IV

EL SEÑOR MAGDALENA DE LUTO

Al principiar el año de 1821 anunciaron los periódicos la muerte del señor Myriel, obispo de D., apellidado «monseñor Bienvenido», que había fallecido en olor de santidad a la edad de ochenta y dos años.

El obispo de D., para añadir aquí un detalle que los periódicos omitieron, estaba, cuando murió, ciego desde hacía muchos años, y contento de hallarse ciego porque su hermana estaba a su lado.

Digámoslo de paso: ser ciego y ser amado, es, en efecto, en este mundo en que nada hay completo, una de las formas más extrañamente perfectas de la felicidad. Tener continuamente a nuestro lado a una mujer, a una hija, una hermana, un ser encantador, que está allí, precisamente porque necesitamos de él, y porque no puede pasar sin nosotros, conocer que somos indispensables a aquel ser a quien necesitamos; poder medir incesantemente su afecto, por la cantidad de presencia que nos da, y decir: pues que me consagra todo su tiempo, es que tengo todo su corazón; ver el pensamiento a falta de la fisonomía; comprobar la fidelidad de un ser en el eclipse del mundo; percibir el crujido de un vestido como un ruido de alas; sentir ir y venir, salir, entrar, hablar, cantar; y pensar que uno es el centro de esos pasos, de esa palabra, de ese canto; manifestar a cada instante su propia atracción; conocerse uno tanto más poderoso cuanto es más impotente, y llegar a ser en la obscuridad y por la obscuridad, el astro a cuyo alrededor gravita aquel ángel, pocas felicidades igualan a ésta. La dicho suprema de la vida es la convicción de que somos amados, amados por nosotros mismos; mejor dicho, amados a pesar de nosotros; esta convicción la tiene el ciego. Ser en su desgracia servido, es ser acariciado. ¿Le falta algo? No, tener amor no es perder la luz. ¡Y qué amor! un amor formado enteramente de virtud. No hay ceguera donde hay certidumbre. El alma a tientas busca al alma, y la encuentra. Y aquel alma encontrada y experimentada es una mujer: os sostiene una mano, es la suya; una boca roza vuestra frente, es su boca; oís cerca de vosotros una respiración, es ella. Tenerlo todo de ella, desde su culto hasta su piedad; no ser nunca abandonado, tener esa dulce debilidad que os socorre, apoyarse en esa caña inquebrantable, y poder tomarla en los brazos como un Dios palpable, ¡qué arrobamiento! El corazón, esa celeste flor obscura, cae en un desvanecimiento misterioso. ¡No se cambiaría esta sombra por toda la claridad! El alma ángel está allí, sin cesar allí: si se aparta es para volver: se disipa como el sueño, y reaparece como la realidad; se siente el calor de su presencia que se aproxima, vedla. Hay en ella una efusión de serenidad, de alegría, de éxtasis; es un rayo de luz en la noche. Mil cuidados pequeños, nonadas que son enormes en aquel vacío; los más inefables acentos de la voz femenil, empleados en minarlos, y supliendo por nosotros el universo desvanecido. Siéntese uno acariciado con el alma. Nada ve, pero se conoce adorado. Está en un paraíso de tinieblas.

Desde aquel paraíso había pasado monseñor Bienvenido al otro.

El anuncio de su muerte fué reproducido por el periódico local de M., y el señor Magdalena, se presentó a la mañana siguiente todo de negro con gasa en el sombrero.

Echóse de ver en el pueblo su luto, y se comentó. Pareció como un vislumbre del origen del señor Magdalena. Dedújose que tenía algún parentesco con el venerable obispo. «Lleva luto por el obispo de D.», se dijo en las reuniones, y esto realzó mucho al señor Magdalena, dándole súbita y repentinamente cierta consideración entre la gente noble de M. Y el microscópico arrabal de San Germán de localidad decidió hacer cesar la cuarentena impuesta al señor Magdalena, pariente probable de un obispo. El señor Magdalena conoció lo que había adelanta-

do, en las mayores reverencias que le hicieron las señoras viejas, y en las sonrisas más frecuentes que le dirigieron las jóvenes. Una tarde cierta decana de aquel pequeño círculo aristocrático, curiosa por derecho de ancianidad, se atrevió a preguntarle :

—¿Era acaso el señor alcalde primo del difunto obispo de D. ?

—No, señora—respondió.

—Pues—repuso la viuda—, ¿no lleváis luto por él?

Magdalena respondió :

—Es que en mi juventud fuí lacayo de su familia.

Otra cosa se advirtió, además : que cada vez que pasaba por el pueblo un joven saboyano recorriendo el país en busca de chimeneas que limpiar, el señor alcalde le hacía llamar, le preguntaba su nombre y le daba dinero. Los saboyanitos se lo contaban unos a otros, y por allí pasaban muchos.

V

VAGOS RELÁMPAGOS EN EL HORIZONTE

Poco a poco y con el tiempo fueron disipándose todas las oposiciones. Habíanse propalado en un principio contra el señor Magdalena, por esa ley que sufren siempre los que se elevan, injurias y calumnias, que después no fueron sino murmuraciones, luego malicias, y que por último se desvanecieron del todo : el respeto llegó a ser cumplido, unánime, cordial, y hubo un momento, en 1821, en que estas palabras : «el señor alcalde» se pronunciaban en M. casi con el mismo acento que estas otras : «el señor obispo» eran pronunciadas en D. en 1815. Ibase de diez leguas a la redonda a consultar al señor Magdalena. Terminaba las diferencias, suspendía los pleitos, y reconciliaba a los enemigos. Todos le tomaban por juez de sus derechos. Parecía como que tenía por alma el cetro de la ley natural. Aquello fué como un contagio de veneración que en seis o siete años se extendió por todo el país.

Un hombre solo, en la población y en el distrito, se libró absolutamente de aquel contagio, e hiciera lo que quisiese el tío Magdalena, permanecía rebelde, como si una especie de instinto incorruptible e imperturbable le despertase e inquietase. Diríase que existe en efecto en ciertos hombres un verdadero instinto bestial, puro e íntegro como todo instinto, que crea la antipatía y la simpatía, que separa fatalmente unas naturalezas de otras, que no vacila, que no se turba, ni se calla, ni se desmiente jamás ; claro en su obscuridad ; infalible, imperioso, refractorio a todos los consejos de la inteligencia y a todos los disolventes de la razón, y que de cualquier manera que vengan los destinos, advierte secretamente al hombre-perro que le posee la presencia del hombre-gato, y al hombre-zorro la presencia del hombre-león.

Muchas veces, cuando el señor Magdalena pasaba por una calle, tranquilo, afectuoso, rodeado de las bendiciones de todos, acontecía que un hombre de alta estatura, vestido con una levita gris obscura, armado de un grueso bastón y cubierto con un sombrero de copa achatada, se volvía bruscamente a mirarlo, y lo seguía con la vista hasta que desaparecía, cruzando los brazos, sacudiendo lentamente la cabeza y levantando los labios hasta la nariz, especie de gesto significativo que podía traducirse por : «¿Pero quién es ese hombre?» «Estoy seguro de haberlo visto en alguna parte». «De todos modos, a mí no me engaña».

Este personaje, grave, con gravedad casi amenazadora, era de esos que por rápidamente que se les vea, llaman la atención del observador.

Llamábase Javert, y era de la policía.

Desempeñaba en M. las funciones penosas, pero útiles, de inspector. No sabía los antecedentes de Magdalena ; debía el puesto que ocupaba a la protección del señor Chabouillet, secretario del ministro de Estado, conde de Anglés, entonces prefecto de policía en París ; y cuando llegó a M., estaba ya hecha la fortuna del gran manufacturero, y el tío Magdalena se había convertido en el señor Magdalena.

Ciertos polizontes tienen una fisonomía particular que se complica con un aspecto de bajeza mezclado con cierto

aire de autoridad; Javert tenía esta fisonomía, menos la bajeza.

Tenemos la convicción de que si fueran las almas visibles a los ojos, se vería distintamente una cosa extraña, y es que cada uno de los individuos de la especie humana corresponde a alguna de las especies de la creación animal; entonces se podría conocer fácilmente la verdad, apenas entrevista por el pensador, de que desde la ostra hasta el águila, desde el perro hasta el tigre, todos los animales están en el hombre, y cada uno de ellos está en un hombre; y aun en ocasiones muchos de ellos a la vez.

Los animales no son sino las figuras de nuestras virtudes y de nuestros vicios, errantes delante de nuestros ojos; los fantasmas visibles de nuestras almas. Dios nos los pone de manifiesto para hacernos reflexionar. Sólo que como los animales no son más que sombras, Dios (¿y para qué?) no les ha hecho educables en el sentido completo de la palabra. Por el contrario, a nuestras almas, siendo realidades y teniendo un fin que les es propio, les ha dado Dios inteligencia, es decir, les ha hecho susceptibles de educación. La educación social bien entendida, puede sacar siempre de un alma, cualquiera que sea, toda la utilidad que contenga.

Entiéndase cuanto decimos bajo el punto de vista concreto de la vida terrestre, aparente, y sin prejuzgar la cuestión profunda de la personalidad anterior o ulterior de los seres que no son el hombre. El yo visible no autoriza en manera alguna al pensador para negar el yo latente. Hecha esta salvedad, continuemos.

Pues bien, si por un momento se admite con nosotros que en todo hombre hay una de las especies de animales de la creación, nos será fácil decir quién era el inspector de policía Javert.

Los aldeanos de Asturias creen que en cada camada de loba nace un perro, el cual es muerto por su madre, porque, si no, tan pronto como llegara a hacerse grande devoraría a los demás hermanos.

Dótese de un rostro humano a este perro hijo de loba, y tendremos a Javert.

Javert había nacido en una prisión, de una echadora de cartas, cuyo marido estaba en presidio. Cuando hubo crecido, pensó que se hallaba fuera de la sociedad, y se desesperó por no poder entrar en ella nunca. Advirtió que la sociedad mantiene irremisiblemente fuera de sí dos clases de hombres, los que la atacan y los que la guardan; no tenía elección sino entre una de estas dos clases; al mismo tiempo sentía dentro de sí un cierto fondo de rigidez, de regularidad y de probidad, complicado con un inexplicable odio hacia esa raza de gitanos de que descendía. Entró, pues, en la policía y prosperó. A los cuarenta años era inspector.

En su juventud había estado empleado en los presidios del Mediodía.

Antes de pasar adelante, expliquemos las palabras rostro humano que no ha mucho aplicamos a Javert.

El rostro humano de Javert consistía en una nariz chata, con dos profundas ventanas hacia las cuales se extendían, campeando en sus dos carrillos, enormes patillas. Impresionaban desagradablemente la primera vez que se veían aquellas dos selvas y aquellas dos cavernas. Cuando Javert se reía, lo cual era raro y terrible, sus labios delgados se apartaban y dejaban ver, no tan sólo los dientes, sino también las encías; y alrededor de su nariz se formaba un pliegue abultado y feroz como sobre el hocico de una fiera carnívora. Javert serio, era un perro de presa; cuando se reía era un tigre. Por lo demás, tenía poco cráneo, mucha mandíbula; los cabellos le ocultaban la frente y le caían sobre las cejas; tenía entre los ojos un ceño central permanente como una estrella de cólera, la mirada obscura, la boca recogida y temible, el aire de mando y feroz.

Estaba compuesto este hombre de dos sentimientos muy sencillos y relativamente muy buenos, pero que él convertía casi en malos a fuerza de exagerarlos; el respeto a la autoridad y el odio a la rebelión. Javert envolvía en una especie de fe ciega y profunda a todo el

que en el Estado desempeñaba una función cualquiera, desde el primer ministro hasta el guarda rural. Cubría de desprecio, de aversión y de disgusto a todo el que una vez había pasado el límite legal del mal. Era absoluto, y no admitía excepciones. Por una parte decía: «el funcionario no puede engañarse; el magistrado nunca se equivoca». Por la otra decía: «éstos están irremediablemente perdidos, nada bueno puede esperarse que salga de ellos». Era en un todo de la opinión de esos hombres extremados, que atribuyen a la ley humana el poder de hacer, o si se quiere, de descubrir demonios, y que ponen una Estigia en lo más bajo de la sociedad. Era estoico, serio, austero, pensador, lúgubre, humilde y altanero como los fanáticos. Toda su vida se compendiaba en estas dos palabras: velar y vigilar. Había introducido la línea recta en lo que hay más torcido en el mundo; tenía la conciencia de su utilidad, la religión de sus funciones, y era espía como se puede ser sacerdote. ¡Desgraciado del que caía en sus manos! Hubiese sido capaz de prender a su padre al escaparse del presidio, y denunciar a su madre al huír de la prisión; y lo hubiera hecho con esa especie de satisfacción interior que da la virtud. Añádase que llevaba una vida de privaciones, de aislamiento, de abnegación, de castidad, sin una distracción nunca. Era el deber implacable, la policía comprendida como los espartanos comprendían a Esparta; una vigilancia inexorable, una honradez feroz, un espía marmóreo; Bruto injerto en Bidocq.

Toda la persona de Javert expresaba al hombre que expía y que se oculta. La escuela mística de José Maistre, que en aquella época sazonaba con una alta cosmogonía los periódicos llamados ultras, hubiera dicho indudablemente que Javert era un símbolo. No se le veía la frente que desaparecía bajo el sombrero; no se le veían los ojos que se perdían bajo las cejas; no se le veía la barba que se introducía en la corbata; no se le veían las manos que quedaban entre las mangas; no se le veía el bastón porque lo llevaba debajo de la levita. Pero, llegada la ocasión, veíanse de pronto salir de aquella sombra, como de una emboscada, una frente angulosa y estrecha, una mirada funesta, una barba amenazadora, unas manos enormes y un garrote monstruoso.

En sus momentos de ocio, que eran poco frecuentes, aunque odiaba los libros, leía; de aquí que no fuese completamente iliterato, lo cual se conocía en cierto énfasis que había en sus palabras.

No tenía vicio alguno, ya lo hemos dicho. Cuando estaba contento de sí, se concedía un polvo de tabaco. Tal era el lazo que le unía a la humanidad.

Sin trabajo se comprenderá que Javert era el espanto de toda esa clase que la estadística anual del Ministerio de Justicia designa bajo la casilla de: «personas sin oficio conocido». El nombre de Javert los ponía en huída con sólo pronunciarlo: el rostro de Javert, apareciendo, los petrificaba.

Tal era este hombre formidable.

Javert era como un ojo siempre fijo sobre el señor Magdalena: ojo lleno de sospechas y conjeturas. El señor Magdalena llegó al fin a advertirlo; pero a lo que parece, semejante cosa significó muy poco para él. Ni una pregunta hizo a Javert; ni le buscaba ni le huía, y sufría sin aparentar conocerlo, aquella mirada incómoda y casi pesada.

Por algunas palabras sueltas escapadas a Javert se adivinaba que había buscado secretamente, con esa curiosidad propia de la raza, en que entra tanto el instinto como la voluntad, hasta las huellas y antecedentes que el tío Magdalena había podido dejar en otras partes. Parecía saber, y a veces decía con palabras embozadas, que alguno había tomado determinados informes en cierto país sobre cierta familia que había desaparecido. Una vez le aconteció decir hablando consigo mismo: «Creo que le he cogido». Luego se quedó tres días pensativo sin denunciar una palabra. Parecía que se había roto el hilo que había creído coger.

Por lo demás, y este es un correctivo necesario, al sentido demasiado absoluto que pudieran presentar ciertas palabras, nada puede haber verdaderamente infalible en una criatura huma-

na; y es propio del instinto precisamente el poder ser confundido, descaminado, desorientado. Sin esto sería superior a la inteligencia, y entonces resultaría que las bestias poseerían mejor luz que el hombre.

Javert estaba evidentemente desconcertado en algún modo por el aspecto natural y la tranquilidad de Magdalena.

Esto no obstante, un día su extraño comportamiento pareció hacer impresión en Magdalena, con el motivo que vamos a decir.

VI

EL TÍO FAUCHELEVENT

El señor Madgalena, pasando una mañana por una callejuela no empedrada de M., oyó ruido y viendo un grupo a alguna distancia, se acercó a él : un viejo llamado el tío Fauchelevent acababa de caer debajo de su carro, cuyo caballo se había rendido.

El tal Fauchelevent era uno de los raros enemigos que tenía el señor Magdalena en aquella época. Cuando Magdalena llegó al país, Fauchelevent, antiguo tabelión, y campesino casi letrado, tenía un comercio que empezaba a decaer. Fauchelevent vió aquel simple obrero que se enriquecía, mientras que él, amo, se arruinaba ; y de aquí que se llenase de envidia, y que hiciese siempre cuanto estuvo en su mano para perjudicar a Magdalena. Habiendo llegado su ruina, y no quedándole más que un carro y un caballo, y estando, por otra parte, sin familia y sin hijos, habíase hecho carretero para vivir.

El caballo tenía rotas las dos piernas y no se podía levantar. El anciano había caído entre las ruedas, y tan desgraciada había sido la caída, que todo el peso del carruaje, que iba muy cargado, gravitaba sobre su pecho. El tío Fauchelevent arrojaba lastimeros ayes. Habíase tratado de sacarlo, pero en vano. Un esfuerzo desordenado, un socorro mal entendido, una sacudida en falso podía acabar con él. No había más medio de libertarle que levantar el carruaje por debajo. Javert, que había llegado en el momento del accidente, había mandado a buscar un cabrestante.

El señor Magdalena llegó, y todos se apartaron con respeto.

—¡ Socorro ! — gritó el viejo Fauchelevent—. ¿ No habrá alguno tan bueno que quiera salvar a este viejo?

El señor Magdalena se volvió hacia los concurrentes :

—¿ No hay un cabrestante?—dijo.

—A buscarle han ido—respondió un aldeano.

—¿ Cuánto tiempo tardarán en traerlo?

—Han ido a lo más cerca, a Flachot, donde hay un herrador ; pero, con todo, aún tardarán un buen cuarto de hora.

—¡ Un cuarto de hora ! — exclamó Magdalena.

Había llovido la víspera, el suelo estaba húmedo, y el carro se hundía en tierra a cada instante, y comprimía más y más el pecho del viejo carretero. Era evidente que antes de cinco minutos tendría las costillas rotas.

—Es imposible aguardar un cuarto de hora—dijo Magdalena a los aldeanos que miraban.

—No hay más remedio.

—Pero entonces no será ya tiempo. ¿ No estáis viendo que el carro se hunde?

—¡ Gran Dios !

—Oíd—repuso Magdalena—, todavía queda debajo del carro bastante espacio para que un hombre pase y lo levante con la espalda. Medio minuto no más y se sacará a ese pobre hombre. ¿ Hay alguno que tenga puños y corazón? Hay cinco luises de oro para ganar.

Nadie chistó en el grupo.

—¡ Diez luises !—dijo Magdalena.

Los asistentes bajaron los ojos. Uno de ellos murmuró :

—Muy fuerte habría de ser. Se corre el peligro de quedar aplastado...

—¡ Vamos ! — añadió Magdalena—, ¡ veinte luises !

El mismo silencio.

—No es buena voluntad lo que les falta—dijo una voz.

El señor Magdalena se volvió y conoció a Javert. No lo había visto al llegar.

Javert continuó :

—Es la fuerza. Sería preciso ser un

hombre terrible para hacer la proeza de levantar un carro como ése con la espalda.

Y mirando fijamente al señor Magdalena, continuó recalcando cada una de las palabras que pronunciaba :

—Señor Magdalena ; no he conocido más que a un hombre capaz de hacer lo que pedís.

Magdalena se sobresaltó.

Javert añadió con tono de indiferencia, pero sin apartar los ojos de los de Magdalena :

—Era un forzado.

—¡ Ah !—dijo Magdalena.

—Del presidio de Tolón.

Magdalena se puso pálido.

Mientras tanto el carro se iba hundiendo lentamente. El tío Fauchelevent gritaba y aullaba :

—¡ Que me ahogo ! ¡ Se me rompen las costillas ! ¡ Una cabria ! ¡ Cualquier cosa ! ¡ Ah !

Magdalena miró a su alrededor.

—¿ No hay nadie, pues, que quiera ganarse veinte luises, y salvar la vida a ese pobre anciano?

Ninguno de los asistentes se movió. Javert repuso :

—No he conocido más que a un hombre que pudiera reemplazar a una cabria ; era un forzado.

—¡ Ah ! que me aplasta — gritó el viejo.

Magdalena levantó la cabeza, encontró los ojos de halcón de Javert siempre fijos sobre él, vió a los aldeanos y se sonrió tristemente. En seguida sin decir una palabra se puso de rodillas, y antes que la multitud hubiera podido arrojar un grito, estaba debajo del carro.

Hubo un momento espantoso de expectación y de silencio.

Vióse a Magdalena pegado a tierra bajo aquel peso espantoso probar dos veces en vano a juntar los codos con las rodillas : Gritábanle :

—Tío Magdalena, salid de ahí.

El mismo viejo Fauchelevent le dijo :

—¡ Señor Magdalena, marchaos ! ¡ No hay más remedio que morir, ya lo veis, dejadme ! ¡ Vais a ser aplastado también !

Magdalena no respondió.

Los concurrentes vacilaban. Las ruedas habían seguido hundiéndose, y era ya casi imposible que Magdalena saliese de debajo del carro.

De pronto se vió conmoverse la enorme masa, el carro se levantaba lentamente, las ruedas salían casi del carril. Oyóse una voz ahogada que exclamaba :

—¡ Pronto, ayudad !

Era Magdalena que acababa de hacer el último esfuerzo.

Todos se precipitaron. La abnegación de uno solo dió fuerza y valor a todos. El carro fué levantado por veinte brazos : el viejo Fauchelevent se había salvado.

Magdalena se levantó. Estaba lívido, aunque el sudor le caía a chorros. Su vestido estaba desgarrado y cubierto de lodo. Todos lloraban ; el viejo le besaba las rodillas y le llamaba el buen Dios. Magdalena tenía en su rostro no sé qué expresión de padecimiento feliz y celestial, y fijaba su vista tranquila sobre Javert que lo seguía mirando.

VII

FAUCHELEVENT SE HACE JARDINERO EN PARÍS

Fauchelevent se había dislocado la rótula en la caída. El tío Magdalena lo hizo llevar a una enfermería que había establecido para sus trabajadores en el edificio mismo de su fábrica, y que estaba asistida por dos hermanas de la caridad. A la mañana siguiente temprano el anciano se halló un billete de mil francos sobre la mesa de noche, con esta línea escrita por mano del tío Magdalena : «Os compro vuestro carro y vuestro caballo». El carro se había roto, y el caballo muerto. Fauchelevent curó ; pero la pierna le quedó anquilosada. El señor Magdalena, por recomendación de las hermanas y de su cura, hizo colocar al pobre hombre de jardinero en un convento de monjas del barrio de San Antonio, en París.

Algún tiempo después, el señor Magdalena fué nombrado alcalde. La primera vez que Javert vió al señor Magdalena revestido de la banda que le daba toda autoridad sobre la población,

experimentó la especie de estremecimiento que sentiría un mastín que olfatease un lobo bajo los vestidos de su amo. Desde aquel momento huyó de él todo cuanto pudo, y cuando las necesidades del servicio lo exigían imperiosamente, y no podía menos de encontrarse con el señor alcalde, le hablaba con un respeto profundo.

La prosperidad creada por el tío Magdalena en M. tenía además de los signos visibles que hemos indicado, otro síntoma, que por no ser visible no era menos significativo; síntoma que no engaña nunca. Cuando la población padece, cuando falta el trabajo, cuando el comercio es nulo, el contribuyente resiste el impuesto por penuria, deja pasar los plazos, y el Estado gasta mucho dinero en apremios y reintegros. Cuando el trabajo abunda, cuando el país es feliz y rico, el impuesto se paga cómodamente, y cuesta poco al Estado. Puede decirse que la miseria y la riqueza públicas tienen un termómetro infalible en los gastos de percepción del impuesto. En siete años los gastos de percepción del impuesto habían bajado las tres cuartas partes en el distrito de M., lo cual era causa de que se citase frecuentemente este distrito entre todos por el señor de Villèle, entonces ministro de Hacienda.

Tal era la situación del país cuando volvió a él Fantina. Nadie se acordaba de ella, pero afortunadamente la puerta de la fábrica del señor Magdalena era como un rostro amigo. Se presentó y fué admitida en el obrador de las mujeres. Era el oficio enteramente nuevo para Fantina, y no podía estar muy experta en él; por lo tanto sacaba poca cosa como producto de su jornal; pero al fin aquello le bastaba; el problema estaba resuelto; se ganaba la vida.

VIII

LA SEÑORA VICTURNIEN GASTA TREINTA FRANCOS EN FAVOR DE LA MORALIDAD

Cuando Fantina vió que vivía con su trabajo, tuvo un momento de alegría. Ganarse la vida honradamente, ¡qué favor del Cielo! Recobró verdaderamente el gusto del trabajo. Se compró un espejo, se regocijó de ver en él su juventud, sus hermosos cabellos, sus hermosos dientes; olvidó muchas cosas; no pensó sino en Cosette y en el porvenir posible, y fué casi feliz. Alquiló un cuartito y lo amuebló de fiado sobre su trabajo futuro; resto de sus hábitos de desorden.

No pudiendo decir que estaba casada, se guardó mucho, como lo hemos dejado entrever, de hablar de su pequeña hija.

En un principio, como hemos visto, pagaba exactamente a los Thenardier; y como no sabía más que firmar, para escribirles, se veía obligada a valerse de un memorialista.

Escribía con frecuencia, y esto se echó de ver. Empezóse a decir en voz baja en el taller de mujeres que Fantina «escribía cartas» y que «tenía ciertas maneras».

Nadie mejor para espiar las acciones de los demás que aquellos que nada tienen que ver con ellos. ¿Por qué ese caballero no viene sino al obscurecer? ¿Por qué el señor N. no cuelga la llave en su respectivo clavo de la portería, el jueves? ¿Por qué va siempre por calles extraviadas? ¿Por qué la señora se baja del coche de alquiler antes de llegar a la casa? ¿Por qué envía a buscar un cuadernillo de papel de cartas, cuando tiene llena la papelera? etc., etc. Existen seres que por saber el secreto de tales enigmas, que les son por lo demás perfectamente indiferentes, gastan más dinero, desperdician más tiempo y se toman más trabajo que costaría ejecutar diez buenas acciones; y todo ello lo hacen gratuitamente, por placer, sin que su curiosidad reciba más paga que la curiosidad. Seguirán a éste o a aquél días enteros, harán largas horas centinelas en las esquinas, entre los árboles, de noche, con frío y con lluvia, corromperán criados, emborracharán cocheros y lacayos, comprarán a la doncella, harán la adquisición de un portero, ¿para qué? Para nada. Por encarnizamiento de ver, de saber vidas ajenas, por pura comezón de murmurar. Y frecuentemente, conocidos estos secretos, publicados estos misterios, descubiertos estos enigmas a la luz de día, producen ca-

tástrofes, duelos, quiebras, ruinas de familia, existencias amargadas, con gran gozo de aquellos que lo han «descubierto todo», sin interés y por puro instinto. Cosa triste en verdad.

Ciertas personas son malas únicamente por necesidad de hablar. Su palabra, conversación en la sala, habladuría en la antecámara, es como esas chimeneas que consumen pronto la leña ; necesitan mucho combustible ; y el combustible es el prójimo.

Observóse, pues, a Fantina.

Añádase que más de una tenía envidia de sus cabellos rubios y de sus blancos dientes.

Averiguóse que en el obrador, entre las demás, se volvía frecuentemente para enjugar una lágrima. Eran los momentos en que pensaba en su hija, y quizá también en el hombre a quien había amado.

Es una obra dolorosa la de romper los sombríos lazos de lo pasado.

Se descubrió también que escribía por lo menos dos veces al mes, siempre con el mismo sobre, y que franqueaba las cartas. Consiguióse adquirir un sobre que decía : «Al señor Thenardier, mesonero en Montfermeil». Hízose hablar en la taberna al memorialista, viejo que no podía llenar su estómago de vino tinto sin desocupar su pecho de secretos. En una palabra, se supo que Fantina tenía un hijo «que debía ser una especie de hija». Hubo comadre que hizo el viaje a Montfermeil, habló a los Thenardier, y dijo a su vuelta : «Mis treinta y cinco francos me ha costado, pero lo sé todo. He visto a la criatura.»

La comadre que esto hizo, era una gorgona, llamada señora Victurnien, guardiana y portera de la virtud de todo el mundo. La señora Victurnien, mujer de cincuenta y seis años, tenía forrada la máscara de su fealdad con la máscara de la vejez, voz encabritada y espíritu capricante., Semejante vieja, había sido joven, cosa admirable. En su juventud, en pleno noventa y tres, casó con un fraile escapado del claustro, con gorro colorado, y que pasó de los bernardinos a los jacobinos. Era flaca, seca, áspera puntiaguda, espinosa, casi ponzoñosa ; siempre acordándose de su fraile, de quien estaba viuda, y que la había domado y plegado mucho. Era una ortiga en que se advertía el rozamiento del hábito frailesco. Cuando la Restauración, se hizo devota ; pero tan enérgicamente, que los clerizontes le perdonaron su boda con el fraile. Poseía un pequeño patrimonio que había legado a campana herida a una comunidad religiosa, y estaba muy bien vista en el obispado de Arras. Esta tal señora Victurnien fué, pues, la que pasó a Montfermeil, y volvió diciendo : «He visto a la niña.»

Tantos pasos pidieron tiempo ; Fantina llevaba ya un año en la fábrica, cuando una mañana la sobrestante del obrador le entregó, de parte del señor alcalde, cincuenta francos, diciéndole que ya no formaba parte del taller, y que el señor alcalde la invitaba a salir fuera del país.

Esto ocurrió precisamente en el mismo mes en que los Thenardier, después de haber pedido doce francos en lugar de seis, acababan de exigir quince francos en vez de doce.

Fantina quedó aterrada. No podía salir del pueblo ; debía el alquiler de la casa y de los muebles. Cincuenta francos no eran bastantes para solventar estas deudas. Balbuceó algunas palabras de súplica ; pero la sobrestante le dió a entender que tenía que salir inmediatamente del obrador. Por otra parte, Fantina no era más que una trabajadora mediana. Oprimida por la vergüenza, más que por la desesperación, dejó el obrador y entró en su casa. Su falta era, pues, conocida por todos.

No se sentía con fuerzas para decir una palabra. Aconsejáronla que viese al alcalde ; pero no se atrevió. El alcalde le daba cincuenta francos, porque era bueno, y la despedía, porque era justo. Se sometió, pues, a su decreto.

IX

TRIUNFO DE LA SEÑORA VICTURNIEN

La viuda del fraile sirvió, pues, para algo.

En cuanto al señor Magdalena, no supo nada de aquello. Tales son las combinaciones de que está llena la vi-

da. El señor Magdalena no acostumbraba a entrar casi nunca en el taller de mujeres.

Había puesto al frente de este obrador a una soltera vieja que le había proporcionado el cura, y tenía toda su confianza en aquella capataza, persona respetable verdaderamente, firme, equitativa, íntegra, llena de la caridad que consiste en dar ; pero que no poseía en el mismo grado la caridad que consiste en comprender y en perdonar. El señor Magdalena descuidaba en ella. Los mejores hombres se ven obligados ordinariamente a delegar su autoridad ; en uso de la cual, y con la convicción de que obraba bien, la capataza instruyó el proceso, juzgó, condenó y ejecutó a Fantina.

Respecto de los cincuenta francos, los dió de una cantidad que el señor Magdalena le confiaba para limosnas y socorros a las trabajadoras, y de que no daba cuenta.

Fantina se ofreció como criada en la localidad, y fué de casa en casa. Nadie la admitió. No había podido dejar el pueblo. El prendero a quien debía los muebles, ¡ qué muebles ! le dijo : «Si os marcháis, os haré prender por ladrona.» El propietario a quien debía el alquiler, le dijo : «Sois joven y bonita, podéis pagar.» Dividió los cincuenta francos entre el prendero y el propietario ; devolvió a aquél las tres cuartas partes de los muebles, no quedándose más que con lo necesario, y se encontró sin trabajo, sin profesión, sin tener más que su cama, y debiendo todavía sobre cien francos.

Púsose a coser camisas para los soldados de la guarnición, con lo que ganaba doce sueldos al día : su hija le costaba diez. Entonces fué cuando comenzó a pagar mal a los Thenardier.

No obstante, una anciana que le encendía la luz cuando volvía de noche, le enseñó el arte de vivir en la miseria. Detrás del vivir con poco, hay el vivir con nada : son dos habitaciones ; la primera obscura, la segunda tenebrosa.

Fantina aprendió cómo se vive completamente sin fuego en el invierno, cómo se renuncia al pájaro que comía un maravedí de alpiste todos los días, cómo se hace de la saya manta y de la manta saya, cómo se ahorra la vela tomando la comida a la luz de la ventana de enfrente. Nadie conoce el partido que ciertos seres débiles que han envejecido en la miseria y en la honradez saben sacar de un cuarto. Llega esto hasta ser un talento. Fantina adquirió este sublime talento, y recobró un poco de valor.

En aquella época decía a una vecina : «¡ Bah ! me digo yo, no durmiendo más que cinco horas, y trabajando todo lo demás en la costura, siempre llegaré a ganar casi para pan. Además, cuando se está triste, se come menos. De modo, que con los padecimientos, las inquietudes, un poco de pan por una parte, y los pesares por otra, entre todo me alimentaré.»

En su miseria, haber tenido a su hija hubiese sido una extraña felicidad. Pensó en llevarla consigo ; pero, ¿qué? ¿para hacerla participar de su desnudez? Además, debía a los Thenardier ; ¿cómo pagar? Y el viaje, ¿cómo costearle?

La vieja que le había dado lo que pudiera llamarse lecciones de vida indigente, era una buena mujer llamada Margarita, devota con buena devoción, pobre y caritativa para los pobres, y aun para los ricos ; sabía escribir lo suficiente para firmar «Marjarrita», y creía en Dios, lo que constituye la ciencia.

Hay muchas de estas virtudes, hoy humilladas, que un día estarán en lo alto. Esta vida tiene un día siguiente.

En los primeros tiempos se encontró Fantina tan avergonzada, que no se había atrevido a salir.

Cuando iba por la calle comprendía que la gente volvía la cabeza a su paso y la señalaban con el dedo ; todos la miraban, y nadie la saludaba ; el desprecio acre y frío de los transeuntes le penetraba en las carnes y en el alma como un viento helado.

En las pequeñas poblaciones una desgracia se encuentra expuesta al sarcasmo y a la curiosidad de todos. En París siquiera nadie os conoce, y esta obscu-

ridad es como un vestido. ¡ Oh ! ¡ cuánto deseaba volver a París ! ¡ Pero era imposible !

Era preciso acostumbrarse al menosprecio, como se había acostumbrado a la indigencia. Poco a poco fué tomando resolución. Después de dos o tres meses, sacudió la vergüenza, y empezó a salir como si nada hubiera sucedido.

—Tanto me da—dijo.

Fué y vino, con la cabeza levantada, con amarga sonrisa, y comprendió que se iba haciendo descarada.

La señora Victurnien, cuando la veía pasar por debajo de su ventana, notaba la miseria de «aquella criatura», puesta gracias á ella «en su lugar» y se felicitaba. Los malos tienen una felicidad negra.

El exceso de trabajo fatigaba a Fantina, y se le aumentó la pequeña tos que la aquejaba. Un día decía a su vecina Margarita :

—Tocad, veréis qué calientes tengo las manos.

No obstante, cuando por las mañanas se peinaba con un viejo peine roto sus hermosos cabellos que relumbraban como la seda floja, tenía sus minutos de feliz coquetería.

X

CONTINUACIÓN DEL TRIUNFO

Fantina fué despedida a fines de invierno ; pasó el verano y el invierno volvió. Días cortos, menos trabajo. En invierno no hay calor, no hay luz, no hay mediodía ; la tarde se junta con la mañana ; todo es niebla, crepúsculo ; la ventana está empañada, no se ve claro. El cielo es un tragaluz ; todo el día es cueva, el sol tiene el aspecto de un pobre. El invierno convierte en piedra el agua del cielo y el corazón del hombre. Sus acreedores la acosaban.

Fantina ganaba poquísimo : sus deudas se habían aumentado. Los Thenardier, mal pagados, le escribían a cada instante cartas cuyo contenido la afligía y cuyo porte la arruinaba. Un día le escribieron que su pequeña Cosette estaba enteramente desnuda con el frío que hacía, que tenía necesidad de una saya de lana, y que era preciso que su madre enviase diez francos para ella. Recibió la carta y la estrujó entre sus manos todo el día. Por la noche entró en la casa de un peluquero que habitaba en un rincón de la calle, y se quitó el peine. Sus admirables cabellos rubios le cayeron hasta las caderas.

—¡ Hermoso pelo !—exclamó el peluquero.

—¿ Cuánto me daréis por él?—dijo ella.

—Diez francos.

—Cortadlo.

Compró un vestido de punto y lo envió a los Thenardier, los cuales se pusieron furiosos. Dinero era lo que ellos querían. Dieron el vestido a Eponina ; y la pobre Alondra continuó tiritando.

Fantina pensó : «mi niña no tiene frío. La he vestido con mis cabellos». Gastaba pequeños gorros redondos, que ocultaban su cabeza trasquilada, y con los cuales aún estaba bonita.

Verificábase a la sazón un trabajo tenebroso en el corazón de Fantina.

Cuando vió que ya no podía peinarse, comenzó a tomar odio a cuanto la rodeaba. Había participado por mucho tiempo de la veneración de todos hacia el tío Magdalena : y esto no obstante, a fuerzas de repetirse que él había sido el que la había despedido y la causa de su desgracia, llegó hasta odiarle más que a nadie. Cuando pasaba por delante de la fábrica, a las horas en que las trabajadoras estaban a la puerta, afectaba reír y cantar.

Una anciana trabajadora que una vez la vió reír y cantar de aquella manera, dijo : «He ahí una joven que acabará mal.»

Fantina tomó un amante, el primero que se presentó, un hombre a quien no amaba, por despique, con la rabia en el corazón. Era un miserable, un ocioso indigente, que la maltrataba, y que la dejó como ella le había tomado, con disgusto.

Fantina adoraba a su hija.

A medida que iba descendiendo, cuanto más sombrío se hacía todo a su alrededor, más irradiaba en el fondo de su alma aquel dulce angelito. Fantina decía : «Cuando yo sea rica tendré a mi Cosette conmigo» ; y se sonreía. La tos

no la abandonaba, y sentía sudores en la espalda.

Cierto día recibió una carta de los Thenardier concebida en estos términos:

«Cosette está mala de una enfermedad que hay en el pueblo. Tiene lo que llaman una fiebre miliar. Necesita medicamentos caros, lo cual nos arruina, y ya no podemos pagar más. Si no nos enviáis cuarenta francos antes de ocho días, la niña habrá muerto.»

Echóse a reír a carcajadas, y dijo a su anciana vecina:

—¡Vaya, que está bueno! ¡cuarenta francos! es decir, ¡dos napoleones de oro! ¿De dónde quieren que yo los saque? ¡Qué tontos son esos aldeanos!

No obstante, se dirigió a la escalera, cerca de una ventanilla, y leyó de nuevo la carta.

En seguida bajó la escalera, y salió corriendo y saltando, siempre riendo.

Uno que la encontró, le dijo:

—¿Qué tenéis para estar tan alegre?

Fantina respondió:

—Una gran tontería que acaban de escribirme unos aldeanos; me piden cuarenta francos. ¡Lugareños al fin!

Al pasar por la plaza vió mucha gente que rodeaba un coche de forma caprichosa, sobre el cual peroraba un hombre vestido de rojo. Era un charlatán, dentista en ejercicio, que ofrecía al público dentaduras completas, opiatas, polvos y elixires.

Fantina se unió al grupo, y se echó a reír como los demás, con aquella arenga en que había germanía para la canalla, y jerga para la gente fina. El sacamuelas vió aquella hermosa joven que reía y exclamó de pronto:

—¡Hermosos dientes tenéis, joven risueña! Si queréis venderme los incisivos, os daré por cada uno un napoleón de oro.

—¿Y cuáles son los incisivos?—preguntó Fantina.

—Incisivos—repuso el profesor dentista—, son los dientes de delante, los dos de arriba.

—¡Qué horror!—exclamó Fantina.

—¡Dos napoleones de oro!—masculló una vieja desdentada que estaba allí—. ¡Vaya una mujer feliz!

Fantina echó a correr, y se tapó las orejas para no oír la voz endiablada de aquel hombbre que le gritaba:

—¡Reflexionad, hermosa! Dos napoleones son algo. Si el corazón os aconseja, id a verme esta tarde a la posada de la «Cubierta de Plata» donde me encontraréis.

Fantina volvió a su casa; iba indignada, y contó el caso a su buena vecina Margarita.

—¿Comprendéis eso? ¿No es verdad que es un hombre abominable? ¿Cómo se deja que esa gente ande por el pueblo? ¡Arrancarme los dos dientes de delante! ¡Eso sería horrible! Los cabellos vuelven a crecer; ¡pero los dientes! ¡Ah, monstruo! Antes querría arrojarme desde un piso quinto de cabeza a la calle. Me ha dicho que estaría esta tarde en la «Cubierta de Plata».

—¿Y cuánto daba?—preguntó Margarita.

—Dos napoleones de oro.

—Que son cuarenta francos.

—Sí—dijo Fantina—; cuarenta francos.

Se quedó pensativa, y se puso a la labor. Al cabo de un cuarto de hora dejó la costura, y volvió a leer la carta de los Thenardier en la escalera.

Al volver a entrar dijo a Margarita que trabajaba a su lado:

—¿Qué es una fiebre miliar? ¿lo sabéis?

—Sí—respondió la vieja—, es una enfermedad.

—¿Y se necesitan muchas medicinas?

—¡Oh! medicinas terribles.

—¿Y en qué consiste?

—Es una erupción como otras.

—¿Y ataca sólo a los niños?

—Principalmente a los niños.

—¿Y mueren muchos?

—Muchos—dijo Margarita.

Fantina saltó y fué una vez más a leer la carta en la escalera.

Por la tarde bajó, y se la vió dirigirse hacia la calle de París en que están las posadas.

A la mañana siguiente, como Margarita entrase en el cuarto de Fantina antes de amanecer, porque trabajaban siempre juntas, y de este modo no encendían más que una luz para las dos,

encontró a Fantina pálida, helada. No se había acostado. La gorra se le había caído sobre las rodillas. La luz había ardido toda la noche, y estaba casi consumida.

Margarita se detuvo en el umbral de la puerta, petrificada por tan enorme desorden, y exclamó:

—¡Señor, la vela se ha consumido toda! ¿Qué ocurre?

Después miró a Fantina, que volvía hacia ella su cabeza sin cabellos.

Desde la víspera había Fantina envejecido diez años.

—¡Jesús!—dijo Margarita—; ¿qué tenéis, Fantina?

—Nada—respondió Fantina—. Al contrario. Mi niña no morirá de esa espantosa enfermedad por falta de socorros. Estoy contenta.

Al hablar así, señalaba a la vieja dos napoleones de oro que relucían sobre la mesa.

—¡Jesús, Dios mío!—dijo Margarita—.Eso es una riqueza; ¿de dónde habéis sacado esas monedas de oro?

—Las he ganado—dijo Fantina.

Al mismo tiempo se sonrió. La vela alumbraba su rostro. Era una sonrisa sangrienta. Una saliva rojiza surcaba los extremos de los labios, y en la boca tenía un agujero negro.

Los dos dientes habían sido arrancados.

Envió, pues, los cuarenta francos a Montfermeil.

Por lo demás aquello había sido una estratagema de los Thenardier para sacar dinero. Cosette no estaba mala.

Fantina tiró su espejo por la ventana. Hacía mucho tiempo que había dejado su celda del segundo piso por un tabuco cerrado con un picaporte, debajo del tejado; una de esas boardillas en que el techo forma ángulo con el suelo, y en que a cada instante tropieza la cabeza. El pobre no puede penetrar en el fondo de su cuarto, como en el fondo de su destino, sino encorvándose más y más. Fantina no tenía ya cama, y le quedaba un pingajo, al que llamaba cobertor, un colchón en el suelo y una silla desvencijada. Un rosalito que tenía se le había secado olvidado en un rincón; y en el otro se veía una orza de manteca que servía para poner el agua, que se helaba en el invierno, y en la cual quedaban marcados los diferentes niveles del líquido por círculos de hielo.

Fantina había perdido el pudor; después perdió la coquetería, y últimamente hasta el aseo. Salía con papalinas sucias; y ya por falta de tiempo, ya por indiferencia, no recosía su ropa. A medida que se rompían los talones, iba metiendo las medias en los zapatos, lo cual se descubría por ciertos pliegues perpendiculares. Remendaba su corpiño viejo y gastado con pedazos de algodón que se desgarraban al menor movimiento. Las personas a quienes debía le daban «escándalos» y no le dejaban ningún reposo. Encontrábalas en la calle, y las volvía a encontrar en las escaleras. Pasaba las noches llorando y pensando: tenía los ojos muy brillantes, y sentía un dolor fijo en la espaldilla hacia lo alto del omoplato izquierdo. Tosía mucho; odiaba profundamente al tío Magdalena, y no se quejaba. Se pasaba cosiendo diez y siete horas al día; pero un contratista del trabajo de las cárceles que hacía trabajar más barato a las presas, hizo de pronto bajar los precios, con lo cual se redujo el jornal de las trabajadoras libres a nueve sueldos. ¡Diez y siete horas de trabajo y nueve sueldos diarios! Sus acreedores eran más implacables que nunca. El prendero que había recobrado casi todos los muebles, le decía: «¿Cuándo me pagarás, pícara?» ¿Qué más quería ella, Dios mío? Se veía acorralada, y se iba desarrollando en ella algo de la fiera. Por entonces también Thenardier le escribió diciendo que la había esperado mucho tiempo con demasiada bondad; que necesitaba cien francos inmediatamente; que si no se los enviaba, pondría en la calle a la pequeña Cosette, aunque convaleciente de su gran enfermedad, con frío por los caminos, a que fuese de ella lo que quisiera, y reventase si tal era su gusto.

—Cien francos—pensó Fantina—. ¿Pero dónde hay ocupación en que ganar cien sueldos diarios? Vaya—dijo—, vendamos el resto.

La infortunada se hizo mujer pública.

XI

CHRISTUS NOS LIBERAVIT

¿Qué es esta historia de Fantina? Es la sociedad comprando una esclava.

¿A quién? A la miseria.

Al hambre, al frío, al abandono, al aislamiento, a la desnudez. ¡Mercado doloroso! Un alma por un pedazo de pan: la miseria ofrece, la sociedad acepta.

La santa ley de Jesucristo gobierna nuestra civilización; pero no la penetra todavía. Se dice que la esclavitud ha desaparecido de la civilización europea, y es un error. Existe todavía; sólo que no pesa ya sino sobre la mujer, y se llama prostitución.

Pesa sobre la mujer, es decir, sobre la gracia, sobre la debilidad, sobre la belleza, sobre la maternidad. No es ésta una de las menores ignominias del hombre.

En el punto a que hemos llegado de este doloroso drama, nada le queda a Fantina de lo que era en otro tiempo. Se ha convertido en mármol al hacerse lodo. Quien la toca, siente frío. Pasa, o sufre, y no sabe quién sois: es la figura deshonrada y severa: la vida y el orden social le han dicho su última palabra. Le ha acontecido todo lo que podía acontecerle. Todo lo ha sentido, todo lo ha sufrido, todo lo ha experimentado, todo lo ha soportado, todo lo ha perdido, todo lo ha llorado. Está resignada, con esa resignación que se parece a la indiferencia, como la muerte se parece al sueño. Nada evita, nada teme. Que caiga sobre ella toda la nube, y pase sobre ella todo el Océano, ¿qué le importa? Es una esponja empapada.

Así lo cree ella a lo menos. Pero es un error creer que la suerte se agota, y que se toca el fondo de ninguna situación, cualquiera que sea.

¡Ah! ¿qué son esos destinos así lanzados y empujados confusamente? ¿Adónde van? ¿Por qué son así?

El que esto sabe, ve en toda obscuridad.

Es solo: se llama Dios.

XII

LOS OCIOS DEL SEÑOR BAMATABOIS

Hay en todas las poblaciones pequeñas, y había en particular en M.—a orillas del M. — una clase de jóvenes que consumen quinientas libras de renta en provincia, con el mismo aire con que sus iguales devoran en París doscientos mil francos por año. Pertenecen estos seres a la gran especie neutra; impotentes, parásitos, nulos, que tienen un poco de tierra, un poco de tontería y un poco de chispa; que serían rústicos en un salón, y se creen caballeros en una taberna; que dicen mis prados, mis bosques, mis colonos; que silban a las actrices del teatro para probar que son personas de gusto; que riñen con los oficiales de la guarnición para demostrar que son gente de armas tomar; que cazan, fuman, bailan, beben, huelen a tabaco, juegan al billar, miran bajar a los viajeros de la diligencia, viven en el café, comen en la fonda, tienen un perro que roe los huesos debajo de la mesa, y una querida que pone los platos encima; que escatiman un sueldo, exageran las modas, admiran la tragedia, desprecian a las mujeres, gastan las botas viejas, copian a Londres al través de París, y a París al través de Pont-à-Musson, envejecen embrutecidos, no trabajan, no sirven de nada y tampoco dañan gran cosa.

Si Félix Tholomyes hubiese permanecido en su provincia y no hubiera visto nunca a París, habría sido uno de esos hombres.

De ellos, si fueran más ricos, se diría: «son elegantes»; si fueran más pobres: «son holgazanes». Tales como son, se les llama simplemente «desocupados». Entre estos desocupados, los hay fastidiosos y fastidiados, filosofastros y pillastres.

Por aquel tiempo, un elegante se componía de un gran cuello, una gran corbata, un reloj con dijes, tres chalecos sobrepuestos de colores diferentes, el azul y rojo interiores, un frac de color de aceituna, de talle corto y de cola

de merluza, con dos carreras de botones de plata, apretados unos contra otros y subiendo hasta el hombro, y un pantalón color de aceituna más claro, adornado con sus dos costuras con un número de franjas indeterminado, pero siempre impar, que variaba de una a once, límite de que no se pasaba nunca. Añádanse a esto unas botitas con pequeñas herraduras en el tacón, un sombrero de alta copa y de alas estrechas, cabellos levantados formando tupé, un enorme bastón, una conversación realzada por los retruécanos de Potier, y, sobre todo, espuelas y bigotes. En aquella época los bigotes querían decir paisano, y las espuelas peatón.

El elegante de provincia llevaba las espuelas más largas, y los bigotes más pronunciados que el de París.

Era la época de la lucha entre las repúblicas de la América meridional y el rey de España, de Bolívar contra Morillo. Los sombreros de alas cortas eran realistas, y se llamaban «morillos» ; los liberales llevaban sombreros de anchas alas, que se llamaban «bolívares».

Ocho o diez meses después de lo que se deja referido en las páginas precedentes, en los primeros días de 1823, una tarde que había nevado, uno de estos elegantes, uno de estos desocupados «de buenas ideas», porque llevaba un morillo, e iba además bien embozado en una de aquellas grandes capas que completaban en el tiempo frío el traje de moda, se divertía en hostigar a una mujer que pasaba en traje de baile, toda descotada y con flores en la cabeza, por delante del café de los oficiales. Aquel elegante fumaba, porque tal era decididamente la moda.

Cada vez que la mujer pasaba por delante de él, la arrojaba con una bocanada de humo de su cigarro algún apóstrofe que él creía chistoso y agudo, como : «¡ Qué fea eres ! ¿Cuándo te ocultas? No tienes dientes, etc., etc.» La mujer, triste espectro vestido, que iba y venía sobre la nieve, no le respondía, ni siquiera lo miraba, y no por eso recorría con menos regularidad su paseo, que la ponía cada cinco minutos bajo el sarcasmo, como el soldado que va y vuelve en una carrera de baquetas. El poco efecto que causaba picó sin duda al ocioso, que aprovechando un momento en que la mujer se volvía, se fué tras ella a paso de lobo, y ahogando la risa, se bajó, tomó del suelo un puñado de nieve y se lo puso bruscamente en la espalda entre sus dos hombros desnudos. La joven lanzó un rugido, se volvió, saltó como una pantera, y se arrojó sobre el hombre clavándole las uñas en el rostro con las más espantosas palabras que pueden oírse en un cuerpo de guardia. Aquellas injurias, vomitadas por una voz enronquecida por el aguardiente, salían asquerosamente de la boca de una mujer, a la cual faltaban, en efecto, los dos dientes incisivos. Era Fantina.

Al ruido que produjo, los oficiales salieron del café, los transeuntes se agruparon también, y se formó un gran círculo alegre, azuzando y aplaudiendo alrededor de aquel torbellino, compuesto de dos seres en quienes con trabajo podían distinguirse un hombre y una mujer ; el hombre defendiéndose, con el sombrero en tierra, la mujer golpeando con pies y manos, descompuesta, rugiente, sin dientes y sin cabellos, lívida de cólera, horrible.

De pronto, un hombre de alta estatura salió de entre la multitud, agarró a la mujer por el vestido de raso verde, cubierto de lodo, y le dijo :

—¡ Sígueme !

La mujer levantó la cabeza, y su voz furiosa se apagó súbitamente. Sus ojos se pusieron vidriosos ; de lívida se quedó pálida, y temblaba con estremecimientos de terror. Había concido a Javert.

El elegante aprovechó la ocasión para escaparse.

XIII

SOLUCIÓN DE ALGUNAS CUESTIONES DE POLICÍA MUNICIPAL

Javert alejó a los concurrentes, deshizo el círculo y echó a andar a grandes pasos hacia la oficina de policía, que estaba al extremo de la plaza, arrastrando tras sí a la miserable. Ella se dejó llevar maquinalmente. Ni él ni

ella decían una sola palabra. La nube de espectadores, en el paroxismo de la alegría, los seguía con sus pullas. La suprema miseria es siempre ocasión de obscenidades.

Al llegar a la oficina de policía, que era una sala baja, caldeada por una estufa, y custodiada por un guardia, con una puerta vidriera enrejada que daba a la calle, Javert abrió la puerta, entró con Fantina, y cerró detrás de sí con gran desconcierto de los curiosos, que se empinaron sobre la punta de los pies, y alargaron el cuello por la vidriera obscura del cuerpo de guardia, procurando ver. La obscuridad es una glotonería. Ver es devorar.

Al entrar Fantina fué a sentarse en un rincón inmóvil y muda, acurrucada como perro que tiene miedo.

El sargento de la guardia puso una luz encendida sobre una mesa. Javert se sentó, sacó del bolsillo una hoja de papel sellado, y se puso a escribir.

Esta clase de mujeres están enteramente abandonadas por nuestras leyes a la discreción de la policía, la cual hace de ellas lo que quiere; las castiga como bien le parece, y confisca a su talante esas dos tristes cosas que se llaman su industria y su libertad. Javert estaba impasible: en su rostro grave no se traslucía emoción alguna. Y no obstante, se hallaba profunda y gravemente absorto. Era aquel uno de esos momentos en que ejercía, sin sujeción a nadie, pero con todos los escrúpulos de una conciencia severa, su temible poder discrecional. En aquel instante comprendía que su asiento de agente de policía era un tribunal. Juzgaba, y además condenaba. Llamaba a su auxilio cuantas ideas tenía en su espíritu para el gran desempeño de la gran cosa que estaba haciendo. Cuanto más examinaba el hecho de aquella joven, se sentía tanto más indignado. Era evidente que acababa de ver en la calle a la sociedad representada por un propietario elector, insultada y atacada por una criatura excluída de todo derecho. Una prostituta había atentado contra un ciudadano. Lo había él visto, él, Javert. Escribía, pues, en silencio.

Cuando terminó, firmó, dobló el papel, y dijo al sargento de guardia, entregándoselo:

—Tomad tres hombres y conducid a esta joven a la cárcel.

Luego, volviéndose hacia Fantina, añadió:

—Ya tienes para seis meses.

La desgraciada se estremeció.

—¡Seis meses, seis meses de presidio! —exclamó—. ¡Seis meses de ganar siete sueldos por día! ¿Qué va a ser de Cosette, mi hija, mi hija? Debo más de cien francos a los Thenardier, señor inspector, ¿no lo sabéis?

Fantina se arrastró por las baldosas mojadas por las botas llenas de lodo de todos aquellos hombres, sin levantarse, juntando las manos y dando grandes pasos con las rodillas.

—Señor Javert—dijo—, os pido perdón. Os aseguro que yo ni he tenido la culpa. Si hubieseis presenciado el principio de la ocurrencia, hubierais visto. Os lo juro por Dios que no he tenido la culpa. Ese caballero, a quien yo no conocía, me echó nieve en la espalda. ¿Hay derecho para ponernos nieve en la espalda cuando vamos tranquilamente por nuestro camino sin hacer mal a nadie? Por eso me exalté. Estoy algo enferma, miradlo; además, hacía mucho tiempo que me estaba insultando: «¡Eres fea, no tienes dientes!» Ya sé que no tengo dientes. Yo no hacía nada, decía: es un caballero que se divierte. Fuí prudente con él; no le dije nada. Entonces me puso la nieve. Señor Javert, mi buen señor inspector, ¿no hay nadie que lo haya visto para deciros que es verdad lo que cuento? Habré hecho mal en enfadarme; pero ya veis, en el primer momento nadie es dueño de sí; hay prontos. Es cruel sentir sobre sí una cosa tan fría cuando menos se espera. He faltado en derribar el sombrero de aquel caballero. Pero, ¿por qué se ha marchado? Yo le pediría perdón. ¡Oh, Dios mío! Nada me costaría pedirle perdón. Dispensadme por esta vez, señor Javert. Mirad, no sabéis esto: en las prisiones no se ganan más que siete sueldos, lo cual no es culpa del gobierno; pero ello es que se ganan siete sueldos; y figuraos que yo tengo que pagar cien francos, de lo contrario me envia-

rán a mi hija. ¡Dios mío, yo no puedo tenerla conmigo! ¡Es tan vergonzoso lo que yo hago! ¡Oh, mi Cosette! ¡Oh, mi ángel de la santa Virgen! ¿qué sería de ella? Mirad, los Thenardier, los posaderos, los campesinos no entienden de razones. Necesitan dinero. No me metáis en la cárcel. Mirad, tengo una niña, a quien pondría en mitad de la calle a la ventura, en mitad del invierno; es preciso tener piedad de esas criaturas, mi buen señor Javert. Si fuera mayor, ya ganaría su vida; pero no puede aquel ángel. Yo no soy una mala mujer en el fondo. No es el vicio ni la holgazanería lo que han hecho de mí lo que veis. Si bebo aguardiente, es por miseria. No me gusta, pero me aturde. Cuando yo era más feliz, si se hubieran examinado mis armarios, se habría visto bien que no era una mujer coqueta que gusta del desorden. Yo tenía ropa blanca, mucha ropa blanca. Tened piedad de mí, señor Javert.

Fantina hablaba así arrodillada, agitada por los sollozos; ciega por las lágrimas, desnuda la garganta, retorciéndose las manos, tosiendo con tos seca y corta, balbuceando en voz baja con la voz de la agonía. El dolor grande es un rayo divino y terrible que transfigura a los miserables. En aquel momento Fantina había vuelto a estar hermosa. En ciertos instantes se detenía y besaba tiernamente el levitón del polizonte. Hubiera enternecido un corazón de granito; pero no enterneció un corazón de palo.

—Vamos—dijo Javert—, ya te he oído. ¿Has acabado ya? Ahora marcha. ¡Ya tienes para seis meses! Ni el Padre Eterno en persona podría hacer nada en esto.

Cuando Fantina oyó las solemnes palabras: «ni el Padre Eterno en persona podría hacer nada» comprendió que la sentencia se había dictado. Quedó abatida completamente, y cayó murmurando:

—¡Perdón!

Javert volvió la espalda.

Los soldados la cogieron por el brazo.

Algunos minutos antes había penetrado en la sala un hombre sin que se reparase en él. Había cerrado la puerta, y se había aproximado a oír las súplicas desesperadas de Fantina.

En el instante en que los soldados echaban mano a la desgraciada, que no quería levantarse, dió un paso, salió de lo obscuro, y dijo:

—Un instante, si os parece.

Javert levantó la vista, y conoció al señor Magdalena.

Se quitó el sombrero, y saludando con cierta especie de torpeza y enfado, dijo:

—Perdonad, señor alcalde...

Estas palabras, «señor alcalde» hicieron en Fantina un efecto extraño. Se levantó rápidamente como un espectro que sale de la tierra, rechazó a los soldados que la tenían por los brazos, se dirigió al señor Magdalena antes que pudieran detenerla, y mirándole fijamente con aire extraviado, exclamó:

—¡Ah! ¡eres tú el señor alcalde!

Después se echó a reír y le escupió en el rostro.

El señor Magdalena se limpió la cara y dijo:

—Inspector Javert, poned a esta mujer en libertad.

Javert creyó que se había vuelto loco. Experimentó en aquel momento una después de otra y casi mezcladas, las emociones más fuertes que había sentido en su vida. Ver a una mujer pública escupir en el rostro a un alcalde era cosa tan monstruosa, que aun en sus suposiciones más extrañas hubiera creído un sacrilegio su posibilidad. Por otra parte, en el fondo de su pensamiento, hacía una comparación terrible entre lo que era aquella mujer, y lo que podía ser el alcalde, y entonces entreveía con horror que nada había de notable en tan prodigioso atentado. Pero, cuando vió al alcalde, al magistrado, limpiarse tranquilamente el rostro, y le oyó decir: «poned en libertad a esta mujer», sintió como un deslumbramiento de estupor; le faltaron el pensamiento y la palabra: el asombro había pasado para él de los límites de lo posible. Quedó mudo.

Las palabras del alcalde no habían hecho menos efecto en Fantina. Levantó su brazo desnudo al oírlas, y se agarró a la llave de la estufa, como una

persona que vacila. Miró vagamente alrededor de sí, y se puso a hablar en voz baja, como si se hablase a sí misma.

—¡ En libertad ! ¡ Que me dejen marchar ! ¡ Que no vaya por seis meses a la cárcel ! ¿ Quién lo ha dicho ? ¿ Es posible que se haya dicho esto ? ¿ He oído mal ? ¡ No será el monstruo del alcalde ! ¿ Habéis sido vos, señor Javert, el que ha dicho que me pongan en libertad ? ¡ Oh, yo os contaré y me dejaréis marchar ! ¡ Ese monstruo de alcalde, ese pícaro viejo es la causa de todo ! Figuraos, señor Javert, que me ha despedido por las habladurías de una porción de picaronas que hay en el taller. ¡ Esto es horroroso ! ¡ Despedir a una pobre joven que trabaja honradamente ! Yo no había ganado lo bastante, y de ahí provino mi desgracia. Es necesaria una reforma que estos señores de la policía podrían hacer ; y es impedir a los contratistas de las cárceles causar perjuicio a los trabajadores pobres. Voy a explicaros esto. Ganáis, por ejemplo, doce sueldos con las camisas, y baja el precio a nueve sueldos ; ya no es posible vivir. Entonces es preciso ir por donde se pueda. Yo tenía mi pequeña Cosette, y me he visto obligada a hacerme mujer mala. Ahora comprenderéis cómo tiene la culpa de todo el pícaro alcalde. Yo he pisoteado el sombrero de aquel caballero delante del café de los oficiales ; pero antes me había él echado a perder mi vestido con la nieve. Nosotras no tenemos más que un vestido de seda para salir por la noche. Ya veis que no he hecho mal intencionadamente ; ¿ no es verdad, señor Javert ? ¡ Cuántas mujeres hay peores que yo, y que son más felices ! ¡ Oh, señor Javert ! vos sois el que habéis dicho que me pongan en libertad, ¿ no es cierto ? Informaos, hablad a mi casero ; pago bien, y os dirá que soy honrada. ¡ Dios mío ! os pido perdón : he tocado sin querer la llave de la chimenea, y ha salido el humo.

El señor Magdalena la escuchaba con profunda atención. Mientras Fantina hablaba, había él metido los dedos en el bolsillo del chaleco, había sacado la bolsa y la había abierto ; pero estaba vacía, y la había guardado otra vez. Después dijo a Fantina :

—¿ Cuánto habéis dicho que debéis ?

Fantina, que sólo miraba a Javert, se volvió y dijo :

—¿ Te hablo yo a ti ?

Y después, dirigiéndose a los soldados :

—¿ Habéis visto cómo le he escupido a la cara ? ¡ Ah, bribón de alcalde ! Vienes para meterme miedo ; pero yo no tengo miedo. A quien tengo miedo es al señor Javert. Tengo miedo a mi buen señor Javert.

Y hablando de este modo se volvió hacia el policía :

—Es preciso, señor inspector, ser justo, y creo que lo sois, señor inspector. Lo que ha pasado es muy sencillo. Un caballero se divierte en poner un poco de nieve en el cuello de una mujer ; esto hace reír a los oficiales, que tienen gana de broma ; y nosotras sólo servimos para que esos señores se diviertan. Os presentáis, tenéis que restablecer el orden, os traéis a la mujer que ha faltado ; pero, como sois bueno, reflexionáis y decís que me pongan en libertad, por mi hija ; porque seis meses de cárcel me impedirían dar de comer a mi niña. Solamente decís : ¡ cuidado con la reincidencia, bribonzuela ! ¡ Oh ! no tengáis cuidado : no volverá a suceder ; aunque hagan conmigo todo lo que quieran, yo no me volveré. Hoy he gritado, porque me hicieron daño ; me sorprendió la frialdad de la nieve, y, como os he dicho, no estoy buena, tengo tos, y siento en la garganta como una bola que me abrasa : el médico me dice que me cuide. Traed vuestra mano, tocad aquí, no tengáis miedo.

Ya no lloraba ; su voz era cariñosa, y ponía sobre su blanca garganta la tosca mano de Javert, a quien miraba sonriendo.

De repente arregló el desorden de sus vestidos ; dejó caer los pliegues de la falda que se habían subido, hasta cerca de la rodilla, y se dirigió a la puerta, diciendo en voz baja a los soldados, y moviendo amistosamente la cabeza :

—Hijos, el señor inspector ha dicho que me soltéis, y me voy.

Puso la mano en el picaporte. Un paso más y estaba en la calle.

Javert hasta este momento había permanecido en pie, inmóvil, con la vista fija en el suelo, colocado en medio de esta escena como una estatua quitada de su sitio, que espera se la ponga en otro.

El ruido del picaporte le hizo despertar, por decirlo así. Levantó la cabeza con una expresión de autoridad soberana; expresión tanto más terrible, cuanto más baja es la autoridad, feroz en la bestia salvaje, atroz en el hombre que no es nada.

—Guardia—exclamó—, ¿no veis que esa pícara se va? ¿Quién os ha dicho que la dejéis salir?

—Yo—dijo Magdalena.

Fantina al oír la voz de Javert tembló y soltó el picaporte, como suelta un ladrón sorprendido infraganti el objeto robado. A la voz de Magdalena se volvió, y sin pronunciar una palabra, sin respirar siquiera, su mirada pasó de Magdalena a Javert, de Javert a Magdalena, según hablaba uno u otro.

Era preciso que Javert estuviese, como suele decirse, «fuera de juicio» para que se atreviera a apostrofar al guardia, como lo había hecho, después de la indicación del alcalde para poner a Fantina en libertad. ¿Había olvidado que estaba delante del alcalde? ¿Había concluído por decirse a sí mismo, que una autoridad era imposible que hubiese dado semejante orden, y que el alcalde había dicho sin querer una cosa por otra? ¿O bien, después de haber oído tantas cosas incomprensibles en dos horas, conocía que debía tomar una resolución suprema, que el pequeño debía hacerse grande, el polizonte magistrado, el hombre de policía hombre de justicia, y que en aquella situación extrema, el orden, la ley y la moral, el gobierno y la sociedad entera se personificaban en él?

Sea lo que fuere, cuando el señor Magdalena pronunció este «yo», el inspector de policía se volvió hacia él, pálido, frío, con los labios azulados, la mirada desesperada, agitado de un temblor imperceptible, y le dijo, ¡cosa inaudita! con la vista baja, pero la voz firme:

—Señor, eso no puede ser.

—¡Cómo!—dijo Magdalena.

—Esta desgraciada ha insultado a un ciudadano.

—Inspector Javert—contestó el señor Magdalena, con voz conciliadora y tranquila—, escuchad. Sois un hombre, y no tengo dificultad en explicaros lo que hago. Vais a oír la verdad. Pasaba yo por la plaza cuando traíais a esta mujer; había algunos grupos; me he informado; lo he sabido todo: el ciudadano es el que ha faltado, y el que debía haber sido arrestado.

Javert respondió:

—Esta miserable acaba de insultaros.

—Bien: eso me toca a mí—dijo Magdalena—. Mi injuria es mía, y puedo hacer de ella lo que quiera.

—Perdonad, señor alcalde, la injuria no se ha hecho a vos, sino a la justicia.

—Inspector Javert—contestó el señor Magdalena—, la primera justicia es la conciencia. He oído a esta mujer y sé lo que hago.

—Y yo, señor alcalde, no comprendo lo que estoy viendo.

—Entonces, limitaos a obedecer.

—Obedezco a mi deber; y mi deber me manda que esta mujer sea condenada a seis meses de cárcel.

Magdalena respondió con dulzura:

—Pues escuchad. No estará en la cárcel ni un solo día.

Al oír estas palabras decisivas, Javert miró fijamente a su jefe, y le dijo con voz siempre respetuosa:

—Siento muchísimo tener que oponerme al señor alcalde; es la primera vez que lo hago en mi vida, pero me será permitido observar que estoy dentro de los límites de mis atribuciones. Hablo del hecho del ciudadano. Yo lo presencié. Esta mujer se arrojó sobre el señor Bamatabois, que es elector y propietario de esa hermosa casa de piedra, con tres pisos, que hace esquina a la explanada. Porque... en fin, ¡hay cosas en este mundo! Pero este es un hecho de policía sucedido en la calle, que me corresponde; y por lo tanto retengo a Fantina.

El señor Magdalena cruzó los brazos, y dijo con una voz severa, que aun no le había oído nadie en la población:

—El hecho de que habláis es un he-

cho de policía municipal, de que soy juez, según los artículos 9, 11, 15 y 66 del Código de Procedimientos. Mando, pues, que esta mujer quede en libertad.

Javert hizo el último esfuerzo :

—Pero, señor alcalde...

—Os recuerdo el artículo 81 de la ley de 13 de diciembre de 1799 sobre la detención arbitraria.

—Señor, permitid...

—Ni una palabra.

—Sin embargo...

—Salid de aquí—dijo Magdalena.

Javert recibió este golpe de pie, de frente, en medio del pecho, como un soldado ruso. Saludó profundamente al alcalde, y salió.

La joven estaba sometida a una extraña emoción.

Acababa de verse disputada por dos poderes opuestos. Había presenciado la lucha de aquellos dos hombres que tenían en sus manos su libertad, su vida, su alma, su hija : el uno la arrastraba hacia la sombra, el otro la guiaba hacia la luz. En esta lucha, observada al través de las grandes dimensiones que le prestaba el temor, se presentaban a ella aquellos dos hombres como dos gigantes : uno hablaba como el demonio, otro como un ángel. El ángel había vencido al demonio, y (precisamente esto la hacía temblar), el ángel, el libertador era el hombre a quien aborrecía, el alcalde a quien había considerado como autor de todos sus males, el señor Magdalena. ¡ Y la salvaba en el momento mismo en que acababa de insultarle tan horriblemente ! ¿ Se había, pues, equivocado? ¿ Debía cambiar todos sus sentimientos?... No lo sabía ; temblaba. Escuchaba aturdida, miraba atónita, y a cada palabra que decía Magdalena, sentía deshacerse en su interior las horribles tinieblas del odio, y nacer en su corazón algo consolador, inefable, algo que era alegría, confianza, amor.

Cuando salió Javert, Magdalena se volvió hacia ella, y le dijo con voz lenta, y como un hombre grave que no quiere llorar :

—Os he oído. No sabía nada de lo que habéis dicho. Creo y comprendo que todo es verdad. Ignoraba también que hubieseis abandonado mis talleres. ¿ Por qué nos os habéis dirigido a mí? Pero yo pagaré ahora vuestras deudas, y haré que venga vuestra hija, o que vayáis a buscarla. Viviréis aquí o en París, donde queráis. Yo me encargo de vuestra hija y de vos : no trabajaréis más si no queréis ; os daré todo el dinero que os haga falta. Volveréis a ser honrada, siendo feliz. Además de que, y os lo digo desde ahora, si todo ha pasado como decís y yo lo creo, no habéis dejado de ser virtuosa y santa delante de Dios. ¡ Pobre mujer !

Esto era mucho más de lo que Fantina podía resistir. ¡ Vivir con Cosette ! ¡ Dejar aquella vida infame ! ¡ Vivir libre, rica, dichosa, honrada con Cosette ! ¡ Ver desarrollarse súbitamente en medio de su miseria todas estas realidades celestiales ! La pobre joven miró como estúpidamente al hombre que la hablaba, y sólo pudo suspirar dos o tres veces : «¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ oh !» Dobláronse sus piernas, y cayó de rodillas delante de Magdalena, y antes que él pudiese impedirlo, sintió que le cogía la mano, y posaba en ella los labios. Después se desmayó.

LIBRO SEXTO

Javert.

I

PRINCIPIO DEL REPOSO

El señor Magdalena hizo llevar a Fantina a la enfermería que tenía en su propia casa, y la entregó a las hermanas, que la acostaron. Fantina tuvo una gran fiebre, y pasó una parte de la noche delirando y hablando en voz alta ; pero por fin se durmió.

Al día siguiente a mediodía despertó ; y oyendo una respiración cerca de su cama, separó las cortinas, y vió al señor Magdalena de pie, y mirando algo por cima de su cabeza. Esta mirada era piadosa, angustiosa, suplicante.

Fantina siguió su dirección y vió que iba a fijarse en un crucifijo que había en la pared.

Magdalena se había transfigurado a los ojos de Fantina y se le presentaba como rodeado de luz. La joven le miró por largo rato sin atreverse a interrumpirle, y por fin le dijo tímidamente :

—¿Qué hacéis ahí?

Magdalena estaba en aquel sitio hacía una hora, esperando a que Fantina despertase. Le tomó el pulso, y respondió :

—¿Cómo estáis?

—Bien ; he dormido y creo que estoy mejor. Esto no será nada.

El respondió entonces a la primera pregunta de Fantina como si la acabase de oír :

—Hacía oración al mártir que está allá arriba.

Y añadió mentalmente :

—Rogándole por la mártir que está aquí abajo.

Magdalena había pasado la noche y la mañana informándose, y ya lo sabía todo : conocía en todos sus dolorosos pormenores la historia de la joven.

—Habéis padecido mucho, pobre madre—le dijo—. ¡ Oh ! no os quejéis : ahora tenéis el dote de los elegidos. De este modo es cómo los hombres convierten en ángeles a sus semejantes : no es culpa suya, porque no saben obrar de otra manera. Mirad, el infierno de que salís es la primera forma ; y por ella es preciso principiar.

Suspiró profundamente ; pero ella se sonrió con aquella sublime sonrisa que mostraba la falta de los dientes.

Javert había escrito aquella noche una carta, y la había puesto por sí mismo en el correo de M. Era para París, y el sobre decía : «Al señor Chabouillet, secretario del señor prefecto de policía.» Como la noticia de la cuestión del cuerpo de guardia había corrido por la población, la mujer encargada de la estafeta y otras personas que vieron la carta antes de salir, y que conocieron la letra de Javert en el sobre, creyeron que enviaba su dimisión.

Magdalena se apresuró a escribir a los Thenardier. Fantina les debía ciento veinte francos. Les envió trescientos, diciéndoles que se cobrasen de esta cantidad, y que enviasen inmediatamente a la niña a M.—a orillas del M.—, donde estaba su madre.

Esta cantidad deslumbró a Thenardier.

—¡ Diablo !—dijo a su mujer—, no hay que soltar la chica. Este pajarillo nos va a dar el producto de una vaca de leche. Lo adivino : algún inocente se habrá enamoricado de su madre.

Contestó enviando una cuenta de quinientos y tantos francos muy bien hecha. En esta cuenta figuraban por más de trescientos francos dos documentos incontestables : uno del médico y otro del boticario, los cuales habían asistido y medicinado en dos largas enfermedades a Eponina y a Azelma. Cosette, según hemos dicho ya, no había estado mala. Pero todo se compuso con una substitución de nombres. Thenardier puso debajo : «Recibido a cuenta 300 francos.»

El señor Magdalena le mandó inmediatamente otros trescientos francos, y escribió : «enviad en seguida a Cosette.»

—¡ Por Cristo !—dijo Thenardier—no hay que soltar la chica.

Fantina no se restablecía ; continuaba en la enfermería.

Las hermanas al principio no habían recibido ni cuidado a esta joven «soltera» sino con repugnancia. El que haya visto los bajos relieves de Reims, recordará la expresión con que sacan el labio inferior las vírgenes prudentes al contemplar a las vírgenes fatuas. Ese antiguo desprecio de las vestales hacia las ambubayas, es uno de los más profundos instintos de la dignidad femenil ; y las hermanas le habían experimentado, con la severidad que le prestaba la religión. Pero Fantina las había desarmado en pocos días ; porque empleaba las palabras más dulces y más humildes ; y como madre enternecía. Un día las hermanas la oyeron decir delirando :

—He sido pecadora ; pero cuando tenga a mi hija conmigo, será señal de que Dios me ha perdonado. Mientras he sido mala, no he querido tener a Cosette a mi lado ; porque no hubiera podido sufrir su triste mirada. Y, sin embargo,

por ella era mala ; por esto creo que me perdonará Dios. Recibiré la bendición de Dios cuando Cosette esté a mi lado. La miraré, y me consolará ver su inocencia. Es un ángel ; nada sabe, hermanas mías. A su edad no se han perdido aún las alas.

Magdalena la visitaba dos veces al día, y cada vez le preguntaba :

—¿ Veré pronto a mi Cosette?

La respuesta era :

—Quizá mañana por la mañana. De un momento a otro llegará : la espero.

Y la fisonomía de la madre brillaba por un instante.

—¡ Oh ! — decía—, ¡ qué feliz voy a ser !

Acabamos de decir que no se restablecía ; por el contrario, su estado parecía agravarse cada semana.

La nieve que le habian puesto entre los dos omoplatos había producido una repentina supresión de la transpiración, y en seguida se había manifestado violentamente la enfermedad que estaba latente hacía tantos años. Principiábanse entonces a seguir en el tratamiento de las enfermedades del pecho las indicaciones de Laennec. El médico auscultó a Fantina, y movió tristemente la cabeza.

Magdalena le preguntó :

—¿ Y qué?

—¿ No tiene un hijo a quien desea ver?—dijo el médico.

—Sí.

—Pues haced que venga pronto.

El señor Magdalena se estremeció.

Fantina le preguntó :

—¿ Qué ha dicho el médico?

Magdalena hizo un esfuerzo para sonreírse.

—Ha dicho que venga pronto vuestra hija, que esto os volverá la salud.

—¡ Oh !—dijo ella—, tiene razón ; pero ¿ qué hacen esos Thenardier que no envían a mi Cosette? ¡ Oh, va a venir ! Por fin veré la felicidad a mi lado.

Thenardier, sin embargo, no enviaba a la niña ; y daba para ello mil razones.

¡ Cosette estaba tan delicada para ponerse en camino en el invierno !... y además tenía una porción de pequeñas deudas de alimentos y otras cosas de primera necesidad, cuyas facturas estaba reuniendo, etc., etc.

—Enviaré por Cosette—dijo el señor Magdalena— ; y si es preciso iré yo mismo.

Y escribió, dictándole Fantina, esta carta que la hizo firmar :

«Señor Thenardier :

»Entregaréis Cosette al dador.

»Se os pagarán todas esas deudillas.

»Tengo el honor de enviaros mis respetos.

»FANTINA.»

En este tiempo sucedió un grave incidente. En vano cortamos y labramos lo mejor posible el tronco misterioso de que está hecha nuestra vida ; la vena negra del destino se presentará siempre en él.

II

DE CÓMO JUAN PUEDE CONVERTIRSE EN CHAMP

Una mañana, el señor Magdalena estaba en su gabinete ocupado en arreglar con tiempo algunos asuntos de la alcaldía, para el caso en que se decidiese a hacer el viaje a Montfermeil, cuando entraron a decirle que el inspector de policía Javert deseaba hablarle. Al oír pronunciar su nombre no pudo Magdalena evitar cierta impresión desagradable. Desde la cuestión de la oficina de policía, Javert había huído de él más que nunca, y no le había vuelto a ver.

—Que entre—dijo.

Javert entró.

Magdalena permaneció sentado cerca de la chimenea, con la pluma en la mano y la vista sobre un legajo que estaba hojeando y anotando, y que contenía las actas de varias contravenciones a la policía urbana. No se movió cuando entró Javert. No podía menos de pensar en la pobre Fantina, y le pareció que debía mostrarse glacial con el inspector.

Este saludó respetuosamente al alcalde, que le volvía la espalda, y que sin mirarle continuaba anotando su legajo.

Javert dió tres pasos en el gabinete, y se detuvo sin romper el silencio.

Un fisonomista familiarizado con el carácter de Javert, y que hubiese estudiado por mucho tiempo a aquel salvaje puesto al servicio de la civilización, aquella combinación extraña del tipo romano y del espartano, del fraile y del cabo de escuadra, aquel espía incapaz de mentir, aquel polizonte virgen ; un fisonomista, decimos, que supiera su secreta y antigua aversión hacia Magdalena, y la disputa que había tenido con él con motivo de Fantina, se hubiera preguntado, al observar a Javert en aquel momento : ¿qué ha pasado? Era evidente, para todo el que conociera aquel carácter recto, franco, sincero, probo, austero y feroz, que Javert acababa de experimentar una gran conmoción interior, porque su rostro pintaba siempre lo que tenía en el alma. Como todos los hombres violentos, estaba sujeto a bruscas variaciones. Su fisonomía no había estado nunca tan incomprensible, tan extraña. Al entrar se había inclinado delante del señor Magdalena, dirigiéndole una mirada en que no había ni rencor, ni cólera, ni desconfianza ; y se había detenido algunos pasos detrás del sillón que ocupaba el alcalde : allí permaneció de pie en una actitud casi militar, con la rudeza fría y sencilla de un hombre que no conoce la dulzura y que está acostumbrado a la impasibilidad. Esperó sin decir una palabra, sin hacer un movimiento, con una verdadera humildad y con una resignación tranquila, a que Magdalena se volviese ; sereno, grave, con el sombrero en la mano, la vista baja, y con una expresión, término medio entre el soldado delante del oficial y el reo delante del juez. Todos los resentimientos, todos los recuerdos que hubiera podido creerse que tenía, se habían borrado : en su semblante, impenetrable y uniforme como el granito, sólo se descubría una lúgubre tristeza. Su actitud respiraba humildad y firmeza, y alguna cosa como una opresión valerosamente sufrida.

Por fin Magdalena dejó la pluma, y se volvió un poco.

—Y bien : ¿qué es eso? ¿qué hay, Javert?

Javert permaneció áún un momento silencioso como si estuviese absorto ; después dijo con una especie de triste solemnidad, que no excluía la sencillez :

—Hay, señor alcalde, que se ha cometido una acción culpable.

—¿Cuál?

—Un agente inferior de la autoridad, ha faltado al respeto a un magistrado del modo más grave. Y vengo, cumpliendo con mi deber, a ponerlo en vuestro conocimiento.

—¿Quién es el agente?—preguntó el señor Magdalena.

—Yo—dijo Javert

—¿Vos?

—Yo.

—¿Y quién es el magistrado agraviado por el agente?

—Vos, señor alcalde.

Magdalena se enderezó en su sillón. Javert continuó con gravedad, y siempre con los ojos bajos :

—Señor alcalde, vengo a pediros que propongáis a la autoridad mi destitución.

Magdalena, estupefacto, abrió la boca ; mas Javert le interrumpió :

—Diréis que yo puedo presentar mi dimisión ; pero esto no basta. Presentar la dimisión es un hecho honroso. Yo he faltado, merezco un castigo y debo ser destituído.

Después de una pausa, añadió :

—Señor alcalde, el otro día fuisteis muy severo conmigo injustamente : sedlo hoy con justicia.

—Pero, ¿por qué? — exclamó el señor Magdalena—. ¿Qué galimatías es ése? ¿Dónde está ese acto culpable que habéis ejecutado contra mí? ¿Qué me habéis hecho? ¿Qué falta habéis cometido respecto de mí? Os acusáis, queréis ser remplazado.

—Destituído—dijo Javert.

—Destituído, sea ; pero no lo entiendo.

—Vais a comprenderlo.

Javert suspiró profundamente, y continuó con la misma frialdad y tristeza :

—Señor alcalde, hace seis semanas, y a consecuencia de la cuestión que tuvímos por aquella joven, me encolericé y os denuncié.

—¿Me denunciasteis?

—A la prefectura de policía de París.

Magdalena, que no era mucho más risueño que Javert, se echó a reír.

—¿Como alcalde que ha usurpado las atribuciones de la policía?—dijo.

—Como antiguo presidiario—respondió Javert.

El alcalde se puso lívido.

Javert, que no había levantado los ojos, continuó:

—Así lo creía. Hacía algún tiempo que tenía esta idea. Vuestra semejanza, las indagaciones que habéis practicado en Faverolles, vuestra fuerza, la aventura del viejo Fauchelevent, vuestra destreza en el tiro, vuestra pierna que cojea un poco... ¡y qué sé yo! ¡tonterías! pero, al fin, os tomé por un tal Juan Valjean.

—¿Un tal decís?... ¿Qué nombre?...

—Juan Valjean: un presidiario a quien yo había visto hace veinte años cuando era ayudante de guarda-chusma en Tolón. Al salir de presidio ese Juan Valjean, según parece, robó a un obispo, y después cometió otro robo a mano armada y en despoblado contra un pobre niño. Hace ocho años se ha ocultado no sé cómo, y se le perseguía. Yo me había figurado... En fin, lo he hecho. La cólera me impulsó, y os denuncié a la prefectura.

Magdalena, que había vuelto a coger el legajo hacía algunos instantes, dijo con perfecta indiferencia:

—¿Y qué os han respondido?

—Que estaba loco.

—¿Y vos qué decís?

—Que tienen razón.

—¡Bueno es que lo conozcáis!

—No había remedio, porque se ha encontrado al verdadero Juan Valjean.

El señor Magdalena dejó caer el papel que tenía en la mano; levantó la cabeza, miró fijamente a Javert, y dijo con un acento inexplicable:

—¡Ah!

Javert prosiguió:

—Voy a referiros lo que ha pasado, señor alcalde. En las cercanías de Ailly-le-Haut-Clocher había un hombre a quien nombraban el tío Champmathieu. Era un miserable, que no llamaba la atención de nadie, porque nadie sabe cómo vive esa gente. Este otoño, Champmathieu fué detenido por un robo de manzanas en... Pero no importa dónde. El hecho es que hubo un robo, con escalamiento de una pared, y fractura de algunas ramas de árboles. Fué detenido cuando aún tenía las ramas en la mano, y le llevaron a la cárcel. Hasta aquí no había más que un asunto correcional; pero ahora veréis lo que hay de providencial en esto. Hallándose la prisión en mal estado, el juez dispuso que Champmathieu fuese trasladado a la cárcel provincial de Arras. En esta cárcel había un antiguo presidiario, llamado Brevet, que estaba preso no sé por qué, y que desempeñaba el cargo de calabocero, porque se portaba bien. Apenas hubo entrado Champmathieu, cuando Brevet exclamó: «¡Caramba! yo conozco a este hombre: hemos sido «compañeros de colegio». Miradme, buen hombre: ¡sois Juan Valjean!» Champmathieu se hacía el desentendido. «No te hagas el tonto—añadió Brevet—: eres Juan Valjean, y has estado en el presidio de Tolón hace veinte años. Estuvimos allí juntos». Champmathieu niega: pero ya podéis comprender lo que pasaría. Se hacen indagaciones; se escudriña el asunto, y al fin se descubre que Champmathieu hace unos treinta años fué podador en Faverolles y otros puntos. Allí se perdieron sus pasos. Algún tiempo después apareció en Auvernia; luego se le vió en París, y tuvo una hija lavandera, si bien esto no está probado; y últimamente vino a este país. Ahora bien, antes de ir a presidio por robo consumado, ¿qué era Juan Valjean? Podador. ¿Dónde? En Faverolles. Otro hecho: El nombre de pila de Valjean era Juan, su madre se llamaba de apellido Mathieu. Nada más natural que al salir de presidio tratase de tomar el nombre de la madre para ocultarse, y cambiara su nombre en el de Juan Mathieu. Pasa después a Auvernia. La pronunciación del país cambia el Juan en Chan, y se llama Chan Mathieu. Nuestro hombre adopta esta modificación, y se transforma en Champmathieu. Me comprendéis, ¿no es verdad? Se hacen

indagaciones en Faverolles. La familia de Juan Valjean ha desaparecido : no se sabe qué ha sido de ella. Ya sabéis que en esas clases de la sociedad hay muchas familias que desaparecen... Por más que se indaga, nada se descubre ; esa gente, cuando no son lodo, son polvo. Y además, como el principio de esta historia tiene de fecha treinta años, ya no hay nadie en Faverolles que conozca a Juan Valjean. Se piden informes a Tolón, donde sólo quedan con Brevet dos presidiarios condenados a cadena perpetua, Cochepaille y Chenildien, que hayan visto a Juan Valjean. Se les saca del presidio y se les hace comparecer : se les pone delante del supuesto Champmathieu, y no dudan un momento. Para ellos, lo mismo que para Brevet, aquél es Juan Valjean. Tiene la misma edad, cincuenta y cuatro años, la misma estatura, el mismo aspecto, es el mismo hombre. Precisamente en este intermedio envié yo mi denuncia a la prefectura de París, y me respondieron que había perdido el juicio, puesto que Juan Valjean estaba en Arras en poder de la justicia. ¡ Ya comprenderéis si esto me asombraría a mí, que creía tener a mi lado a Juan Valjean ! Escribí al juez de instrucción : me llamó, me presenté a Champmathieu...

—¿ Y qué?—interrumpió el señor Magdalena.

Javert respondió con la misma tristeza e imperturbabilidad :

—Señor, la verdad es la verdad. Lo siento ; pero aquel hombre es sin disputa Juan Valjean. Le he conocido yo mismo.

Magdalena le preguntó en voz baja :

—¿ Estáis seguro?

Javert se echó a reír con la risa dolorosa que expresa una convicción profunda.

—¡ Oh ! seguro.

Permaneció un momento pensativo, tomando y soltando maquinalmente con los dedos pequeñas cantidades de polvo de la salvadera que había en la mesa, y añadió después :

—Y aun ahora, después que he visto al verdadero Juan Valjean, no comprendo cómo he podido creer otra cosa. Os pido perdón, señor alcalde.

Al dirigir Javert esta frase suplicante al mismo que hacía seis semanas le había humillado en el cuerpo de guardia, y le había dicho ¡ salid de aquí ! aquel hombre altivo hablaba con sencillez y dignidad.

Magdalena sólo respondió a su súplica con esta brusca pregunta :

—¿ Y qué dice ese hombre?

—¡ Ah, señor ! Mal negocio es éste ; si efectivamente es Juan Valjean, ha reincidido. Escalar una pared, romper un árbol, robar manzanas, son faltas leves en un niño, delitos en un hombre ; crímenes en un presidiario ; crímenes en que hay de todo : robo y escalamiento. El asunto no pertenece ya a la policía correccional, sino a la Audiencia : no se penará con algunos días de prisión, sino con una cadena perpetua, y además tiene sobre sí el robo del saboyano, que ya saldrá a luz. ¡ Diablo ! tela hay cortada, diréis, ¿ no es verdad? Sí, para otro que no fuera Juan Valjean ; pero éste es muy ladino, muy marrajo, y también en eso lo he conocido. Otro sentiría cerca el fuego, se agitaría, gritaría, como grita el puchero cerca de la lumbre ; no querría ser Juan Valjean, etc. Pero él parece que no comprende. No dice más que : «Yo soy Champmathieu», y no sale de ahí. Está como aturdido, embrutecido. ¡ Oh ! El papel que quiere representar es bueno ; pero lo mismo da, porque hay pruebas. Ha sido reconocido por cuatro personas ; el malvado será condenado. Está ahora en el tribunal de Arras, y tengo que ir de testigo ; he sido ya citado.

El señor Magdalena se había vuelto hacia la mesa ; había cogido otra vez el legajo, y lo hojeaba tranquilamente leyendo y escribiendo como un hombre muy ocupado. Volviéndose después a Javert, le dijo :

—Basta, Javert. Todos esos pormenores me importan muy poco. Estamos perdiendo tiempo, y tenemos muchos asuntos urgentes. Vais a ir en seguida a casa de la tía Bureaupied, que vende hierbas en la esquina de la calle Saint-Saulve. Le diréis que presente su queja contra el carretero Pedro Chesnelong, que es un hombre brutal, el cual por poco atropella a esta mujer y a su

hijo. Es preciso que se le castigue. Iréis en seguida a casa del señor Charcellay, calle de Montre-de-Champigny. Se queja de que hay una gotera en la casa de al lado que deja caer en la suya el agua de lluvia, y que socava los cimientos. Después os informaréis de las faltas de policía que me han denunciado en la calle Guibourg, en casa de la viuda Daris, y en la calle de Garrand-blanc en casa de la señora Renata le Bossè, y levantaréis acta. Pero os doy mucho que hacer. ¿No vais a marcharos? ¿No me habéis dicho que tenéis que ir a Arras para ese asunto dentro de ocho o diez días?...

—Mucho más pronto, señor.

—¿Qué día?

—Creo haberos dicho que mañana se veía la causa y que yo salía en la diligencia esta noche.

Magdalena hizo un movimiento imperceptible.

—¿Y cuánto tiempo durará ese asunto?

—Un día a lo más. La sentencia se pornunciará a más tardar mañana por la noche, pero yo no esperaré la sentencia; así que dé mi declaración, volveré.

—Está bien — dijo el señor Magdalena.

Y despidió a Javert con un movimiento de mano.

Javert no se movió.

—Perdonad, señor—dijo.

—¿Qué queréis?—preguntó Magdalena.

—Aún tengo que recordaros una cosa.

—¿Cuál?

—Que debo ser destituído.

Magdalena se levantó.

—Javert, sois un hombre de honor y os aprecio. Exageráis vuestra falta. Por otra parte, ésta es una ofensa que me concierne a mí solo. Merecéis ascender, no bajar. Os aconsejo que conservéis vuestro destino.

Javert miró al señor Magdalena con su cándida mirada, al través de la cual parecía descubrirse su conciencia poco iluminada, pero rígida y casta, y dijo con voz tranquila:

—Señor, no puedo acceder.

—Os repito—contestó Magdalena—, que esto me pertenece a mí solo.

Pero Javert, atento a su propósito, continuó:

—En cuanto a exagerar, creed que no exagero; oíd cómo raciocino. He sospechado de vos injustamente. En esto no hay nada de particular, porque nuestro deber es precisamente sospechar, aunque haya abuso en la sospecha respecto de un superior. Pero, sin pruebas, en un acceso de cólera, con objeto de vengarme, os he denunciado como presidiario a vos, a un hombre respetable, a un magistrado. Esto es grave, muy grave. He ofendido en vuestra persona a la autoridad, yo que soy agente suyo. Si uno de mis subordinados hubiese hecho lo que yo, le hubiera declarado indigno de su cargo, le hubiera destituído. Pues bien; esperad un poco, señor alcalde: he sido severo muchas veces en mi vida con los demás y, sin embargo, era justo, hacía bien. Ahora, si no fuera severo conmigo mismo, toda esta justicia se convertiría en injusticia. ¿Debo yo ser distinto de los demás? No. ¿Por qué he de ser bueno para castigar a otros, y no para castigarme a mí mismo? Sería un miserable y los que me llaman el bribón de Javert tendrían razón. Señor, no deseo que me tratéis con bondad: vuestra bondad me ha hecho pasar muy malos ratos cuando se dirigía a otros; no la quiero para mí. La bondad que consiste en dar razón a la mujer pública contra el ciudadano, al agente de policía contra el alcalde, al inferior contra el superior, la llamo yo bondad de mal género. Con esta bondad se desorganiza la sociedad. ¡Dios mío! ¡cuán fácil es ser bueno; pero cuán difícil es ser justo! Si hubieseis sido lo que creía, no habría sido bueno para vos. Ya lo hubierais visto; y yo debo tratarme a mí mismo como trataría a otro cualquiera. Cuando reprimía a los malhechores, cuando castigaba a los miserables, me he dicho muchas veces a mí mismo: «Si tropiezas, si alguna vez caes en falta, no habrá compasión para ti.» He tropezado, he caído en falta, ¡tanto peor! Vamos, estoy despedido, perdido, expulsado. Está bien; tengo manos y trabajaré en la tierra; me es igual. La

conveniencia del servicio exige un ejemplar. Pido simplemente la destitución del inspector Javert.

Estas razones fueron pronunciadas con un acento humilde, firme, desesperado, de convicción, que daba cierta grandeza a aquel hombre extraño.

—Ya veremos—dijo Magdalena.

Y le tendió la mano.

Javert retrocedió, y dijo en tono resuelto:

—Perdón, señor, pero esto no debe hacerse. Un alcalde no da la mano a un espía.

Y añadió entre dientes:

—Espía, sí, desde el momento que he abusado de mi cargo, no soy más que un espía.

Después saludó profundamente, y se dirigió a la puerta.

Allí se volvió y con la vista siempre baja, dijo:

—Continuaré en mi destino hasta que sea reemplazado.

Salió.

El señor Magdalena quedó pensativo, escuchando sus pasos firmes y seguros, que se alejaban por el corredor.

LIBRO SÉPTIMO

La causa de Champmathieu.

I

SOR SIMPLICIA

No todos los incidentes que vamos a narrar se han sabido en M.—a orillas del M.—Pero lo poco que se ha traslucido de ellos ha dejado en la población tan hondos recuerdos, que quedaría una gran laguna en este libro si no los refiriésemos hasta en sus más pequeños pormenores.

En estos pormenores, el lector encontrará dos o tres circunstancias inverosímiles, que conservamos por respecto a la verdad.

En la tarde que siguió a la visita de Javert, el señor Magdalena fué a ver a Fantina según tenía costumbre.

Antes de entrar a verla, hizo llamar a la hermana Simplicia.

Las dos religiosas que cuidaban de la enfermería, lazaristas como todas las hermanas de la Caridad, se llamaban sor Perpetua y sor Simplicia.

Sor Perpetua era el tipo de la beata provinciana; una tosca hermana de la Caridad, que había entrado en la casa de Dios como se entra en cualquier empleo. Era religiosa del mismo modo que hubiera sido cocinera: tipo que no es extraordinario. Las órdenes monásticas reciben de buen grado este tosco barro de las provincias, que se modela fácilmente tomando la forma de capuchina o de ursilina. Su rusticidad se utiliza en las necesidades materiales de la devoción. La transformación de un boyero en un carmelita no tiene nada de extraña: se pasa de una profesión a otra sin trabajo: el fondo común de ignorancia de la aldea y del claustro es una preparación, y pone a un mismo nivel al campesino y al fraile: con aumentar un poco la blusa, resulta ya un hábito. Sor Perpetua era una robusta religiosa, de Marines, cerca de Pontoise, que hablaba un francés mezclado con «patuá», salmodiaba, gruñía, azucaraba la tisana más o menos, según era mayor o menor la devoción o la hipocresía de los enfermos; trataba a éstos bruscamente, reprendía a los moribundos, dándoles casi con el Cristo en la cara, y atormentaba a los agonizantes con oraciones iracundas: una beata, en fin, atrevida, honrada y rubicunda.

Sor Simplicia era blanca como la cera. Al lado de sor Perpetua era la vela de cera junto a la vela de sebo. San Vicente de Paúl ha descrito perfectamente la hermana de la Caridad en estas admirables palabras, en que mezcla tanta libertad con tanta esclavitud: «Tendrán por monasterio la casa del enfermo; por celda un cuarto alquilado; por capilla la iglesia de su parroquia; por claustro las calles de la ciudad o las salas de los hospitales; por reclusión la obediencia; por celosías y rejas el temor de Dios; por velo la modestia.» Sor Simplicia era la realización viva de este ideal. Nadie hubiera podido decir su edad; nunca había sido joven, y parecía que no sería nunca vieja. Era una persona—no nos atrevemos a decir una mujer—, afable, austera, bien educada, fría, que no había

mentido nunca. Se mostraba tan amable, que parecía frágil ; pero era más fuerte que el granito. Tocaba suavemente a los desgraciados con sus dedos delgados y perfectos. Había, por decirlo así, algo silencioso en su voz : hablaba solamente lo necesario, y tenía un metal de voz que podría edificar desde un confesionario y encantar desde un salón. Esta delicadeza se encerraba en el sayal de estameña, viendo en este rudo contacto un recuerdo continuo de Dios y del cielo. Insistimos en una particularidad. No había mentido nunca, no había dicho nunca, por interés cosa que no fuese verdad, la santa verdad : éste es el rasgo distintivo de sor Simplicia, el sello especial de su virtud, y era casi célebre en la congregación por esta veracidad imperturbable. El padre Siccart habla de sor Simplicia en una carta dirigida al sordo-mudo Massieu. Por más sinceros y puros que seamos, siempre tenemos sobre nuestro candor la mancha de alguna mentirilla. Ella no la tenía. Pero, ¿existe acaso una mentira insignificante, inocente? La mentira es lo absoluto del mal. Mentir poco no es posible ; el que miente, miente en toda la extensión de la mentira ; la mentira es precisamente la forma del demonio. Satanás tiene dos nombres : se llama Satanás y se llama Mentira. Estas eran sus ideas respecto de la mentira, y a ellas arreglaba su conducta. De aquí resultaba aquella pureza que se descubría al través de su blancura, y que brillaba también en sus labios y en sus ojos. Su sonrisa y su mirada tenían, puede decirse, esta misma blancura transparente. Ni una tela de araña, ni un grano de polvo interrumpían la diafanidad de su conciencia. Al entrar en la congregación de San Vicente había tomado el nombre de Simplicia por propia elección. Santa Simplicia de Sicilia, natural de Siracusa, prefirió, como es sabido, que le cortaran los dos pechos a decir que había nacido en Segesta, mentira que la hubiera salvado. El modelo correspondía al alma de su imitadora.

Sor Simplicia, cuando entró en la orden, tenía dos defectos, de que se fué corrigiendo poco a poco ; era golosa, y le gustaba recibir cartas.

No leía nunca más que un libro de oraciones en gruesos caracteres y en latín. No entendía el latín, pero comprendía el libro.

La piadosa beata había tomado cariño a Fantina, descubriendo probablemente en ella una virtud latente, y se había dedicado casi exclusivamente a cuidarla.

Magdalena llevó aparte a sor Simplicia, y la recomendó a Fantina con un afecto singular, del cual la hermana se acordó después. Dejando en seguida a sor Simplicia se aproximó a Fantina, la cual esperaba diariamente su llegada como se espera un rayo de sol y de alegría, y decía a las religiosas :

—No vivo sino cuando el señor alcalde está aquí.

Aquel día tenía mucha fiebre. Así que vió al señor Magdalena, preguntó :

—¿Y Cosette?

El respondió sonríendo :

—Pronto.

Magdalena estuvo con Fantina como siempre. Pero permaneció una hora en vez de media, con gran placer de la joven. Hizo mil súplicas a todo el mundo para que nada faltase a la enferma, y pudo notarse que hubo un momento en que su fisonomía estuvo muy sombría. Pero se explicó esto cuando se supo que el médico, acercándose a su oído, le había dicho :

—Pierde mucho.

Después entró en la alcaldía, y el mozo le vió examinar con atención un mapa itinerario de Francia que estaba colgado en su gabinete, y escribir algunos guarismos con lápiz, en el papel.

II

PERSPICACIA DE MAESE SCAUFLAIRE

De la oficina fué al extremo de la población, a casa de un flamenco, del maestro Scauflaer o Scauflaire, según lo escribían en francés, que alquilaba caballos y «carruajes a voluntad».

Para ir a casa de Scauflaire el camino más corto era una calle poco frecuentada, en que vivía el cura de la parroquia de Magdalena. Este sacerdote era, según se decía, un hombre digno, respetable y de buen consejo. En el mo-

mento en que Magdalena llegó delante de la casa del cura, no había en la calle más que un transeunte, el cual notó lo siguiente : el señor Magdalena, después de haber pasado de la casa del cura, se detuvo, permaneció inmóvil, volvió atrás y deshizo el camino hasta la puerta del presbítero, que era muy tosca y tenía llamador de hierro. Puso la mano en la aldaba y la levantó ; se detuvo de nuevo, y permaneció como pensativo algunos instantes ; y en vez de dejar caer el llamador con fuerza, lo bajó suavemente, y volvió a tomar su camino con una precipitación que no llevaba antes.

Cuando llegó a casa de Scauflaire, le encontró ocupado en arreglar un arnés.

—Maestro Scauflaire — le preguntó — ; ¿tenéis un buen caballo?

—Señor — dijo el flamenço—, todos los que tengo son buenos : ¿a qué llamáis un buen caballo?

—Quiero decir un caballo que pueda correr veinte leguas en un día (1).

—¡ Diablo ! — dijo el flamenco—, ¿veinte leguas?

—Sí.

—¿Con un cabriolé?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo ha de descansar después del viaje?

—Es preciso que vuelva a partir al día siguiente, si fuese necesario.

—¿Para andar lo mismo?

—Sí.

—¡ Caramba ! ¡ Caramba ! ¡ Veinte leguas !

Magdalena sacó del bolsillo el papel en que había trazado con un lápiz algunos números, y los enseñó al flamenco : tenía los números 5, 6, 8 1/2.

—¿Veis? — le dijo—. Total diez y nueve leguas y media, es decir, unas veinte leguas.

—Señor alcalde — respondió el flamenco—, puedo complaceros. Tengo un caballito blanco, que debéis haber visto pasar alguna vez ; un caballito del Bajo Boloñés. Es un rayo ; quisieron hacerle caballo de silla, pero saltaba y tiraba a todo el mundo al suelo. Creíase que era falso, y no se sabía qué hacer con él ; lo compré yo y lo puse en un cabriolé, y acerté porque precisamente era lo que el animal quería ; es manso como una malva, y corre como el viento. Sería imposible montarle, porque no quiere ser caballo de silla. Cada cual tiene sus ambiciones : tirar, sí ; llevar un jinete, no : es todo lo que al parecer piensa este caballo.

—¿Y hará el viaje?

—Correrá las veinte leguas al trote largo y en menos de ocho horas. Pero tengo que imponer algunas condiciones.

—Decidlas.

—En primer lugar, le daréis un descanso de una hora a la mitad del camino ; le daréis de comer, y habrá alguien mientras come, para impedir que el mozo de la posada le robe la avena ; porque tengo observado que en las posadas la avena suele ser con más frecuencia bebida por los mozos que comida por los caballos.

—Lo haré.

—En segundo lugar... ¿es para vos el cabriolé?

—Sí.

—¿Y sabéis guiar?

—Sí.

—Pues bien, iréis solo y sin equipaje para no cargar al caballo.

—Convenido.

—Pero no yendo nadie con vos, tendréis que cuidar que no le quiten la avena.

—Aprobado.

—Además, me daréis treinta francos al día, y pagaréis los días de descanso. Ni un ochavo menos, corriendo de vuestra cuenta el pienso del caballo.

El señor Magdalena sacó del bolsillo sesenta francos en tres monedas de oro, y los puso en la mesa.

—Ahí tenéis dos días adelantados.

—En cuarto lugar, para este viaje sería muy pesado un cabriolé, y cansaría demasiado al caballo. Es preciso que os avengáis a ir en mi tílburi.

—Consiento.

—Es ligero, pero está descubierto.

—Me es igual.

—Es que estamos en invierno...

Magdalena no respondió ; el flamenco continuó :

(1) Téngase presente que las leguas francesas son mucho más cortas que las nuestras.

—Y hace frío...

Magdalena continuó en silencio.

El maestro Scauflaire añadió :

—Y puede llover...

Magdalena levantó la cabeza, y dijo :

—El tílburi y el caballo estarán mañana a la puerta de mi casa a las cuatro y media de la mañana.

—Está bien—dijo Scauflaire, y después, rascando con la uña del dedo una mancha que había en la mesa, dijo con el aire indiferente que los flamencos saben mezclar tan bien con su finura :

—Pero ahora se me ocurre. No me habéis dicho adónde vais. ¿Adónde se dirige el señor alcalde?

No pensaba en otra cosa desde el principio de la conversación ; pero, sin saber por qué, no se había atrevido a hacer esta pregunta.

—¿Tiene vuestro caballo buenos brazos?—dijo Magdalena.

—Sí, señor. Le contendréis un poco en las bajadas. ¿Hay muchas cuestas por el camino que vais?

—No olvidéis que ha de estar en mi casa a las cuatro y media en punto—respondió Magdalena, y salió.

El flamenco quedó inmóvil «hecho un bestia», según dijo él mismo.

Hacía dos o tres minutos que había salido el alcalde, cuando volvió otra vez, con el mismo aire impasible y grave.

—Maese Scauflaire—dijo—, ¿cuánto creéis que valen el tilburí y el caballo que le ha de llevar?

—El tílburi y el caballo que ha de tirar de él, diréis—respondió el flamenco riendo.

—Bien. Lo mismo da.

—¿Queréis comprarlos?

—No. Pero quiero dejar una garantía para todo evento. A mi vuelta me entregaréis el importe. ¿Cuánto valen el tílburi y el caballo?

—Quinientos francos.

—Pues aquí están.

Magdalena puso un billete de Banco sobre la mesa, y salió sin volver a entrar.

El maestro Scauflaire sintió entonces no haber dicho mil francos. El caballo y el tílburi valían cien escudos.

El flamenco llamó a su mujer y le contó lo que le había pasado.

—¿Adónde irá el señor alcalde?

Celebraron consejo.

—Va a París—dijo la mujer.

—No lo creo—contestó el marido.

El señor Magdalena había dejado olvidado en la chimenea el papel en que había trazado algunos números. El flamenco lo cogió y meditó sobre él.

—Cinco, seis, ocho y media, éstos deben ser los relevos de la posta.

Después, volviéndose a su mujer, dijo :

—Ya lo sé.

—¿Pues cómo?

—Hay cinco leguas de aquí a Hesdin, seis de Hesdin a Saint-Pol, y ocho y media de Saint-Pol a Arras. Va a Arras.

Mientras tanto Magdalena había vuelto a su casa, siguiendo el camino más largo, como si la puerta de la casa parroquial fuese para él una tentación que debiese evitar. Subió a su cuarto y se encerró, lo cual nada tenía de particular, porque solía acostarse muy temprano. Sin embargo, la portera de la fábrica, que era al mismo tiempo el único criado del señor Magdalena, observó que apagó la luz a las ocho y media, y se lo dijo al cajero cuando entró, preguntándole :

—¿Está malo el señor alcalde? Porque he notado en él algo extraño.

El cajero vivía precisamente en una habitación que caía debajo de la del señor Magdalena. No hizo caso alguno de las palabras de la portera, se acostó y se durmió. Hacia media noche despertó bruscamente ; había oído entre sueños un ruido encima de su cama. Prestó atención, y descubrió que eran pasos como de alguno que se pasease por el cuarto de arriba. Escuchó con más cuidado, y conoció los pasos del señor Magdalena, lo cual le pareció muy extraño, porque ordinariamente no se oía ruido alguno antes de la hora en que acostumbraba levantarse el alcalde. Poco después oyó un ruido como el que se hace al abrir y cerrar un armario, luego arrastraron un mueble, volvió el silencio y por fin los pasos. El

cajero se sentó en la cama, despertó completamente, miró, y al través de los vidrios de su ventana vió en la pared de enfrente el reflejo rojizo de una ventana iluminada; conociendo por la dirección de los rayos que era la ventana del señor Magdalena. El reflejo temblaba como si proviniese más bien de una llama de chimenea que de una luz. En aquel reflejo no se descubría la sombra del bastidor de las vidrieras, lo que indicaba que estaba abierta de par en par la ventana: ¡cosa admirable atendiendo al frío que hacía! El cajero volvió a dormirse, y al despertar una o dos horas después, oyó el mismo paso lento y regular sobre su cuarto.

El reflejo seguía iluminando aún la pared; pero pálida y tranquilamente como si fuese el de una lámpara o bujía. La ventana continuaba abierta.

Veamos ahora lo que pasaba en el cuarto del señor Magdalena.

III

UNA TEMPESTAD BAJO UN CRÁNEO

El lector habrá adivinado sin duda que el señor Magdalena era Juan Valjean.

Ya en otra ocasión hemos sondeado algún tanto las profundidades de aquella conciencia: volvamos a sondearlas de nuevo. No lo haremos sin emoción, porque no hay nada más terrible que semejante estudio. La vista del espíritu no puede encontrar en ninguna parte más resplandores y más tinieblas que en el hombre; no puede fijarse en nada que sea más espantoso, más complicado, más misterioso, más infinito. Hay un espectáculo más grande que el del mar, y es el del cielo; hay un espectáculo más grande que el del cielo, y es el del interior del alma.

Escribir el poema de la conciencia humana, aunque sea a propósito de un solo hombre, a propósito del hombre más insignificante sería unir, fundir todas las epopeyas en una sola grandiosa y completa. La conciencia es el caos de las quimeras, de las ambiciones, de las tentativas; el horno de los delirios, el antro de las ideas vergonzosas, el pandemónium de los sofismas, el campo de batalla de las pasiones. Si a ciertas horas penetráramos al través de la faz lívida de un ser humano que reflexiona; si mirásemos detrás de aquella faz, en aquella alma, en aquella obscuridad, descubriríamos bajo el silencio exterior, combates de gigantes como en Homero, peleas de dragones y de hidras, y nubes de fantasmas como en Milton; espirales visionarias como en Dante. No hay nada más sombrío que este infinito que lleva el hombre dentro de sí, y al cual refiere con desesperación su voluntad y las acciones de su vida.

Dante encontró un día una puerta siniestra que le hizo dudar; nosotros estamos ahora también en el umbral de una puerta ante la cual dudamos. Pero entremos.

Poco tenemos que añadir a lo que sabe el lector de lo que pasó a Juan Valjean después de la aventura de Gervasillo. Desde aquel momento fué otro hombre; el deseo del obispo se vió realizado; en el criminal se verificó algo más que una transformación; se efectuó una transfiguración.

Desapareció; vendió la plata del obispo, conservando los candeleros como un recuerdo; pasó de pueblo en pueblo, atravesó Francia, vino a M.—a orillas del M.—, concibió la idea que hemos dicho, realizó lo que hemos referido, consiguió hacerse desconocido e inaccesible; y establecido ya, contento con sentir su conciencia pesarosa de lo pasado, y por ver desmentida la primera mitad de su existencia por la segunda, vivió, pacífico, seguro, con esperanzas, sin tener más que dos ideas: ocultar su nombre, y santificar su vida: huir de los hombres, y volver a acercarse a Dios.

Estas dos ideas estaban tan estrechamente unidas en su espíritu, que no formaban más que una sola; ambas igualmente absorbentes e imperiosas, y dominaban sus más pequeños actos. Casi siempre estaban de acuerdo para dictarle la senda que debía seguir; las dos le arrastraban hacia la obscuridad, le hacían benévolo y sencillo, le aconsejaban lo mismo. Pero algunas veces disentían; y entonces el hombre conocido por Magdalena no dudaba en sacrificar la primera a la segunda, su segu-

ridad a su virtud. Así, a pesar de toda su reserva y de toda su prudencia, había conservado los candeleros del obispo, había llevado luto por su muerte, había llamado e interrogado a todos los saboyanos que pasaban, había tomado informes acerca de todas las familias de Faverolles, y había salvado la vida al viejo Fauchelevent a pesar de las terribles insinuaciones de Javert. Creía, como hemos notado ya, y de acuerdo en esto con todos los hombres sabios, justos y santos, que el deber que tenemos para con nosotros mismos no es el primero de los deberes.

Sin embargo, digamos aquí que hasta entonces no le había pasado nada semejante a lo que entonces le pasaba.

Las dos ideas que dirigían a aquel hombre, cuyos dolores vamos relatando, no habían sostenido nunca lucha tan grave. El lo comprendió confusa, pero profundamente, desde las primeras palabras que pronunció Javert al entrar en su cuarto; y cuando oyó pronunciar el nombre que había sepultado bajo tan espesos velos, quedó sobrecogido de estupor, y como trastornado ante tan siniestro e inesperado golpe del destino. Al través de este estupor sintió el estremecimiento que precede a las grandes sacudidas: se doblegó como una encina cuando se aproxima la tempestad, como un soldado antes del asalto, y vió venir sobre su cabeza nubes sombrías preñadas de rayos y centellas. Al oír a Javert, su primer pensamiento fué ir a Arras, denunciarse a sí mismo, sacar a Champmathieu de la cárcel y reemplazarle: esta idea fué para él dolorosa, punzante como incisión en carne viva; pero pasó, y se dijo:—¡Veremos, veremos!—Reprimió este primer movimiento de generosidad, y retrocedió ante el heroísmo. Sin duda hubiera sido más heroico que, después de las santas palabras del obispo, después de tantos años de arrepentimiento y de abnegación, en medio de una penitencia tan admirablemente empezada, este hombre, en presencia de una crisis tan terrible, no hubiera dudado un momento y hubiese marchado con el mismo paso hacia aquel precipicio, en cuyo fondo estaba el cielo: esto, decimos, hubiera sido más heroico, pero no fué así. Es preciso que demos cuenta exacta de lo que pasaba en aquel alma, y que copiemos simplemente lo que en ella había. En el primer momento, el instinto de la conservación fué el que alcanzó la victoria; recogió sus ideas, ahogó sus emociones; consideró la presencia de Javert, conociendo la magnitud del peligro, difirió toda resolución con la firmeza del espanto; meditó sobre lo que debía hacer, y volvió a adquirir su calma, del mismo modo que un gladiador vuelve a coger su escudo.

El resto del día lo pasó en el mismo estado, alimentando un torbellino por dentro, y aparentando una tranquilidad profunda por fuera: no hizo más que tomar lo que podemos llamar «medidas de conservación». Su cerebro lo veía todo confuso: todo se chocaba dentro de él; su turbación era tal, que no podía distinguir la forma de ninguna idea: no hubiera podido decir nada de sí mismo, sino que acababa de recibir un gran golpe.

Fué, como tenía por costumbre, a ver a Fantina, y prolongó su visita al lado de aquel lecho de dolor, por un instinto de bondad, diciéndose que debía obrar así, y recomendarla a las hermanas por si llegaba el caso de tener que ausentarse. Conoció vagamente que tal vez tendría que ir a Arras; y sin estar decidido, en manera alguna, a hacer este viaje, se dijo que estando, como estaba, al abrigo de toda sospecha, no había inconveniente en ser testigo de lo que pasase; y mandó preparar el tílburi de Scauflaire para estar apercibido a todo evento.

Comió con bastante apetito.

Volvió a su cuarto, y se recogió en sí mismo.

Examinó su situación y la creyó extraordinaria; tan extraordinaria, que en medio de su meditación, y por un impulso de temor casi inexplicable, se levantó de la silla y echó el cerrojo a la puerta. Temía que entrase alguna cosa; se parapetaba contra todo lo posible.

Un momento después apagó la luz. Le estorbaba; creía que con ella podrían verle.

¿Y quién?

¡Ah! Lo que quería que no entrase había ya entrado; lo que quería cegar, le miraba fijamente: su conciencia.

Su conciencia, es decir, Dios.

Sin embargo, en el primer momento se hizo una ilusión: se creyó seguro y solo: con el cerrojo echado se juzgó inaccesible; con la luz apagada se tuvo por invisible. Entonces tomó posesión de sí mismo: apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos, y meditó en la obscuridad.—¿Dónde estoy? ¿Deliro? ¿Qué he oído? ¿Es cierto que he visto a Javert, y me ha dicho todo esto? ¿Quién puede ser ese Champmathieu? ¿Se parece a mí? ¿Es esto posible? ¡Cuando pienso en que ayer estaba tranquilo y tan lejos de dudar de nada! ¿Qué hacía yo ayer a estas horas? ¿Qué hay en este incidente? ¿Cuál será su desenlace? ¿Qué haré?

Estas preguntas eran su tormento. Su cabeza había perdido la fuerza necesaria para retener las ideas, y pasaban por él como las olas: en vano quería detenerlas oprimiendo la frente con ambas manos.

En este tumulto, que daba al traste con su voluntad y su razón, buscaba una evidencia y una resolución; pero nada sacó más que angustia.

Ardía su cabeza: dirigióse a la ventana y la abrió completamente: no había ni una estrella en el cielo. Volvió a sentarse a la mesa.

Así pasó la primera hora.

Poco a poco empezaron a formarse y a fijarse en su mente algunas líneas vagas; y entonces pudo entrever con la precisión de la realidad, no todo el conjunto de la situación, pero sí algunos pormenores.

Principió por reconocer, que por más extraordinaria y crítica que fuese esta situación, era dueño absoluto de ella.

Con esto, lejos de disminuirse, se aumentó su estupor.

Independientemente del objeto severo y religioso que se proponía en sus acciones, todo lo que había hecho hasta aquel día no había tenido más fin que el de ahondar una fosa para enterrar en ella su nombre. Lo que siempre había temido en sus horas de reflexión, en sus noches de insomnio, era oír pronunciar este nombre; decíase que esto sería el fin de todo; que el día en que ese nombre volviera a sonar, haría desaparecer su nueva vida, ¿y quién sabe si también su nueva alma? Sólo la idea de que así pudiera suceder, le hacía temblar. Y si en aquellos momentos le hubieran dicho que llegaría un día en que resonaría ese nombre en sus oídos, en que las odiosas palabras «Juan Valjean» saldrían repentinamente de las tinieblas y se erguirían delante de él; en que aquella gran luz encendida para disipar el misterio que le rodeaba, resplandecería súbitamente sobre su cabeza; y que, sin embargo, tal nombre no le amenazaría; semejante luz no produciría sino una obscuridad más espesa; aquel velo roto aumentaría el misterio; aquel temblor de tierra consolidaría su edificio; aquel prodigioso incidente no tendría más resultado, si él quería, que hacer su existencia a la vez más clara y más impenetrable; y de su confrontación con el fantasma de Juan Valjean, el bueno y digno ciudadano señor Magdalena saldría más honrado, más tranquilo y más respetado que nunca; si alguno le hubiera dicho esto, le habría vuelto la espalda teniendo estas palabras por insensatas. Pues bien, todo esto acababa de suceder; toda esta acumulación de imposibles era un hecho; ¡Dios había permitido que estos absurdos se convirtieran en realidades!

Su meditación iba aclarándose y se iba explicando cada vez más su posición.

Le parecía que acababa de despertar de un sueño, y que iba resbalando por una pendiente en medio de la noche, de pie, tembloroso, retrocediendo en vano ante la orilla de un abismo. Veía claramente en la sombra a un desconocido, a un extraño, a quien el destino confundía con él y le empujaba hacia el precipicio en lugar suyo. Era preciso para que se cerrara el abismo que cayese alguien, o él o el otro.

No había más remedio que ceder al destino.

La claridad llegó a ser completa en su cerebro, y conoció: Que su lugar estaba vacío en el presidio, y le esperaba todavía; que el robo de Gervasillo le

arastraba a él; que aquel lugar vacío le esperaría y le atraería inevitable y fatalmente hasta que lo ocupase. Además se dijo: que en aquel momento había uno que le reemplazaba, y que mientras él estuviese representado en el presidio por Champmathieu, y en la sociedad por el señor Magdalena, no tenía nada que temer; con tal que no impidiese que cayera sobre la cabeza de Champmathieu esa piedra de infamia que, como la piedra del sepulcro, cae para no volverse a levantar.

Como todo esto era tan violento y tan extraño, se verificó en él uno de esos movimientos indescriptibles que sólo ocurren dos o tres veces en la vida de un hombre; especie de convulsión de la conciencia que remueve todas las dudas del corazón, que se compone de ironía, de alegría, de desesperación, y que se podría llamar «risa interior».

Encendió bruscamente la luz.

—¿Y qué?—se dijo—: ¿de qué tengo miedo? ¿qué debo pensar de esto? Estoy salvado: todo ha concluído. No tenía más que una puerta entreabierta, por la cual podría entrar mi pasado en mi nueva vida: ¡esa puerta queda ahora tapiada para siempre! Ese Javert que me acosa hace tanto tiempo; ese terrible instinto que parecía haberme adivinado y me seguía a todas partes; ese perro de presa siempre en acecho sobre mí, está ya desorientado completamente. Está satisfecho y me dejará en paz; ¡ya tiene a su Juan Valjean! ¡Quién sabe, además, si pensará dejar esta población! ¡Y todo ha sucedido sin intervención mía! Yo no he soñado en ello para nada. ¡Bah! ¿por ventura es este algún suceso desgraciado? Los que me viesen creerían que me había sucedido alguna catástrofe. Y sobre todo, si resulta mal para alguien, no es por culpa mía. La Providencia lo ha hecho, y de consiguiente eso es lo que quiere que suceda, a lo menos aparentemente. ¿Tengo yo derecho para desordenar lo que ella ordena? ¿Qué es lo que ahora quiero? ¿En qué voy a mezclarme? Para nada me llaman. ¡Cómo! ¡Y no estoy contento! ¿Pues qué es lo que busco? El fin a que aspiro hace tantos años, el sueño de mis noches, el objeto de mis oraciones, es la seguridad. Pues ya la tengo: Dios lo quiere, y no debo sublevarme contra la voluntad de Dios. ¿Y por qué lo quiere? Para que yo continúe lo que he empezado, para que realice el bien, para que dé un grande y animoso ejemplo, para que se diga, en fin, que ha habido alguna parte de felicidad en esta penitencia que he sufrido, en esta virtud a la cual he vuelto. En verdad que no comprendo por qué he tenido miedo hace poco de entrar en casa de ese buen cura, contarle todo como a un confesor, y pedirle consejo, cuando estoy seguro de que habría dicho esto mismo. Está decidido; dejemos correr los sucesos; dejemos obrar a Dios.

De este modo se hablaba en las profundidades de su conciencia, inclinado sobre lo que podría llamarse su propio abismo. Se levantó de la silla y se puso a pasear por la habitación.—Vamos—dijo—, no pensemos más en ello. ¡Ya he tomado mi resolución!—Mas no sintió alegría alguna.

Por el contrario.

Querer prohibir a la imaginación que vuelva a una idea, es lo mismo que querer prohibir al mar que vuelva a la playa. Para el marinero este fenómeno se llama marea; para el culpado se llama remordimiento. Dios mueve las almas lo mismo que el Océano.

Al cabo de pocos instantes, por más que hizo para evitarlo, continuó aquel sombrío diálogo, en que él mismo era el que hablaba y oía hablar, diciendo lo que hubiera querido callar, y oyendo lo que no hubiera querido oír; cediendo a aquel poder misterioso que le decía «¡piensa!» del mismo modo que decía hace dos mil años a otro condenado. «¡Anda!

Pero antes de pasar adelante, y para que seamos perfectamente comprendidos, insistamos en una observación necesaria.

Es cierto que el hombre se habla a sí mismo: no hay ningún ser pensador que no lo haya experimentado. Puede decirse que el misterio más grande y magnífico del Verbo, es el que realiza cuando en el interior del hombre va del pensamiento a la conciencia, y vuelve de la conciencia al pensamiento.

En tal sentido solamente deben entenderse las palabras empleadas con frecuencia en este capítulo, «dijo, exclamó ; se decía, se hablaba a sí mismo», sin que el silencio exterior se rompiese. Dentro de nosotros hay un gran tumulto ; todo habla en nosotros excepto la boca. Las realidades del alma no dejan de ser realidades, porque sean invisibles e impalpables.

Preguntóse, pues, dónde estaba de su resolución. Se interrogó sobre «esa resolución irrevocable», y se confesó que el arreglo que había hecho en su espíritu era monstruoso, porque «dejar pasar los sucesos», «dejar obrar al buen Dios» era simplemente una idea horrible. Dejar que pasase adelante aquel error del destino y de los hombres, no impedirlo, ayudarlo con el silencio, no hacer nada, en fin, era una enorme injusticia, el colmo de la indignidad hipócrita, un crimen bajo, miserable, abyecto, vil.

Por primera vez en ocho años acababa de sentir aquel desgraciado el sabor amargo de un mal pensamiento y de una mala acción.

Lo expulsó de sí mismo con disgusto, como se escupe el objeto amargo que se rechaza de la boca.

Y continuó preguntándose : se preguntó severamente qué era lo que había entendido al decirse : ¡ he conseguido mi objeto ! Reconoció que su vida tenía efectivamente un objeto. Pero, ¿cuál? ¿ocultar su nombre? ¿engañar a la policía? ¿Y para esto, para una cosa tan pequeña había hecho todo lo que había hecho? ¿No tenía acaso otro objeto, que era el grande, el verdadero : salvar, no su persona, sino su alma ; ser bueno y honrado ; ser un justo? ¿No era esto, sobre todo, no era esto únicamente lo que él había querido y el obispo le había mandado? ¡ Cerrar la puerta a su pasado ! Pero no la cerraba ; la volvía a abrir con una acción infame : ¡ volvía a ser ladrón, y ladrón del género más odioso ! ¡ Robaba a otro su existencia, su vida, su paz, la luz del sol ! Era, pues, un asesino : ¡ mataba moralmente a un infeliz, le condenaba a esa horrible muerte de los vivos, a esa muerte a cielo abierto, que se llama presidio ! Por el contrario, entregarse, salvar a ese hombre, objeto de tan funesto error, tomar su nombre, volver a ser por obligación el presidiario Juan Valjean, era verdaderamente acabar su resurrección, y cerrar para siempre el infierno de que salía. Caer en apariencia en ese infierno era en realidad salir de él. Era necesario cumplir ese deber ; porque nada habría hecho si no lo cumplía, y su vida sería inútil, su penitencia ineficaz, absolutamente estéril y sin objeto. Conocía que el obispo estaba allí con él, tanto más presente cuanto que estaba muerto : el obispo le miraba fijamente, y si no cumplía su deber, el alcalde Magdalena con todas sus virtudes le sería odioso, y en su comparación el presidiario Juan Valjean sería un hombre admirable y puro. Los hombres verían su máscara, el obispo veía su rostro ; los hombres verían su vida, el obispo veía su conciencia. Debía por lo tanto ir a Arras, libertar al falso Juan Valjean, y denunciar al verdadero. ¡ Ah ! Este era el mayor de los sacrificios, la victoria más dolorosa, el último y más difícil paso ; ¡ pero era necesario darle ! ¡ Cruel destino ! ¡ No entrar en la santidad a los ojos de Dios, sin volver a entrar en la infamia a los ojos del mundo !

—Pues bien—dijo— : ¡ tomemos esta resolución ! Cumplamos con nuestro deber. Salvemos a ese hombre.

Pronunció estas palabras, sin notar que hablaba alto.

Tomó sus libros, los comprobó y los arregló ; echó al fuego un paquete de recibos de comerciantes atrasados que le debían, y escribió y cerró una carta, en cuyo sobre hubiera podido leer cualquiera que hubiera estado allí : «Al señor Laffitte, banquero, calle de Artois, París.»

Sacó de un cajón una cartera que contenía algunos billetes de Banco, y el pasaporte de que se había servido aquel año para ir a las elecciones.

El que le hubiera visto ejecutar todos estos actos en medio de tan grave meditación, no hubiera sospechado lo que por él pasaba. Solamente a intervalos se movían sus labios ; otras veces levantaba la cabeza y fijaba la vista en un punto cualquiera de la pared, como

si hubiese precisamente allí algo que quisiera aclarar, o alguien a quien tratara de interrogar.

Así que terminó la carta para el señor Laffitte, la puso en el bolsillo con la cartera y volvió a pasearse.

Sus ideas no habían cambiado. Continuaba viendo claramente su deber escrito en luminosas letras que resplandecían ante sus ojos, y giraban con su mirada :—«¡ Anda ! ¡ Da tu nombre ! ¡ Denúnciate !»

Veía también, y como si se moviesen delante de él con formas sensibles, las dos ideas que habían sido hasta entonces la regla de su vida ; ocultar su nombre ; santificar su alma. Por primera vez se le presentaban absolutamente distintas, y comprendía su diferencia. Reconocía que una de ellas era necesariamente buena, mientras que la otra podía llegar a ser mala ; que ésta era el sacrificio, aquélla la personalidad : que una le decía : «el prójimo», y la otra le decía : «yo» ; que una venía de la luz, y otra de las tinieblas.

Ambas luchaban entre sí, y él lo veía. A medida que reflexionaba, iban creciendo ante los ojos de su espíritu, y tenían ya colosales dimensiones : le parecía que las veía luchar dentro de sí mismo en aquel infinito de que hemos hablado antes, en medio de la obscuridad y de la luz ; una, diosa ; la otra, gigante.

Estaba lleno de espanto, pero creía que triunfaría la buena idea.

Conocía que había llegado al segundo momento decisivo de su conciencia y de su destino : que el obispo había marcado la primera fase de su nueva vida, y Champmathieu marcaría la segunda ; después de la gran crisis la gran prueba.

Entretanto la fiebre, apaciguada un instante, le volvió a invadir poco a poco. Mil pensamientos le asaltaban ; pero le fortificaban aún más en su resolución.

Un momento se dijo que tomaba el asunto con demasiado calor ; porque Champmathieu no era nada importante, y en último resultado había cometido un robo.

Y se respondió :

—Si este hombre ha robado algunas manzanas, tiene un mes de prisión ; lo que es mucho menos que la cadena. ¿ Y quién sabe ? ¿ Ha robado ? ¿ Está probado ? El nombre de Juan Valjean le oprime, y parece que dispensa de pruebas. ¿ No suelen pensar así los fiscales ? Se cree que es ladrón, porque se cree que ha sido presidiario.

En otro momento pensó que, si se denunciaba a sí mismo, tal vez se comprendería el heroísmo de su acción ; se tendrían en cuenta sus siete años de honradez, y lo que había hecho por el país, y se le haría gracia.

Pero esta suposición se desvaneció en seguida ; y se sonrió amargamente pensando que el robo de los cuarenta sueldos a Gervasillo le hacía reincidente ; que este crimen reaparecería, y que la ley le condenaría a cadena perpetua.

Principió a perder todas las ilusiones ; se alejó más y más de la tierra, y buscó el consuelo y la fuerza en otra parte. Se dijo que le era preciso cumplir su deber ; que tal vez no sería más desgraciado después de cumplirle que después de haberle eludido ; que si dejaba pasar los sucesos, si permanecía en M.—a orillas del M.—, su consideración, su buen nombre, sus buenas obras, la deferencia y la veneración públicas ; su caridad, sus riquezas, su popularidad, estarían cimentadas sobre un crimen ; ¿ y qué tranquilidad podrían dar cosas tan santas unidas a la maldad ? Pero si realizaba su sacrificio, al presidio, al potro, a la cadena, al gorro verde, al trabajo sin descanso, a la vergüenza sin piedad, se uniría siempre una idea celestial.

Por fin se dijo que su destino era éste : que él no era dueño de arreglar lo que viene desarreglado de arriba, y que tenía que escoger en todo caso entre la virtud exterior unida a la abominación interior o la santidad interior unida a la fama exterior.

Su valor no desfallecía ante la lucha de tan lúgubres ideas ; pero su cerebro se fatigaba ; y a pesar suyo empezaba a pensar en otras cosas, en cosas indiferentes.

Sus sienes latían fuertemente : seguía paseando. Dieron las doce en el reloj de

la parroquia, y después en el del Ayuntamiento. Contó las doce campanadas en los dos relojes, comparó el sonido de las dos campanas, y recordó en aquel momento que algunos días antes había visto en un almacén de hierro una campana vieja que tenía grabado este nombre: «Antonio Albín de Romainville».

Tuvo frío. Encendió un poco de lumbre; pero no se le ocurrió cerrar la ventana.

Después volvió a su estupor, y le fué preciso hacer un gran esfuerzo para recordar lo que estaba pensando antes de que diesen las doce. Al fin lo consiguió.

—¡Ah! sí—se dijo—, había tomado la resolución de denunciarme.

Entonces se acordó de Fantina.

—¡Ah!—exclamó—: ¿y esta pobre mujer?

Aquí principió una nueva crisis.

Al presentarse bruscamente Fantina en su delirio como un rayo inesperado de luz, le pareció que todo cambiaba de aspecto en su derredor, y dijo:

—¡Ah! ¡Hasta ahora sólo me he tenido en cuenta a mí mismo! ¡Sólo he considerado mi interés particular, si me conviene callarme o denunciarme, ocultar mi persona o salvar mi alma, ser un magistrado despreciable y respetado, o un presidiario despreciable y venerable; es decir, que no he salido de mí! ¡Pero, Dios mío, todo esto no es más que egoísmo! Podrán ser formas distintas del egoísmo; pero al cabo es egoísmo puro. ¿Y si pensase un poco en los demás? La caridad empieza por los demás. Veamos, examinemos. Quitándome a mí, borrándome, olvidándome, ¿qué sucedería de todo esto? Si me denuncio, me prenden; sale en libertad Champmathieu, me envían al presidio, ¿y después? ¿qué sucederá aquí? ¡Ah! Aquí hay un país, un pueblo, fábricas, industria, obreros, hombres, mujeres, ancianos, niños, desvalidos. Yo lo he creado todo, le he dado vida; donde hay una chimenea que humea he puesto yo la leña en el fuego y la comida en el puchero; yo he creado el bienestar, la circulación, el crédito; antes no había nada; yo he vivificado, animado, fecundado, estimulado y enriquecido el país. Si desaparezco, todo muere. ¿Y esa mujer que ha padecido tanto, que tiene tantos méritos en su caída, y cuya desgracia he causado yo sin querer? ¿Y esa niña que iba yo a buscar, según he prometido a su madre? ¿No debo algo a esa mujer en reparación del mal que la he hecho? Si yo desaparezco, ¿qué sucederá? La madre morirá; la niña sabe Dios qué será de ella. Esto es lo que sucederá si me denuncio. ¿Y si no me presento? Veamos qué sucederá entonces.

Después de haberse hecho esta pregunta, se detuvo y pasó por un momento de duda, de temor; pero esto duró poco, y se respondió con calma:

—Ese hombre irá a presidio, es verdad; pero, ¡cómo ha de ser! Es un ladrón. No puedo hacerme la ilusión de que no ha robado: ha robado. Yo me quedo aquí. En diez años ganaré diez millones; los reparto en el país: no tengo nada mío: no trabajo, pues, para mí, La creciente prosperidad de todos, la industria que despierta, las manufacturas y las máquinas que se multiplican hacen felices a cien, a mil familias; el país se puebla; se crean pueblos donde sólo había caseríos; se crean caseríos donde no había nada; desaparece la miseria, y con ella el escándalo, la prostitución, el robo, el asesinato, todos los vicios, todos los crímenes. Esa pobre madre educa a su hija; y hay todo un país rico y honrado. ¡Ah! Estaba loco, pensaba un absurdo cuando trataba de denunciarme. Debo meditarlo bien y no precipitarme. ¿Por qué me había de agradar más hacer el grande, el generoso? Sería éste un papel de melodrama, simplemente de melodrama. Yo no había pensado más que en mí, en mí sólo. ¿Y por salvar de un castigo, quizá un poco exagerado, pero justo en el fondo, a un ladrón, a un malhechor indudablemente, ha de perecer un país entero, ha de morir esa mujer en el hospital, y ha de quedar su hija abandonada en la calle, como si fuera un perro? ¡Ah! esto sería abominable; sin que la madre haya visto a su hija, sin que la hija conozca apenas a su madre, ¿ha de suceder todo esto por ese pícaro ladrón, que seguramente merecerá la cadena por algo más que por el robo de las manzanas? ¿Qué escrúpulos son es-

tos que salvan a un culpado y sacrifican inocentes ; que salvan a un viejo vagabundo, a quien sólo quedan algunos años de vida y no será más desgraciado en el presidio que en su casa, y sacrifican a toda una población, a madres, a mujeres y a niños? ¡ Esa pobre Cosette que no tiene más que a mí en el mundo y que estará en este momento tiritando de frío en el tabuco de los Thenardier ! ¡ Otra canalla por otro estilo ! ¿Faltaré, pues, a mi deber, respecto de toda esta gente? ¿Iré a denunciarme? ¿Haré esta solemne tontería? Pongámonos en lo peor : supongamos que al obrar así cometo una mala acción, y que mi conciencia me culpa por ella algún día ; aceptar por el bien del prójimo esta culpa que cae sobre mí solo, esta mala acción que no compromete más que mi alma, es un sacrificio, es una virtud.

Se levantó y volvió a pasear : esta vez parecía estar contento.

Así como los diamantes sólo se encuentran en las profundidades de la tierra, las verdades sólo se hallan en las profundidades del pensamiento. Le parecía que después de haber descendido a estas profundidades, después de haber andado a tientas en lo más negro de las tinieblas, acababa de hallar un diamante, una verdad, que la tenía en la mano, y que se deslumbraba al mirarla.

—Sí—pensó entonces—, ¡ esto es ! Ahora estoy en la verdad : tengo la solución. Me era preciso decidirme, y ya me he decidido. Esperemos. No vacilemos, no retrocedamos, porque así conviene, no a mi interés, sino al interés general. Soy Magdalena, me quedo Magdalena. ¡ Desgraciado del que es Juan Valjean ! Ese no soy yo. Yo no conozco a ese hombre ; no sé quién es ; si hay alguno que sea Juan Valjean ahora, que se arregle como pueda, a mí no me importa. Este es un nombre de fatalidad que flota en la noche : si se detiene y cae sobre una cabeza, tanto peor para ella.

Se miró entonces al espejo que estaba encima de la chimenea, y dijo :

—¡ Ah ! Me consuela el tomar una resolución. Ya soy otro.

Dió algunos pasos después y se detuvo de repente.

—Vamos—dijo—, no debo dudar ante ninguna consecuencia de la resolución que he tomado. Hay todavía algunos hilos que me unen a este Juan Valjean, y es necesario romperlos. En este mismo cuarto hay objetos que me acusarían, testigos mudos que deben desaparecer.

Metió la mano en el bolsillo, sacó una cartera, la abrió y cogió una llavecita.

Introdujo esta llave en una cerradura cuyo agujero apenas se veía, por estar oculto entre las sombras más obscuras del dibujo del papel que cubría la pared. Abrióse un escondrijo, una especie de armarito colocado entre el ángulo de la pared y el cañón de la chimenea. Sólo había en aquel cajón unos andrajos : un saco azul, un pantalón viejo, un morral y un grueso palo de espino con contera en los dos extremos. Los que habían visto a Juan Valjean en la época en que pasó por D. en octubre de 1815, habrían conocido fácilmente todos aquellos harapos.

Los había conservado, lo mismo que los candeleros de plata, para tener siempre presente su punto de partida. Pero ocultaba lo que era del presidio, y dejaba ver lo que era del obispo.

Dirigió una mirada furtiva a la puerta, como si temiese que la abriese alguien, a pesar del cerrojo, y después, con un movimiento vivo y brusco, de una sola brazada, sin mirar siquiera aquellos objetos que había guardado tantos años, con tanto cuidado y peligro, lo cogió todo, harapos, palo y morral, y lo arrojó al fuego.

Ceró el escondrijo, y redoblando sus precauciones, completamente inútiles pues que ya estaba vacío, puso un mueble atrancando la puerta.

Al cabo de algunos segundos la habitación y la pared de enfrente se iluminaron con un resplandor rojizo y tembloroso.

El morral, al consumirse con los harapos que contenía, había dejado ver una cosa que brillaba en la ceniza.

Acercándose se hubiera visto una

moneda de plata. Sin duda era la moneda de cuarenta sueldos robada al saboyano.

Pero él no miraba al fuego; continuaba paseando con el mismo paso. De repente su vista se fijó en los dos candeleros de plata que con la llama relucían vagamente encima de la chimenea.

—¡Ah!—pensó—. Aún está allí Juan Valjean. Hay que destruir eso.

Y cogió los candeleros.

Había aún bastante lumbre para poder quitarles la forma y hacer de ellos una barra, o cosa parecida.

Se inclinó cerca de la chimenea, y se calentó un instante.—¡Qué buen calor! —dijo.

Removió la lumbre con uno de los candeleros.

Un minuto más en esta disposición de ánimo y ambos hubieran ido al fuego.

En este momento le pareció oír dentro de sí una voz que gritaba:—¡Juan Valjean! ¡Juan Valjean!

Sus cabellos se erizaron, y quedó como un hombre que oye una cosa terrible.

—Sí; acaba—decía la voz—. ¡Completa lo que haces! ¡destruye esos candeleros! ¡aniquila ese recuerdo! ¡olvida al obispo! ¡olvídalo todo! ¡pierde a Champmathieu! ¡todo va bien! ¡regocíjate! Ya está resuelto; un hombre, un anciano que no sabe lo que le quieren, que tal vez no ha hecho nada; un inocente, cuyo único crimen es tu nombre, va a ser condenado, va a concluir sus días en la abyección y en el horror. ¡Está bien! Sé hombre respetable. Quédate siendo señor alcalde, ilustre y honrado, enriquece al pueblo, alimenta a los indigentes, educa a los huérfanos, mírate feliz, virtuoso y admirado; que mientras tanto, mientras tú estás aquí rodeado de alegría y de luz, otro usará tu chaqueta roja, llevará tu nombre en la ignominia, y arrastrará tu cadena en el presidio. Sí. Todo está muy bien arreglado. ¡Ah, miserable!

El sudor corría por su frente: dirigió a los candeleros una mirada extraviada. Pero la voz no había concluído, y continuó así:

—¡Juan Valjean! ¡A tu alrededor habrá muchas voces que harán gran ruido, que hablarán alto, que te bendecirán; y no habrá más que un ser que te maldiga en las tinieblas! Pues bien; escucha, ¡infame! ¡Todas esas bendiciones caerán antes de llegar al cielo; sólo la maldición subirá hasta Dios!

Esta voz, débil al principio, y que se había elevado desde lo más profundo de su conciencia, había llegado a ser por grados ruidosa y formidable, hasta el punto de creer que la oía distintamente por el oído. Le parecía que había salido de sí mismo, y que le hablaba ya desde fuera; y creyó oír sus últimas palabras tan claramente, que miró en derredor suyo con cierta especie de terror.

—¿Hay alguien aquí?—preguntó en voz alta y azorada.

Y después añadió, con una risa que parecía la de un idiota:

—¡Qué tonto soy! ¡Si no puede haber nadie!

Había alguien en efecto: pero el que allí estaba no era de los seres a quienes puede ver el ojo humano.

Dejó los candeleros en la chimenea, y volvió a aquel paseo monótono y lúgubre que había despertado súbitamente al cajero que dormía en la habitación inferior.

Este paseo le consolaba y abrumaba al mismo tiempo, porque en ciertas ocasiones críticas el hombre parece que se mueve para pedir consejo a todo lo que encuentra al paso. Al cabo de algunos instantes no sabía dónde estaba de su meditación.

Retrocedía con igual espanto ante las dos resoluciones que había tomado. Las dos ideas que le aconsejaban le parecían a cual más funestas. ¡Qué fatalidad envolvía aquella equivocación personal respecto de Champmathieu! ¡Verse precipitado por el mismo medio que parecía haber escogido la Providencia para tranquilizarle!

Hubo un momento en que pensó en el porvenir. ¡Denunciarse! ¡Entregarse! Se pintó con inmensa desesperación todo lo que tenía que abandonar, y todo lo que tenía que volver a adquirir. Tenía que despedirse de aquella vida tan buena, tan pura, de todo, del honor, de

la libertad. ¡Ya no podría pasearse por el campo, ni oír los cantos de los pájaros en la primavera, ni dar limosna a los pequeñuelos, ni sentir la dulzura de las miradas de amor y de reconocimiento que se fijaban en él! ¡Tendría que abandonar aquella casa que había edificado; aquel cuartito que había arreglado para sí! ¡Ya no leería aquellos libros; ya no escribiría en aquella mesita de madera tan blanca! ¡La portera, que era su única criada, no le subiría ya el café por la mañana! ¡En vez de esto pasaría por el presidio, el cepo, la chaqueta roja, la cadena al pie, el trabajo, el calabozo, la cama de tablas y todos los horrores conocidos! ¡A su edad y después de lo que había sido! ¡Si fuese aún joven! ¡Pero anciano y ser tuteado por todo el mundo, humillado por el carcelero, apaleado por el cabo de vara! ¡Llevar los pies desnudos en zapatos herrados; presentar por mañana y tarde su pierna al martillo de la ronda que examina los grillos! ¡Sufrir la curiosidad de los extraños, a quienes se diría: —«¡Este es el famoso Juan Valjean, que fué alcalde de M.—¡Y por la noche, cubierto de sudor, abrumado de cansancio, con el gorro verde sobre los ojos, subir de dos en dos, bajo el látigo del cabo, la escala del pontón flotante! ¡Oh, qué miseria! ¿Puede acaso el destino ser malo como un ser inteligente, y llegar a ser monstruoso como el corazón humano?

De modo que siempre venía a caer en el mismo dilema que formaba la base de su meditación: ¡Permanecer en el paraíso y ser un demonio, o entrar en el infierno y ser un ángel!

¿Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

El tormento de que se había creído libre, volvió a desencadenarse; sus ideas volvieron a confundirse, y tomaron ese carácter de estupidez propio de la desesperación. El nombre de Romainville se presentaba sin cesar a su imaginación en dos versos de una canción que había oído hacía tiempo. Pensaba en que Romainville es un bosquecillo cerca de París, adonde van los amantes a coger lilas en el mes de abril.

Seguía paseando y vacilando, lo mismo exterior que interiormente. Paseaba como un niño que empieza a andar solo.

En algunos momentos, luchando con su cansancio, hacía un esfuerzo para ordenar su inteligencia.

Trataba de presentarse definitivamente y por última vez el problema sobre el cual, por decirlo así, había caído abrumado de fatiga. ¿Debía denunciarse? ¿Debía callar? No conseguiría ver nada claro. Los vagos razonamientos que se sucedían en su delirio, temblaban y se disipaban sucesivamente, convirtiéndose en humo. Solamente conocía que cualquiera que fuese la resolución que tomara, necesariamente, y sin que pudiera evitarlo, algo en él iba a morir, ya entrase en el sepulcro por la derecha o por la izquierda, ya pasase por la agonía de su felicidad o por la agonía de su virtud.

Había vuelto a ser presa de esta irresolución; no había adelantado nada desde el principio.

Así luchaba en medio de la angustia aquel desgraciado. Mil ochocientos años antes, el ser misterioso en que se resumen toda la santidad y todos los padecimientos de la humanidad, mientras que los olivos temblaban agitados por el viento de lo infinito, había apartado por algún tiempo de su mano el horroroso cáliz que se le presentaba lleno de sombra y de tinieblas en las profundidades cubiertas de estrellas.

IV

FORMAS QUE TOMA EL COLOR DURANTE EL SUEÑO

Acababan de dar las tres de la mañana: hacía cinco horas que se estaba paseando, casi sin descanso, cuando se dejó caer en su silla.

Se durmió y soñó.

Este sueño, como casi todos, no se refería a su situación sino por algunas remotas conexiones funestas y dolorosas, que le hicieron gran impresión. Aquella pesadilla le afectó tan vivamente, que después la escribió, y la hemos encontrado entre algunos papeles que dejó escritos. Nos parece oportuno transcribirla aquí textualmente.

Cualquiera que fuese este sueño, la historia de aquella noche sería incompleta si omitiésemos esta sombría aventura de un alma enferma. Vamos, pues, a referirla. En el sobre decía lo siguiente: «Sueño que tuve aquella noche:»

«Estaba en el campo; en un campo triste donde no había hierba. No podía distinguir si era de día o de noche.

»Me paseaba con mi hermano, con el hermano de mi infancia, del cual debo decir que apenas me acuerdo, que nunca pienso en él.

»Hablábamos y encontrábamos algunos paseantes. Hablamos de una vecina que habíamos tenido, y que, viviendo en cuarto bajo, trabajaba con la ventana siempre abierta. Durante nuestra conversación sentíamos el frío que producía aquella ventana abierta.

»No había árboles en aquel campo.

»Pasó un hombre cerca de nosotros. Era un hombre desnudo, de color de ceniza, montado en un caballo de color de tierra. Era calvo; veíanse su cráneo y una porción de venas que lo cruzaban. Llevaba en la mano una varita flexible como un sarmiento, y pesada como el hierro. Pasó a nuestro lado y no nos dijo nada.

»Mi hermano me dijo:

»—Vámonos por el camino hondo.

»Había un camino hondo, por el cual no se veía ni un matorral, ni una hierbecilla. Todo era de color de tierra, incluso el cielo. Al cabo de algunos pasos nadie me respondió cuando hablé, y entonces noté que mi hermano ya no iba conmigo.

»Vi un pueblo y entré en él: creo que debía de ser Romainville.

—(¿Y por qué había de ser Romainville?) (1).

»La primera calle que vi estaba desierta: pasé a otra. Detrás de la esquina había un hombre en pie, apoyado en la pared. Le pregunté:

»—¿Qué país es éste? ¿Dónde estoy?

»El hombre no respondió. Vi abierta la puerta de una casa y entré.

»La primera habitación estaba desierta; entré en la segunda, y detrás de la puerta había un hombre en pie apoyado en la pared. Le pregunté: ¿De quién es esta casa? ¿dónde estoy? El hombre no respondió. La casa tenía jardín, y entré en él. Estaba desierto; pero detrás del primer árbol había un hombre en pie. Le pregunté: ¿qué jardín es este? ¿dónde estoy? El hombre no respondió.

»Recorrí después el pueblo, y vi que era grande. Todas las calles estaban desiertas; todas las puertas abiertas. Ni un ser viviente pasaba por las calles, ni se movía en las casas, ni se paseaba por los jardines. Pero detrás de cada esquina, de cada puerta, de cada árbol, había un hombre en pie y en silencio. No se veía más que uno de una vez, y todos me miraban al pasar.

»Salí del pueblo, y anduve por el campo.

»Poco después volví la cabeza y vi una gran multitud que venía detrás de mí. Conocí a todos los que había visto en el pueblo: tenían unas cabezas extraordinarias; parecía que andaban muy despacio y no obstante marchaban más de prisa que yo. No hacían ruido alguno al andar, y en un instante me alcanzaron y cercaron. Sus rostros eran de color de tierra.

»Entonces, el primero a quien yo había visto en el pueblo, me dijo: ¿Adónde vais? ¿No sabéis que estáis muerto hace mucho tiempo?

»Abrí la boca para responder y vi que ya no había nadie a mi lado.»

Aquí despertó. Estaba helado; el viento frío de la mañana hacía girar las hojas de la ventana abierta. La lumbre se había apagado: la luz tocaba a su fin. La noche era aún obscura.

Se levantó y se puso a la ventana. No se veían estrellas en el cielo.

Desde la ventana se descubrían el patio de la casa y la calle. Un golpe seco y duro que resonó en el suelo le hizo bajar la vista, y vió debajo de sí dos estrellas rojas, cuyos rayos se extendían y desaparecían caprichosamente en la sombra.

Como su imaginación estaba aún medio sumergida en la bruma de los sueños, exclamó:

—¡Calla! No hay estrellas en el cielo; pero están en la tierra.

(1) Este paréntisis es del mismo puño y letra de Juan Valjean.

Disipóse pronto esta turbación, y un segundo golpe que acabó de despertarle le dió a conocer que aquellas dos estrellas eran los faroles de un carruaje cuya forma pudo distinguir a su claridad. Era un tílburi con un caballo blanco. El ruido que había oído era el de los cascos del caballo en el empedrado.

—¿Qué carruaje es éste?—se dijo—. ¿Quién viene aquí tan temprano?

En este momento llamaron a la puerta de su cuarto.

Tembló de pies a cabeza, y gritó con voz terrible:

—¿Quién?

Una voz respondió:

—¡Yo, señor alcalde!

Y conociendo la voz de la portera, dijo:

—¿Y qué? ¿Qué ocurre?

—Señor, van a dar las cinco de la mañana.

—¿Y qué me importa?

—Que está aquí el carruaje.

—¿Qué carruaje?

—El tílburi.

—¿Qué tílburi?

—¿No habéis mandado venir a esta hora un tílburi?

—No.

—Pues el cochero dice que viene en busca del señor alcalde.

—¿Qué cochero?

—El del señor Scauflaire.

—¡Scauflaire!

Este nombre le estremeció como un relámpago que le hubiese pasado cerca de la cara.

—¡Ah, sí! — contestó—; ¡el señor Scauflaire!

Si la vieja le hubiera visto en este momento, de seguro se habría aterrorizado.

Hubo después un largo rato de silencio. Se puso a examinar con aire estúpido la llama de la bujía, y a coger la cera derretida que había alrededor del pábilo para hacer pelotillas con los dedos. La vieja estuvo esperando hasta que se atrevió a decir:

—Señor, ¿qué he de decir al cochero?

—Decidle que está bien, que ahora bajo.

V

LAS ARMADURAS DE LAS RUEDAS

El servicio de correos de Arras a M. —a orillas del M.—se hacía aún en aquella época, como en tiempo del Imperio, en pequeños cabriolés de dos ruedas, forrados de cuero leonado por dentro, suspendidos en muelles, y con dos asientos, uno para el conductor y otro para un viajero. Las ruedas estaban armadas de esos largos palos ofensivos que aún se conservan en Alemania.

El cajón de la correspondencia, que era una gran caja oblonga, estaba colocado detrás del cabriolé, formando con él un solo cuerpo. Este cajón estaba pintado de negro, y el cabriolé de amarillo.

Estas sillas, que no tienen semejanza alguna con los modernos carruajes, presentaban un aspecto deforme y tortuoso; cuando se las veía pasar a lo lejos en la extensión del horizonte parecían uno de esos insectos que se llaman «termitas», que con un pequeño cuerpo arrastran un gran apéndice posterior. Por lo demás caminaban con rapidez.

El correo salía de Arras todas las noches a la una, después que pasaba el de París, y llegaba a M. un poco antes de las cinco de la mañana.

Aquella noche el correo que venía por el camino de Hesdin, al volver una calle, cuando entraba en el pueblo, chocó con un tílburi tirado por un caballo blanco que iba en dirección contraria, guiado sólo por un hombre envuelto en su capa. La rueda del tílburi recibió un golpe bastante grande. El conductor gritó para que el hombre se detuviese; pero el viajero no lo oyó, y siguió su camino al trote largo.

—¡Vaya una prisa que lleva el hombre! — dijo el conductor.

El hombre que así corría era precisamente el mismo a quien hace poco hemos visto pasar por una situación digna de lástima.

¿Adónde iba? No hubiera podido decirlo. ¿Por qué se apresuraba tanto? No lo sabía. Caminaba a la ventura. ¿Adónde? A Arras, sin duda; pero tam-

bién podría ir a otra parte. Conocíalo por momentos y temblaba. Se ocultaba en la obscuridad de la noche como en una gruta.

Había en él dos fuerzas; una que le atraía, otra que le rechazaba. Es imposible decir lo que pasaba en su alma; pero todos lo comprenderán. ¿Quién no ha entrado, por lo menos una vez en su vida, en la obscura caverna de lo desconocido?

Aún no había resuelto, ni decidido, ni hecho nada: ningún acto de su conciencia había sido definitivo. Estaba ni más ni menos como en el primer momento.

¿A qué iba a Arras?

Se decía lo mismo que se había dicho al alquilar el cabriolé: que cualquiera que fuese el resultado, no había inconveniente alguno en ver y juzgar las cosas por sí mismo; que además esto era muy prudente para saber lo que sucedería; que no podía decidir nada sin haber observado y comparado; desde lejos, los menores objetos parecen montañas; y, en fin, que cuando hubiera visto a Champmathieu, si era un miserable, su conciencia encontraría un consuelo viéndole ir a presidio; que aunque estarían allí Javert y los presidiarios Brevet, Chenildieu y Cochepaille que le habían conocido, no le conocerían ya; que Javert estaba ya muy alejado de toda sospecha; que todas las conjeturas y suposiciones se fijaban en Champmathieu, y que no hay nada más terco que el error; que no tenía, pues, nada que temer; que sería aquel un momento crítico; pero que saldría de él; que sobre todo tenía su destino en la mano, por malo que fuese; y que era dueño de su suerte. Esta idea era su principal apoyo.

Pero, si hemos de decir la verdad, mejor hubiera querido no ir a Arras.

Y, sin embargo, iba.

Pensando en esto, arreaba el caballo, que corría con ese trote sentado que hace dos leguas y media por hora.

A medida que avanzaba en el camino, sentía dentro de sí algo que le impulsaba a retroceder.

Al rayar el día estaba en campo raso. M. se veía muy lejos a su espalda. Miró cómo blanqueaba el horizonte; miró, sin ver, cómo pasaban por delante de sus ojos las frías sombras de una madrugada de invierno. La mañana tiene sus espectros como la noche. No los veía; pero, por una especie de penetración casi física, los negros perfiles de los árboles y de las colinas aumentaban la tristeza y el estado violentò de su alma.

Cada vez que pasaba por delante de una de esas casas aisladas que hay al lado del camino, se decía

—¡Ahí hay personas que duermen!

El trote del caballo, los cascabeles de los arreos y las ruedas hacían un ruido lento y monótono, ruido que es agradable cuando uno está alegre, y lúgubre cuando está triste.

Era ya muy de día cuando llegó a Hesdin, y se detuvo delante de una posada para que descansase y tomase pienso el caballo.

El caballo era, como había dicho Scauflaire, de raza boloñesa, de gran cabeza, gran vientre y poco cuello, pero de pecho abierto, lomo ancho, pierna seca y fina y pie firme; raza fea, pero robusta. Había corrido cinco leguas en dos horas, y no tenía una gota de sudor.

El viajero no había bajado del tílburi. El mozo de la posada que traía la avena se bajó de repente y examinó la rueda izquierda.

—¿Vais muy lejos?—preguntó.

El viajero respondió sin salir de su meditación:

—¿Por qué?

—¿Venís de muy lejos?

—Cinco leguas de aquí.

—¡Ah!

—¿Por qué decís: ah?

El mozo se inclinó de nuevo, estuvo un momento callado mirando la rueda, y se enderezó, diciendo:

—Es que traéis una rueda que ha corrido cinco leguas, pero que de seguro no correrá ni un cuarto de legua más.

El viajero bajó en seguida del carruaje.

—¿Qué decís?

—Digo que es un milagro hayáis andado cinco leguas sin volcar e ir rodando hasta el foso del camino. Mirad

En efecto, la rueda estaba muy estropeada. El choque de la silla correo le había roto dos rayos y destrozado el cubo, que había perdido la matriz.

—Amigo—dijo al mozo—, ¿hay aquí algún carretero?

—Sí, señor.

—Hacedme el favor de ir a buscarle.

—Vive a dos pasos de aquí. ¡Eh! ¡maestro Bourgaillard!

El maestro Bourgaillard, el carretero, estaba en el umbral de la puerta.

Llegó, examinó la rueda e hizo el gesto de un cirujano que ve una pierna rota.

—¿Podéis componer esta rueda al momento?

—Sí, señor.

—¿Cuándo podré marcharme?

—Mañana.

—¡Mañana!

—Hay trabajo para un día entero. ¿Tenéis prisa?

—Mucha. Tengo que marchar dentro de una hora a lo más.

—Imposible, señor.

—Pagaré todo lo que queráis.

—Imposible.

—¡Siquiera en dos horas!

—Imposible por hoy. Hay que hacer dos rayos y un cubo. No podéis marchar hasta mañana.

—Mis asuntos no me permiten esperar a mañana. ¿Y si en vez de componer esta rueda se la reemplazase?

—¿Cómo?

—¿No sois carretero?

—Sí, señor.

—¿Y no tenéis una rueda que venderme, y podría marcharme en seguida?

—¿Una rueda suelta?

—Sí.

—No tengo ninguna hecha para vuestro cabriolé. Sólo se hacen pares de ruedas, porque un par no se hace de dos ruedas cualesquiera.

—Pues bien; vendedme un par de ruedas.

—Es que no todas las ruedas se ajustan a todos los ejes.

—Probad, sin embargo.

—Es inútil. Sólo tengo de venta dos ruedas de carreta. Este es un país muy pobre.

—¿Y no tenéis un cabriolé que alquilarme?

El maestro carretero, al primer golpe de vista había conocido que el tílburi era un carruaje alquilado, y contestó alzando los ojos:

—¡Cuidáis bien los carruajes que os alquilan! No os alquilaré yo ninguno.

—Pues vendédmelo.

—No le tengo.

—¡Cómo! ¿Ni un carruaje cualquiera? Ya veis que me contento con lo que haya.

—Este es un país muy pobre. Yo tengo en casa una carretela vieja de un caballero, que me la ha dado para que la guarde, y se sirve de ella cada treinta y seis días. Yo os la alquilaría, ¿a mí que más me da? Pero sería preciso que no la viera pasar su dueño; y además es una carretela, y necesita dos caballos.

—Tomaré caballos de posta.

—¿Adónde vais?

—A Arras.

—¿Y queréis llegar hoy?

—Sí.

—¿Tomando caballos de posta?

—¿Y por qué no?

—¿Es igual que lleguéis a las cuatro de la madrugada?

—No, ciertamente.

—Porque debéis saber que hay algo que hacer antes de tomar caballos de posta. ¿Traéis pasaporte?

—Sí.

—Pues bien; tomando caballos de posta no llegaréis a Arras antes de mañana. Estamos en camino de travesía. Los relevos están mal servidos; los caballos están en el campo. Nos encontramos además en la estación de labranza; se necesitan muchas yuntas, y se cogen los caballos de cualquier parte, aunque sean los de posta. Tendréis que esperar tres o cuatro horas en cada parada, y además iréis al paso, porque hay muchas cuestas en el camino.

—¡Vaya! iré a caballo. Desenganchad: me buscaréis una silla.

—Sí; ¿pero sufre silla este caballo?

—Es verdad; me recordáis que no la sufre.

—Entonces...

—Pero, ¿encontraré aquí un caballo de alquiler?

—¿Un caballo para ir a Arras de una tirada?

—Sí.

—Será necesario un caballo como no los hay por aquí; y tendríais que comprarle antes, porque no sois conocido. Además de que ni alquilado ni comprado le encontraríais por quinientos ni por mil francos.

—¿Qué haré?

—Lo mejor, a fe de hombre honrado, es componer la rueda, y dejar el viaje para mañana.

—Mañana será tarde.

—¡Demonio!

—¿No pasa por aquí el correo que va a Arras? ¿A qué hora pasa?

—Mañana a la noche. Los dos correos hacen el servicio de noche, el que va y el que viene.

—¿Y os es necesario todo un día para componer esa rueda?

—¡Todo un día!

—¿Y poniéndose dos hombres a trabajar?

—Aunque se pusieran diez.

—Si pudieran atarse los rayos con cuerdas...

—Los rayos sí, pero el cubo no. Y además, el rodete está en muy mal estado.

—¿Hay algún alquilador de coches en el pueblo?

—No, señor.

El viajero sintió una alegría inmensa.

La Providencia influía en el suceso evidentemente. Ella había roto la rueda y le detenía en el camino. Sin embargo, no queriendo ceder a esta primera indicación, acababa de hacer cuantos esfuerzos era posible para continuarlo, y había agotado leal y escrupulosamente todos los medios. No había retrocedido ni ante la estación, ni ante el cansancio, ni ante el gasto: no tenía nada de que culparse. Si no iba más lejos no consistía en él. No dependía su detención de su voluntad, sino de la Providencia.

Respiró, y respiró libremente por primera vez después de la visita de Javert. Le pareció que la mano de hierro que le oprimía el corazón hacía veinte horas, le dejaba en libertad.

Creía que Dios le protegía.

Se dijo que había hecho todo lo que podía; y que no le quedaba más recurso que volverse tranquilamente.

Si su conversación con el carretero se hubiese verificado en un cuarto de la posada; si no hubiese tenido testigos; si nadie la hubiese oído, todo habría terminado allí, y es muy probable que no tuviésemos que referir ninguno de los acontecimientos que siguen. Pero esta conversación pasó en medio de la calle. Todo coloquio en la calle produce inevitablemente un corro. Hay muchas personas que sólo desean ser espectadores.

Mientras discutía con el carretero, se habían detenido algunos transeuntes, y entre ellos un muchacho en quien nadie había fijado la atención, y que se separó del grupo echando a correr.

En el momento en que el viajero, después de hacer la reflexión que acabamos de decir, se resolvía a retroceder, volvió el muchacho acompañado de una vieja.

—Señor—dijo la vieja—, este muchacho me ha dicho que queréis alquilar un cabriolé.

Estas sencillas palabras pronunciadas por una vieja, guiada por un chico, le hicieron sudar copiosamente. Creyó ver la mano que le había soltado reaparecer en la sombra, dispuesta a cogerle de nuevo.

Respondió:

—Sí, buena mujer, quiero alquilar un cabriolé.

Y añadió apresuradamente:

—Pero no hay ninguno en el pueblo.

—Sí hay—dijo la vieja.

—¿Dónde?—preguntó el carretero.

—En mi casa—contestó la vieja.

El viajero se estremeció. La mano fatal le había cogido otra vez.

La vieja tenía, en efecto, bajo un cobertizo una especie de tartana.

El carretero y el mozo de la posada, pesarosos de que se les escapase el viajero, intervinieron.

—Es un horrible carro, está apoyado en el mismo eje; es verdad que los asientos están suspendidos con correas; llueve lo mismo dentro que fuera; las ruedas están mohosas y oxidadas por

la humedad; no irá mucho más allá que el tílburi; es un carromato. Este caballero hará muy mal en servirse de él, etc., etc.

Todo era verdad; pero aquel carro, aquella cosa, cualquiera que fuese, rodaba, y podía ir a Arras.

Pagó lo que le pidieron; dejó el tílburi al carretero para que lo compusiese hasta su vuelta; hizo enganchar el caballo blanco en la tartana, subió y siguió el camino que traía desde por la mañana.

En el momento en que se puso en movimiento la tartana, se confesó que había tenido una alegría al creer que no podría ir más allá. Pero, examinando después esta alegría con algún tanto de cólera, conoció que había sido absurda. ¿Por qué se había de alegrar de retroceder? Hacía este viaje voluntariamente, sin que nadie le obligase a ello.

Y ciertamente no sucedería sino lo que él quisiera.

Cuando salía ya de Hesdin, oyó una voz que le gritaba: ¡Parad! ¡parad! Detuvo la tartana con un movimiento en que había algo febril y convulsivo que se asemejaba a la esperanza.

Era el muchacho de la vieja.

—Señor—dijo—, yo he sido el que os he proporcionado ese carruaje.

—¿Y qué?

—Que no me habéis dado nada.

El viajero, que a todos daba tan fácilmente, halló esta pretensión exorbitante, enfadosa.

—¡Ah, eres tú, buena pieza!—dijo—, pues tampoco te daré ahora.

Arreó el caballo, y partió a buen trote.

Había perdido mucho tiempo en Hesdin, y quiso ganarlo. El caballo era animoso y tiraba como dos; pero era en el mes de febrero, había llovido, los caminos estaban muy malos, y además la tartana era mucho más pesada y dura que el tílburi.

Empleó cerca de cuatro horas desde Hesdin a Saint-Pol, cuatro horas para cinco leguas.

En Saint-Pol hizo desenganchar en la primera posada que encontró, y mandó llevar el caballo a la cuadra. Según había prometido a Scauflaire, estuvo cerca del pesebre mientras comió el caballo, pensando en cosas bien tristes y confusas.

La posadera entró en la cuadra, y le dijo:

—¿Vais a almorzar?

—¡Es verdad! Tengo buen apetito.

Y siguió a la posadera, que tenía bonita y alegre figura, hasta una sala baja, donde había varias mesas con hule en vez de mantel.

—Despachaos—dijo—, debo marchar en seguida, porque tengo mucha prisa.

Una criada gruesa, flamenca, puso al momento un cubierto.

El viajero miró a esta joven con benevolencia.

—Esto es lo que yo tenía—pensó—, que no había almorzado.

Sirviéronle, cogió el pan, comió un bocado, volvió a dejarle lentamente en la mesa, y no tocó más.

Un carretero estaba comiendo en otra mesa. El viajero le dijo:

—¿Por qué es tan amargo este pan?

El carretero era alemán, y no lo entendió.

El viajero volvió a la cuadra, cerca de su caballo.

Una hora después había salido ya de Saint-Pol, y se dirigía a Tinques, que sólo dista cinco leguas de Arras.

¿Qué hacía en el camino? ¿En qué pensaba? Lo mismo que por la mañana miraba cómo pasaban los árboles, los tejados de las cabañas, los campos cultivados, la perspectiva del paisaje que variaba a cada recodo del camino. Esta es una contemplación que satisface muchas veces al alma, y la dispensa de pensar. ¿Qué puede haber más melancólico que ver muchos objetos por primera y última vez? Viajar es nacer y morir a cada instante. Tal vez en la región más vaga de su espíritu comparaba aquellos horizontes variables con la existencia del hombre. Todas las cosas de la vida huyen perpetuamente delante de nosotros; se mezclan la claridad y las sombras; después de una viva luz viene un eclipse, el hombre mira, corre, tiende las manos para coger lo que pasa; cada incidente es un recodo del camino, y pronto llega a la vejez. Se siente por fin como una sacudida; se ve todo negro,

se distingue una puerta obscura; el sombrío caballo de la vida que nos conduce, se para, y se ve algún ser velado y desconocido que lo desunce en las tinieblas.

El crepúsculo empezaba ya cuando los niños que salían de la escuela vieron entrar al viajero en Tinques. Debemos advertir que aquellos eran de los días más cortos del año. No se detuvo en Tinques. Cuando salía del pueblo, un caminero que estaba echando piedra a la carretera, alzó la cabeza y dijo:

—¡Qué caballo tan cansado!

En efecto, la pobre bestia sólo podía ya ir al paso.

—¿Vais a Arras?—preguntó el peón.

—Sí.

—Pues si seguís así, ¡ya llegaréis a buena hora!

Detuvo el caballo y preguntó:

—¿Cuánto hay de aquí a Arras?

—Unas siete leguas largas.

—¡Cómo! La guía de postas no marca más de cinco leguas y cuarto.

—¡Ah!—respondió el peón—; ¿pues no sabéis que están componiendo el camino? Le encontraréis cortado a un cuarto de legua, y no podréis ir más lejos.

—¿De veras?

—Allí tomaréis a la izquierda el camino que va a Carency, pasaréis el río, y al llegar a Camblin volveréis a la derecha, por el camino de Mont-Saint-Eloy a Arras.

—Pero va a llegar la noche, y me perderé.

—¿No sois del país?

—No.

—Pues todo es camino de travesía. Mirad, caballero, ¿queréis que os dé un consejo? Vuestro caballo está cansado. Volved a Tinques: hay una buena posada; acostaos y mañana iréis a Arras.

—Tengo que estar allí esta noche.

—Eso es diferente. Entonces id a la posada y tomad un caballo de refresco. Un muchacho os guiará por el camino.

Siguió el consejo del peón caminero, volvió atrás, y media hora después pasó por el mismo sitio, pero al trote largo de un buen caballo que había agregado al suyo. Un mozo de cuadra, que se llamaba postillón, iba sentado en la delantera del carruaje.

Sin embargo, conocía que perdía tiempo.

La noche caía ya.

Entraron en la travesía. El camino era muy malo.

El carruaje caía de un hoyo a otro. Dijo al postillón:

—Siempre al trote, y doble propina.

En un vaivén se rompió el balancín.

—Señor—dijo el postillón—, se ha roto el balancín, y no sé cómo enganchar los caballos; este camino es muy malo de noche; si queréis ir a dormir a Tinques, podremos estar mañana temprano en Arras.

—¿Tenéis una cuerda y una navaja?—preguntó.

—Sí, señor.

Cortó una rama de árbol e hizo un balancín.

Había perdido veinte minutos; pero partió al galope.

La llanura estaba tenebrosa; una niebla blanca y densa se arrastraba por las colinas, desprendiéndose como humo; las nubes eran blanquecinas; un fuerte viento que venía de la mar hacía en los límites del horizonte el mismo ruido que hacen los muebles en movimiento. Todo lo que descubría la vista tenía la actitud de terror. ¡Cuántas cosas tiemblan al impulso de esos soplos de la noche!

El frío le penetraba: no había comido desde la víspera. Recordaba vagamente otro viaje nocturno por las llanuras que rodean a D., hacía ocho años. Le parecía que había sido ayer.

Sonó una hora en algún campanario lejano, y preguntó al muchacho:

—¿Qué hora es ésta?

—Las siete, señor; a las ocho estaremos en Arras. Sólo nos faltan tres leguas.

Entonces se hizo por primera vez una reflexión que extrañó no se le hubiera ocurrido antes: que era inútil todo el trabajo que se tomaba, pues no sabía la hora de la vista; que debía haberse informado; que era muy ridículo eso de ir adelante sin saber si el viaje sería útil. Después se hizo varios cálculos;

que ordinariamente las sesiones del Tribunal empiezan a las nueve de la mañana; que no debía ser larga aquella vista; que estando reducido todo a un robo de manzanas, sería muy corta; que sólo habría después una cuestión de identificación; cuatro o cinco declaraciones, y alguna palabra de los abogados; que llegaría cuando todo habría concluído.

El postillón arreaba al caballo. Habían pasado el río, y quedaba ya a su espalda Mont-Saint-Eloy.

La noche se hacía cada vez más obscura.

VI

SOR SIMPLICIA PUESTA A PRUEBA

En aquel mismo momento Fantina estaba llena de alegría.

Había pasado mala noche. La tos continua, el aumento de fiebre y el delirio no la habían abandonado. Por la mañana, cuando la visitó el médico, estaba delirando. El doctor estaba alarmado, y había encargado que le avisasen cuando volviese el señor Magdalena.

La joven estuvo toda la mañana triste, habló poco, y se entretuvo en doblar la sábana, haciendo en voz baja unos cálculos que parecían de distancias. Sus ojos estaban hundidos y fijos. Parecían casi apagados; pero por momentos brillaban y resplandecían como estrellas. No parece sino que al aproximarse ciertas horas sombrías, la claridad del cielo inunda a los que se encuentran privados de la claridad de la tierra.

Cada vez que sor Simplicia le preguntaba cómo estaba, respondía con las mismas palabras:

—Bien. Quisiera ver al señor Magdalena.

Algunos meses antes, en el momento en que Fantina acababa de perder el último resto de pudor, de vergüenza y de alegría, era la sombra de sí misma: a la sazón era su espectro. La enfermedad física había completado la obra de la enfermedad moral. Aquella joven de veinticinco años, tenía la frente arrugada, las mejillas marchitas, la nariz afilada, los dientes descarnados, el color plomizo, el cuello huesoso, las clavículas salientes, los miembros demacrados, la piel terrosa, y sus cabellos rubios mezclados con algunos grises. ¡Ah! ¡Cómo improvisa la vejez el mal!

A mediodía volvió el médico, dió algunas prescripciones, se informó de si el señor Magdalena había llegado; y movió tristemente la cabeza.

El señor Magdalena acostumbraba ir todos los días a las tres a ver a la enferma: y, como la exactitud era en este caso bondad, era exacto.

Fantina principió a inquietarse a las dos y media. En el espacio de veinte minutos preguntó más de diez veces a la religiosa:—¿Qué hora es, hermana?

Dieron las tres. A la tercera campanada, Fantina, que apenas podía moverse en el lecho, se sentó bruscamente; cruzó convulsivamente sus dos manos descarnadas y amarillentas, y exhaló de su pecho uno de esos suspiros profundos que parece levantan un gran peso; después se volvió y miró a la puerta.

Nadie entró; la puerta no se abrió.

Permaneció así un cuarto de hora, con la vista fija en la puerta, inmóvil y conteniendo el aliento. Sor Simplicia no se atrevía a hablarle. El reloj de la iglesia dió las tres y cuarto: Fantina se dejó caer en la almohada.

No habló ni una palabra, y se puso a plegar la sábana.

Pasó media hora; pasó una hora; nadie entró: cada vez que se oía un reloj, Fantina se incorporaba, miraba a la puerta y volvía a dejarse caer.

Descubríase claramente su pensamiento; pero no pronunciaba ningún nombre; no se quejaba; no acusaba a nadie. Solamente tosía de una manera lúgubre. Parecía que la iba cubriendo alguna nube obscura. Estaba lívida; sus labios se habían vuelto azules; sin embargo, se sonreía en algunos momentos.

Dieron las cinco. La religiosa oyó que decía en voz muy baja y lenta:

—¡Ya que me voy mañana hace muy mal en no venir hoy!

Sor Simplicia estaba también admirada del retraso del señor Magdalena.

Fantina miraba al cielo de la cama. Parecía que quería recordar alguna cosa. De repente se puso a cantar con una

voz débil como un soplo. La religiosa escuchó: esto era lo que cantaba:

Paseando las calles
compraremos cosas
de lindo color.
Azul es el lirio,
rosadas las rosas.
¡Que viva mi amor!
La Virgen María
ayer en mi hogar,
con manto bordado
me fué a visitar.
—Bajo este mi velo,
me dijo, verás
el niño que un día
pedido me has.—
Corred a la villa
y lienzo comprad,
y también el hilo,
también un dedal.
Paseando las calles
compraremos más.
¡Oh, qué bellas cosas
vamos a comprar!
Buena y santa Virgen,
cerca de mi hogar
adorné una cuna
con cintas sin par,
y aunque Dios su estrella
de más claridad
me diera, a este niño
lo quisiera más.
¿Qué hacer con el lienzo
que se fué a comprar
al recién nacido?
La ropa formad.
Del río en las aguas
la ropa lavad,
sin mancharla nada,
sin nada arrugar.
Una hermosa chambra
y un bello cendal,
que de lindas flores
le pienso cuajar.
Mas ¿qué hacer, que el niño
no parece ya?
Haced unos paños
y me amortajad.
Paseando las calles
compraremos cosas
de lindo color.
Azul es el lirio,
rosadas las rosas.
¡Que viva mi amor!

Esta canción era un antiguo romance de nodriza con que solía dormir a Cosette, y que no se había presentado a su espíritu en los cinco años que hacía que no había visto a su niña. Fantina cantó con una voz tan triste y tan dulce, que excitaba el llanto aun de una religiosa. La hermana, acostumbrada a la austeridad, sintió que se le saltaba una lágrima.

El reloj dió las seis, sin que al parecer lo oyese Fantina, que no prestaba atención a cosa alguna.

Sor Simplicia envió una criada a preguntar si había vuelto el señor alcalde, y si subiría pronto a la enfermería. La criada volvió después de algunos minutos.

Fantina seguía inmóvil como atendiendo sólo a sus ideas.

La criada dijo en voz muy baja á sor Simplicia que el señor Magdalena había salido por la mañana antes de las seis, a pesar del frío que hacía, en un tílburi tirado por un caballo blanco, que había salido solo, hasta sin cochero; que no se sabía el camino que había tomado; que algunos decían que le habían visto por el camino de Arras, y otros por el de París; que al marcharse había estado como siempre, muy amable, pero que había dicho a la portera que no le esperase aquella noche.

Mientras las dos mujeres, con la espalda vuelta a la cama de Fantina, hablaban en voz baja, la hermana preguntando y la criada conjeturando, Fantina, con la viveza febril propia de ciertas enfermedades orgánicas, en que se combinan los movimientos libres de la salud con la espantosa debilidad de la muerte, se puso de rodillas en la cama, apoyando sus crispadas manos en la almohada, y escuchó, sacando la cabeza entre las cortinas. De repente exclamó:

—¿Estáis hablando del señor Magdalena? ¿Por qué habláis bajo? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene?

Su voz era tan brusca y tan ronca, que las dos mujeres creyeron oír una voz de hombre, y se volvieron asustadas.

—Respondedme—gritó Fantina.

La criada balbuceó:

—La portera me ha dicho que no podía venir hoy.

—Hija mía—dijo la hermana—, estaos quieta, y echaos.

Fantina, sin cambiar de actitud, respondió en voz alta y acento imperioso:

—¿No podrá venir? ¿Por qué? Vosotras sabéis la causa: os la decíais en secreto. Quiero saberlo.

La criada se apresuró a decir a la religiosa al oído :

—Decid que está ocupado en el Ayuntamiento.

Sor Simplicia se ruborizó ligeramente : la criada le proponía una mentira. Por otra parte, creía que decir la verdad a la enferma sería causarle un gran dolor, lo que era grave en el estado de Fantina. Este rubor duró poco.

La hermana dirigió a la joven su mirada tranquila y le dijo :

—El señor alcalde ha marchado fuera de la población.

Fantina se levantó y se sentó sobre los talones. Sus ojos brillaron ; una alegría inmensa cubrió aquella fisonomía dolorida.

—¡ Ha marchado !—exclamó—. ¡ Ha ido a buscar a Cosette !

Después levantó los brazos al cielo, y en su rostro se pintó una expresión inefable. Movía los labios ; oraba en voz baja.

Cuando acabó su oración, dijo :

—Hermana mía, voy a echarme otra vez ; voy a hacer todo lo que queráis. Hace poco he sido mala ; os pido perdón por haber hablado alto. Ya sé que me hace daño hablar alto ; pero, hermana mía, ya veis que estoy muy contenta. Dios es muy bueno ; el señor Magdalena también es bueno : figuraos que ha ido a buscar a mi Cosette a Montfermeil.

Volvió a echarse, ayudó a la hermana a arreglar la almohada, y besó una crucecita que llevaba al cuello, regalo de sor Simplicia.

—Hija mía—dijo la religiosa—, descansad ahora y no habléis más.

Fantina cogió con sus manos húmedas la mano de la religiosa, que padecía sintiendo aquel sudor.

—Ha salido esta mañana para París ; y en verdad que no tiene necesidad de pasar por París. Montfermeil está un poco a la izquierda al venir. ¿Os acordáis cómo me decía ayer cuando yo le hablaba de Cosette : «pronto, pronto» ? Me quería dar una sorpresa. Ya sabéis que me había hecho firmar una carta para recogerla de los Thenardier. No dirán nada, ¿no es verdad? y entregarán a Cosette, porque se les paga. Las autoridades no consentirían que se quedasen con la niña habiéndoles pagado. Hermana, no me hagáis señas para que no hable. Soy muy feliz ; voy muy bien ; ya no estoy mala ; voy a ver a Cosette ; hasta tengo hambre. Hace más de cinco años que no la veo. ¡ Vosotras no podéis figuraros cómo se quiere a los hijos ! ¡ Estará tan hermosa ! ¡ Tiene unos dedos rosados tan pequeñitos ! ¡ Tendrá ahora unas manos tan bonitas ! ¡ Al año tenía unas manos tan diminutas ! ¡ Ah, debe estar ya muy alta ! Tiene siete años. Es una señorita. Yo la llamo Cosette ; pero su nombre es Eufrasia. Esta mañana estaba yo mirando el polvo que había en la chimenea, y estaba pensando en que la vería pronto. ¡ Dios mío ! ¡ Qué triste es pasar muchos años sin ver a un hijo ! Porque es preciso conocer que la vida no es eterna. ¡ Oh, qué bueno es el señor alcalde, que ha ido por ella ! ¿Es verdad que hace mucho frío? ¿Habrá llevado su capa por lo menos? Vendrá mañana, ¿no es cierto? Mañana será un día de fiesta. Mañana por la mañana, hermana mía, me recordaréis que me ponga la papalina de encaje. Yo he andado el camino de Montfermeil a pie. El señor alcalde ha ido muy lejos por mí ; pero las diligencias van muy de prisa. Mañana estará aquí con Cosette. ¿Cuánto hay de aquí a Montfermeil?

La hermana, que no tenía idea alguna de las distancias, respondió :

—Creo que podrá estar de vuelta mañana.

—¡ Mañana ! ¡ Mañana !—dijo Fantina—, ¡ veré a mi Cosette mañana ! Ya veis, buena religiosa de Dios misericordioso, que no estoy mala. Estoy loca. Bailaría si quisierais.

El que la hubiera visto un cuarto de hora antes la habría desconocido. Estaba sonrosada ; hablaba en voz viva y natural ; todo su semblante se había convertido, por decirlo así, en una sonrisa. Reíase por momentos hablando en voz baja. Alegría de madre, que es casi alegría de niño.

—Vamos—dijo la religiosa—, ya sois feliz ; obedecedme, no habléis más.

Fantina echó la cabeza en la almohada, y dijo a media voz : Sí, échate, ten

paciencia, porque vas a ver a tu hija. Sor Simplicia tiene razón. Todos los que están aquí tienen razón.

Y después, sin moverse, sin menear la cabeza, miró a todas partes con sus grandes ojos abiertos y aire alegre, y no habló más.

La hermana cerró las cortinas creyendo que se dormiría.

Entre siete y ocho llegó el médico. No oyendo ningún ruido, creyó que Fantina dormía, entró con cuidado y se acercó de puntillas a la cama. Separó un poco las cortinas, y descubrió los grandes ojos de Fantina, que lo miraban tranquilamente.

La joven le dijo:

—¿No es verdad que dejaréis que la acueste a mi lado en una camita?

El médico creyó que deliraba; ella añadió:

—Mirad, hay el sitio justo.

El médico llamó aparte a sor Simplicia, que le explicó todo, diciéndole que el señor Magdalena se había marchado por uno o dos días, y que en la duda, no habían creído conveniente desengañar a la enferma, que creía había ido a Montfermeil; además de que podía ser verdad.

El médico lo aprobó; y acercándose a la cama, oyó que Fantina decía:

—Ya veréis, cuando despierte por la mañana le daré los buenos días; y por la noche, como no duermo, la veré dormir. Su tranquilo sueño me hará un gran bien.

—Dadme la mano—dijo el médico.

Extendió el brazo y exclamó riendo:

—¡Ah! es verdad; ¿no lo sabéis? Ya estoy buena. Cosette llega mañana.

El médico se sorprendió; estaba mejor; la opresión era menor; el pulso había tomado su primitiva fuerza. Una especie de nueva vida reanimaba aquel cuerpo desfallecido.

—Señor doctor—dijo la enferma—, ¿os ha dicho ya la hermana que el señor alcalde ha ido a buscar a mi cariñito?

El médico recomendó el silencio, y que se evitase toda emoción penosa. Recetó una infusión de quinina pura; y para el caso en que volviese la fiebre a la noche, una poción calmante. Al marcharse dijo a la hermana:—Esto va mejor. Si el señor alcalde viniese mañana con la niña, ¿quién sabe? Hay crisis tan asombrosas; se han visto curas hechas por grandes alegrías, y aunque sé que esta es una enfermedad orgánica muy adelantada, sé también que hay en esto mucho misterioso. Tal vez se salvaría.

VII

EL VIAJERO AL LLEGAR AL TÉRMINO DE SU VIAJE TOMA SUS PRECAUCIONES PARA VOLVERSE.

Eran cerca de las ocho de la noche cuando la tartana que hemos dejado en el camino entró por la puerta cochera de la casa de postas de Arras. El hombre a quien hemos seguido hasta ese momento se apeó, respondió con aire distraído a los cuidados de los criados de la posada, despidió al postillón con el caballo de refresco que había llevado, y condujo por sí mismo el blanco a la cuadra: después empujó la puerta de una sala baja, y se sentó apoyando los codos en la mesa. Había empleado catorce horas en un viaje en que sólo esperaba emplear seis. Decíase que no era suya la culpa; pero en el fondo no lo sentía.

La posadera entró.

—¿Queréis comer o acostaros?

El viajero hizo un signo negativo.

—El mozo dice que vuestro caballo está muy cansado.

Aquí rompió el silencio.

—¿No podrá volver a viajar mañana por la mañana?

—¡Oh! Necesita por lo menos dos días de descanso.

—¿No es ésta la casa de postas?—preguntó.

—Sí, señor.

La posadera le llevó al despacho, donde presentó su pasaporte, y preguntó si podría ir aquella noche a M.—a orillas del M.—en el correo; precisamente el asiento estaba desocupado, y le tomó.

—Caballero—dijo el empleado—, no faltéis a la una en punto.

Después salió de la posada y empezó a andar por la población.

No había estado nunca en Arras; las calles estaban obscuras, iba a la ventura; pero se obstinaba en no preguntar a los transeuntes. Pasó el riachuelo Crinchon, y se encontró en un dédalo de callejuelas en que se perdió; pero, viendo a un hombre con un farol, se decidió a preguntarle, no sin haber antes mirado a derecha e izquierda, como si temiera que alguien oyese su pregunta:

—Amigo—dijo—, ¿me haréis el favor de decir dónde está la audiencia?

—¿No sois de aquí? — respondió el transeunte, que era un viejo—; pues bien, seguidme. Voy precisamente hacia la audiencia, es decir, hacia la prefectura; porque están ahora reparando la audiencia, y los tribunales están en la prefectura.

—¿Y allí se ven las causas?

—Sin duda, caballero; la prefectura era el palacio del obispo antes de la Revolución. El señor de Conizé, que era obispo el año ochenta y dos, hizo una gran sala, que es donde hoy se reune el tribunal.

Por el camino el hombre continuó:

—Si es una causa lo que queréis ver, ya es tarde, porque suelen concluir a las seis.

Pero, cuando llegaron a la plaza, el hombre le enseñó cuatro grandes ventanas iluminadas en la fachada de un vasto y tenebroso edificio.

—A fe que llegáis a tiempo — añadió—: tenéis fortuna. ¿Veis esas cuatro ventanas? Son de la sala del tribunal. Hay luz; por lo tanto, no deben de haber concluído. Será largo el negocio, y tendrán audiencia de noche. ¿Tenéis interés en esta causa? ¿Es causa criminal? ¿Sois testigo?

Respondió:

—No vengo a ninguna causa; sino que tengo que hablar a un abogado.

—Eso es otra cosa — dijo el hombre—. Esa es la puerta, donde está el centinela. No tenéis que hacer más que subir la escalera principal.

Siguió las indicaciones del viejo, y algunos minutos después estaba en una sala, donde había mucha gente y varios grupos, compuestos en parte de abogados con toga, que cuchicheaban acá y allá.

Es cosa que oprime el corazón ver esos grupos de hombres vestidos de negro, que hablan en voz baja a la puerta de la sala del tribunal. Es muy raro encontrar caridad y compasión en sus palabras, en cambio se encuentran condenas anticipadas. Tales grupos se presentan al que los observa como sombrías colmenas, o como espíritus zumbantes que construyen en común toda clase de edificios tenebrosos.

La sala era una espaciosa habitación alumbrada por una sola lámpara; había sido una sala del palacio del obispo, y servía de antecámara al tribunal. Una puerta de dos hojas, cerrada en aquel momento, la separaba de la sala en que se reunían los jueces para deliberar.

La obscuridad era tal, que el viajero no temió dirigirse al primer abogado que encontró.

—Caballero—le dijo—, ¿en qué están?

—Ya acabó—dijo el abogado.

—¿Se acabó?

Dijo esta palabra con tal acento que el abogado se volvió.

—¿Sois tal vez algún pariente?

—No. No conozco a nadie. ¿Ha habido condena?

—Sí. No era posible otra cosa.

—¿A presidio?

—A galera perpetua.

—¿Se ha probado la identidad? — dijo con voz tan débil que apenas se le oía.

—¿Qué identidad?—contestó el abogado—. No había ninguna identificación que hacer. Esa mujer había matado a su hijo; se ha probado el infanticidio; el jurado ha desechado el cargo de premeditación, y ha sido condenada a galera por toda su vida.

—¿Pero es una mujer?—dijo.

—Ciertamente, la Limosin. ¿Pues de qué habláis?

—De nada. Pero, supuesto que han acabado, ¿por qué está aún la sala iluminada?

—Por el otro proceso que ha empezado hace cerca de dos horas.

—¿Cuál?

—¡Oh! Ese es muy claro también: un pícaro, un reincidente, un presidiario que ha robado. No sé su nombre; pero tiene cara de bandido; sólo por su figura le enviaría yo a presidio.

—¿Y hay medio de entrar en la sala?

—Creo que no. Hay mucha gente. Sin embargo, se ha suspendido la audiencia: han salido algunas personas, y al volverse a abrir podéis probar.

—¿Por dónde se entra?

—Por esa puerta grande.

El abogado le dejó. En pocos instantes, casi simultáneamente, había experimentado todas las emociones posibles. Las palabras indiferentes de aquel abogado le habían atravesado el corazón como agujas de hielo; como puntas de fuego. Cuando supo que aun no había acabado la causa, respiró; pero no hubiera podido decir si lo que sentía era alegría o dolor.

Se acercó a algunos grupos y escuchó lo que decían. Habiendo muchas causas, el presidente había señalado para aquel día dos de las más sencillas y breves. Se había visto primero la de infanticidio, y entonces se veía la del presidiario, del reincidente, del «caballo de retorno». Aquel hombre había robado unas manzanas, pero esto no estaba bien probado; lo que estaba bien probado era que había sido presidiario en Tolón. Esto era lo que daba mal giro a su negocio. Habían terminado el interrogatorio y las declaraciones de los testigos; pero faltaba aún la acusación del ministerio público y la defensa del abogado, con lo cual llegarían las doce de la noche, tal vez antes de que se concluyera la vista. El acusado saldría probablemente condenado; el fiscal era muy elocuente, y no perdía ningún negocio de éstos: era un joven de talento que hacía versos.

Cerca de la puerta y de pie estaba un portero, a quien preguntó nuestro viajero:

—¿Se abrirá pronto la puerta?

—No se abrirá.

—¡Cómo! ¿No se volverá a abrir cuando continúe la vista? ¿No está suspendida?

—La vista continúa ya; pero la puerta no se abrirá.

—¿Por qué?

—Porque está llena la sala.

—¡Y qué! ¿No hay un solo sitio?

—Ni uno. La puerta está cerrada, y nadie puede entrar.

El portero añadió, después de un momento de silencio:

—Sólo hay dos o tres sitios detrás del señor presidente; pero allí sólo entran los funcionarios públicos.

Y diciendo esto volvió la espalda.

Nuestro hombre se retiró con la cabeza baja, atravesó la antecámara, y bajó la escalera lentamente, como dudando en cada escalón. Es probable que tuviera una especie de consejo consigo mismo. La violenta lucha que se verificaba en su interior desde la víspera no había concluído; a cada momento entraba en una nueva peripecia. Cuando llegó a la meseta de la escalera, se arrimó a la barandilla y cruzó los brazos. De repente se desabrochó la levita, sacó su cartera, cogió un lápiz, arrancó una hoja y escribió rápidamente a la luz del farol estas palabras: «El señor Magdalena, alcalde de M.» Después subió la escalera con precipitación, atravesó la multitud, se dirigió al portero, le dió el papel y le dijo con voz de mando:

—Entrad esto al señor presidente.

El portero tomó el papel, lo miró y obedeció.

VIII

ENTRADA DE FAVOR

El alcalde de M. había adquirido, sin él saberlo, cierta celebridad. Hacía diez años que su reputación de virtud se extendía por el Bajo Boloñés, y había pasado los límites de tan pequeña comarca, llegando a las dos o tres provincias próximas. Además del gran servicio que había hecho a la capital, reformando la industria de los abalorios negros, no había ni uno de los ciento cuarenta y un ayuntamientos del distrito que no le debiese algún beneficio, porque también había ayudado y protegido la industria de los demás distritos. Había sostenido con su crédito

y sus fondos la fábrica de tules de Boloña, la de hilados de lino a máquina de Frevent, y los telares hidráulicos de Boubers de Río Cauche. En todas partes se pronunciaba con veneración su nombre. Arras y Douai envidiaban su alcalde a la pequeña población de M.

El magistrado de la audiencia de Douai, que presidía el tribunal de Arras, conocía, como todo el mundo, aquel nombre tan profunda y universalmente respetado; y cuando el portero, abriendo discretamente la puerta que comunicaba con la sala de vista, se inclinó detrás del sillón del presidente y le dió el papel que acabamos de leer, añadiendo: «Este caballero desea asistir a la vista», el presidente hizo un movimiento de deferencia, cogió la pluma, escribió algunas palabras en el mismo papel, y se lo dió al portero diciendo: «Que entre.»

El desgraciado cuya vida vamos refiriendo se había quedado de pie en la puerta de la sala, en el mismo sitio y en la misma actitud en que el portero le había dejado, y oyó en medio de su meditación una voz que le decía: ¿Queréis hacerme el honor de seguirme?

Era el portero que le había vuelto la espalda un instante antes, y que a la sazón le saludaba profundamente. Le dió el papel, él lo desdobló, y como estaba cerca de la lámpara, pudo leer: «El presidente del tribunal presenta sus respetos al señor Magdalena.»

Restregó el papel entre sus manos, como si aquellas palabras tuviesen para él un sabor extraño y amargo, y siguió al portero.

Algunos minutos después estaba en una especie de gabinete de aspecto severo, alumbrado por dos bujías que había encima de una mesa cubierta de un tapete verde. Aun tenía en los oídos las últimas palabras del portero que acababa de dejarle: «Caballero, ésta es la sala de las deliberaciones; no tenéis que hacer más que tocar el botón de cobre de esa puerta, y os hallaréis en la sala del tribunal, detrás del señor presidente.» Estas palabras se mezclaban en su pensamiento con un recuerdo vago de los negros corredores y estrechas escaleras que acababa de recorrer.

El portero lo había dejado solo. Había llegado el momento supremo. Trataba de recogerse en sí mismo y no podía conseguirlo. En los momentos en que el hombre tiene más necesidad de pensar en las realidades dolorosas de la vida, es precisamente cuando los hilos del pensamiento se rompen en el cerebro. Estaba en el mismo sitio en que los jueces deliberan y condenan. Miraba con tranquilidad estúpida aquel aposento pacífico y temible, en que se habían roto tantas vidas, en que iba a resonar su nombre, y que su destino atravesaba en aquel momento. Miró después a la pared, se miró a sí propio, asombrándose de estar en aquel sitio y de ser él mismo.

No había comido hacía veinticuatro horas; estaba rendido del movimiento del carruaje; pero no lo sentía, le parecía que no sentía nada.

Se aproximó a la pared, y se paró ante un cuadro negro que contenía, cubierto con un cristal, una carta autógrafa de Juan Nicolás Pache, corregidor de París y ministro, fechada sin duda por una equivocación el 9 de «junio» del año II, y en la cual Pache enviaba al ayuntamiento la lista de los ministros y diputados arrestados en sus casas respectivas. Si alguno le hubiera visto en aquel momento, habría creído sin duda que aquella carta le interesaba, porque no separaba sus ojos de ella, después de haberla leído dos o tres veces. Pero la leyó sin poner por su parte atención alguna. Pensaba en Fantina y en Cosette.

Sin dejar su meditación, se volvió y vió el botón de cobre de la puerta que lo separaba de la sala. Casi se había olvidado de la tal puerta. Detúvose su mirada, hasta entonces tranquila, en aquel botón, se extravió después, y poco a poco se fué llenando de espanto. Gruesas gotas de sudor salían de sus cabellos, y corrían por sus sienes.

Lanzó después, con cierta especie de autoridad, y al mismo tiempo de rebelión, un grito indescriptible, que quería decir: «¡Pardiez! ¿quién me obliga a mí?» Se volvió vivamente, vió la

puerta por donde había entrado, se dirigió a ella, la abrió y salió. Ya no estaba en aquel cuarto; estaba fuera. Se encontró en un pasillo largo, estrecho, cortado por escalones y postigos que formaban toda clase de ángulos, y alumbrado aquí y allá por faroles parecidos a lamparillas de enfermos; era el pasillo por donde había entrado. Respiró, escuchó, no oyó nada por ningún lado, y huyó como si le persiguieran.

Cuando hubo recorrido algunos recodos del pasillo, escuchó de nuevo. El mismo silencio y la misma sombra lo rodeaban. Estaba sofocado, temblaba; tuvo que apoyarse en la pared. La piedra estaba fría; helóse el sudor en su frente, y se enderezó temblando.

Entonces, solo, de pie en aquella obscuridad, tembló de frío, y quizá también de otra cosa. Meditó.

Había estado meditando toda la noche, todo el día, sólo podía oír una voz que le decía: ¡Ay de ti!

Así pasó un cuarto de hora. Por fin inclinó la cabeza, suspiró con angustia, dejó caer los brazos y volvió atrás. Anduvo lentamente y como oprimido de algún peso, como si alguno lo hubiese cogido en su fuga y lo volviese.

Entró de nuevo en la sala de las deliberaciones, y lo primero que vió fué el botón de la puerta que era de cobre pulimentado y que resplandecía, para él, como una estrella horrible. Lo miró como una oveja puede mirar a un tigre.

No podía separar los ojos de aquel botón.

De rato en rato daba un paso y se acercaba a la puerta.

Si hubiera escuchado, habría oído una especie de murmullo confuso, el ruido de la sala; pero ni oía, ni escuchaba.

De pronto, sin saber cómo, se encontró cerca de la puerta, y oprimió convulsivamente el botón, la puerta se abrió.

Estaba en la sala de la audiencia.

IX

UN SITIO DONDE EMPIEZAN A FORMARSE LAS CONVICCIONES

Dió un paso, cerró maquinalmente la puerta detrás de sí, y quedó en pie examinando lo que veía.

Era la sala un vasto recinto iluminado apenas; ya silencioso, ya lleno de un vago rumor, todo el aparato de un proceso criminal se desplegaba, con su mezquina y lúgubre gravedad, en medio de la multitud.

En un extremo de la sala, precisamente en el mismo que él estaba, los jueces, con aire distraído, con la toga usada, se mordían las uñas o cerraban los párpados; en el otro extremo una multitud desarrapada; abogados en toda clase de actitudes; soldados de fisonomía tan dura como honrada; un entarimado lleno de manchas, un techo sucio, mesas cubiertas de un paño más amarillo que verde; puertas ennegrecidas por las manos; algunos clavos en la pared; quinqués tabernarios que daban más tufo que claridad: en las mesas algunas velas de sebo en candeleros de cobre; la obscuridad, la fealdad, la tristeza; y todo esto producía una impresión grave y augusta, porque se descubría esa gran cosa humana que se llama ley, y esa gran cosa divina que se llama justicia.

En toda aquella gran multitud, nadie hizo caso de él. Todas las miradas se fijaban en un punto único, en un banco de madera situado cerca de una puertecilla a la izquierda del presidente. En aquel banco, alumbrado por varias velas, había un hombre entre dos gendarmes.

Aquél era el acusado.

No lo buscó, lo vió. Sus ojos se dirigieron allí naturalmente, como si antes hubiesen visto ya el sitio que ocupaba.

Y creyó verse a sí mismo envejecido, no con su mismo rostro, pero con el mismo aspecto, con sus cabellos erizados, con aquella mirada salvaje e inquieta, con aquella blusa que llevaba el día que entró en D. lleno de odio, y ocultando en su alma aquel espantoso tesoro de pensamientos horribles acumulados en tantos años de presidio.

Y se dijo, estremeciéndose:

—¡Dios mío! ¿me convertiré yo en eso?

Aquel hombre parecía tener a lo menos sesenta años; había en su aspecto un no sé qué de rudeza, de estupidez, de espanto.

Al ruido de esta puerta, el presidente volvió la cabeza; y conociendo que el que acababa de entrar era el alcalde de M., lo saludó. El fiscal, que había visto al señor Magdalena en M., adonde las funciones de su ministerio lo habían llamado alguna vez, lo conoció y lo saludó también. El, apenas lo notó. Estaba sometido a una especie de alucinación: miraba solamente.

Hacía veintisiete años había visto lo mismo que entonces: a los jueces, al escribano, a los gendarmes, a aquella multitud de cabezas cruelmente curiosas. Volvía a encontrar aquel espectáculo lúgubre; las mismas cosas que existían, que se movían, que vivían. Aquello no era un esfuerzo de su memoria, ni una pintura de su imaginación; eran verdaderos gendarmes, verdaderos jueces, verdaderos espectadores, verdaderos hombres de carne y hueso. Aquello existía evidentemente: veía reaparecer, revivir en toda su horrible realidad las escenas monstruosas de su pasado.

Todo esto era lo que tenía delante de sí.

Se sintió horrorizado, cerró los ojos, y exclamó en lo más profundo de su alma: ¡Nunca!

Y por un capricho trágico de su destino que lo estremecía, y casi lo volvía loco, tenía delante a otro que era él mismo. Aquel hombre a quien estaban juzgando, lo conocían todos por Juan Valjean.

Tenía ante sus ojos (visión extraordinaria) la escena más horrible de su vida, representada por su fantasma.

Todo era lo mismo: el mismo aparato, la misma hora de la noche, casi las mismas caras de los jueces y de los soldados y de los espectadores. Solamente encima de la cabeza del presidente había un crucifijo que no había en los tribunales cuando él fué condenado. Entonces Dios estaba ausente.

Había detrás de él una silla, se dejó caer en ella, temiendo que pudieran verle; y se aprovechó de un legajo de papeles que había en la mesa de los jueces para ocultar su rostro a los espectadores. Podía, pues, ver, sin ser visto. Entonces entró en el sentimiento de la realidad, y se repuso: llegó a esa fase de calma en que se puede escuchar.

El señor Bamatabois era uno de los jurados.

Buscó a Javert y no lo encontró. La mesa del escribano le ocultaba la vista del banco de los testigos; y además, según hemos dicho ya, la sala estaba poco alumbrada.

En el momento en que entró, el defensor acababa su peroración. La atención de los espectadores se hallaba muy excitada; la vista había durado ya tres horas. Hacía tres horas que aquella muchedumbre veía encorvarse poco a poco bajo el peso de una semejanza horrible, a un hombre, a un desconocido, a un ser miserable, profundamente estúpido, o profundamente hábil. Aquel hombre era un vagabundo que había sido cogido en el campo con una rama cargada de manzanas maduras, arrancada de un manzano de un cercado próximo, llamado el cercado de Pierron. ¿Quién era aquel hombre? Habíase procedido a una investigación; habían sido oídos los testigos, habían estado conformes, y los hechos se habían aclarado. La acusación decía:

—No solamente tenemos aquí un ladrón de frutos, un merodeador, tenemos en nuestras manos un bandido, un relapso, un antiguo presidiario, un malvado de los más peligrosos, un malhechor llamado Juan Valjean, a quien persigue la justicia hace mucho tiempo, y que hace ocho años, al salir del presidio de Tolón, cometió un robo en despoblado a mano armada en la persona de un muchacho llamado Gervasillo; crimen previsto por el artículo 383 del Código penal, por cuyo crimen nos reservamos juzgarle cuando se haya averiguado la identidad legal de su persona. Acaba de cometer un nuevo robo, lo que constituye la reincidencia. Condenadlo ahora por el último crimen; luego será juzgado por el antiguo.

El acusado seguía como asombrado ante esta acusación, y ante la unanimidad de los testigos. Hacía gestos y signos negativos, o miraba atentamente al techo. Hablaba con trabajo, respondía con embarazo; pero toda su per-

sona, desde los pies a la cabeza, negaba los hechos alegados. Estaba como un idiota en presencia de aquellas inteligencias formadas en batalla en derredor suyo; como un extranjero en medio de aquella sociedad que le cercaba. Y, sin embargo, de allí podía salir para él un porvenir terrible; la verosimilitud crecía por momentos; y aquella multitud miraba con más ansiedad que él mismo la sentencia llena de calamidades, que amenazaba su cabeza más y más. Una eventualidad dejaba entrever posible la pena de muerte, si se reconocía la identidad, si sobre el robo de Gervasillo recaía una condena. ¿Qué era, pues, aquel hombre? ¿De qué naturaleza era su apatía? ¿Era imbécil o astuto? ¿Comprendía demasiado o no comprendía nada? Cuestiones que dividían a la multitud, y que parecía dividían también al jurado. En aquel proceso había error o intriga; el drama era no sólo sombrío sino obscuro.

El defensor había hablado bastante bien en ese lenguaje provinciano que ha sido por mucho tiempo la elocuencia del foro, que usaban en otro tiempo los abogados, lo mismo en París, que en Romorantin o en Montbrison, y que hoy, habiéndose hecho clásico, le practican sólo los oradores, a quienes conviene, por su sonora gravedad y su frase majestuosa; lenguaje en que el marido se llama «esposo», la mujer «esposa», París «el centro de las artes y de la civilización», el rey «el monarca», el obispo «un santo pontífice», el fiscal «el elocuente intérprete de la vindicta pública», los oradores «la voz que acaba de oírse», el siglo de Luis XVI «el gran siglo», un teatro «el templo de Melpómene», la familia reinante «augusta sangre de nuestros reyes», un concierto «una solemnidad musical», el comandante general de la provincia «el ilustre guerrero que etc.», los alumnos del seminario «esos tiernos levitas», los errores imputados a los periódicos «la impostura que destila su veneno en las columnas de esos órganos», etc., etcétera; el abogado, pues, había empezado por el robo de manzanas, cosa difícil para un buen estilo, pero el mismo Benigno Bossuet se vió obligado a aludir a una gallina en una oración fúnebre, y lo hizo con elocuencia. El abogado había sentado que el robo de las manzanas no estaba suficientemente probado. Su cliente, a quien como defensor persistía en llamar Champmathieu, no había sido visto al escalar la pared, ni al romper la rama. Había sido cogido con esta rama (que el abogado llamaba con más gusto «ramo»), pero él decía que la había encontrado en el suelo y recogido. ¿Dónde estaba la prueba de lo contrario? Sin duda esta rama había sido arrancada, robada después de un escalamiento, y arrojada por el ladrón atemorizado; sin duda había habido un ladrón, pero, ¿qué probaba que este ladrón fuera Champmathieu? Una sola cosa. Que había sido presidiario. El abogado no negaba que esto parecía desgraciadamente bien probado: el acusado había residido en Faverolles; el acusado había sido podador; el nombre de Champmathieu podía muy bien tener por origen Juan Mathieu; todo esto era verdad; además, cuatro testigos reconocían sin duda alguna, positivamente en Champmathieu al presidiario Juan Valjean.

A estas indicaciones, a estos testimonios, el abogado no podía oponer más que la negativa de su cliente, negativa interesada; pero, aun suponiendo que fuese Juan Valjean, ¿probaba esto que fuese el autor del robo de manzanas? Esto era a lo más una presunción, no una prueba. El defensor «en su buena fe» debía convenir en que el acusado había adoptado «un mal sistema de defensa». Se obstinaba en negarlo todo: el robo y su condición de presidiario. La confesión en este último punto hubiera sido mucho mejor, y de seguro le hubiera granjeado la indulgencia de los jueces; su defensor le había aconsejado; pero el acusado se había negado obstinadamente, creyendo sin duda salvarse negándolo todo. Esto estaba mal hecho; ¿pero no debía tenerse en cuenta su escasa inteligencia? Aquel hombre era visiblemente estúpido. Su larga permanencia en el presidio, su gran miseria fuera de él le habían embrutecido, etc.; se defendía mal; pero, ¿era

ésta una razón para condenarle? En cuanto al robo de Gervasillo, el abogado no tuvo que hablar de él, porque no estaba en la causa. El abogado concluía suplicando al jurado y al tribunal, que si creían probada la identidad de Juan Valjean, le aplicasen la corrección de policía que se aplica a los trasgresores de un bando, y no el castigo terrible de un reincidente.

El fiscal contestó al defensor. Estuvo violento y florido, como están habitualmente los fiscales.

Felicitó al defensor por su «lealtad», se aprovechó de ella débilmente y atacó al acusado por todas las concesiones que había hecho. El abogado parecía haber concedido que el acusado era Juan Valjean; y el fiscal tomó acta de estas palabras. Esta parte de la acusación era, pues, un hecho aceptado y no podía negarse. Después, por una hábil antonomasia, remontándose al origen y causas de la criminalidad, tronó contra la inmoralidad de la escuela romántica, que estaba entonces en su apogeo bajo el nombre de «escuela satánica», que le habían dado los críticos de la «Quotidienne» y del «Oriflamme»; atribuyó, no sin verosimilitud, a la influencia de esta literatura perversa el delito de Champmathieu, o, por mejor decir, de Juan Valjean. ¿Quién era este Juan Valjean? Un monstruo vomitado, etcétera. El modelo de esta clase de descripciones se halla en la relación de Teramenes, que no es útil en la tragedia, pero presta diariamente grandes servicios a la elocuencia forense. El auditorio y los jurados se «estremecieron». Acabada esta descripción, el fiscal continuó con un movimiento oratorio, a propósito para excitar hasta lo sublime al día siguiente el entusiasmo del diario de la prefectura—: ¡Y es un hombre semejante, etc., etc... vagabundo, mendigo, sin medios de existencia, etcétera, etc.; acostumbrado a las acciones criminales, poco corregido por su estancia en el presidio, como lo prueba el crimen cometido contra Gervasillo, etcétera, etc.! ¡Y es un hombre semejante el que, cogido en la vía pública en flagrante delito de robo, a algunos pasos de una pared escalada, teniendo aún en la mano el cuerpo del delito, todavía niega el robo y el escalamiento, y lo niega todo, todo, hasta su nombre, hasta su identidad! Además de mil pruebas que no hay para qué repetir, le reconocen cuatro testigos: Javert, el inspector de policía Javert; y tres de sus antiguos compañeros de ignominia, los presidiarios Brevet, Chenildieu y Cochepaille. ¿Qué puede oponerse a esta unanimidad? ¡Y niega! ¡Qué endurecimiento! Señores jurados; haréis justicia, etc—. Mientras hablaba el fiscal, el acusado escuchaba con la boca abierta, con una especie de asombro no exento de admiración. Estaba indudablemente sorprendido de que un hombre pudiese hablar así. De rato en rato, en los momentos más «enérgicos» de la acusación, en aquellos instantes en que la elocuencia que no puede contenerse, se desborda en un torrente de epítetos y rodea al acusado como una tempestad, movía lentamente la cabeza de derecha a izquierda, y de izquierda a derecha, como haciendo una especie de triste y muda protesta, con que se contentaba desde el principio de la vista. Los espectadores que estaban próximos a él le oyeron decir dos o tres veces a media voz:

—¡Ved aquí el resultado de no haberse informado del señor Balouq!

El fiscal hizo notar al jurado esta actitud estúpida, calculada evidentemente, y que denotaba, no la imbecilidad sino la astucia, el hábito de engañar a la justicia; que ponía en evidencia «la profunda perversidad» de aquel hombre; y terminó reservándose para el asunto de Gervasillo, y pidiendo un severo castigo.

Por el pronto éste era, como hemos dicho, la cadena perpetua.

El defensor se levantó; empezó por cumplimentar al «ministerio público» por su «admirable palabra», y después contestó como pudo, pero débilmente: conocía que se hundía el terreno bajo sus pies.

X

EL SISTEMA DE NEGATIVAS

Llegó el momento de cerrar el debate. El presidente mandó levantar al

acusado, y le hizo la pregunta de costumbre:

—¿Tenéis algo que alegar en defensa propia?

El hombre se puso en pie dando vueltas entre sus manos al gorro, como si no hubiese entendido la pregunta.

El presidente la repitió.

Entonces la oyó el acusado; pareció que la había comprendido. Hizo un movimiento como si se despertase de un sueño, paseó la vista alrededor, miró al público, a los gendarmes, a su abogado, a los jurados, al tribunal; puso su monstruosa mano sobre la barandilla que había delante de su banquillo, miró de nuevo, y luego, dirigiendo la vista al fiscal, empezó a hablar. Habló como un torrente; las palabras se escapaban de su boca incoherentes, impetuosas, atropelladas, confusas, como si acudiesen en tropel a sus labios para salir de una vez. Véase lo que dijo:

—Tengo que decir algo. Yo he sido carretero en París, y he estado en casa del señor Balouq. Mi profesión era muy dura: los carreteros trabajan siempre al aire libre en patios o bajo cobertizos en los buenos talleres; pero nunca en sitios cerrados, porque necesitan mucho espacio. En el invierno pasan tanto frío, que tiene uno que golpearse los brazos para calentarse; pero esto no gusta a los maestros, porque dicen que se pierde tiempo. Manejar el hierro cuando están heladas las calles es muy duro. Así se acaban pronto los hombres, y se hace uno viejo cuando aún es joven. A los cuarenta años, hombre gastado. Yo tenía cincuenta y tres y lo pasaba muy mal. ¡Y después son tan malos los obreros! Cuando uno no es joven le llaman por cualquier cosa: ¡pícaro viejo, burro viejo! Yo no ganaba más que treinta sueldos al día, me pagaban lo menos que podían; los maestros se aprovechaban de mi edad. Además, yo tenía una hija que era lavandera del río; ganaba poco, pero los dos íbamos tirando. Mas ella tenía mucho trabajo también. Estaba todo el día metida en una banca hasta medio cuerpo, con lluvias, con nieves, con un viento que cortaba la cara. Cuando helaba era lo mismo, tenía que lavar, porque hay mucha gente que no tiene bastante ropa, y espera en seguida; y si no lavaba perdía los párroquianos. Las tablas están muy mal juntas, y entra el agua por todas partes. Los vestidos se mojaban todos por arriba y por abajo; el agua le penetraba. Lavó también algún tiempo en el hospital de los niños expósitos, adonde llega el agua por caños. Allí no hay bancas. Se lava delante del caño, y se aclara en el estanque; como allí está cerrado se tiene menos frío; pero la colada de agua caliente es muy mala, y hace perder la vista. Venía la pobre a las siete de la noche y se acostaba porque estaba rendida. Su marido la pegaba. Ha muerto ya: hemos sido muy desgraciados. Era una joven que no iba a los bailes, siempre en su casa. Me acuerdo de un martes de Carnaval en que estaba acostada a las ocho. Ahí tenéis. Yo digo la verdad. No tenéis que hacer más que preguntarme. ¡Ah! sí: preguntad: ¡yo soy muy torpe! París es un infierno. ¿Quién conoce al tío Champmathieu? Ya os he dicho que el señor Balouq. Preguntad en casa de Balouq. No sé qué más me queréis.

El hombre se calló y permaneció en pie. Había hablado con voz alta, ronca, precipitada, dura, con una especie de sencillez irritada y salvaje. Una vez se interrumpió para saludar a alguien entre los espectadores. Las afirmaciones que lanzaba, por decirlo así, de su boca, salían como una especie de hipo violento, y acompañaba cada una con un gesto parecido al que hace un leñador al hender la madera. Así que acabó, el auditorio se echó a reír. El miró al público, vió que se reía, y, no comprendiendo nada, se echó a reír también.

Triste era aquel espectáculo.

El presidente, que era un hombre atento y benévolo, habló a su vez.

Recordó a los «señores jurados» que el señor Balouq, antiguo maestro carretero con quien había trabajado el acusado había sido citado inútilmente. Estaba en quiebra y no había podido ser habido.

Después volviéndose al acusado le aconsejó que oyera lo que iba a decirle, y añadió:

—Vuestra situación exige que reflexionéis. Sobre vos pesan las más graves presunciones, y os pueden traer consecuencias capitales. Por interés vuestro, os requiero por última vez para que os expliquéis claramente sobre estos dos hechos: Primero: ¿habéis escalado la cerca de Pierron, roto una rama, y robado manzanas, es decir, habéis cometido un robo con escalamiento? ¿Sí o no? Segundo: ¿sois el ex presidiario Juan Valjean? ¿Sí o no?

El acusado movió la cabeza como si hubiese comprendido y supiese lo que iba a responder. Abrió la boca, se volvió hacia el presidente y dijo:

—En primer lugar...

Después miró su gorra, miró al techo, y se calló.

—Acusado—dijo el fiscal con severa voz—, estad atento. No respondéis a nada de lo que os preguntan. Vuestra turbación os condena. Es evidente que no os llamáis Champmathieu; que sois el presidiario Juan Valjean, oculto bajo el nombre de Juan Mathieu que era el apellido de vuestra madre; que habéis estado en Auvernia, y que sois natural de Faverolles, donde erais podador. Es evidente que habéis robado, con escalamiento, manzanas maduras en el cercado de Pierron. Los señores jurados apreciarán estos hechos.

El acusado se había sentado; pero de repente se levantó cuando acabó de hablar el fiscal, y gritó:

—¡Sois muy malo! Esto es lo que quería decir, y no sabía cómo. Yo no he robado nada, soy un hombre que no puede comer todos los días. Venía de Ailly, iba por el camino después de una tempestad que había asolado el campo: los charcos se desbordaban y no se veían por cima de las arenas más que las puntas de la hierba; al lado del camino encontré una rama con manzanas en el suelo, y la recogí sin saber que me traería un castigo. Hace tres meses que estoy preso y que me interrogan. Después de esto no sé qué decir; se habla contra mí; se me dice: ¡responde! El gendarme, que es un buen muchacho, me da con el codo, y me dice por lo bajo: contesta. Yo no sé explicarme; no he hecho estudios; soy un poore. Esto es lo que es injusto no conocer. No he robado; he cogido del suelo una cosa. Decís Juan Valjean, Juan Mathieu, yo no los conozco: serán aldeanos. He trabajado en casa del señor Balouq, en el bulevard del Hospital. Me llamo Champmathieu. Sois muy mal intencionados al decirme dónde he nacido. Yo lo ignoro; porque no todos tienen una casa para venir al mundo. Esto sería muy cómodo. Creo que mi padre y mi madre andaban por los caminos y no sé más. Cuando era niño me llamaban Pequeño, ahora me llaman Viejo. Estos son mis nombres de bautismo. Tomadlo como queráis. Que he estado en Auvernia, que he estado en Faverolles. ¡Pardiez! ¿Y qué? ¿Es imposible haber estado en Auvernia y en Faverolles sin haber estado antes en presidio? Os digo que no he robado, y que soy el tío Champmathieu. He estado en casa del señor Balouq; allí he vivido. Me estáis fastidiando con vuestras tonterías. ¿Por qué estáis tan encarnizados conmigo?

El fiscal había permanecido en pie, y dirigiéndose al presidente, le dijo:

—Señor presidente: Después de oír las negativas confusas y muy hábiles del acusado, que quiere pasar por idiota, pero que no lo conseguirá—se le advertimos—, pedimos al tribunal se sirva mandar llamar de nuevo a los condenados Brevet, Cochepaille y Chenildieu, y al inspector de policía Javert, para interrogarles por última vez acerca de la identidad del acusado y del presidiario Juan Valjean.

—Debo advertir al fiscal de Su Majestad—dijo el presidente—, que el inspector Javert, llamado por sus obligaciones a la capital de un distrito próximo, ha dejado esta ciudad así que hizo su declaración. Le hemos dado licencia para ello, con el consentimiento del ministerio público y del defensor del acusado.

—Es cierto, señor presidente—dijo el fiscal—. En ausencia del señor Javert, creo que debo recordar a los señores jurados lo que ha declarado aquí mismo hace pocas horas. Javert es un hombre estimado que honra con rigurosa y estrecha probidad un cargo in-

ferior, pero de importancia. Véase en qué términos ha declarado: «No tengo necesidad de presunciones morales, ni de pruebas materiales que desmientan las negativas del acusado. Le conozco perfectamente. Este hombre no se llama Champmathieu: es un antiguo presidiario muy malo y muy temido, llamado Juan Valjean. Se le puso en libertad, al terminar su condena, con sentimiento. Ha sufrido diez y nueve años de trabajos forzados por robo calificado. Cinco o seis veces trató de escaparse. Además del robo de Gervasillo y de Pierron, sospecho que cometió otro en casa de Su Ilustrísima, el difunto obispo de D. Le he visto muchas veces cuando era ayudante en Tolón. Repito que le conozco perfectamente.»

Esta declaración tan terminante produjo una viva impresión en el público y en el jurado. El fiscal concluyó insistiendo en que a falta de Javert fuesen oídos de nuevo e interrogados solemnemente los tres testigos Brevet, Cochepaille y Chenidlieu.

El presidente dió una orden a un ujier, y un momento después se abrió la puerta del cuarto de los testigos. El ujier, acompañado de un gendarme, dispuesto a auxiliarle, introdujo al condenado Brevet. El auditorio estaba en suspenso: todos los corazones palpitaban como si tuviesen una sola vida.

El presidiario Brevet llevaba el traje negro y gris de las prisiones centrales. Era un hombre de unos sesenta años, que tenía aire de pícaro y facha de hombre de negocios, cualidades que van juntas algunas veces. En la cárcel, adonde le habían llevado nuevos delitos, había llegado a ser calabocero, o cosa semejante. Era un hombre cuyos jefes decían: «Quiere hacerse útil». Los capellanes daban testimonio de sus costumbres religiosas. No debe olvidarse que esto sucedía en tiempo de la Restauración.

—Brevet—dijo el presidente—, habéis sufrido una pena infamante, y no podéis jurar.

Brevet bajó los ojos.

—Pero aún en el hombre degradado por la ley, puede quedar cuando la misericordia divina lo permite, un sentimiento de honor y de equidad. Apelo a ese sentimiento en este instante decisivo. Si existe aún en vos, como creo, reflexionad antes de responderme; considerad por un lado, que podéis perder a este hombre, y por otro que podéis ayudar a la justicia. El instante es solemne, y aun es tiempo de retractaros si os habéis equivocado. Acusado, levantaos. Brevet, mirad bien al acusado; reunid vuestros recuerdos, y decid en vuestra conciencia, si persistís en reconocer en este hombre a vuestro antiguo compañero de presidio Juan Valjean.

Brevet miró al acusado, y después se volvió al tribunal.

—Sí, señor presidente. Yo lo he conocido el primero, y persisto en ello. Este hombre es Juan Valjean, que entró en el presidio de Tolón en 1796, y salió en 1815. Yo salí un año después. Ahora tiene el aire de bruto, lo cual consistirá en que le ha embrutecido la edad; en el presidio era muy socarrón. Lo conozco positivamente.

—Id a vuestro asiento—dijo el presidente—. Acusado, seguid en pie.

Entró Chenildieu, presidiario perpetuo como indicaba su chaqueta roja y su gorro verde. Sufría su pena en el presidio de Tolón, de donde había salido para declarar en esta causa. Era de pequeña estatura, como de cincuenta años, vivo, arrugado, amarillento, nervioso, descarado; tenía en todos sus miembros y en todo su cuerpo una especie de debilidad enfermiza, y en la mirada una fuerza inmensa. Sus compañeros le llamaban Niego a Dios (1).

El presidente le hizo las mismas preguntas que a Brevet. En el momento en que le recordó que su infamia no le permitía jurar, Chenildieu levantó la cabeza y miró al público descaradamente. El presidente le amonestó para que se reportara; y le preguntó, como a Brevet, si conocía al acusado.

Chenildieu soltó una carcajada.

—¡Vaya si le conozco! Hemos pasado cinco años atados a la misma cadena. ¿Te enfadas, antiguo camarada?

(1) *Chenildieu* en francés se pronuncia casi lo mismo que *Je-nie-Dieu*. Niego a Dios.

—Id a vuestro asiento—dijo el presidente.

El portero entró a Cochepaille, que era otro presidiario perpetuo, que venía del presidio vestido de rojo lo mismo que Chenildieu ; era natural de Lourdes, un semi-oso de los Pirineos. Había guardado un rebaño en la montaña, y de pastor había pasado a bandolero ; no era menos salvaje, y parecía más estúpido que el acusado. Era uno de esos seres desgraciados que la Naturaleza comienza a formar bestias feroces, y la sociedad concluye haciéndolos presidiarios.

El presidente trató de conmoverle con algunas palabras patéticas y graves, y le preguntó, como a los otros dos, si persistía en creer, sin duda alguna, que conocía a aquel hombre.

—Es Juan Valjean—dijo Cochepaille—. Se le llamaba también Juan Cabria por lo fuerte que era.

Cada afirmación de estos tres hombres, evidentemente sinceros y de buena fe, había suscitado en el auditorio un murmullo de mal agüero para el acusado ; murmullo que crecía y se prolongaba más tiempo, cada vez que una nueva declaración venía a dar fuerza a la precedente. El acusado las había oído con esa expresión de asombro, que según la acusación, era su principal medio de defensa. Cuando oyó la primera, los gendarmes que estaban a su lado le oyeron bisbisar : «¡ Ah, bien ! ¡ Ahí está uno !» Después de la segunda, dijo un poco más alto y con aire casi de satisfacción : «¡ Bueno !» A la tercera exclamó : «¡ Magnífico !»

El presidente le preguntó :

—Acusado, ¿habéis oído? ¿Qué tenéis que decir?

Y respondió :

—Digo... que... ¡ Magnífico !

En el público estalló un rumor que llegó hasta el jurado. Era evidente que el hombre estaba perdido.

—Ujieres — dijo el presidente—, imponed silencio. Voy a resumir los debates para dar por terminada la vista.

En este momento hubo un movimiento al lado del presidente, y se oyó una voz que gritó :

—Brevet, Chenildieu, Cochepaille ! ¡ Mirad aquí !

Todos los que oyeron esta voz quedaron helados ; tan lastimero, tan terrible era su acento. Todas las miradas se volvieron hacia el sitio de donde había salido. En el lugar destinado a los espectadores privilegiados había un hombre que acababa de levantarse, y atravesando la puertecilla de la baranda que lo separaba del tribunal se había puesto en pie en medio de la sala. El presidente, el fiscal, el señor Bamatabois, veinte personas lo conocieron y exclamaron a la vez :

—¡ El señor Magdalena !

XI

CHAMPMATHIEU CADA VEZ MÁS ADMIRADO

Era él en efecto. La luz del escribano iluminaba su rostro. Tenía el sombrero en la mano ; su traje no estaba descompuesto, tenía la levita abotonada con esmero. Estaba muy pálido y temblaba ligeramente. Sus cabellos, grises aún en el momento que llegó a Arras, se habían vuelto completamente blancos. Había encanecido en una hora.

Todas las cabezas se volvieron. La sensación fué indescriptible. Hubo en el auditorio un momento de duda. La voz había sido tan penetrante, y aquel hombre parecía tan tranquilo, que en el primer momento nadie comprendió lo que había pasado. Preguntáronse todos quién había gritado : no podía creerse que aquel hombre tan tranquilo fuese el que había dado un grito tan horroroso.

Esta duda no duró más que algunos segundos. Antes que el presidente y el fiscal hubiesen dicho una palabra, antes que los gendarmes y los ujieres hubiesen podido hacer un gesto, el hombre a quien todos llamaban aún el señor Magdalena, se había adelantado hacia los testigos Cochepaille, Brevet y Chenildieu, y les había dicho :

—¿No me conocéis?

Los tres quedaron suspensos e indicaron con un movimiento de cabeza que no lo conocían. Cochepaille intimidado hizo el saludo militar. El señor Magdalena se volvió hacia los jurados, y dijo con voz tranquila :

—Señores jurados, mandad poner en libertad al acusado. Señor presidente, mandad que me prendan. El hombre a quien buscáis no es ése ; soy yo. Yo soy Juan Valjean.

Ni una boca respiraba. A la primera conmoción de asombro había sucedido un silencio sepulcral. Sentíase en la sala ese terror religioso que sobrecoge a la multitud cuando va a verificarse alguna gran cosa.

Sin embargo, el rostro del presidente respiraba simpatía y tristeza ; había cambiado un gesto rápido con el fiscal, y algunas palabras en voz baja con los asesores. Se dirigió después al público, y preguntó con un acento que fué comprendido por todos :

—¿Hay algún médico entre los circunstantes?

El fiscal tomó la palabra :

—Señores jurados, el extraño e inexperado incidente que acaba de pasar nos inspira, lo mismo que a vosotros, un sentimiento que no tenemos necesidad de explicar. Todos conocéis, a lo menos por su reputación, al respetable señor Magdalena, alcalde de M. Si hay algún médico en el auditorio, nos unimos al señor presidente para rogarle que examine al señor Magdalena y lo lleve a su casa.

El señor Magdalena no dejó acabar al fiscal. Lo interrumpió con mansedumbre y autoridad.

A continuación ponemos las palabras que pronunció, tomadas literalmente, tales como fueron escritas en seguida por un testigo de aquella escena ; tales como se conservan aún en el oído de todos los que las oyeron hace cuarenta años.

«Os doy gracias, señor fiscal ; pero no estoy loco. Vais a verlo. Estabais a punto de cometer un grave error : dejad a ese hombre : cumplo con mi deber al denunciarme ; porque yo soy ese desgraciado criminal. Soy el único que veo claro aquí, y os digo la verdad. Dios juzga desde allá arriba lo que hago en este momento ; esto me basta. Podéis prenderme, puesto que estoy aquí. Yo, mirando por mi propio interés, me he ocultado largo tiempo con otro nombre ; he llegado a ser rico ; me han hecho alcalde ; he querido vivir entre los hombres honrados, mas parece que esto es ya imposible. Hay muchas cosas que no puedo decir ahora : no puedo contaros mi vida ; algún día se sabrá. He robado al señor obispo, es verdad ; he robado a Gervasillo, también es verdad. Habéis tenido razón al decir que Juan Valjean era muy malvado ; pero la falta no es toda suya. Creedme, señores jueces, un hombre tan humillado como yo no debe quejarse de la Providencia, ni aconsejar a la sociedad ; pero la infamia de que había querido salir es muy grande, el presidio hace al presidiario. Reflexionad sobre esto, si queréis. Antes de ir a presidio era un pobre aldeano muy poco inteligente, una especie de idiota : el presidio me transformó. Era estúpido, me hice malvado ; era un pedazo de leño, me hice un tizón. La bondad y la indulgencia me salvaron de la perdición a que me había arrastrado la severidad. Pero, perdonadme, no podéis comprender lo que digo. En mi casa, en las cenizas de la chimenea, hallaréis la moneda de cuarenta sueldos que robé hace siete años a Gervasillo. No tengo más que decir ; prendedme. Veo que el señor fiscal mueve la cabeza como diciendo : el señor Magdalena se ha vuelto loco. ¡No me creéis! Esto es lo más triste. ¡A lo menos, no condenéis a ese hombre! Pues qué : ¿ésos no me conocen? Quisiera que estuviera aquí Javert, él me reconocería.»

Imposible es describir la melancolía triste y tranquila que acompañó a estas palabras.

Volviéndose después hacia los tres testigos, les dijo :

—Yo os conozco, Brevet, ¿os acordáis...?

Se interrumpió, dudó un momento, y dijo :

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de cuadros que tenías en el presidio?

Brevet hizo un movimiento de sorpresa y le miró de los pies a la cabeza, asustado.

—Chenildieu — dijo después—, tú que te llamabas a ti mismo Niego a Dios, tienes el hombro derecho todo abrasado, porque te echaste un día so-

bre un brasero encendido para borrar las tres letras T. F. P. que aún se descubren bastante. Responde, ¿no es verdad?

—Es cierto—dijo Chenildieu.

Y dirigiéndose a Cochepaille, le dijo:

—Cochepaille, tú tienes cerca de la sangría del brazo izquierdo una fecha escrita en letras azules con pólvora quemada. Esta fecha es la del desembarco del emperador en Cannes el 1.° de marzo de 1815. Levántate la manga.

Cochepaille se levantó la manga; todas las miradas se dirigieron a su brazo desnudo; un gendarme acercó una luz. Allí estaba la fecha.

El desgraciado se volvió hacia el auditorio y hacia los jueces con una sonrisa que aún mueve a compasión a los que la vieron cuando la recuerdan. Era la sonrisa del triunfo, pero también la sonrisa de la desesperación.

—Ya veis—dijo—, que soy Juan Valjean.

No había ya en aquel recinto jueces, ni acusadores, ni gendarmes; no había más que ojos fijos y corazones conmovidos. Nadie se acordaba del papel que debía representar; el fiscal olvidó que estaba allí para acusar, el presidente que estaba para presidir, el defensor que estaba para defender. No se hizo ninguna pregunta: no intervino ninguna autoridad. Los espectáculos sublimes se apoderan del alma, y convierten a todos los que los presencian en meros espectadores. Tal vez ninguno podía explicarse lo que experimentaba; ninguno podía decir que veía allí una gran luz, y, sin embargo, interiormente todos se sentían deslumbrados.

Era evidente que tenían delante a Juan Valjean. Su aparición había bastado para aclarar aquel negocio tan obscuro algunos momentos antes. Sin necesidad de explicación alguna, aquella multitud comprendió en seguida, como por una especie de revelación eléctrica, la grandeza del hombre que se entregba para evitar que fuese condenado otro en su lugar. Los detalles, las dudas, las dificultades posibles se perdieron en aquella luz: la impresión pasó con rapidez, pero fué irresistible.

—No quiero perturbar por más tiempo la audiencia—dijo Juan Valjean—. Me voy, puesto que no me prenden. Tengo mucho que hacer. El señor fiscal sabe quién soy y adónde voy, y me mandará prender cuando quiera.

Se dirigió a la puerta. Ni se elevó una voz, ni se extendió un brazo para detenerle. Todos se apartaron: Juan Valjean tenía en aquel momento esa superioridad que obliga a la multitud a retroceder delante de un hombre. Pasó por medio de la gente con lentitud: no se sabe quién abrió la puerta; pero lo cierto es que estaba abierta cuando llegó a ella. Allí se volvió, y dijo:

—Señor fiscal, estoy a vuestra disposición.

Y dirigiéndose al auditorio, añadió:

—Todos creéis que soy digno de compasión. ¿No es verdad? ¡Dios mío! Cuando pienso en lo que he estado a punto de hacer, me creo digno de envidia. Sin embargo, preferiría que nada de esto hubiera sucedido.

Salió; la puerta se cerró como se había abierto; porque los que hacen alguna cosa grande están siempre seguros de encontrar alguien que les sirva entre la multitud.

Una hora después, el veredicto del jurado declaraba inocente a Champmathieu, que puesto en libertad inmediatamente, se fué estupefacto, creyendo que todos estaban locos, y no comprendiendo nada de lo que había visto.

LIBRO OCTAVO

Reacción.

I

DEL ESPEJO EN QUE VIÓ EL SEÑOR MAGDALENA SUS CABELLOS

Principiaba a apuntar el día. Fantina había pasado una noche de fiebre y de insomnio, mecida por halagüeñas esperanzas; por la mañana se durmió. Sor Simplicia, que había pasado la noche en vela, aprovechó aquel sueño para reparar una nueva poción de quinina; y hacía algunos minutos que estaba en el laboratorio de la enfermería, con sus drogas y sus redomas, mirándolas muy de cerca a causa de esa

ligera bruma que extiende el crepúsculo alrededor de los objetos. De pronto volvió la cabeza y dió un grito : el señor Magdalena había entrado silenciosamente, y estaba delante de ella.

—¡ Sois vos, señor alcalde !—exclamó.

—¿ Cómo está esa pobre mujer ?—respondió él en voz baja.

—No está mal en este momento. Pero nos hemos visto apurados.

Y le refirió lo que había pasado ; que Fantina estaba muy mal la víspera, pero que ya estaba mejor, porque creía que el señor alcalde había ido a buscar a su niña a Montfermeil. Sor Simplicia no se atrevió a preguntar al señor alcalde ; pero conoció muy bien que no venía de allí.

—Perfectamente ; habéis hecho bien en no desengañarla—dijo.

—Sí—respondió la hermana—, pero ahora que va a veros sin la niña, ¿ qué le diremos ?

El alcalde quedó un momento pensativo.

—Dios nos inspirará—dijo.

—Pero no se le podrá mentir—dijo la religiosa a media voz.

Era ya completamente de día : la luz iluminaba el rostro del señor Magdalena. La casualidad hizo que sor Simplicia levantase los ojos.

—¡ Dios mío !—exclamó— : ¿ qué os ha sucedido ? ¡ Se os ha vuelto blanco el pelo !

—¿ Blanco ?—dijo él.

Sor Simplicia no tenía espejo ; pero metió la mano en un cajón y sacó un pedazo de luna, de que se servía el médico de la enfermería para probar si un enfermo había muerto y no respiraba ya. El señor Magdalena le tomó en las manos, y dijo :

—Es verdad.

Pronunció estas palabras con indiferencia, como si estuviese pensando en otra cosa.

La religiosa se quedó helada, porque veía algo desconocido en todo aquello.

El señor Magdalena preguntó :

—¿ Puedo verla ?

—¿ No se acordará de su niña al veros ?—dijo la hermana, casi sin atreverse a hacer esta pregunta.

—Sin duda ; pero se necesitan, a lo menos, dos o tres días para traérsela.

—Si no os viese hasta entonces—dijo tímidamente sor Simplicia—, no sabría que estabais ya de vuelta ; sería fácil hacerla aguardar con paciencia, y cuando llegase su hija creería que habíais venido con ella. No habría que mentir nada para esto.

El señor Magdalena reflexionó algunos instantes, y después dijo con su gravedad habitual :

—No, hija, es preciso que la vea. Tal vez tenga yo prisa.

La religiosa aparentó, a lo menos, que no se había fijado en este «tal vez», que daba un significado tan obscuro y particular a las palabras del señor alcalde, y respondió con voz respetuosa y bajando los ojos :

—En ese caso podéis entrar, está durmiendo.

Hizo en seguida algunas observaciones acerca de una puerta que cerraba mal, y cuyo ruido podía despertar a la enferma ; después entró en el cuarto de Fantina, se acercó a la cama y descorrió las cortinas. Dormía. El aliento salía de su boca con ese ruido lúgubre, propio del enfermo, que asusta a las pobres madres cuando velan por la noche cerca de su hijo adormecido y moribundo. Pero aquella respiración penosa, apenas turbaba la inefable serenidad de su rostro, que se transfiguraba durante el sueño. Su palidez se había convertido en blancura : sus mejillas estaban rojas ; sus largas pestañas rubias, única belleza que le quedaba de su virginidad y de su juventud, palpitaban a pesar de estar cerrados los ojos. Todo su cuerpo temblaba con un movimiento parecido al de unas alas dispuestas a abrirse y a llevarla ; alas que se sentían, pero invisibles. Al verla entonces no se hubiera creído que era una enferma casi desahuciada. Parecía más bien que se iba, no que se moría.

Cuando se acerca una mano para coger una flor, la rama tiembla, y parece que huye y se ofrece a la vez. El cuerpo humano tiene algo de este temblor cuando llega el instante en que los dedos misteriosos de la muerte van a coger el alma.

El señor Magdalena quedó por algún tiempo inmóvil cerca de la cama, mirando alternativamente a la enferma y al crucifijo, lo mismo que dos meses antes, el día en que la vió por primera vez en el asilo. Los dos estaban en la misma actitud: ella dormía, él oraba; pero en aquellos dos meses, los cabellos de Fantina se habían vuelto grises y los de Magdalena blancos.

Sor Simplicia no había entrado con el alcalde, que estaba en pie, con el dedo en la boca, como si estuviera diciendo a alguno que guardase silencio.

Fantina abrió los ojos, le vió, y dijo tranquilamente y sonriéndose:

—¿Y Cosette?

II

FANTINA FELIZ

Fantina no hizo ni un movimiento de sorpresa ni de alegría, porque en aquel momento era la misma alegría. Esta sencilla pregunta: «¿Y Cosette?» fué hecha con una fe tan profunda, con tal certidumbre, con una ausencia tan completa de inquietud y de duda, que no creyó necesarias más palabras.

—Sabía — continuó — que estabais ahí; estaba durmiendo, pero os veía. Hace tiempo que os sigo con la vista toda la noche. Estáis en una especie de gloria, y os rodean miles de figuras celestiales.

Y dirigió su mirada al crucifijo.

—Pero—añadió—, ¿dónde está Cosette? ¿Por qué no la habéis traído a mi cama para cuando yo despertase?

El señor Magdalena respondió maquinalmente algunas palabras que nunca ha podido recordar.

Por fortuna el médico, que estaba advertido, vino en su auxilio.

—Hija mía—dijo—, calmaos; vuestra niña está ahí.

Los ojos de Fantina se iluminaron y cubrieron de claridad todo su rostro. La joven cruzó las manos expresando toda la violencia y dulzura de una ardiente oración.

—¡Oh!—exclamó—: traédmela.

Tierna ilusión de madre. Cosette era aún para ella el niño a quien se lleva en brazos.

—Aún no—dijo el médico—; en este momento no. Tenéis un poco de fiebre. La vista de vuestra hija os agitaría y os haría mal. Ante todo es preciso que os pongáis buena.

Ella le interrumpió bruscamente:

—¡Ya estoy buena! ¡Os digo que estoy buena! ¡Este médico no entiende! ¡Ah! ¡Quiero ver a mi hija! ¡Lo quiero!

—Ya veis—dijo el médico—cómo os arrebatáis. Mientras sigáis así, me opondré a que veáis a vuestra hija. No basta que la veáis, es preciso que viváis para ella. Cuando estéis mejor, os la traeré yo mismo.

La pobre madre bajó la cabeza.

—Señor doctor, os pido perdón; os pido perdón humildemente. En otro tiempo no hubiera hablado como acabo de hacerlo; pero me han sucedido tantas desgracias, que no sé lo que digo. Conozco que teméis la emoción; esperaré todo lo que queráis, pero os aseguro que no me hará mal la vista de mi niña. La estoy viendo, y no separo mis ojos de ella desde ayer por la tarde. Si me la presentaran, le hablaría tranquilamente; no me conmovería. ¿No es natural que tenga deseos de ver a mi hija, a quien ha sido preciso ir a buscar expresamente a Montfermeil? No estoy enfadada; sé que voy a ser feliz. Toda la noche he estado viendo nubes blancas y personas que me miraban sonriendo. Cuando el médico quiera me traerán a Cosette. Ya no tengo calentura, casi estoy curada; conozco que ya no tengo nada; pero voy a hacer como si estuviese mala, y a no moverme para contentar a las señoras que me cuidan, y cuando vean que estoy tranquila dirán: debemos traerle a su hija.

El señor Magdalena se había sentado en una silla, cerca de la cama. Fantina se volvió hacia él, esforzándose por parecer tranquila, y hacer ver que era «buena» según decía en aquella debilidad del mal que hace al enfermo semejante a un niño, a fin de que viéndola tan reposada no encontrasen dificultad en llevarle a Cosette. A pesar de esto, y aun contentándose, no podía menos de hacer mil preguntas al señor Magdalena.

—¿Habéis tenido un buen viaje, señor alcalde? ¡Oh! ¡qué bueno habéis sido! ¡Haber ido a buscarla! Decidme sólo cómo está. ¿Ha sufrido bien el viaje? ¡Ah! ¡Ya no me conocerá! ¡Me habrá olvidado en tanto tiempo! ¡Pobrecilla! Los niños no tienen memoria: son como los pájaros. Hoy ven una cosa y mañana otra; y no piensan en nada. ¿Tenía ropa blanca? ¿La tenían aseada los Thenardier? ¿Estaba bien alimentada? ¡Oh! ¡cuánto he pasado, si lo supierais, al hacerme todas estas preguntas en el tiempo de mi miseria! Ahora todo ha concluído: ya estoy alegre. ¡Cuánto deseo verla! señor alcalde, ¿es bonita? ¿No es verdad que es muy guapa mi hija? Debéis de haber tenido mucho frío en la diligencia. ¿No me la podéis traer ni un momento? Se la llevarían en seguida. Decidlo vos, que mandáis aquí.

El señor Magdalena, tomándole la mano, añadió:

—Cosette es hermosa, está buena, la veréis pronto; pero tranquilizaos. Habláis con mucha viveza, y sacáis el brazo de la cama, lo cual os hace toser.

En efecto, algunos golpes de tos interrumpían a Fantina a cada momento.

Fantina calló, creyendo que había comprometido con alguna palabra apasionada la confianza que quería inspirar; y se puso a hablar de cosas indiferentes.

—Es muy bonito Montfermeil, ¿no es verdad? En el verano se hacen allí muchos viajes de recreo. ¿Hacen buen negocio los Thenardier? No irá mucha gente a su casa. Es una especie de bodegón aquella posada.

El señor Magdalena la tenía de la mano, mirándola con ansiedad; se conocía que había ido allí para decirle algo que hacía dudar a su espíritu. El médico había hecho su visita y se había retirado. Sor Simplicia solamente había quedado con los dos.

En medio de aquel silencio exclamó Fantina:

—¡La oigo, Dios mío, la oigo!

Extendió el brazo imponiendo silencio, contuvo la respiración, y escuchó con ansiedad.

Era una niña que jugaba en el patio: una niña de la portera o de cualquier obrera. Fué una de esas casualidades que suceden siempre, y que parece forman parte del misterio que rodea los sucesos lúgubres. La niña iba y venía, corría para ahuyentar el frío, reía y cantaba en alta voz. ¡Ah! ¡En qué no se mezclan los juegos de los niños!

—¡Oh—dijo Fantina—, es mi Cosette! ¡conozco su voz!

La niña se alejó como se había aproximado; se apagó la voz, pero Fantina quedó escuchando algunos momentos. Después se cubrió de sombra su semblante y el señor Magdalena oyó que decía en voz baja:

—¡Qué mal hace el médico en no dejarme ver a mi hija! ¡Tiene mala fama ese hombre!

Pero pronto volvió la alegría a sus ideas, y continuó hablándose a sí misma, con la cabeza en la almohada:

—¡Qué felices vamos a ser! Tendremos un jardinito; el señor Magdalena me lo ha prometido. Mi niña jugará en el jardín. Ya debe saber las letras; la haré deletrear. La veré correr en el jardín tras las mariposas: después hará su primera comunión .¡Ah! ¿Cuándo comulgará por primera vez?

Se puso a contar con los dedos.

—... Uno, dos, tres, cuatro... tiene siete años. Dentro de cinco años llevará un velo blanco, y medias como la nieve; parecerá una mujercita. ¡Oh, hermana mía! ¿no veis qué tonta soy, que estoy pensando en la primera comunión de mi niña?

Y se echó a reír.

El señor Magdalena había soltado la mano de Fantina y escuchaba sus palabras como quien escucha al viento; con los ojos bajos y el espíritu sumergido en profundas reflexiones. Pero de pronto levantó la cabeza porque la enferma había cesado de hablar. Fantina estaba horrorizada.

No hablaba, no respiraba, se había incorporado; su hombro huesoso salía fuera de la camisa; su rostro, tan alegre algunos momentos antes, estaba azulado; su vista parecía fijarse en alguna cosa formidable, aparecida al otro

extremo del cuarto; sus ojos estaban abiertos desmesuradamente por el terror.

—¿Qué tenéis Fantina?—dijo Magdalena.

Fantina no respondió; no separó su vista; pero le tocó en el brazo con una mano, y con la otra le indicó que mirase detrás de sí.

Se volvió y vió a Javert

III

JAVERT CONTENTO

Véase lo que había pasado.

Acababan de dar las doce y media cuando el señor Magdalena salió de la sala del tribunal de Arras. Volvió a la posada precisamente en el momento oportuno para partir en el correo, cuyo asiento recordará el lector había tomado. Poco antes de las seis de la mañana llegó a M., y su primer cuidado fué echar al correo la carta al señor Laffite, y después ir a ver a Fantina.

Pero, apenas hubo abandonado la sala de la audiencia, el fiscal, repuesto de la primera sorpresa, tomó la palabra para deplorar el acto de locura del respetable alcalde de M., declarar que sus convicciones no se habían modificado en nada por este incidente que se aclararía después, y pedir, mientras tanto, la condenación de Champmathieu, que era evidentemente el verdadero Juan Valjean. La insistencia del fiscal estaba visiblemente en contradicción con los sentimientos de todos; del público, del tribunal y del jurado. Al defensor le costó poco trabajo refutar su discurso, y sentar que, a consecuencia de las revelaciones del señor Magdalena, es decir, del verdadero Juan Valjean, el asunto había cambiado completamente, y el jurado no tenía delante más que a un inocente. El abogado defensor sacó de este incidente algunas epifonemas, desgraciadamente bastante antiguas, sobre los errores judiciales, etc. El presidente en el resumen se unió al defensor, y el jurado en algunos minutos declaró libre de culpa a Champmathieu.

Pero, como era necesario un Juan Valjean, el fiscal, no teniendo ya a Champmathieu, se atuvo a Magdalena.

En seguida que fué puesto en libertad Champmathieu, el fiscal se encerró con el presidente, y conferenciaron «acerca de la necesidad de apoderarse de la persona del señor alcalde de M.» Esta frase en que hay tantas «des» es del fiscal, y está escrita de su puño y letra en la minuta de la relación enviada al tribunal superior. Pasada la primera emoción, el presidente hizo pocas objeciones. Era preciso que la justicia siguiese su curso. Además, para decirlo todo, aunque el presidente era un buen hombre, de bastante inteligencia, era al mismo tiempo muy realista, casi furibundo, y había extrañado que el alcalde de M., hablando del desembarque de Cannes, hubiese dicho el «emperador» y no «Buonaparte».

Expidióse, pues, la orden de prisión, y el fiscal la envió a M. con un propio a escape, encargando de ella al inspector Javert.

Ya sabemos que Javert había vuelto a la población inmediatamente después de haber declarado.

Javert se estaba vistiendo cuando el propio le entregó la orden de prisión y de traslación.

El propio era también un individuo de la policía, muy listo y en dos minutos enteró a Javert de lo que había pasado en Arras. La orden de prisión, firmada por el fiscal, estaba concebida en estos términos:

«El inspector Javert reducirá a prisión al señor Magdalena, alcalde de M., que en la audiencia de hoy ha sido reconocido por el licenciado de presidio Juan Valjean.»

El que no conociera a Javert y le hubiese visto en el momento en que entró en la enfermería, no habría adivinado seguramente lo que pasaba, y le habría encontrado como siempre. Estaba frío, tranquilo, grave, con sus cabellos grises perfectamente alisados sobre las sienes, y había subido la escalera con su lentitud habitual. Pero el que le conociese y le hubiera examinado atentamente, habría temblado. La hebilla de su corbatín de cuero, en lugar de estar en la nuca, estaba en la oreja izquierda. Esto revelaba una agitación extraordinaria.

Javert era un carácter completo; no permitía ningún pliegue ni en su obligación, ni en su uniforme; metódico con los malhechores, rígido con los botones de su ropa.

Para que tuviese mal puesta la hebilla de la corbata, era necesario que experimentase una de esas emociones que pueden llamarse terremotos interiores.

Había ido a la fábrica tranquilamente; había pedido un cabo y cuatro soldados en el cuerpo de guardia más próximo; había dejado a los soldados en el patio, y había hecho que le guiase al cuarto de Fantina la portera, que lo hizo sin temor alguno, porque estaba acostumbrada a ver gente armada que buscaba al señor alcalde.

Cuando llegó al cuarto de Fantina, alzó el picaporte y empujó la puerta con el cuidado de un enfermero o de un espía y entró.

Propiamente hablando, no podemos decir que entró. Se quedó en pie junto a la puerta entreabierta, con el sombrero puesto, y la mano izquierda metida en el gabán que llevaba abotonado hasta la barba. En la sangría del brazo se veía el puño de plomo de su enorme bastón, que desaparecía por detrás de su cuerpo.

Estuvo así cerca de un minuto sin que se notase su presencia. De pronto Fantina levantó los ojos, le vió e hizo volverse al señor Magdalena.

En el momento en que la mirada de Magdalena encontró la de Javert, éste, sin moverse, sin acercarse, se puso espantoso. Ningún sentimiento humano puede ser tan horrible como el de la alegría.

El gesto de Javert fué el de un demonio que encuentra a su condenado.

La seguridad de tener en su poder a Juan Valjean hizo aparecer en su fisonomía todo lo que tenía en el alma. El fondo removido subió a la superficie. La humillación de haber perdido la pista, y haberse equivocado respecto de Champmathieu, desaparecía ante el orgullo de haber adivinado desde el principio, y de haber tenido instinto tan exacto. La alegría de Javert estalló en toda su extensión; en su frente estrecha se pintó la deformidad del triunfo; apareció, en fin, en la plenitud horrible de una venganza satisfecha.

Javert estaba en sus glorias en aquel momento. Creía, sin saber por qué, por una especie de intuición confusa de su importancia y de su triunfo, que personificaba la justicia, la luz y la verdad en el desempeño de su misión celeste de destruír el mal. Le servían y le apoyaban en aquel momento de un modo eficaz la autoridad, la razón, la cosa juzgada, la conciencia legal, la vindicta pública, todas las estrellas: protegía el orden; hacía salir el rayo de la ley; vengaba a la sociedad; prestaba auxilio a lo absoluto; le cercaba la gloria. En su victoria había aún un resto del desafío y del combate; de pie, altanero, resplandeciente, brillaba con la bestialidad sobrehumana de un arcángel feroz; la sombra terrible de la acción que ejecutaba hacía visibles en su crispada mano los vagos destellos de la espada social; contento e indignado, tenía bajo sus pies el crimen, el vicio, la rebelión, la perdición, el infierno; deslumbraba, exterminaba, sonreía. Había indudablemente cierta grandeza en aquel ángel monstruoso.

Javert, espantoso, no tenía nada de innoble.

La probidad, la sinceridad, el candor, la convicción, la idea del deber, son cosas que, engañándose, pueden ser repugnantes; pero, aun repugnantes, son grandes; la majestad propia de la conciencia humana subsiste en el horror; son virtudes que tienen un vicio, el error. El impío y honrado placer de un fanático en medio de la atrocidad conserva algún resplandor lúgubre, pero respetable. Sin que él lo conociese, Javert en su felicidad era digno de lástima, como todo ignorante que triunfa. Es imposible hallar nada más terrible que aquella fisonomía en que se pintaba todo lo que puede llamarse lo malo de lo bueno.

IV

LA AUTORIDAD RECOBRA SUS DERECHOS

Fantina no había visto a Javert desde el día en que el señor alcalde la había librado de sus manos. Su cerebro

enfermo no se podía explicar nada ; pero no dudó un momento que iba a buscarla. No pudo soportar la vista de aquella repugnante figura, sintióse perdida, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó angustiada :

—¡ Señor Magdalena, salvadme !

Juan Valjean—desde ahora le llamaremos así—, que se había levantado, dijo a Fantina con voz tranquila y dulce :

—Tranquilizaos. No viene por vos.

Y, después dirigiéndose a Javert, le dijo :

—Ya sé lo que queréis.

Javert, respondió :

—¡ Vamos, pronto !

El tono con que pronunció estas palabras fué frenético y feroz. Javert no dijo : «¡ Vamos, pronto !» dijo : «¡ vámpronto !» la ortografía es insuficiente para expresar este tono : aquello no fué una palabra humana ; fué un rugido.

No hizo lo que acostumbraba ; no habló nada ; no enseñó la orden de prisión. Juan Valjean era para él una especie de enemigo misterioso e impalpable ; un combatiente tenebroso con quien luchaba hacía cinco años sin poder vencerle. Esta prisión no era un principio, era un fin. Por esto se limitó a decir : «¡ Vamos, pronto !»

Al decirlo no se movió, pero dirigió a Juan Valjean aquella mirada que lanzaba a los criminales como un garfio, y con la cual solía atraerlos a sus manos violentamente.

Esta mirada era la que Fantina había sentido penetrar hasta la medula de sus huesos dos meses antes.

Al oír el grito de Javert, Fantina había abierto los ojos. Estando allí el señor alcalde, ¿qué tenía que temer?

Javert se adelantó hasta el medio del cuarto, y dijo :

—¡ Vamos ! ¿Vendrás?

La desgraciada joven miró en derredor. No había nadie más que la religiosa y el alcalde. ¿A quién, pues, tuteaba Javert tan ignominiosamente? A ella sólo. ¡ Tembló !

Entonces vió una cosa extraordinaria, de tal modo extraordinaria, que no podía compararse con ella nada de lo que había visto en los más tenebrosos delirios de la fiebre.

Veía al espía Javert coger por el cuello al señor alcalde ; vió al señor alcalde bajar la cabeza. Creyó que dejaba de existir el mundo. Javert, en efecto, había cogido a Juan Valjean por el cuello.

—¡ Señor alcalde ! — exclamó Fantina.

Javert se echó a reír con aquella risa que enseñaba todos sus dientes, y dijo :

—No hay ya aquí ningún señor alcalde.

Juan Valjean no trató de separar de su cuello la mano que lo sujetaba. Sólo dijo :

—¡ Javert !...

Javert le interrumpió :

—Llámame señor inspector.

—Señor inspector — continuó Juan Valjean—, quiero deciros una palabra a solas.

—Habla alto—respondió Javert— ; a mí se me habla alto.

Juan Valjean continuó bajando la voz :

—Tengo que pediros un favor...

—Te digo que hables alto.

—Es que quiero que me oigáis vos sólo.

—Y a mí, ¿qué me importa eso? Yo no escucho.

Valjean se volvió hacia él, y le dijo rápidamente y en voz baja :

—¡ Concedme tres días ! Tres días para ir a buscar la niña de esa desgraciada. Pagaré lo que sea, me acompañéis si queréis.

—¿Te chanceas? — dijo Javert—. ¡ Vaya no te creía tan bestia ! ¡ Me pides tres días para escaparte ! ¿Dices que es para ir a buscar la hija de esa mujer? ¡ Ah ! ¡ Bueno es eso ! ¡ Está bien !

Fantina se estremeció.

—¡ Hija mía !—exclamó—. ¡ Ir a buscar a mi hija? ¿Pues no está aquí? Hermana, respondedme : ¿Dónde está Cosette? ¡ Quiero mi hija, señor Magdalena ! ¡ Señor alcalde !

Javert dió una patada en el suelo.

—¡ Esta es otra ! ¿Te callarás, tunanta? ¡ Diablo de país en que los presidiarios son magistrados y las mujeres públicas están cuidadas como condesas ! Pero ya va a cambiar todo eso. ¡ A fe que era tiempo !

Miró fijamente a Fantina, y añadió

cogiendo de nuevo la corbata, la camisa y el cuello de Juan Valjean :

—Te digo que no hay aquí señor Magdalena, ni señor alcalde. Sólo hay un ladrón, un bandido, un presidiario llamado Juan Valjean, y es éste que tengo agarrado. Eso es lo que hay.

Fantina se enderezó de repente apoyándose en sus flacos brazos y en sus manos, miró a Juan Valjean, miró a Javert, miró a la religiosa, abrió la boca como para hablar, salió un ronquido del fondo de su garganta, chocaron sus dientes, extendió los brazos con angustia, abriendo convulsivamente las manos, y tentando alrededor como el que se ahoga, y después cayó a plomo sobre la almohada.

Su cabeza chocó en la cabecera de la cama, y cayó sobre el pecho con la boca abierta, lo mismo que los ojos.

Estaba muerta.

Juan Valjean puso su mano sobre la de Javert que le tenía asido, la abrió como si fuera la de un niño, y le dijo :

—¡ Habéis asesinado a esta mujer !

—¡ Acabaremos !—exclamó Javert furioso—. No estoy aquí para oír razones. Economicemos todo esto. La guardia espera abajo, vamos en seguida o mando llevarte atado.

Había en el rincón del cuarto una cama vieja de hierro en bastante mal estado, que servía para recostarse las religiosas en las noches de vela. Juan Valjean se dirigió a ella, rompió en un momento la cabecera, ya muy resentida, cosa fácil a fuerzas como las suyas, empuñó la barra maestra y miró a Javert. Javert retrocedió hacia la puerta.

Juan Valjean, con la barra de hierro en la mano, se acercó lentamente al lecho de Fantina, y cuando se volvió, dijo a Javert con una voz que apenas se oía :

—Os aconsejo que no me distraigáis en estos momentos.

Lo cierto es que Javert temblaba.

Pensó llamar a la guardia que traía ; pero Juan Valjean podía aprovecharse de aquel momento para huír. Quedóse, pues, en pie, cogió su bastón por la punta, y se apoyó en el quicio de la puerta sin separar la vista de Juan Valjean.

Este puso el codo en la cabecera de la cama, apoyó la frente en la mano y contempló el cadáver inmóvil y rígido de Fantina, permaneciendo así algunos momentos absorto, mudo y sin pensar en nada probablemente. En su rostro y en su actitud se descubría sólo el sentimiento de la compasión. Después de una corta meditación se inclinó hacia Fantina, y le habló en voz baja.

¿Qué le dijo? ¿Qué le podía decir aquel hombre criminal a aquella mujer muerta? ¿Qué palabras eran aquéllas? Nadie las oyó. ¿Las oyó el cadáver? Hay ilusiones que son casi realidades sublimes. Lo que está fuera de duda es que sor Simplicia, único testigo de lo que allí pasó, ha referido muchas veces, que mientras Juan Valjean hablaba a Fantina, vió aparecer claramente una inefable sonrisa en aquellos pálidos labios y en aquellas pupilas vagas que respiraban el asombro de la tumba.

Juan Valjean cogió con las dos manos la cabeza de Fantina y la colocó en la almohada, lo mismo que lo hubiera hecho una madre con su hijo ; después le ató el cordón de la camisa y metió sus cabellos en la papalina : hecho esto, le cerró los ojos.

El rostro de Fantina en aquel momento parecía iluminado por una luz extraña.

La muerte es la entrada en la gran luz.

La mano de Fantina caía fuera del lecho. Juan Valjean se arrodilló delante de ella, la levantó suavemente y la besó.

Después se puso en pie, y volviéndose hacia Javert, le dijo :

—Ahora estoy a vuestra disposición.

V

UNA TUMBA A PROPÓSITO

Javert llevó a Juan Valjean a la cárcel del pueblo.

La prisión del señor Magdalena produjo en M. una sensación, o, por mejor decir, una conmoción extraordinaria. Sentimos no poder ocultar que al oír esta frase : «es un presidiario», casi todo el mundo le abandonó. En menos de dos horas se olvidó todo el bien que ha-

bía hecho ; y no fué ya más que un presidiario. Justo es decir también que no se sabía lo que había pasado en Arras.

En todo el día no se oyeron en el pueblo más que conversaciones como ésta :

—¿ No lo sabéis? Era un licenciado de presidio. — ¿ Quién? — El alcalde—. ¡ Bah ! ¿el señor Magdalena? — Sí—. ¿ De veras? — No se llama Magdalena. Tiene un nombre horrible, Bejean, Bojean, Bujean—. Pero, ¡ Dios mío !— ¡ Está preso ;—¡ Preso !—En la cárcel, esperando que le trasladen—. ¿ Que le trasladen? ¿ Adónde?—Al tribunal de Arras, por un robo en despoblado que cometió hace ya tiempo—. Ya lo sospechaba yo. Ese hombre era demasiado bueno, demasiado perfecto, demasiado amable ; hacía renuncia de la condecoración y daba dinero a todos los pilluelos que encontraba. Siempre creí que todo esto ocultaba alguna mala vida.

En los «salones», sobre todo, abundaron estas escenas.

Una vieja, suscriptora de la «Bandera Blanca», hizo la siguiente reflexión, cuya profundidad es casi imposible sondear :

—Me alegro : ¡ qué lección para los bonapartistas !

Así se disipó aquel fantasma que se había llamado el señor Magdalena. Sólo tres o cuatro personas de la población guardaron fielmente su memoria. La vieja portera que le había servido fué una de ellas.

La noche de aquel mismo día, esta vieja estaba sentada en su cuarto, asustada aún, y reflexionando tristemente. La fábrica había estado cerrada todo el día : la puerta cochera estaba con el cerrojo echado, el patio desierto. No había en la casa más que las dos religiosas, sor Perpetua y sor Simplicia, que velaban a Fantina.

Hacia la hora en que el señor Magdalena tenía por costumbre recogerse, la buena de la portera se levantó maquinalmente, cogió la llave del cuarto de su amo, que estaba en un cajón, y el candelero que usaba todas las noches para subir la escalera ; colgó la llave en el clavo en que solía hacerlo, y puso el candelero al lado, como si lo estuviese esperando. En seguida volvió a sentarse y se puso a reflexionar. La pobre vieja había hecho todo esto sin saber lo que hacía.

Al cabo de dos horas salió de su meditación y dijo :

—¡ Toma ! ¡ Señor mío Jesucristo ! ¡ he puesto la llave en el clavo !...

En aquel momento se abrió la vidriera de la portería, pasó una mano, cogió la llave, y encendió la luz de una vela. La portera levantó los ojos, se quedó aturdida y ahogó un grito en la garganta.

Conocía aquella mano, aquel brazo, aquella manga.

Era el señor Magdalena.

Quedó algunos momentos, antes de poder hablar, «sobrecogida», como decía cuando refería después esta escena.

—¡ Dios mío, señor alcalde !—dijo por fin—, yo os creía...

Se detuvo, porque el fin de la frase hubiera sido una falta de respeto a su principal. Juan Valjean continuaba siendo para ella el señor alcalde.

—En la cárcel—dijo Valjean acabando la frase—. En efecto, en ella estaba, pero he roto un hierro de la ventana, me he dejado caer desde lo alto de un tejado, y ya estoy aquí. Voy a subir a mi cuarto : avisad a sor Simplicia, que estará sin duda al lado de esa pobre mujer.

La vieja obedeció corriendo.

Valjean no le hizo recomendación alguna ; estaba seguro de que le guardaría mejor que se guardaría él mismo.

No se sabe cómo consiguió entrar en el patio sin llamar para que abrieran la puerta cochera. Tenía y llevaba consigo una llave maestra con que abría una puertecita lateral ; pero debieron haberle registrado y habérsela quitado. Este punto no está puesto en claro.

Subió la escalera de su cuarto : al llegar arriba dejó la palmatoria en el último escalón, abrió la puerta haciendo poco ruido, y fué a obscuras a cerrar la ventana y las maderas ; después salió, cogió la luz y entró en el cuarto.

La precaución era útil, porque debe recordarse que su ventana se veía desde la calle.

Miró en derredor a su mesa, a su si-

lla, a su cama que no se había deshecho en tres días. No había señal alguna del desorden de la última noche que estuvo allí. La portera había «arreglado el cuarto;» pero había recogido de entre la ceniza y puesto con cuidado sobre la mesa, las dos conteras del bastón, y la moneda de cuarenta sueldos ennegrecida por el fuego.

Cogió una hoja de papel y escribió:

«Estas son las conteras de mi garrote, y los cuarenta sueldos robados a Gervasillo, de que he hablado en el tribunal.»

Y puso en este papel la moneda de plata y los dos pedazos de hierro de modo que fuese lo primero que se viese al entrar en el cuarto. Sacó de un armario una camisa vieja y la rompió, envolviendo en sus pedazos los dos candeleros de plata. Hacía todo esto sin prisa ni agitación, y al envolver los candeleros del obispo estuvo comiendo un pedazo de pan negro. Sería probablemente el pan de la cárcel que llevaba consigo al evadirse.

Este hecho se comprobó por las migajas que fueron halladas en el suelo cuando la justicia mandó hacer después un reconocimiento.

Dieron dos golpes a la puerta.

—Entrad—dijo Juan Valjean.

Era sor Simplicia.

Estaba pálida, tenía los ojos enrojecidos; la luz vacilaba en su mano. La violencia del destino tiene la propiedad de manifestar al exterior, por más disimulados y fríos que seamos, los secretos del alma. En las emociones de aquel día, la religiosa se había convertido en mujer. Había llorado; temblaba.

Juan Valjean acababa de escribir algunas líneas en un papel que presentó a la religiosa, diciendo:

—Hermana, enviaréis esto al señor cura.

El papel estaba desdoblado. La joven lo miró.

—Podéis leerlo—dijo él.

Sor Simplicia leyó:

«Ruego al señor cura que cuide de todo lo que dejo aquí. Será preciso pagar las costas de mi causa, y el entierro de la mujer que ha muerto hoy. El resto se distribuirá entre los pobres.»

La hermana quiso hablar, pero apenas pudo balbucear algunas palabras. Sin embargo, dijo:

—¿No deseáis ver por última vez a esa pobre desgraciada?

—No—contestó—, me persiguen; podrían prenderme en su cuarto, y esto turbaría su sueño.

Apenas acabó de decir estas palabras, se oyó un gran ruido en la escalera; un tumulto de pasos; la vieja portera decía con su más fuerte voz:

—Señor, os juro por el buen Dios que no ha entrado nadie aquí en todo el día ni en toda la noche, porque no me he separado de la puerta.

Un hombre respondió:

—Sin embargo, hay luz en ese cuarto

Conocieron la voz de Javert.

El cuarto estaba dispuesto de modo que al abrirse la puerta ocultaba el ángulo de la pared a la derecha. Juan Valjean apagó de un soplo la luz, y se ocultó en aquel ángulo.

Sor Simplicia cayó de rodillas cerca de la mesa.

Entró Javert.

Oíase el cuchicheo de muchos hombres y las protestas de la portera en el pasillo.

La religiosa no levantó los ojos. Estaba orando.

La vela apagada estaba sobre la chimenea, y el pábilo derramaba aún alguna claridad.

Javert vió a la hermana y se detuvo suspenso.

Debe recordarse que el elemento de Javert, el medio en que respiraba era la veneración a toda autoridad. Era un ser homogéneo que no admitía por ningún lado ni objeciones, ni restricciones. Creía que la autoridad eclesiástica era la primera de todas; y era religioso, superficial y rígido en este punto como en todos los demás. Un sacerdote, a sus ojos, era un espíritu infalible; una religiosa, una criatura impecable. Ambos eran almas tapiadas en este mundo, con una sola puerta, que no se abría más que para dar paso a la verdad.

Al ver a sor Simplicia, su primera intención fué retirarse.

Pero iba a cumplir un deber que lo arrastraba poderosamente en sentido inverso. Su segunda intención fué quedarse y hacer a lo menos una pregunta a sor Simplicia que no había mentido en su vida. Javert lo sabía, y la veneraba especialmente por esta causa.

—Hermana—dijo—, ¿estáis sola en este cuarto?

Pasó un momento terrible en que la pobre portera creyó morir.

Sor Simplicia levantó la vista y respondió :

—Sí.

—Perdonadme — dijo Javert—si insisto ; es mi deber ; ¿no habéis visto esta noche a un hombre que se ha escapado, y a quien buscamos? ¿No habéis visto a un hombre llamado Juan Valjean?

La hermana respondió :

—No.

Mentía. Había mentido dos veces seguidas, sin duda, rápidamente, como el que se sacrifica.

—Perdonad—dijo Javert, y se retiró saludando profundamente.

¡Oh, santa joven! No sois de este mundo hace muchos años ; habéis encontrado en la luz a vuestras hermanas las vírgenes y a vuestros hermanos los ángeles : que esta mentira no os sea contada en el paraíso.

La afirmación de sor Simplicia fué para Javert una cosa tan decisiva, que no echó de ver la singularidad de que la vela que se había apagado humeaba encima de la mesa.

Una hora después, un hombre, al través de los árboles y la bruma, se alejaba de M. en dirección a París. Aquel hombre era Juan Valjean. Se supo posteriormente por el testimonio de dos o tres arrieros que lo encontraron, que llevaba un paquete, y que iba vestido con una blusa. ¿De dónde había sacado esta blusa? No se sabe. Pero algunos días antes había muerto un viejo en la enfermería de la fábrica, y había dejado una. Puede ser que fuera la misma.

Una palabra final sobre Fantina.

Todos tenemos una madre : la tierra. Fantina volvió a su madre.

El cura creyó, y tal vez tenía razón, que lo mejor era reservar, de lo que había dejado Juan Valjean, la mayor cantidad posible para los pobres. Al fin y al cabo, ¿de quién se trataba? De un presidiario y de una mujer pública. Por estas razones simplificó cuanto pudo el entierro de Fantina, y le redujo a lo estrictamente necesario que se llama la fosa común.

Fantina fué, pues, enterrada en la zanja gratuita del cementerio, en el hoyo que es de todos y de cada uno, y donde se encuentran los pobres. Pero Dios sabe dónde debe buscar el alma. Enterróse a Fantina en las tinieblas, entre los primeros huesos que se vieron ; pasó por la promiscuidad de cenizas ; fué arrojada a la fosa pública. Su tumba fué como su cama.

SEGUNDA PARTE

COSETTE

LIBRO PRIMERO

Waterloo.

I

LO QUE SE ENCUENTRA AL VENIR DE NIVELLES

En una hermosa mañana del mes de mayo del año 1861, un viajero, precisamente el que refiere esta historia, llegaba de Nivelles y se dirigía hacia La Hulpe. Iba a pie. Caminaba entre dos hileras de árboles, por una calzada ancha y empedrada, ondulante por colinas que levantan unas veces el camino, y otras lo dejan caer, formando ondas enormes. Había ya pasado de Lillois y Bois-Seigneur-Isaac ; hacia el Oeste veía el campanario de pizarra de Braine l'Alleud, que tiene la forma de un vaso boca abajo ; había dejado atrás un monte arbolado ; y en el ángulo de un ca-

mino de travesía, al lado de una especie de estaca carcomida por el tiempo, en la que había esta inscripción : «Barrera antigua, núm. 4», había reparado en una taberna que tenía en su fachada la siguiente muestra : «A los cuatro vientos. Echabeau, café de particular».

Medio cuarto de legua más allá de esta taberna, llegó al centro de un vallecito, donde el agua pasa por debajo de un arco practicado en el terraplén del camino. El ramillete de escasos árboles, aunque muy verdes, que cubre el valle por un lado de la calzada, se desparrama por el otro en las praderas, y sigue con gracia y como en desorden hacia Braine l'Alleud.

Allí, a la derecha y a orillas del camino, había una posada, una carreta de cuatro ruedas delante de la puerta, un gran haz de estacas, un arado, un montón de ramas secas cerca de un seto vivo, cal que humeaba en una especie de cuadro hecho en el suelo, y una escalera apoyada en un cobertizo cuyas paredes eran de paja. Una joven escardaba en un campo, donde se agitaba al viento un gran cartel amarillo, probablemente el anuncio de algún espectáculo del tiempo de feria. En el ángulo de la posada, y junto a una laguna, donde nadaban unos cuantos ánades, había un sendero mal empedrado, que desaparecía entre la maleza. El viajero entró en él.

Al cabo de unos cien pasos, después de haber seguido la dirección de una tapia del siglo XV, que remataba en una albardilla construída de ladrillos, colocados uno contra otro, hallóse frente a una puerta grande de piedra, cintrada, con imposta rectilínea, del grave estilo de Luis XIV, y adornada en los costados con dos medallones planos. Una fachada severa dominaba esta puerta ; una pared perpendicular a la fachada venía casi a tocarla, y la flanqueaba con un brusco ángulo recto. En el prado, y delante de la puerta, había tres rastros, al través de los cuales brotaban mezcladas todas las flores de mayo. La puerta estaba cerrada con dos hojas decrépitas, adornadas de un llamador viejo y oxidado.

El sol era magnífico ; las ramas tenían ese suave estremecimiento del florido mes, que parece venir de los nidos más aún que del viento. Un pajarillo, probablemente enamorado, poblaba el aire con sus trinos desde un árbol frondoso.

El viajero se inclinó, y examinó en la piedra de la izquierda, al extremo inferior de la jamba derecha de la puerto, una excavación ancha y redonda, parecida al alvéolo de una esfera. En aquel momento se abrió la puerta y salió una aldeana.

Reparó en el viajero, y observó lo que miraba.

—Eso lo ha hecho una bala francesa —le dijo.

Y añadió :

—Lo que veis allá arriba en la puerta, junto a un clavo, es el agujero de una bala de cañón, que no pudo traspasar la madera.

—¿Cómo se llama este sitio? — preguntó el viajero.

—Hougomont—dijo la aldeana.

El viajero se incorporó, dió algunos pasos, y fué a mirar por encima de los setos. Vió en el horizonte, al través de los árboles, una especie de montecillo, y en este montecillo una cosa que de lejos se parecía a un león.

Estaba en el campo de batalla de Waterloo.

II

HOUGOMONT

Hougomont fué un sitio fúnebre, el principio del obstáculo, la primera resistencia que encontró en Waterloo ese gran talador de Europa que llamaban Napoleón ; el primer nudo bajo el filo de su hacha.

Era un castillo ; ya no es más que una casa de labranza. Hougomont para el anticuario es «Hugomons». Esta residencia fué construída por Hugo, señor de Somerel, el mismo que dotó la sexta capellanía de la abadía de Villers.

El viajero empujó la puerta, tropezó al pasar bajo el pórtico con un carruaje viejo, y entró en el patio.

Lo primero que llamó su atención fué una puerta del siglo XV, figurando el ojo de un puente, y todo caído a su

alrededor. El aspecto monumental nace muchas veces de la ruina. Cerca de esta puerta hay otra con clavos del tiempo de Enrique IV, dejando ver los árboles de un huerto. Al lado de esta puerta hay un hoyo para el estiércol, palas y azadones, algunas carretillas, un pozo con su tabla, y un torno de hierro, un potro que salta, un pavo que hace la rueda, una capilla coronada de un pequeño campanario, un peral en flor y con espaldera, plantado junto a la pared de la capilla ; tal es el patio cuya conquista fué un sueño de Napoleón. Si hubiese podido tomar ese rincón de tierra, le habría dado tal vez el mundo. Las gallinas levantan el polvo con sus picos. Oyese un gruñido ; es el perro que enseña los dientes y que ha reemplazado a los ingleses.

Los ingleses estuvieron allí admirables. Las cuatro compañías de los guardias de Coocke hicieron allí frente, durante siete horas, al encarnizamiento de un ejército.

Hougomont, visto en el mapa en el plano geométrico, inclusos los cercados y edificios, presenta una especie de rectángulo irregular, del cual se hubiera estropeado un ángulo. En el sitio de este ángulo se hallaba la puerta meridional guardada por aquella pared que la fusila a boca de jarro. Hougomont tiene dos puertas : la puerta meridional, que es la del castillo, y la puerta septentrional, que es la de la granja. Napoleón envió contra Hougomont a su hermano Jerónimo ; las divisiones Guilleminot, Foy y Bachelu se estrellaron allí ; casi todo el cuerpo de Reille fué enviado desde aquel punto, pero en vano, y hasta las balas de Kellermann se agotaron en aquellos muros heroicos. Costó mucho trabajo a la brigada Bauduin forzar la entrada por el Norte ; y la brigada Soye no hizo más que principiar a tomarlo por el Sur sin poder conseguirlo. El patio está limitado al Sur por los edificios de la granja. Un trozo de la puerta del Norte, rota por los franceses, pende de la pared, y se compone de cuatro tablas clavadas a dos traviesas, donde se distinguen los destrozos del ataque.

La puerta septentrional forzada por los franceses, y a la que han puesto una pieza para reemplazar el trozo que pende de la pared, se entreabre al otro lado del patio ; está cortada en cuadro en un muro de piedra por abajo y de ladrillo por arriba, que cierra el patio por la parte Norte. Es una simple puerta carretera como existen en todas las granjas, compuesta de dos anchas hojas hechas de tablas rústicas : al otro lado están los prados. Esta entrada fué disputada furiosamente. Mucho tiempo después se veían aún en la parte superior de la puerta infinidad de huellas de manos ensangrentadas. Allí fué donde mataron a Bauduin.

En este patio existe todavía la borrasca del combate ; el horror está aún visible ; la confusión y revuelta general se han petrificado allí ; éste vive, aquél muere ; parece que fué ayer. Los muros agonizan, las piedras caen, las brechas gritan, los agujeros son heridas, los árboles inclinados y como estremecidos, parece que hacen un esfuerzo para huír.

Este patio, en 1815, tenía más edificios que hoy. Varias obras, derribadas después, formaban en él ángulos y estrellas.

Los ingleses se parapetaron allí ; los franceses penetraron, pero no pudieron sostenerse. Al lado de la capilla permanece, aún en pie, un ala del castillo, únicas ruinas que quedan de la morada de Hougomont. El castillo sirvió de torre ; la capilla de blockaus. Hubo un exterminio general. Los franceses, acosados a tiros por todas partes, desde lo alto de los graneros, detrás de las paredes, desde el fondo de las cuevas, por todas las ventanas, por todas las lumbreras, por todas las hendeduras de las piedras, reunieron y llevaron fajinas, y pusieron fuego a los muros y a los hombres ; la metralla tuvo por réplica el incendio.

Aun se ven en el ala arruinada, al través de las ventanas guarnecidas de barras de hierro, los cuartos desmantelados de un cuerpo de edificio construido de ladrillos ; en estos cuartos se había emboscado la guarnición inglesa ; la espiral de la escalera, medio destrozada desde el piso bajo hasta el techo,

aparece como el interior de una concha hecha pedazos. La escalera tiene dos tramos; los ingleses, sitiados en ella, y agrupados en los peldaños superiores, habían cortado los inferiores, consistentes en anchas losas de piedra azul que hoy forman un montón confuso mezclado de ortigas. Unos diez escalones existen aún incrustados en la pared; en el primero hay grabado un tridente. Estos escalones inaccesibles permanecen aún sólidos en su encaje; el resto de la escalera se parece a una quijada desdentada. Dos árboles seculares existen aún: uno se ha secado, el otro está herido en el pie y reverdece en abril. Desde 1815 ha empezado a brotar a través de la escalera.

En la capilla también hubo una gran carnicería: el interior, tranquilo ya, presenta, sin embargo, un aspecto extraño. Desde aquella época no se ha vuelto a decir misa en ella. Sin embargo, se ha conservado el altar, que es de madera grosera, arrimado a una pared de piedra tosca. Cuatro paredes blanqueadas de cal, una puerta en frente del altar, dos ventanitas cintradas, un gran crucifijo de madera sobre la puerta; por encima del crucifijo un tragaluz cuadrado tapado con un haz de heno, y en el suelo un bastidor viejo de una vidriera, todo roto: tal es esta capilla. Junto al altar está clavada una estatua de madera del siglo XV, que representa a Santa Ana; una bala de cañón se llevó la cabeza del niño Jesús. Los franceses, dueños un momento de la capilla y desalojados después, la incendiaron. Las llamas llenaron aquel recinto; la capilla se convirtió en horno; la puerta se quemó; el suelo se quemó también; el Cristo de madera no se quemó. El fuego llegó a roerle los pies, de los cuales no se ven más que los muñones ennegrecidos, y después se detuvo. Milagro según los habitantes del país. El niño Jesús, decapitado, no tuvo la suerte que el Cristo.

Las paredes están cubiertas de inscripciones. Junto a los pies del Cristo se lee este nombre: «Henquinez». Luego estos otros: «Conde de Río Mayor, marqués y marquesa de Almagro (Habana).» Hay nombres franceses con admiraciones, signos de cólera. En 1849 se volvieron a blanquear las paredes para borrar los insultos que se dirigían mutuamente las naciones.

A la puerta de esta capilla fué recogido un cadáver que tenía un hacha en la mano. Este cadáver era el del subteniente Legros.

Al salir de la capilla, a la izquierda, se ve un pozo. En este patio hay dos. Se pregunta: «¿Por qué no hay cubo ni polea en este pozo?» «Porque ya no se saca agua de él.» «¿Y por qué no se saca agua?» «Porque está lleno de esqueletos.»

El último que sacó agua de este pozo se llamaba Guillermo Van Kylson. Era un aldeano que habitaba el castillo de Hougomont, en el cual era jardinero. Su familia tuvo que apelar a la fuga el 18 de junio de 1815, y fué a ocultarse a los bosques.

La selva que rodea la abadía de Villers, fué durante muchos días, y muchas noches, el asilo de estas infelices poblaciones dispersas. Hoy todavía hay vestigios, tales como troncos quemados, por los cuales se conoce el sitio de aquellos pobres campamentos, que los trémulos fugitivos formaron en la espesura del bosque.

Guillermo Van Kylson permaneció en Hougomont «para guardar el castillo», y se escondió en una cueva, donde los ingleses dieron con él. Le sacaron de su escondite a sablazos y le obligaron a que les sirviera. Tenían sed, y Guillermo les daba de beber. De este pozo se sacaba el agua. Muchos bebieron allí por última vez. Este pozo, donde bebieron tantos muertos, debía morir también.

Después de la acción se apresuraron a enterrar los cadáveres. La muerte tiene un modo peculiar suyo de perseguir a la victoria, y traer en pos de la gloria la peste. El tifus va siempre unido al triunfo. El pozo era profundo, y se hizo de él un sepulcro arrojándose a su cavidad trescientos muertos, tal vez con demasiada precipitación. ¿Estaban todos muertos? La leyenda dice que no. Parece que a la noche siguiente de haberlos enterrado, oyeron salir del pozo débiles voces que pedían socorro.

Este pozo está aislado en medio del patio. Tres paredes medio derruídas, mitad ladrillo y mitad piedra, replegadas como las hojas de un biombo, y figurando una torrecilla cuadrada, le rodean por tres lados ; el otro está abierto. Por allí se sacaba el agua. La pared del centro tiene una especie de claraboya informe, tal vez el agujero de una bala de obús. Esta torrecilla tenía un techo, del que sólo quedaban las vigas. El maderaje que sostenía la pared de la derecha forma el dibujo de una cruz, y al inclinarse hacia el pozo, la mirada se pierde en un cilindro profundo hecho de ladrillos, donde reinan la obscuridad y las tinieblas. La parte baja de la fábrica, alrededor del pozo, desaparece entre las ortigas.

Este pozo no tiene por brocal la ancha losa azul que sirve como de delantal a todos los de Bélgica. A la losa ha substituído una traviesa, en la que se apoyan cinco o seis troncos deformes de madera, nudosos y anquilosados, que parecen grandes huesos. No tiene ya ni cubo, ni cadena, ni polea ; pero conserva aún la pila de piedra donde se vertía el agua. Allí se va reuniendo el agua llovediza, y de vez en cuando van a beberlas los pájaros de la selva.

En estas ruinas existe aún la casa de la granja, que está habitada. La puerta de esta casa da al patio. Junto a una linda placa de cerradura gótica, hay en esta puerta un puño de hierro que sirve de llamador. En el momento de ir a coger este llamador el teniente hannoveriano Wilda, para refugiarse en la granja, un zapador francés le echó abajo la mano de un hachazo.

La familia que ocupa la casa tiene por abuelo al antiguo jardinero Van Kylson, que murió hace mucho tiempo. Una mujer que tenía todo el pelo blanco, nos dijo :

—Yo estaba allí, tenía tres años. Mi hermana la mayor tenía miedo y lloraba. Nos llevaron a los bosques. Mi madre me llevaba en brazos, y de vez en cuando ponía el oído contra la tierra para escuchar. Yo imitaba el cañón, y hacía : «¡ bum ! ¡ bum !»

Una puerta del patio, a la izquierda, ya lo hemos dicho, da al huerto.

El huerto es terrible.

Está dividido en tres partes, casi podría decirse en tres actos. La primera parte es un jardín, la segunda el huerto, y la tercera un bosque. Estas tres partes tienen un cercado común ; por el lado de la entrada están los edificios del castillo y de la granja, a la izquierda un seto, a la derecha una pared, y al fondo otra pared. La de la derecha es de ladrillos, y la del fondo de piedra. Primero se entra en el jardín que va formando cuesta, y está plantado de groselleros, lleno de vegetaciones silvestres, y cerrado con un malecón de piedra labrada con balaustres de doble grueso. Era un jardín señorial del primer estilo francés que precedió a Le Notre, y hoy convertido en zarzas y ruinas. Las pilastras concluyen en unos globos que parecen balas de piedra. Se cuentan aún cuarenta y tres balaustres en pie, los demás están echados por tierra. Casi todos están acribillados por las descargas de la fusilería.

En este jardín, más bajo que el huerto, fué donde habiendo penetrado seis tiradores del 1.° de ligeros, y no pudiendo ya salir, cogidos y cazados como osos en su guarida, aceptaron el combate con dos compañías hannoverianas, de las cuales una iba armada de carabinas. Los de Hannover rodeaban los balaustres, y tiraban desde lo alto. Los tiradores contestando desde abajo ; seis contra seiscientos, no teniendo en su intrepidez más abrigo que los groselleros, tardaron un cuarto de hora en morir.

Se suben algunos escalones, y desde el jardín se pasa al huerto, propiamente dicho. Allí, en algunas toesas cuadradas, murieron en menos de una hora mil quinientos hombres. El muro parece pronto a volver a empezar el combate. Aun existen allí las treinta y ocho troneras abiertas por los ingleses a alturas irregulares. Delante de la décimosexta hay dos tumbas inglesas construídas de granito. Sólo hay troneras en el muro del Sur, porque el ataque principal procedía de aquella parte. Dicho muro está oculto exteriormente por un gran seto vivo ; los franceses llegaron, creyendo no tener que

vencer más obstáculos que el seto, lo atravesaron, pero hallaron en el muro obstáculo y emboscada, porque detrás estaban las tropas inglesas, y las treinta y ocho troneras haciendo fuego a la vez ; fué aquélla una verdadera tempestad de balas y metralla ; allí sucumbió la brigada Loye. Así empezó Waterloo.

Sin embargo, el huerto fué tomado. No había escalas, y los franceses subieron con las uñas. Peleóse cuerpo a cuerpo bajo los árboles. Toda la hierba está empapada en sangre. Un batallón de Nassau, compuesto de setecientos hombres, fué exterminado allí. La parte exterior del muro, contra la cual se asestaron dos baterías de Kellermann, está acribillada toda por la metralla.

El huerto se viste de gala, como cualquier otro, en el mes de mayo. Tiene sus botones de oro y sus bellotitas ; la hierba está muy crecida, los caballos de labranza pastan aquella hierba ; cuerdas de crin para secar la ropa están atadas de árbol a árbol, y hacen bajar la cabeza a los transeuntes, los cuales también deben tener cuidado al andar de no meter el pie en los agujeros de los topos. En medio de la hierba se encuentra un tronco desarraigado, echado por tierra, y verde aún. El mayor Blackman se recostó en él para expirar. Al pie de un árbol grande inmediato a éste, cayó el general alemán Duplat, oriundo de una familia francesa, refugiada cuando la revocación del edicto de Nantes. Junto a este árbol hay un manzano viejo y enfermizo, al que han puesto un vendaje de paja y arcilla. Casi todos los manzanos se caen de viejos. No hay uno que no esté horadado por una bala de fusil o de cañón. En este huerto abundan los troncos de árboles secos. Los cuervos vuelan de rama en rama, y en el fondo hay un bosque lleno de violetas.

Bauduin muerto ; Foy herido ; el incendio, la matanza, la carnicería, un río de sangre inglesa, alemana y francesa, mezcladas furiosamente, un pozo lleno de cadáveres, el regimiento de Nassau y el regimiento de Brunswick destruídos, Duplat muerto, Blackman muerto, la guardia inglesa mutilada, veinte batallones franceses de los cuarenta del cuerpo de Reille, diezmados, tres mil hombres sólo en las ruinas de Hougomont acuchillados, degollados, fusilados, quemados ; y todo esto para que hoy un aldeano diga al viajero : «Señor, dadme tres francos ; si queréis, os explicaré la cosa de Waterloo.»

III

EL 18 DE JUNIO DE 1815

Volvamos atrás—que es uno de los derechos del narrador—, y coloquémonos en el año de 1815, y aun un poco antes de la época en que empieza la acción referida en la primera parte de este libro.

Si no hubiera llovido en la noche del 17 al 18 de junio de 1815, el porvenir de Europa hubiera cambiado. Algunas gotas de agua más o menos hicieron decaer a Napoleón. Para que Waterloo fuese el fin de Austerlitz, la Providencia no necesitó más que un poco de lluvia ; y una nube atravesando el cielo en sentido contrario a la estación, bastó para la destrucción de un mundo.

La batalla de Waterloo—y esto dió a Blucher tiempo para llegar—, no pudo comenzar sino a las once y media de la mañana. ¿Por qué? porque la tierra estaba mojada. Fué preciso esperar a que se secara un poco para que pudiera maniobrar la artillería.

Napoleón era oficial de artillería, y se resentía de ello. Todos sus planes de batalla están hechos para el proyectil. Hacer converger la artillería sobre un punto dado, tal era su clave de victoria. Trataba la estrategia del general enemigo como una ciudadela y la batía en brecha. Abrumaba con la metralla el punto débil ; ataba y desataba las batallas con el cañón. En su genio había puntería. Desbaratar los cuadros, pulverizar los regimientos, romper las líneas, barrer y dispersar las masas, todo para él consistía en esto ; destruir, destruir, destruir siempre, y encomendaba este trabajo a las balas. Método temible que, unido al genio, hizo invencible durante quince años a aquel sombrío atleta del pugilato de la guerra.

El 18 de junio de 1815 contaba con tanta más razón con la artillería, cuanto que la suya era más numerosa. Wéllington sólo tenía ciento cincuenta y nueve bocas de fuego; Napoleón tenía doscientas cuarenta.

Suponed la tierra seca y la artillería pudiendo rodar, y la acción hubiese empezado a las seis de la mañana. La batalla se habría ganado y concluído a las dos, tres horas antes de la peripecia prusiana.

¿Qué culpa hubo por parte de Napoleón en la pérdida de esta batalla? ¿El naufragio puede imputarse acaso al piloto?

¿La decadencia física evidente de Napoleón se complicaba en esta época con cierta diminución interior? ¿Los veinte años de guerra habían usado la hoja como la vaina, el alma como el cuerpo? ¿Se hacían sentir desagradablemente en el capitán los efectos del veterano? En una palabra, ¿se eclipsaba este genio, como han creído muchos historiadores dignos de consideración? ¿Se inflamaba para ocultarse a sí mismo su decaimiento? ¿Empezaba a oscilar bajo el extravío de un soplo de aventura? ¿Se volvía, cosa grave en un general, ignorante del peligro? Para esa clase de hombres, grandes materiales a quienes puede llamarse gigantes de la acción, ¿hay una edad para la miopía del genio? La vejez no hace mella en los genios ideales; para los Dante, los Miguel Angel, envejecer es crecer; para los Aníbal y los Bonaparte, ¿es decrecer? ¿Había perdido Napoleón el sentido directo de la victoria? ¿Estaba ya en el caso de no conocer el escollo, de no adivinar el lazo, de no distinguir la pendiente del abismo? ¿No preveía las catástrofes? El que en otro tiempo conocía todos los caminos del triunfo, y que desde la altura de su carro deslumbrador los señalaba con el dedo soberano, ¿tenía ahora el siniestro aturdimiento de conducir al precipicio su tumultuoso atalaje de legiones? ¿Se veía atacado a los cuarenta y seis años de una locura suprema? Ese conductor titánico del carro del destino, ¿no era más que un inmenso fanfarrón, un simple acuchillador?

No lo creemos.

Su plan de batalla era, según confesión de todos, una obra maestra. Ir derecho al centro de la línea aliada, hacer un claro en el enemigo, dividirlo en dos, empujar la mitad británica hacia Hall y la mitad prusiana hacia Tongres, hacer de Wéllington y de Blucher dos trozos, apoderarse de Mont-Saint-Jean, tomar a Bruselas, arrojar al alemán al Rhin, y al mar al inglés. Todo esto para Napoleón entraba en el plan de esta batalla. Después ya vería lo que había que hacer.

Inútil es decir que no pretendemos hacer la historia de Waterloo; una de las escenas fundamentales del drama que referimos está unida a esta batalla; pero la historia no es nuestro objeto; además, esa historia está hecha, y hecha magistralmente, bajo un punto de vista por Napoleón, y bajo otro punto de vista por Charras. En cuanto a nosotros, dejamos que allá se las hayan los dos historiadores; no somos más que un testigo a cierta distancia, un transeunte por la llanura, un indagador inclinado sobre esa tierra amasada con carne humana, tomando tal vez las apariencias a hacer frente, en nombre de la ciencia, a un conjunto de hechos, donde sin duda hay algo de ilusión; no tenemos, ni la práctica militar, ni la competencia estratégica que autorizan un sistema; según nosotros, un encadenamiento de azares dominó en Waterloo a los dos capitanes; y cuando se trata del destino, ese reo misterioso, juzgamos como el pueblo, juez ingenuo y sencillo.

IV

A

Los que quieran tener una idea exacta de la batalla de Waterloo, no tienen más que figurarse pintada en el suelo una A mayúscula. La pierna izquierda es el camino de Nivelle; la pierna derecha el camino de Genappe; el palo transversal de la A es el camino bajo de Ohain a Braine l'Alleud. El vértice de la A es Mont-Saint-Jean: allí está Wéllington; la punta izquierda inferior es Hougomont: allí está Reille con Jerónimo Bonaparte; la punta derecha inferior es la Bella Alianza: allí está

Napoleón. Un poco más abajo del punto donde el palo transversal de la A se encuentra y corta la pierna derecha, es la Haie-Sainte. En medio de este palo está precisamente el punto donde se dijo la palabra final de la batalla. Allí se ha colocado el león, símbolo involuntario del supremo heroísmo de la guardia imperial.

El triángulo comprendido en el vértice de la A entre las dos piernas y el palo transversal, es la llanura de Mont-Saint-Jean. La dipusta de esta llanura fué toda la batalla.

Las alas de ambos ejércitos se extienden a derecha e izquierda de los dos caminos de Genappe y de Nivelle ; Erlon da frente a Picton, y Reille da frente a Hall.

Detrás de la punta de la A, tras la llanura de Mont-Saint-Jean, está la selva de Soignes.

En cuanto a la llanura en sí misma, figúrese el lector un vasto terreno ondulante ; cada pliegue domina al que lo sigue, y todas las ondulaciones suben hacia Mont-Saint-Jean, y van a dar a la selva.

Dos ejércitos enemigos en un campo de batalla son dos atletas que luchan a brazo partido. Cada uno de ellos procura hacer caer al otro ; ambos se agarran a lo primero que encuentran ; un matorral es un punto de apoyo ; el ángulo de un muro un punto de defensa ; un regimiento retrocede a veces por falta de un punto de resguardo cualquiera ; el declive de una llanura, un terreno movedizo, un sendero transversal, un bosque, un barranco, pueden detener la planta de ese coloso que se llama ejército, e impedirle que retroceda. El que sale del campo es derrotado. De ahí la necesidad, para el jefe responsable, de examinar hasta la menor espesura de árboles y profundizarlo todo.

Los dos generales habían estudiado con atención la llanura de Mont-Saint-Jean, llamada hoy llanura de Waterloo. Desde el año anterior Wéllington, con una sagacidad previsora, la había examinado como para el caso de una gran batalla. En este terreno, y para este duelo, el 18 de junio tenía Wéllington la ventaja y Napoleón la desventaja. El ejército inglés estaba situado en una altura, y el ejército francés estaba abajo.

Creemos inútil bosquejar aquí el aspecto de Napoleón, a caballo, con su anteojo en la mano, en las alturas de Rosomme, al amanecer del 18 de junio de 1815. Antes de retratarle todo el mundo lo ha visto. Su perfil tranquilo bajo el pequeño sombrero de la escuela de Brienne, su uniforme verde con las vueltas blancas, ocultando la placa, su levita ancha, ocultando las charreteras, el extremo del cordón rojo bajo el chaleco, su calzón de piel, el caballo blanco con su gualdrapa de terciopelo púrpura con enes coronadas y águilas en las puntas, sus botas de montar sobre medias de seda, sus espuelas de plata, la espada de Marengo, toda esa figura del último César está presente a todas las imaginaciones, aclamada por unos, mirada severamente por otros.

Esa figura ha permanecido mucho tiempo en todo el apogeo de su brillo ; consiste esto en cierto obscurecimiento novelesco, que la mayor parte de los héroes desprenden en torno suyo, y que siempre oculta la verdad por más o menos tiempo ; pero hoy la historia y la luz se han abierto paso.

Esta claridad, la historia, es implacable ; tiene algo de extraño y de divino, que por mucha luz que arroje, y precisamente porque es luz, suele poner sombras donde había resplandor ; del mismo hombre hace dos fantasmas distintos : el uno ataca al otro haciéndole justicia, y las tinieblas del déspota luchan con el brillo del capitán. De ahí una medida más verdadera en la apreciación definitiva de los pueblos. Babilonia violada, rebaja a Alejandro ; Roma encadenada, empequeñece a César ; Jerusalén muerta, disminuye la grandeza de Tito. La tiranía sigue al tirano. Es una desgracia para un hombre dejar tras sí la sombra que tiene su forma.

V

EL QUID OBSCURUM DE LAS BATALLAS

Todo el mundo conoce la primera fase de esta batalla ; principio confuso, incierto, vacilante, amenazador para los dos ejércitos ; pero más aún para los ingleses que para los franceses.

Toda la noche había estado lloviendo; la tierra estaba empapada en agua, y hasta se habían formado lagunas; en algunos puntos llegaba el agua hasta los ejes de los carros del tren; las cinchas de los tiros goteaban fango líquido; si los trigos y los centenos cubiertos por esta inmensa hilera de carros en marcha no hubiesen hecho cama bajo las ruedas, colmando los baches, habría sido imposible todo movimiento, particularmente por los valles del lado de Papelotte.

La acción empezó tarde; Napoleón, ya lo hemos dicho, acostumbraba tener toda la artillería en su mano como una pistola, apuntando, ora a un punto, ora a otro de la batalla, y había querido esperar a que las baterías enganchadas pudiesen rodar y galopar libremente: para esto era preciso que el sol apareciese y secase la tierra. Pero el sol no apareció. No era ya la cita de Austerlitz. Cuando se hubo disparado el primer cañonazo, el general inglés Colville miró su reloj, y observó que eran las once y treinta y cinco minutos de la mañana.

La acción empezó con furia, con más furia tal vez que la que el emperador hubiese querido, por el ala izquierda francesa, sobre Hougomont. Al mismo tiempo Napoleón atacó el centro precipitando la brigada Quiot sobre la Haie-Sainte, y Ney llevó el ala derecha francesa contra el ala inglesa izquierda, que se apoyaba en Papelotte.

El ataque a Hougomont tenía algo de simulado; su objeto era llevar hacia allí a Wéllignton, y hacerle inclinar hacia la izquierda. Este plan habría dado buenos resultados, si las cuatro compañías de guardias inglesas y los fogosos belgas de la división Perponcher no hubiesen defendido sólidamente la posición; Wéllington, en vez de concentrarse allí con mucha fuerza, pudo limitarse a enviar por todo refuerzo otras cuatro compañías de guardias y un batallón de Brunswich.

El ataque del ala derecha francesa sobre Papelotte era un ataque a fondo: derrotar a la izquierda inglesa, cortar el camino de Bruselas, cerrar el paso a los prusianos que pudieran acudir por aquella parte, forzar la posición de Mont-Saint-Jean, rechazar a Wéllington hacia Hougomont, de allí hacia Braine l'Alleud, de allí a Hall; nada más sencillo. A excepción de algunos incidentes, este ataque tuvo buen éxito. Papelotte fué tomado, y la Haie-Sainte también.

Tenemos que anotar un detalle. Había en la infantería inglesa, particularmente en la brigada de Kempt, muchos reclutas. Estos soldados bisoños ante nuestra temible infantería, se portaron como valientes; su inexperiencia salió intrépidamente del paso; sobre todo hicieron un excelente servicio de guerrilla; el soldado en guerrilla entregado en cierto modo a sí mismo, llega a ser, por decirlo así, su propio general; estos reclutas mostraron algo de la invención y de la bravura francesa. Esta infantería bisoña tuvo momentos de inspiración, lo cual desagradó a Wéllington.

Después de la toma de la Haie-Sainte, el éxito de la batalla anduvo vacilante.

En esta jornada, desde las doce a las cuatro de la tarde, hay un obscuro intervalo; la parte media de esta batalla apenas se distingue, y participa de lo sombrío de la pelea; el crepúsculo se extiende sobre ella. En esa bruma hay vastas fluctuaciones, una especie de ilusión vertiginosa, el aparato de guerra de entonces, casi desconocido hoy, los morriones con flama, los portapliegos flotantes, las correas cruzadas, las cartucheras de granadas, los dormanes de los húsares, las botas encarnadas de mil pliegues, los pesados chacós, adornados de cordones, la infantería casi negra de Brunswick, revuelta con la infantería color de escarlata de Inglaterra, los soldados ingleses llevando por charreteras grandes rodetes blancos circulares, la caballería ligera hannoveriana con su casco de cuero oblongo con filetes de cobre y crines rojas, los escoceses con las rodillas desnudas y sus mantas de cuadros, las grandes polainas blancas de nuestros granaderos; cuadros, no líneas estratégicas; lo que conviene al pincel de Salvador Rosa, no lo que conviene al de Gribeauval.

Con una batalla se mezcla siempre cierta cantidad de tempestad: «Quid

obscurum, quid divinum.» Cada historiador traza en cierto modo los perfiles que le agradan en esta confusión. Cualquiera que sea la combinación de los generales, el choque de las masas armadas tiene incalculables reflujos; en la acción, los dos planos de ambos jefes penetran uno en otro, y se desfiguran mutuamente. La línea de batalla flota y serpentea como un hilo, los rastros de sangre corren ilógicamente, los frentes de los ejércitos ondean, los regimientos entran o salen formando cabos o golfos; todos esos escollos se renuevan continuamente unos tras otros; al sitio donde estaba la infantería llega la artillería; donde se halla la artillería, se ve ahora la caballería; los batallones son columnas de humo. Miramos a un punto donde se nos figuraba ver alguna cosa, buscámosla con la vista y ya ha desaparecido; los claros mudan de sitio, los pliegues sombríos avanzan y retroceden; una especie de viento del sepulcro impulsa, arrolla, dilata y dispersa toda esa trágica muchedumbre. ¿Qué es una batalla? Una oscilación. La inmovilidad de un plano matemático expresa un minuto, no un día. Para pintar una batalla se necesita uno de esos pintores poderosos que tenga algo del caos en su pincel; Rembrandt vale más que Vandermeulen. Vandermeulen, exacto a las doce, miente a las tres. La geometría engaña; sólo el huracán es verdadero. Esto es lo que da a Folard el derecho de contradecir a Polibio. Añadamos que hay siempre cierto instante en que la batalla degenera en combate, se particulariza y se divide en innumerables pormenores que, según la expresión de Napoleón mismo, «pertenecen más a la biografía de los regimientos que a la historia del ejército». El historiador en este caso tiene derecho evidente de resumen. Sólo puede apoderarse de los rasgos principales de la lucha, y no le es dado a ningún narrador, por concienzudo que sea, fijar absolutamente la forma de esa nube horrible que se llama una batalla.

Esto, que es cierto cuando se trata de todos los grandes choques de los ejércitos, es particularmente aplicable a Waterloo.

Sin embargo, por la tarde, en un momento dado, se presentaron claros y distintos los caracteres de la batalla.

VI

LAS CUATRO DE LA TARDE

A eso de las cuatro, la situación del ejército inglés era grave. El príncipe de Orange mandaba el centro, Hill el ala derecha, y Picton el ala izquierda. El príncipe de Orange, desalado e intrépido, gritaba a los holando-belgas: «¡Nassau! ¡Brunswick! ¡No retrocedáis nunca!» Hill, debilitado, se encaminó a apóyar su espalda en Wéllington; Picton había muerto. En el momento mismo en que los ingleses cogían a los franceses la bandera del regimiento 105 de línea, los franceses mataban al general inglés Picton de un balazo en la cabeza. La batalla tenía para Wéllington dos puntos de apoyo, Hougomont y la Haie-Sainte; Hougomont se sostenía aún, pero estaba ardiendo: la Haie-Sainte había sido tomada. Del batallón alemán que la defendía, sólo habían quedado cuarenta y dos hombres; todos los oficiales, menos cinco, habían caído muertos o prisioneros. Tres mil combatientes se habían asesinado en esta granja. Un sargento de guardias ingleses, el primer boxeador de Inglaterra, reputado como invulnerable por sus compañeros, había sido muerto por un tamborcillo francés. Baring había sido desalojado de su posición: Alten había sido acuchillado. Se habían perdido muchas banderas, una de la división de Alten, y otra del batallón Lunebourg que llevaba el príncipe de la familia de Deux-Ponts. Los escoceses grises ya no existían; los corpulentos dragones de Ponsomby habían sido despedazados. Esta valiente caballería había sido arrollada por los lanceros de Bro y los coraceros de Travers; de mil doscientos caballos, sólo quedaban seiscientos, de los tres tenientes coroneles, dos se hallaban tendidos en tierra; Hamilton herido y Mater muerto. Ponsomby había caído atravesado de siete lanzadas. Gordon había muerto, Marsh también. Las divisiones quinta y sexta estaban destruídas.

Casi tomado Hougomont, y tomada la Haie-Sainte, no quedaba más que un

nudo, el centro, que continuaba resistiendo. Wéllington lo reforzó. Llamó a Hill, que estaba en Merbe-Braine, y a Chassé que estaba en Braine-l'Alleud.

El centro del ejército inglés, algo cóncavo, muy denso y muy compacto, estaba muy bien situado. Ocupaba la meseta de Mont-Saint-Jean, teniendo a su espalda la aldea y delante la pendiente, entonces bastante áspera. Se apoyaba en la casa de piedra que en aquella época era dominio señorial de Nivelles, y que marca la intersección de los caminos; edificio del siglo XVI, tan inexpugnable, que rechazaba las balas sin sufrir deterioro. Los ingleses habían cortado los setos por varios lados, alrededor de la llanura; hecho troneras entre los árboles, colocado una boca de cañón entre cada dos ramas, y aspillerado los matorrales. Su artillería estaba emboscada detrás de la maleza. Este trabajo púnico, autorizado incontestablemente por la guerra, que admite las estratagemas, estaba tan bien hecho, que Haxo, enviado por el emperador a las nueve de la mañana para reconocer las baterías enemigas, no había visto nada, y había vuelto a decir a Napoleón que no existía obstáculo alguno, excepto las dos barricadas que obstruían los caminos de Nivelles y de Genappe. Era la época en que las mieses están muy crecidas; un batallón de la brigada de Kempt, el 95, armado de carabinas, habíase echado en los trigos, a orilla de la meseta.

Fortificado y precavido así, el centro del ejército anglo-holandés estaba en buena posición.

El peligro de esta posición era la selva de Soignes, contigua entonces al campo de batalla, y cortada por los estanques de Grœnendael y de Boitsfort. Un ejército no habría podido retroceder allí sin disolverse; los regimientos se hubiesen diseminado en seguida. La artillería se habría perdido en los pantanos. La retirada, según la opinión de muchos hombres competentes, si bien es cierto que rebatida por otros, hubiese sido una dispersión general.

Wéllington añadió a este centro una brigada de Chassé, que quitó al ala derecha, otra brigada de Wincke, que suprimió del ala izquierda, con más la división Clinton. A sus ingleses, a los regimientos de Halkett, a la brigada de Mitchell, y a los guardias de Maitland, dió como sostén y refuerzo, la infantería de Brunswick, el contingente de Nassau, los hannoverianos de Kielmansegge, y los alemanes de Ompteda. Todo en conjunto veintiséis batallones. El «ala derecha», como dice Charras, «fué rechazada hasta detrás del centro». Una batería enorme estaba oculta por sacos de tierra en el sitio donde está hoy lo que se llama «el Museo de Waterloo». Wéllington tenía además en un pliegue del terreno los guardias-dragones de Somerset, mil cuatrocientos caballos. Era la otra mitad de esta caballería inglesa tan justamente célebre. Destruído Ponsomby, quedaba Somerset.

La batería, que concluída hubiese sido casi un reducto, estaba colocada tras el muro de un jardín muy bajo, revestido apresuradamente con una cortina de sacos de arena, y con un ancho repecho de tierra. Esta obra estaba por concluir; no había habido tiempo para empalizarla.

Inquieto Wéllington, pero impasible, estaba a caballo, y todo el día permaneció en la misma actitud, un poco delante del molino viejo de Mont-Saint-Jean, que existe todavía, y bajo un olmo, que un inglés, vándalo entusiasta, compró después en doscientos francos, lo hizo serrar y se lo llevó. Wéllington se mostró allí fríamente heroico. Llovían las balas. El ayudante de campo, Gordon, acababa de caer a su lado. Lord Hill, señalándole un obús que acababa de disparar, le dijo:

—Milord, ¿cuáles son vuestras instrucciones, y qué órdenes nos dejáis si os matan?

—Haced lo que yo—respondió Wéllington.

A Clinton le dijo lacónicamente:

—Permaneced aquí hasta perder el último hombre.

La jornada iba mal, visiblemente. Wéllington gritaba a sus antiguos compañeros de Vitoria, de Talavera y de Salamanca:

—*Bons* (¡muchachos!) ¿pensáis acaso huír? ¡Acordaos de la vieja Inglaterra!

A eso de las cuatro, la línea inglesa

se movió hacia atrás. De pronto no se vió ya en la cresta de la meseta más que la artillería y los tiradores; el resto había desaparecido; los regimientos, arrojados por los obuses y las balas francesas, se replegaron al fondo, que aun hoy corta el sendero de la granja de Mont-Saint-Jean; hubo un movimiento retrógrado, desapareció el frente de batalla inglés, y Wéllington retrocedió.

—Principio de retirada—exclamó Napoleón.

VII

NAPOLEÓN DE BUEN HUMOR

Napoleón, aunque enfermo e incomodado a caballo por un padecimiento local, no había estado nunca de tan buen humor como aquel día. Desde por la mañana su impenetrabilidad se sonreía. El 18 de junio de 1815, aquel alma profunda, cubierta de una máscara de mármol, centelleaba ciegamente. El hombre que había estado sombrío en Austerlitz estuvo alegre en Waterloo. Todos los predestinados célebres tienen estas contradicciones. Nuestras alegrías no son más que sombra. La sonrisa suprema pertenece a Dios.

«Ridet, César, Pompeius flebit», decían los soldados de la legión Fulminante. Esta vez no debía llorar Pompeyo; pero lo cierto es que César reía.

Desde la una de la noche anterior, explorando a caballo con Bertrand, entre la lluvia y la tempestad, las colinas inmediatas a Rossomme, satisfecho al ver la larga línea de los fuegos ingleses que iluminaba todo el horizonte desde Frischemont hasta Braine-l'Alleud, le había parecido que el destino, emplazado por él para un día fijo en el campo de Waterloo, era exacto a la cita; había detenido su caballo y permaneció inmóvil algún tiempo, mirando los relámpagos, y oyendo el trueno, y habíase oído a aquel fatalista murmurar entre dientes estas palabras misteriosas: «Estamos de acuerdo.» Napoleón se engañaba. No estaban ya de acuerdo el destino y él.

No había dormido un minuto siquiera; todos los instantes de aquella noche se habían señalado para él con una alegría. Había recorrido toda la línea de las avanzadas, deteniéndose en algunos puntos para hablar con los centinelas de caballería. A las dos y media, cerca del bosque de Hougomont, había oído el paso de una columna en marcha; y por un momento creyó que se retiraba Wéllington. Entonces dijo a Bertrand: «Es la retaguardia inglesa que se prepara para levantar el campo. Haré prisioneros a los seis mil ingleses que acaban de llegar a Ostende.» Hablaba con expansión; había vuelto a esa inspirada elocuencia del desembarco de 1.° de marzo, cuando presentaba al gran mariscal el aldeano entusiasta del golfo Juan, exclamando: «Y bien, Bertrand, ¡ya tenemos refuerzo!» La noche del 17 al 18 de junio se burlaba de Wéllington, diciendo: «Ese inglesillo necesita una lección.» La lluvia redoblaba; mientras el emperador hablaba, estaba tronando.

A las tres y media de la madrugada había perdido una ilusión; algunos oficiales, enviados para explorar el campo, le habían anunciado que el enemigo no hacía movimiento. Nada se movía; ni una sola hoguera del campamento se había apagado. El ejército inglés dormía. El silencio en la tierra era profundo; sólo en el cielo había ruido. A las cuatro le llevaron las avanzadas un aldeano, que había servido de guía a la caballería inglesa, probablemente a la brigada Vivian, que iba a tomar posiciones en la aldea de Ohain, el extremo izquierdo. A las cinco, dos desertores belgas le habían referido que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla. «¡Me alegro!» exclamó Napoleón. «Más quiero derrotarlos que hacerlos retirar.»

Por la mañana, en el sitio que forma el ángulo del camino de Plancenoit, había echado pie a tierra, en el fango, había hecho que le llevaran de la granja de Rossomme una mesa de cocina y una silla rústica, se había sentado, teniendo un haz de paja por alfombra, y había desdoblado encima de la mesa el mapa del campo de batalla, diciendo a Soult: «¡Bonito tablero!»

A consecuencia de la lluvia de la noche, los convoyes de víveres, atascados en los caminos llenos de baches, no habían podido llegar por la mañana; los soldados no habían dormido, estaban

calados de agua hasta los huesos, y en ayunas, lo cual no impidió que Napoleón dijese alegremente a Ney: «Tenemos noventa y nueve probabilidades contra una.»

A las ocho llevaron el almuerzo al emperador, para el cual había invitado a muchos generales. Mientras almorzaban se estuvo refiriendo que Wéllington había asistido la antevíspera al baile dado en Bruselas en casa de la duquesa de Somerset, y Soult, rudo guerrero con aspecto de arzobispo, había dicho: «el baile es hoy». El emperador se había chanceado con Ney, que decía: «Wéllington no será bastante necio para esperar a Vuestra Majestad.» Tal era por otra parte, su costumbre; «se chanceaba fácilmente», dice Fleury de Chaboulon. «El fondo de su carácter era un humor festivo», dice Gourgaud. «Decía con frecuencia chistes más bien caprichosos que ingeniosos», dice Benjamín Costant. Estas alegrías de gigante valen la pena de que se insista en ellas. Llamaba a sus granaderos «los gruñones», les pellizcaba las orejas, y les tiraba de los bigotes. «El emperador no cesaba de chancearse con nosotros»; es frase de uno de ellos. Durante el misterioso trayecto de la isla de Elba a Francia, el 27 de febrero, el bergantín de guerra francés el «Céfiro», encontró en alta mar al bergantín «Inconstante», donde Napoleón iba oculto, y habiéndole pedido noticias del emperador, éste, que llevaba aún en aquel momento en su sombrero la escarapela blanca y amaranto sembrada de abejas, adoptada por él en la isla de Elba, tomó riendo la bocina, y respondió él mismo: «El emperador continúa perfectamente.» El que ríe de esta suerte está familiarizado con los acontecimientos. Napoleón había tenido muchos accesos de esta risa durante el almuerzo de Waterloo. Después de almorzar, se quedó pensativo un cuarto de hora, y luego se sentaron dos generales en el haz de paja, con una pluma en la mano, un pliego de papel sobre las rodillas, y el emperador les dictó sus órdenes para la batalla.

A las nueve, en el instante en que el ejército francés, escalonado y puesto en movimiento en cinco columnas, desplegaba sus divisiones en dos líneas, la artillería entre las brigadas, las músicas a la cabeza batiendo marcha con el redoble de los tambores y el sonido de las trompetas, y destacándose sobre el horizonte aquel poderoso, vasto, alegre, e inmenso mar de cascos, de sables y de bayonetas, el emperador, conmovido, exclamó: «¡Magnífico! ¡Magnífico!»

De nueve a diez y media, todo el ejército, lo que parece increíble, había tomado posición y se había ordenado en seis líneas, formando, para repetir la expresión del emperador, «la figura de seis VV.» Pocos instantes después de la formación del frente en batalla, en medio de ese profundo silencio que precede a la pelea, como la calma precede a las tempestades, al ver desfilar las tres baterías de a doce, destacadas por su orden de los tres cuerpos de Erlon, de Reille y de Lobau, y destinadas a empezar la acción, atacando a Mont-Saint-Jean, donde está la intersección de los caminos de Nivelles y de Genappe, tocó familiarmente en el hombro a Haxo, diciéndole: «He ahí veinticuatro guapas chicas, general.»

Seguro del éxito, había alentado con su sonrisa, al pasar por delante de él, a la compañía de zapadores del cuerpo designado por él mismo para hacerse fuerte en Mont-Saint-Jean tan pronto como fuera tomada la aldea. Esta serenidad sólo fué turbada por una palabra de altiva piedad; al ver a su izquierda en un sitio en donde existe hoy una gran tumba, agolparse con sus magníficos caballos los admirables escoceses grises, dijo: «¡Es lástima!»

Después montó a caballo, se dirigió hacia Rosomme, y escogió para observatorio un estrecho montecillo de musgo a la derecha del camino de Genappe a Bruselas, que fué su segunda estación durante la batalla. La tercera estación, la de las siete de la tarde, entre la Bella-Alianza y la Haie-Sainte, es terrible; es una altura bastante elevada que existe aún, y tras la cual se había agrupado la guardia en un declive de la llanura. Alrededor de este montecillo rebotaban las balas sobre el empedrado de la calzada hasta Napoleón. Como en Brienne, tenía sobre su cabeza el silbido de las balas y de las granadas. Cas

en el sitio donde puso los pies su caballo, se han recogido balas oxidadas, hojas de sable viejas, y proyectiles informes llenos de orín : «scabra rubigine». Hace algunos años se desenterró de aquel mismo sitio un obús de sesenta cargado todavía, cuya boca se había roto al ras de la bomba. En esta última estación fué donde el emperador dijo a su guía Lacoste, labriego enemigo, que iba atado, temblando, a la silla de un húsar, volviéndose a cada descarga de metralla, y procurando ocultarse detrás de Napoleón : «Imbécil, eso es una vergüenza. Vas a hacerte matar por la espalda.» El que escribe estas líneas ha hallado en el resbaladizo declive de ese montecillo, removiendo la arena, los restos del cuello de una bomba, casi deshechos por el óxido de cuarenta y seis años, y pedazos de hierro viejo que se rompían entre sus dedos como varas de saúco.

Las ondulaciones de las llanuras diversamente inclinadas donde se verificó el encuentro de Napoleón y de Wéllington, no son ya, como nadie ignora, las que eran el 18 de junio de 1815. Al tomar de este campo fúnebre los materiales para fabricar en él un monumento, les han quitado su forma verdadera, y la historia, desconcertada, ya no lo conoce. Para glorificarlo lo han desfigurado. Al volver a ver Wéllington a Waterloo dos años después, exclamó : «Me han cambiado mi campo de batalla.» Donde está hoy la gran pirámide de tierra coronada con un león, había un cerrillo que hacia el camino de Nivelles bajaba en rampa practicable, pero que por la parte de la calzada de Genappe era muy escarpado. Aun puede hoy medirse la elevación de este repecho por la altura de los montecillos de las dos grandes sepulturas que encallejonan el camino de Genappe a Bruselas ; una, la tumba inglesa, está a la izquierda ; la otra, que es la alemana, a la derecha. No hay tumba francesa. Para Francia es sepulcro toda esta llanura. Gracias a las mil y mil carretadas de tierra empleadas en el cerro de ciento cincuenta pies de altura y de media milla de circuito, la meseta de Mont-Saint-Jean es hoy accesible por una pendiente suave ; pero el día de la batalla, sobre todo por la parte de Haie-Sainte, era de áspero y escabroso acceso. Su vertiente era tan inclinada, que la granja, situada en el fondo del valle, centro del combate, quedaba muy debajo del tiro de los cañones ingleses. El 18 de junio de 1815 las lluvias habían formado barrancos en aquellas asperezas, el cieno dificultaba la subida, y no sólo se trepaba mal, sino que se hundían en lodo los que se aventuraban a subirlas. A lo largo de la cresta de la meseta corría una especie de foso imposible de adivinar para un observador lejano.

¿Qué foso era éste? Digámoslo. Braine-l'Alleud es una aldea de Bélgica, Ohani es otra. Estas aldeas, ocultas ambas en las desigualdades del terreno, están unidas por un camino de cerca de legua y media, que atraviesa una llanura ondulante, y muchas veces entra y se hunde como un surco entre colinas, lo que hace que el camino en varios puntos sea un barranco. En 1815, como hoy, este camino cortaba la cresta de la meseta del Mont-Saint-Jean, entre las dos calzadas de Genappe y de Nivelles, sólo que hoy está al nivel de la llanura : entonces era una hondonada. Le han tomado sus dos declives para formar el cerrillo monumental. Este camino era, y es aún, una zanja en la mayor parte de su trayecto ; zanja algunas veces de doce pies, y cuyos declives, demasiado escarpados, se desmoronaban por varios lados, sobre todo en invierno, en tiempo de lluvia. Algunos accidentes había habido en aquel sitio. El camino era tan estrecho a la entrada de Braine-l'Alleud, que un viajero fué aplastado por un carro, como lo prueba una cruz de piedra levantada junto al cementerio, donde se lee el nombre del que murió, el «señor Bernardo de Brye, comerciante en Bruselas,» y la fecha del accidente, fecha de 1637 (1). Era tan profundo tam-

(1) La inscripción dice así:

D. O. M.
AQUÍ FUÉ APLASTADO
DESGRACIADAMENTE
POR UN CARRO
EL SEÑOR BERNARDO
DE BRYE, COMERCIANTE
EN BRUSELAS EL (ilegible)
FEBRERO 1637.

bién por la parte de la meseta de Mont-Saint-Jean, que un aldeano, llamado Mateo Nicaise, había sido aplastado en 1783 por el hundimiento del declive, como lo probaba otra cruz de piedra, cuyos brazos desaparecieron en el desmonte; pero cuyo pedestal caído se ve hoy aún en la pendiente del césped a la izquierda de la calzada, entre la Haie-Sainte y la granja de Mont-Saint-Jean.

En un día de batalla, este camino hondo y pantanoso, de cuya existencia nada daba señal, rodeando la cresta de Mont-Saint-Jean, formando un foso en la misma cima del repecho, una trampa oculta entre las tierras, era invisible; es decir, formidable.

VIII

EL EMPERADOR HACE UNA PREGUNTA AL GUÍA LACOSTE

Así, pues, en la mañana de Waterloo, Napoleón estaba contento.

Tenía razón; el plan de batalla que había concebido era, en efecto, admirable, como hemos probado.

Una vez empeñada la batalla, sus peripecias muy diversas, la resistencia de Hougomont, la tenacidad de Haie-Sainte, la muerte de Bauduin, la herida de Foy, la inesperada muralla en que se había estrellado la brigada de Soye, el fatal aturdimiento de Guilleminot que se había quedado sin petardos ni sacos de pólvora, el atascamiento de las baterías, las quince piezas sin escolta derrotadas por Uxbridge en una cañada, el poco efecto de las bombas que caían en las líneas inglesas, hundiéndose en el suelo empapado en agua, y consiguiendo sólo formar volcanes de fango, de suerte que la metralla se trocaba en salpicaduras de cieno, la inutilidad del ataque simulado de Piré sobre Braine-l'Alleud, toda esta caballería, quince escuadrones, o poco menos, inutilizados, el ala derecha inglesa poco inquietada, el ala izquierda atacada muy mal, el extraño error de Ney formando en masa en vez de escalonar las cuatro divisiones del primer cuerpo, masas de veintisiete filas y frentes de doscientos hombres, entregados de esa suerte a la metralla, los claros horribles que hacían las balas en estas masas, las columnas de ataque diseminadas, la batería Descarpe bruscamente descubierta por el flanco, Bourgeois, Doncelot y Durutte comprometidos, Quiot rechazado, el teniente Vieux, hércules procedente de la Escuela Politécnica, herido en el momento en que echaba abajo a hachazos la puerta de la Haie-Sainte bajo el fuego del reducto inglés que cortaba el ángulo del camino de Genappe a Bruselas, la división Marcognet, cogida entre la infantería y la caballería, fusilada a boca de jarro en los trigos por Best y Pack, acuchillada por Ponsomby, clavada su batería de veinte piezas; el príncipe de Sajonia Weimar, manteniendo y conservando a Frischemont y a Smohain a pesar del conde de Erlon; la toma de las banderas del 105 y del 45, el húsar negro prusiano detenido por los exploradores de la columna volante de 300 cazadores que corrían el camino entre Wavre y Plancenoit; las noticias alarmantes que había dado este prisionero; la tardanza de Grouchy; los mil quinientos hombres muertos en Hougomont; los mil ochocientos que habían caído en menos tiempo aún alrededor de la Haie-Sainte; todos estos tempestuosos incidentes, pasando como nubes de batalla ante Napoleón, ni habían turbado casi su mirada, ni habían podido anublar aquella faz imperial haciendo que dudase. Napoleón estaba acostumbrado a mirar la guerra fijamente; no hacía nunca guarismo por guarismo, la suma dolorosa de los pormenores; los guarismos le importaban poco, con tal que diesen este total: Victoria. Si el principio salía mal, no se alarmaba por esto, porque se creía dueño y poseedor del fin: sabía esperar poniéndose como fuera de la cuestión, y trataba al destino de igual a igual. Parecía decir a la suerte: «No te atreverías.»

Medio luz y medio sombra, Napoleón se creía protegido en el bien y tolerado en el mal. Tenía, o creía tener, en su favor, una connivencia, casi podría decirse una complicidad, de los acontecimientos, equivalente a la invulnerabilidad antigua.

Sin embargo, teniendo tras de sí al Beresina, a Leipzig y a Fontainebleau, parece que había motivo para descon-

fiar de Waterloo. Un misterioso fruncimiento de cejas se vuelve en tal caso visible en el fondo del cielo.

En el momento en que Wéllington retrocedió, se estremeció Napoleón. Vió desalojarse la meseta de Mont-Saint-Jean súbitamente y desaparecer el frente del ejército inglés. Se rehacía, pero se ocultaba. El emperador medio se incorporó sobre sus estribos. Había entrevisto el brillo de la victoria. Wéllington, arrollado hasta la selva de Soignes, y destruído, significaba la derrota definitiva de Inglaterra por Francia ; era el desquite de las derrotas de Crecy, Poitiers, Malplaquet y Ramillies. El hombre de Marengo rehabilitaba a Azincourt.

Meditando entonces el emperador sobre la terrible peripecia, dirigió por última vez su anteojo a todos los puntos del campo de batalla. Su guardia, descansando sobre las armas detrás de él, le observaba desde abajo con una especie de respeto religioso. Napoleón meditaba, examinaba las laderas, observaba las pendientes, escudriñaba el conjunto de árboles, el cuadro de centeno, el sendero ; parecía contar cada matorral. Miró con alguna fijeza los reductos ingleses de las dos calzadas, dos anchas e inmensas talas de árboles, la de la calzada de Genappe encima de la Haie-Sainte, armada con dos cañones, los únicos de toda la artillería inglesa que apuntaban al fondo del campo de batalla, y la de la calzada de Nivelles, donde brillaban las bayonetas holandesas de la brigada Chassé. Vió junto a esta barricada la antigua capilla de San Nicolás, pintada de blanco, que está en el ángulo de travesía hacia Braine-l'Alleud. Inclinóse y habló a media voz al guía Lacoste. Este hizo una gran señal negativa con la cabeza, probablemente pérfida.

El emperador volvió a enderezarse y reflexionó.

Wéllington había retrocedido.

Sólo restaba concluir este retroceso con una derrota completa.

Napoleón, volviéndose bruscamente, envió a París un correo a todo escape para anunciar que había ganado la batalla.

Napoleón era uno de esos genios de donde sale el trueno.

Acababa de hallar el rayo.

Dió orden a los coraceros de Milhau para que se apoderasen de la meseta de Mont-Saint-Jean.

IX

LO INESPERADO

Eran tres mil quinientos, y formaban un frente de un cuarto de legua. Eran hombres gigantes montados en caballos colosales. Eran veintiséis escuadrones, y tenían detrás, para apoyarlos, la división de Lefebvre Desnouttes, los ciento seis gendarmes escogidos, los cazadores de la guardia, mil ciento noventa y siete hombres, y los lanceros de la guardia, ochocientas lanzas. Llevaban casco sin crin, y coraza de hierro batido, pistolas en el arzón de la silla, y largo sable-espada. Por la mañana todo el ejército los había admirado, cuando a las nueve, tocando los clarines y entonando todas las bandas de música el himno : «Velemos por la salvación del imperio», habían venido en columna cerrada, con una de las baterías en su flanco, y la otra en su centro, a desplegarse en dos hileras entre la calzada de Genappe y Frischemont, y ocupar su puesto de batalla en la poderosa segunda línea, tan sabiamente dispuesta por Napoleón, la cual, teniendo a su extremo izquierdo los coraceros de Kellermann, y a su extremo derecho los coraceros de Milhaud, tenía, por decirlo así, dos alas de hierro.

El ayudante de campo Bernard les llevó la orden del emperador. Ney sacó su espada y se puso a la cabeza. Los enormes escuadrones se pusieron en movimiento.

Entonces se vió un espectáculo formidable.

Toda esta caballería, con los sables desenvainados, con sus flotantes banderines, dando al viento los ecos de las trompetas, formada en columna por divisiones, bajó con un mismo movimiento, y como un solo hombre, con la precisión de un ariete de bronce que abre una brecha, la colina de la Bella-Alianza ; se internó en el fondo temible donde habían caído ya tantos hombres, y desapareció entre nubes de humo ; después, salió de esta sombra, volvió a

aparecer por el otro lado del valle, siempre compacta y unida, y subió al trote largo, atravesando una nube de metralla que llovía sobre ella, la espantosa pendiente de fango de la meseta de Mont-Saint-Jean. Subían graves, amenazadores, imperturbables aquellos hombres, y en los intervalos del fuego de fusilería y de artillería, oíase el colosal ruido que hacían marchando los caballos. Siendo dos divisiones, eran dos columnas; la división Wathier iba a la derecha, y la división Delort a la izquierda. Creíase ver de lejos adelantarse hacia la cresta de la meseta dos inmensas culebras de acero. Esto atravesó la batalla como un prodigio.

Desde la toma del gran reducto del Moskowa por la caballería pesada, no se había visto cosa igual; Murat faltaba allí, pero estaba Ney. Parecía que aquella masa de hombres se había vuelto un monstruo y no tenía más que un alma. Cada escuadrón ondeaba y se dilataba como los anillos de un pólipo. Se les veía al través de una inmensa nube de humo, rasgada acá y allá. Revuelta confusión de cascos, de gritos, de sables, saltos borrascosos de las grupas de los caballos al oír el estampido del cañón, y el sonido de los clarines, disciplinado y terrible tumulto, y luego por cima de todo, las corazas como las escamas sobre la hidra.

Esta narración parece propia de otra edad. Una cosa semejante a esta visión se observaba sin duda en las antiguas epopeyas órficas que se referían a los hombres-caballos, a los antiguos hipantropos, esos titanes de faz humana y de pecho ecuestre que escalaron a galope el Olimpo, horribles, invulnerables, sublimes; dioses y bestias.

Por una caprichosa coincidencia numérica, veintiséis batallones iban a recibir a estos veintiséis escuadrones. Detrás de la cresta de la meseta a la sombra de la batería oculta, la infantería inglesa, formada en trece cuadros, dos batallones por cuadro, y en dos líneas, siete en la primera, seis en la segunda, con la culata del fusil apoyada en el hombro, apuntando a los que iban a venir, esperaba tranquila, inmóvil, muda. No veía a los coraceros, ni los coraceros la veían; pero se oía subir aquella marea de hombres. Oía aumentarse el ruido de los tres mil caballos, las pisadas alternativas y simétricas de los cascos al trote largo, el roce de las corazas, el contacto de los sables, y una especie de resoplido inmenso y feroz. Hubo un silencio terrible; luego, de repente, apareció por encima de la cresta una larga fila de brazos levantados blandiendo los sables, y los cascos, y las trompetas, y los banderines, y tres mil cabezas de grises bigotes gritando: «¡Viva el emperador!» Toda aquella caballería desembocó en la meseta, y fué como el principio de un temblor de tierra.

De pronto, ¡cosa trágica! a la izquierda de los ingleses, a nuestra derecha, la cabeza de la columna de coraceros se detuvo, lanzando un clamor horrible. Al llegar los coraceros al punto culminante de la cresta, desenfrenados, en toda su furia, y en su carrera de exterminio contra los cuadros y los cañones, acababan de ver entre ellos y los ingleses un foso, una zanja. Era la hondonada de Ohain.

Aquel instante fué espantoso. Allí estaba el barranco inesperado, abierto a pico bajo los pies de los caballos, con sus dos declives; la segunda fila empujó hacia él a la primera, y la tercera a la segunda; los caballos se encabritaban, se echaban hacia atrás, caían sobre las grupas, deslizaban en el aire los cuatro pies, amontonando y arrojando a los jinetes; no había medio de retroceder, toda la columna no era más que un proyectil; la fuerza adquirida para destruir a los ingleses destruyó a los franceses; el barranco inexorable sólo lleno se entregaba; jinetes y caballos rodaron allí en revuelta y horrible confusión, aplastándose unos a otros, no formando más que una carne en aquel abismo; y cuando la zanja estuvo llena de hombres vivos, empezaron a andar por encima, y pasaron los demás. Casi una tercera parte de la brigada Dubois cayó en el abismo.

Este fué el principio de la pérdida de la batalla.

Cuenta una tradición local, exagerada sin duda, que mil quinientos hombres y dos mil caballos, fueron sepultados en la cañada de Ohain. Este nú-

mero comprende probablemente todos los demás cadáveres que fueron arrojados allí al otro día del combate. Antes de mandar Napoleón la carga de los coraceros de Milhaud, había escudriñado el terreno; pero no pudo ver esta hondonada que no formaba ni una arruga en la superficie de la meseta. Sin embargo, advertido y puesto en cuidado por la capillita blanca que marca el ángulo en la calzada de Nivelles, había hecho, probablemente en la eventualidad de un obstáculo, una pregunta al guía Lacoste. Este respondió que no. Casi podría decirse que de este movimiento de cabeza de un aldeano dependió la catástrofe de Napoleón.

Otras fatalidades debían surgir.

¿Era posible que Napoleón ganase esta batalla? Nosotros contestamos: No. ¿Por causa de Wéllington? ¿Por causa de Blucher? No. Por causa de Dios.

No estaba ya en la ley del siglo XIX que Bonaparte venciese en Waterloo. Otra serie de hechos se preparaba, en que Napoleón no tenía ya sitio señalado. La contrariedad del destino se había anunciado mucho tiempo hacía.

Era ya tiempo de que este hombre inmenso cayera.

Su excesivo peso en el destino humano turbaba el equilibrio. Este individuo pesaba él solo más que el grupo universal. Estas plétoras de toda la vitalidad humana concentrada en una sola cabeza, el mundo subiendo al cerebro de un hombre, todo eso sería mortal para la civilización si durase. A la incorruptible equidad suprema le había llegado el momento de intervenir. Probablemente estaban lastimados los principios y los elementos de que depende la gravitación regular en el orden moral como en el material. La sangre que humea, los cementerios llenos, las madres vertiendo lágrimas, son abogados temibles. Cuando la tierra padece con un exceso de carga, hay en la sombra gemidos misteriosos y los oye el abismo.

Napoleón había sido denunciado en lo infinito, y su caída estaba decidida.

Molestaba a Dios.

Waterloo no es una batalla; es el cambio de frente del Universo.

X

LA MESETA DE MONT-SAINT-JEAN

Al mismo tiempo que el barranco, se había descubierto la batería.

Sesenta cañones y los trece cuadros fulminaron a boca de jarro a los coraceros. El intrépido general Delford saludó militarmente a la batería inglesa.

Toda la artillería volante inglesa había entrado al galope en los cuadros. Los coraceros no tuvieron ni un momento de detención. El desastre del barranco los había diezmado, pero no desanimado. Eran de esos hombres que cuando disminuyen en número crecen en valor.

Sólo la columna de Wathier había padecido en el desastre; la columna Delord, a la cual Ney había hecho oblicuar a la izquierda, como si presintiese la celada, había llegado entera.

Los coraceros se precipitaron sobre los cuadros ingleses.

Al galope tendido, las bridas sueltas, el sable entre los dientes, y las pistolas en la mano: tal fué el ataque.

Hay momentos en las batallas en que el estado del alma endurece al hombre hasta el extremo de cambiar al soldado en estatua, y en que toda esta carne se vuelve granito. Los batallones ingleses, terriblemente atacados, no se movieron.

Entonces pasó una cosa horrible.

Todos los frentes de los cuadros ingleses fueron atacados a la vez, y se vieron envueltos en un torbellino frenético. La infantería inglesa permaneció fría, impasible. La primera fila con la rodilla en tierra, recibía con la bayoneta a los coraceros, la segunda los fusilaba; detrás de la segunda fila, los artilleros cargaban los cañones, el frente del cuadro se abría, dejaba pasar un torrente de metralla, y se volvía a cerrar. Los coraceros respondían aplastando a sus enemigos. Sus grandes caballos se encabritaban, pasaban por encima de las filas, saltaban sobre las bayonetas, y caían como gigantes en medio de aquellos cuatro muros vivientes. Las balas hacían claros en los coraceros, los coraceros hacían brechas en los cuadros. Hileras de hombres desaparecían atropelladas, magulladas bajo los pies

de los caballos. Las bayonetas se hundían en los vientres de aquellos centauros. De ahí una deformidad de heridas, que tal vez no se ha visto en ninguna otra ocasión. Mermados los cuadros por esta caballería delirante, se estrechaban sin retroceder. Inagotables en metralla, se verificaba la explosión en el centro mismo de los acometedores. La forma de este combate era monstruosa : los cuadros no eran ya batallones, eran cráteres ; los coraceros no eran ya caballería, eran una tempestad. Cada cuadro era un volcán atacado por una nube ; la lava combatía al rayo.

El cuadro extremo de la derecha, el más expuesto de todos, puesto que estaba aislado por aquella parte, fué casi anonadado desde los primeros choques. Estaba formado del regimiento número 75 de higalanders. El corneta en el centro, mientras se exterminaban en torno suyo, bajando con inatención profunda su mirada melancólica, llena del reflejo de los bosques y de los lagos de su montañoso país, sentado en un tambor con su pibroch bajo el brazo, tocaba los aires de la montaña. Aquellos escoceses morían pensando en Ben Lothian, como los griegos acordándose de Argos. El sable de un coracero, echando abajo el pibroch y el brazo que lo llevaba, hizo cesar el canto matando al pobre cantor.

Los coraceros, poco numerosos relativamente, y aminorados por la catástrofe del barranco, tenían en su contra casi todo el ejército inglés, pero se multiplicaban ; cada hombre valía por diez. Sin embargo, algunos batallones hannoverianos tuvieron que replegarse. Wéllington lo vió, y pensó en su caballería. Si Napoleón también en aquel momento hubiese pensado en su infantería, habría ganado la batalla. Este olvido fué su falta grave y fatal.

De pronto los coraceros agresores se vieron atacados. La caballería inglesa estaba a sus espaldas. Delante de ellos los cuadros, detrás Somerset ; Somerset eran los mil cuatrocientos guardias dragones.. Somerset tenía a su derecha a Dornberg con la caballería ligera alemana, y a su izquierda a Trip con los carabineros belgas : atacados los coraceros por flanco y de frente, por delante y por detrás, por la infantería y la caballería, tuvieron que hacer frente a todos lados. ¿Qué les importaba? Eran el torbellino. Su valor se aumentó hasta un punto inexplicable.

Además tenían tras sí la batería que continuaba vomitando fuego. Todo esto se necesitaba para que aquellos hombres fuesen heridos por la espalda. Una de sus corazas, agujereada por una bala de cañón en el omoplato izquierdo, se conserva en la colección del museo de Waterloo.

Para tales franceses eran precisos nada menos que ingleses como aquéllos.

Ya no fué una batalla, fué una sombra, una furia, una ira vertiginosa en que se confundían las almas y el valor, un huracán de espadas flameantes. En un momento los mil cuatrocientos guardias dragones no fueron más que ochocientos. Fuller, su teniente coronel, cayó muerto. Ney acudió con los lanceros y los cazadores de Lefebvre Desnouttes. La meseta de Mont-Saint-Jean fué tomada, perdida y vuelta a tomar. Los coraceros dejaban la caballería para volver a la infantería, o por mejor decir, toda aquella formidable confusión de combatientes se cogían uno a otro por el cuello sin soltarse. Los cuadros permanecían aún en pie. Hubo doce asaltos. A Ney le mataron cuatro caballos que sucesivamente montó. La mitad de los coraceros quedó en la meseta. La lucha duró dos horas.

El ejército inglés tuvo pérdidas inmensas. Sin duda, si los coraceros no se hubiesen visto debilitados en su primer choque por el desastre de la cañada, habrían derrotado el centro, y decidido la victoria. Aquella extraordinaria caballería petrificó a Clinton, que había estado en Talavera y en Badajoz. Wéllington, medio vencido, experimentaba una admiración heroica. Decía a media voz : «¡ Sublime !» (1).

Los coraceros destruyeron siete cuadros de trece ; tomaron o clavaron sesenta cañones, y quitaron seis banderas a los regimientos ingleses, que tres coraceros y tres cazadores de la guardia fueron a llevar al emperador ante la granja de la Bella-Alianza.

(1) *¡Splendid!* Palabra textual.

La situación de Wéllington había empeorado. Esta extraña batalla se parecía a un duelo entre dos heridos encarnizados que van perdiendo toda su sangre sin dejar por eso de combatir y resistirse mutuamente. ¿Cuál de los dos caerá el primero?

La lucha de la meseta continuaba.

¿Hasta dónde fueron los coraceros? Nadie podría decirlo. Lo cierto es que al día siguiente de la batalla aparecieron muertos un coracero y su caballo entre las vigas de la báscula de pesar carruajes en Mont-Saint-Jean, en el mismo punto en que se dividen y se encuentran los cuatro caminos de Nivelles, de Genappe, de La Hulpe y de Bruselas. El jinete había atravesado las líneas inglesas. Uno de los hombres que levantaron el cadáver, vive aún en Mont-Saint-Jean. Se llama Dehace. Tenía entonces diez y ocho años.

Wéllington conocía que iba decayendo. La crisis se acercaba.

La carga dada por los coraceros no había tenido éxito, pues que el centro inglés no había sido destruído.

Posesionados todos de la llanura, nadie en realidad la poseía, si bien en último resultado los ingleses conservaban la mayor parte de ella. Wéllington ocupaba la aldea y la meseta culminante; Ney no tenía más que la cresta y la pendiente. Ambas partes parecía que habían echado raíces en aquel fúnebre suelo.

Pero el decaímiento de los ingleses parecía irremediable. La hemorragia de aquel ejército era horrible. Kempt reclamaba refuerzo en el ala izquierda. «No le hay», respondía Wéllington, «¡que muera en su puesto!» Casi al mismo tiempo, ¡coincidencia singular que pinta el agotamiento de fuerzas de los dos ejércitos! Ney pedía infantería a Napoleón, y Napoleón exclamaba: «¡Infantería! ¿De dónde quiere que la saque? ¿Quiere que la haga yo?»

Sin embargo, el ejército inglés era el enfermo de más peligro. Los furiosos embates de los grandes escuadrones de corazas de hierro y pechos de acero, habían triturado la infantería. Algunos hombres alrededor de una bandera marcaban el sitio donde hubo un regimiento; había batallón que no estaba mandado más que por un capitán o por un teniente; la división Alten, tan maltratada en la Haie-Sainte, estaba casi destruída; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze cubrían con sus cuerpos los campos de centeno a lo largo del camino de Nivelles; no quedaba casi ninguno de aquellos granaderos holandeses que, en 1811, unidos en España a nuestras filas, combatían contra Wéllington, y que en 1815, unidos a los ingleses, combatían contra Napoleón. La pérdida de oficiales era considerable. Lord Uxbridge, que al otro día hizo enterrar su pierna, tenía la rodilla rota. Si por parte de los franceses en la carga de los coraceros quedaron fuera de combate Delord, l'Heritrès, Colbert, Duop, Travers y Blancard, por parte de los ingleses, Alten estaba herido, Barne también, Delancey había muerto, así como Van Méeren y Ompteda. Todo el estado mayor de Wéllington había sido diezmado, e Inglaterra llevaba la peor parte en este sangriento equilibrio. El segundo regimiento de guardias de infantería había perdido cinco tenientes coroneles, cuatro capitanes y tres alféreces; el primer batallón del 30 de infantería perdió veinticuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79 de montañeses tenía veinticuatro oficiales heridos, diez y ocho oficiales muertos y cuatrocientos cincuenta soldados muertos también. Los húsares hannoverianos de Cumberland, un regimiento entero con su coronel Hacke a la cabeza, que debía después ser juzgado y destituído, habían vuelto grupas en la pelea, poniéndose en fuga hacia Bruselas. Los carros, los tiros, los bagajes, los furgones llenos de heridos, al ver a los franceses ganar terreno y acercarse a la selva, se precipitaban en ella: los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡al arma! Desde Vert-cou-cou hasta Groenendael, en una longitud de cerca de dos leguas en dirección de Bruselas, había, según dicen testigos que existen aún, tal multitud de fugitivos, que no se podía dar un paso. El pánico fué tan terrible, que se comunicó al príncipe de Condé en Malinas, y a Luis XVIII en

Gante. A excepción de la débil reserva escalonada detrás del hospital ambulante, establecido en la granja de Mont-Saint-Jean, y de las brigadas Vivian y Vandeleur que flanqueaban el ala izquierda, Wéllington no tenía ya caballería. Muchas baterías estaban desmontadas.

Estos hechos han sido confesados por Siborne; y Pringle, exagerando el desastre, hasta ha llegado a decir que el ejército anglo-holandés había quedado reducido a treinta y cuatro mil hombres. «El duque de hierro» permanecía sereno, pero sus labios se habían vuelto lívidos. El comisario austriaco Vincent, y el comisario español Alava, presentes a la batalla, en el estado mayor inglés, creían perdido al duque. A las cinco sacó Wéllington su reloj y se le oyó murmurar esta frase sombría: «¡Blucher o la noche!»

En este momento fué cuando se vió brillar en las alturas por la parte de Frischemont una línea lejana de bayonetas.

Aquí estaba la peripecia de este drama gigantesco.

XI

MAL GUÍA PARA NAPOLEÓN, BUENO PARA BULOW

Sabida es la dolorosa equivocación de Napoleón; esperaba a Grouchy, y fué Blucher el que llegó: la muerte en vez de la vida.

El destino tiene variaciones de esta clase; se espera el trono del mundo, y se divisa Santa Elena.

Si el pastorcillo que servía de guía a Bulow, teniente de Blucher, le hubiese aconsejado que saliera por la selva encima de Frischemont, en vez de salir más abajo de Plancenoit, la forma del siglo XIX tal vez fuera distinta. Napoleón habría ganado la batalla de Waterloo. Por cualquier otro camino más arriba de Plancenoit, el ejército prusiano iba a salir a un barranco intransitable para la artillería, y Bulow no hubiera llegado.

Ahora bien, el general prusiano Muffing lo ha declarado así; si Blucher se hubiera retrasado una hora, no hubiera hallado a Wéllington en pie; «la batalla estaba perdida».

Como se ve, ya era tiempo de que llegase Bulow. Por lo demás, había encontrado muchos obstáculos en su marcha: había descansado aquella noche en Dion-le-Mont, y vuelto a ponerse en marcha al amanecer. Pero los caminos estaban intransitables, y sus divisiones se habían metido en el lodo hasta las rodillas, llegando el barro en los baches hasta los cubos de las ruedas de los cañones. Además, había tenido que pasar el Dyle por el estrecho puente de Wavre: la calle que da al puente había sido incendiada por los franceses; las arcas y los furgones de la artillería, no pudiendo pasar por entre dos hileras de casas ardiendo, tuvieron que esperar a que el incendio se apagase. Eran las doce, y la vanguardia de Bulow no había podido llegar todavía a Chapelle-Saint-Lambert.

Si la acción hubiera empezado dos horas antes hubiese concluído a las cuatro, y Blucher habría llegado al campo de batalla encontrándola ya ganada por Napoleón. Tales son esos azares inmensos, proporcionados a un infinito que no está a nuestro alcance.

A las doce, el emperador fué el primero que con su anteojo de larga vista divisó en el extremo del horizonte algo que llamó su atención, y dijo: «Allá abajo veo una nube que me parece que son tropas». Después preguntó al duque de Dalmacia: «Soult, ¿qué veis hacia Chapelle-Saint-Lambert?» El mariscal, dirigiendo hacia este punto su anteojo, respondió: «Cuatro o cinco mil hombres, señor. Sin duda es Grouchy.» Sin embargo, nada daba a entender que aquello se moviese. Todos los anteojos del estado mayor habían estudiado «la nube» señalada por el emperador. Algunos dijeron: son columnas que hacen alto. Otros, y fueron los más: son árboles. La verdad es que la nube no se movía. El emperador destacó para reconocer este punto obscuro la división de caballería ligera de Domon.

En efecto, Bulow no se había movido. Su vanguardia era muy débil y no podía hacer nada. Debía esperar el grueso del cuerpo de ejército, y tenía

orden de concentrarse antes de entrar en línea; pero a las cinco, viendo el peligro de Wéllington, mandó Blucher a Bulow que atacase, y dijo esta frase notable: «Es preciso dar aire al ejército inglés.»

Poco después las divisiones Losthin, Hiller, Hacke y Ryssel se desplegaban ante el cuerpo de Lobau, la caballería del príncipe Guillermo de Prusia salía del bosque de París, Plancenoit estaba ardiendo, y las balas prusianas empezaban a llover hasta en las filas de la guardia de reserva detrás de Napoleón.

XII

LA GUARDIA

Sabido es lo demás; la irrupción de un tercer ejército, la batalla dislocada, ochenta y seis bocas de fuego tronando de repente, Pirch I acudiendo con Bulow, la caballería de Zieten dirigida por Blucher en persona, los franceses rechazados, Marcognet barrido de la meseta de Ohain, Duzutte desalojado, Papelotte, Douzelot y Quiot retrocediendo, Lobau acuchillado, otra batalla amenazando a la caída de la tarde a nuestros regimientos desmantelados, toda la línea inglesa volviendo a tomar la ofensiva y avanzando hacia nosotros, la gigantesca brecha abierta en el ejército francés, la metralla inglesa y la metralla prusiana ayudándose mutuamente, el exterminio, el desastre en el frente, el desastre en los flancos, la guardia entrando en línea bajo aquel espantoso y general hundimiento.

Conociendo que iba a morir, gritó: ¡Viva el emperador! No hay nada en la historia más patético que esa agonía estallando en aclamaciones.

El cielo había estado nublado todo el día. De pronto, en aquel momento mismo, eran las ocho de la tarde, las nubes del horizonte se apartaron y dejaron pasar al través de los hombres del camino de Nivelles el inmenso y siniestro resplandor del sol que se ponía. Se le había visto salir en Austerlitz.

Para este desenlace, cada batallón de la Guardia iba mandado por un general. Friant, Michel, Roguet, Harlet, Mallet y Poret de Morvan estaban allí.

Cuando las elevadas gorras de pelo de los granaderos de la guardia, con la ancha placa en que estaba esculpida el águila, aparecieron entre la bruma de aquel revuelto mar, simétricas, tranquilas, alineadas, el enemigo sintió respeto por Francia, creyó ver entrar veinte victorias en el campo de batalla con las alas desplegadas, y los que eran vencedores retrocedieron figurándose vencidos; pero Wéllington gritó: «¡De pie, guardias, y buena puntería!» El regimiento encarnado de guardias ingleses que se hallaba tendido detrás de los setos, se levantó, y una nube de metralla acribilló la bandera tricolor ondeante alrededor de nuestras águilas; todos se precipitaron unos contra otros, y empezó la suprema carnicería. La guardia imperial sintió en la obscuridad al ejército que huía y la general dispersión que seguía a la derrota; oyó el ¡sálvese quien pueda! que había reemplazado al ¡viva el emperador! y a pesar de la fuga que dejaba en pos de sí, continuó avanzando, cada vez más destrozada, y encontrando la muerte a cada paso que daba. No hubo vacilantes ni tímidos. El soldado de este cuerpo era tan héroe como el general. Ni un hombre tembló ante el suicidio.

Aterrado Ney de estupor, pero grande con toda la altivez de la muerte aceptada, se ofrecía a todos los golpes en aquella tormenta. Allí murió el quinto caballo que montaba. Empapado en sudor, los ojos despidiendo chispas, los labios echando espuma, el uniforme desabotonado, una de sus charreteras medio cortada por el sablazo de un guardia a caballo, con su placa de la gran águila abollada por una bala, lleno de sangre, de fango, magnífico, con una espada rota en la mano, decía: «¡Venid a ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla!» Pero en vano, no murió. Estaba furioso e indignado. Dirigió a Drouet de Erlon esta pregunta: «¿No te haces matar?» En medio de toda aquella artillería que destrozaba a un puñado de hombres, gritó: «¿No hay nada para mí? ¡Oh! ¡Quisiera que todas esas balas inglesas entraran en mi pecho!» ¡Infeliz, estabas reservado para las balas francesas!

XIII

LA CATÁSTROFE

La derrota que tras sí dejó la guardia fué fúnebre.

El ejército se replegó precipitadamente de todas partes a la vez : de Hougomont, de la Haie-Sante, de Papelotte y de Plancenoit. El grito ¡traición! fué seguido del grito ¡sálvese quien pueda! Un ejército que se desbanda es como un deshielo general. Todo se rinde, cede, estalla, flota, rueda, cae, choca, empuja, se precipita. Dispersión inaudita. Ney pide un caballo prestado, monta en él, y sin sombrero, sin corbata, sin espada, se lanza por la calzada de Bruselas, deteniendo a la vez a los ingleses y a los franceses. Trata de detener al ejército, lo llama, lo insulta, quiere hacerle volver caras, pero en vano ; las oleadas de los fugitivos pasan adelante. Los soldados huyen de él gritando : «¡Viva el mariscal Ney!» Dos regimientos de Durutte van y vienen azorados y llevados de un lado a otro entre el sable de los hulanos y el fuego de la fusilería de las brigadas Kempt, de Best, de Pack y de Rylandt ; la peor de las matanzas es la de la derrota ; los amigos se matan unos a otros por huír ; los escuadrones y los batallones chocan entre sí, y se dispersan los unos contra los otros ; enorme espuma de la batalla. Lobau a un extremo, como Reille al otro, se ven arrollados por la ola. En vano hace Napoleón una muralla con lo que le queda de la Guardia ; en vano utiliza para el último esfuerzo sus escuadrones de servicio. Quiot retrocede ante Vivián, Kellermann ante Vandeleur, Lobau ante Bulow, Moran ante Pirch, Domon y Suberbie ante el príncipe Guillermo de Prusia. Guyot, que ha llevado a la carga los escuadrones del emperador, cae a los pies de los dragones ingleses. Napoleón corre al galope en pos de los fugitivos, los arenga, los estrecha, amenaza y suplica. Todas las bocas que gritaban por la mañana ¡viva el emperador! permanecen abiertas, pero apenas le conocen. La caballería prusiana recién venida, se lanza, vuela, acuchilla, raja, hiende, mata, extermina. Los tiros de la artillería ruedan impetuosamente ; los cañones caen a tierra ; los soldados del tren desenganchan los arcones y toman sus caballos para escaparse ; furgones derribados boca arriba entorpecen el camino y sirven de ocasión para cometer asesinatos. Los fugitivos se destrozan, se oprimen, andan por encima de los muertos y de los vivos. Una muchedumbre vertiginosa llena los caminos, los senderos, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles, los bosques, atestados por esa evasión de cuarenta mil hombres. Gritos, desesperación, sacos y fusiles arrojados en los campos de centeno ; el paso abierto a sablazos ; no se conoce ni a los camaradas, ni a los oficiales, ni a los generales ; por doquiera un espanto inexplicable ; Zieten acuchillando a Francia a su sabor ; los leones convertidos en cabritos : tal fué esta fuga.

En Genappe intentaron volver, hacer frente, y tener a raya al enemigo. Lobau reunió trescientos hombres que se fortificaron a la entrada de la aldea ; pero a la primera descarga de la metralla prusiana, todos huyeron, y Lobau fué hecho prisionero. Todavía se ven las huellas de la metralla impresas en la pared de una casa vieja construída de ladrillos a la derecha del camino, poco antes de llegar a Genappe. Los prusianos se lanzaron a Genappe, furiosos, sin duda, de ser vencedores a tan poca costa. La persecución fué monstruosa. Blucher ordenó el exterminio. Roguet había dado el lúgubre ejemplo de amenazar de muerte a todo granadero francés que le llevase un prisionero prusiano. Blucher fué más allá que Roguet. El general de la guardia nueva, Duhesme, arrinconado en la puerta de una posada de Genappe, entregó su espada a un húsar de la muerte, que tomó la espada y mató al prisionero. La victoria concluyó con el asesinato de los vencidos. Castiguemos, pues que somos la historia : el viejo Blucher se deshonró. Tal ferocidad puso el colmo al desastre. La derrota desesperada atravesó a Genappe, a Quatre-Bras, a Sombreffe, a Frasnes, a Thuin, a Charleroi, y no se detuvo hasta la frontera. ¡Ay!

¿quién huía de esta suerte? El gran ejército.

¿Acaso dejó de tener causa ese vértigo, ese terror, esa caída desde el más alto valor que ha admirado la historia? La sombra de una línea recta enorme se proyecta sobre Waterloo. Es la jornada del destino. Una fuerza superior al hombre prevaleció aquel día. De ahí el espanto de todos ; de ahí todas esas grandes almas entregando su espada. Los que habían vencido a Europa cayeron aterrados, no teniendo ya nada que hacer ni que decir, sintiendo en la sombra una presencia terrible. «Hoc erat in fatis». Aquel día cambió la perspectiva del género humano. Waterloo es el gozne del siglo XIX. Se necesitaba la desaparición del grande hombre para el advenimiento del gran siglo. De efectuarla se encargó uno a quien nadie replica. El pánico de los héroes tiene su explicación. En la batalla de Waterloo hay algo más que una nube ; hay un meteoro. Dios había pasado por allí.

A la caída de la noche, en un campo cerca de Genappe, Bernard y Bertrand detuvieron y cogieron por el faldón de la levita a un hombre sombrío, pensativo, siniestro, que llevado hasta allí por la corriente de la derrota, acababa de echar pie a tierra, había pasado por el brazo la brida de su caballo, y con la mirada extraviada, regresaba solo a Waterloo. Era Napoleón que intentaba aún ir adelante, somnámbulo inmenso de aquel sueño desvanecido.

XIV

EL ÚLTIMO CUADRO

Algunos cuadros de la Guardia, inmóviles en el torrente de la derrota, como rocas en un torrente de agua, permanecían firmes hasta la noche. Cuando llegó la noche, acompañada de la muerte, esperaron esta doble sombra, y se dejaron envolver en ella a pie firme. Cada regimiento, aislado de los demás, y no teniendo ya lazo alguno con el ejército deshecho por todas partes, moría por su cuenta. Para llevar a cabo esta última acción, había tomado cada cual sus posiciones ; unos se habían situado en las alturas de Rossomme, y otros en la llanura de Mont-Saint-Jean. Allí, abandonados, vencidos, terribles, aquellos cuadros sombríos agonizaban formidablemente. Ulma, Wagram, Jena, Friedland, morían en ellos.

A la hora del crepúsculo, a eso de las nueve de la noche, sólo quedaba uno en la parte baja de Mont-Saint-Jean. En este valle funesto, al pie de la pendiente que habían subido los coraceros, inundada ahora por las masas inglesas, luchaba este cuadro bajo los fuegos convergentes de la artillería enemiga victoriosa, y bajo una horrible densidad de proyectiles. Mandábalo un obscuro oficial llamado Cambronne. A cada descarga disminuía el cuadro, y respondía. Contestaba a la metralla con la fusilería, estrechándose continuamente sus cuatro muros. Los fugitivos se detenían a lo lejos para tomar aliento, y escuchaban en las tinieblas aquel trueno sombrío que decrecía por instantes.

Cuando la legión se vió reducida a un puñado de hombres, cuando su bandera no fué más que un harapo, cuando sus fusiles agotados de balas no fueron más que bastones, cuando el montón de cadáveres fué mayor que el grupo vivo, hubo entre los vencedores una especie de terror sagrado en derredor de aquellos sublimes moribundos, y la artillería inglesa calló y tomó aliento. Fué una especie de tregua. Los combatientes tenían a su alrededor como un hormiguero de espectros, siluetas de hombres a caballo, el negro perfil de los cañones, el cielo blanco, visto al través de las ruedas y de las cureñas ; la colosal cabeza de muerto que los héroes entrevén siempre en el humo, en el fondo de la batalla, avanzaba hacia ellos y los miraba. Oyeron cargar las piezas en la sombra crepuscular, vieron las mechas encendidas, que semejantes a los ojos del tigre en la obscuridad, formaban un círculo en torno de sus cabezas ; todos los bota-fuegos de las baterías inglesas se acercaron a los cañones, y entonces, conmovido, teniendo el instante supremo suspendido encima de aquellos hombres, un gene-

ral inglés, Colvillé, según unos, o Maitland, según otros, les gritó:

—¡Rendíos, valientes franceses!

Cambronne contestó:

—¡Mierda! (1).

XV.

CAMBRONNE

El respeto que exige el lector no debiera llegar hasta el punto de que no pueda la historia repetir la palabra quizá más sublime que ha dicho un francés. Eso equivaldría a prohibir a la historia consignar los rasgos sublimes.

Así, pues, si esa prohibición existe, nosotros por nuestra cuenta y riesgo la infringimos.

Entre aquellos gigantes, hubo un Titán, que fué Cambronne.

En efecto, decir esta palabra y morir en seguida, ¡qué cosa más grande! Porque querer morir es morir, y no fué culpa suya si ametrallado sobrevivió.

El hombre que ganó la batalla de Waterloo, no fué Napoleón derrotado; no fué Wéllington replegándose a las cuatro, desesperado a las cinco; no fué Blucher que no combatió: el hombre que ganó la batalla de Waterloo, fué Cambronne.

Fulminar con tal palabra al trueno que os mata, es vencer.

Dar esta respuesta a la catástrofe, decir esto al destino, dar esta base al león futuro, arrojar esta réplica a la lluvia de la noche, al muro traidor de Hougomont, al barranco de Ohain, a la tardanza de Grouchy, a la llegada de Blucher; ser la ironía en el sepulcro; quedar de este modo en pie después de haber caído, ahogar en sus sílabas la coalición europea, ofrecer a los reyes aquellas letrinas ya conocidas de los Césares, convertir la última de las palabras en la primera, dándole el brillo de Francia, cerrar insolentemente la escena de Waterloo con una frase de carnaval, completar a Leónidas con Rabelais, resumir aquella victoria en una palabra suprema, imposible de pronunciar, perder terreno y conservar nombre en la historia, poniendo de su parte la risa del público después de tal carnicería; todo esto es inmenso.

Es el insulto al rayo: es llegar a una grandeza esquiliana.

La frase de Cambronne produce el efecto de una fractura. Es la fractura del pecho por el desdén; es el desbordamiento de la agonía que estalla. ¿Quién venció? ¿fué Wéllington? No. Sin Blucher, estaba perdido. ¿Fué Blucher? No. Si Wéllington no hubiese empezado, Blucher no hubiera podido concluir. Cambronne, ese viajero de la última hora, ese soldado desconocido, ese átomo de la guerra, conoce que hay una mentira en una catástrofe, doblemente; y en el momento en que estalla de rabia se le ofrece esta irrisión: ¡la vida! ¡Cómo no había de saltar! Allí están todos los reyes de Europa, los generales dichosos, los Júpiter tonantes; tienen cien mil soldados victoriosos; detrás de los cien mil, un millón; sus cañones, con las mechas encendidas, están esperando; tienen bajo sus pies la guardia imperial y el gran ejército; acaban de derrotar a Napoleón, y no queda más que Cambronne, no queda para protestar más que aquel gusano. El protestará. Entonces busca una palabra como se busca una espada; acúdele espuma a los labios, y esa espuma es la palabra. Ante aquella victoria prodigiosa y mediana, ante aquella victoria sin vencedores, Cambronne desesperado levanta la cabeza, se somete a sus enormes consecuencias; pero hace constar su nulidad, hace más que escupir sobre ella, y abrumado por el número, por la fuerza y por la materia, halla en su mente una expresión que aplicarle: el excremento. Lo repetimos, hacer esto, decir esto, hallar esta palabra, es ser el vencedor.

El espíritu de los grandes días inspiró a este hombre desconocido en aquel

(1) A consecuencia de una reclamación hecha por la familia del oficial a quien Víctor Hugo atribuye esta palabra, se ha abierto en Francia una información para averiguar la verdad. Uno de los veteranos de la guardia ha declarado que los ingleses hicieron dos intimaciones: a la primera contestó Cambronne: *la Guardia muere pero no se rinde*; y a la segunda «algunas palabras mal sonantes» que el veterano no ha podido recordar.

momento fatal. Cambronne inventó la frase Waterloo, como Rouguet de l'Isle inventó la Marsellesa, por inspiración del cielo. Un efluvio del huracán divino se desprende y viene a pasar por la mente de aquellos hombres; se agitan en su inspiración, y el uno entona el canto supremo, y el otro exhala el grito terrible. Esta palabra de desdén titánico, lanzada por Cambronne, no se dirigía solamente a Europa en nombre del Imperio; eso hubiera sido poco: se dirigía a lo pasado en nombre de la Revolución. Al oírla, se conoce que Cambronne posee el alma antigua de los gigantes. Parece que es Danton que habla, o Kleber que ruge.

Al oír a Cambronne, el inglés respondió ¡fuego! Las baterías arrojaron llamas, la colina tembló, de todas aquellas bocas de bronce salió un último y espantoso vómito de metralla, formóse una vasta nube de humo blanqueada por la argentada luz de la luna, y cuando se disipó ya no había nada. El resto formidable había sido anonadado; la Guardia había perecido. Los cuatro muros de aquel reducto vivo yacían por tierra, y apenas se advertía entre los cadáveres alguno que otro estremeciéndose con las convulsiones de la muerte. Así fué cómo las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, expiraron en Mont-Saint-Jean, sobre la tierra empapada en lluvia y en sangre, entre los trigos sombríos, en el sitio por donde ahora pasa a las cuatro de la mañana, silbando y azotando alegremente su caballo, el conductor José, que hace el servicio de correo en el camino de Nivelle.

XVI

¿QUOT LIBRAS IN DUCE?

La batalla de Waterloo es un enigma, tan obscuro para los que la ganaron como para el que la perdió. Para Napoleón fué un pánico (1); Blucher no vió en ella más que fuego; Wéllington no comprendió nada, como lo prueban sus comunicados oficiales. Los boletines están confusos, los comentarios embrollados. Estos no hacen más que balbucear, aquéllos tartamudean. Jomini divide la batalla de Waterloo en cuatro momentos: Muffing la separa en tres peripecias; Charra sólo—aunque en algunos puntos tengamos diversa opinión que él—, es el que apreció con certero golpe de vista los lineamientos característicos de aquella catástrofe del genio humano en lucha con el azar divino. Los demás historiadores se han deslumbrado en cierto modo, y en este deslumbramiento andan a tientas. Jornada fulgurante, en efecto; hundimiento de la monarquía militar, que con gran estupor de los reyes arrastró consigo a todos los reinos; caída de la fuerza, derrota de la guerra.

En este acontecimiento, que lleva impreso el sello de una necesidad sobrehumana, la parte de los hombres no entra para nada.

Quitar a Wéllington y a Blucher la fama de Waterloo, ¿es quitar alguna cosa a Inglaterra y a Alemania? No. Ni la ilustre Inglaterra, ni la augusta Alemania, tienen nada que ver en el problema de Waterloo. Gracias al Cielo, los pueblos son grandes sin necesidad de las lúgubres aventuras de la espada. Ni Alemania, ni Francia, ni Inglaterra dependen de una espada. En esa época en que Waterloo no es más que un ruido de sables, Alemania por encima de Blucher, tiene a Goethe, y la Inglaterra por encima de Wéllington tiene a Byron. En la aurora de ese vasto sol naciente de ideas, propio de nuestro siglo, tienen un esplendor magnífico Inglaterra y Alemania. Son majestuosas porque piensan. La elevación de nivel que traen a la civilización les es intrínseca, viene de ellas mismas, y no de un accidente. Lo que tienen de grandeza en el siglo XIX no reconoce a Waterloo por origen. Sólo los pueblos bárbaors tienen súbitas crecidas después de una victoria. Es la vanidad pasajera de los torrentes henchidos con la borrasca. Los pueblos civilizados, sobre todo en el tiempo en que estamos, ni

(1) Una batalla terminada, una jornada concluída, falsas medidas reparadas, mayores triunfos asegurados para el día siguiente, todo se perdió por un momento de terror pánico.
(NAPOLEON, *Memorias de Santa Elena.*)

se rebajan, ni se elevan por la buena o mala fortuna de un capitán. Su peso específico en el género humano resulta de algo más que un combate. Gracias a Dios, su honor, su dignidad, su luz, su genio, no son números que pueden poner a la lotería de las batallas esos jugadores que se llaman conquistadores y héroes. A veces una batalla perdida es un progreso conquistado. Cuanta menos gloria, más libertad. El tambor calla, y la razón toma la palabra. Es el juego del ganapierde. Hablemos, pues, de Waterloo fríamente por ambas partes. Demos al azar lo que es del azar, y a Dios lo que es de Dios. ¿Qué fué Waterloo? ¿Una victoria? No. Un escudo de armas.

Escudo ganado por Europa y pagado por Francia.

No merecía la pena de poner allí un león.

Por lo demás, Waterloo es el encuentro más extraño que hay en la historia: Napoleón y Wéllington. No son enemigos, son contrarios. Dios, que se complace de las antítesis, jamás formó un contraste más notable y una confrontación más extraordinaria. Por un lado, la precisión, la previsión, la geometría, la prudencia, la retirada asegurada, las reservas aprovechadas, una sangre fría obstinada, un método imperturbable, la estrategia que se aprovecha del terreno, la táctica que equilibra los batallones, la carnicería tirada a cordel, la guerra arreglada, con reloj en mano, sin dejar nada voluntariamente a la casualidad, el antiguo valor clásico, la corrupción absoluta; por otro, la intuición, la adivinación, lo extraordinario en medidas militares, el instinto sobrehumano, el golpe de vista flamante, el no sé qué, que mira como el águila y que hiere como el rayo, un arte prodigioso en medio de una impetuosidad desdeñosa, todos los misterios de un alma profunda, la asociación con el destino; el río, la llanura, la selva, la colina, intimados y obligados en cierto modo a obedecer; el déspota llegando hasta tiranizar el campo de batalla; la fe en la estrella mezclada con la ciencia estratégica, engrandeciéndola, pero turbándola. Wéllington era el Bareme de la guerra, Napoleón su Miguel Angel, y esta vez el genio fué vencido por el cálculo.

Por ambas partes se esperaba a alguno. El calculador exacto fué el que venció. Napoleón esperaba a Grouchy, y no vino; Wéllington esperaba a Blucher, y fué exacto.

Wéllington es la guerra clásica que toma su desquite. Bonaparte en su aurora la había encontrado en Italia y derrotado magníficamente. El viejo mochuelo huyó ante el buitre joven. La táctica antigua no sólo quedó derrotada, sino escandalizada. ¿Quién era ese corso de veintiséis años, qué significaba ese ignorante espléndido, que teniéndolo todo en contra suya, y nada en su favor, sin víveres, sin municiones, sin cañones, sin zapatos, casi sin ejército, con un puñado de hombres contra masas enteras, se precipita sobre Europa coligada, y ganaba absurdamente victorias imposibles? ¿Quién era ese advenedizo de la guerra que tenía la insolencia de aparecer como un astro? La escuela académica militar lo excomulgaba huyendo de él. De ahí el implacable rencor del viejo cesarismo contra el nuevo, del sable correcto contra la espada flamígera, y del tablero contra el genio. El 18 de junio de 1815, ese rencor tuvo su desquite, y debajo de Lodi, de Montebello, de Montenotte, de Mantua, de Marengo y de Arcole, escribió: Waterloo. Triunfo de los medianos, caro a las mayorías. El destino consistió en esta ironía cruel. Napoleón en su decadencia volvió a hallar ante sí a Souwarow joven.

En efecto, para tener a Souwarow, basta blanquear los cabellos de Wéllington.

Waterloo es una batalla de primera clase, ganada por un capitán de segundo orden.

Lo que se debe admirar en la batalla de Waterloo, es Inglaterra, la firmeza inglesa, la resolución inglesa, la sangre inglesa; lo que Inglaterra tuvo de magnífico, digámoslo a pesar suyo, fué ella misma. No fué su capitán, fué su ejército.

Wéllington, caprichosamente ingrato, declara en una carta a lord Ba-

thurst, que su ejército, el ejército que combatió el 18 de junio de 1815, era un «ejército pésimo». ¿Qué piensa de esta frase ese obscuro montón de huesos sepultados bajo los surcos de Waterloo?

Inglaterra ha sido demasiado modesta tratándose de Wéllington. Engrandecer a Wéllington es hacer pequeña a Inglaterra. Wéllington no es más que un héroe como cualquier otro. Los escoceses grises, los guardias de a caballo, los regimientos de Maitland y de Mitchell, la infantería de Pack y de Kempt, la caballería de Ponsomby y de Somerset, los highlanders tocando el pibroch envueltos en el fuego de la metralla, los batallones de Rylandt, los bisoños reclutas que apenas sabían manejar el fusil, haciendo frente a los veteranos de Essling y de Rívoli, eso, eso es lo grande. Wéllington fué tenaz; ese fué su mérito, y nosotros no se lo quitamos; pero el último de sus soldados de infantería y de sus jinetes, fué tan obstinado como él. El soldado de hierro vale tanto como el duque de hierro. En cuanto a nosotros, toda nuestra glorificación se dirige al soldado inglés, al ejército inglés, al pueblo inglés. Si hubo trofeos, Inglaterra los mereció para sí. La columna de Waterloo sería más justa, si en vez de la figura de un hombre, ostentara en su cúspide la estatua de un pueblo.

Pero Inglaterra se irritará por lo que decimos aquí. Conserva aún, después de 1688 y de nuestro 1789, la ilusión feudal. Cree en el derecho de herencia y en la jerarquía. Ese pueblo, superior a todos en poder y en gloria, se estima como nación, no como pueblo. Como pueblo, se subordina espontáneamente y cree que un lord es siempre una cabeza bien organizada y capaz de mandar; trabajador, se somete al desprecio; soldado, se somete al castigo de los palos. Aun recordamos que en la batalla de Inkermann, un sargento, que según parece había salvado al ejército, no pudo ser mencionado por lord Raglan, porque la jerarquía militar inglesa no permite citar en un parte a ningún héroe inferior al grado de oficial.

Lo que admiramos sobre todo en un encuentro del género del de Waterloo, es la prodigiosa habilidad del acaso. Lluvia nocturna, muro de Hougomont, cañada de Ohain, Grouchy sordo al cañón, el guía de Napoleón que le engaña, y el guía de Bulow que le dirige bien; todo este cataclismo fué conducido maravillosamente.

Digámoslo de una vez: en Waterloo hubo más mortandad que combate.

De todas las batallas ordenadas, la de Waterloo es la que tiene el frente más pequeño respecto del número de combatientes. Napoleón tenía tres cuartos de legua; Wéllington media legua (1): setenta y dos mil combatientes por cada lado. De esta espesura vino la carnicería.

Se han formado el cálculo y la proporción siguientes. Pérdida de hombres: en Austerlitz, franceses, el catorce por ciento; rusos, el treinta por ciento; austriacos, el cuarenta y cuatro por ciento. En Wagram: franceses, el trece por ciento; austriacos, el catorce. En Moskowa: franceses, el treinta y siete por ciento; rusos, el cuarenta y cuatro. En Bautzen: franceses, el trece por ciento; rusos y prusianos, el catorce. En Waterloo: franceses, el cincuenta y seis por ciento; aliados, el treinta y uno. Total respecto de Waterloo, cuarenta y uno por ciento. Ciento cuarenta y cuatro mil combatientes; setenta mil muertos.

El campo de Waterloo presenta hoy la tranquilidad que pertenece a la tierra, sustentáculo impasible del hombre, y se parece a todas las llanuras.

Sin embargo, por la noche, una especie de bruma fantástica se desprende de él, y si algún viajero lo recorre, si mira, si escucha, si medita como Virgilio en las funestas llanuras de Filipos, se apodera de él la alucinación de la catástrofe. Revive el horrible 18 de junio; la falsa colina monumental se desvanece; el león se disipa, y el campo de batalla vuelve a tomar su realidad; líneas de infantería ondean en la llanura, galopes furiosos cruzan el horizonte; el aterrado soñador ve el brillo de

(1) No se olvide que se trata de leguas francesas, mucho más cortas que las nuestras.

los sables, el resplandor de las bayonetas, el flamígero fulgor de las bombas, y el monstruoso cruzamiento de los truenos; oye, como una especie de estertor que sale del fondo de una tumba, el vago clamor de la batalla fantasma; esas sombras son los granaderos, esos resplandores son los coraceros; aquel esqueleto es Napoleón; aquel otro es Wéllington; todo esto no existe ya, y sin embargo, aun se choca y se combate, y los barrancos se tiñen de sangre, y los árboles se estremecen, y hasta las nubes respiran venganza; y cuando llega la hora de las tinieblas, todas aquellas alturas feroces, Mont-Saint-Jean, Hougomont, Firschemont, Papelotte y Plancenoit, aparecen coronadas confusamente de torbellinos de espectros exterminándose.

XVII

¿FUÉ BUENO EL RESULTADO DE WATERLOO?

Existe una escuela liberal muy respetable, que no odia a Waterloo. Nosotros no pertenecemos a ella. Para nosotros, Waterloo no es más que la fecha estupefacta de la libertad: que un águila como ésta haya salido de un huevo como aquél; eso es ciertamente lo sorprendente e inesperado.

Waterloo, si se le considera desde el punto de vista culminante de la cuestión, es intencionalmente una victoria contrarrevolucionaria. Es Europa contra Francia, San Petersburgo, Berlín y Viena contra París, el «statu quo» contra la iniciativa, el 14 de julio de 1789 atacado al través del 20 de marzo de 1815; es el zafarrancho de las monarquías contra el indomable motín francés. Apagar de una vez el volcán de ese vasto pueblo en erupción durante veintiséis años; tal era el objeto. Solidaridad de los Brunswick, de los Nassau, de los Romanoff, de los Hohenzollern, de los Habsburgos con los Borbones. Waterloo lleva a la grupa el derecho divino. Es cierto que habiendo sido despótico el Imperio, por la reacción natural de las cosas, la monarquía tradicional debía ser forzosamente liberal, y que de Waterloo salió un orden constitucional, aunque forzoso y con gran sentimiento de los vencedores. Pero la Revolución no puede ser verdaderamente vencida, y siendo providencial y absolutamente fatal, vuelve a aparecer siempre; antes de Waterloo con Bonaparte, que derriba los tronos decrépitos; después de Waterloo con Luis XVIII, que otorga y sufre al mismo tiempo la carta constitucional. Bonaparte pone un postillón en el trono de Nápoles, y un sargento en el trono de Suecia, empleando la desigualdad para demostrar la igualdad, Luis XVIII en Saint-Ouen rubrica la declaración de los derechos del hombre. ¿Queremos explicarnos lo que es la Revolución? Llamémosle Progreso. ¿Queremos explicarnos lo que es el Progreso? Llamémosle Mañana. Mañana ejecuta su tarea irresistiblemente, y la ejecuta desde hoy: llega siempre a su objeto de un modo extraordinario. Se vale de Wéllington para hacer un orador de Foy, que no era más que un soldado. Foy cae en Hougomont y se levanta en la tribuna. Así procede el Progreso. Para ese obrero no hay herramienta mala. Ajusta a su trabajo divino, sin desconcertarse, al hombre que ha atravesado los Alpes, y al enfermo y vacilante anciano del padre Elíseo. Lo mismo se sirve del gotoso que del conquistador; del conquistador, exteriormente; del gotoso, en lo interior. Waterloo poniendo término a la demolición de los tronos europeos con la espada, no hizo sino continuar por otro lado la obra revolucionaria. El militarismo concluyó, y les llegó su vez a los pensadores. El siglo que Waterloo quería detener, marchó por encima de él y prosiguió su camino. Esta victoria siniestra fué vencida por la libertad.

En suma, e incontestablemente, lo que triunfaba en Waterloo, lo que sonreía tras Wéllington, lo que le llevaba todos los bastones de mariscal de Europa, incluso, según se dice, el bastón de mariscal de Francia, lo que hacía rodar alegremente las carretadas de tierras llenas de huesos para elevar el cerro del león, lo que hizo inscribir triunfalmente en ese pedestal la fecha: «18 de junio de 1815»; lo que animaba a

Blucher a acuchillar y acabar con la derrota; lo que desde lo alto de la meseta de Mont-Saint-Jean se inclinaba sobre Francia como sobre una presa, era la contrarrevolución. La contrarrevolución fué quien murmuró esta palabra infame: desmembración. Al llegar a París vió el cráter de cerca, sintió que sus cenizas le quemaban los pies, y varió de opinión. Volvió a la tartamudez de una carta constitucional.

No veamos en Waterloo sino lo que hay realmente en él. Y respecto de intenciones liberales no había ninguna. La contrarrevolución era involuntariamente liberal, lo mismo que Napoleón, por un fenómeno análogo, era revolucionario contra su voluntad. El 18 de junio de 1815, Robespierre a caballo perdió los estribos.

XVIII

RECRUDESCENCIA DEL DERECHO DIVINO

Terminada la dictadura, todo un sistema europeo se vino abajo.

El Imperio se desmoronó en una sombra parecida a la del mundo romano expirante. Volvióse a ver el abismo como en tiempos de los bárbaros. Sólo que la barbarie de 1815, a la cual llamaremos por su apodo la contrarrevolución, tenía poco aliento, se cansó en breve y se detuvo. El Imperio, confesémoslo de una vez, fué llorado, y llorado por los ojos de héroes. Si la gloria consiste en la espada convertida en cetro, el Imperio había sido la gloria misma. Había derramado por la tierra toda la luz que puede dar la tiranía, luz sombría; digamos más: luz obscura.

Comparada con la del día verdadero, es la obscuridad de la noche. Pero la desaparición de esta noche produjo el efecto de un eclipse.

Luis XVIII regresó a París. Los bailes del 8 de junio borraron el entusiasmo del 20 de marzo. El corso se volvió la antítesis del bearnés. La bandera de la cúpula de las Tullerías fué blanca; el destierro se sentó en el trono. La mesa de abeto de Hartwell se colocó frente al sillón flordelisado de Luis XIV. Se habló de Bouvines y de Fontenoy como del día anterior, habiendo envejecido Austelitz. El altar y el trono fraternizaron majestuosamente. En Francia y en el continente se estableció una de las formas más incontestadas de la salvación de la sociedad en el siglo XIX. Europa tomó la escarapela blanca.

Trestaillon se hizo célebre. La divisa «non pluribus in par» volvió a aparecer en rayos de piedra, figurando un sol en la fachada del cuartel del muelle de Orsay. Donde había habido una guardia imperial, hubo una casa roja. El arco del «Carroussel», cargado de victorias ya insoportables, fuera de su sitio en estas novedades, algo vergonzoso tal vez de Marengo y de Arcole, salió del paso con la estatua de Angulema. El cementerio de la Magdalena, temible fosa común del 93, se cubrió de mármol y de jaspe, descansando en este polvo los huesos de Luis XVI y de María Antonieta. En el foso de Vicennes se elevó de la tierra un monumento sepulcral para recordar que el duque de Enghien había muerto el mismo mes en que fué coronado Napoleón. El Papa Pío VII, que había hecho esta consagración casi al mismo tiempo de ocurrir aquella muerte, bendijo tranquilamente la caída como había bendecido la elevación. Hubo en Schoenbrunn un niño de cuatro años, sombra infeliz a quien era sedicioso llamar rey de Roma. Y se hicieron todas estas cosas, y estos reyes volvieron a subir a sus tronos, y el dueño de Europa fué encerrado en una jaula, y el antiguo régimen se convirtió en moderno, y toda la obscuridad y toda la luz de la tierra cambiaron de sitio, porque en la tarde de un día de verano, un pastor dijo en el bosque a un prusiano: Pasad por aquí y no por allí.

El año 1815 fué una especie de abril lúgubre. Las viejas realidades nocivas y venenosas se cubrieron de nuevas apariencias. La mentira se casó con el 1789; el derecho divino se enmascaró con una carta; las farsas se hicieron constitucionales; las preocupaciones, las supersticiones y los pensamientos ocultos con el artículo 14 en el corazón, se barnizaron de liberalismo. Fué el cambio de piel de las serpientes.

El hombre había sido hecho grande y empequeñecido a la vez por Napoleón. Lo ideal, bajo ese reinado de la materia espléndida, recibió el extraño nombre de ideología: grave imprudencia de un grande hombre ridiculizar el porvenir. Los pueblos, sin embargo, esa carne de cañón tan enamorada del artillero, lo buscaban con la vista. ¿Adónde está? ¿Qué hace? Napoleón ha muerto, decía un transeunte a un inválido de Marengo y de Waterloo. «¿Muerto él?», exclamó el soldado; «¿lo conocéis bien?» Las imaginaciones deificaban a aquel hombre caído. Después de Waterloo, el fondo de Europa fué tenebroso. Durante mucho tiempo hubo un gran vacío causado por la ausencia de Napoleón.

Los reyes se colocaron en este vacío. La vieja Europa se aprovechó de él para reformarse. Hubo una Santa Alianza. Bella-Alianza, había dicho de antemano el campo fatal de Waterloo.

En presencia y frente a frente de la antigua Europa rehecha, se bosquejaron los rasgos de una Francia nueva. El porvenir ridiculizado por el emperador, hizo su entrada solemne llevando en la frente la estrella de la libertad. Los ojos ardientes de las generaciones jóvenes se volvieron hacia él. Cosa singular, se enamoraron al mismo tiempo del porvenir Libertad, y del pasado Napoleón. La derrota había elevado al vencido: Bonaparte caído, parecía más alto que Napoleón de pie. Los que habían triunfado, tuvieron miedo. Inglaterra le hizo guardar por Hudson Lowe, y Francia le hizo espiar por Montchenu. Sus brazos cruzados pusieron en alarma los tronos. Alejandro le llamaba mi insomnio. Este espanto procedía de la cantidad de revolución que tenía en sí, lo cual explica y excusa el liberalismo bonapartista. El fantasma hacía temblar al viejo mundo. Los reyes reinaron con cierto malestar mientras tuvieron la roca de Santa Elena en el horizonte.

Mientras Napoleón agonizaba en Longwood, los setenta mil hombres que cayeron en el campo de Waterloo, yacían gangrenándose tranquilamente, y algo de su paz se esparció por el mundo. El Congreso de Viena hizo sus tratados de 1815, y Europa llamó a esto la Restauración.

Esto fué Waterloo.

Pero, ¿qué importa a lo infinito? Toda esta tempestad, toda esa nube, esa guerra, y después esa paz, toda esa sombra no turbó un momento la luz de la inmensa mirada, ante la cual un pulgón saltando de hoja en hoja, es igual al águila que vuela de campanario en campanario en las torres de Nuestra Señora.

XIX

EL CAMPO DE BATALLA POR LA NOCHE

Es una necesidad de este libro que volvamos a ese campo fatal de batalla.

El 18 de junio de 1815 era día de luna llena. Aquella claridad favoreció la feroz persecución de Blucher, denunció las huellas de los fugitivos, entregó aquellas masas desastrosas a la caballería prusiana, y ayudó a la matanza. La noche se complace algunas veces en ser testigo de esas horribles catástrofes.

Después de disparado el último cañonazo, la llanura de Mont-Saint-Jean quedó desierta.

Los ingleses ocuparon el campamento de los franceses; es la prueba habitual de la victoria acostarse en el lecho del vencido. Establecieron su vivac al otro lado de Rosomme. Los prusianos, continuando la persecución, siguieron adelante. Wéllington fué a la aldea de Waterloo a redactar el parte para lord Bathurts.

Si alguna vez ha sido aplicable el «sic vos non vobis», es seguramente a esta aldea de Waterloo. Waterloo no hizo nada, y está situada a media legua de los sitios en que se dió la acción. Mont-Saint-Jean fué cañoneado, Hougomont fué quemado, Papelotte, también, Plancenoit igualmente, la Haie-Sainte fué tomada por asalto, la Bella-Alianza vió el brazo de los dos vencedores. Sin embargo, estos nombres han quedado casi desconocidos, y Waterloo, que no hizo nada en la batalla, tuvo para sí todos los honores.

No somos aduladores de la guerra; cuando se presenta la ocasión, le decimos las verdades. La guerra tiene be-

llezas horribles que no hemos ocultado; pero convengamos en que tiene también cosas muy feas. Una de las más sorprendentes es el rápido despojo de los muertos después de la victoria. El alba que sigue a una batalla aparece siempre para alumbrar cadáveres desnudos.

¿Quién hace esto? ¿Quién mancha así el triunfo? ¿Qué asquerosa mano furtiva es esa que se introduce en el bolsillo de la victoria? ¿Qué rateros son esos que dan sus golpes detrás de la gloria? Algunos filósofos, entre ellos Voltaire, afirman que son precisamente aquellos que han conquistado la gloria. Son los mismos, dicen; no ha habido cambio alguno, los que están de pie saquean a los que están en tierra. El héroe del día es el vampiro de la noche. Al fin y al cabo tiene derecho a despojar a un cadáver que él mismo ha hecho. En cuanto a nosotros, no lo creemos. Recoger laureles y robar los zapatos a un muerto nos parece imposible que lo haga una misma mano.

Lo cierto es que, generalmente, después de los vencedores vienen los ladrones. Pero pongamos al soldado, sobre todo al soldado contemporáneo, fuera de cuestión.

Todo ejército tiene una cola, y a ésa es a la que debe acusarse. Seres murciélagos, entre bandidos y criados, todas las especies de mariposas crepusculares que engendra esa obscuridad que se llama la guerra, portadores de uniforme que no combaten, enfermos supuestos, cojos temibles, cantineros contrabandistas, algunas veces con sus mujeres, trotando en carretas, y robando lo que vuelven a vender, mendigos que se ofrecen por guías a los oficiales, granujas merodeadores, todo esto—no hablamos del tiempo presente—, seguía en pos de los ejércitos en otro tiempo, de tal suerte, que en el lenguaje especial militar se llamaban «los rezagados». Ningún ejército, ni nación alguna era responsable de estos seres; hablaban italiano y seguían a los alemanes; hablaban francés y seguían a los ingleses. Uno de estos miserables, rezagado español que hablaba francés, fué el que engañó al marqués de Fervacques con su charla, el cual tomándole por uno de los nuestros, se fió de él, y fué muerto a traición y robado en el mismo campo de batalla la noche que siguió a la victoria de Cernolles. Del merodeador nacía el pícaro. La detestable máxima: «vivir a costa del enemigo», producía esta lepra, que sólo podía curar una disciplina rigurosa. Hay famas que engañan; algunas veces no se sabe por qué ciertos generales, grandes por otro lado, han sido tan populares. Turena era adorado de sus soldados porque toleraba el pillaje; el mal consentido forma parte de la bondad; Turena era tan bueno, que dejó poner a sangre y fuego el Palatinado. Detrás de los ejércitos veíanse más o menos merodeadores, según la mayor o menor severidad del jefe. Hoche y Maneau no tenían rezagados. Wéllington — le hacemos voluntariamente esta justicia—, tenía muy pocos.

Sin embargo, en la noche del 18 al 19 de junio se despojó a los muertos. Wéllington fué rígido; dió orden de pasar por las armas a todo el que fuese cogido en flagrante delito, pero la rapiña es tenaz.

Los merodeadores robaban en uno de los extremos del campo de batalla, mientras estaban fusilando en el otro.

En esta llanura la luna era siniestra.

A eso de las doce vagaba un hombre, o mejor dicho, andaba arrastrándose por la parte del barranco de Ohain. Según toda apariencia, era uno de los que acabamos de caracterizar, ni inglés, ni francés, ni soldado, ni paisano, menos hombre que hiena; atraído por el olor de los muertos, teniendo el robo por victoria, y acudiendo a saquear a Waterloo. Llevaba una blusa que tenía algo de capote, e inquieto y atrevido, marchaba hacia adelante mientras miraba hacia atrás. ¿Quién era aquel hombre? Probablemente la noche le conocía más que el día. No llevaba saco, pero es indudable que llevaba bajo su capote anchos bolsillos. De vez en cuando se detenía, examinaba la llanura en torno suyo, como para ver si alguien le observaba, se bajaba bruscamente, revolvía en tierra una cosa silenciosa e inmóvil, y luego se enderezaba, y se es-

capaba de aquel sitio. Su paso de zorra, su actitud, su gesto rápido y misterioso, le asemejaban a esas larvas crepusculares que frecuentan las ruinas, y que las antiguas leyendas normandas llaman los «Andantes».

Ciertas aves nocturnas forman figuras de esta especie en los pantanos.

Cualquiera que hubiese mirado con atención toda esta bruma, habría podido notar a cierta distancia, parado y como oculto detrás de un caserón que rodea en la calzada de Nivelle el ángulo del camino de Mont-Saint-Jean a Braine l'Ailleud, una especie de carro pequeño de vivandero, con toldo de mimbre embreado, del que tiraba un hambriento rocín, que en aquel momento pacía las ortigas al través del freno, y en el carro una especie de mujer sentada encima de cofres y paquetes. Tal vez había algún vínculo de unión entre este carro y el merodeador.

La claridad era serena. Ni una nube empañaba el limpio azul del horizonte. ¿Qué importa que la tierra se tiña de rojo si la luna permanece blanca? Esa es la indiferencia del cielo. Las ramas de los árboles rotas por la metralla, pero sin caer aún, y sujetas a la corteza, se mecían en la pradera blandamente al suave soplo del viento de la noche. Un tenue aliento, casi una respiración, movía las malezas. Había en la hierba cierto estremecimiento que parecía el de las almas al abandonar los cuerpos.

Oíanse vagamente en lontananza ir y venir las patrullas y rondas mayores del campamento inglés.

Hougomont y la Haie-Sainte continuaban ardiendo, formando, el uno al Oeste y el otro al Este, dos grandes hogueras, a las que se unía como un collar de rubíes desatado con dos carbunclos a sus extremos, el cordón de fuego del campamento inglés, que se extendía en inmenso semicírculo por las colinas del horizonte.

Hemos referido la catástrofe del camino de Ohain. El corazón se espanta al pensar lo que había sido aquella especie de muerte para tantos valientes.

Si hay alguna cosa horrible, si existe una realidad que va más allá del sueño es ésta: vivir, ver el sol, estar en plena posesión de la fuerza viril, tener salud y alegría, reír con valor, correr hacia una gloria deslumbradora que se tiene delante, sentir en el pecho un pulmón que respira, un corazón que late, una voluntad que raciocina, hablar, pensar, esperar, amar, tener una madre, tener mujer, tener hijos, tener luz, y de pronto, en el espacio de tiempo necesario para dar un grito, en menos de un minuto, hundirse en un abismo, caer, rodar, magullar, ser magullado, ver espigas de trigo, flores, hojas, ramas, no poder agarrarse a nada, apretar un sable inútil, tener debajo de sí los hombres, encima los caballos, luchar en vano, romperse los huesos con una coz dada en las tinieblas, sentir el tacón de una bota que os hace saltar los ojos, recordar con rabia las herraduras de los caballos, ahogarse, aullar, desesperarse, estar allí debajo y decirse: ¡Hace un momento yo vivía!

Donde había ocurrido este lamentable desastre, reinaba a la sazón un profundo silencio. La caja del camino estaba llena de caballos y de jinetes amontonados inextricablemente: terrible amalgama. Ya no había declive, los cadáveres nivelaban el camino con la llanura, y le tenían ras con ras como una media fanega de cebada bien medida. Un montón de muertos en la parte alta, y un río de sangre en la parte baja; tal era este camino la noche del 18 de junio de 1815. La sangre corría hasta la calzada de Nivelle, y allí se extendía en una ancha laguna delante de la tala de árboles que cerraba el paso de la calzada, en un sitio que hoy se enseña aún. Según recordará el lector, en el punto opuesto hacia la calzada de Genappe, fué donde ocurrió el desastre de los coraceros. La multitud de cadáveres era proporcionada a la profundidad de la cañada. En medio, hacia el sitio donde se igualaba con la llanura, y por donde había pasado la división Delord, la capa de los muertos era más delgada.

El vagabundo nocturno que acabamos de hacer entrever al lector, iba por este lado escudriñando aquella inmensa tumba, mirando, pasando no sé qué as-

querosa revista de muertos, y hundiéndose los pies en charcos de sangre. De pronto se detuvo.

A algunos pasos delante de él, en el camino, y en el punto donde concluía el montón de cadáveres de debajo de aquella masa confusa de hombres y de caballos salía una mano abierta alumbrada por la luna.

Esta mano tenía en el dedo una cosa que brillaba, y que era una sortija de oro.

El hombre se inclinó y permaneció un momento agachado y cuando volvió a levantarse, la sortija había desaparecido de la mano.

No se volvió a levantar precisamente; permaneció en una actitud feroz y medrosa, volviendo la espalda al montón de muertos, examinando el horizonte, de rodillas, con el cuerpo inclinado hacia adelante, y apoyando en tierra los dos índices, sacando la cabeza por encima del borde del camino. Las cuatro patas del chacal convienen a ciertas acciones.

Después, tomando su partido, se levantó.

En aquel momento tuvo una especie de sobresalto.

Sintió que lo agarraban por detrás.

Volvióse; era la mano abierta que había vuelto a cerrarse, y que le había cogido el faldón de su capote.

Un hombre honrado hubiese tenido miedo. Este se echó a reír.

—¡Calle!—dijo—; si es el muerto. Más me gusta un aparecido que un gendarme.

Sin embargo, la mano se fué aflojando y le soltó. El esfuerzo se agota pronto en la tumba.

—¡Hola!—dijo el vagabundo—, ¿estará vivo este muerto? Vamos a ver.

Inclinóse de nuevo, empezó a separar los obstáculos que le impedían llegar hasta la mano, y una vez separados, la cogió, empuñó el brazo, separó la cabeza, sacó el cuerpo, y algunos instantes después arrastraba en la obscuridad del camino a un hombre inanimado, o desmayado a lo menos. Era un coracero, un oficial, y hasta oficial de cierta categoría; por debajo de la coraza salía una charretera gruesa de oro; este oficial no tenía ya casco. Un sablazo furioso había destrozado su cara, en la que sólo se veía sangre. Por lo demás, parecía que no tenía ningún miembro roto, y por una feliz casualidad, si esta palabra es posible aquí, los muertos habían formado arco por cima de él, de modo que le habían librado de ser aplastado. Sus ojos estaban cerrados. Sobre su coraza llevaba la cruz de plata de la Legión de Honor.

El vagabundo arrancó esta cruz, que desapareció en uno de los abismos que tenía debajo del capote.

Hecho lo cual, tentó el bolsillo del chaleco del oficial, en el que sintió un reloj y lo tomó. Después examinó el otro bolsillo, halló en él una bolsa, y la cogió. A este punto llegaba del socorro que estaba prestando al moribundo, cuando el oficial abrió los ojos.

—Gracias—dijo débilmente.

Lo brusco de los movimientos del hombre que así lo manejaba, la frescura de la noche, y el aire respirado libremente, le habían sacado de su letargo.

El vagabundo no respondió. Levantó la cabeza. Por la llanura oíase ruido de pasos; probablemente alguna patrulla que se acercaba.

El oficial murmuró, aunque con voz agonizante:

—¿Quién ha ganado la batalla?

—Los ingleses—respondió el vagabundo.

El oficial continuó:

—Registrad mis bolsillos; en ellos hallaréis una bolsa y un reloj, tomadlos.

Ya estaba hecho; pero el vagabundo fingió ejecutar lo que se le decía, y replicó:

—No hay nada.

—Me han robado—dijo el oficial—, y lo siento. Hubiese sido para vos.

Los pasos de la patrulla se oían cada vez más distintos.

—Viene gente—dijo el vagabundo, haciendo el movimiento de un hombre que se va.

El oficial, levantando el brazo con trabajo, le detuvo.

—Me habéis salvado la vida. ¿Quién sois?

El vagabundo respondió rápidamente y en voz baja:

—Yo pertenecia como vos al ejército francés. Tengo que dejaros : si me cogiesen, me fusilarían. Os he salvado la vida. Ahora componeos como podáis.

—¿Cuál es vuestra graduación?

—Sargento.

—¿Cómo os llamáis?

—Thenardier.

—No olvidaré ese nombre—dijo el oficial—. Y vos conservad el mío Me llamo Pontmercy.

LIBRO SEGUNDO

El navío «Orión»

I

EL NÚMERO 24.601 SE CONVIERTE EN EL NÚMERO 9.430

Juan Valjean había sido capturado de nuevo.

El lector nos agradecerá que pasemos rápidamente por detalles dolorosos. Nos limitaremos, pues, a reproducir dos sueltos publicados por los periódicos de aquella época, pocos meses después de los sorprendentes acontecimientos ocurridos en M.

Estos artículos son algo reducidos, porque, como sabemos, en aquel tiempo no existía aún la *Gaceta de los Tribunales*.

Tomamos el primero de *La Bandera Blanca*, fechado el 25 de julio de 1823.

«Un distrito del departamento del Pas-de-Calais acaba de ser teatro de un acontecimiento poco común. Un hombre extraño al departamento, y llamado el señor Magdalena, había dado gran impulso de algunos años a esta parte, gracias a procedimientos nuevos, a una antigua industria local : la fabricación de azabaches y abalorios negros. En ella había hecho su fortuna, y, si vale decir verdad, la del departamento. En justa retribución de sus servicios se le había nombrado alcalde. La policía ha descubierto que el señor Magdalena no era sino un antiguo presidiario, escapado del presidio, condenado en 1796 por robo, y llamado Juan Valjean. Este ha sido enviado de nuevo al presidio. Parece que antes de su prisión había conseguido sacar de casa del señor Laffitte la cantidad de más de medio millón de francos que tenía colocada en dicha casa, y que por otra parte, según se dice, había ganado muy legítimamente en su comercio. No se ha podido saber dónde había ocultado esta suma Juan Valjean después de su entrada en el presidio de Tolón.»

El segundo artículo, algo más minucioso, se publicó en el *Diario de París* de la misma fecha. Dice así :

«Acaba de comparecer ante el tribunal de los Asisses del Var un antiguo licenciado de presidio, llamado Juan Valjean, en circunstancias propias para llamar la atención. Este criminal había conseguido engañar la vigilancia de la policía ; había cambiado de nombre y logrado hacerse nombrar alcalde de una de nuestras pequeñas poblaciones del Norte, donde había establecido un comercio de bastante consideración. Al fin ha sido desenmascarado y preso, gracias al celo infatigable de la autoridad. Tenía por concubina a una mujer pública, que ha muerto de terror en el momento de su prisión. Este miserable, dotado de una fuerza hercúlea, había hallado medio de evadirse ; pero tres o cuatro días después de su evasión, la policía consiguió apoderarse nuevamente de él en París mismo, en el momento de subir en uno de esos pequeños carruajes que hacen el trayecto de la capital a la aldea de Montfermeil (Sena y Oise). Dícese que se aprovechó del intervalo de estos tres o cuatro días de libertad para retirar una suma considerable colocada por él en casa de uno de nuestros principales banqueros y cuyo importe se hace subir a seiscientos o setecientos mil francos. Si hemos de dar crédito al acta de acusación, debe haberla escondido en un sitio conocido de él sólo, y no se ha podido dar con ella ; como quiera que sea, el tal Juan Valjean acaba de comparecer ante el tribunal del departamento del Var como acusado de robo en despoblado cometido a mano armada, hará unos ocho

años, en la persona de uno de esos honrados niños, que como dijo el patriarca de Ferney en versos inmortales:

»Todos los años vienen de Saboya,
»para deshollinar con diestra mano
»los largos tubos de las chimeneas.

»El bandido ha renunciado a defenderse. El hábil y el elocuente órgano del ministerio público ha probado que el robo fué cometido en unión con otros cómplices, y que Juan Valjean formaba parte de una banda de ladrones establecida en el Mediodía. Por consiguiente, Juan Valjean, declarado reo, ha sido condenado a la pena de muerte; y no habiendo querido entablar el recurso de casación, la sentencia se hubiera ejecutado, si el rey, en su inagotable benignidad, no se hubiera dignado conmutarle dicha pena por la de cadena perpetua. Juan Valjean ha sido conducido inmediatamente al presidio de Tolón.»

No se habrá olvidado que Juan Valjean tenía en M. costumbres religiosas. Algunos periódicos, entre otros *El Constitucional*, presentaron esta conmutación de pena como un triunfo del partido clerical.

Juan Valjean cambió de número en el presidio. Se llamó el 9.430.

Por lo demás—digámoslo de una vez para siempre—, la prosperidad de M. desapareció con el señor Magdalena; todo cuanto había previsto en su noche de vacilación y de fiebre se realizó; faltando él, faltó el alma de aquella población. Después de su caída se verificó en M. ese reparto egoísta de la herencia de los grandes hombres caídos, esa fatal desmembración de las cosas florecientes que se efectúa todos los días obscuramente en la comunidad humana, y que la historia no ha consignado más que una vez, porque se hizo después de la muerte de Alejandro. Los tenientes se coronan reyes; los contramaestres se improvisaron fabricantes. Surgieron las rivalidades envidiosas. Cerráronse los vastos talleres de Magdalena; los edificios se arruinaron, dispersáronse los obreros. Unos dejaron el país, otros dejaron el oficio. Desde entonces todo se hizo en pequeño en vez de hacerse en grande; en vez de hacerse por el bien, se hizo por el lucro. Ya no hubo centro; la competencia y el encarnizamiento aparecieron por todas partes. Magdalena lo dominaba y dirigía todo. Caído él, cada uno se fué por su lado; el espíritu de lucha sucedió al espíritu de organización, la aspereza a la cordialidad, el odio del uno contra el otro, a la benevolencia del fundador para con todos; los hilos atados por el señor Magdalena se enredaron y se rompieron; se falsificaron los procedimientos, se envilecieron los productos, se mató la confianza, disminuyeron las exportaciones, hubo menos pedidos, bajó el salario, cerráronse los talleres, y pronto vino la quiebra. Y luego nada para los pobres. Todo se desvaneció.

El Estado mismo echó de ver que alguien había sido arruinado en alguna parte. En menos de cuatro años, después de la sentencia del tribunal estableciendo la identidad de Magdalena y de Juan Valjean, y enviándolo a presidio, se habían duplicado los gastos de percepción del impuesto en el distrito de M. como observó M. de Vilelle en la tribuna, en el mes de febrero de 1827.

II

DONDE SE LEERÁN DOS VERSOS, QUE SON TAL VEZ DEL DIABLO

Antes de ir más lejos, bueno será referir con algunos pormenores un hecho singular que hacia la misma época pasó en Montfermeil, y que no deja de tener su coincidencia con ciertas conjeturas del ministerio público.

Hay en el país de Montfermeil una superstición muy antigua, tanto más curiosa y tanto más preciosa, cuanto que superstición popular en las cercanías de París es como un áloe en la Siberia. Somos de los que respetan todo lo que se halla en estado de planta rara. La superstición de Montfermeil consiste en creerse allí que el diablo, desde tiempo inmemorial, ha escogido la selva inmediata para ocultar en ella sus tesoros. Las buenas mujeres afirman que no es raro encontrar, al morir

el día, en los sitios apartados del bosque, un hombre negro, con facha de carretero o de leñador, calzado con zuecos; vestido con pantalón y sobretodo de lienzo, y fácil de conocer, porque en vez de gorra o de sombrero lleva dos cuernos inmensos en la cabeza. En efecto, esto debe servir de mucho para conocerlo. Este hombre está habitualmente ocupado en hacer hoyos en la tierra. Hay tres modos de sacar partido del encuentro. El primero es llegarse al hombre y hablarle. Entonces se ve que el pobre hombre no es más que un aldeano, que parece negro porque es la hora del crepúsculo; que no hace tal hoyo en la tierra, sino que corta hierba para sus vacas, y que lo que se había tomado por cuernos no es más que una horquilla para remover el estiércol, que lleva a la espalda, y cuyos dientes por efecto de la perspectiva de la noche, parecía que salían de su cabeza. Vuelve uno a su casa, y se muere al cabo de una semana. El segundo método es observarle, esperar a que haya hecho su hoyo, a que lo haya vuelto a cubrir y se haya ido; luego ir corriendo al agujero, destaparlo y coger «el tesoro» que el hombre negro ha depositado en él necesariamente. En este caso muere uno al cabo de un mes. En fin, el tercer método es no hablar al hombre negro, no mirarle, y echar a correr a todo escape. Entonces muere uno al cabo de un año.

Como los tres métodos tienen sus inconvenientes, el segundo, que ofrece a lo menos algunas ventajas, entre otras las de poseer un tesoro, aunque no sea más que un mes, es el que generalmente se adopta. Los hombres atrevidos y que intentan toda clase de aventuras, han abierto muchas veces, según se dice, los hoyos hechos por el hombre negro, y han intentado robar al diablo. Parece que la operación no ha producido grandes resultados a lo menos si se ha de creer la tradición, y en particular los dos versos enigmáticos en latín bárbaro que ha dejado sobre este asunto un mal fraile normando, algo hechicero, llamado Trifón. Este Trifón está enterrado en la abadía de San Jorge de Bocherville cerca de Ruan, y sobre su tumba nacen sapos.

Se hacen, pues, esfuerzos enormes, porque esos hoyos son generalmente muy hondos; se suda, se cava, se trabaja toda una noche, porque de noche es cuando se ejecuta todo esto; se empapa la camisa en sudor; se gasta toda la luz, se mella el azadón; y cuando se ha llegado, en fin, al fondo del hoyo, cuando se ha puesto la mano encima del «tesoro», ¿qué es lo que se encuentra? ¿qué es el tesoro del diablo? Un sueldo, a veces un escudo, una piedra, un esqueleto, un cadáver destilando sangre, en ocasiones un espectro doblado en cuatro como un pliego de papel en una cartera; otras veces nada. Esto es lo que al parecer anuncian a los curiosos indiscretos los versos de Trifón:

Fodit, et infossa thesauros condit opaca,
As, nummos, lapides, cadaver, simulacra,
[nihilque.

Parece que en nuestros días se halla también en estos hoyos, bien un frasco de pólvora con balas, bien una baraja vieja de cartas grasientas y chamuscadas que indudablemente ha servido a los diablos. Trifón no consigna estos dos hallazgos, porque vivía en el siglo XII, y no parece que el diablo haya tenido el talento de inventar la pólvora antes de Roger Bacon ni las cartas antes de Carlos VI.

Por lo demás, el que juega con estas cartas puede estar seguro de perder todo lo que posee, y en cuanto a la pólvora que hay en el frasco tiene la propiedad de hacer reventar el fusil en el rostro.

Ahora bien, muy poco tiempo después de la época en que pareció al ministerio público que el licenciado de presidio Juan Valjean, durante su evasión de algunos días, había andado vagando por los alrededores de Montfermeil, se notó en esta misma aldea que un viejo peón caminero llamado Boulatruelle hacía «frecuentes visitas» al bosque. Se creía saber en el país que el tal Boulatruelle había estado en presidio; estaba sometido a cierta vigilancia de la policía, y como no encontraba trabajo en ninguna parte, la administración lo empleaba por un pequeño jor-

nal como peón en el camino vecinal de Gagny a Lagny.

Este Boulatruelle que era mirado de reojo por la gente del país, demasiado respetuoso, demasiado humilde, pronto a quitarse su gorra ante todo el mundo, temblando y sonriendo delante de los gendarmes, estaba afiliado probablemente a alguna partida de malhechores, según se decía; y aun se tenían sospechas de que se emboscaba a la caída de la noche en alguna espesura de los bosques. No tenía en su favor sino la circunstancia de ser borracho.

Véase lo que se creía haber notado:

Hacía algún tiempo que Boulatruelle dejaba muy temprano su trabajo de echar piedra y de componer el camino, y se iba con su azadón a la selva. A la caída de la tarde se le encontraba en los claros más desiertos, entre la maleza más sombría buscando al parecer alguna cosa, y otras veces abriendo hoyos. Las comadres que pasaban le tomaban por Belcebú; después conocían a Boulatruelle, y no quedaban más tranquilas por esto. Tales encuentros parece que incomodaban mucho a Boulatruelle, lo cual era indicio evidente de que procuraba ocultarse, y de que había misterio en lo que hacía.

Decían en la aldea:

—Es claro que el diablo se ha aparecido. Boulatruelle le ha visto, y busca. Vamos, se ha empeñado en atraparle el gato a Lucifer.

Los volterianos añadían:

—¿Será Boulatruelle quien atrape al diablo, o el diablo a Boulatruelle?

Las viejas se llevaban todo el día haciendo la señal de la cruz.

Poco tiempo después cesaron las idas de Boulatruelle al bosque, y volvió a su trabajo de peón caminero, con lo cual se habló de otra cosa.

No obstante, la curiosidad de algunas personas no se había dado por satisfecha, creyendo que en todo esto había probablemente, no los fabulosos tesoros de la leyenda, sino alguna buena cantidad más seria y más palpable que los billetes de Banco del diablo, y cuyo secreto había medio sorprendido sin duda el caminero. Los más «curiosos» eran el maestro de escuela y el bodegonero Thenardier, el cual era amigo de todo el mundo, y no había desdeñado unirse a Boulatruelle.

—Ha estado en presidio—se decía—. ¡Cómo ha de ser! No se sabe, ni quién está allí, ni quién irá.

Una noche afirmaba el maestro de escuela que en otro tiempo la justicia habría inquirido lo que Boulatruelle iba a hacer al bosque, y le habría hecho hablar, porque en caso de necesidad se le habría sometido al tormento, y no habría podido resistir, por ejemplo, a la cuestión del agua.

—Le daremos la cuestión del vino —dijo Thenardier.

Pusieron manos a la obra, e hicieron beber al viejo peón caminero. Boulatruelle bebió enormemente, y habló poco. Combinó con un arte admirable, y en una proporción magistral, la sed de un glotón con la discreción de un juez. Sin embargo, a fuerza de volver a la carga, y de unir y compaginar las pocas palabras obscuras que se le escaparon, Thenardier y el maestro de escuela creyeron comprender lo siguiente:

Una mañana, al ir Boulatruelle a su trabajo, apenas amanecía, se sorprendió al ver en un recodo del bosque entre la maleza una pala y un azadón, «como quien dice, ocultos». Sin embargo, pensó que probablemente serían el azadón y la pala del tío Six-Fours, el aguador, y no volvió a pensar en ello. Pero al obscurecer del mismo día había visto, sin que le viese a él, porque estaba oculto tras un árbol, «a un individuo que no era del país; que se dirigía desde el camino a lo más espeso del bosque, y a quien él, Boulatruelle, conocía muy bien». Traducción de Thenardier: «Un compañero de presidio.»

Boulatruelle se había negado obstinadamente a decir su nombre. Este individuo llevaba un paquete, una cosa como cuadrada, parecida a una caja grande, o a un cofre pequeño. Sorpresa de Boulatruelle. Sin embargo, hasta pasados siete u ocho minutos no se le ocurrió la idea de seguir al «sujeto». Pero era demasiado tarde; el «sujeto» se había internado en lo más espeso del

bosque; la noche se había echado encima, y Boulatruelle no había podido dar con él. Entonces tomó el partido de observar a la entrada del bosque. «Hacía luna», y dos o tres horas después había visto salir de entre la maleza al sujeto, llevando, no el cofre-maleta, sino una pala y un azadón. Boulatruelle le dejó pasar, y no se le ocurrió la idea de llegarse a él, porque dijo para sí que el otro era tres veces más fuerte, y, armado además como iba de un azadón y una pala, le hubiera hundido de un puñetazo, probablemente, al conocerle y verse conocido. Tierna efusión de dos camaradas antiguos que se vuelven a hallar. Pero la pala y el azadón habían sido un rayo de luz para Boulatruelle; había corrido a la maleza por la mañana, y no había encontrado ya ni uno ni otro instrumento, de lo cual dedujo que el sujeto, después de entrar en el bosque, abrió un hoyo en la tierra con el azadón, enterró el cofre, y volvió a cerrar el hoyo con la pala. Ahora bien: el cofre era demasiado pequeño para contener un cadáver; contenía, pues, dinero. De ahí sus pesquisas. Boulatruelle exploró, sondeó y escudriñó toda la selva, y miró por todas partes donde le pareció que habían removido recientemente la tierra; pero fué en vano.

No había «pescado» nada. Nadie volvió a pensar sobre esto en Montfermeil. Sólo hubo algunas comadres que dijeron:

—Tened por cierto que el caminero de Gagny ha armado por algo toda esta baraúnda, de seguro ha venido el diablo.

III

DE CÓMO LA CADENA DE LA ARGOLLA DEBIÓ DE HABER SUFRIDO ALGUNA OPERACIÓN PREPARATORIA PARA ROMPERSE ASÍ DE UN MARTILLAZO.

A fines de octubre del año 1823, los habitantes de Tolón vieron entrar en su puerto, de resultas de un temporal, y para reparar algunas averías, al navío *Orión*, que fué después empleado en Brest como navío-escuela, y que entonces formaba parte de la escuadra del Mediterráneo.

Este buque, averiado y todo como estaba, porque el mar lo había maltratado, hizo un gran efecto al entrar en la rada. Llevaba no recuerdo qué pabellón que le valió un saludo reglamentario de once cañonazos, devueltos por él uno a uno: total veintidós. Se ha calculado que en salvas, cortesías reales y militares, cambio de ruidos corteses, señales de etiqueta, formalidades de radas y de ciudadelas, salvas hechas diariamente por todas las fortalezas y todos los buques de guerra al salir y ponerse el sol, a la apertura y clausura de puertos, etc., etc., el mundo civilizado gasta en pólvora en toda la tierra cada veinticuatro horas, ciento cincuenta mil tiros de cañón, inútiles. A seis francos cada tiro, importan nuevecientos mil francos al día, trescientos millones al año, que se convierten en humo. Esto no es más que un detalle. Entretanto los pobres se mueren de hambre.

El año 1823 era lo que la restauración ha llamado «la época de la guerra de España».

Esta guerra contenía muchos acontecimientos en uno solo, y muchas singularidades; un gran asunto de familia para la casa de Borbón; la rama de Francia socorriendo y protegiendo a la de Madrid, es decir, ejecutando un acto de primogenitura; una vuelta aparente a nuestras tradiciones nacionales, complicada con servidumbre y sujeción a los gabinetes del Norte; el duque de Angulema, llamado por los periódicos liberales «el héroe de Andújar», comprimiendo, en una actitud triunfal algo contrariada por su aire pacífico, al viejo terrorismo demasiado real del Santo Oficio en lucha con el terrorismo quimérico de los liberales; los «sans-culottes» resucitados con gran terror de las viudas de la nobleza hereditaria bajo el nombre de «descamisados»; el monarquismo oponiéndose al progreso, calificado de anarquía, las teorías del 89 interrumpidas bruscamente en su trabajo de zapa; un «¡basta!» europeo intimando a la idea francesa que daba la vuelta al mundo; al lado del hijo de Francia, generalísimo, el príncipe de Carignan, después de Carlos Alberto,

alistándose voluntariamente en esa cruzada de los reyes contra los pueblos, con charreteras de lana encarnada como simple granadero; los soldados del Imperio volviendo a entrar en campaña, pero después de ocho años de reposo, viejos, tristes, y bajo la escarapela blanca; la bandera tricolor agitada en el extranjero por un puñado heroico de franceses, como la bandera blanca lo había sido en Coblenza treinta años antes; los frailes mezclados con nuestros soldados; el espíritu de libertad y de novedad cohibido por las bayonetas; los principios humillados a cañonazos; Francia deshaciendo con sus armas lo que había hecho con su genio; por lo demás, los jefes enemigos vendidos, los soldados vacilando, las ciudades sitiadas por millones en metálico; peligros militares nulos, y, sin embargo, explosiones posibles, como en toda mina sorprendida e invadida; poca sangre vertida, poco honor conquistado; vergüenza para algunos, gloria para nadie: tal fué esta guerra hecha por príncipes que descendían de Luis XIV, y dirigida por generales que procedían de Napoleón. Tuvo la triste suerte de no recordar ni la gran guerra, ni la gran política.

Algunos hechos de armas fueron de consideración; la toma del Trocadero, entre otros, fué una buena acción militar; pero, en suma, lo repetimos, las trompetas de esa guerra produjeron un sonido cascado; el conjunto fué sospechoso; la historia reprueba la conducta de Francia, que aceptó con mucha dificultad este triunfo falso. Parece evidente que ciertos oficiales encargados de la resistencia cedieron con facilidad, desprendiéndose de la victoria la idea de corrupción; parecía que se ganaban más bien los generales que las batallas, y el soldado vencedor regresó humillado. Guerra, en efecto, que en vez de engrandecer empequeñecía a los vencedores, y donde pudo leerse «Banco de Francia» en los pliegues de la bandera.

Soldados de la guerra de 1808, sobre los que se desplomó Zaragoza formidablemente, fruncían el ceño en 1823 ante la fácil apertura de las ciudadelas, y echaban de menos a Palafox. Más quiere el genio de Francia tener enfrente de sí a Rostopchine que a Ballesteros.

Desde un punto de vista más grave aún, y en el cual conviene insistir también, esa guerra, que lastimaba en Francia el espíritu militar, indignaba al espíritu democrático. Era una empresa de esclavizamiento. En esta campaña, el objeto del soldado francés, hijo de la democracia, era la conquista de un yugo para otro pueblo; repugnante contrasentido. El destino de Francia es despertar el espíritu de los pueblos, no sofocarlo. Desde 1792, todas las revoluciones de Europa son la Revolución Francesa; la libertad irradia desde Francia: este es un hecho solar, y es ciego el que no lo ve, como dijo Bonaparte.

La guerra de 1823, ese atentado a la generosa nación española, fué, pues, al mismo tiempo un atentado a la Revolución Francesa. Francia cometió esa monstruosa agresión, por fuerza; porque, excepto las guerras libertadoras, todo lo que hacen los ejércitos, lo hacen por la fuerza. Las palabras «obediencia pasiva» lo indican. Un ejército es una extraña obra maestra de combinación, en la que la fuerza resulta de una enorme suma de impotencia. Así se explica la guerra hecha por la humanidad contra la humanidad, a pesar de la humanidad.

En cuanto a los Borbones, la guerra de 1823 fué fatal para ellos. La tomaron por un triunfo. No vieron el peligro que hay en hacer matar una idea por medio de una consigna. Se equivocaron en su ingenuidad hasta el punto de introducir en su establecimiento como elemento de fuerza la inmensa debilidad de un crimen. En su política entró el espíritu de asechanza: y 1830 germinó en el seno de 1823. La guerra de España vino a ser en sus consejos un argumento en favor de los golpes de fuerza y de las aventuras del derecho divino. Restableciendo Francia «el rey neto» en España, bien podía restablecer el rey absoluto en su casa misma. Cayeron en el temible error de tomar la obediencia del soldado, por el consentimiento de la nación. Esa confianza perdió a los tronos. No es bueno dor-

mirse ni a la sombra de un manzanillo, ni a la sombra de un ejército.

Volvamos al navío *El Orión*.

Durante las operaciones del ejército mandado por el príncipe generalísimo, cruzaba una escuadra el Mediterráneo. Acabamos de decir que *El Orión* pertenecía a esta escuadra, y se vió obligagado a pasar a Tolón para reparar averías.

La presencia de un navío de guerra en un puerto tiene siempre un no sé qué, que atrae y ocupa a la multitud. Es grande y la multitud ama lo que es grande.

Un navío de línea es una de las combinaciones más magníficas del genio del hombre con el poder de la Naturaleza.

Un navío de línea se compone a la vez de lo más pesado y de lo más ligero, porque tiene que habérselas al mismo tiempo con las tres formas de la substancia, la sólida, la líquida y la flúida, y debe luchar contra todas tres. Tiene once garras de hierro para asir el granito en el fondo del mar, y más alas y más antenas que los insectos para tomar el viento entre las nubes. Su respiración sale por sus ciento veinte cañones como por enormes clarines, y responde al rayo con orgullo. El Océano procura extraviarle en la horrible semejanza de sus olas; pero el navío tiene su alma, su brújula, que le aconseja y le indica siempre el Norte. En las noches obscuras sus fanales suplen a las estrellas. Así, pues, contra el viento tiene la cuerda y la lona; contra el agua la madera; contra la roca el hierro, el cobre y el plomo; contra la sombra la luz; contra la inmensidad, una aguja.

Si se quiere formar una idea de todas las proporciones gigantescas, cuyo conjunto constituye el navío de línea, no hay más que entrar en una de las calas, cubiertas de seis pisos, de los puertos de Brest o de Tolón. Los buques en construcción están allí, por decirlo así, bajo una campana. Aquella viga colosal es una verga; aquella gruesa columna de madera echada en tierra hasta perderse de vista, es el palo mayor. Midiéndolo desde el fondo del casco, donde empieza, hasta su cima que se confunde con las nubes, tiene de largo sesenta toesas y tres pies de diámetro en su base. El palo mayor inglés se eleva a doscientos diez y siete pies por encima de la línea de agua. La marina de nuestros padres empleaba cables, la nuestra emplea cadenas. El simple montón de cadenas de un navío de cien cañones tiene cuatro pies de altura, veinte de longitud y ocho de anchura. Y para hacer este navío, ¿cuánta madera se necesita? Tres mil metros cúbicos. Es una selva flotante.

Además, nótese bien esto, aquí sólo se trata del buque de guerra de hace cuarenta años, de la simple nave de vela; el vapor, entonces en la infancia, ha añadido después nuevos milagros a ese prodigio llamado navío de guerra. Hoy, por ejemplo, el navío de vapor de hélice es una máquina sorprendente llevada por un velamen de tres mil metros cuadrados de superficie, y por una caldera de la fuerza de dos mil quinientos caballos.

Sin hablar de esas maravillas nuevas, la antigua nave de Cristóbal Colón y de Ruyter es una de las grandes obras maestras del hombre, que inagotable en fuerzas como en hálitos lo infinito, almacena el viento en sus velas, lo mantiene en dirección fija en la inmensa difusión de las olas, flota y reina.

Llega el momento, sin embargo, en que una ráfaga rompe como una paja la verga de sesenta pies de largo; en que el viento dobla como un junco el palo mayor de cuatrocientos pies de alto; en que el áncora que pesa diez mil libras, se tuerce en la boca de la ola como el anzuelo de un pescador en la quijada de un sollo; en que los monstruosos cañones lanzan rugidos quejumbrosos e inútiles que el huracán se lleva en la obscuridad y en el vacío; en que todo ese poder y toda esa majestad se abisman en un poder y en una majestad superiores. Cada vez que se despliega una fuerza inmensa para terminar en una inmensa debilidad, semejante resultado hace pensar a los hombres. De ahí los curiosos que abundan en los puertos de mar alrededor de esas maravillosas máquinas de guerra

y de navegación, sin que ellos mismos se expliquen perfectamente el por qué.

Todos los días, pues, desde la mañana hasta la noche, los muelles y la playa del puerto de Tolón se ven cubiertos de una multitud de ociosos y de necios, como se dice en París, ocupados solamente en mirar *El Orión*.

El Orión era un buque averiado hacía mucho tiempo. En sus navegaciones anteriores habíanse amontonado sobre su quilla espesas capas de mariscos, hasta el punto de hacerle perder la mitad de su andar; se le había puesto en seco el año anterior para rasparle los mariscos, y después había sido botado al agua de nuevo. Pero esta raspadura había alterado todos los pernos de la quilla. A la altura de las Baleares, la parte del buque bajo línea de flotación se había cansado y abierto, y como el forrado no se hacía entonces en cobre, el buque hacía agua. Sobrevino un violento vendaval de equinoccio, que desfondó a babor la roda y una portañola, y deterioró el porta-obenque de mesana; y a consecuencia de estas averías *El Orión* tuvo que regresar a Tolón.

Fondeó cerca del arsenal, y se trató de armarlo y repararlo. El casco no había sufrido nada a estribor, pero se habían desclavado algunos listones de los costados, según costumbre, para que el aire pudiese penetrar en el armazón.

Una mañana, la multitud que lo contemplaba fué testigo de un accidente.

La tripulación estaba ocupada en envergar las velas. El gaviero encargado de tomar el mastelero de gavia por la parte de estribor, perdió el equilibrio. Se le vió vacilar, la multitud reunida en el muelle lanzó un grito, la cabeza pudo más que el cuerpo; el hombre dió vueltas alrededor de la verga, con las manos extendidas hacia el abismo; cogió al paso, con una mano primero y luego con la otra, el estribo, y quedó suspendido de él. Tenía el mar debajo, a una profundidad vertiginosa. El sacudimiento de su caída había impreso al estribo un violento movimiento de columpio. El hombre iba y venía agarrado a esta cuerda como la piedra de una honda.

Socorrerle era correr un riesgo horrible. Ninguno de los marineros, pescadores todos de la costa, que hacía poco habían entrado en el servicio, se atrevía a aventurarse a ello. Entretanto, el desgraciado gaviero se cansaba; no se podía ver la angustia en su rostro, pero en todos sus miembros se conocía el agotamiento. Sus brazos se torcían en un estiramiento horrible. Cada esfuerzo que hacía para subir no servía más que para aumentar las oscilaciones del estribo. No gritaba de miedo de perder la fuerza. La multitud esperaba verle de un minuto a otro soltar la cuerda, y todo el mundo volvía la cabeza para no ver su muerte. Hay momentos en que la punta de una cuerda, un palo, la rama de un árbol, es la vida misma; y es una cosa horrible ver a un ser viviente que se desprende y cae como un fruto maduro.

De pronto vióse a un hombre que trepaba por el aparejo con la agilidad de un tigre. Este hombre iba vestido de encarnado, era un presidiario; llevaba un gorro verde, señal de condenado a cadena perpetua. Llegado que hubo a la altura de la gavia, un golpe de viento le llevó el gorro, y dejó ver una cabeza enteramente blanca: no era un joven.

En efecto, un individuo perteneciente a una cuerda de presidiarios, empleada a bordo, había corrido desde el primer momento al oficial de cuarto, y en medio de la turbación y duda de la tripulación, mientras todos los marineros temblaban y retrocedían, le había pedido permiso para arriesgar su vida por salvar al gaviero. A un signo afirmativo del oficial, rompió de un martillazo la cadena sujeta a la argolla de su pie, tomó luego una cuerda, y se lanzó a los obenques. Nadie notó en aquel instante la facilidad con que fué rota la cadena. Hasta después no lo recordaron.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo en la verga. Se detuvo algunos segundos y pareció medirla con la vista. Estos segundos, durante los cuales el viento columpiaba al gaviero al extremo de un hilo, parecieron siglos a los que estaban mirando. En fin, el presidiario alzó los ojos al cielo y dió un

paso hacia adelante. La multitud respiró. Viósele recorrer en un instante la verga. Llegado que hubo a la punta, ató a ella un cabo de la cuerda que llevaba, y dejó suelto el otro cabo; después se puso a bajar deslizándose por esta cuerda, y entonces hubo una angustia inexplicable; en vez de un hombre suspendido sobre el abismo había dos.

Parecía una araña yendo a coger una mosca: sólo que allí la araña llevaba la vida y no la muerte. Diez mil miradas estaban fijas en el grupo. Ni un grito, ni una palabra, el mismo estremecimiento fruncía todas las cejas. Todas las bocas contenían su aliento, como si hubiesen temido añadir el menor soplo al viento que sacudía a aquellos dos infelices.

Entretanto, el presidiario había conseguido bajarse muy cerca del marinero. Ya era tiempo; un minuto más tarde, el hombre, cansado y desesperado, se habría dejado caer al abismo; el presidiario lo había atado sólidamente con la cuerda a que se sujetaba con una mano, mientras que trabajaba con la otra. En fin, se le vió subir sobre la verga, y tirar del marinero hasta que le tuvo también en ella: allí le sostuvo también un instante, para dejarle recobrar las fuerzas, después le cogió en sus brazos, y llevó andando sobre la verga hasta el tamborete, y de allí a la gavia, donde le dejó en manos de sus camaradas.

En este instante aplaudió la multitud; algunos de la chusma lloraban; las mujeres se abrazaban en el muelle, y oyóse gritar a todo el mundo con una especie de furor enternecido: ¡Perdón, perdón para ese hombre!

Este, mientras tanto, se había preparado a bajar inmediatamente para unirse a la cuadrilla a que pertenecía. Para llegar más pronto, dejóse deslizar y echó a correr por una entena baja. Todas las miradas le seguían. Por un momento se tuvo miedo; sea que estuviese cansado, sea que se marease, se creyó que vacilaba y que dudaba. De pronto la muchedumbre lanzó un grito; el presidiario acababa de caer al mar.

La caída era peligrosa. La fragata *Algeciras* estaba anclada junto al *Orión*, y el pobre presidiario había caído entre los dos buques, y era muy de temer que hubiese ido a parar debajo del uno o del otro. Cuatro hombres saltaron en una embarcación apresuradamente. La muchedumbre los animaba, y la ansiedad había vuelto a aparecer en todos los semblantes. El hombre no había subido a la superficie. Había desaparecido en el mar sin dejar una huella como si hubiese caído en una cuba de aceite. Se sondeó, y hasta se buscó en el fondo. Todo fué en vano. Se estuvo buscando hasta que fué de noche; pero no se halló ni aun el cuerpo.

Al día siguiente, el diario de Tolón imprimía estas líneas:

«17 de noviembre de 1823.—Un presidiario que se hallaba trabajando con su cuadrilla a bordo de *El Orión*, al acabar de socorrer ayer a un marinero, cayó al mar y se ahogó. Su cadáver no ha podido ser hallado. Se cree que habrá quedado enganchado en las estacas de la punta del arsenal. Este hombre estaba inscrito en el registro con el número 9.430, y se llamaba Juan Valjean.»

LIBRO TERCERO

Cumplimiento de la promesa hecha a la difunta.

I

LA CUESTIÓN DEL AGUA EN MONTFERMEIL

Montfermeil está situado entre Liory y Chelles, en la orilla meridional de la elevada meseta que separa el Ourque del Marne. Hoy es una villa bastante numerosa, adornada todo el año de casitas de campo construídas de yeso, y el domingo de alegres y honrados ciudadanos. En 1823 no había en Montfermeil ni tantas casas blancas, ni tantos ciudadanos satisfechos: no era más que una aldea entre bosques. Solía verse en alguno que otro sitio una casa de recreo del último siglo, fácil de conocer por su aire aristocrático, sus balcones de hierro retorcido y sus largas ventanas, cuyos vidrios verdes tomaban ma-

tices tan diferentes sobre el color blanco de los postigos cerrados. Pero no por eso dejaba Montfermeil de ser una aldea. Los mercaderes de paño retirados, y los aficionados a veranear, no la habían descubierto aún. Era un sitio tranquilo y halagüeño, que no era paso para ninguna parte ; se vivía en él económicamente, y se pasaba esa vida campestre tan abundante y tan fácil. La única falta que tenía era que escaseaba el agua a causa de la elevación de la meseta.

Era preciso ir a buscarla bastante lejos. El extremo de la aldea, que está del lado de Gagny, se surtía de agua en los magníficos estanques que hay en aquellos bosques ; el otro extremo, que rodea la iglesia, y que está por la parte de Chelles, no hallaba agua potable sino en un pequeño manantial que había a la mitad de la cuesta, cerca del camino de Chelles, a un cuarto de hora de Montfermeil.

Así, pues, el abastecimiento de agua era un trabajo bastante rudo para cada casa. Las casas grandes, la aristocracia — y el bodegón de Thenardier—, pagaban medio sueldo por cubo de agua a un hombre que tenía este oficio, y que ganaba en esto ocho sueldos al día ; pero este hombre sólo trabajaba hasta las siete de la tarde en verano, y hasta las cinco en el invierno, y cuando llegaba la noche, cuando se cerraban las ventanas de los pisos bajos, el que no tenía agua para beber, o iba a buscarla, o se pasaba sin ella.

Esto es lo que aterraba a la pobre criatura, a la pequeña Cosette, a quien el lector no habrá olvidado. Se recordará que Cosette era útil a los Thenardier de dos modos : se hacían pagar por la madre, y se hacían servir por la hija. Así, cuando la madre dejó enteramente de pagar, por las razones expuestas en los capítulos anteriores, los Thenardier se quedaron con Cosette. La pobre niña les servía de criada, y como tal, ella era la que iba a buscar agua cuando faltaba. Así es, que espantada con la idea de ir a la fuente por la noche, cuidaba de que no faltase nunca en casa.

La Navidad del año de 1823 fué muy brillante en Montfermeil. El principio del invierno había sido templado, y no había helado ni nevado. Los charlatanes y feriantes que habían llegado de París, obtuvieron del señor alcalde el permiso para colocar sus tiendas en la calla ancha de la aldea, y una bandada de mercaderes ambulantes situó sus puestos con el mismo permiso en la plaza de la Iglesia, y hasta en la callejuela del Boulanger, donde estaba situado, según se recordará, el bodegón de los Thenardier. Toda aquella gente llenaba las posadas y tabernas, y daba al país, tranquilo de suyo, una vida alegre y ruidosa. Hasta debemos decir, para ser fieles historiadores, que entre las curiosidades expuestas en la plaza, había una especie de barraca, en la que unos horribles saltimbanquis, vestidos de harapos, y procedentes no se sabe de dónde, enseñaban a los aldeanos de Montfermeil uno de esos horribles buitres del Brasil que nuestro Real Museo no poseyó hasta 1845, y que tienen por ojo una escarapela tricolor. Los naturalistas llaman a esta ave, según creo, Caracara Polyborus ; es del orden de los apicedes, y de la familia de los buitres. Algunos soldados viejos, bonapartistas, retirados en la aldea, iban a ver este animal con devoción. Los charlatanes presentaban la escarapela tricolor como un fenómeno único, y formado expresamente por Dios para su colección de animales raros.

En la noche misma de Navidad, muchos carreteros y trajineros se hallaban sentados y bebían alrededor de una mesa con cuatro o cinco velas de sebo en la sala baja del bodegón de Thenardier. La sala se parecía a todas las salas de taberna : mesas, cántaros de estaño, botellas, bebedores, fumadores, poca luz y mucho ruido. La fecha del año 1823 se veía, sin embargo, indicada por los dos objetos, entonces a la moda en la clase media, que estaban sobre una mesa, a saber : un kaleidoscopio y una lámpara de hoja de lata morada. La Thenardier vigilaba la cena que se estaba asando ante un buen fuego. El marido bebía con sus parroquianos, y hablaba de política.

Además de las conversaciones políti-

cas que tenían por objeto principal la guerra de España y el duque de Angulema, se oían entre el ruido paréntesis enteramente locales como éste :

—Por la parte de Nanterre y de Suresne ha dado mucho el vino. Donde se contaba con diez tinajas se han obtenido doce. El lagar ha dado más jugo del que se creía.

—Pero las uvas no debían estar maduras.

—En esos países no se deja madurar enteramente la uva porque el vino se tuerce, si se deja, en cuanto llega la primavera.

—¿Es, pues, un vino flojo?

—Más flojo que los de por aquí. Hay que vendimiar en verde.

Etc.

O bien exclamaba un molinero :

—¿Acaso somos responsables de lo que hay en los sacos? Encontramos en ellos una porción de granos que no podemos entretenernos en limpiar, y que es preciso dejar pasar por las ruedas, como la cizaña, el cañamón, la cola de zorra y otra infinidad de drogas, sin contar con las piedras que abundan en ciertos trigos, sobre todo en los trigos bretones. A mí no me gusta moler trigo bretón, así como a los serradores de largo no les gusta serrar vigas que tengan clavos. Figuraos el maldito polvo que todo esto formará entre la harina después de la molienda ; y luego se quejan de la harina. Si la harina no sale limpia, no es culpa nuestra.

En el espacio comprendido entre dos ventanas, un segador, hablando con un propietario que ponía precio al trabajo de una pradera que había que segar en la primavera, decía :

—No importa que la hierba esté mojada. Así se corta mejor ; el rocío es bueno ; pero de todos modos vuestra hierba es muy nueva y difícil de segar ; en unos sitios está demasiado tierna ; en otros la guadaña no ceba. Etc.

Cosette se hallaba en su puesto ordinario, sentada en el travesaño de la mesa de cocina junto a la chimenea ; la pobre niña estaba vestida de harapos ; tenía los pies desnudos metidos en zuecos, y a la luz del fuego se entretenía en hacer medias de lana destinadas a las niñas de Thenardier. Debajo de las sillas jugaba un gato pequeño. En la pieza inmediata oíanse dos voces frescas e infantiles que reían y charlaban : eran las de Eponina y Azelma. En un rincón de la chimenea había unas disciplinas colgadas de un clavo.

De vez en cuando, entre el ruido de la taberna, oíase hacia el interior de la casa el grito de un niño de muy tierna edad. Era una criatura que la mujer de Thenardier había tenido en uno de los inviernos anteriores, «sin saber por qué, según decía ella ; por efecto del frío», y que tendría unos tres años. La madre le había criado, pero no le quería. Cuando el clamor encarnizado del chiquillo se volvía demasiado importuno, decía Thenardier a su madre :

—Tu hijo llora, ve a ver lo que quiere.

—¡Bah!—respondía ella—, me fastidia.

Y el pobre abandonado continuaba llorando en la obscuridad.

II

DOS RETRATOS COMPLETOS

En este libro no se ha visto aún a los Thenardier más que de perfil ; ha llegado el momento de dar la vuelta alrededor de este matrimonio, y mirarlo por todas sus fases.

Thenardier acababa de cumplir los cincuenta años ; su esposa frisaba en los cuarenta, que son los cincuenta de la mujer ; de modo, que entre la mujer y el marido se hallaba equilibrada la edad.

Los lectores han conservado tal vez, desde su primera aparición, algún recuerdo de la mujer de Thenardier, alta, rubia, colorada, gruesa, membruda, cuadrada, enorme y ágil ; ya hemos dicho que procedía de la raza de esas salvajes colosales, que en las ferias levantan del suelo grandes piedras con los cabellos. Ella lo hacía todo en la casa : las camas, los cuartos, la colada, la cocina, la lluvia, el buen tiempo, el diablo. Por única criada tenía a Cosette un ratoncillo al servicio de un elefante Todo temblaba al sonido de su voz, lo

vidrios, los muebles y la gente. Su ancho rostro, acribillado de pecas rojas, parecía una espumadera. Tenía barbas. Era el ideal de un matón del mercado, vestido de mujer. Juraba como un carretero, y se jactaba de partir una nuez de un puñetazo. A no ser por las novelas que había leído, y que de cuando en cuando producían el efecto extravagante de presentar a aquella giganta bajo el aspecto de una niña melindrosa, jamás hubiese ocurrido a nadie la idea de decir de ella : es una mujer. Era el producto del injerto de una señorita en una rabanera. Cuando se la oía hablar se decía : es un gendarme ; cuando se la veía beber, se decía : es un carretero ; cuando se la veía pegar a Cosette, se decía : es el verdugo. Cuando dormía, de la boca le salía un diente.

Thenardier era un hombre pequeño, delgado, pálido, anguloso, huesudo, endeble, que parecía enfermizo, y se conservaba muy bien ; aquí empezaba su trapacería. Se sonreía con precaución habitualmente, y era casi atento con todo el mundo, hasta con el mendigo a quien le negaba una limosna. Tenía la mirada de una zorra, y el aspecto de un letrado. Se parecía mucho a los retratos del abate Delille. Su coquetería consistía en beber con los trajineros ; y nadie había podido emborracharle nunca. Fumaba en una pipa muy grande ; llevaba una blusa, y debajo una casaca negra muy vieja ; tenía pretensiones de literato y de materialista. Pronunciaba con frecuencia ciertos nombres para apoyar todo lo que decía, como Voltaire, Raynal, Porny, y, cosa extraña : San Agustín. Afirmaba «tener sistema». Por lo demás, era un estafador, pero estafador por principios y reglas científicos, matiz que existe. Se recordará que pretendía haber servido ; contaba con algún lujo que en Waterloo, siendo sargento en un 6.° o en un 9.° de ligeros cualquiera, sólo contra un escuadrón de húsares de la muerte, había cubierto con su cuerpo y salvado al través de la metralla, «a un general peligrosamente herido». De ahí provenían para el dintel de su puerta la flamante muestra, y para su bodegón en el país el nombre de «Taberna del Sargento de Waterloo». Era liberal, clásico y bonapartista. Se había suscripto para el campo de asilo ; y en la aldea se decía que había estudiado para cura.

Nosotros creemos que había estudiado simplemente en Holanda para ser posadero. Este tunante del orden compuesto, era, según las probabilidades, algún flamenco de Lila en Flandes, francés en París, belga en Bruselas, teniendo un pie en cada una de las fronteras. Ya hemos dicho en qué había consistido su hazaña de Waterloo, y se convendrá en que la exageraba un poco. El flujo y el reflujo, las peripecias, las aventuras, eran el elemento de su existencia ; una conciencia rasgada produce siempre una vida descosida ; y probablemente en la borrascosa época del 18 de junio de 1815 pertenecía Thenardier a esa variedad de cantineros merodeadores de que hemos hablado, que corrían los caminos vendiendo a éstos, robando a aquéllos, y rodando en familia, el hombre, la mujer y los chicos, en algún carretón cojo, detrás de las tropas en marcha, con el instinto de agregarse siempre al ejército vencedor. Concluída la campaña, y teniendo, como decía, «cunquibus», había abierto un bodegón en Montfermeil.

Este «quibus», compuesto de los bolsillos y de los relojes, de las sortijas de oro y de las cruces de plata, cosechadas en el tiempo de la vendimia en los surcos llenos de cadáveres, no formaba un total muy elevado, y no había hecho adelantar mucho al vivandero convertido en bodegonero.

Thenardier tenía en el gesto un no sé qué rectilíneo, que cuando juraba recordaba el cuartel, y cuando hacía la señal de la cruz recordaba el seminario. Charlaba mucho, y se creía un sabio. Sin embargo, el maestro de escuela había observado que cometía errores gramaticales. Formaba la cuenta del gasto de los viajeros con superioridad ; pero los ojos ejercitados hallaban algunas veces en ella faltas de ortografía. Era taimado, glotón, perezoso y hábil. No desdeñaba a sus criadas, por lo cual su mujer no las tenía. Esta giganta era celosa. Le parecía que aquel hombrecillo

delgado y amarillento debía ser objeto de la codicia universal.

Además de todo esto, Thenardier, hombre de astucia y de equilibrio, era un bribón del género templado. Esta especie es la peor, porque tiene mucho de hipócrita.

Esto no quiere decir que Thenardier no fuese en ocasiones capaz de encolerizarse tanto a lo menos como su mujer: pero esto era muy raro; y en aquellos momentos, como odiaba a todo el género humano, como tenía en sí una profunda dosis de odio, como era de los que se vengan perpetuamente, de los que atribuyen la culpa de cuanto cae sobre ellos a cuanto tienen delante de sí, y de los que están siempre prontos a arrojar sobre el primero que llega como legítimo agravio el total de las decepciones, bancarrotas y calamidades de su vida; y como toda esta levadura se sublevaba en él, y le hervía en la boca y en los ojos, en esos momentos, decimos, estaba espantoso. ¡Desgraciado del que entonces pasaba al alcance de su furor!

Además de todas sus cualidades, tenía Thenardier la de ser atento y penetrante, silencioso o charlatán, según la ocasión, y siempre con una inteligencia elevada. Tenía algo de la mirada de los marinos acostumbrados a guiñar los ojos en los anteojos de larga vista. Thenardier era un hombre de Estado.

Cualquier recién venido que entraba en el bodegón decía al ver a la mujer de Thenardier:

—Esa es el amo de la casa.

Error. No era ni aun el ama: el amo y el ama era el marido. Ella hacía, él creaba. Dirigía todo por una especie de acción magnética invisible y continua. Una palabra le bastaba, algunas veces una señal: y el mastodonte obedecía. Thenardier era para su mujer, sin que ella pudiera explicarse la causa, una especie de ser particular y soberano. Tenía las virtudes de su modo de ser; en la vida hubiese ella disentido en un detalle «del señor Thenardier», hipótesis, por lo demás, inadmisible, ni hubiese quitado la razón a su marido públicamente en ninguna cosa del mundo. Jamás habría cometido «delante de extraños» esa falta que con tanta frecuencia cometen las mujeres, y que en lenguaje parlamentario se llama: dejar en descubierto a la corona. Aunque su conformidad y mutuo acuerdo no tuviese por resultado sino el mal, había cierta contemplación en la sumisión de la Thenardier a su marido. Esta montaña de ruido y de carne se movía bajo el dedo menique de aquel frágil déspota. Visto este matrimonio por su lado mezquino y grosero, se verificaba en él el gran fenómeno universal de la adoración de la materia por el espíritu; porque ciertas fealdades tienen su razón de ser en las profundidades mismas de la belleza eterna. En Thenardier había algo de lo desconocido, de aquí el imperio absoluto de este hombre sobre su mujer. En ciertos momentos le veía ésta como una luz encendida; en otros lo sentía como la garra de una fiera.

Esta mujer era una criatura formidable que no amaba más que a sus hijas, y no temía más que a su marido. Era madre, porque era mamífera. Por lo demás, su maternidad no pasaba de sus hijas, y como se verá más adelante, no se extendía a los varones. El, el hombre, no tenía más que un pensamiento: enriquecerse.

Y no lo conseguía. A su gran talento le faltaba un teatro digno. Thenardier se arruinaba en Montfermeil, si es posible arruinarse a cero; y, sin embargo, este perdido hubiera llegado a ser millonario en Suiza o en los Pirineos; mas el posadero tene que vivir allí donde la suerte le pone.

Entiéndase que la palabra posadero se emplea aquí en sentido limitado, y que no se refiere a la clase entera.

En el mismo año de 1823, Thenardier se hallaba empeñado en unos mil quinientos francos, de deudas de pago urgente, lo cual le ponía en cuidado.

Cualquiera que fuese para con él la injusticia tenaz del destino, era uno de los hombres que mejor comprendían, con más profundidad y del modo más moderno, esa cosa que es una virtud en los pueblos bárbaros, y una mercancía en los pueblos civilizados: la hospitalidad. Por lo demás, era un gran cazador furtivo, y en todas partes se le

citaba por su acertada puntería. Tenía cierta risa fría y pacífica, que era particularmente peligrosa.

Algunas veces brotaban de él a modo de relámpagos sus teorías de mesonero. Tenía aforismos profesionales que procuraba imbuir en el ánimo de su mujer.

—El deber del mesonero—le decía un día violentamente y en voz baja—, es vender al primero que viene, guisado, reposo, luz, fuego, sábanas sucias, criada, pulgas y sonrisas; detener a los caminantes, vaciar los bolsillos pequeños, y aligerar honradamente los grandes, acoger con respeto a las familias que viajan, estafar al hombre, desplumar a la mujer, desollar al niño, poner en la cuenta la ventana abierta, la ventana cerrada, el rincón de la chimenea, el sillón, la silla, el taburete, el escabel, el lecho de plumas, el colchón y el haz de paja; saber cuándo se usa el espejo con la sombra del que se mira en él, y reducirlo a tarifa, y, con quinientos mil diablos, hacer que el viajero lo pague todo, hasta las moscas que su perro se come.

Este hombre y esta mujer eran la astucia y la rabia casadas; pareja repugnante y terrible.

Mientras el marido reflexionaba y combinaba, la mujer no pensaba en los acreedores ausentes, ni se inquietaba por lo pasado ni por lo porvenir, viviendo sola y exclusivamente para el presente.

Tales eran estos dos seres. Cosette se hallaba entre ellos sufriendo su doble presión como una criatura que se viese a la vez triturada por una piedra de molino, y hecha trizas por unas tenazas. El hombre y la mujer tenían cada uno su modo diferente de martirizar. Si Cosette se veía molida a golpes, era cosa de la mujer; si iba descalza en el invierno era cosa del marido.

Cosette subía, bajaba, lavaba, cepillaba, frotaba, barría, caminaba, sudaba, cargaba con las cosas más pesadas; y enferma, y débil, se ocupaba en los trabajos más duros. No había piedad para ella; tenía una ama feroz y un amo venenoso. El bodegón de Thenardier era como una tela de araña donde Cosette estaba cogida y temblaba. El ideal de la opresión se veía realizado en esta domesticidad siniestra. Era una cosa parecida a la mosca sirviendo a las arañas.

La pobre niña sufría y callaba.

¿Qué pasa en las almas de esos seres que acaban de dejar el seno de Dios cuando se encuentran así desde que nacen pequeñas y desnudas entre los hombres?

III

VINO A LOS HOMBRES Y AGUA A LOS CABALLOS

Habían llegado cuatro nuevos viajeros.

Cosette pensaba tristemente; porque aun cuando no tenía más que ocho años, había padecido ya tanto, que pensaba con el aire lúgubre de una mujer de edad.

Tenía un párpado negro de un puñetazo que le había dado la Thenardier, por lo cual de vez en cuando decía ésta:

—¡Qué fea está con su cardenal en el ojo!

Cosette pensaba, pues, que estaba obscuro, muy obscuro, que había sido preciso llenar de pronto los jarros y las botellas en los cuartos de los viajeros recién llegados, y que no había ya agua en la fuente.

Lo que la tranquilizaba un poco era que en la casa de Thenardier no se bebía mucha agua. No faltaban personas que tenían sed, pero era de esa sed que se aplaca más con el vino que con el agua. El que hubiese pedido un vaso de agua entre los del vino, habría sido mirado como un salvaje por aquellos hombres. Hubo, sin embargo, un momento en que la pobre niña tembló; la mujer de Thenardier levantó la tapadera de una cacerola que hervía al fuego, después tomó un vaso y se acercó con presteza a la fuente. Dió vuelta al grifo; la niña tenía levantada la cabeza, y seguía todos sus movimientos. Sólo salió un delgado chorro de agua, que llenó el vaso hasta la mitad.

—¡Calle—dijo—, ya no hay agua!

Después hubo un momento de silencio. La niña no respiraba.

—¡ Bah ! — continuó la Thenardier examinando el vaso lleno solamente hasta la mitad— ; bastante habrá con esto.

Cosette volvió a su trabajo ; pero durante un cuarto de hora, el corazón le latía hasta querer saltarle del pecho.

Contaba los minutos que pasaban así, y sólo deseaba que llegase el día siguiente.

De vez en cuando uno de los bebedores miraba hacia la calle, y exclamaba :

—¡ Está obscuro como boca de lobo ! —o—¡ sólo los gatos irían por la calle sin luz a estas horas !

Y Cosette se estremecía.

De pronto, uno de los mercaderes ambulantes hospedados en el bodegón, entró y dijo con voz dura :

—A mi caballo no le han dado de beber.

—Sí por cierto — dijo la mujer de Thenardier.

—Os digo que no, buena mujer — contestó el mercader.

Cosette había salido de debajo de la mesa.

—¡ Oh ! sí, señor—dijo— ; el caballo ha bebido, y ha bebido en el cubo que estaba lleno, yo misma le he dado de beber, y le he hablado.

Esto no era cierto. Cosette mentía.

—Vaya una muchacha que no levanta tanto como el codo, y que echa unas mentiras como una casa—dijo el mercader—. Te digo que no ha bebido, tunantuela. Cuando no bebe, tiene un modo de resoplar que conozco perfectamente.

Cosette insistió, añadiendo con una voz enronquecida por la angustia :

—¡ Vaya si ha bebido ! ¡ y muy bien !

—Bueno, bueno — replicó el mercader colérico— ; que den de beber a mi caballo y concluyamos.

Cosette volvió a meterse debajo de la mesa.

—Tiene razón — dijo la Thenardier— ; si el animal no ha bebido es preciso que beba.

Después mirando a su alrededor :

—Y bien, ¿dónde está ésa?

Inclinóse, y vió a Cosette acurrucada al otro extremo de la mesa, casi debajo de los pies de los bebedores.

—¿Quieres venir?—gritó la Thenardier.

Cosette salió de la especie de agujero en que se hallaba metida. La Thenardier continuó :

—Señorita lechuza, vaya a dar de beber a ese caballo.

—Pero, señora—dijo Cosette, débilmente—, si no hay agua.

La Thenardier abrió de par en par la puerta de la calle.

—Pues bien, ve a buscarla.

Cosette bajó la cabeza, y fué a tomar un cubo vacío que había en el rincón de la chimnea.

El cubo era mayor que ella, y la niña habría podido sentarse dentro, y aun estar cómoda.

La Thenardier volvió a sus hornillas, y probó con una cuchara de palo el contenido de la cacerola, gruñendo al mismo tiempo :

—En la fuente la hay : buen remedio. Creo que habría valido más arreglar las cebollas.

Después púsose a buscar en un cajón donde había unos cuartos, pimienta y ascalonia.

—Mira tú, sapo — añadió— ; a la vuelta comprarás un pan al panadero. Ahí tienes una moneda de quince sueldos.

Cosette tenía un bolsillo en uno de los lados del delantal ; tomó la moneda sin decir palabra, y la guardó en aquel bolsillo.

Después permaneció inmóvil, con el cubo en la mano, y delante de la puerta, abierta de par en par. Parecía esperar que fuesen a socorrerla.

—¿No oyes que vayas? — gritó la Thenardier.

Cosette salió. La puerta volvió a cerrarse.

IV

ENTRADA DE UNA MUÑECA EN ESCENA

Se recordará que la hilera de tiendas al aire libre que empezaba en la iglesia llegaba hasta el bodegón de Thenardier. Estas tiendas, cuyos dueños esperaban el paso de mucha gente que debía ir a la misa del gallo, estaban alumbradas por velas de sebo que ardían en cucuruchos de papel, lo cual,

como decía el maestro de escuela de Montfermeil, sentado en aquel momento junto a una mesa en casa de Thenardier, «producía un efecto magnífico». En cambio no se veía una estrella en el cielo.

La última de las barracas, situada precisamente frente a la puerta de los Thenardier, era una tienda de juguetes toda relumbrante de oropeles, de abalorios y de magníficas cosas de hoja de lata. En primera línea, y delante de todo, había puesto el tendero, sobre un fondo de servilletas blancas, una inmensa muñeca de cerca de dos pies de altura, vestida con un traje de crespón color de rosa, adornada de espigas de oro en la cabeza, y con pelo verdadero y ojos de esmalte. Esta maravilla había sido durante todo el día objeto de la admiración para los mirones de menos de diez años, sin que se hubiese hallado en Montfermeil una madre bastante rica o bastante pródiga para comprársela a su hija. Eponina y Azelma habían pasado horas enteras contemplándola, y hasta la misma Cosette, aunque es cierto que furtivamente, se había atrevido a mirarla.

En el momento en que Cosette salió, con su cubo en la mano, por sombría y abrumada que estuviera, no pudo menos de alzar la vista hacia la prodigiosa muñeca, hacia «la señora», como la llamaba. La pobre niña se quedó petrificada. No había visto aún tan de cerca como entonces la muñeca. Toda la tienda le parecía un palacio; la muñeca no era una muñeca, era una visión. Era la alegría, el esplendor, la riqueza, la dicha, que aparecían como una especie de brillo quimérico ante aquel pequeño ser, relegado tan profundamente a una miseria fúnebre y fría. Cosette medía, con esa sagacidad candorosa y triste de la infancia, el abismo que la separaba de la muñeca. Se decía que era preciso ser reina, o a lo menos princesa, para tener una «cosa» así. Consideraba el bello vestido color de rosa, los magníficos cabellos alisados, y decía para sí: —¡Qué feliz debe ser esa muñeca!—Sus ojos no podían separarse de aquella tienda fantástica; cuanto más miraba, más se deslumbraba; creía estar viendo el paraíso. Detrás de la muñeca grande había otras que le parecían hadas y genios; y el tendero, que se paseaba por el interior de su barraca, le producía en cierto modo el efecto de un Padre Eterno.

En esta adoración lo olvidó todo, hasta la comisión que la habían encargado. De pronto la bronca voz de la Thenardier la hizo volver en sí.

—¡Cómo, bribonzuela! ¿no te has ido todavía? ¡Espera! ¡Allá voy yo! ¡Ya te compondré! ¿Qué tienes tú que hacer ahí?

La Thenardier había echado una mirada hacia la calle, y había visto a Cosette en éxtasis.

Cosette echó a correr con su cubo con toda la velocidad que podía.

V

LA NIÑA ENTERAMENTE SOLA

Como el bodegón de Thenardier se hallaba en la parte de la aldea que está cerca de la iglesia, tenía que ir Cosette por el agua a la fuente del bosque que estaba por el lado de Chelles.

Ya no miró una sola tienda de juguetes. Mientras estuvo en la callejuela del Boulanger, y por los alrededores de la iglesia, las luces de las tiendas alumbraban el camino; pero pronto desapareció la última luz de la última barraca, y la pobre niña se halló en la obscuridad más completa. Penetró en ella; pero, como se iba apoderando de su ánimo cierta emoción, al mismo tiempo que andaba, agitaba todo lo que podía el asa del cubo, y este ruido le servía de compañía.

Cuanto más andaba, más espesas se volvían las tinieblas. No había un alma por las calles. Sin embargo, encontró a una mujer, que se volvió al verla pasar, y que permaneció entonces inmóvil murmurando entre sí: «¿Adónde irá esa niña? ¿Es algún duende?» Después conoció a Cosette. «¡Calle!» dijo, «¡si es la Alondra!»

Así pasó Cosette el laberinto de calles tortuosas y desiertas, en que termina por la parte de Chelles la aldea de Montfermeil. Mientras vió casas y aun paredes por los lados del camino, fué

bastante animada. De vez en cuando veía luces al través de las rendijas de una ventana: eran la luz y la vida, allí había gente, y esto la tranquilizaba.

Sin embargo, a medida que avanzaba, iba aminorando el paso maquinalmente. Cuando hubo pasado la esquina de la última casa, era imposible. Dejó el cubo en tierra, llevóse la mano al pelo, y púsose a rascarse la cabeza lentamente, gesto propio de los niños aterrados e indecisos. No era ya Montfermeil el que tenía delante, era el campo, el espacio obscuro y desierto. Miró con desesperación aquella obscuridad, donde ya no había nadie, donde no había más que animales, donde había tal vez aparecidos. Miró bien; oyó los animales que pacían la hierba, y vió distintamente las almas en pena que se movían entre los árboles. Entonces volvió a coger el cubo; el miedo le dió la audacia.

—¡Bah!—dijo—, le diré que ya no había agua.

Y se volvió resueltamente a Montfermeil.

Apenas hubo andado cien pasos cuando se detuvo, y volvió a rascarse la cabeza. A la sazón era la Thenardier la que se le aparecía; la repugnante Thenardier con su boca de hiena y sus ojos echando chispas de cólera. La niña arrojó una mirada lastimera hacia delante y hacia atrás. ¿Qué haría? ¿Adónde iría? Tenía delante el espectro de la Thenardier; detrás, todos los fantasmas de la noche y de los bosques; retrocedió ante la Thenardier. Volvió a tomar el camino de la fuente y echó a correr. Salió de la aldea corriendo, entró en el bosque corriendo, sin mirar ni escuchar nada. No detuvo su carrera hasta que le faltó la respiración, aunque no por eso interrumpió su marcha. Marchaba hacia delante como desvanecida.

Al mismo tiempo que corría, tenía ganas de llorar. El estremecimiento nocturno de la selva la rodeaba enteramente.

Ya no pensaba, ya no veía. La inmensa obscuridad de la noche hacía frente a aquel ser tan pequeño; de un lado estaban las tinieblas; del otro un átomo.

De la orilla del bosque a la fuente sólo había siete u ocho minutos. Cosette conocía el camino por haberlo andado de día muchas veces. Cosa extraña, no se perdió; un resto de instinto la conducía vagamente. Sin embargo, no dirigía la vista ni a la derecha ni a la izquierda, por temor de ver cosas horribles en las ramas y entre la maleza. Así llegó a la fuente.

Era un estrecho pozo natural abierto por el agua en un suelo arcilloso, de una profundidad de cerca de dos pies, rodeado de musgo y de esa hierba llamada gorgueras de Enrique IV, empedrado groseramente. Partía de allí un arroyuelo, haciendo un ruido suave y tranquilo.

Cosette no se tomó tiempo ni aun para respirar. Estaba muy obscuro, pero ella tenía por costumbre el ir a aquella fuente. Buscó en la obscuridad con la mano izquierda una encina joven inclinada hacia el manantial, que ordinariamente le servía de punto de apoyo, encontró una rama, se agarró a ella, inclinóse y metió el cubo en el agua. Estaba en una situación de ánimo tan violenta, que se habían triplicado sus fuerzas. Mientras se hallaba inclinada así, no paró la atención en que el bolsillo de su delantal se vaciaba en la fuente. La moneda de quince sueldos cayó al agua. Cosette no la vió ni la oyó caer. Sacó el cubo casi lleno, y lo puso sobre la hierba.

Hecho esto, se encontró abrumada de cansancio. Bien hubiera querido volver a casa en seguida; pero el esfuerzo que hizo para llenar el cubo había sido tal, que le fué imposible dar un paso. Vióse, pues, obligada a sentarse. Se dejó caer en la hierba, y allí se acurrucó.

Cerró los ojos, después los volvió a abrir, sin saber por qué, pero no podía obrar de otro modo. A su lado tenía el cubo, cuya agua agitada formaba círculos que se parecían a serpientes de fuego blanco.

Encima de su cabeza aparecía el cielo cubierto de vastas nubes negras formando como masas de humo. La trágica máscara de la sombra parecía inclinarse vagamente sobre esta niña.

El planeta Júpiter llegaba a su ocaso en la profundidad del horizonte.

La niña miraba con la vista extraviada aquel gran planeta que no cono-

cía, y que le daba miedo. Júpiter, en efecto, se hallaba en aquel momento muy cerca del extremo del horizonte, y atravesaba una espesa capa de bruma que le daba un tinte rojizo horrible. La bruma, lúgubremente teñida de púrpura, dilataba el astro, dándole el aspecto de una herida luminosa.

Un viento frío venía de la llanura. El bosque estaba tenebroso, sin ninguno de esos estremecimientos agradables de las hojas, sin uno siquiera de esos vagos y frescos resplandores del verano. A uno y otro lado se levantaban grandes ramajes. Entre los claros silbaba el viento en los matorrales miserables y deformes. La hierba alta hormigueaba a impulsos del viento frío, y se movía como un gran montón de culebras. Las zarzas se torcían como brazos enormes armados de garras, buscando una presa. Algunas hojas y hierbas secas impelidas por el viento, pasaban rápidamente, y parecían huír con espanto de algo que las persiguiese. Por todas partes reinaba la lobreguez.

La obscuridad es vertiginosa : el hombre necesita claridad ; el que se interna en las tinieblas se siente con el corazón oprimido. Cuando la mirada ve obscuro, el espíritu ve turbio. En el eclipse, en la noche, en la opacidad fuliginosa, hay ansiedad hasta para los más fuertes. Nadie anda solo de noche por la selva sin una especie de temblor. Sombras y árboles son dos espesuras temibles. En la profundidad indistinta aparece una realidad quimérica. A algunos pasos de nosotros se bosqueja lo inconcebible con una claridad espectral. Se ve flotar en el espacio, o en nuestro propio cerebro, algo de vago e impalpable, como los sueños de flores dormidas. En el horizonte hay actitudes feroces. Se aspiran los efluvios del gran vacío tenebroso. Se tiene miedo y deseo de mirar hacia atrás. Contra las cavidades de la noche, contra los objetos todos que se hacen pavorosos, contra perfiles taciturnos que se disipan cuando se avanza, contra las imágenes obscuras y erizadas, contra los espectros irritados y lívidos, contra lo lúgubre reflejado sobre lo fúnebre ; contra la inmensidad sepulcral del silencio, contra los seres desconocidos y posibles, la inclinación misteriosa de las ramas, la espantosa torcedura de algunos árboles y de hierba, no hay defensa posible, ni audacia que no se convierta en terror, y que no presienta la proximidad de la angustia. Se experimenta una cosa horrible, como si el alma se amalgamase con la sombra. Esta penetración de las tinieblas, es inexplicablemente siniestra en una criatura.

Las selvas son apocalipsis ; y el batir de las alas de un alma niña, hace un ruido de agonía bajo su bóveda monstruosa.

Cosette, sin explicarse lo que le pasaba, sentía que se apoderaba de ella esa enormidad obscura de la Naturaleza. No era ya sólo terror lo que experimentaba ; era algo más terrible que el terror mismo. La pobre niña se estremecía. Faltan expresiones para decir lo que tenía de extraño ese estremecimiento que la helaba hasta el fondo del corazón. Su mirada se extraviaba. Creía sentir que tal vez no podría menos de volver allí a la noche siguiente, a la misma hora.

Entonces, por una especie de instinto, para salir de aquel singular estado que no comprendía, pero que la asustaba, se puso a contar en voz alta : una, dos, tres, cuatro, hasta diez, y cuando hubo concluído, volvió a empezar. Esto le devolvía la percepción verdadera de las cosas que la rodeaban. Sintió frío en las manos, que se le habían mojado al sacar el agua, y se levantó. El miedo se apoderó de ella otra vez, un miedo natural e insuperable. No tuvo más que un pensamiento, huír ; huír a todo escape por medio del campo, hasta las casas, hasta las ventanas, hasta las luces encendidas. Su mirada se fijó en el cubo que tenía delante. Tal era el terror que le inspiraba la Thenardier, que no se atrevió a huír sin el cubo de agua. Cogió el asa con las dos manos, y le costó trabajo levantarlo.

Así anduvo unos doce pasos, pero el cubo estaba lleno, pesaba mucho, y tuvo que dejarlo en tierra. Respiró un instante, después volvió a coger el asa, y echó a andar : esta vez anduvo un poco más. Pero se vió obligada a detenerse todavía. Después de algunos segundos de reposo, continuó su camino. Andaba in-

clinada hacia adelante, y con la cabeza baja como una vieja ; el peso del cubo le ponía sus delgados brazos tiesos y tirantes. El asa de hierro acababa de entorpecer y helar sus manitas mojadas ; de cuando en cuando se veía obligada a detenerse, y cada vez que se detenía, el agua fría que se salía del cubo caía sobre sus piernas desnudas. Esto pasaba en el fondo de un bosque, de noche, en invierno, lejos de toda humana mirada, a una niña de ocho años ; en aquel momento sólo Dios veía esta escena tan triste.

¡ Ay ! ¡ y sin duda su madre también !

Porque hay cosas que hacen abrir los ojos a los muertos, en su tumba.

Respiraba con dolorosa dificultad ; los sollozos le oprimían la garganta, pero no se atrevía a llorar, tanto era el miedo que tenía a la Thenardier, aun de lejos. Se le figuraba siempre que la Thenardier estaba allí.

Sin embargo, no podía andar mucho camino de esta suerte, e iba con bastante lentitud. Quería acortar la duración de las paradas andando entre cada una el mayor tiempo posible. Pensaba con angustia que necesitaría más de una hora para volver a Montfermeil, y que la Thenardier le pegaría. Esta angustia iba unida al miedo de verse sola, de noche, en el bosque. Estaba abrumada de fatiga, y no había salido aún de la selva. Al llegar cerca de un viejo castaño que conocía, hizo una parada mayor que las otras para descansar bien ; después reunió todas sus fuerzas, volvió a coger el cubo, y echó a andar valerosamente. Sin embargo, el pobre ser desesperado no pudo menos de exclamar :

—¡ Oh, Dios mío ! ¡ Dios mío !

En este momento sintió de pronto que el cubo no pesaba ya nada. Una mano, que le pareció enorme, acababa de coger el asa y lo levantaba vigorosamente. Cosette alzó la cabeza y vió una gran forma negra, derecha y alta, que caminaba a su lado en la obscuridad. Era un hombre que había llegado detrás de ella sin haber sido visto.

El hombre, sin decir una palabra, había cogido el asa del cubo que llevaba Cosette.

Hay instintos para todos los accidentes de la vida. La niña no tuvo miedo.

VI

CAPÍTULO QUE PRUEBA TAL VEZ LA INTELIGENCIA DE BOULATRUELLE

En la tarde del mismo día de Navidad de 1823, estuvo paseando un hombre durante mucho tiempo por la parte más desierta del bulevar del Hospital de París. Parecía que buscaba habitación, y se detenía con preferencia en las casas más modestas de la deteriorada orilla del arrabal de San Marcelo.

Después se verá que había alquilado, en efecto, un cuarto en este barrio aislado.

Este hombre, así en sus vestidos como en toda su persona, realizaba el tipo de lo que se podría llamar un mendigo de buena sociedad, es decir, la extrema miseria combinada con la extrema limpieza. Es una mezcla bastante rara que inspira a los corazones inteligentes ese doble respeto que se siente hacia el que es muy pobre y hacia el que es muy digno. Llevaba un sombrero redondo muy viejo y muy cepillado, una levita raída hasta el hilo, de paño grueso de color de ocre, color que en aquella época no tenía nada de extravagante ; un chaleco con bolsillos de forma antigua ; calzón negro, vuelto gris por las rodillas ; medias de lana negra y zapatos recios con hebillas de cobre. Se hubiese dicho que era un preceptor antiguo de buena casa, recién llegado de la emigración.

A juzgar por sus cabellos blancos, su frente llena de arrugas, sus labios lívidos, su rostro, en el cual todo respiraba el abrumamiento y el cansancio de la vida, se le habrían supuesto mucho más de sesenta años ; pero en atención a su modo de andar, firme, aunque lento, y al vigor singular que imprimía a todos sus movimientos, se le habrían dado apenas cincuenta. Las arrugas de su frente estaban bien colocadas y habrían prevenido en su favor a cualquiera que le hubiese observado con atención. Sus labios se contraían con un pliegue extraño, que parecía severo y era humilde. En el fondo de su mirada tenía una especie de lúgubre serenidad. Llevaba en la mano izquierda un paquetito envuelto en un pañuelo, y con la derecha

se apoyaba en una especie de bastón cortado de un seto. Este bastón había sido labrado con algún cuidado, y no tenía mal aspecto ; el artífice había sacado partido de los nudos, y le había formado un pomo de coral con cera encarnada ; era un palo y parecía un bastón.

Poca gente pasea por este bulevar, sobre todo en el invierno, pero aquel hombre, aunque sin afectación, parecía que en vez de buscarla huía de ella.

En la época de que vamos hablando, el rey Luis XVIII iba todos los días a Choisy-les-Roy, que era uno de sus paseos favoritos. Casi invariablemente a eso de las dos, se veían el carruaje y la escolta real pasar por el bulevar del Hospital a todo escape.

Esto servía de reloj a los pobres del barrio, que decían : «Ya son las dos, puesto que vuelve de las Tullerías.»

Y unos corrían, y otros se ponían en fila a esperarle ; porque un rey que pasa causa siempre tumulto. Por lo demás, la aparición y la desaparición de Luis XVIII producían cierto efecto en las calles de París. La escena era rápida, pero majestuosa. Aquel rey impotente gustaba mucho de ir a galope ; no pudiendo andar, quería correr ; no pudiendo usar de sus piernas, de buena gana habría hecho, a ser posible, que los relámpagos tirasen de su carruaje. Pasaba pacífico y severo, en medio de los sables desenvainados. Su maciza berlina, toda dorada, con gruesas ramas de lirio pintadas en los costados, rodaba estrepitosamente, y apenas había tiempo para dirigir una mirada al interior. En el ángulo del testero, a la derecha, sobre almohadones de raso blanco, veíase una cara ancha, firme y colorada ; una frente recién empolvada a lo pájaro real ; una mirada fiera, dura y fría ; una sonrisa de letrado ; dos charreteras gruesas de canalones torcidos y flotantes sobre un frac de paisano : el Toisón de Oro, la cruz de San Luis, la cruz de la Legión de Honor, la medalla de plata del Espíritu Santo ; un vientre muy abultado, y un grueso cordón azul ; era el rey. Fuera de París llevaba su sombrero con plumas blancas, descansando sobre las rodillas envueltas en altas polainas inglesas ; cuando regresaba a la ciudad, poníase el sombrero en la cabeza, saludando poco, y mirando fríamente al pueblo, que le pagaba en la misma moneda. Cuando apareció por primera vez en el barrio de San Marcelo, todo su triunfo fué esta frase de un vecino del arrabal a su compañero : «Ese gordo que va ahí es el gobierno.»

El paso infalible del rey a la misma hora, era, pues, el acontecimiento cotidiano del bulevar del Hospital.

El paseante de la levita amarilla no era evidentemente del barrio, ni tampoco de París, porque ignoraba estos pormenores ; y así cuando el carruaje real, rodeado de un escuadrón de guardias de corps galoneados de plata, desembocó por el bulevar después de haber doblado la esquina de la Salpetriere, nuestro hombre pareció sorprendido y casi aterrado. Estaba solo en la calle de árboles, y se ocultó con viveza tras de la esquina de una pared, lo que no impidió que le viese el duque de Havré. Este, como capitán de la guardia de servicio de aquel día, iba sentado en el carruaje, frente a frente del rey. Dijo, pues, a Su Majestad : «Ese hombre tiene muy malas trazas.» Los agentes de policía que vigilaban la carrera por donde debía pasar el rey, también lo observaron, y uno de ellos recibió orden de seguirlo. Pero el hombre se internó en las callejuelas solitarias del arrabal ; y como el día empezaba a declinar, el agente perdió sus huellas, según consta en un parte dirigido aquella misma noche al conde Anglés, ministro de la real casa y prefecto de policía. Cuando el hombre de la levita amarilla hubo hecho perder la pista al agente, dobló el paso, no sin haberse vuelto muchas veces para asegurarse de que no era seguido. A las cuatro y cuarto, es decir, de noche ya, pasaba por delante del teatro de la Puerta de San Martín, donde se representaba aquel día el drama «Los dos presidiarios». El cartel, alumbrado por los reverberos del teatro, le llamó la atención indudablemente, porque aun cuando iba de prisa se detuvo para leerlo. Un instante después se hallaba en el callejón sin salida de la «Planchette», y entró en el «Plato de estaño», donde estaba entonces la

oficina del carruaje de Lagny. Este carruaje salía a las cuatro y media. Los caballos estaban enganchados, y los viajeros, llamados por el mayoral, subían apresuradamente la escalera de hierro del cûpé.

El hombre preguntó:

—¿Tenéis un asiento?

—Uno solo, a mi lado, en el pescante —dijo el mayoral.

—Lo tomo.

—Subid.

Sin embargo, antes de partir, echó el mayoral una mirada al equívoco traje del viajero, y a su pequeño paquete, e hizo que le pagase.

—¿Vais a Lagny?—preguntó.

—Sí—dijo el hombre—, y pagó hasta Lagny.

Partieron. Cuando hubieron pasado la barrera, el mayoral hizo por trabar conversación; pero, observando que el viajero sólo respondía por monosílabos, tomó el partido de ponerse a silbar y echar votos y ternos a sus caballos.

Después se envolvió en su capa. Hacía frío; el hombre, sin embargo, parecía no sentir nada; y así pasaron por Gournay y Neuilly-del-Marne.

A las seis de la noche estaban ya en Chelles. El mayoral se detuvo para dar descanso a los caballos, delante de la Posada de Trajineros, establecida en los viejos edificios de la abadía real.

—Aquí me bajo—dijo el hombre.

Tomó su bastón y su paquete, y saltó del carruaje.

Un instante después había desaparecido.

No había entrado en la posada.

Cuando al cabo de algunos minutos el carruaje volvió a partir para Lagny, no le encontró en la calle mayor de Chelles.

El mayoral se volvió hacia los viajeros del interior:

—Ese hombre—les dijo—, no es de aquí, porque no lo conozco. Parece que no tiene un sueldo, y sin embargo, no le importa perder dinero; paga hasta Lagny, y sólo viene hasta Chelles. Es de noche, todas las casas están cerradas, no entra en la posada, y no se vuelve a ver. ¿Se lo habrá tragado la tierra?

La tierra no se lo había tragado; nuestro hombre había apresurado el paso en la obscuridad, por toda la calle Mayor de Chelles, y después había tomado a la izquierda, antes de llegar a la iglesia, el camino vecinal que va a Montfermeil, como quien conoce el país y ha estado ya en él.

Siguió este camino rápidamente. En el sitio donde le corta la antigua alameda que va de Gagny a Lagny, sintió que venía gente; ocultóse precipitadamente en un foso, y esperó a que se alejasen los que pasaban. La precaución, por otro lado, era casi superflua, porque, como ya hemos dicho, era una noche de diciembre muy obscura, y apenas se veían dos o tres estrellas en el cielo.

En este punto empieza la subida de la colina, el hombre no volvió a entrar en el camino de Montfermeil; tomó a la derecha, al través del campo, y se internó en el bosque precipitadamente.

Cuando estuvo en él, acortó el paso y se detuvo a mirar cuidadosamente todos los árboles, avanzando poco a poco, como si buscase algo, y siguiendo una dirección misteriosa, de él sólo conocida. Hubo un momento en que pareció que se había perdido, y se detuvo indeciso. Al fin llegó a tientas a un claro donde había un montón de piedras grandes y blancuzcas. Dirigióse vivamente hacia estas piedras, y las examinó con atención, al través de la bruma de la noche, como si les fuera pasando revista. A algunos pasos de las piedras había un árbol corpulento, cubierto de esas excrecencias que son las verrugas de la vegetación. Llegóse a él, y puso la mano sobre la corteza del tronco, como si procurase reconocer y contar todas las verrugas.

Frente a este árbol, que era un fresno, había un castaño, enfermo de una descortezadura, al cual se había puesto por vía de vendaje una tira de cinc clavada. Alzóse sobre las puntas de los pies, y tocó la tira de cinc.

Después anduvo tentando en el suelo con los pies, durante algún tiempo, en el espacio comprendido entre el árbol y las piedras, como quien se asegura de que la tierra no ha sido recientemente removida.

Hecho esto, se orientó, y volvió a emprender su marcha al través del bosque.

Este hombre era el que acababa de encontrar a Cosette.

Caminando por la espesura en dirección de Montfermeil, había visto aquella pequeña sombra que se movía dando gemidos, que ponía su carga en tierra, la volvía a coger, y continuaba andando. Acercóse y vió que era una niña muy pequeña cargada con un enorme cubo de agua. Entonces se había dirigido hacia la niña, y había tomado silenciosamente el asa del cubo.

VII

COSETTE EN LA OBSCURIDAD AL LADO DEL DESCONOCIDO

Ya lo hemos dicho, Cosette no había tenido miedo.

El hombre le dirigió la palabra. Hablaba con una voz grave y casi baja :

—Hija mía, lo que llevas ahí es muy pesado para ti.

Cosette alzó la cabeza y respondió :

—Sí, señor.

—Dame—continuó el hombre—, yo lo llevaré.

Cosette soltó el cubo. El hombre echó a andar junto a ella

—En efecto, es muy pesado—dijo entre dientes.

Luego añadió :

—¿Qué edad tienes, pequeña?

—Ocho años, señor.

—¿Y vienes de muy lejos así?

—De la fuente que está en el bosque.

—¿Y vas muy lejos?

—A un cuarto de hora largo de aquí.

El hombre permaneció un momento sin hablar ; después dijo bruscamente :

—¿No tienes madre?

—No lo sé—respondió la niña.

Y antes que el hombre hubiese tenido tiempo para tomar la palabra, añadió :

—No lo creo. Las otras, sí ; pero yo no la tengo.

Y después de un instante de silencio, continuó :

—Creo que no la he tenido nunca.

El hombre se detuvo, dejó el cubo en tierra, inclinóse, y puso las dos manos sobre los hombros de la niña, haciendo un esfuerzo para mirarla y ver su rostro en la obscuridad.

A la lívida luz del cielo se dibujaba vagamente la figura flaca y macilenta de Cosette.

—¿Cómo te llamas?—dijo el hombre.

—Cosette.

El hombre sintió como un sacudimiento eléctrico. Volvió a mirarla, quitóle las manos de los hombros, cogió el cubo y echó a andar.

Al cabo de un instante preguntó :

—¿Dónde vives, niña?

—En Montfermeil, si sabéis.

—¿Es allí adonde vamos?

—Sí, señor.

Volvió a haber otra pausa, y luego continuó :

—¿Quién te ha enviado a esta hora a buscar agua al bosque?

—La señora Thenardier.

El hombre replicó con un tono que quería esforzarse por hacer indiferente, pero en el cual había un temblor singular :

—¿Quién es esa señora Thenardier?

—Es mi ama—dijo la niña—. Tiene una posada.

—¡Una posada?—dijo el hombre—. Pues bien, allá voy a parar esta noche. Llévame.

—Vamos allá—dijo la niña.

El hombre andaba bastante de prisa. La niña lo seguía sin trabajo ; ya no sentía el cansancio ; de vez en cuando alzaba los ojos hacia él con una especie de tranquilidad y de abandono inexplicable. Jamás le habían enseñado a dirigirse a la Providencia y orar : sin embargo, sentía en sí una cosa parecida a la esperanza y a la alegría, y que se dirigía hacia el Cielo.

Pasaron algunos minutos. El hombre continuó :

—¿No hay criada en casa de esa señora Thenardier?

—No, señor.

—¿Eres tú sola?

—Sí, señor.

Volvió a haber otra interrupción. Cosette levantó la voz :

—Es decir, hay dos niñas.

—¿Qué niñas?

—Ponina y Zelma.

La niña simplificaba de esta suerte los nombres novelescos, tan del gusto de la Thenardier.

—¿Quiénes son Ponina y Zelma?

—Son las señoritas de la señora Thenardier, como quien dice, sus hijas.

—¿Y qué hacen?

—¡Oh!—dijo la niña—, tienen muñecas muy bonitas, cosas en que hay oro y muchos juguetes. Juegan y se divierten.

—¿Todo el día?

—Sí, señor.

—¿Y tú?

—Yo trabajo.

—¿Todo el día?

Alzó la niña sus grandes ojos, donde había una lágrima, que no se veía a causa de la obscuridad, y respondió blandamente:

—Sí, señor.

Después de un momento de silencio prosiguió:

—Algunas veces, cuando he concluído el trabajo y me lo permiten, me divierto también.

—¿Cómo te diviertes?

—Como puedo. Me dejan; pero yo no tengo muchos juguetes. Ponina y Zelma no quieren que juegue con sus muñecas, y no tengo más que un sable muy chico de plomo, así de largo.

La niña señalaba su dedo meñique.

—¿Y que no corta?

—Sí, señor—dijo la niña—; corta ensalada y cabezas de moscas.

Llegaron a la aldea; Cosette guió al desconocido por las calles. Pasaron por delante de la panadería, pero Cosette no se acordó del pan que debía llevar.

El hombre había cesado de preguntarla, y guardaba a la sazón un silencio sombrío. Cuando hubieron dejado atrás la iglesia, al ver el hombre todas aquellas tiendas al aire libre, preguntó a Cosette:

—¿Hay feria aquí?

—No, señor, es Navidad.

Cuando ya se acercaban al bodegón, Cosette le tocó en el brazo tímidamente.

—¡Señor!

—¿Qué, hija mía?

—Ya estamos junto a la casa.

—¿Y bien?

—¿Queréis que tome yo el cubo ahora?

—¿Por qué?

—Porque si la señora ve que me lo han traído me pegará.

El hombre le devolvió el cubo. Un instante después estaban a la puerta del bodegón.

VIII

INCONVENIENTES DE RECIBIR EN CASA A UN POBRE, QUE TAL VEZ ES UN RICO

Cosette no pudo menos de echar una mirada oblicua hacia la muñeca grande que continuaba expuesta en la tienda de juguetes. Después llamó: abrióse la puerta, y apareció la Thenardier con una luz en la mano.

—¡Ah! ¿eres tú, bribonzuela? Gracias a Dios; no has echado poco tiempo: se habrá estado divirtiendo la holgazanota.

—Señora—dijo Cosette temblando—, aquí hay un señor que busca habitación.

La Thenardier reemplazó al momento su aire gruñón con un gesto amable, cambio visible muy propio de los posaderos, y buscó ávidamente con la vista al recién venido.

—¿Es el señor?—dijo.

—Sí, señora—respondió el hombre llevando la mano al sombrero.

Los viajeros ricos no son tan atentos. Este ademán y la inspección del traje y del equipo del forastero, a quien la Thenardier pasó revista de una ojeada hicieron desaparecer la amable mueca, y reaparecer el gesto avinagrado. Replicóle, pues, secamente:

—Entrad, buen hombre.

El «buen hombre» entró. La Thenardier le echó una mirada; examinó particularmente su levitón, que no podía estar más raído, y su sombrero algo abollado; y con un movimiento de cabeza, un fruncimiento de nariz y una guiñada de ojos, consultó a su marido, que continuaba bebiendo con los trajineros. El marido respondió con esa imperceptible agitación del índice, que unida a la dilatación de los labios, significa en semejante caso «Maldita la cuenta que nos tiene». Recibida esta contestación, la Thenardier exclamó:

—Lo siento mucho, buen hombre, pero no hay habitación.

—Ponedme donde queráis—dijo el hombre—; en el granero, o en la cuadra. Pagaré como si ocupase un cuarto.

—Me daréis cuarenta sueldos.

—¿Cuarenta sueldos? Sea.

—Corriente.

—¡Cuarenta sueldos!—dijo por lo bajo un trajinero a Thenardier—; ¡si no son más que veinte sueldos!

—Para él son cuarenta—replicó la Thenardier, en el mismo tono—. Yo no admito a pobres por menos.

—Es verdad—añadió el marido con dulzura—, porque siempre es perjuicio para una casa tener esa clase de gente.

Entretanto el hombre, después de haber dejado sobre un banco su paquete y su bastón, se había sentado junto a una mesa, en la que Cosette se apresuró a poner una botella de vino y un vaso. El trajinero que había pedido el cubo de agua, fué él mismo a llevárselo a su caballo. Cosette volvió a ocupar su sitio debajo de la mesa de la cocina, y se puso a hacer media.

El hombre, que apenas había llevado a los labios el vaso de vino que se había echado, contemplaba a la niña con atención extraña.

Cosette era fea, aunque si hubiese sido feliz, habría podido ser linda. Ya hemos bosquejado su pequeña figura sombría: era delgada y pálida; tenía cerca de ocho años, y apenas representaba seis. Sus grandes ojos hundidos en una especie de sombra, estaban casi apagados a fuerza de llorar. Los extremos de su boca tenían esa curvatura de la angustia habitual, que se observa en los condenados y en los enfermos desahuciados. Tenía las manos, como había adivinado su madre, «perdidas de sabañones». El fuego que la iluminaba en aquel momento mostraba al descubierto los ángulos de sus huesos. Como siempre estaba tiritando, tenía la costumbre de apretar las dos rodillas una contra otra.

Todo su vestido consistía en un harapo que hubiese dado lástima en verano, y que inspiraba horror en el invierno. La tela que vestía estaba llena de agujeros; no tenía ni un mal pañuelo de lana. Se le veía la piel por varias partes, y por doquiera se distinguían manchas azules o negras, que indicaban el sitio donde la Thenardier la había golpeado. Sus piernas desnudas eran delgadas y de un color encendido; el hundimiento de sus clavículas hacía saltar las lágrimas. Toda la persona de esta criatura, su aire, su actitud, el sonido de su voz, sus intervalos entre una y otra palabra, su mirada, su silencio, su menor gesto, expresaban y revelaban una sola idea: el miedo.

El miedo se veía esparcido por toda ella, formando, por decirlo así, su cubierta; el miedo le hacía recoger los codos hacia las caderas, esconder los pies bajo los vestidos, y ocupar el menor sitio posible; el miedo no la dejaba respirar más que lo preciso; y había llegado a ser lo que podría llamarse su hábito exterior, sin variación posible más que para aumentarse. Había en el fondo de su pupila un sitio asombrado donde se anidaba el terror.

Este era tal, que al llegar, mojada y todo como estaba, no se había atrevido a ir a secarse al fuego, y se había puesto a trabajar silenciosamente.

La expresión de la mirada de esta niña de ocho años, era habitualmente tan triste, y a veces tan trágica, que en ciertos momentos parecía que se iba a volver una idiota o un demonio.

Ya lo hemos dicho: jamás había sabido lo que es rezar, ni había puesto los pies en la iglesia.

—¿Acaso tengo tiempo?—decía la Thenardier.

El hombre del levitón amarillo no quitaba la vista de Cosette.

De pronto exclamó la Thenardier:

—A propósito, ¿y el pan?

Cosette, según era su costumbre, cada vez que la Thenardier levantaba la voz, salió en seguida de debajo de la mesa.

Había olvidado el pan completamente. Recurrió, pues, al expediente de los niños. Mintió.

—Señora, el panadero tenía cerrado.

—¿Por qué no llamaste?

—Llamé, señora.

—¿Y qué?

—No abrió.

—Mañana sabré si es verdad—dijo la Thenardier—, y si mientes, verás lo que te espera. Entretanto, devuélveme la moneda de quince sueldos.

Cosette metió la mano en el bolsillo de su delantal, y se puso lívida. La moneda de quince sueldos ya no estaba allí.

—Vamos—dijo la Thenardier—, ¿me has oído?

Cosette volvió el bolsillo del revés; no había nada. ¿Qué había sido del dinero? La desgraciada niña no halló una palabra para explicarlo. Estaba petrificada.

—¿Has perdido acaso los quince sueldos — aulló la Thenardier—, o me los quieres robar?

Al mismo tiempo alargó el brazo hacia las disciplinas, colgadas en el rincón de la chimenea.

Aquel ademán terrible dió a Cosette fuerzas para gritar:

—¡Perdonadme, señora; no lo haré más!

La Thenardier descolgó las disciplinas.

Entretanto, el hombre del levitón amarillo había metido los dedos en el bolsillo de su chaleco, sin que nadie lo viera, ocupados como estaban los demás viajeros en beber o jugar a los naipes sin hacer caso de nada.

Cosette se revolvió con angustia en el rincón de la chimenea, procurando reunir sus harapos y librar en lo posible de los golpes sus pobres miembros medio desnudos. La Thenardier levantó el brazo.

—Perdonad, señora—dijo el hombre —; pero ahora mismo he visto caer una cosa del bolsillo del delantal de esa chica, y ha venido rodando hasta aquí. Quizá será la moneda.

Al mismo tiempo se bajó y pareció buscar en tierra un instante.

—Aquí está justamente — continuó levantándose.

Y dió una moneda de plata a la Thenardier.

—Sí, ésta es—dijo ella.

No era aquélla, sino una moneda de veinte sueldos; pero la Thenardier salía ganando. Guardóla en el bolsillo, y se limitó a echar una mirada feroz a la niña, diciendo:

—¡Cuidado con que te suceda otra vez!

Cosette volvió a meterse en lo que la Thenardier llamaba su «nido», y su mirada, fija en el viajero desconocido, empezó a tomar una expresión que no había tenido nunca. No era aún sino una admiración ingenua, mezclada con una especie de confianza estupefacta.

—A propósito, ¿queréis cenar?—preguntó la Thenardier al viajero.

Este no respondió. Parecía que meditaba profundamente.

—¿Quién será este hombre? — dijo ella entre dientes—. Algún pobre asqueroso. No tiene un sueldo para cenar. ¿Me pagará siquiera la habitación? Con todo, suerte ha sido que no se le haya ocurrido la idea de robar el dinero que estaba en el suelo.

Entonces abrióse una puerta, y entraron Azelma y Eponina.

Eran verdaderamente dos niñas muy lindas, vestidas como de la clase media, y no como aldeanas, ambas encantadoras, una con sus trenzas color de castaña muy brillantes, y otra con sus largos cabellos negros, que le caían por la espalda; ambas, animadas, limpias, gruesas, frescas y sanas que daba gusto verlas. Iban bien vestidas, y con tal arte maternal, que lo grueso de las telas no quitaba nada a la coquetería con que estaban hechos los trajes. El invierno estaba previsto sin que desapareciese la primavera. Estas dos niñas despedían rayos de luz; además eran reinas. En su traje, en su alegría, en el ruido que hacían, había cierta soberanía. Cuando entraron les dijo la Thenardier con un tono de mal humor lleno de adoración:

—¡Ah, sois vosotras!

Después, sentándose a ambas sobre sus rodillas, alisándoles el pelo, atando sus lazos, y soltándolas en seguida con ese modo tan dulce, propio de las madres, exclamó:

—¡Qué mal vestidas están!

Sentáronse al amor de la lumbre. Tenían una muñeca, a la que daban vueltas y más vueltas sobre sus rodillas, jugando y cantando. De vez en cuando alzaba Cosette la vista de su trabajo, y las miraba jugar con aire lúgubre.

Eponina y Azelma no miraban a Cosette: era para ellas como un perro. Estas niñas, que entre las tres no tenían veinticuatro años, representaban ya toda la sociedad de los hombres; por un lado la envidia, por otro el desdén.

La muñeca de las hermanas Thenardier estaba ya muy estropeada, muy sucia, y rota; pero no por eso parecía

menos admirable a Cosette, que en su vida había tenido una muñeca, «una verdadera muñeca,» para servirnos de una expresión que todos los niños comprenderán.

De pronto la Thenardier, que continuaba yendo y viniendo por la sala, advirtió que Cosette se distraía, y que en vez de trabajar miraba a las niñas que estaban jugando.

—¡ Ah, ahora no me lo negarás !—exclamó—. ¡ Es así como trabajas ! ¡ Ahora te haré yo trabajar a disciplinazos !

El desconocido, sin dejar su silla, se volvió hacia la Thenardier.

—Señora—dijo sonriéndose, con aire casi humilde—. ¡ Bah ! ¡ dejadla jugar !

En boca de cualquier otro viajero, que hubiese comido un buen pedazo de carne y bebido dos botellas de vino en su cena, y no hubiese parecido un «pobre asqueroso», este deseo habría sido una orden ; pero que un hombre que llevaba aquel sombrero se atreviese a tener un deseo, y que un hombre que usaba aquel levitón se permitiese tener una voluntad, es lo que no creyó debía tolerar la Thenardier. Replicó, pues, con acritud :

—Es preciso que trabaje, puesto que come. Yo no la alimento por nada.

—¿Pero qué es lo que hace?—continuó el desconocido con una dulce voz que contrastaba extrañamente con su traje de mendigo y sus hombros de ganapán.

La Thenardier se dignó responder :

—Está haciendo medias. Medias para mis niñas, que no las tienen, vamos al decir, y que ahora mismo van con las piernas desnudas.

El hombre miró los pies morados de la pobre Cosette, y continuó :

—¿Y cuándo concluirá ese par de medias?

—La perezosa tiene para tres o cuatro días.

—¿Y cuánto puede valer el par de medias, después de hecho?

La Thenardier le lanzó una mirada despreciativa.

—Lo menos treinta sueldos.

—¿Lo daríais por cinco francos?—replicó el hombre.

—¡ Cáspita !—exclamó soltando una risotada uno de los trajineros que escuchaba—. ¡ Cinco francos ! Ya lo creo... pues digo... ¡ cinco balas !

Thenardier creyó que debía tomar la palabra.

—Sí, señor ; si es un capricho, se os dará ese par de medias por cinco francos. Nosotros no sabemos negar nada a los viajeros.

—Pero sería preciso pagar ahora mismo—dijo la mujer con voz breve y perentoria.

—Compro el par de medias—respondió el hombre, y añadió sacando del bolsillo una moneda de cinco francos y poniéndola sobre la mesa—, y lo pago.

Después volviéndose hacia Cosette :

—Ahora tu trabajo es mío. Juega, hija mía.

El trajinero se conmovió tanto al ver la moneda de cinco francos, que dejó su vaso y se acercó.

—¡ Conque es verdad !—exclamó examinándola—. ¡ Una verdadera rueda trasera ! ¡ Y no es falsa !

Acercóse Thenardier y guardó silenciosamente la moneda en su bolsillo.

La Thenardier no tenía nada que replicar. Se mordió los labios, y su rostro tomó una expresión de odio.

Entretanto Cosette temblaba. Arriesgóse a preguntar :

—¿Es verdad, señora? ¿Puedo jugar?

—¡ Juega !—dijo la Thenardier, con voz terrible.

—Garcias, señora—dijo Cosette.

Y mientras su boca daba gracias a la Thenardier, toda su alma se las daba al viajero.

Thenardier se había vuelto a poner a beber. Acercóse su mujer, y le dijo al oído :

—¿Quién podrá ser ese hombre amarillo?

—He visto—respondió en tono soberano Thenardier—, he visto millonarios que tenían levitones así.

Cosette había dejado su media, pero no había salido de su sitio. La pobre niña se movía siempre lo menos posible. Había tomado de una caja que tenía detrás algunos trapos viejos y un sablecito de plomo.

Eponina y Azelma no ponían atención alguna a lo que pasaba. Acababan de ejecutar una operación importante ;

se habían apoderado del gato. Habían arrojado al suelo una muñeca, y Eponina, que era la mayor, ataba al gato, a pesar de sus maullidos y sus contorsiones, con una porción de trapos y cintas encarnadas y azules. Al mismo tiempo que ejecutaba esta obra difícil y grave, decía a su hermana en ese dulce y adorable lenguaje de los niños, cuya gracia, parecida al esplendor de las alas de una mariposa, desaparece cuando se la quiere fijar :

—Mira, hermana mía, esta muñeca es más divertida que la otra. Se mueve, grita, y no se deja vestir. Ven, hermana, juguemos con ella. Será mi hija. Yo seré una señora. Yo vendría a verte, y tú la mimarías. Poco a poco verías sus bigotes, y te extrañarías. Verías sus orejas, y verías su cola, y te admirarías. Y me dirías : «¡ Ay, Dios mío !» Yo te diría : «Sí, señora, es una niña que tengo así». Las niñas son así ahora.

Azelma escuchaba a Eponina con admiración.

En esto los bebedores se habían puesto a entonar una canción obscena, de la que se reían hasta hacer temblar el techo. Thenardier los animaba y los acompañaba.

Así como los pájaros hacen un nido con todo, los niños hacen una muñeca con cualquier cosa. Mientras Eponina y Azelma envolvían al gato, Cosette por su parte había envuelto el sable. Hecho esto, lo había acostado en sus brazos, y cantaba dulcemente para dormirlo.

La muñeca es una de las más imperiosas necesidades, y al mismo tiempo uno de los más encantadores instintos de la infancia femenina. Cuidar, vestir, adornar, volver a desnudar, volver a vestir, enseñar, gruñir un poco, mecer, mimar, adormir, figurarse que cualquier cosa es alguien ; todo el porvenir de la mujer está ahí. Al mismo tiempo que piensa y charla, al mismo tiempo que hace envoltorios pequeños y pequeñas mantillas, corsés y almillas, la niña se vuelve joven, la joven se hace casadera, y la joven casadera llega a ser mujer. El primer hijo es la continuación de la última muñeca.

Una niña sin muñeca es casi tan desgraciada y enteramente tan imposible como una mujer sin hijos.

Cosette se había hecho, pues, una muñeca con el sable.

La Thenardier se había acercado al «hombre amarillo». «Mi marido tiene razón», pensaba, «tal vez es el señor Laffitte. ¡ Hay ricos tan caprichosos !»

Se llegó, pues, a la mesa, y apoyó en ella los codos, diciendo :

—Señor...

Al oír esta palabra : «señor», volvióse el hombre. La Thenardier no le había llamado aún sino «buen hombre».

—Ya veis, señor—prosiguió tomando su aire agridulce, que era aún más repugnante que su aire feroz— ; yo bien quiero que la niña juegue, no me opongo a ello ; pero eso es bueno para una vez, porque sois generoso. Ella no tiene nada, y es preciso que trabaje.

—¿ No es vuestra esa niña?

—¡ Oh, Dios mío ! no señor ; es una pobrecita que hemos recogido por caridad : una especie de imbécil. Debe de tener agua en la cabeza. La tiene muy abultada como veis. Nosotros hacemos por ella lo que podemos, porque no somos ricos. Por más que hemos escrito a su país, hace seis meses que no nos contestan. Preciso es creer que su madre ha muerto.

—¡ Ah ! — dijo el hombre, y volvió a quedarse pensativo.

—No era cosa mayor su madre—añadió la Thenardier—. Abandonaba a su hija.

Durante toda esta conversación, Cosette, como si su instinto la hubiese advertido que se hablaba de ella, no apartaba la vista de la Thenardier. Escuchaba vagamente, y oía de cuando en cuando algunas palabras.

Los bebedores, entretanto, borrachos en su mayor parte, repetían su inmundo estribillo, aumentando el ruido y la alegría. Era un estribillo licencioso, en que se mezclaban la Virgen y el niño Jesús. La Thenardier había ido a tomar su parte en las risotadas. Cosette, debajo de la mesa, miraba el fuego que reverberaba en su mirada fija ; se había puesto de nuevo a mecer la especie de muñeco que había hecho, y al mismo tiempo que lo mecía cantaba en voz baja : «¡ Mi madre ha muerto ! ¡ mi madre

ha muerto! ¡mi madre ha muerto!»

A fuerza de instancias de la patrona, el hombre amarillo, «el millonario» consintió al fin en cenar.

—¿Qué quiere el señor?

—Pan y queso—dijo el hombre.

—Decididamente es un mendigo—dijo para sí la Thenardier.

Los borrachos continuaban entonando su canción, y la niña debajo de la mesa, cantaba también la suya.

De pronto cesó de cantar Cosette. Acababa de volverse y de ver la muñeca de las niñas de Thenardier, abandonada a causa del gato, y dejada en tierra a los pocos pasos de la mesa de cocina.

Entonces dejó caer el sable que sólo le satisfacía a medias, y luego paseó lentamente su mirada alrededor de la sala. La Thenardier hablaba en voz baja con su marido, y contaba dinero: Eponina y Azelma jugaban con el gato, los viajeros comían o bebían, o cantaban, y nadie se fijaba en ella. No había un momento que perder; salió de debajo de la mesa, arrastrándose sobre las rodillas y las manos, se cercioró otra vez de que nadie la acechaba, se llegó con presteza a la muñeca, y la cogió. Un instante después estaba otra vez en su sitio, sentada, inmóvil, vuelta solamente de modo que diese sombra a la muñeca que tenía en los brazos. La dicha de jugar con una muñeca era tan rara para ella, que tenía toda la violencia de un deleite.

Nadie la había visto, excepto el viajero que comía lentamente su mezquina cena.

Esta alegría duró cerca de un cuarto de hora.

Pero por mucha precaución que hubiese tomado Cosette, no vió que uno de los pies de la muñeca «sobresalía», y que el fuego de la chimenea lo alumbraba con mucha claridad. Aquel pie rosado y luminoso que salía de la sombra, llamó súbitamente la atención de Azelma, que dijo a Eponina:

—¡Mira, hermana!

Las dos niñas se detuvieron estupefactas. ¡Cosette se había atrevido a tomar la muñeca!

Eponina se levantó, y sin soltar el gato se llegó a su madre, y empezó a tirarle del vestido.

—Déjame—dijo la madre—. ¿Qué me quieres?

—Madre—dijo la niña—, ¡mira!

Y señalaba a Cosette con el dedo.

Esta, entregada al éxtasis de su posesión, no veía ni oía nada.

El rostro de la Thenardier tomó esa expresión particular que se compone de lo terrible unido a lo insignificante en las pequeñeces de la vida, y que ha hecho dar a esta clase de mujeres el nombre de megeras.

Esta vez el orgullo lastimado exasperaba más su cólera. Cosette había traspasado todos los límites; había atentado a la muñeca de las «señoritas». Una czarina, viendo a un mujick probarse el gran cordón azul de su imperial hijo, no habría puesto otra cara.

Gritó con una voz enronquecida por la indignación:

—¡Cosette!

Cosette se estremeció como si la tierra hubiese temblado bajo sus pies, y volvió la cabeza.

—¡Cosette!—repitió la Thenardier.

Tomó Cosette la muñeca, y la puso suavemente en el suelo con una especie de veneración y de doloroso temor; y sin dejar de mirarla, cruzó desesperadamente las manos, y, lo que es horrible de decir en una niña de esta edad, se las retorció; después, las lágrimas que no había podido arrancarle ninguna de las emociones del día, ni la carrera por el bosque, ni el peso del cubo de agua, ni la pérdida del dinero, ni la vista de las disciplinas, ni aun la sombría palabra que había oído decir a la Thenardier, acudieron a sus ojos, y rompió a sollozar y a llorar.

En este intermedio el viajero se había levantado.

—¿Qué es eso?—dijo a la Thenardier.

—¿No lo sabéis?—replicó ésta señalando con el dedo el cuerpo del delito, que yacía en tierra a los pies de Cosette.

—¿Y bien, qué?—repuso el hombre.

—¡Esa miserable—respondió la Thenardier—, se ha permitido tocar a la muñeca de las niñas!

—¡Tanto ruido para eso!—dijo el

hombre—. ¿Y qué importaba que jugase con esa muñeca?

—¡La ha tocado con sus manos sucias!—prosiguió la Thenardier—, ¡con sus horribles manos!

Aquí redobló Cosette sus sollozos.

—¿Quieres callar?—gritó la Thenardier.

El hombre se fué derecho a la puerta de la calle, la abrió y salió.

Apenas hubo salido, aprovechóse la Thenardier de su ausencia para dar a Cosette un puntapié por debajo de la mesa, que la hizo poner el grito en el cielo.

La puerta volvió a abrirse, y entró otra vez el hombre; llevaba en la mano la fabulosa muñeca de que hemos hablado, y que todos los chiquillos de la aldea habían contemplado con admiración desde por la mañana, y la puso de pie delante de Cosette, diciendo:

—Toma, para ti.

Sin duda en la hora y media que hacía que estaba allí, había notado confusamente, a pesar de su meditación, la tienda de juguetes, alumbrada con lamparillas y velas de sebo tan espléndidamente, que al través de las puertas de cristales de la posada parecía una iluminación.

Cosette levantó los ojos; vió ir al hombre hacia ella con la muñeca como si hubiera sido el sol; oyó las palabras inauditas: «para ti»; le miró, miró la muñeca, después retrocedió lentamente, y fué a ocultarse al otro extremo delante de la mesa, junto al rincón de la pared.

Ya no lloraba ni gritaba; parecía que ya no se atrevía a respirar.

La Thenardier, Eponina y Azelma eran otras tantas estatuas. Los bebedores mismos se habían callado. En todo el bodegón había un silencio solemne.

La Thenardier, petrificada y muda, volvía a empezar sus conjeturas: «¿Quién es este viejo? ¿Es un pobre? ¿Es un millonario? Tal vez sea las dos cosas, es decir: un ladrón.»

La faz del marido presentó esa arruga expresiva que atraviesa la frente humana, cada vez que el instinto dominante aparece en el rostro con todo su poder bestial. El bodegonero examinaba alternativamente al viajero y a la muñeca, y parecía olfatear a aquel hombre como hubiese olfateado un saco de plata. Todo esto no duró más que el tiempo de un relámpago. Acercóse a su mujer, y dijo en voz baja:

—Esa máquina cuesta lo menos treinta francos. No hagamos tonterías: de rodillas delante de ese hombre.

Las naturalezas groseras se parecen a las cándidas, en que para ellas no hay transiciones.

—Vamos, Cosette—dijo la Thenardier con una voz que quería dulcificar, y que se componía de esa miel agria de las mujeres malas—, ¿no tomas tu muñeca?

Cosette se aventuró a salir de su agujero.

—Querida Cosette—continuó la Thenardier con aire cariñoso—; el señor te da una muñeca. Tómala. Es tuya.

Cosette miraba la muñeca maravillosa con una especie de terror. Su rostro estaba aún inundado de lágrimas; pero sus ojos, como el cielo en el crepúsculo matutino, empezaban a llenarse de las extrañas irradiaciones de la alegría. Lo que sentía en aquel momento era una cosa parecida a lo que hubiera sentido si le hubiesen dicho bruscamente: «Hija mía, eres la reina de Francia.»

Le parecía que si tocaba aquella muñeca saldría de ella el trueno.

Lo cual hasta cierto punto era verdad, porque creía que la Thenardier la reñiría y le pegaría.

Sin embargo, triunfó la atracción. Concluyó por acercarse, y murmuró tímidamente, volviéndose hacia la Thenardier:

—¿Puedo, señora?

Ninguna frase podría expresar esta voz, al mismo tiempo desesperada, alegre y llena de espanto.

—¡Pardiez!—dijo la Thenardier—, sí, es tuya, puesto que el señor te la da.

—¿De veras, señor?—replicó Cosette—, ¿es verdad? ¿es mía la señora?

El desconocido parecía tener los ojos llenos de lágrimas, y haber llegado a ese extremo de emoción en que no se habla para no llorar. Hizo una señal con la cabeza a Cosette, y puso en sus manecitas la mano de «la señora».

Cosette retiró vivamente su mano como si la de «la señora» se la quemase, y

se puso a mirar al suelo. Fuerza es añadir que en aquel instante sacaba la lengua de un modo desmesurado. De pronto volvióse y cogió la muñeca con violencia.

—La llamaré Catalina—dijo.

Fué un espectáculo extraño aquel en que los harapos de Cosette se encontraron y estrecharon con las cintas y frescas muselinas de color de rosa de la muñeca.

—Señora — continuó—, ¿puedo ponerla en una silla?

—Sí, hija mía — respondió la Thenardier.

A la sazón eran Eponina y Azelma las que miraban a Cosette con envidia.

Cosette colocó a Catalina en una silla, después se sentó en el suelo delante de ella, y permaneció inmóvil, sin decir una palabra, en actitud de contemplación.

—Juega, pues, Cosette—dijo el desconocido.

—¡ Oh ! estoy jugando—respondió la niña.

Este extraño, este desconocido, que parecía una visita que la Providencia hacía a Cosette era en aquel momento lo que la Thenardier odiaba más en el mundo. Las emociones que sentía eran más de las que ella podía soportar, por muy acostumbrada que estuviese al disimulo por la copia que trataba de hacer de su marido en todas sus acciones : sin embargo, era necesario contenerse. Apresuróse, pues, a mandar acostar a sus hijas, después pidió al hombre amarillo «permiso» para que se retirase Cosette, «que hoy se ha cansado mucho», añadió con aire maternal. Y Cosette se fué a acostar llevándose a Catalina en brazos.

La Thenardier iba de vez en cuando al otro extremo de la sala donde estaba su marido, «para ensanchar un poco el corazón», según decía, y cambiaba con él algunas palabras, tanto más furiosas, cuanto que no se atrevía a decirlas en voz alta.

—¡ Maldito viejo ! ¿qué capricho le habrá dado? ¡ Venir a incomodarnos aquí ! ¡ querer que juegue ese monstruo ! ¡ darle muñecas ! ¡ dar muñecas de cuarenta francos a una perra, que yo daría por cuarenta sueldos ! Y si le apurasen puede ser que la llamara vuestra majestad como a la duquesa de Berry. ¿Tiene esto sentido común? ¿Está loco o rabioso ese misterioso viejo?

—¿Por qué? Es muy sencillo—replicaba el marido—. A ti te divierte que la chica trabaje, y a él le divierte que juegue. Está en su derecho. Un viajero hace lo que quiere cuando paga. Si ese viejo es un filántropo, ¿qué te importa? Si es un imbécil, tampoco te interesa. ¿A qué te metes en nada, puesto que tiene dinero?

Lenguaje de amo y razonamiento de posadero, que ni uno ni otro admitían réplica.

El hombre se había apoyado en la mesa, volviendo a tomar su actitud pensativa. Los demás viajeros, trajineros y feriantes, se habían alejado un poco, y ya no cantaban. Le examinaban a cierta distancia con una especie de temor respetuoso. Aquel viajero tan pobremente vestido, que sacaba de su bolsillo las «ruedas traseras» con tanta facilidad, y que prodigaba muñecas gigantescas a muchachas haraposas, era ciertamente un buen hombre, magnífico y temible.

Así transcurrieron algunas horas. La misa del gallo se había dicho ya, la Noche Buena había pasado, los bebedores se habían ido, el bodegón estaba cerrado, la sala baja desierta, apagado el fuego, y el desconocido continuaba en el mismo sitio y en la misma postura. De cuando en cuando dejaba descansar un brazo, apoyándose en el otro codo, y a esto se reducían todos sus movimientos. Pero no había dicho una palabra desde que Cosette se había ido a acostar.

Sólo los Thenardier permanecían en la sala, por el bien parecer, y por curiosidad.

—¿Si pensará pasar la noche así?—gruñía Thenardier.

En aquel momento dieron las dos de la mañana ; la Thenardier se declaró vencida, y dijo a su marido :

—Me voy a acostar. Haz de él lo que quieras.

Sentóse el marido en un rincón junto a una mesa, encendió una vela de sebo, y se puso a leer el «Correo Francés».

Así pasó una hora larga. El digno bodegonero había leído lo menos tres veces el «Correo Francés» desde la fecha del número hasta el nombre del impresor. El desconocido no se movía.

Thenardier se movió, tosió, escupió, se sonó la nariz, hizo ruido con su silla: el forastero continuó inmóvil.

—¿Estará dormido?—pensó Thenardier.

El hombre no dormía, pero nada podía despertarle.

En fin, Thenardier se quitó su gorro, se acercó suavemente, y se aventuró a decir:

—¿El señor no va a descansar?

Decir: «No va a acostarse» le hubiera parecido excesivo y demasiado familiar. «Descansar» olía a lujo y era más respetuoso. Estas palabras tienen la propiedad misteriosa y admirable de aumentar al día siguiente por la mañana el total de la cuenta. Un cuarto para «acostarse» cuesta veinte sueldos; un cuarto donde se «descansa» cuesta veinte francos.

—¡Calle!—dijo el desconocido—, tenéis razón, ¿dónde está vuestra cuadra?

—Señor—dijo Thenardier con una sonrisa—, voy a conduciros.

Tomó la luz, cogió el hombre su bastón y su paquete, y Thenardier lo llevó a un cuarto del primer piso, adornado con un lujo espléndido, con muebles de caoba, y una cama en forma de barco con colgaduras de percal encarnado.

—¿Qué significa esto?—dijo el viajero.

—Es nuestra cámara nupcial—dijo el posadero—. Mi esposa y yo dormimos ahora en otra. Aquí no se entra sino tres o cuatro veces al año.

—Lo mismo me habría importado que me dieseis la cuadra—dijo el hombre bruscamente.

Thenardier hizo como que no oía esta reflexión poco halagüeña.

Encendió dos velas de cera sin estrenar que figuraban encima de la chimenea, en la que ardía un fuego bastante bueno.

Sobre la chimenea, y cubierto con una tapa de cristal, había un sombrero de mujer con adornos de hilillo de plata, y flores de naranja.

—¿Y esto qué es?—continuó el desconocido.

—Señor—dijo Thenardier—, es el sombrero que llevó mi mujer cuando nos casamos.

El viajero miró el objeto de un modo que parecía decir: «¡Ha habido, pues, un momento en que ese monstruo ha sido una virgen!»

Por lo demás, Thenardier mentía. Cuando tomó en arriendo aquella casucha para convertirla en bodegón, halló aquel cuarto amueblado de aquella manera, y compró los muebles y las flores color de naranja, juzgando que aquello proyectaría una graciosa sombra sobre «su esposa», y daría a su casa lo que los ingleses llaman respetabilidad.

Cuando el desconocido se volvió, había desaparecido Thenardier, eclipsándose discretamente sin atreverse a dar las buenas noches, no queriendo tratar con una cordialidad poco respetuosa a un hombre a quien se proponía desollar regiamente a la siguiente mañana.

El posadero se retiró a su cuarto. Su mujer estaba acostada, pero no dormía. Cuando oyó entrar a su marido, se volvió y le dijo:

—¿Sabes que mañana pongo a Cosette en medio del arroyo?

Thenardier respondió fríamente:

—Muy a pechos lo has tomado.

No volvieron a hablar una palabra, y pocos momentos después habían apagado la luz.

El viajero, por su parte, había puesto en un rincón su bastón y su paquete. Cuando Thenardier salió, sentóse en una silla, y permaneció algún tiempo pensativo. Después se quitó los zapatos, tomó una de las dos velas, apagó la otra, abrió la puerta y salió del cuarto, mirando a su alrededor como quien busca algo. Allí oyó un ruido muy leve parecido a la respiración de un niño. Dejóse conducir por este ruido, y llegó a una especie de hueco triangular practicado debajo de la escalera, o por mejor decir, formado por la escalera misma. Este hueco no era otra cosa sino el que quedaba naturalmente debajo de los peldaños. Allí, entre toda clase de cestos y trastos viejos, entre el polvo y las telas de araña, había una cama si puede llamarse cama un jergón lleno

de agujeros hasta enseñar la paja, y un cobertor agujereado hasta dejar ver el jergón. No tenía sábanas, y estaba echado por tierra. En esta cama dormía Cosette.

Acercóse el hombre y la estuvo examinando.

Cosette dormía profundamente, y estaba vestida.

En invierno no se desnudaba para tener menos frío. Tenía abrazada la muñeca, cuyos grandes ojos abiertos brillaban en la obscuridad. De vez en cuando exhalaba un hondo suspiro, como si fuese a despertarse, y estrechaba la muñeca en sus brazos casi convulsivamente. Al lado de su cama no había más que un zueco.

Una puerta que había al lado del desván de Cosette, dejaba ver un cuarto obscuro bastante grande. El desconocido penetró en él. En el fondo, al través de una puerta vidriera, veíanse dos camas gemelas muy blancas. Eran las de Azelma y Eponina. Detrás de la cama, medio se veía una cuna sin colgaduras, donde dormía el chiquitín que había estado gritando toda la noche.

El desconocido conjeturó que este cuarto comunicaba con el de los esposos Thenardier. Iba a retirarse, cuando reparó en la chimenea, una de esas vastas chimeneas de posada, donde siempre hay muy poco fuego, cuando lo hay, y que da frío el verlas. En aquélla no había fuego, ni aun ceniza, lo cual llamó, sin embargo, la atención del viajero. Había, sí, dos zapatitos de niña, de la forma bella, y desiguales en tamaño; el desconocido recordó la graciosa e inmemorial costumbre de los niños, que ponen su calzado en la chimenea la noche de Navidad, esperando allí en las tinieblas algún brillante regalo de una buena hada. Eponina y Azelma no habían faltado a esta costumbre, y cada una había puesto uno de sus zapatos en la chimenea.

El viajero se inclinó hacia ellos.

El hada, es decir, la madre, había hecho su visita, y se veía brillar en cada zapato una magnífica moneda de diez sueldos, nuevecita.

Volvióse el hombre a la ventana, y ya se iba, cuando vió a un lado en el fondo, en el rincón más obscuro de la chimenea, otro objeto. Miró, y vió que era un zueco, un horrible zueco de la madera más basta, medio roto, y todo cubierto de ceniza y barro seco. Era el zueco de Cosette. Cosette, con esa tierna confianza de los niños, que puede engañarlos siempre, sin desanimarlos jamás, había puesto también su zueco en la chimenea.

La esperanza es una cosa dulce y sublime en una niña que sólo ha conocido la desesperación.

En el zueco no había nada.

El viajero buscó en el bolsillo de su chaleco, inclinóse, y puso en el zueco de Cosette un luis de oro.

Después volvióse de puntillas a su habitación.

XI

THENARDIER MANIOBRANDO

Al día siguiente, lo menos dos horas antes de que amaneciese, Thenardier, sentado junto a una mesa en la sala baja del bodegón, con una pluma en la mano, y alumbrado por la luz de una vela, componía la cuenta del viajero del levitón amarillo.

La mujer, en pie, medio inclinada hacia él, le seguía con la vista. No hablaba una palabra. Había por un lado una meditación profunda; por otro esa admiración religiosa con que se mira nacer y desarrollarse una maravilla del espíritu humano. En la casa oíase un ruido; era la Alondra que barría la escalera.

Después de un buen cuarto de hora y de haber hecho algunas raspaduras, Thenardier produjo la obra maestra:

Cena.....	3	francos.
Cuarto.....	10	»
Bujías.....	5	»
Fuego.....	4	»
Servicio.....	1	»
	23	»

Servicio estaba escrito «servisio».

—¡Veintitrés francos! — exclamó la mujer con un entusiasmo unido a la vacilación.

Thenardier, como todos los grandes artistas, no estaba contento de su obra.

—¡Psch!—dijo.

Era el acento de Castlereagh redac-

tando en el Congreso de Viena la cuenta de Francia.

—Thenardier, tienes razón ; bien debe eso—murmuró la mujer, que pensaba en la muñeca dada a Cosette delante de sus hijas— ; es justo, pero es demasiado. No querrá pagar.

Thenardier se sonrió fríamente, y dijo :

—Pagará.

Esta sonrisa era la expresión suprema de la convicción y de la autoridad. Lo que así se decía debía suceder infaliblemente. La mujer no insistió. Púsose a arreglar las mesas ; el marido empezó a dar paseos por la sala. Un momento después añadió :

—¡ Yo, sin embargo, debo mil quinientos francos !

Fué a sentarse junto a la chimenea, meditando, y poniendo los pies sobre las cenizas calientes aún.

—¡ Ah !—continuó la mujer— ; no olvides que hoy pongo a Cosette a la puerta : ¡ monstruo ! ¡ me come el corazón con su muñeca ! ¡ Preferiría casarme con Luis XVIII a tenerla en casa un día más !

Thenardier encendió su pipa, y respondió entre dos bocanadas de humo :

—Entregarás al hombre esta cuenta.

Después salió.

Apenas había puesto el pie fuera de la sala cuando entró el viajero.

Thenardier volvió a aparecer al momento detrás de él, y permaneció inmóvil en la puerta entreabierta, visible sólo para su mujer.

El hombre amarillo llevaba en la mano su bastón y su paquete.

—¡ Cómo ! ¡ Tan pronto levantado !—dijo la Thenardier—, ¿acaso el señor nos deja?

Y al mismo tiempo que hablaba daba vueltas a la cuenta que tenía entre los dedos, haciéndola pliegues con las uñas. Su rostro duro presentaba una expresión que no le era habitual, la de la timidez y el escrúpulo.

Presentar semejante cuenta a un hombre que tenia tan perfectamente el aire «de un pobre», le parecía cosa impropia.

El viajero estaba pensativo y distraído. Respondió :

—Sí, señora, me voy.

—El señor—continuó ésta—, ¿no tenía negocios en Montfermeil?

—No ; paso por aquí, y nada más. Señora—añadió,— ¿qué debo?

La Thenardier, sin responder, le entregó la cuenta doblada.

El hombre desdobló el papel y lo miró ; pero su atención estaba visiblemente en otra parte.

—Señora — continuó—, ¿hacéis buenos negocios en Montfermeil?

—Así, así, señor—respondió la Thenardier, admirándose de no ver otra clase de explosión.

Y prosiguió con acento elegíaco y lastimero :

—¡ Ay, los tiempos están muy malos ! Y luego tenemos tan pocos señores por aquí. Ya lo veis, toda es gente de poco más o menos. ¡ Si no viniesen a veces viajeros generosos y ricos como el señor ! ¡ Tenemos tantas cargas ! Mirad, esa chiquilla nos cuesta los ojos de la cara.

—¿Qué chiquilla?

—Ya sabéis, Cosette ; la Alondra, como la llaman en el país.

—¡ Ah !—dijo el hombre.

La Thenardier continuó :

—¡ Qué bestias son esos aldeanos con sus sobrenombres ! Más bien parece un murciélago que una alondra. ¡ Ya lo veis, señor ! Nosotros no pedimos limosna, pero tan poco podemos darla. ¡ No ganamos nada y tenemos mucho que pagar ! ¡ La patente, los impuestos, la contribución de puertas y ventanas, la de céntimos adicionales ! Ya sabéis que el gobierno pide mucho dinero. Y luego tengo mis hijas. No necesito criar los hijos de otros.

El hombre replicó con una voz que se esforzaba en hacer indiferente y que, sin embargo, le temblaba :

—¡ Y si os desembarazasen de ella?

—¿ De quién, de la Cosette?

—Sí.

—¡ Ah, señor ! ¡ mi buen señor ! Tomadla, buen provecho, llevaosla, conservadla, en azúcar, en trufas ; bebeosla, comeosla, y seáis bendito de la Virgen Santísima y de todos los santos del paraíso.

—Está dicho.

—¿ De veras? ¿Os la lleváis?

—Me la llevo.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Llamadla.

—¡Cosette!—gritó la Thenardier.

—Entretanto—prosiguió el hombre—, voy a pagaros mi cuenta. ¿Cuánto es?

Echó una ojeada a la cuenta, y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—¡Veintitrés francos!

Miró a la bodegonera y replicó:

—¿Veintitrés francos?

Había en la pronunciación de estas dos palabras repetidas así, el acento que separa la admiración del interrogante.

La Thenardier había tenido tiempo de prepararse al choque. Respondió pues; con seguridad:

—¡Caramba! ¡Sí, señor! Veintitrés francos.

El viajero puso sobre la mesa cinco monedas de cinco francos.

En este momento Thenardier se adelantó en medio de la sala, y dijo:

—El señor no debe más que veintiséis sueldos.

—¡Veintiséis sueldos!—dijo la mujer.

—Veinte sueldos por el cuarto—continuó fríamente Thenardier—, y seis sueldos por la cena. Y en cuanto a la niña, necesito hablar un poco con el señor. Déjanos solos.

La Thenardier experimentó uno de esos deslumbramientos que producen los rasgos imprevistos de talento. Conoció que el gran actor entraba en escena y salió de la estancia.

Apenas estuvieron solos, Thenardier ofreció una silla al viajero. Este se sentó; Thenardier permaneció en pie, y su rostro tomó una expresión de bondad y de sencillez.

—Señor—dijo—, mirad, voy a deciros; yo adoro a esa niña.

El viajero le miró fijamente.

—¿Qué niña?

Thenardier continuó:

—¡Es cosa singular! pero no puede uno remediarlo; cuando se apasiona uno de una persona... ya lo veis. ¿Qué importa todo ese dinero? Guardaos vuestras monedas de cien sueldos. No quiero dar la niña.

—¿A quién no queréis dar?—preguntó el viajero.

—Ya lo oís, a nuestra pequeña Cosette. ¿No os la queríais llevar? Pues bien, hablo francamente; tan cierto como sois un hombre honrado, no puedo consentir en ello. Esa niña me haría falta. Como que la estoy manejando desde chica. Verdad es que nos cuesta dinero; verdad es que nos cuesta disgustos; verdad es que tiene sus defectos, y que no somos ricos, y que he pagado más de cuatrocientos francos en drogas nada más que por una de sus enfermedades. ¡Pero es preciso hacer algo por Dios! No tiene padre ni madre; yo la he criado. Tengo pan para ella y para mí. En fin, yo quiero a esa niña. Ya comprendéis; uno toma afecto a las personas; yo tengo más corazón que cabeza, la quiero: mi mujer tiene el genio vivo, pero también la quiere. La tenemos como a hija nuestra. No podemos renunciar a oír su charla infantil en nuestra casa.

El desconocido continuaba mirando fijamente.

Thenardier continuó:

—Perdonad, señor; pero no se da un hijo así como así al primero que viene. ¿No es verdad que tengo razón? Además, no digo que no; sois rico, parecéis bueno, y si fuese por su dicha... Pero yo necesitaría saber... ¿me entendéis? Supongamos, es una suposición, que yo la dejase ir, y me sacrificase; quisiera saber adónde la lleváis; quisiera no perderla de vista, saber a casa de quién va, para ir a verla de vez en cuando, y que supiese que su buen padre, que la ha criado, velaba por ella. En fin, hay cosas que no son posibles. Yo no sé siquiera vuestro nombre. Si os la llevarais, diría: ¿Y la Alondra? ¿adónde ha ido? A lo menos necesitaría ver algún pedazo de papel, una muestra siquiera de vuestro pasaporte.

El desconocido, sin dejar de mirarle, con esa mirada que penetra, por decirlo así, hasta el fondo de la conciencia, le respondió con acento grave y firme:

—Señor Thenardier, para venir a cinco leguas de París no se saca pasaporte. Si me llevo a Cosette, me la llevaré, y nada más. Vos no sabréis mi

nombre, ni mi habitación, ni dónde ha de ir a parar, y mi intención es que no os vuelva a ver en su vida. Rompo el hilo que tiene en el pie, y se va. ¿Os conviene? ¿Sí, o no?

Lo mismo que los demonios y los genios conocían en ciertas señales la presencia de un Dios superior, comprendió Thenardier que tenía que habérselas con uno más fuerte que él. Esta fué como una especie de intuición; comprendió esto con su prontitud clara y sagaz. La víspera, al mismo tiempo que bebía con los trajineros, mientras fumaba, mientras cantaba coplas obscenas, había pasado la noche observando al viajero, acechándolo como un gato, y estudiándolo como un matemático. Le había espiado a la vez por su propia cuenta, por placer, y por instinto, espiado como si hubiese sido pagado para esto. No se le había escapado ni un gesto, ni un movimiento del hombre del levitón amarillo. Aun antes que el desconocido manifestara tan claramente su interés por Cosette, Thenardier lo había adivinado. Había sorprendido las profundas miradas del viejo, clavadas siempre en la niña. ¿Quién era este hombre? ¿Por qué con tanto dinero en su bolsa, llevaba un traje tan miserable? Preguntas que se hacía sin poder contestarlas, y que le irritaban. Toda la noche había estado pensando en ello. ¿No podía ser el padre de Cosette? ¿Sería su abuelo? Entonces, ¿por qué no se daba a conocer en seguida? Cuando uno tiene derecho, hace uso de él. Evidentemente aquel hombre no tenía derecho sobre Cosette. ¿Quién era, pues? Thenardier se perdía en suposiciones. Entreveía todo, y no veía nada. Como quiera que fuese, entablando conversación con aquel hombre, seguro como estaba de que había un secreto en todo esto, seguro de que el hombre estaba interesado en permanecer incógnito, sentíase fuerte; a la respuesta clara y firme del viajero, cuando vió que el misterioso personaje era misterioso simplemente, se sintió débil. No se esperaba una cosa igual. Fué la derrota de sus conjeturas. Reunió sus ideas, pesó todo esto en un segundo. Thenardier era uno de esos hombres que juzgan una situación de una ojeada. Calculó que era el momento de ir derecho y pronto al asunto. Hizo como los grandes capitanes en ese instante decisivo que sólo ellos conocen; descubrió bruscamente su batería.

—Señor — dijo—, necesito mil quinientos francos.

El viajero tomó del bolsillo de uno de los lados una cartera vieja de cuero negro, la abrió y sacó de ella tres billetes de Banco que puso sobre la mesa. Después apoyó su ancho pulgar sobre estos billetes, y dijo al bodegonero:

—Haced venir a Cosette.

Mientras esto pasaba, ¿qué hacía Cosette?

Cosette, al despertarse, había corrido a ver su zueco. Halló en él la moneda de oro. Era un napoleón; era una de esas monedas de veinte francos, muy nuevas, del tiempo de la Restauración, en cuya efigie, la cola prusiana había reemplazado a la corona de laureles. Cosette quedó deslumbrada; su destino empezaba a embriagarla. No sabía lo que era una moneda de oro, no la había visto nunca, y la ocultó al momento en su bolsillo como si la hubiese robado. Sin embargo, conocía que aquella moneda era realmente suya; adivinaba de dónde procedía el regalo, pero sentía una especie de alegría llena de miedo. Estaba contenta; estaba, sobre todo, estupefacta. Aquellas cosas tan magníficas y tan lindas no le parecían reales. La muñeca le daba miedo, la moneda de oro le daba miedo. Temblaba raramente ante estas magnificencias. Sólo el desconocido no la asustaba; al contrario, la tranquilizaba. Desde la víspera, al través de su admiración, y en medio de su sueño, pensaba en su espíritu de niña en aquel hombre que parecía viejo, y pobre, y tan triste, y que era tan rico y tan bueno. Desde que le había encontrado en el bosque, todo había cambiado para ella. Menos feliz que la más pequeña golondrina, no había sabido nunca lo que es refugiarse a la sombra de una madre y bajo sus alas. Hacía cinco años, es decir, tan remotamente como podían subir sus recuerdos, que la pobre niña no hacía más que temblar y estremecerse. Había estado siempre desnuda bajo el rudo cierzo de la desgracia; ahora le parecía que estaba ves-

tida. En otro tiempo, su alma tenía frío ; ahora sentía calor. Cosette no tenía ya tanto miedo a la Thenardier ; ya no estaba sola, había uno que velaba por ella.

Habíase puesto en seguida a trabajar como todas las mañanas. Aquel luis que tenía consigo, en el mismo bolsillo de su delantal, de donde el día anterior se le había caído la moneda de quince sueldos, la tenía distraída. No se atrevía a tocarlo ; pero pasaba a veces cinco minutos contemplándolo, y preciso es decirlo, con la lengua sacada. Barría la escalera, y de cuando en cuando se paraba, permanecía inmóvil, olvidando su escoba y el Universo entero, ocupada en ver brillar aquel astro en el fondo de su bolsillo.

En una de estas contemplaciones se llegó a ella la Thenardier.

Por orden de su marido había ido a buscarla. Cosa inaudita, no le dió ningún porrazo, ni le dijo una sola injuria.

—Cosette—dijo casi con dulzura—, ven ahora mismo.

Un instante después entraba Cosette en la sala baja.

El desconocido tomó el paquete que había llevado, y lo desató. Este paquete contenía un vestidito de lana, un delantal, una almilla de fustán, un jubón, un pañuelo, medias de lana, zapatos, un vestido completo para niña de siete años : todo de color negro.

—Hija mía—dijo el hombre—, toma esto, y ve a vestirte en seguida.

El día aparecía cuando los habitantes de Montfermeil, que empezaban a abrir sus puertas, vieron pasar por la calle de París a un hombre vestido pobremente, que llevaba de la mano a una niña vestida de luto con una muñeca color de rosa en los brazos. Se dirigían por la parte de Livry.

Eran nuestro hombre y Cosette.

Nadie conocía al hombre, y como Cosette no llevaba ya los harapos, tampoco la conocieron muchos.

Cosette se iba. ¿Con quién? Lo ignoraba. ¿Adónde? No lo sabía. Todo lo que comprendía era que dejaba tras sí el bodegón de Thenardier. Nadie había pensado en despedirse de ella, ni ella en despedirse de nadie. Salía de aquella casa, odiando y odiada.

¡Pobre ser, cuyo corazón hasta entonces no había experimentado sino los dolores de la opresión !

Cosette caminaba gravemente, abriendo sus grandes ojos y contemplando el cielo. Había puesto el luis en el bolsillo de su delantal nuevo. De vez en cuando se inclinaba y le arrojaba una mirada, después miraba al buen hombre. Sentía una cosa como si hubiese estado cerca de Dios.

X

DE CÓMO EL QUE BUSCA LO MEJOR PUEDE HALLAR LO PEOR

La Thenardier, según su costumbre había dejado que su marido hiciese lo que quisiera. Esperaba grandes acontecimientos. Luego que el hombre y Cosette se hubieron ido, Thenardier dejó pasar un cuarto de hora largo ; después la llamó aparte, y le enseñó los mil quinientos francos.

—¡Nada más que eso! — dijo la mujer.

Era la primera vez desde su casamiento, que se atrevía a criticar un acto de su marido.

El golpe fué certero.

—En realidad tienes razón—dijo Thenardier—, soy un imbécil. Dame el sombrero.

Dobló los tres billetes de Banco, se los guardó en el bolsillo y salió apresuradamente, pero equivocó el camino ; y tomó primero a la derecha. Algunos vecinos, de quienes se informó, le hicieron reparar su error ; habían visto a la Alondra y al hombre tomar la dirección de Livry. Siguió esta indicación, marchando apresuradamente y hablando consigo mismo.

—Ese hombre es evidentemente un millonario vestido de amarillo, y yo soy un animal. Primero ha dado veinte sueldos, después cinco francos, luego mil quinientos, y siempre con la misma facilidad. Habría dado quince mil francos ; pero yo le atraparé de nuevo. Y luego ese envoltorio de ropa preparado de antemano para la chica...

Todo esto era singular : muchos misterios había allí, y el que coge un secreto no lo suelta tan fácilmente. Los secretos de los ricos son esponjas llenas de oro, que es preciso saber exprimir.

Todos estos pensamientos bullían en su cerebro.

—Soy un animal—decía por último.

Cuando se sale de Montfermeil y se llega al recodo que hace el camino que va a Livry, se ve desenvolverse este camino muy lejos por la llanura. Al llegar allí, Thenardier calculó que debía ver al hombre y a la niña. Miró tan lejos como su vista pudo alcanzar, y no vió nada. Se volvió a informar ; sin embargo, perdía tiempo. Algunos transeuntes le dijeron que el hombre y la niña que buscaba se habían encaminado hacia los bosques por la parte de Gagny. Apresuró, pues, el paso por esta dirección.

Aun tenían delantera sobre él ; pero una criatura anda despacio, y él iba de prisa. Y luego conocía muy bien el país.

De pronto se detuvo y se dió en la frente, como un hombre que ha olvidado lo esencial, y que está pronto a volver atrás.

—¡ Debía haber tomado mi fusil !— exclamó.

Thenardier era una de esas naturalezas dobles, que hallamos algunas veces entre nosotros sin saberlo, y que desaparecen sin que se les haya conocido, porque el destino no las ha mostrado más que por un lado. La suerte de muchos hombres es vivir así medio sumergidos en la sombra. En una situación tranquila y llana, Thenardier tenía todo lo que se necesitaba para representar— no digamos para ser—, lo que se ha convenido en llamar un comerciante honrado, un buen ciudadano. Al mismo tiempo, dadas ciertas circunstancias, y viniendo ciertos sacudimientos a levantar las capas inferiores de su naturaleza, tenía todo lo necesario para ser un criminal. Era un tendero en el cual había algo de monstruo. Satanás debía acurrucarse en ciertos momentos en algún rincón del tabuco donde vivía Thenardier, y reflexionar ante aquella obra maestra de perversidad. Después de vacilar un instante :

—¡ Bah !—pensó— ; tendría tiempo para escapar.

Y continuó su camino, andando apresuradamente y casi con aire de certeza, con la sagacidad de la zorra olfateando una bandada de perdices.

En efecto, cuando pasó los estanques y atravesó oblicuamente el gran claro del bosque que está a la derecha de la alameda de Bellerne, al llegar a la calle de césped que rodea casi toda la colina, y que cubre la bóveda del antiguo canal de las aguas de la abadía de Chelles, vió encima de un matorral un sombrero, sobre el cual ya había hecho muchas conjeturas. Era el sombrero del hombre. La maleza era baja : Thenardier conoció que el hombre y Cosette estaban allí sentados. No se veía la niña, a causa de lo pequeña que era, pero se veía la cabeza de la muñeca.

Thenardier no se engañaba. El hombre se había sentado allí para dejar descansar un poco a Cosette. El bodegonero tomó por detrás de la maleza, y apareció bruscamente delante de los que buscaba.

—Perdonad, señor — dijo respirando apenas—, pero aquí tenéis vuestros mil quinientos francos.

Al hablar así devolvía al viajero los tres billetes de Banco.

El hombre alzó los ojos.

—¿ Qué significa esto?

Thenardier respondió respetuosamente :

—Señor, esto significa que me vuelvo a quedar con Cosette.

Estremecióse Cosette, y se estrechó más y más contra el hombre.

Este contestó mirando a Thenardier fijamente en los ojos, y acentuando todas las sílabas :

—¿ Volvéis a que-da-ros con Cosette?

—Sí, señor, la vuelvo a tomar. Voy a deciros. Lo he pensado bien. Yo, francamente, no tengo derecho a dárosla. Soy un hombre honrado, ya lo veis. Esa niña no es mía, es de su madre. Su madre me la confió, y no puedo entregarla más que a ella. Me diréis ; pero la madre ha muerto. Bueno. En ese caso sólo puedo entregar la niña a una persona que me traiga un papel firmado por la madre, en el que se me mande entregar la niña a esa persona. Esto está claro.

El hombre, sin responder, metió la mano en el bolsillo, y Thenardier volvió a ver aparecer la cartera de los billetes de Banco.

El bodegonero sintió un estremecimiento de alegría.

—¡Bueno!—dijo para sí—, tengámonos firme. ¡Va a corromperme!

Antes de abrir el viajero la cartera, echó una mirada a su alrededor. El sitio estaba verdaderamente desierto: no había un alma en el bosque ni en el valle. Abrió el hombre la cartera, y sacó de ella, no el paquete de billetes que esperaba Thenardier, sino un simple papelito que desdobló y presentó abierto al bodegonero, diciéndole:

—Tenéis razón, leed.

Tomó el papel Thenardier, y leyó:

«*M. 25 de marzo de 1823.*

»Señor Thenardier.

»Entregaréis a Cosette al dador. Se os pagarán todas esas deudillas.

»Tengo el honor de enviaros mis respetos.

»FANTINA.»

—¿Conocéis esta firma?—continuó el hombre.

En efecto, era la firma de Fantina. Thenardier la reconoció.

No había nada que replicar. Sintió dos despechos violentos, el despecho de renunciar a la corrupción que esperaba, y el verse vencido. El hombre añadió:

—Podéis guardar ese papel para descargo vuestro.

Thenardier se replegó en buen orden.

—Esta firma está bastante bien imitada—murmuró entre dientes—. En fin, ¡sea!

Después intentó un esfuerzo desesperado.

—Señor—dijo—, está bien, puesto que sois la persona enviada por la madre. Pero es preciso pagarme todo lo que se me debe, que no es poco.

Púsose el hombre en pie, y dijo quitándose al mismo tiempo con los dedos el polvo de sus raídas mangas:

—Señor Thenardier, en enero la madre contaba que os debía ciento veinte francos; en febrero habéis recibido trescientos francos, y otros trescientos a principios de marzo. Desde entonces han pasado nueve meses, que a quince francos, según el precio convenido, son ciento treinta y cinco francos. Habíais recibido cien francos de más; se os quedaban a deber, por consiguiente treinta y cinco francos, y por ellos os acabo de dar mil quinientos.

Sintió entonces Thenardier lo que siente el lobo en el momento en que se ve mordido y cogido en los dientes de acero del lazo.

—¿Quién es este diablo de hombre?—dijo para sí.

Hizo lo que el lobo, dió una sacudida. La audacia le había salido ya bien una vez.

—Señor Fulano—dijo resueltamente y dejando esta vez a un lado todo respeto—, me volveré a quedar con Cosette, o me daréis mil escudos.

El viajero dijo tranquilamente:

—Ven, Cosette.

Tomó a Cosette de la mano izquierda, y con la derecha recogió su garrote que estaba en tierra.

Thenardier notó la enormidad del garrote y la soledad del sitio.

Internóse el hombre en el bosque con la niña, dejando al bodegonero inmóvil y sin saber qué hacer.

Mientras se alejaban, Thenardier examinaba sus anchos hombros algo abovedados, y sus gruesos puños.

Después, mirándose a sí mismo, veía sus delgados brazos y sus manos mezquinas.

—Vamos, soy verdaderamente un bestia—pensó—, en no haber tomado mi fusil, puesto que iba de caza...

Sin embargo, no se dió por vencido.

—Quiero saber adónde va—dijo, y se puso a seguirlos a cierta distancia. Le quedaban dos cosas en la mano, una ironía, el pedazo de papel firmado «Fantina», y un consuelo, los mil quinientos francos.

El hombre se llevaba a Cosette en dirección de Livry y de Bondy. Andaba lentamente, con la cabeza baja, en actitud reflexiva y triste. El invierno había dejado el bosque tan despojado de hojas, que Thenardier, a pesar de ir a bastante distancia, no le perdía de vista. De vez en cuando volvíase el hombre y miraba si le seguían. De pronto vió a Thenardier, y entró bruscamente con Cosette en una espesura donde los dos podían ocultarse.

—¡Diantre!—dijo Thenardier, y redobló el paso.

La espesura de la maleza le había obligado a acercarse a ellos. Cuando estuvo en lo más espeso, se volvió. Thenardier procuró ocultarse entre las ramas, pero no pudo impedir que le viese el hombre. Este le echó una mirada inquieta, después se encogió de hombros, y continuó su camino. El bodegonero se puso a seguirle. Así anduvieron doscientos o trescientos pasos. De pronto el hombre volvió la cara atrás, y vió al bodegonero; pero esta vez le miró con aire tan sombrío, que Thenardier juzgó «inútil» ir más adelante, y se volvió a su casa.

XI

VUELVE A APARECER EL NÚMERO 9.430 — COSETTE LO GANA A LA LOTERÍA

Juan Valjean no había muerto.

Al caer al mar, o por mejor decir, al arrojarse a él, estaba como se ha visto sin cadena ni grillos. Nadó entre dos aguas hasta llegar a un buque anclado, al cual había amarrado una barca, y halló medio de ocultarse en esta embarcación hasta que llegó la noche. Entonces se echó a nadar de nuevo, y saltó a tierra a poca distancia del cabo Brun. Allí, como no le faltaba dinero, pudo proporcionarse un traje en una taberna, de las cercanías de Balaguier, que era a la sazón el vestuario común de los presidiarios escapados, especulación lucrativa. Luego, como todos esos fugitivos que tratan de burlar la vigilancia de la ley y la fatalidad social, siguió un itinerario obscuro y tortuoso. Halló primero asilo en los Pradeaux, cerca de Beausset; después se dirigió hacia el Grand-Villard, cerca de Brianzon, en los Altos-Alpes: fuga obscura y zozobrosa por caminos de topos, cuyos ramales son desconocidos. Después se pudo encontrar alguna huella de su paso por el Ain, en el territorio de Civrieux, por los Pirineos en Accons, en el sitio llamado la Granja de Doumecq, junto al caserío de Chavailles, y por las cercanías de Perigueux, en Bruines, cantón de la Chapelle-Fonaguet. Así llegó a París, y lo acabamos de ver en Montfermeil.

Su primer cuidado, al llegar a París, fué comprar vestidos de luto para una niña de siete años, y luego buscó una habitación. Hecho esto, fué a Montfermeil.

Se recordará que ya en su primera evasión había hecho por allí, o por las inmediaciones, un viaje misterioso, del cual la justicia tuvo algún indicio.

Por lo demás, se le creía muerto, circunstancia que espesaba en cierto modo la obscuridad que lo envolvía. En París llegó a su poder uno de los periódicos que consignaban el hecho, con lo cual se sintió más tranquilo, y casi en paz, como si hubiese muerto realmente.

La noche misma del día en que sacó a Cosette de las garras de los Thenardier, entró en París, adonde llegó a la caída de la noche con la niña por la barrera de Monceaux. Allí subió a un coche de alquiler, que le llevó hasta la explanada del Observatorio. Bajó, pagó al cochero, tomó a Cosette de la mano, y ambos, en medio de la obscuridad de la noche, por las desiertas calles inmediatas al Ourcine y la Glaciare, se dirigieron hacia el bulevar del Hospital.

El día había sido extraño y de muchas emociones para Cosette; habían comido detrás de los vallados pan y queso, comprados en bodegones fuera del camino; habían cambiado de carruaje muchas veces, y habían andado varios trozos de camino a pie. No se quejaba, pero estaba cansada, y Juan Valjean advirtió en su mano que la pobrecita niña tiraba de él al andar; entonces la tomó a cuestas; Cosette, sin soltar a Catalina, colocó su cabeza sobre el hombro de Juan Valjean, y se durmió.

LIBRO CUARTO

En casa de Gorbeau.

I

MAESE GORBEAU

El paseante solitario que hace cuarenta años se aventuraba a ir por los barrios perdidos de la Salpetrière, y a subir por el bulevar hasta la barrera de Italia, llegaba a sitios donde se hubiese podido decir que desaparecía París. Aquellos sitios no estaban desiertos, porque había transeuntes; no eran campos, porque había calles y casas; no

eran una ciudad, porque las calles tenían baches como las carreteras, y en ellas brotaba la hierba; no eran una aldea, porque las casas tenían mucha elevación. ¿Qué eran, pues? Eran parajes habitados, donde no había nadie; eran lugares desiertos, donde había gente; eran un bulevar de la gran ciudad, una calle de París; más pavorosa por la noche que una selva; más triste por el día que un cementerio.

Eran el barrio antiguo del Mercado de Caballerías.

Si se arriesgaba el paseante a ir más allá de las cuatro paredes caducas de este Mercado; si consentía siquiera en pasar de la calle del Petit-Banquier, después de haber dejado a su derecha un corral cerrado por altas tapias, luego un prado donde se elevaban montones de materias curtientes, parecidos a barracas de castores gigantescos; luego una cerca llena de madera de construcción con montones de troncos, aserraduras y virutas, sobre las cuales ladraba un enorme perro; luego una larga tapia baja, toda arruinada, con una puertecita negra y enlutada, llena de musgo, que se llenaba de flores en la primavera; luego, en fin, en lo más desierto, un horrible y decrépito edificio, en cuya fachada se leía en letras gordas: SE PROIBE PONER CARTELES; ese paseante aventurero llegaba a la esquina de la calle de las Vignes-Saint-Marcel, latitudes poco conocidas. Allí, junto a una herrería, y entre dos tapias de jardín, se veía en aquel tiempo una casa que, a la primera ojeada, parecía pequeña como una choza, y que en realidad era grande como una catedral. La fachada que daba a la vía pública correspondía a la parte lateral del edificio, y de ahí su exigüidad aparente. Sólo se veían la puerta y una ventana.

Esta casa no tenía más que un piso.

Al examinarla, lo que ante todo llamaba la atención, era que aquella puerta no había podido ser nunca más que la puerta de un tabuco, mientras que la ventana, si hubiese estado abierta en la misma piedra, en vez de estarlo en el ripio, hubiera podido ser la ventana de un palacio.

La puerta no era sino un conjunto de tablas carcomidas, groseramente unidas por medio de travesaños, parecidos a pedazos de leño mal cuadrados. Esta puerta daba a una escalera áspera, con escalones altos, llenos de fango, de yeso y de polvo, y de la misma anchura que ella; escalera que se veía desde la calle subir recta como una escala, y desaparecer en la sombra entre dos paredes. El dintel informe de esta puerta estaba cubierto de una estrecha tabla, en medio de la cual se había abierto un agujero triangular, que servía justamente de tragaluz y ventanillo cuando la puerta estaba cerrada. En el hueco que formaba esta última, se había trazado con tinta y en dos brochazos el número 52, y encima del ventanillo el mismo pincel había borrajeado el número 50; de suerte, que el transeunte no sabía a punto fijo dónde estaba. Si miraba al dintel de la puerta creía hallarse en el número 50; si miraba al hueco interior, veía el número 52. Varios trapos indefinibles de color de polvo pendían como colgaduras del agujero triangular.

La ventana era ancha y bastante alta, y estaba adornada de persianas y vidrieras de grandes cristales cuadrados; sólo que estos cristales tenían varias heridas, que se ocultaban y se mostraban a un mismo tiempo por medio de un vendaje ingenioso de papel; y las persianas dislocadas y desunidas, más amenazaban a los transeuntes que resguardaban a los inquilinos. Faltaban en varios sitios las tablillas horizontales, cándidamente reemplazadas por tablas clavadas en posición perpendicular; de modo que aquel objeto comenzaba siendo persiana, y concluía por ser postigo.

Aquella puerta, que tenía un aspecto inmundo, y aquella ventana, que tenía un aspecto decente, aunque deteriorada, vistas así en la misma casa, producían el efecto de dos mendigos desiguales que fuesen juntos y marchasen uno al lado de otro, con dos trazas diferentes bajo iguales harapos, habiendo sido uno siempre mendigo, y el otro en sus tiempos caballero.

La escalera conducía a un cuerpo de edificio muy vasto que se parecía a un cobertizo del cual hubieran hecho una casa. Este edificio tenía por tubo intes-

tinal un largo corredor, limitado a derecha e izquierda por habitaciones de dimensiones diversas, las cuales, rigurosamente hablando, podían llamarse habitables, y eran más parecidas a tiendas que a celdas. Estos cuartos recibían la luz de los solares de las inmediaciones. Todos eran obscuros, pálidos, tristes, melancólicos, sepulcrales, y todos recibían rayos fríos de luz, o helados vientos, según las hendiduras estaban en el techo o en la puerta. Una particularidad interesante y pintoresca de este género de habitaciones, es la enorme magnitud de las arañas.

A la izquierda de la puerta de entrada, que daba al bulevar, y a la altura de un hombre, una boardilla que se había tapiado, formaba un nicho cuadrado lleno de piedras que los chicos arrojaban al pasar por allí.

Una parte de este edificio ha sido demolida últimamente; mas, por lo que hoy queda de él, se puede juzgar de lo que ha sido. El todo, en su conjunto, sólo tendrá unos cien años: cien años son la juventud de una iglesia y la vejez de una casa. Parece que la habitación del hombre participa de su brevedad, y la de Dios de su eternidad.

Los carteros llamaban a este edificio el número 50-52; pero en el barrio era conocido con el nombre de casa de Gorbeau.

Expliquemos la procedencia de este nombre.

Los compiladores de sucesos menudos, que se hacen herborizantes de anécdotas, y que fijan con un alfiler en su memoria las fechas fugaces, saben que había en París, en el último siglo, hacia el año 1770, dos procuradores del Chatelet, llamados el uno Corbeau, y el otro Renard: dos nombres previstos en sus fábulas por Lafontaine (1). La ocasión era demasiado buena para no dar lugar a la burla y a la chacota. La parodia corrió en seguida por las galerías del Palacio de Justicia, aunque en versos algo cojos:

De un proceso en la rama
muy ufano y contento,
ejecutoria en pico,
estaba el señor cuervo.
Del olor atraído
un zorro muy maestro... etc. (1).

Los dos honrados agentes, incomodados por los epigramas, y heridos en su vanidad por las risotadas que por doquiera los seguían, resolvieron desembarazarse de sus apellidos, y tomaron el partido de dirigirse al rey. La súplica fué presentada a Luis XV, en ocasión en que dos altos personajes, devotamente arrodillados, calzaban cada uno con una chinela, en presencia de Su Majestad, los pies desnudos de la Dubarry al salir del lecho.

El rey, que estaba risueño, continuó riendo: pasó naturalmente de los dos personajes que la crónica menciona a los dos curiales, e hizo a ambos gracia de sus nombres o poco menos. Su Majestad permitió al señor Corbeau que añadiera una cola a su inicial, y se llamara maese Gorbeau: en cuanto al señor Renard, fué menos feliz; no pudo obtener sino la licencia de poner una P delante de su R y llamarse Prenard; de suerte que el segundo no se prestaba menos al epigrama que el primero (2).

Ahora bien: según la tradición local, el señor Gorbeau había sido propietario del edificio número 50-52 del bulevar del Hospital, y aun era el autor de la ventana monumental.

De ahí el haberle puesto el nombre de casa de Gorbeau.

Frente al número 50-52 descollaba entre las plantaciones del bulevar, un gran olmo, muerto en sus tres cuartas partes; casi en frente empezaba la calle de la barrera de los Gobelinos, calle entonces sin casas ni empedrado, plantada de árboles mezquinos, verde o fangosa, según la estación, y que iba a salir justamente al muro que rodeaba a París. De los tejados de una fábrica inmediata salían bocanadas de humo que despedían olor a caparrosa.

La barrera estaba muy cerca. En 1823 el muro que cerraba el recinto de París existía aún.

La barrera misma suscitaba en el

(1) *Corbeau* significa cuervo, y *Renard* zorro.

(1) El lector recordará que Samaniego tradujo esta fábula de Lafontaine en versos parecidos.

(2) Prenard puede traducirse *tomador*.

ánimo ideas funestas: era el camino de Bicetre. En tiempo de la Restauración y del Imperio volvían a entrar en París por allí los condenados a muerte, el día de la ejecución.

Allí fué donde en 1829 se cometió el misterioso asesinato llamado de «la barrera de Fontainebleau», cuyos autores no pudo descubrir la justicia: problema fúnebre que ha permanecido envuelto en las sombras del misterio; enigma horrible que no se ha descifrado. Algunos pasos más allá se encuentra la calle fatal de Croulebarbe, donde Ulbach dió de puñaladas a la cabrera de Yvry en medio del ruido del trueno como en un melodrama. Poco más adelante se llega a los abominables olmos descabezados de la barrera de Saint-Jacques, ese expediente de los filántropos para ocultar el suplicio; esa mezquina y vergonzosa plaza de la Grève, compuesta de una sociedad tenderil y de ideas medianas, que ha retrocedido ante la pena de muerte, no atreviéndose, ni a abolirla con grandeza, ni a conservarla con autoridad.

Hace treinta y siete años, prescindiendo de la plaza de Saint-Jacques, que estaba como predestinada, y que ha sido siempre horrible, el punto más triste tal vez de todo ese triste bulevar, era el sitio, tan poco atractivo aun hoy, donde se halla la casa número 50-52.

Las casas de la clase media no empezaron allí hasta veinticinco años después. El sitio era lúgubre: por las ideas fúnebres que despertaba, el transeunte conocía que se hallaba entre la Salpetrière, cuya cúpula veía, y Bicetre, cuya barrera casi tocaba; es decir, entre la locura de la mujer y la locura del hombre. Por lejos que la vista se extendiese, no se veían más que los mataderos, el muro de circunvalación y algunas raras fachadas de fábricas parecidas a cuarteles o a monasterios; por todas partes barracas o casucas de yeso, paredes negras como mortajas, o nuevas y blancas como sudarios; por todas partes hileras de árboles paralelos, sin que interrumpiese esta monotonía, ni un accidente del terreno, ni un capricho de arquitectura, ni un pliegue. Era un conjunto glacial, regular, odioso.

Nada oprime tanto al corazón como la simetría; y es que la simetría es el fastidio, y el fastidio es el fondo mismo del pesar: la desesperación bosteza. Se puede soñar una cosa aún más terrible que un infierno donde se padezca, y es un infierno donde el condenado se aburra. Si existiese semejante infierno, aquel trozo de bulevar del Hospital habría podido ser el camino por donde se entrase en él.

Sobre todo, al caer la noche, en el momento en que acaba el día y la claridad desaparece, en el invierno especialmente, a la hora en que el cierzo crepuscular arranca de los olmos sus últimas hojas amarillas, cuando la obscuridad es profunda y no hay una estrella, o cuando la luna y el viento forman claros en las nubes, aquel bulevar era espantoso.

Las líneas negras se internaban y se perdían en las tinieblas como si fueran infinitas; y al pasar no podían menos que recordarse las innumerables tradiciones patibularias de aquel sitio. La soledad del barrio, donde se habían cometido tantos crímenes, tenía algo de horrible. El transeunte creía presentir lazos tendidos en la obscuridad; todas las formas confusas de la sombra parecían sospechosas; y las largas zanjas cuadradas que se veían entre cada árbol parecían sepulturas abiertas. De día el conjunto era feo; a la caída de la tarde, era lúgubre; de noche, siniestro.

En el verano, a la hora del crepúsculo, veíanse acá y allá algunas ancianas sentadas al pie de los olmos, en bancos enmohecidos por las lluvias. Aquellas buenas viejas mendigaban cuando veían la ocasión.

Por lo demás, el barrio que parecía más bien aviejado que antiguo, propendía ya desde aquella época a transformarse, y era preciso que se apresurase a verle el que quisiera examinar su estado; porque cada día desaparecía algún detalle de este conjunto. Hoy, y desde hace veinte años, la estación del ferrocaril de Orleáns, está al lado de este arrabal viejo, e influye en su situación, pues una estación del ferrocarril, dondequiera que se sitúe, produce la muerte de un arrabal, y da nacimiento a una ciudad. Parece que alrededor de esos grandes centros del mo-

vimiento de los pueblos, al rodar de esas poderosas máquinas, al soplo de esos monstruosos caballos de la civilización, que comen carbón y vomitan fuego, la tierra, llena de gérmenes, tiembla y se abre para absorber las antiguas moradas de los hombres y dejar salir las modernas. Las casas viejas se hunden y surgen las nuevas.

Desde que la estación del ferrocarril de Orleáns ha invadido los terrenos de la Salpetrière, las antiguas calles estrechas inmediatas a los Fossés-Saint-Víctor y al Jardín Botánico se bambolean, atravesadas violentamente tres o cuatro veces al día por esas corrientes de diligencias, de coches y de ómnibus, que al cabo de cierto tiempo hacen retroceder las casas a derecha e izquierda; porque hay cosas que parecen paradójicas, y que son rigurosamente exactas; y así como puede decirse con exactitud que en las grandes ciudades el sol hace vegetar y crecer las fachadas de las casas al Mediodía, del mismo modo puede afirmarse con verdad que el paso frecuente de los carruajes ensancha las calles. Los síntomas de una vida nueva son allí evidentes. En aquel barrio provinciano y anticuado, y en sus más desiertas sinuosidades, empieza a verse el empedrado; y las aceras comienzan a asomar y a alargarse, hasta en sitios por donde no pasa nadie todavía. Una mañana, mañana memorable, en julio de 1845, viéronse humear allí de pronto las negras calderas del asfalto; puede decirse que aquel día la civilización había llegado a la calle del Nurcine, y que París había entrado en el arrabal de San Marcelo.

II

NIDO PARA BUHO Y CURRUCA

Delante de la casa de Gorbeau fué donde se detuvo Juan Valjean. Como las aves bravías, había elegido aquel sitio desierto para hacer de él su nido.

Buscó en el bolsillo de su levitón y sacó una especie de llave maestra; abrió la puerta, entró, la cerró luego con cuidado y subió la escalera con Cosette a cuestas.

En lo alto de la escalera sacó de su bolsillo otra llave, con la que abrió otra puerta. El cuarto donde entró, y que volvió a cerrar en seguida, era una especie de desván bastante espacioso, amueblado con una mesa, algunas sillas y un colchón en el suelo. En un rincón había una estufa encendida, y cuyas ascuas se veían. El reverbero del bulevar alumbraba vagamente esta pobre habitación. Enfrente de la puerta había un gabinete con una cama de tijera. Juan Valjean puso a la niña en este lecho, colocándola en él sin despertarla.

Echó yescas y encendió una vela de sebo; todo estaba sobre la mesa preparado de antemano; y como lo había hecho la víspera, se puso a contemplar a Cosette con una mirada extática, donde la expresión de bondad y de ternura llegaba hasto el extravío. La niña, con esa confianza tranquila que sólo pertenece a la fuerza extrema y a la extrema debilidad, se había dormido sin saber con quién estaba, y continuaba durmiendo sin saber dónde se hallaba.

Inclinóse Juan Valjean y besó la mano de la niña.

Nueve meses antes había besado la mano de la madre, que también acababa de dormirse.

El mismo sentimiento doloroso, religioso, punzante llenaba su corazón.

Arrodillóse junto a la cama de Cosette.

Era ya muy de día, y la niña dormía aún. Un pálido rayo del sol de diciembre entraba por la ventana del desván, esparciendo por el techo rayos de sombra y de luz. De pronto, una carreta de cantero muy cargada que pasaba por la calzada del bulevar conmovió el caserón como si fuera un largo trueno, y lo hizo temblar de arriba abajo.

—¡Sí, señora!—gritó Cosette despertándose sobresaltada—; ¡allá voy!

Y se arrojó de la cama con los párpados medio cerrados aún con la pesadez del sueño, extendiendo los brazos hacia el rincón de la pared.

—¡Ah, Dios mío! Mi escoba—dijo.

Abrió del todo los ojos, y vió el rostro risueño de Juan Valjean.

—¡Ah! ¡calla! ¡es verdad!—dijo la niña—. Buenos días, señor.

Los niños aceptan inmediatamente y con toda familiaridad la alegría y la dicha, siendo ellos mismos naturalmente dicha y alegría.

Cosette vió a Catalina al pie de su cama, se apoderó de ella, y mientras jugaba, hacía cien preguntas a Juan Valjean.

—¿Dónde estaba? ¿Era grande París? ¿Estaba muy lejos de la señora Thenardier? ¿Volvería a verla? etcétera, etcétera.

De pronto exclamó:

—¡Qué bonito es esto!

Era un horrible zaquizamí; pero la niña se veía libre.

—¿Tengo que barrer?—preguntó al fin.

—Juega—dijo Valjean.

El día pasó así. Cosette, sin inquietarse, aunque no comprendía nada de lo que pasaba por ella, se consideraba inexplicablemente feliz entre aquella muñeca y aquel buen hombre.

III

DOS DESGRACIAS ENTRELAZADAS PRODUCEN FELICIDAD

Al día siguiente, al amanecer, hallábase otra vez Juan Valjean junto al lecho de Cosette. Allí esperaba, inmóvil, mirándola despertar.

En su alma entraba una cosa nueva.

Juan Valjean no había amado nunca. Hacía veinticinco años que estaba solo en el mundo. Jamás había sido padre, amante, marido, ni amigo. En presidio era malo, sombrío, casto, ignorante, feroz. El corazón del viejo presidiario estaba lleno de virginidad. Su hermana, y los hijos de su hermana no le habían dejado más que un recuerdo vago y lejano que había concluído por desvanecerse casi enteramente. Había hecho todos sus esfuerzos por volver a hallarlos, y no habiéndolo conseguido, los había olvidado. La naturaleza humana es así. Si tuvo las otras emociones tiernísimas de su juventud, habían caído en un abismo.

Cuando vió a Cosette, cuando la hubo cogido y libertado, sintió que se estremecían sus entrañas. Todo lo que en ellas había de apasionado y de afectuoso se despertó en él, y fué a parar a esta niña. Iba junto a la cama donde estaba durmiendo, y temblaba de alegría; sentía arranques de madre, y no sabía lo que eran; porque es una cosa muy obscura y muy dulce ese grande y extraño movimiento de un corazón que se pone a amar.

¡Pobre corazón, viejo y enteramente nuevo al mismo tiempo!

Sólo que como tenía cincuenta y cinco años y Cosette tenía ocho, todo el amor que hubiese podido tener en su vida, se fundió en una especie de claridad inefable.

Era la segunda aparición cándida que encontraba. El obispo había hecho levantarse en su horizonte el alba de la virtud; Cosette hacía salir en él el alba del amor.

Los primeros días pasaron en este deslumbramiento.

Cosette por su parte se volvía también otra, ¡aunque sin saberlo el pobre ser! Era tan pequeña cuando la dejó su madre, que ya no se acordaba de ella. Como todos los niños, semejantes al retoño nuevo de la vid que se agarra a todo, había intentado amar, pero no había podido conseguirlo. Todos la habían rechazado; los Thenardier, sus niñas y otros niños. Había querido al perro, y el perro había muerto; después no la había querido nadie, ni nada. Cosa lúgubre de decir, y que ya hemos indicado. A los ocho años tenía el corazón frío. No era culpa suya, puesto que no era la facultad de amar lo que le faltaba; ¡ay! era la posibilidad. Así, desde el primer día se puso a amar a aquel hombre con todas las facultades de su alma. Sentía lo que jamás había sentido; una expansión de ánimo extraordinaria.

El buen hombre no le parecía ya viejo ni pobre. Creía a Juan Valjean, hermoso; así como le había parecido lindo el desván.

Estos son efectos de la aurora, de la infancia, de la juventud, de la alegría. La novedad de la tierra y de la vida contribuye también a ellos en cierto modo. Nada es tan encantador como el reflejo coloreante de la dicha en su desván. Nosotros todos tenemos también en nuestro poder un desván azul.

La Naturaleza, y cincuenta años de intervalo, habían establecido una separación profunda entre Juan Valjean y Cosette; esta separación la borró el destino. El destino unió bruscamente y enlazó con su irresistible poder aquellas

dos existencias desarraigadas, diferentes por la edad, y parecidas por la desgracia. En efecto, una completaba a la otra. El instinto de Cosette buscaba un padre, como el instinto de Juan Valjean buscaba una hija. Ponerse en contacto, fué hallarse mutuamente. En el momento misterioso en que se tocaron sus dos manos, se soldaron. Se vieron estas dos almas, se reconocieron como necesarias la una para la otra, y se abrazaron estrechamente.

Tomando las palabras en un sentido más compasivo y absoluto, podría decirse que separados de todo por muros de tumba, Juan Valjean era el viudo, así como Cosette era la huérfana. Esta situación hizo que Juan Valjean viniese a ser de un modo celeste el padre de Cosette.

Y en verdad, la impresión misteriosa producida en Cosette, en el fondo del bosque de Chelles, por la mano de Juan Valjean cogiendo la suya en la obscuridad, no era una ilusión sino una realidad. La entrada de aquel hombre en el destino de esta niña era la llegada de Dios.

Por lo demás, Juan Valjean había escogido bien su asilo. Estaba allí en una seguridad que podía parecer completa.

El cuarto con gabinete que ocupaba con Cosette, era aquel cuya ventana daba al bulevar. Como en la casa no había más que esta ventana, no era de temer que los vecinos mirasen ni por un lado ni por otro.

El piso bajo del número 50-52, especie de tejadillo medio derruido, servía de cuadra a los hortelanos, y no tenía comunicación alguna con el primer piso. Estaba separado de él por el techo, que no tenía, ni trampa, ni escalera, y que era como el diafragma de la casa. El primer piso contenía, como ya hemos dicho, muchos cuartos y desvanes, de los cuales uno solo estaba ocupado por una vieja que cuidaba la habitación de Juan Valjean. Todo lo demás estaba deshabitado.

Esta vieja, adornada con el nombre de «inquilina principal», y en realidad encargada de las funciones de portera, era quien le había alquilado la habitación el día de Navidad. Habíase dado a conocer por un rentista arruinado por los bonos de España, que iba a vivir allí con su nieta. Había pagado anticipadamente seis meses, y encargó a la vieja que amueblase el cuarto y el gabinete como hemos visto. Esta buena mujer fué la que encendió la estufa y lo preparó todo la noche de su llegada.

Pasaron las semanas. Los dos seres llevaban en aquel miserable desván una existencia feliz.

Desde el amanecer poníase Cosette a reír, a charlar y cantar. Los niños tienen su canto de la mañana como los pájaros.

Sucedía algunas veces que Juan Valjean le tomaba sus manitas encarnadas y acribilladas de sabañones, y las besaba. La pobre niña, acostumbraba sólo a llevar golpes, no sabía lo que esto quería decir, y se retiraba toda avergonzada.

Algunos momentos quedábase seria y pensativa, y examinaba su vestidito negro. Cosette no vestía ya harapos; vestía de luto. Salía de la miseria y entraba en la vida.

Juan Valjean se había puesto a enseñarla a leer. Algunas veces, sin dejar de hacer deletrear a la niña, pensaba que había aprendido a leer en el presidio con la idea de hacer mal. Esta idea se había convertido en la de enseñar a leer a la niña. Entonces, el viejo presidiario se sonreía con la sonrisa pensativa de los ángeles.

Veía en esto una premeditación del Cielo, una voluntad de alguno que no es el hombre, y se perdía en meditaciones. Los pensamientos buenos tienen sus abismos como los malos

Enseñar a leer a Cosette y dejarla jugar: tal era poco más o menos toda la vida de Juan Valjean. Y luego le hablaba de su madre, y le hacía rezar.

Cosette le llamaba «padre», y no sabía llamarle con otro nombre.

Pasaba las horas mirándola vestir y desnudar su muñeca, y oyéndola gorjear. A la sazón se le presentaba la vida llena de interés, los hombres le parecían buenos y justos, no acusaba a nadie en su pensamiento, y no veía ninguna razón para no envejecer hasta una edad muy avanzada, ya que aquella niña le amaba. Veía delante de sí todo un porvenir alumbrado por Co-

sette, como por una hermosa luz. Los hombres mejores no están exentos de un pensamiento egoísta ; y así en algunos momentos, Juan Valjean pensaba, con una especie de júbilo, que Cosette sería fea.

Esta no es más que una opinión personal ; pero si hemos de decir todo nuestro pensamiento, en la situación a que había llegado Juan Valjean cuando se puso a llamar a Cosette, no estaba probado que no tuviese necesidad de este refuerzo para perseverar en el bien. Acababa de ver bajo nuevos aspectos la maldad de los hombres y la miseria de la sociedad, aspectos incompletos, y que no mostraban fatalmente sino un lado de la verdad : la suerte de la mujer resumida en Fantina, la autoridad pública personificada en Javert. Esta vez había vuelto a presidio por haber hecho bien ; había devorado nuevas amarguras ; la repugnancia y el cansancio se apoderaban de él ; el recuerdo mismo del obispo llegaba a eclipsarse un momento, si bien luego volvía a aparecer más luminoso y triunfante ; pero, en fin, este recuerdo sagrado se debilitaba. ¿Quién sabe si Juan Valjean no estaba en vísperas de desanimarse, y de volver a caer? Amó y recobró las fuerzas. ¡ Ay ! no era menos débil que Cosette. La protegió y ella le fortaleció. Gracias a él, Cosette pudo marchar por la senda de la vida : gracias a ella, pudo él continuar en el camino de la virtud. Fué el sostén de aquella niña, y la niña fué su punto de apoyo. ¡ Oh misterio insondable y divino de los equilibrios del destino !

IV

LAS OBSERVACIONES DE LA INQUILINA PRINCIPAL

Juan Valjean tenía la prudencia de no salir nunca de día. Todas las tardes, al obscurecer, se paseaba una o dos horas, algunas veces solo, otras con Cosette, buscando las calles de árboles apartadas de los bulevares más solitarios, y entrando en las iglesias a la caída de la noche. Iba con mucho gusto a San Medardo, que era la iglesia más inmediata. Cuando no se llevaba a Cosette, quedábase ésta con la vieja ; pero la alegría de la niña era salir con el buen hombre. Hasta prefería una hora con él a todas las conversaciones con Catalina. Juan Valjean la llevaba de la mano diciéndole cosas dulces.

Así es que Cosette estaba muy alegre.

La vieja cuidaba la casa y la cocina, y tenía cuidado de ir por las provisiones.

Vivían sobriamente, teniendo siempre un poco de fuego, pero como personas muy necesitadas. Juan Valjean no había cambiado nada de los muebles del primer día ; únicamente había hecho reemplazar la puerta vidriera del gabinete de Cosette por otra de madera.

Continuaba con su levitón amarillo, su calzón negro y su sombrero viejo. En la calle se le tomaba por un pobre. Sucedía algunas veces que algunas mujeres caritativas se volvían y le daban un sueldo : Juan Valjean recibía el sueldo y hacía un saludo profundo. Sucedía en otras ocasiones también que encontraba a algún mendigo pidiendo limosna ; entonces miraba hacia atrás por si le veía alguien, se acercaba rápidamente al desgraciado, le ponía en la mano una moneda, muchas veces de plata, y se alejaba precipitadamente. Esto tenía sus inconvenientes. En el barrio se le empezaba a conocer con el nombre de «el mendigo que da limosna».

La «inquilina principal», vieja ceñuda, y que miraba al prójimo con toda la intención de los envidiosos, examinaba mucho a Juan Valjean sin que éste lo sospechase. Era algo sorda, lo cual la hacía habladora. Sólo le quedaban dos dientes, uno arriba y otro abajo, que siempre tropezaba uno con otro. Había hecho mil preguntas a Cosette, que no sabiendo nada, sólo había podido decir que venía de Montfermeil. Una mañana ; la vieja, que estaba acechando, vió entrar a Juan Valjean en una de las habitaciones deshabitadas de la casa con un aire, que a ella le pareció particular. Siguióle a paso de gata vieja, y pudo observarle, sin ser vista, por las rendijas de la puerta. Juan Valjean, sin duda para mayor precaución, se había puesto de espaldas a esta puerta. La vieja le vió echar mano al bolsillo y sacar un estuche, hilo y tijeras ; después se puso a descoser el forro de uno

de los faldones de su levitón, y sacó de allí un pedazo de papel amarillento que desdobló. La vieja notó con asombro que era un billete de mil francos. Era el segundo o tercero que veía desde que estaba en el mundo. Echó a huir espantada.

Un momento después Juan Valjean se llegó a ella y le rogó que fuera a cambiar el susodicho billete de mil francos, añadiendo que era el semestre de su renta que había cobrado la víspera. «¿En dónde?», pensó la vieja. «No ha salido hasta las seis de la tarde, y la caja del gobierno no está abierta a esa hora ciertamente.» La vieja fué a cambiar el billete haciendo conjeturas. El billete de mil francos, comentado y multiplicado, produjo infinidad de conversaciones y de exclamaciones entre las comadres de la calle de las Vignes-Saint-Marcel.

En uno de los días siguientes, sucedió que Juan Valjean, en mangas de camisa, se puso a aserrar madera en el corredor. La vieja estaba arreglando la habitación de éste. Se hallaba sola; Cosette estaba ocupada en admirar la madera que se aserraba; la vieja vió el levitón colgado de un clavo, y escudriñó. El forro había sido vuelto a coser. La buena mujer lo palpó con atención, y creyó sentir entre el forro y el paño como papeles doblados. ¡Sin duda otros billetes de mil francos!

Notó además que había muchas clases de cosas en los bolsillos: no sólo las agujas, las tijeras y el hilo, que había visto, sino una cartera muy abultada, un cuchillo muy grande, y — detalle sospechoso—, muchas pelucas de varios colores; cada bolsillo del levitón parecía contener diferentes objetos para acontecimientos imprevistos.

Los habitantes de la casa llegaron así a los últimos días del invierno.

V

UNA MONEDA DE CINCO FRANCOS QUE CAE AL SUELO HACE RUIDO

Había cerca de San Medardo un pobre que se sentaba sobre el brocal de un pozo de vecindad cegado, y a quien Juan Valjean daba limosna con frecuencia. No había vez que pasara por delante de aquel hombre que no le diera algún sueldo, y en ocasiones entraba en conversación con él. Los envidiosos de aquel pobre decían que era «de la policía».

Era un viejo de setenta y cinco años, que había sido pertiguero y siempre estaba murmurando oraciones.

Una noche que Juan Valjean pasaba por allí, y que no llevaba consigo a Cosette, vió al mendigo en su puesto ordinario, debajo del farol que acababan de encender. El hombre, como siempre, parecía rezar, y estaba todo encorvado; Juan Valjean se llegó a él y le puso en la mano la limosna de costumbre. El mendigo levantó bruscamente los ojos, miró con fijeza a Juan Valjean, y después bajó rápidamente la cabeza. Este movimiento fué como un relámpago; Juan Valjean se estremeció. Parecióle que acababa de entrever a la luz del farol, no el rostro plácido y beato del viejo pertiguero, sino un semblante espantoso y conocido. Recibió una impresión igual a la que habría tenido al hallarse de pronto en la obscuridad frente a frente con un tigre. Retrocedió aterrado y petrificado, no atreviéndose a respirar, ni a hablar, ni a quedarse, ni a huir, examinando al mendigo que había bajado la cabeza cubierta con un harapo, y parecía ignorar que el otro estuviese allí. En aquel momento extraño, un instinto, tal vez el instinto misterioso de la conservación, hizo que Juan Valjean no pronunciase una palabra. El mendigo tenía la misma estatura, los mismos harapos, la misma apariencia que todos los días.

—¡Bah!—dijo Juan Valjean—, estoy loco, sueño, ¡es imposible!

Y entró en su casa profundamente turbado.

Apenas se atrevía a confesarse a sí mismo que el rostro que había creído ver era el de Javert.

Por la noche, pensando en ello, sintió no haber preguntado al hombre para obligarle a levantar la cabeza por segunda vez.

Al anochecer del otro día volvió allí. El mendigo estaba en su puesto.

—Dios os guarde, buen hombre — dijo resueltamente Juan Valjean, dándole un sueldo.

El mendigo levantó la cabeza, y respondió con voz doliente:

—Gracias, mi buen señor.

Era, realmente, el viejo pertiguero.

Juan Valjean se tranquilizó del todo. Se echó a reír.

—¿De dónde diablos he sacado que ese hombre pudiera ser Javert? — dijo—. Vaya, vaya; ¿voy a ver ahora visiones?

Y no pensó más en ello.

Algunos días después, serían las ocho de la noche, estaba en su cuarto y hacía deletrear a Cosette en voz alta, cuando oyó abrir y después volver a cerrar la puerta de la casa. Esto le pareció singular. La vieja, única persona que vivía allí con él, se acostaba siempre temprano para no encender luz. Juan Valjean hizo señas a Cosette para que callara. Oyó que subían la escalera: en rigor podía ser la vieja que se habría puesto mala y habría ido a la botica. Juan Valjean escuchó. Los pasos eran pesados, y sonaban como los de un hombre; pero la vieja gastaba zapatos gruesos, y nada se parece tanto a los pasos de un hombre como los de una vieja. Sin embargo, Juan Valjean dió un soplo a la luz.

Había enviado a Cosette a que se acostase, diciéndole en voz baja —: «Acuéstate muy quedito»; y mientras la besaba en la frente, los pasos se habían detenido. Juan Valjean permaneció en silencio, inmóvil, vuelto de espaldas a la puerta, sentado en su silla, de la que no se había movido, y conteniendo su respiración en la obscuridad. Al cabo de bastante tiempo, no oyendo ya nada, volvióse sin hacer ruido, y al alzar la vista hacia la puerta de su cuarto, vió una luz por el ojo de la llave. La luz formaba una especie de estrella siniestra en la parte obscura de la puerta y de la pared. Evidentemente había allí alguno que tenía una luz en la mano, y escuchaba.

Pasaron algunos minutos y la luz desapareció. Solamente que no oyó ruido de pasos, lo que parecía indicar que el que había ido a escuchar a la puerta se había quitado los zapatos.

Juan Valjean se echó en la cama vestido, y en toda la noche pudo cerrar los ojos.

Al amanecer, cuando estaba casi aletargado de cansancio, fué despertado por el ruido de una puerta que se abría en alguna boardilla del fondo del corredor, y después oyó los mismos pasos del hombre que la víspera había subido la escalera. Los pasos se acercaban. Echóse de la cama abajo y aplicó un ojo a la cerradura, que era bastante grande, esperando ver al paso al ser que en la noche anterior se había introducido en la casa, y había escuchado a su puerta. En efecto, era un hombre, que pasó, pero esta vez sin detenerse, por delante del cuarto de Juan Valjean. El corredor estaba demasiado obscuro todavía para que se pudiese distinguir su rostro; pero cuando el hombre llegó a la escalera, un rayo de luz de la parte de afuera hizo resaltar su perfil, y Juan Valjean lo vió de espaldas completamente. El hombre era de alta estatura, con un levitón largo, y un palo debajo del brazo. Era la facha formidable de Javert.

Juan Valjean habría podido intentar volver a verle por la ventana que daba al bulevar. Pero habría sido preciso abrirla, y no se atrevió.

Era evidente que aquel hombre había entrado con una llave, y como en su casa. ¿Quién le había dado esta llave? ¿Qué significaba aquello?

A las siete de la mañana, cuando la vieja entró con objeto de arreglar el cuarto, Juan Valjean le echó una mirada penetrante, pero no la interrogó. La buena mujer estuvo como siempre.

Mientras barría, le dijo:

—¿Habéis oído tal vez a uno que ha entrado esta noche?

En aquella época, y en el bulevar, las ocho de la noche, era la noche cerrada.

—A propósito, es verdad—respondió él con el acento más natural del mundo—. ¿Quién era?

—Es—dijo la vieja—un nuevo inquilino que hay en la casa.

—¿Y que se llama...?

—No sé a punto fijo. Dumont o Daumont. Un nombre así.

—¿Y qué es ese Dumont?

Examinóle la vieja con sus ojillos de raposa, y respondió:

—Un rentista como vos.

Tal vez estas palabras no envolvían segunda intención; pero Juan Valjean creyó que la tenían.

Cuando la vieja se hubo retirado, hizo un rollo de unos cien francos que tenía en un armario, y se lo guardó en el bolsillo. Por más precaución que tomó para hacer esta operación sin que se le oyera remover el dinero, escapósele de las manos una moneda de cien sueldos, y rodó por el suelo haciendo mucho ruido.

Al anochecer bajó y miró con atención el bulevar por todos lados. No vió a nadie: el bulevar parecía absolutamente desierto. Es verdad que detrás de los árboles podía ocultarse cualquiera.

Volvió a subir.

—Ven—dijo a Cosette.

La tomó de la mano, y ambos salieron.

LIBRO QUINTO

A caza de espera, jauría muda.

I

LOS RODEOS DE LA ESTRATEGIA

Debemos hacer aquí una observación necesaria para comprender las páginas que siguen inmediatamente, y otras más lejanas.

Hace muchos años que el autor de este libro, obligado hoy a hablar de París, está ausente de esta población; y desde que la abandonó, París se ha transformado: ha nacido una nueva ciudad desconocida hasta cierto punto para el autor. No tiene necesidad de decir el cariño que profesa a París. París es la patria de su espíritu. A consecuencia de las demoliciones y reconstrucciones el París de su juventud, el París que conserva tan religiosamente en su memoria, es ahora el París antiguo. Permítasele, pues, hablar de aquel París como si existiese aún. Es muy posible que en los puntos adonde va a ser conducido el lector, al decir «en tal calle hay tal casa», ya no haya ni tal calle ni tal casa. Los lectores comprobarán estas citas si quieren tomarse semejante trabajo. En cuanto al autor, desconoce el nuevo París: escribe con el París antiguo ante los ojos, como ante una cara ilusión; porque es un consuelo creer que existe detrás de él algo de lo que veía cuando estaba en su patria, y que todo ha desaparecido. Mientras uno vive en su país natal, cree que las calles le son indiferentes; que las ventanas, los tejados y las puertas nada significan; que las paredes le son extrañas; que los árboles son como otros cualesquiera; que las casas cuyo umbral no pisa son inútiles; que el suelo que se pisa es solamente piedra. Pero después, cuando se ha abandonado la patria, se conoce que aquellas calles son objeto de cariño; se siente la falta de aquellas ventanas, de aquellos tejados y aquellas puertas; se echa de ver que aquellas paredes son necesarias; que aquellos árboles son queridos; que en aquellas casas cuyo umbral no se pisaba, se entraba todos los días, y que el desterrado ha dejado su sangre y su corazón en aquel suelo. Todos esos sitios que no se ven ya, que no se verán nunca, quizá, y cuya imagen se ha conservado viva, toman un encanto doloroso, se presentan con la melancolía de una aparición, hacen visible la tierra sagrada, y son, por decirlo así, la forma misma de la patria: se les ama; se les evoca tales como son, tales como eran; se recuerdan obstinadamente, y no se nota que hayan cambiado nada, porque se ve en ellos el rostro de la madre.

Séanos, pues, permitido hablar de lo pasado a lo presente. Dicho esto, suplicamos al lector que lo tenga en cuenta, y continuamos.

Juan Valjean había abandonado en seguida el bulevar y se había perdido por las calles, trazando las líneas más quebradas que podía, y volviendo atrás muchas veces para asegurarse de que nadie le seguía.

Esta maniobra es propia del ciervo

acorralado. En los terrenos en que se marca bien la huella, esta maniobra tiene, entre otras ventajas, la de engañar a los cazadores y a los perros, con las huellas en sentido contrario. Esto es lo que en montería se llama «emboscada falsa».

Era una noche de luna llena. Juan Valjean no lo sentía.

La luna, aun muy próxima al horizonte, marcaba en las calles grandes espacios de sombra y luz. Juan Valjean podía deslizarse a lo largo de las casas y de las paredes por el lado obscuro, y observar el lado iluminado. No pensaba tal vez que la sombra iría haciéndose menor. En las callejuelas desiertas que desembocaban en la calle de Poliveau, creyó estar seguro de que nadie le seguía.

Cosette andaba sin preguntar nada. Los padecimientos de los seis primeros años de su vida habían dado cierta pasividad a su naturaleza. Por otra parte, ya tendremos más de una ocasión de volver a hacer esta observación; se había acostumbrado, sin saber cómo, a las rarezas del buen hombre, y a los caprichos del destino. Además, estando a su lado, se creía segura.

Juan Valjean no sabía más que Cosette adónde iba, y ponía su confianza en Dios, así como Cosette la ponía en él. Le parecía que tenía agarrado de la mano algo más grande que una niña; creía sentir un ser invisible que lo guiaba. No llevaba ninguna idea meditada, ningún plan, ningún proyecto. No estaba tampoco seguro de que fuese Javert el que le perseguía, y aun podía ser Javert sin que supiese que él era Juan Valjean. ¿No iba disfrazado? ¿No le creía muerto? Sin embargo, hacía días que le sucedían cosas muy raras. No necesitaba más. Se había decidido a no volver a la casa de Gorbeau. Como el animal arrojado de su caverna, buscaba un agujero en que pasar la noche, esperando encontrar dónde alojarse.

Describió muchos laberintos en el barrio Mouffetard, que yacía dormido como si tuviese sobre sí aún la disciplina de la Edad Media, y el yugo de la queda. Combinó de diversas maneras, en sabias líneas estratégicas, la calle de Censier y la calle de Copeau, la calle del Rattoir-Saint-Víctor y la calle de Puits-l'Hormite. Había allí posadas, pero no entraba en ellas, porque no encontraba lo que le convenía. Es decir, dudaba que si le buscaban hubieran perdido la pista.

Cuando daban las once en San Esteban del Monte, atravesaba la calle de Pontoise por delante de la Comisaría de policía que estaba en el número 14. Algunos instantes después, el instinto de que hemos hablado antes hizo que se volviera; y vió claramente, gracias al farol del comisario que les vendía, a tres hombres que le seguían bastante cerca, pasar sucesivamente debajo del farol por el lado obscuro de la calle. Uno de estos tres hombres entró en el portal de la casa del comisario.

El que iba a la cabeza, le pareció sospechoso decididamente.

—Ven, hija—dijo a Cosette.

Y dejó precipitadamente la calle de Pontoise.

Dió otra vuelta, rodeó el pasaje de los Patriarcas que estaba cerrado a causa de la hora, midió con sus pasos la calle de la Espada de Madera, y la calle de la Arbalete, y se metió en la calle de Postas.

Hay allí una encrucijada en que está hoy el colegio Rollin, adonde desemboca la calle Nueva de Santa Genoveva.

Digamos de paso que la calle Nueva de Santa Genoveva es una calle muy vieja, y que en diez años no pasa una silla de posta por la calle de Postas. Esta calle de Postas estaba habitada en el siglo XIII por alfareros, y su verdadero nombre es calle de los Postes.

La luna alumbraba claramente la encrucijada. Juan Valjean se escondió en el hueco de una puerta, calculando que si aquellos hombres le seguían aún, no podía menos de verlos cuando atravesasen aquella claridad.

En efecto, no habían pasado tres minutos cuando aparecieron los hombres. Entonces eran cuatro; todos altos, vestidos de largos levitones obscuros, con sombrero redondo y gruesos bastones en la mano. No eran menos sospechosos por su gran estatura y sus grandes puños, que por su marcha siniestra en las

tinieblas. Parecían cuatro espectros disfrazados de hombres.

Se detuvieron en medio de la encrucijada, y formaron un grupo, como gente que se consulta. Parecían indecisos. El que les dirigía, se volvió y señaló vivamente con la mano derecha el punto en que estaba Juan Valjean; otro parecía que indicaba con cierta obstinación el punto contrario. En el momento en que el primero se volvió, la luna le iluminó el rostro. Juan Valjean conoció a Javert.

II

DONDE SE VERÁ CUÁN ÚTIL ES QUE PASEN CARRUAJES POR EL PUENTE DE AUSTERLITZ.

Cesó la incertidumbre para Juan Valjean; pero afortunadamente duraba para aquellos hombres. Se aprovechó de su vacilación, que fué tiempo perdido para ellos y ganado para él. Salió de la puerta en que se había ocultado, y entró en la calle de Postas hacia el lado del Jardín Botánico. Cosette empezaba a cansarse; la cogió en brazos y la llevó. No había un alma por allí; ni se habían encendido los faroles a causa de la luna.

Redobló el paso.

En algunas zancadas llegó a la alfarería de Goblet, sobre cuya fachada dejaba ver la luna muy claramente la antigua inscripción:

> Aquí se halla la fábrica
> de Goblet, hijo,
> donde hay floreros, cántaros,
> tubos, ladrillos.
> Todo se endosa,
> desde ladrillos *bastos*
> a finas *copas*.

Dejó detrás de sí la calle de Clef, y después la fuente de San Víctor; costeó el Jardín Botánico por las calles bajas, y llegó al muelle. Allí se volvió. El muelle estaba desierto; las calles estaban desiertas; nadie le seguía. Respiró.

Llegó al puente de Austerlitz.

En aquella época se pagaba aún peaje.

Entró al cuarto del guarda y pagó un sueldo.

—Son dos sueldos—dijo el inválido del puente—. Lleváis un niño que puede andar. Pagad por dos.

Pagó, disgustado de que su paso hubiese dado lugar a una observación. La fuga debe deslizarse inadvertida.

Al mismo tiempo que él, pasaba el Sena en la misma dirección una voluminosa carreta. Esto le sirvió de mucho, porque pudo atravesar todo el puente a su sombra.

Hacia la mitad del puente, Cosette, que llevaba los pies hinchados, quiso andar. La bajó y la cogió de la mano.

Cuando pasó el puente, descubrió un poco a la derecha los almacenes de madera, y se dirigió allí. Mas para llegar, tenía que atravesar un espacio bastante grande descubierto e iluminado. No vaciló. Los que le perseguían habían perdido la pista de seguro, y Juan Valjean se creía fuera de peligro. Buscado sí, pero seguido no.

Entre los dos almacenes cercados de tapias se abría la callejuela del Camino verde de San Antonio. Esta calle era estrecha, obscura y como hecha a propósito para él. Pero antes de entrar miró atrás.

Desde el sitio en que estaba veía en toda su longitud el puente de Austerlitz.

Cuatro sombras acababan de entrar en el puente.

Estas sombras volvían la espalda al Jardín Botánico y se dirigían a la orilla derecha.

Estas cuatro sombras eran los cuatro hombres.

Juan Valjean sintió el estremecimiento de la fiera descubierta.

Pero le quedaba una esperanza; aquellos hombres quizá no habían entrado aún en el puente, ni le habían visto cuando había atravesado el gran espacio iluminado, llevando a Cosette de la mano.

En este caso, entrando en la callejuela que tenía delante, si conseguía llegar a los almacenes, las huertas, los sembrados y los terrenos en que no había casas, podía escapar.

Le pareció, pues, que debía entrar en aquella callejuela silenciosa, y entró.

III

VÉASE EL PLANO DE PARÍS EN 1727

Al cabo de trescientos pasos, llegó a un punto en que se bifurcaba la calle en otras dos, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda. Juan Valjean tenía, pues, delante de sí dos caminos como los dos brazos de una Y. ¿Cuál debería escoger?

No dudó: tomó la derecha.

—¿Por qué?

Porque la izquierda conducía al arrabal, es decir, a los lugares habitados, y la derecha al campo, es decir, a los lugares desiertos.

Pero iba despacio. El paso de Cosette acortaba el suyo. Volvió a tomarla en brazos. Cosette apoyaba la cabeza en sus hombros y no hablaba una palabra.

De rato en rato se volvía y miraba, cuidando de permanecer siempre en el lado obscuro de la calle, que seguía recta delante de él. Las dos o tres primeras veces que se volvió, no vió nada; el silencio era profundo, y continuó su marcha más tranquilo; pero una vez que se volvió, creyó ver en la parte de la calle que acababa de pasar, a lo lejos, en la obscuridad, una cosa que se movía.

Se precipitó adelante, más bien que anduvo, esperando encontrar alguna callejuela lateral, para huir por allí y hacerles perder la pista.

Pero llegó a una pared.

Esta, sin embargo, no era una imposibilidad para ir más allá; era una pared que costeaba una calleja transversal, en la cual concluía la que había seguido.

Allí era preciso decidirse de nuevo, tomar la derecha o la izquierda.

Miró a la derecha. La calle, se prolongaba cortada por entre dos construcciones que eran cobertizos o granjas, y después terminaba en un callejón sin salida. Se veía claramente el fondo del callejón, que era una alta pared blanca.

Miró a la izquierda. La calle estaba abierta por este lado, y a unos doscientos pasos terminaba en otra de que era afluente. Por aquel lado estaba la salvación.

Pero precisamente cuando Juan Valjean iba a volver hacia la izquierda para entrar en la calle que estaba al fin de la callejuela, vió en la esquina a que se dirigía, una especie de estatua negra, inmóvil.

Indudablemente era un hombre que acababa de ser apostado allí, y que le esperaba impidiéndole el paso.

Juan Valjean retrocedió.

El punto de París en que se encontraba, situado entre el arrabal de San Antonio y la Rapée, es uno de los que han sido transformados completamente afeándolos, según unos, y hermoseándolos, según otros. Los sembrados, los almacenes y los edificios antiguos han desaparecido. Hoy hay grandes calles nuevas, bailes, circos, hipódromos, estaciones de caminos de hierro, y una cárcel: la de Mazas, es decir, el progreso con su correctivo.

Hace medio siglo, en aquella lengua popular formada por la tradición, que aun se obstina en llamar al Instituto las «Cuatro Naciones», y a la Opera Cómica «Feydeau»; en este lenguaje, pues, el sitio a que había llegado Juan Valjean, se llamaba «Pequeño Picpus». La Puerta de Santiago, la de París, la barrera de los Sargentos, de los Porcherons, la Galiote, los Celestinos, los Capuchinos, el Mail, el Bourbe, el Arbol de Cracovia, la Polonia Pequeña, el Pequeño Picpus, son los nombres del antiguo París que sobrenadan en el nuevo. La memoria del pueblo flota sobre estos recuerdos de lo pasado.

El pequeño Picpus, que por lo demás apenas ha existido, no fué nunca más que una sombra de barrio; y tenía el aspecto monacal de una ciudad de España. Los caminos estaban poco cuidados; las calles poco empedradas. Excepto las dos o tres calles de que vamos a hablar, todo eran tapias y soledad: no había ni una tienda, ni un carruaje: apenas se veía acá y allá alguna luz en una ventana: todas las luces se apagaban a las diez. Todo eran jardines, conventos, almacenes de madera, huertas, casas bajas, y grandes tapias tan altas como las casas.

Tal era el estado de este barrio en el último siglo. La Revolución lo maltra-

tó : la República lo demolió, lo atravesó, lo agujereó. Se establecieron allí depósitos de yeso. Hace treinta años comenzó a desaparecer este barrio bajo el trazado de nuevas construcciones. Hoy ha desaparecido por completo.

El Pequeño Picpus, del cual no se encuentra huella en ningún plano moderno, está marcado en el plano de 1727, publicado en París en casa de Dionisio Thierry, calle de Santiago, frente a la calle del Yeso, y en Lyón, en casa de Juan Girin, calle Merciere, en la Prudence. El Pequeño Picpus tenía lo que acabamos de llamar una Y de calles, formada por la del Camino verde de San Antonio, separándose en dos ramas que tomaban, a la izquierda el nombre de callejuela de Picpus, y a la derecha el de calle Polonceau. Los dos brazos de la Y se reunían en su vértice como por una barra. Esta barra se llama calle de Droit-Mur. La calle Polonceau desembocaba allí ; la de Picpus seguía más allá y subía hacia el mercado Lenoir. Yendo del Sena se llegaba a la extremidad de la calle Polonceau, y se tenía : a la izquierda la calle Droit-Mur, que volvía bruscamente en un ángulo recto ; enfrente la pared de esta calle, y a la derecha, una prolongación torcida de la calle Droit-Mur, sin salida, llamada el callejón Genrot.

Allí era donde estaba Juan Valjean.

Como acabamos de decir, al descubrir el perfil negro del espía situado en la esquina de la calle Droit-Mur y de la callejuela Picpus, retrocedió. Ya no tenía duda. Estaba vigilado por aquel fantasma. ¿Qué hacer?

No era ya tiempo de retroceder. Lo que había visto moverse en la sombra a alguna distancia detrás de él, era sin duda Javert con su escolta ; Javert, que estaría ya en el principio de la calle, a cuyo extremo se hallaba. El polizonte, según todas las apariencias, conocía este dédalo, y había tomado sus precauciones, enviando uno de sus hombres a guardar la salida.

Estas conjeturas, tan parecidas a la evidencia, giraron, como un puñado de polvo que arrastra un soplo de viento, en el dolorido cerebro de Juan Valjean. Examinó el callejón Genrot ; allí estaba la pared. Examinó la callejuela Picpus ; allí había un centinela. Veía destacarse su figura sombría sobre la claridad con que la luna iluminaba el suelo. Avanzar era caer en manos de este hombre. Retroceder era echarse en brazos de Javert. Juan Valjean se sentía cogido en una red, cuyas mallas se apretaban lentamente. Miró al cielo con desesperación.

IV

TENTATIVAS DE EVASIÓN

Para comprender lo que sigue, es preciso formarse una idea exacta de la calle Droit-Mur, y en particular del ángulo que se dejaba a la izquierda cuando se salía de la calle Polonceau para entrar en ésta. La calle Droit-Mur estaba casi toda costeada a la derecha, hasta la callejuela Picpus, por casas de poca apariencia ; a la izquierda había un solo edificio de severo aspecto, compuesto de varios cuerpos que iban teniendo gradualmente un piso o dos más a medida que se aproximaban a la callejuela Picpus ; de modo, que este edificio, muy elevado por el lado de la calle Picpus, era muy bajo por el lado de la calle Polonceau. Allí, en el ángulo de que hemos hablado, descendía hasta el punto de no ser más que una pequeña tapia. Esta pared no llegaba rectamente a la calle, dibujaba un plano rebajado que ocultaba sus dos ángulos a dos observadores que estuviesen, uno en la calle Polonceau, y otro en la de Droit-Mur.

A partir de estos dos ángulos, la pared se prolongaba por la calle Polonceau hasta una casa que llevaba el número 49, y por la calle Droit-Mur, donde su extensión era mucho más corta, hasta el edificio sombrío de que hemos hablado, y cuya fachada cortaba, formando en la calle un nuevo ángulo entrante. Esta fachada era de triste aspecto ; no se veía en ella más que una ventana, o, por mejor decir, dos postigos revestidos de una capa de cinc, y siempre cerrados.

La pintura que aquí hacemos de estos lugares es de una rigurosa exactitud, y despertará de seguro un recuer-

do fiel en los antiguos vecinos del barrio.

El ángulo rebajado estaba cubierto de una cosa semejante a una puerta colosal y miserable. Era una vasta reunión informe de tablas horizontales, las de arriba más anchas que las de abajo, unidas por largas abrazaderas de hierro transversales. Al lado había una puerta-cochera de ordinarias dimensiones, y cuya construcción no se remontaba de seguro a más de cincuenta años.

Un tilo extendía su ramaje por cima del ángulo rebajado, y la pared estaba cubierta de hiedra por el lado de la calle Polonceau.

En el inminente peligro en que se encontraba Juan Valjean, aquel edificio sombrío tenía algo de deshabitado y de solitario que le atraía. Lo recorrió ávidamente con los ojos. Se decía que si llegaba a penetrar en él, quizá se salvaría: concibió, pues, una idea y una esperanza.

En la parte media de la fachada de este edificio que daba a la calle Droit-Mur, había en todas las ventanas de los diversos pisos, viejos canalones en forma de embudos de plomo. Los variados cruzamientos de los conductos, que iban de un conducto central a estos embudos, dibujaban sobre la pared una especie de árbol. Estas ramificaciones de los tubos con sus cien codos imitaban las parras deshojadas que se elevan torcidas ante la fachada de una casa de campo.

Esta caprichosa espaldera de ramas de plomo y de hierro fué el primer objeto que llamó la atención de Juan Valjean. Sentó a Cosette con la espalda apoyada en un guardacantón, mandándole guardar silencio, y corrió al sitio donde el conducto llegaba al suelo. Tal vez por allí podría escalarse la pared y entrar en la casa. Pero el conducto estaba destrozado e inútil, y apenas tenía soldaduras. Por otro lado, las ventanas de aquella parte del edificio, y hasta las boardillas, tenían espesas barras de hierro.

Además, la luna iluminaba completamente esta fachada, y hubiera podido vérsela escalar el hombre que le espiaba desde el extremo de la calle. ¿Y qué había de hacer de Cosette? ¿Cómo había de subirla a una casa de tres pisos?

Renunció, pues, a subir por el conducto, y siguió la pared a lo largo para volver a la calle Polonceau.

Cuando llegó al plano del ángulo en que había dejado a Cosette, observó que desde allí nadie podía verle. Se ocultaba, como acabamos de decir a todas las miradas de cualquier lado que viniesen.

Además estaba en la sombra. Había también allí dos puertas y podría forzarlas. La pared por encima de la cual veía el tilo y la hiedra, daba evidentemente a un jardín, donde podría ocultarse a lo menos, aunque aun no tenían hojas los árboles, y pasar el resto de la noche.

El tiempo corría entretanto. Era preciso decidirse pronto por algo.

Examinó la puerta cochera, y conoció en seguida que estaba condenada por dentro y por fuera.

Se acercó a la otra puerta con más esperanza. Estaba muy decrépita: su misma inmensidad la hacía poco sólida; las tablas estaban podridas; no tenía más que tres abrazaderas de hierro oxidadas. Le pareció posible agujerear aquella barrera carcomida.

Pero examinándola más atentamente descubrió que aquella puerta no era puerta. No tenía ni goznes, ni bisagras, ni cerradura, ni hojas. Las barras de hierro la atravesaban de parte a parte sin solución de continuidad.

Por las grietas de las tablas entrevió cascote y piedras groseramente cimentadas, que los transeuntes podían ver aún hace diez años. Se vió, pues, obligado a conocer, aunque lleno de consternación, que aquella apariencia de puerta era simplemente un adorno de madera de la pared a que estaba unida.

Era fácil arrancar una tabla, pero se encontraría con una pared.

V

AVENTURA QUE SERÍA IMPOSIBLE CON EL ALUMBRADO DE GAS

En este momento principió a oírse a alguna distancia un ruido sordo y

acompasado. Juan Valjean aventuró una mirada por fuera de la esquina de la calle. Un pelotón de siete u ocho soldados acababa de desembocar en la calle Polonceau. Vió brillar las bayonetas que se dirigían hacia él.

Estos soldados, a cuyo frente se distinguía la alta estatura de Javert, avanzaban lentamente y con precaución. Se detenían con frecuencia : era visible que exploraban todos los rincones de la pared y todos los huecos de las puertas.

Esto era, y ya no podía equivocarse, que Javert había encontrado una patrulla y le había pedido auxilio.

Los dos acólitos de Javert, iban a su lado.

Al paso que llevaban, y con las paradas que hacían, tenían que emplear un cuarto de hora para llegar al sitio en que estaba Juan Valjean. Fué aquél un momento horrible. Sólo algunos minutos separaban a Juan Valjean de aquel espantoso precipicio que se abría ante sus pasos por tercera vez. El presidio ahora no era ya el presidio solamente ; era perder a Cosette para siempre, es decir, una vida muy semejante al interior de una tumba.

Sólo había una cosa posible.

Juan Valjean tenía una particularidad, podía decirse que llevaba alforjas de dos senos ; en el uno guardaba los pensamientos de un santo, en el otro la temible astucia de un presidiario ; y buscaba en uno o en otro, según la ocasión.

Entre otros recursos, y gracias a sus repetidas evasiones del presidio de Tolón, poseía, según hemos dicho ya, el de ser un maestro consumado en el arte de elevarse, sin escala, sin garfios, sólo por la fuerza muscular, apoyándose en la nuca, en los hombros, en las caderas y en las rodillas, y ayudándose de las más pequeñas desigualdades de la piedra, por el ángulo recto de una pared, hasta un sexto piso, si necesidad hubiera ; arte que ha hecho tan temible y tan célebre el ángulo del patio de la Conserjería de París, por donde se escapó hace veinte años el condenado Battemolle.

Juan Valjean midió con la vista la pared, por encima de la cual veía el tilo. Tenía unos diez y ocho pies de altura. El ángulo que formaba con la fachada del gran edificio estaba relleno en la parte inferior de una mampostería maciza de forma triangular, destinada probablemente a preservar aquel cómodo rincón de las paradas que en él pudieran hacer esos estercoleros llamados transeuntes. Este preservativo es muy usado en los rincones de las calles de París.

El prisma tenía unos cinco pies de alto. Desde su vértice quedaban, pues, que subir hasta la albardilla de la pared catorce pies.

La tapia estaba coronada de una piedra lisa sin tejadillo.

La dificultad era Cosette, que no sabía escalar una pared. Juan Valjean no pensó siquiera en abandonarla ; pero subir con ella era imposible. Para hacer estas ascensiones son necesarias todas las fuerzas de un hombre ; el menor peso le haría perder el centro de gravedad y le precipitaría.

Necesitaba una cuerda. No la tenía. ¿Y dónde había de encontrar una cuerda a media noche y en la calle de Polonceau? Ciertamente si en aquel momento Juan Valjean hubiera tenido un reino, lo hubiera dado por una cuerda.

Todas las situaciones críticas tienen un relámpago que nos ciega o nos ilumina. La mirada desesperada de Juan Valjean encontró el brazo del farol del callejón Genrot.

En aquella época no había aún alumbrado de gas en las calles de París. Al caer la noche se encendían faroles colocados de distancia en distancia, que se subían y bajaban por medio de una cuerda que atravesaba la calle de parte a parte, y que se ajustaba en la ranura de una palomilla. El torniquete en que se arrollaba esta cuerda estaba sujeto a la pared debajo del farol en un hueco con tapa de hierro, cuya llave tenía el farolero, y la cuerda estaba también protegida por un tubo de metal.

Juan Valjean, con la energía de una lucha suprema, atravesó la calle de un salto, hizo saltar la cerradura del cajoncito con la punta de la navaja, y volvió en seguida adonde estaba Cosette. Ya tenía cuerda. Estos sombríos maniobreros hacen pronto sus maniobras luchando con la fatalidad.

Ya hemos dicho que aquella noche no estaban encendidos los faroles. El del callejón Genrot estaba apagado como los demás, y podía pasarse a su lado sin notar que no estaba en su lugar.

Pero la hora, el sitio, la obscuridad, el estado de Juan Valjean, sus gestos particulares, todo empezaba a inquietar a Cosette. Otro niño hubiera gritado hacía rato: Cosette se limitó a tirar a Juan Valjean de la falda del levitón. Oíase cada vez más claramente el ruido de la patrulla que se aproximaba.

—Padre — dijo en voz muy baja—, tengo miedo. ¿Quién viene?

—¡Chist! — respondió el desgraciado—, es Thenardier.

Cosette se estremeció.

—No hables. Déjame obrar — añadió—. Si gritas, si lloras, la Thenardier te echa la garra. Viene por ti.

Entonces sin precipitación, pero sin perder tiempo, con una precisión firme y breve, tanto más notable en aquel momento, cuanto que la patrulla y Javert podían llegar de un momento a otro, se quitó la corbata, la pasó alrededor del cuerpo de Cosette por bajo los sobacos, teniendo cuidado de no hacer daño a la pobre niña; ató la corbata a un extremo de la cuerda, haciendo el nudo que los marinos llaman nudo de golondrina, cogió el otro extremo con los dientes, se quitó los zapatos y las medias, y los arrojó por encima de la tapia, subió al prisma de mampostería, y principió a elevarse por el ángulo de la tapia y de la fachada, con la misma seguridad que si apoyase en escalones los pies y los codos. Menos de medio minuto tardó en ponerse de rodillas sobre la tapia.

Cosette le miraba con estupor, sin pronunciar una palabra. La orden de Juan Valjean y el nombre de la Thenardier la habían dejado helada.

De pronto oyó la voz de Juan Valjean que le decía por lo bajo:

—Arrímate a la pared.

Ella obedeció.

—No hables una palabra, ni tengas miedo.

Cosette sintió que se elevaba sobre el suelo.

Antes que tuviese tiempo de volver en sí, estaba en lo alto de la tapia.

Juan Valjean la cogió, se la puso a cuestas, asiéndole sus dos manos con la izquierda, se echó boca abajo, y se arrastró por lo alto de la pared hasta el ángulo rebajado. Como había sospechado, había allí un cobertizo cuyo tejado partía de lo alto del remate de madera, y bajaba hasta cerca del suelo por un plano suavemente inclinado tocando al tilo.

Feliz disposición, porque la tapia por aquel lado era mucho más alta que por el de la calle. Juan Valjean veía el suelo debajo de sí, y muy profundo.

Acababa de llegar al plano inclinado del tejado, y aun no había abandonado lo alto de la pared, cuando un ruido violento anunció la llegada de la patrulla. Oyóse la voz tonante de Javert:

—Registrad el callejón. La calle Droit-Mur está guardada, y la callejuela Picpus también. Aseguro que está en el callejón.

Los soldados se precipitaron en el callejón Genrot.

Juan Valjean se deslizó a lo largo del tejado, sosteniendo a Cosette, llegó al tilo y saltó a tierra. Cosette no había chistado, ya fuese de valor o de miedo. Tenía las manos un poco desolladas.

VI

PRINCIPIO DE UN ENIGMA

Juan Valjean se encontró en una especie de jardín muy grande y de singular aspecto: en uno de esos tristes jardines que parecen hechos para ser mirados una noche de invierno. Tenía forma oblonga y una calle de grandes álamos en el fondo, arboleda bastante alta en los ángulos, un espacio sin sombra en medio, donde se distinguía un gran árbol aislado, y después algunos otros frutales torcidos y erizados como gruesos matorrales, cuadros de legumbres, un melonar, cuyas campanas brillaban a la luz de la luna, y un viejo pozo. Acá y allá había algunos bancos de piedra, que parecían negros con el musgo. Las calles estaban cortadas de arbustos sombríos y rectos. La hierba

había invadido la mitad, y una especie de moho verde cubría el resto.

Juan Valjean tenía a un lado el cobertizo, cuyo tejado le había servido para bajar, un montón de haces de leña, y detrás, apoyada en la pared, una estatua de piedra, cuya faz mutilada no era más que una máscara informe que aparecía vagamente en la obscuridad.

El cobertizo era una especie de ruina en que se distinguían cuartos desmantelados, uno de los cuales parecía servir de verdadero cobertizo.

El gran edificio de la calle Droit-Mur, que daba vuelta a la callejuela Picpus, tenía a este jardín dos fachadas a escuadra. Estas fachadas interiores eran mucho más lúgubres que por el exterior. Todas las ventanas tenían reja. No se descubría luz alguna. En los pisos superiores había tragaluces como en las cárceles. Una de las fachadas proyectaba su sombra sobre la otra, y caía en el jardín como un inmenso paño negro.

No se veía ninguna otra casa. El fondo del jardín se perdía en la bruma y en la noche. Sin embargo, se distinguían confusamente tapias que se cortaban como si hubiese otros jardines más allá, y los tejados bajos de la calle Polonceau.

Es imposible figurarse nada más pavoroso y más solitario que este jardín. No había en él nadie, lo que era propio de la hora; pero parecía que estaba hecho para que nadie anduviera por él, ni aun a mediodía.

El primer cuidado de Juan Valjean fué buscar sus zapatos y calzarse, y después entrar en el cobertizo con Cosette. El que huye no se cree nunca bastante oculto. La niña continuaba pensando en la Thenardier, y participaba de este deseo de ocultarse lo más posible.

Cosette temblaba y se pegaba a él. Oíase el ruido tumultuoso de la patrulla que registraba el callejón y la calle, los golpes de las culatas contra las piedras, las voces de Javert que llamaba a los espías que había apostado, y sus imprecaciones mezcladas con palabras que no se distinguían.

Al cabo de un cuarto de hora pareció que esta especie de ruido tumultuoso principiaba a alejarse. Juan Valjean no respiraba.

Había puesto suavemente su mano sobre la boca de Cosette. La soledad en que se hallaba era tan extrañamente profunda, que aquel horrible ruido, tan furioso y tan próximo, apenas llegaba a él como la sombra de un ruido. Parecía que aquellos muros estaban construídos con las piedras sordas de que habla la Escritura.

De pronto, en medio de esta calma profunda, se dejó oír un nuevo ruido; un ruido celestial, divino, inefable, tan dulce como horrible era el otro. Era un himno que salía de las tinieblas; un rayo de oración y de armonía en el obscuro y terrible silencio de la noche; voces de mujeres, pero voces compuestas a la vez del acento puro de las vírgenes, y del acento sencillo de los niños: de esas voces que no son de la tierra, y que se parecen a las que oyen aún los recién nacidos, y a las que oyen ya los moribundos. Este cántico salía del sombrío edificio que dominaba el jardín. En el momento en que se alejaba el ruido de los demonios, parecía que se aproximaba un coro de ángeles.

Cosette y Juan Valjean cayeron de rodillas.

No sabían lo que era, no sabían dónde estaban; pero conocían ambos, el hombre y la niña, el penitente y la inocente, que debían estar arrodillados.

Aquellas voces tenían entonaciones tan extrañas que no impedían que el edificio pareciese desierto. Era como un canto sobrenatural en una morada inhabitada.

Mientras cantaban, Juan Valjean no pensaba en nada. No veía la noche, veía un cielo azul. Parecía que sentía abrirse las alas que tenemos todos dentro de nosotros.

El canto se apagó. Había durado tal vez mucho tiempo: Juan Valjean no hubiera podido decirlo. Las horas de éxtasis son siempre un minuto.

Todo había vuelto al silencio. Nada se oía en la calle, nada en el jardín. Todo había desaparecido, así lo que amenazaba, como lo que inspiraba confianza. El viento rozaba en lo alto de la ta-

pia algunas hierbas secas que producían un ruido suave y lúgubre.

VII

CONTINÚA EL ENIGMA

Habíase ya levantado la brisa matutina, lo que indicaba que debían de ser ya la una o las dos de la mañana. La pobre Cosette no decía nada. Se había sentado a su lado, y había inclinado la cabeza sobre él. Juan Valjean creía que estaba dormida. Se bajó y la miró: Cosette tenía los ojos enteramente abiertos, y un aire meditabundo, que causó dolorosa impresión a Juan Valjean.

La infeliz temblaba continuamente.

—¿Tienes sueño?—dijo Juan Valjean.

—Tengo mucho frío—respondió.

Un momento después añadió:

—¿Está ahí todavía?

—¿Quién?—dijo Juan Valjean.

—La señora Thenardier.

Juan Valjean había olvidado ya el medio de que se había valido para hacer guardar silencio a Cosette.

—¡Ah!—dijo—. ¡Se ha marchado! ¡Ya no temo nada!

La niña respiró como si le quitaran un peso del pecho.

La tierra estaba húmeda, el cobertizo abierto por todas partes; la brisa se hacía más fresca a cada momento. Juan Valjean se quitó el levitón y arropó a Cosette.

—¿Tienes así menos frío?—dijo.

—¡Oh, sí, padre!

—Pues bien, espérame un instante. Vuelvo.

Salió de las ruinas, y empezó a recorrer el gran edificio buscando un abrigo mejor.

Encontró varias puertas, pero estaban cerradas. En todas las ventanas había reja.

Cuando pasó el ángulo interior del edificio notó que las ventanas eran cintradas, y descubrió alguna claridad. Se empinó sobre la punta de los pies y miró por una de estas ventanas. Todas daban a una gran sala, cubierta de grandes losas, cortadas por arcos y pilares: nada se distinguía más que una débil luz y muchas sombras. La luz provenía de una lámpara encendida en un rincón. La sala estaba desierta; nada se movía en ella. Pero a fuerza de mirar creyó ver en el suelo, sobre la piedra, una cosa que parecía cubierta con una mortaja y semejante a una forma humana. Estaba echada extendida boca abajo, el rostro contra el suelo, los brazos en cruz, en la inmovilidad de la muerte. Hubiérase dicho que era una especie de serpiente que se arrastraba por el suelo, y que aquella figura siniestra tenía el cordel al cuello.

La sala estaba llena de esa bruma propia de los sitios poco iluminados, que aumentan el horror.

Juan Valjean ha dicho después varias veces, que, aunque había presenciado en su vida muchos espectáculos lúgubres, nunca había visto ninguno tan glacial y terrible como aquella figura enigmática, realizando un misterio desconocido en aquel lugar sombrío y entrevisto de noche. Era horrible suponer que aquello estaba muerto; pero más horrible aún pensar que estaba vivo.

Sin embargo, tuvo el valor de pegar la frente al vidrio, y observar si se movía. Así permaneció un rato que le pareció muy largo: la figura no hizo ningún movimiento. De repente se sintió sobrecogido de un terror inexplicable, y echó a correr hacia el cobertizo sin atreverse a mirar atrás. Creía que si volvía la cabeza, vería aquella figura detrás de él, siguiéndole a grandes pasos, y agitando los brazos.

Llegó anhelante a la ruina. Se le doblaban las rodillas; el sudor le corría por todo el cuerpo.

¿Dónde estaba? ¿Quién podía imaginar algo semejante a este sepulcro en medio de París? ¿Qué casa tan extraña era aquélla?

Edificio lleno de los misterios de la noche, que llamaba a las almas en la sombra con la voz de los ángeles, y cuando acudían, les ofrecía bruscamente aquella espantosa visión; les prometía abrir la puerta radiante del cielo, y abría la puerta horrible de la tumba. ¡Y aquello era un edificio, una casa que tenía su número en la calle! ¡No era un sueño! Tenía que tocar las piedras para creer!

El frío, la ansiedad, la inquietud, las emociones de aquella noche, le producían una verdadera fiebre, y todas estas ideas se chocaban en su cerebro.

Se acercó a Cosette : la niña dormía.

VIII

SE DUPLICA EL ENIGMA

La niña había recostado la cabeza en una piedra y se había dormido.

Valjean se sentó a su lado y se puso a contemplarla ; poco a poco, a medida que la miraba, se iba calmando, iba adquiriendo la plena posesión de su espíritu.

Conocía claramente que en su vida, mientras ella viviese, mientras ella estuviese con él, no experimentaría ninguna necesidad, ni ningún temor más que por ella. No sentía ni aun frío después de haberse quitado el levitón para abrigarla.

Pero, al través de la meditación en que había caído, oía hacía algún rato un extraño ruido, como de una campanilla o cencerro. Este ruido salía del jardín, y se oía débil, pero claramente. Parecíase a la vaga armonía que producen los cencerros de los ganados por la noche al andar pastando.

Juan Valjean se volvió al oír otra vez más distintamente este ruido.

Miró y vió que había alguien en el jardín.

Un ser semejante a un hombre andaba por medio de las campanas del melonar, levantándose, bajándose, deteniéndose, con regular movimiento, como si arrastrase o extendiese alguna cosa por el suelo. Este ser parecía cojo.

Juan Valjean tembló con el temblor continuo de los criminales. Todo les es hostil y sospechoso : desconfían de la luz, porque sirve para verlos ; de la noche, porque sirve para sorprenderlos. Hacía un momento temblaba, porque el jardín estaba desierto ; ahora temblaba, porque había alguien.

De los temores quiméricos pasó a la realidad del temor. Reflexionó que Javert y sus espías no se habrían marchado quizá, que habrían dejado en la calle gente en observación, y que si este hombre le descubría en el jardín, gritaría creyéndole un ladrón, y le entregaría. Cogió, pues, suavemente a Cosette que seguía dormida, y la llevó detrás de un montón de muebles viejos en el rincón más apartado del cobertizo. Cosette no se movió.

Desde allí observó los movimientos del ser que andaba por el melonar, y extrañó sobre todo que el ruido del cencerro seguía todos los movimientos del hombre. Cuando éste se aproximaba, aproximábase también el ruido ; cuando se alejaba, alejábase el ruido ; si hacía algún movimiento precipitado, le acompañaba un «trémolo» de cencerro ; si se detenía, cesaba el ruido. Parecía, pues, evidente que el cencerro estaba unido al hombre ; pero, ¿qué podía significar esto? ¿Qué era aquel hombre que llevaba un cencerro, lo mismo que un buey o un borrego?

Haciéndose estas preguntas, tocó las manos de Cosette. Estaban heladas.

—¡ Dios mío !—dijo.

Y la llamó en voz baja :

—¡ Cosette !

La niña no abrió los ojos.

La sacudió bruscamente.

No se despertó.

—¡ Estará muerta !—se dijo, y se levantó. Temblaba de pies a cabeza.

Las ideas más horribles pasaron confusamente por su espíritu. Hay algunos momentos en que las suposiciones más horrendas nos sitian como una cohorte de furias, y fuerzan violentamente los nervios de nuestro cerebro. Cuando se trata de las personas que amamos, nuestra prudencia inventa los temores más locos. Juan Valjean recordó que el sueño puede ser mortal en una noche fría al aire libre.

Cosette, pálida, estaba echada en la tierra, a sus pies, sin movimiento.

Escuchó su respiración ; respiraba, pero de un modo que le pareció débil y próximo a extingurise.

¿Cómo volverle el calor? ¿Cómo despertarla? Todo lo que no era esto se borró de su pensamiento. Se lanzó fuera del rincón.

Era preciso que antes de un cuarto de hora Cosette tuviera lumbre y cama.

IX

EL HOMBRE Y EL CENCERRO

Juan Valjean se dirigió al hombre que estaba en el jardín, después de haber sacado del bolsillo del chaleco el paquete de dinero que llevaba.

El hombre tenía la cabeza inclinada y no le vió acercarse. Juan Valjean se puso a su lado en cuatro pasos, y dijo:

—¡Cien francos!...

El hombre dió un salto y levantó la vista.

—¡Cien francos, si me dais asilo por esta noche!—dijo Juan Valjean.

La luna iluminaba su asustado semblante.

—¡Calla! ¡Sois vos, señor Magdalena!—dijo el hombre.

Este nombre pronunciado a aquella hora obscura, en aquel sitio solitario, por aquel hombre desconocido, hizo retroceder a Juan Valjean.

Todo lo esperaba excepto esto. El que le hablaba era un viejo cojo y encorvado, vestido como un campesino; en la rodilla izquierda llevaba una rodillera de cuero, de donde pendía un cencerro. No se distinguía su rostro, que estaba en la sombra.

El hombre se había quitado la gorra y decía temblando:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Cómo estáis aquí, señor Magdalena? Por dónde habéis entrado? ¡Jesús! ¿Venís del cielo? Pero, esto no es extraño; si caéis alguna vez, será de él. Pero, ¿cómo es esto? ¿No tenéis corbata, ni sombrero, ni levita? ¿Sabéis que hubierais hecho pasar miedo a quien no os conociera? ¡Sin levita! ¡Señor, Dios mío! ¿Se han vuelto locos los santos? Pero, ¿cómo habéis entrado aquí?

El hombre hablaba con una volubilidad en que no se descubría inquietud alguna: sus palabras se alcanzaban una a otra: hablaba con una mezcla de asombro y de sencilla honradez.

—¿Quién sois? ¿Qué casa es ésta?—preguntó Juan Valjean.

—¡Ah! ¡Pardiez! ¡Esto sí que es grande!—dijo el viejo—; soy el que ha sido colocado aquí por vos: esta casa es la casa en que me habéis colocado.

¡Cómo! ¿No me conocéis?

—No—dijo Juan Valjean—. ¿Cómo me conocéis a mí?

—Me habéis salvado la vida—dijo el hombre.

Entonces se volvió e iluminó su perfil un rayo de luna. Juan Valjean conoció al tío Fauchelevent.

—¡Ah!—dijo Juan Valjean—, ¿sois vos? Sí, os conozco.

—Me alegro mucho—dijo el viejo en tono de reconvención.

—¿Y qué hacéis aquí? — preguntó Valjean.

—Estoy cubriendo mis melones.

En efecto, el tío Fauchelevent tenía en la mano, en el momento en que Juan Valjean se acercó a él, la punta de una estera que iba extendiendo sobre el melonar, y había ya colocado otras muchas en una hora que hacía que estaba en el jardín.

Esta operación le obligaba a hacer los movimientos particulares que había observado Juan Valjean desde el cobertizo.

El viejo continuó:

—Me dije: la luna es muy brillante, va a helar; pues a poner a mis melones el carrick.

En seguida añadió mirando a Juan Valjean, y riéndose:

—¡Habríais hecho muy bien en hacer con vuestra persona lo mismo! Pero, ¿cómo estáis así?

Juan Valjean, viendo que este hombre le conocía, a lo menos por el señor Magdalena, sólo avanzaba con precaución. Multiplicaba las preguntas. ¡Cosa extraña! ¡los papeles estaban trocados! El intruso era el que interrogaba.

—¿Y qué campanilla es esa que lleváis en la rodilla?

—¡Ah! — dijo Fauchelevent—, es para que eviten mi presencia.

—¡Cómo! ¿para que eviten vuestra presencia?

El tío Fauchelevent guiñó el ojo de un modo inexplicable.

—En esta casa no hay más que mujeres; hay muchas jóvenes, y parece que mi presencia es peligrosa. El cencerro las avisa, y cuando me acerco se alejan.

—Pues, ¿qué casa es ésta?

—¡Toma! Bien lo sabéis.

—No, no lo sé.

—Pues, ¿no me habéis colocado aquí de jardinero?

—Respondedme como si no supiera nada.

—Pues bien; éste es el convento del Pequeño Picpus.

Juan Valjean iba coordinando sus recuerdos. La casualidad, es decir, la Providencia, lo había conducido precisamente al convento del barrio de San Antonio, en que por recomendación suya había sido admitido hacía dos años el tío Fauchelevent, estropeado en la caída de su carreta. Repitió, pues, como hablándose a sí mismo:

—¡El convento del Pequeño Picpus!

—Pero volvamos al caso—dijo Fauchelevent—: ¿cómo demonios habéis entrado aquí, señor Magdalena? Por más santo que seáis, sois hombre, y los hombres no entran aquí.

—¿Pues cómo estáis vos?

—No hay nadie más que yo.

—Sin embargo — dijo Juan Valjean—, es preciso que me quede aquí.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó Fauchelevent.

Juan Valjean se aproximó a él y le dijo con voz grave:

—Tío Fauchelevent, os he salvado la vida.

—Yo he sido el primero que lo he recordado—respondió Fauchelevent.

—Pues bien; hoy podéis hacer por mí lo que yo hice en otra ocasión por vos.

Fauchelevent tomó en sus arrugadas y temblorosas manos las dos robustas de Juan Valjean y permaneció algunos momentos como si no pudiese hablar. Por fin exclamó:

—¡Oh, sería una bendición de Dios que yo pudiese hacer algo por vos! ¡Yo salvaros la vida! Señor alcalde, disponed, disponed de este pobre viejo.

Su rostro se había transfigurado por una gran alegría; parecía resplandeciente.

—¿Qué queréis que haga? — preguntó.

—Ya os lo explicaré. ¿Tenéis una habitación?

—Tengo una choza aislada, allá detrás de las ruinas del antiguo convento, en un rincón oculto a todo el mundo. Allí hay tres habitaciones.

La barraca estaba, en efecto, tan oculta detrás de las ruinas, y tan bien dispuesta para que nadie la viese, que Juan Valjean no la había visto.

—Bueno — dijo Valjean—. Ahora tengo que pediros dos cosas.

—¿Cuáles son, señor alcalde?

—La primera es que no digáis a nadie lo que sabéis de mí. La segunda, que no tratéis de saber más.

—Como queráis. Sé que no podéis hacer nada que no sea bueno, y que siempre seréis un hombre de bien. Además, vos me habéis empleado aquí; soy vuestro; estoy a vuestras órdenes.

—Está bien. Ahora venid conmigo. Vamos por la niña.

—¡Ah!—dijo Fauchelevent—. ¿Hay una niña?

No dijo más, y siguió a Juan Valjean como un perro sigue a su amo.

Media hora después Cosette, iluminada por la llama de una buena lumbre, dormía en la cama del jardinero. Juan Valjean se había vuelto a poner la corbata y el gabán y había encontrado el sombrero arrojado por encima de la tapia. Mientras que Juan Valjean se ponía la levita, Fauchelevent se había quitado la rodillera con el cencerro, que colgado de un clavo cerca de un canasto, era un adorno de la pared. Los dos hombres se calentaban apoyados de codos en una mesa, en que Fauchelevent había puesto un pedazo de queso, pan de cebada, una botella de vino y dos vasos. El viejo decía a Juan Valjean, poniéndose la mano en la rodilla:

—¡Ay, señor Magdalena! ¡No me habéis conocido en seguida! ¡Salváis la vida a la gente, y después la olvidáis! ¡Oh! ¡Eso está mal! ¡Ellos se acuerdan de vos! ¡Sois un ingrato!

X

DONDE SE EXPLICA CÓMO JAVERT HABÍA ESPIADO EN VANO

Los sucesos que acabamos de describir en orden inverso, por decirlo así,

habían ocurrido en las condiciones más sencillas.

Cuando Juan Valjean, en la misma noche del día en que Javert le prendió al lado del lecho mortuorio de Fantina se escapó de la cárcel municipal de M., la policía supuso que se habría dirigido a París. Porque París es un «mare magnum» donde todo se pierde y todo desaparece en el seno del mundo, como en el seno del mar. No hay espesura que oculte a un hombre como la multitud. Los que se ocultan lo saben muy bien, y van a París como a un abismo: hay abismos que salvan. La policía lo sabe también, y así es que busca en París lo que ha perdido en otra parte. Buscó, pues, allí al ex alcalde de M.; Javert fué llamado a París para que auxiliase a la policía en la persecución, y el celoso inspector ayudó en efecto mucho a perseguir a Juan Valjean. El señor Chabouillet, secretario de la prefectura en tiempo del conde Anglés, se fijó en el celo e inteligencia de Javert, a quien ya había protegido, y consiguió que fuese incorporado a la policía de París; en ella se hizo varias veces—digámoslo, aunque la palabra parezca extraña—, honrosamente útil.

Ya no se acordaba de Juan Valjean —estos perros, siempre en acecho, olvidan el lobo de ayer por el lobo de hoy—, cuando en el mes de diciembre de 1823 leyó un periódico, cosa que no acostumbraba; pero, como hombre monárquico, quiso saber los pormenores de la entrada triunfal del «príncipe generalísimo» en Bayona. Cuando acabó el artículo que le interesaba, llamó su atención en lo último de la plana, un nombre, el nombre de Juan Valjean. El periódico anunciaba que el presidiario Juan Valjean había muerto; y publicaba la noticia con tal formalidad, que Javert no dudó un momento en creerla, limitándose a decir: «Ese es el mejor registro». Después dejó el periódico, y no volvió a pensar más en ello.

Algún tiempo después, la Prefectura del Sena-y-Oise pasó a la Prefectura de París una nota sobre el robo de una niña, verificado, según se decía, con circunstancias particulares, en el pueblo de Montfermeil. Decía esta nota, que una niña de siete a ocho años, que había sido entregada por su madre a un posadero del país, había sido robada por un desconocido: la niña respondía al nombre de Cosette, y era hija de una tal Fantina, que había muerto en el hospital, no se sabía cuándo ni dónde. Esta nota pasó por mano de Javert, y le hizo reflexionar.

El nombre de Fantina le era muy conocido, y recordaba que Juan Valjean le había hecho reír, pidiéndole un plazo de tres días para ir a buscar a la hija de la enferma. Recordó que Juan Valjean había sido detenido en París en el momento en que subía en la diligencia de Montfermeil; y algunos indicios habían hecho creer que era la segunda vez que subía en aquella diligencia, y que el día antes había hecho una excursión por los alrededores de Montfermeil, porque no había sido visto en el pueblo. ¿Qué tenía que hacer en Montfermeil? No se había podido averiguar; pero Javert lo adivinó entonces. Allí estaba la niña de Fantina. Juan Valjean había ido a buscarla. Esta niña acababa de ser robada por un desconocido. ¿Quién podía ser este desconocido? ¿Sería Juan Valjean? Juan Valjean había muerto. Javert, sin decir una palabra a nadie, tomó el carruaje del Plato de Estaño, callejón de Planchette, e hizo un viaje a Montfermeil.

Creía encontrar allí una gran claridad, y encontró una gran obscuridad.

En los primeros días, los Thenardier, desesperados, habían charlado.

La desaparición de la Alondra había metido ruido en la población, y se habían hecho mil versiones de esta historia, que había concluído por presentarse como la historia del rapto de la niña. De aquí provino la nota de la policía. Sin embargo, pasada la primera impresión, Thenardier, con su admirable instinto, había comprendido en seguida que no era conveniente molestar mucho al fiscal de Su Majestad, y que sus quejas sobre el «rapto» de Cosette tendrían por primer resultado atraer sobre sí, y sobre muchos negocios algo turbios que tenía, la penetrante mirada de la justicia. Los buhos no quieren

nunca que se les acerque una luz. ¿Cómo se justificaría de los mil quinientos francos que había recibido? Dió, pues, media vuelta, puso una mordaza a su mujer, y se hizo el asombrado cuando le hablaban del «robo de la niña». El no sabía nada: cierto que se había quejado en el momento en que le «quitaban» tan pronto su niña querida; hubiera deseado tenerla consigo siquiera dos o tres días más; pero, como «su abuelo» había ido a buscarla, nada había más natural en el mundo. Había añadido que el abuelo hacía bien. Esta fué la historia que oyó Javert cuando llegó a Montfermeil. Ante la figura del abuelo se desvaneció la idea de Valjean.

Javert, sin embargo, introdujo algunas preguntas a guisa de sondas en la historia de Thenardier.

—¿Quién era y cómo se llamaba el abuelo?

Thenardier respondió con sencillez:

—Es un rico labrador. He visto su pasaporte, y creo que se llama Guillermo Lambert.

Lambert es un buen nombre, muy tranquilizador. Javert volvió a París.

—Juan Valjean es indudable que ha muerto—se dijo—; soy un necio.

Principiaba ya a olvidar esta historia, cuando en marzo de 1824 oyó hablar de un extraño personaje que vivía en la parroquia de San Medardo, y era conocido «por el mendigo que daba limosna». Era, según se decía, un rentista cuyo nombre no sabía nadie, que vivía solo con una niña de ocho años, que tampoco sabía de sí otra cosa, sino que había venido de Montfermeil. ¡Montfermeil! Esta palabra, sonando de nuevo en los oídos de Javert, le llamó la atención. Un viejo mendigo y polizonte, que había sido pertiguero, al cual daba limosna el desconocido, dió algunos nuevos pormenores. El rentista era un hombre muy huraño, no salía más que de noche, no hablaba a nadie, más que a los pobres algunas veces, no permitía que nadie se le aproximase. Llevaba un levitón feo, viejo y amarillento que valía muchos millones, porque estaba forrado de billetes de Banco.

Todo esto excitó la curiosidad de Javert; y con objeto de ver de cerca a este hombre extraordinario, sin asustarle, se puso un día el traje del pertiguero, y ocupó el lugar en que el espía se acurrucaba todas las tardes, mascullando oraciones y espiando al través del rezo. «El individuo sospechoso» se llegó en efecto a Javert disfrazado, y le dió limosna; en este momento, Javert levantó la vista, y la misma impresión que produjo en Juan Valjean la vista de Javert, recibió Javert al conocer a Juan Valjean.

Sin embargo, la obscuridad había podido engañarle; la muerte de Juan Valjean era oficial. Quedaban, pues, a Javert graves dudas, y en la duda Javert, hombre escrupuloso, no prendía a nadie.

Siguió a su hombre hasta la casa de Gorbeau, e hizo «cantar a la vieja», lo que no era difícil. Esta le confirmó lo del levitón forrado de millones, y le contó el episodio del billete de mil francos. ¡Ella lo había visto! ¡Ella lo había tocado! Javert alquiló un cuarto, y aquella misma noche se instaló en él. Fué a escuchar a la puerta del misterioso huésped, esperando oír el sonido de su voz; pero Juan Valjean vió su luz por la cerradura, y chasqueó al espía, guardando silencio.

Al día siguiente Juan Valjean se marchó de la casa. Pero el ruido de la moneda de cinco francos que dejó caer, fué notado por la vieja, que oyendo sonar dinero, conoció que se iba a mudar, y se apresuró a avisar a Javert. Por la noche, cuando salió Juan Valjean, lo estaba esperando Javert detrás de los árboles del bulevar con dos hombres.

Javert había pedido auxilio a la Prefectura, pero no había dicho el nombre del individuo a quien pensaba prender. Este era su secreto: y lo había guardado por tres razones: primera, porque la menor indiscreción podía despertar las sospechas de Juan Valjean; segunda, porque echar la garra a un antiguo presidiario escapado, y tenido por muerto, a un condenado clasificado para siempre por la justicia «entre los malhechores de la peor especie», era un gran servicio, que, de seguro, los antiguos polizontes de París no dejarían a

un novato como Javert, y temía que le arrebatasen su ex presidiario, y tercera, porque Javert era artista, y tenía el gusto de lo imprevisto. Odiaba esos resultados anunciados, que pierden su mérito con lo que se habla de ellos antes de tiempo. Le gustaba elaborar en la sombra sus grandes obras, y manifestarlas después repentinamente.

Javert había seguido a Juan Valjean de árbol en árbol, después de esquina en esquina, y no le había perdido de vista un solo instante, ni aun en los momentos en que Juan Valjean se creía en mayor seguridad. Pero, ¿por qué no lo detenía? Porque dudaba aún.

Debe recordarse que en aquella época, la policía no obraba con toda libertad : la prensa libre la tenía a raya. Algunas detenciones arbitrarias, denunciadas por los periódicos, habían llegado hasta las Cámaras, e intimidado a la Prefectura. Atentar a la libertad individual era un hecho grave. Los agentes temían engañarse, porque el prefecto les cargaba la responsabilidad, y un error era una destitución. Figurémonos el efecto que hubiera hecho en París este breve párrafo reproducido por veinte periódicos : «Ayer un anciano de cabellos blancos, respetable rentista, que se paseaba con una niña de ocho años, nieta suya, fué detenido y conducido al depósito de la Prefectura como desertor de presidio.»

Repitamos además que Javert tenía sus escrúpulos ; las objeciones de su conciencia se unían a las prevenciones del prefecto. Dudaba.

Juan Valjean volvía la espalda, y marchaba en la obscuridad.

La tristeza, la inquietud, la ansiedad, el cansancio, la nueva desgracia de verse obligado a huir de noche, y a buscar a la ventura un asilo en París para Cosette y para él, la necesidad de arreglar su paso al de una niña, todo esto había cambiado el modo de andar de Juan Valjean, y dado a su cuerpo tal aspecto de senectud, que la policía, encarnada en Javert, podía engañarse, y se engañó. La imposibilidad de aproximarse mucho, su traje de preceptor emigrado, la declaración de Thenardier que le hacía abuelo de Cosette, y la creencia de su muerte en el presidio aumentaban la incertidumbre que crecía en el espíritu de Javert.

Tuvo un momento el proyecto de detener bruscamente a Juan Valjean y pedirle sus documentos. Pero si aquel hombre no era Juan Valjean ; si no era un honrado rentista, sería probablemente algún bribón, profundamente versado en la obscura trama de los crímenes de París, algún jefe de una partida peligrosa, que daba limosna para ocultar sus mañas, costumbre ya antigua. Tendría sin duda compañeros, cómplices y refugios para ocultarse. Las vueltas y rodeos que daba parecían indicar que no era un buen hombre. Detenerle de pronto era «matar la gallina de los huevos de oro». Por otra parte, ¿qué inconveniente había en esperar? Javert estaba seguro de que no se le escaparía.

Lo seguía, pues, bastante perplejo, haciéndose una porción de preguntas, acerca de aquel personaje enigmático.

Solamente al llegar a la calle Pontoise, y a favor de la viva luz que salía de una taberna, fué cuando conoció sin duda alguna a Juan Valjean.

Hay en el mundo dos clases de seres que se estremecen profundamente : la madre que encuentra a su hijo perdido, y el tigre que encuentra su presa.

En aquel momento Javert sintió este estremecimiento profundo.

Así que tuvo seguridad de que aquel hombre era Juan Valjean, el terrible presidiario, observó que en su persecución no le acompañaban más que dos personas, y pidió un refuerzo al comisario de policía de la calle de Pontoise. Antes de coger un palo de espino, es preciso ponerse los guantes.

El tiempo que para esto se detuvo, y un rato que hizo alto en la encrucijada Rollin para dar instrucciones a sus agentes, le hicieron perder la pista. Pero conoció en seguida que Juan Valjean trataría de poner el río entre él y sus perseguidores. Inclinó la cabeza y reflexionó un momento como un sabueso que olfatea la tierra para descubrir la senda, y con su poderoso instinto se fué derecho al puente de Austerlitz. Con dos palabras que habló al guarda

se puso al corriente.—¿Habéis visto pasar un hombre con una niña?—Le he hecho pagar dos sueldos—dijo el guarda.—Javert entró en el puente en el momento oportuno para ver á Juan Valjean al otro lado del río, atravesando con Cosette de la mano un espacio iluminado por la luna. Lo vió entrar en la calle del Camino verde de San Antonio; se acordó del callejón sin salida de Genrot, puesto allí como una trampa, y de la única salida de la calle de Droit-Mur a la calle de Picpus. «Le cogió las vueltas», como dicen los cazadores, y envió en seguida á uno de sus agentes para que guardase esta salida. Vió una patrulla que volvía al cuerpo de guardia del Arsenal, le pidió auxilio y se hizo escoltar por ella. En este juego, soldados son triunfos; los soldados son para todo. Para cercar al jabalí es preciso ciencia de montería y muchos perros. Combinado todo de esta manera, teniendo á Juan Valjean cogido entre el callejón por la derecha, su agente por la izquierda y él por detrás, tomó un polvo de tabaco.

Después se puso á gozar. Tuvo un momento de alegría infernal; dejó ir á su presa delante de él, en la confianza de que la tenía segura; deseando retardar todo lo posible el momento de echarle la mano, gozando en tenerla cogida y verla libre, y cubriéndola con la mirado voluptuosa de la araña que deja volar a la mosca, y del gato que deja correr al ratón. La uña y la garra tienen una sensualidad horrible, que goza con los movimientos confusos de la bestia aprisionada en su tenaza. ¡Qué placer encierra esta opresión!

Javert gozaba en aquel momento. Las mallas de su red estaban sólidamente unidas. Tenía seguridad del triunfo; ya no tenía que hacer más que cerrar la mano.

Iba de tal modo escoltado, que era imposible la idea de la resistencia, cualesquiera que fuesen la energía, vigor y desesperación de Juan Valjean.

Javert se adelantó, pues, lentamente, mirando y registrando al paso todos los rincones de la calle, como los bolsillos de un ladrón.

Cuando llegó al centro de la red no halló al pájaro.

Calcúlese su desesperación.

Preguntó al centinela que había puesto en la salida de las calles Droit-Mur y Picpus; este polizonte, que había permanecido inmóvil en su puesto, no había visto pasar a nadie.

Sucede en la caza muchas veces que un ciervo se escapa, aun teniendo la jauría sobre sí, y entonces los cazadores no saben qué decir; entonces Duvivier, Liguiville y Desprez se quedan parados. En uno de estos casos exclamó Artonge: «No es un ciervo, es un brujo».

Javert hubiera dicho de buena gana lo mismo.

El chasco que acababa de llevarse le llenó por un momento de desesperación y de furor.

Así como Napoleón cometió errores en la guerra de Rusia, Alejandro en la de la India, César en la de Africa, Ciro en la de Escitia, Javert los cometió en esta campaña contra Juan Valjean. Erró tal vez en dudar que fuese Juan Valjean; había debido bastarle la primera mirada. Hizo mal en no echarle mano en su casa.

Hizo mal en no prenderlo pura y simplemente, cuando lo conoció en la calle de Pontoise. Hizo mal en ponerse de acuerdo con su agente en la encrucijada Rollin, iluminada por la luna. Los consejos y los indicios son muy útiles; es muy bueno conocer los de los perros de muestra; pero el cazador no tomará nunca demasiadas precauciones cuando ojea animales tan astutos como el lobo y el ex presidiario.

Javert, empleando demasiado tiempo y cuidado en apostar los sabuesos, espantó a la fiera, dándole viento de cara y la ahuyentó. Hizo mal, sobre todo cuando habiendo hallado la pista en el puente de Austerlitz, se contentó con seguir un juego serio y pueril, teniendo a un hombre semejante sujeto con un hilo.

Se creyó que valía mucho más, pensó poder jugar a los ratones con un león, y al mismo tiempo se juzgó demasiado débil cuando pidió el refuerzo.

Precaución fatal; pérdida de tiempo

precioso. Javert cometió todas estas faltas, y era, sin embargo, uno de los espías más astutos y prudentes que han existido. Era, hablando con propiedad, lo que se llama «perro viejo». Pero, ¿quién es perfecto?

Los grandes estrategas tienen sus momentos de alucinación.

Las grandes necedades se hacen muchas veces como las cuerdas de muchos hilos. Tomad un cable, hilo a hilo; tomad separadamente los motivos determinantes, los romperéis muy fácilmente uno tras otro, y diréis: «Esto no vale nada». Pero tejed y torced estos mismos hilos, y resultará una resistencia enorme. Atila, que duda entre Marcio en Oriente y Valentiniano en Occidente; Anníbal, que descansa en Capua; Danton, que se duerme en Arcis-del-Aube.

Sea como fuere, en el momento en que Javert conoció que se le escapaba Juan Valjean, no se aturdió. Estando seguro de que el presidiario escapado no podía hallarse muy lejos, puso vigías, organizó ratoneras y emboscadas, y dió una batida por el barrio toda la noche. Lo primero que vió fué la cuerda rota del farol, indicio precioso, pero que le extravió más, puesto que le hizo dirigir todas las investigaciones hacia el callejón de Henriot. Había en este callejón varias tapias bastante bajas que daban a jardines, cuyas cercas terminaban en inmensos terrenos baldíos. Por allí debía haberse ido precisamente Juan Valjean; y en efecto, si hubiese penetrado un poco más adelante en el callejón, lo hubiera hecho probablemente, y se hubiera perdido, porque Javert registraba aquellos jardines y aquellos terrenos como quien busca una aguja.

Al despuntar el día dejó dos hombres inteligentes en observación, y volvió a París a la Prefectura de policía, avergonzado como un polizonte a quien hubiera preso un ladrón.

LIBRO SEXTO

El pequeño Picpus

I

CALLEJUELA PICPUS, NÚMERO 62.

Nada había más semejante, hace medio siglo, a cualquier puerta-cochera que la puerta-cochera del número 62 de la callejuela de Picpus. Esta puerta, habitualmente entreabierta del modo más halagüeño, dejaba ver dos cosas nada fúnebres: un patio rodeado de tapias cubiertas de vides, y la fisonomía de un portero que estaba ocioso. Por encima de la pared del fondo se descubrían grandes árboles. Cuando un rayo de sol iluminaba el patio, cuando un vaso de vino iluminaba al portero, era difícil pasar por delante del número 62 de la calle de Picpus sin adquirir una idea alegre. Sin embargo, lo que se veía era un lugar sombrío.

El sol sonreía; la casa rezaba y lloraba.

Si se conseguía pasar de la portería —lo cual no era fácil, y aun puede decirse, que era imposible para casi todos, porque había un «Sésamo, ábrete», que era preciso saber—, si pasada la portería se entraba a la derecha en un vestíbulo pequeño, a que daba una escalera oprimida entre dos paredes, y tan estrecha, que no podía pasar por ella más que una persona a la vez; si no se dejaba uno asustar por el embadurnamiento amarillo-canario con zócalo chocolate que cubría esta escalera; si se aventuraba uno a subir, se pasaba un primer descansillo, después otro, y se llegaba al primer piso y a un corredor en que la pintura amarilla y el plinto chocolate perseguían al que encontraba, con pacífico encarnizamiento.

La escalera y corredor estaban alumbrados por dos hermosas ventanas.

El corredor formaba un recodo y estaba obscuro. Si se doblaba este cabo, después de dar algunos pasos se llegaba a una puerta, tanto más misteriosa, cuanto que no estaba cerrada. Empujándola, se entraba en una pequeña habitación de unos seis pies cuadrados, embaldosada, lavada, limpia, fría, cubierta de papel color de mahón con florecitas verdes, de a quince sueldos la pieza. Una luz blanca y mate penetraba por una gran ventana de vidrios pequeños, que estaba a la izquierda, y tenía toda la anchura del cuarto. Se miraba; no se veía a nadie: se escuchaba; no se sentía ni un paso, ni un murmullo humano. La pared estaba desnuda de ador-

nos ; el cuarto no estaba amueblado ; no había ni una silla.

Mirábase de nuevo, y se descubría en la pared de frente a la puerta un agujero cuadrangular, como de un pie cuadrado, cubierto de una reja de hierro de barras cruzadas, negras, nudosas, fuertes, que formaban cuadrados, mejor diremos mallas, de menos de pulgada y media de diagonal. Las florecitas verdes de papel amarillo llegaban en orden a las barras de hierro, sin que este contacto fúnebre las asustase, ni las estremeciese. Suponiendo que un ser viviente hubiese sido tan excesivamente delgado que hubiera podido intentar entrar o salir por aquel agujero cuadrado, la reja se lo habría impedido. No dejaba pasar el cuerpo ; pero dejaba pasar los ojos, es decir, el espíritu. Mas parecía que hasta en esto se había pensado, porque estaba forrada de una lámina de hoja de lata, introducida en la pared, un poco más adentro, y atravesada por mil agujeritos más pequeños que los de una espumadera. Por debajo de esta lámina había una abertura muy semejante a la de un buzón de correos. Un cordón de hilo, unido a un torniquete de campanilla, colgaba a la derecha de este agujero enrejado.

Si se tiraba de este cordón, sonaba una campanilla, y se oía una voz muy cerca, que hacía temblar.

—¿Quién es?—preguntaba la voz.

Era una voz de mujer, una voz dulce, tan dulce como lúgubre.

Aquí también era preciso saber una palabra mágica.

Si no se sabía, la voz se callaba, y la pared quedaba silenciosa como si del otro lado estuviese la tenebrosa obscuridad del sepulcro.

Si se sabía la palabra, la voz respondía :

—Entrad por la derecha.

Y entonces se echaba de ver una puerta coronada de una ventana de vidrios, y pintada de gris. Se alzaba el picaporte, se pasaba la puerta, y se experimentaba absolutamente la misma impresión que cuando se entra en un palco cerrado con celosía antes que ésta se haya bajado, y se haya encendido la araña. Entrábase, en efecto, en una especie de palco de teatro, iluminado apenas por la luz de la puerta-vidriera, estrecho, amueblado con dos sillas viejas y una estera toda rota, verdadero palco con su barandilla a regular altura, que tenía una tablita de madera negra.

Este palco estaba enrejado, pero no con una reja dorada como en la Opera, sino con monstruoso cruzamiento de barras de hierro, horriblemente enredadas y empotradas en la pared por enormes soldaduras que parecían puños cerrados.

Pasados algunos minutos, cuando la vista empezaba a acostumbrarse a la media luz de aquel cuarto, si trataba de atravesar la verja, no podía pasar más allá de seis pulgadas. Allí se encontraba una barrera de postigos negros, asegurados y reforzados por traviesas de madera pintada de amarillo.

Estos postigos estaban divididos a trechos en largas planchas delgadas, y ocultaban toda la verja. Siempre estaban cerrados.

Al cabo de algunos instantes oíase una voz que llamaba por detrás de los postigos, y que decía :

—Aquí estoy. ¿Qué me queréis?

Era una voz amada, en ocasiones una voz adorada. No se veía a nadie. Apenas se oía el ruido del aliento. Parecía una evocación que hablaba al través de la cubierta de la tumba.

Si el que llegaba tenía ciertas condiciones exigidas, muy raras, se abría la estrecha hoja de un postigo, y la evocación se convertía en aparición. Detrás de la reja, y detrás del postigo, se veía, tanto como dejaba ver el enrejado, una cabeza de la cual sólo se descubrían la boca y la barba ; lo demás estaba cubierto con un velo negro. Entrevíase una toca negra, y una forma apenas visible, cubierta de un sudario negro. Aquella cabeza os hablaba, pero no os miraba, ni se sonreía nunca.

La luz que entraba por detrás, estaba dispuesta de tal modo, que el visitante veía blanca aquella aparición, y ella le veía negro. Esta luz era un símbolo. La vista penetraba ávidamente por la abertura hecha en aquel sitio cerrado a todas las miradas. Una vaga penumbra rodeaba a aquella figura enlutada. Los ojos escudriñaban aquella

penumbra, y trataban de separarla de la aparición. Al poco tiempo se conocía que no se veía nada, porque lo que se veía era la noche, el vacío, las tinieblas, una bruma de invierno mezclada con un vapor de la tumba, una especie de paz horrible, un silencio en que no se recogía nada, ni aun los suspiros, una sombra en que no se distinguía nada, ni aun los fantasmas.

Lo que se veía era el interior de un claustro.

Era el interior de esa casa triste y severa que se llamaba el convento de las Bernardas de la Adoración Perpetua. Aquel palco era el locutorio. La voz que había hablado primero era la voz de la tornera, que estaba siempre sentada, inmóvil y silenciosa, del otro lado de la pared, cerca de la abertura cuadrada, defendida por la verja de hierro, y por la placa de mil agujeros como por una doble visera.

La obscuridad provenía de que el locutorio tenía una ventana del lado del mundo, y no tenía ninguna del lado del convento. Los ojos profanos no debían ver nada de aquel lugar sagrado.

Pero más allá de esta sombra había algo ; había una luz ; una vida en aquella muerte. Aunque aquel convento era el más resguardado de todos, vamos a tratar de penetrar en él y a hacer entrar al lector, y a decirle, sin olvidar la discreción, cosas que los narradores no han visto, y por consiguiente nadie ha contado.

II

LA REGLA DE MARTÍN VARGAS

Este convento, que en 1824 existía desde hacía ya muchos años en la callejuela de Picpus, era una comunidad de Bernardas de la regla de Martín Vargas.

Estas Bernardas dependían, pues, no de Claraval, como los Bernardos, sino del Císter, como los Benedictinos. En otros términos : seguían la regla no de San Bernardo, sino de San Benito.

Todo el que ha hojeado algunos libros antiguos, sabe que Martín Vargas fundó en 1425 una congregación de Bernardas Benedictinas, que tenían por capital de la orden a Salamanca, y por sucursal a Alcalá.

Esta congregación había echado raíces en todos los países católicos de Europa.

Estos injertos de una orden en otra no tienen nada de extraordinario en la Iglesia latina. Para no hablar más que de la orden de San Benito, diremos que a ella pertenecían, sin contar la regla de Martín Vargas, cuatro congregaciones : dos en Italia, la de Monte Casino, y Santa Justina de Padua ; dos en Francia, Cluny y San Mauro ; y nueve órdenes, Valambrosa, Grammont, los Celestinos, los Camandulenses, los Cartujos, los Humillados, los del Olivo, los Silvestrinos, y por último, los Cistercienses ; porque Císter mismo, aunque tronco de otras órdenes, no era más que una rama de San Benito. Císter fué fundado por San Roberto, abad de Molesme en la diócesis de Langres, en 1098. En el de 529, el diablo, que se había retirado al desierto de Subiaco (era viejo ; ¿se había hecho ermitaño?), había sido ya arrojado del antiguo templo de Apolo, donde vivía, por San Benito, que tenía entonces diez y siete años.

Después de la regla de las Carmelitas, que llevaban los pies descalzos, un áspero cordón de mimbre al cuello, y no se sentaban nunca, la más dura era la de las Bernardas Benedictinas de Martín Vargas. Iban vestidas de negro con una pechera, que según la prescripción expresa de San Benito, llegaba hasta la barba. Una túnica de sarga de manga ancha, un gran velo de lana, la pechera que subía hasta la barba, y la toca que bajaba hasta los ojos, cortada en cuadro sobre el pecho, componían su hábito. Todo era negro, excepto la toca que era blanca. Las novicias llevaban el mismo hábito, pero blanco. Las profesas llevaban un rosario al lado.

Las Bernardas Benedictinas de Martín Vargas practicaban la adoración perpetua, como las Benedictinas llamadas señora del Santo Sacramento, las cuales al principio de este siglo tenían en París dos casas ; una en el Temple, y otra en la calle Nueva de Santa Genoveva. Por lo demás, las Bernardas Benedictinas del Pequeño Picpus, de que vamos hablando, era una orden completamente distinta de la que seguían las señoras del Santo Sacramento, que vi-

vían en la calle Nueva de Santa Genoveva y en el Temple. Había muchas diferencias en la regla y también en el hábito. Las Bernardas Benedictinas del Pequeño Picpus llevaban la pechera negra, y las Benedictinas del Sacramento de la calle Nueva de Santa Genoveva la llevaban blanca, y además en el pecho un Santísimo Sacramento de unas tres pulgadas de alto, y de plata sobredorada o de cobre. Las religiosas del Pequeño Picpus no llevaban el Santísimo Sacramento. La adoración Perpetua, común al Pequeño Picpus y al convento del Temple, permitía, sin embargo, que fuesen distintas las dos órdenes. Solamente había semejanza en esta práctica entre las señoras del Santo Sacramento y las Bernardas de Martín Vargas, lo mismo que la había en el estudio y glorificación de todos los misterios relativos a la infancia, a la vida y a la muerte de Jesucristo, y a la Virgen, entre dos órdenes separadas, y aun enemigas en ocasiones: la del Oratorio de Italia, establecida en Florencia por Felipe Neri, y la del Oratorio de Francia, fundada en París por Pedro Berulle. El Oratorio de París pretendía la primacía, porque Berulle era cardenal, y Felipe no era más que santo.

Pero volvamos a la severa regla española de Martín Vargas. Las Bernardas Benedictinas de esta regla comen de viernes todo el año, ayunan toda la Cuaresma y otros muchos días especiales, se levantan en el primer sueño, desde la una hasta las tres, para leer el breviario y cantar maitines; se acuestan entre sábanas de jerga en todas las estaciones, y sobre paja, no usan baños, ni encienden nunca lumbre, se disciplinan todos los viernes, observan la regla del silencio, no se hablan más que en las horas de recreo, que son muy cortas, y llevan camisas de buriel seis meses, desde el 14 de septiembre, que es la exaltación de la Santa Cruz, hasta la Pascua. Estos seis meses son una gracia; la regla dice todo el año, pero esta camisa de buriel, insoportable en el rigor del estío, producía fiebres y espasmos nerviosos, y fué preciso limitar su uso. Aun con esta modificación, el 14 de septiembre, cuando las monjas se ponen esta camisa, tienen calentura tres o cuatro días. Sus votos, cuyo rigor está aumentado por la regla, son de obediencia, pobreza, castidad y perpetuidad en el claustro.

La priora es elegida cada tres años por las madres que se llaman vocales, porque tienen voz en el capítulo. Una priora sólo puede ser reelegida dos veces, de modo que su mando no puede durar más de nueve años.

No ven nunca al sacerdote celebrante, que permanece oculto por una cortina de nueve pies de alto. En los sermones, cuando el predicador está en el púlpito, bajan el velo cubriéndose el rostro. Deben hablar siempre en voz baja, andar con los ojos bajos y la cabeza baja. Sólo un hombre puede entrar en el convento: el arzobispo diocesano.

Otro puede entrar también, que es el jardinero; pero siempre es un viejo; y con objeto de que esté constantemente solo en el jardín, y de que las religioas puedan evitar su presencia, lleva una campanilla o cascabel en la rodilla.

Están sometidas a la priora con una sumisión absoluta y pasiva: con la sujeción canónica en toda su abnegación. Viven como a la voz de Cristo, «ut voci Christi», al deseo, al primer signo, «ad notum, ad primum signum»; la siguen, con alegría, con perseverancia, con cierta obediencia ciega, «prompte, hilariter, perseveranter, et cœca quadam obedientia», como la lima en la mano del artífice, «cuasi limam in manibus fabri», no pueden ni leer, ni escribir nada sin expresa licencia, «legere vel scribere non adiscerit sine expressa superioris licentia».

Todas turnan en lo que llaman «el desagravio». El desagravio es la oración por todos los pecados, por todas las faltas, por todos los desórdenes, por todas las violaciones, por todas las iniquidades, por todos los crímenes que se cometen en la superficie de la tierra.

Durante doce horas consecutivas, desde las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, o desde las cuatro de la mañana a las cuatro de la tarde, la hermana que está de «desagravios» permanece de rodillas sobre la piedra ante el Santísimo Sacramento, con las manos juntas y una cuerda al cuello. Cuando

el cansancio se hace insoportable, se prosterna extendida con el rostro en la tierra y los brazos en cruz : este es todo su descanso. En esta actitud ora por todos los pecadores del Universo. Esto es grande ; raya en lo sublime.

Esta práctica se verifica ante un poste, a cuyo extremo superior arde un cirio, y se dice indistintamente «hacer el desagravio o estar en el poste». Las monjas prefieren aún por humildad, esta última expresión, que envuelve una idea de suplicio y de humillación.

El «desagravio» es un acto que absorbe toda el alma. La hermana que lo practica no se volvería aunque cayera un rayo a su espalda.

Además, hay siempre otra monja de rodillas delante del Santísimo Sacramento. Esta estación dura una hora, y se relevan como soldados que están de centinela.

Esta es la adoración perpetua.

Las prioras y las madres usan siempre nombres de una gravedad particular, tomados por lo general, no de los santos y mártires, sino de los momentos de la vida de Jesucristo, como la madre Natividad, la madre Concepción, la madre Presentación, la madre Pasión. Sin embargo, no están prohibidos los nombres de santos.

Cuando se las ve, no se ve más que su boca.

Todas tienen los dientes amarillos : nunca ha entrado en el convento un cepillo de dientes. Limpiarse los dientes es el último límite de una escala más allá de la cual no hay más que una cosa : la perdición del alma.

Nunca dicen «mío» ; porque no tienen nada suyo, ni deben tener afecto a nada. Dicen siempre «nuestro». Así, nuestro velo, nuestro rosario ; y si hablasen de su camisa, dirían «nuestra camisa». Algunas veces se aficionan a cualquier cosilla, a un libro de rezo, a una reliquia, a una medalla bendita ; pero desde el momento en que notan que empiezan a aficionarse a este objeto, deben darle. Recuerdan las palabras de Santa Teresa, a quien decía una gran señora cuando entró en su orden : «Permitidme, madre mía, que envíe a buscar la Santa Biblia que aprecio mucho». «¡ Ah, apreciáis todavía algo ! Entonces no entréis en nuestra casa».

Les está prohibido encerrarse y tener un «mi cuarto», una «mi celda». Viven en celdas abiertas. Cuando se encuentran, dice una : «Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar». Y responde la otra : «Por siempre sea alabado y bendito». Palabras que se repiten cuando una llama a la puerta de otra. Apenas ha tocado la puerta, cuando por dentro se oye una voz dulce, que dice : «Por siempre...» Como todas las prácticas, se hace esta maquinal con la costumbre, y algunas veces dice una : «Por siempre...» antes que la otra haya tenido tiempo de decir, lo que es un poco largo : «Bendito sea el Santísimo Sacramento del altar».

Las monjas de la Visitación dicen al entrar : «Ave María», y la que está dentro responde : «Gratia plena». Este es su saludo, que está «lleno de gracia» efectivamente.

A la hora del día da tres golpes supletorios la campana de la iglesia del convento. A esta señal, priora, madres, vocales, profesas, conversas, novicias, postulantes, interrumpen lo que dicen, o lo que hacen, o lo que piensan, y dicen todas a la vez, si son las cinco, por ejemplo : «A las cinco y a todas horas bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar». Si son las ocho : «A las ocho y a todas horas, etc.», y así siempre, según la hora.

Esta costumbre, cuyo objeto es romper el pensamiento y dirigirle hacia Dios, existe en muchas comunidades : sólo varía la fórmula. Así en la del Niño Jesús se dice : «A esta hora y a cualquiera otra, el amor de Jesús inflame mi corazón».

Las Benedictinas Bernardas de Martín Vargas, que vivían hace cinco años en el Pequeño Picpus, cantan los oficios salmodiando gravemente canto llano puro, y en alta voz todo el tiempo que dura el acto. Cuando encuentran un asterisco en el misal, hacen una pausa y dicen por lo bajo : «Jesús, María y José».

En el oficio de difuntos cantan en un tono tan bajo, que parece imposible que pueda bajar tanto la voz de mujer ; de lo cual resulta un efecto sorprendente.

Las monjas del Pequeño Picpus habían mandado hacer una cripta bajo el altar mayor para sepultura de la comunidad. El «gobierno», como ellas decían, no permitía que se enterrasen allí los cuerpos. Salían, pues, del convento cuando morían ; lo cual las afligía y consternaba como una infracción.

Pero en cambio habían conseguido ser enterradas a una hora especial, y en un rincón especial del antiguo cementerio Vaugirard, que ocupa un terreno que había sido de la comunidad.

Los jueves asistían, como los domingos, a misa mayor, vísperas y a todos los oficios. Observaban escrupulosamente todas las demás fiestas pequeñas, desconocidas de los mundanos, que la Iglesia prodigaba antiguamente en Francia y prodiga aún en España y en Italia. El tiempo que pasaban en la capilla era interminable. En cuanto al número y duración de sus rezos, no podemos dar mejor idea que citando estas palabras candorosas de una de ellas : «Los rezos de las postulantes son terribles, los de las novicias lo son más, los de las profesas son aún más terribles».

El capítulo se reune una vez por semana ; lo preside la priora y asisten las madres vocales. Cada hermana va a su vez a arrodillarse en la piedra, y confiesa en alta voz la penitencia.

Además de la confesión en alta voz, para la cual se reservan todas las faltas un poco graves, tienen para las faltas veniales lo que llaman «la culpa». Hacer la culpa es prosternarse durante la misa boca abajo delante de la priora, hasta que ésta, a quien no llaman nunca más que «nuestra madre», avisa a la paciente que puede levantarse, por medio de un golpe en la tabla del sillón. Se hace la culpa por cosas muy pequeñas : por romper un vaso, por rasgar un velo, por retardarse involuntariamente algunos segundos a ir a misa, por cantar mal una nota en la iglesia, etc. ; esto es suficiente motivo para hacer la culpa.

La culpa es voluntaria : la «culpada» (esta palabra está usada aquí etimológicamente), se juzga y castiga a sí misma. Los domingos y los días de fiesta hay cuatro madres cantoras que salmodian los oficios ante un gran facistol de cuatro pupitres.

Un día, una madre cantora entonó un salmo que empezaba por «Ecce», y en vez de «Ecce», dijo en alta voz estas tres notas : «do, si, sol». Por su distracción hizo una culpa que duró toda la función. Lo que agravó enormemente la culpa fué que el capítulo se había echado a reír.

Cuando llamaban al locutorio a una monja, aunque fuese la priora, se bajaba el velo de manera, según hemos dicho ya, que sólo dejaba ver la boca.

Sólo la priora podía hablar con los extraños ; las demás no podían ver más que a su familia, y eso raras veces. Si por casualidad quería alguien ver a alguna monja a quien había conocido o amado en el mundo, tenía que formar casi un expediente. Si era una mujer podía en algunos casos concederse la autorización : la monja iba al locutorio y hablaba por entre los postigos, que sólo se abrían para una madre o una hermana. No hay para qué decir que este permiso se negaba siempre a los hombres.

Tal era la regla de San Benito, rigorizada por Martín Vargas.

Estas monjas no estaban alegres, rosadas, frescas como lo están otras muchas de las otras órdenes. Estaban pálidas y graves. Desde 1823 a 1830, tres se volvieron locas.

III

RIGORES

Las jóvenes deben ser dos años por lo menos postulantes ; con frecuencia cuatro ; y otros cuatro novicias. Es muy raro que pueda pronunciarse el voto definitivo antes de los veintitrés o veinticuatro años. Las Bernardas Benedictinas de Martín Vargas no admitían viudas en su orden.

Las monjas se entregan en sus celdas a maceraciones desconocidas, de que no deben hablar nunca.

El día en que profesa una novicia se la viste con sus más hermosos trajes, se adorna la cabeza con blancas rosas, se perfuman y rizan sus cabellos, y después se prosterna ; extiéndese sobre ella

una gran velo negro, y se canta el Oficio de difuntos. Entonces las religiosas se dividen en dos filas, y pasan una tras otra diciendo con lastimero acento: «Nuestra hermana ha muerto», y la otra fila responde: «Pero vive en Jesucristo».

En la época en que pasa esta historia había anejo al convento un colegio de niñas nobles, ricas la mayor parte, entre las cuales se distinguían las señoritas de Saint-Aulaire y de Belissen, y una inglesa que llevaba el ilustre nombre católico de Talbot. Estas jóvenes, educadas por las religiosas entre cuatro paredes, creían en el horror al mundo y al siglo. Una de ellas nos decía un día: «Ver el empedrado de la calle es cosa que estremece de pies a cabeza». Iban vestidas de azul, con sombrero blanco, y un Espíritu Santo de plata sobredorada o de cobre en el pecho. En ciertos días de gran festividad, y especialmente el día de Santa Marta, se les concedía, como extraordinaria gracia y felicidad suprema, vestirse de monjas y cumplir las prácticas de San Benito durante todo el día. En los primeros tiempos, las religiosas les prestaban sus vestidos negros; pero después, pareciendo esto una profanación, fué prohibido por la priora; y sólo se permitió este préstamo a las novicias. Es muy notable que estas representaciones toleradas sin duda, y favorecidas en el convento por un secreto espíritu de proselitismo, y para dar a estas niñas alguna prueba anticipada del santo hábito, fuesen un placer real y una diversión para las educandas, que se divertían simplemente. «Era una cosa nueva, una variación». Cándidas razones de la infancia, que no pueden hacer comprender a los mundanos el placer de tener en la mano un hisopo y estar de pie horas enteras cantando a coro ante un facistol.

Las educandas, a excepción de la austeridad, se conformaban con todas las prácticas del convento. Hubo alguna joven que habiendo vuelto al mundo, aun muchos años después de casada, no pudo perder la costumbre de decir en alta voz cada vez que llamaban a la puerta: «Por siempre...» Las educandas, lo mismo que las monjas, sólo veían a su familia en el locutorio. ¡Ni sus madres podían abrazarlas! Hasta este punto se llevaba la severidad. Un día fué visitada una joven por su madre acompañada de una hermanita de tres años. La niña lloraba porque quería abrazar a su hermana. Imposible. Entonces suplicó que a lo menos se permitiera a la niña pasar la manita por entre los hierros para besársela. También esto fué negado casi con escándalo.

IV

ALEGRÍAS

Sin embargo, estas niñas habían llenado la casa de encantadores recuerdos.

A ciertas horas la infancia brillaba en aquella clausura. Sonaba la hora del recreo; abríase una puerta, y los pájaros decían: «¡Bueno! Ya están aquí las niñas». Un torrente de juventud inundaba aquel jardín cortado por una cruz como una mortaja. Fisonomías radiantes, frentes blancas, ojos inocentes llenos de alegre luz, auroras de toda especie se esparcían por aquellas tinieblas. Después de los rezos, de las campanas, de los toques, de los clamores, de los oficios, estallaba de repente el ruido que hacían las niñas, ruido más dulce que el de las abejas. Abríase la colmena de la alegría, y cada una llevaba su miel. Jugaban, se llamaban, se agrupaban, corrían; bonitos dientes blancos charlaban en los rincones; los velos desde lejos vigilaban las risas, las sombras vigilaban los rayos; pero, ¡qué importaba! Brillaban y reían. Aquellas cuatro lúgubres tapias tenían su minuto de alegría; y asistían, vagamente iluminadas por el reflejo de tanto placer, a este susurro del enjambre. Era aquella como una lluvia de rosas en medio del luto. Las niñas loqueaban bajo la vista de las religiosas; la mirada de la impecabilidad no incomodaba a la inocencia. Gracias a estas niñas, entre tantas horas de austeridad, había una de desahogo. Las pequeñas saltaban y las grandes bailaban. En aquel claustro el juego estaba mezclado con el cielo; y no había nada más tierno y más sublime que aquellas almas inocentes divirtiéndose. Homero hubiera reído allí con Perrault; había en aquel negro jardín juventud, salud, ruido, gri-

tos, aturdimiento, placer, felicidad suficientes para desarrugar la frente de todas las abuelas, así de la epopeya como del cuento, así del trono como de la cabaña, desde Hecuba hasta la madre Graud.

En esta casa se han oído, más que en ninguna otra parte quizá, esas «ocurrencias infantiles» que tienen tanta gracia, y que hacen reír con tanta meditación. Entre aquellas cuatro fúnebres paredes decía un día una niña de cinco años:

—¡Madre! acaba de decirme una grande que sólo tengo yo que estar aquí nueve años y diez meses. ¡Qué alegría!

Allí también se oyó este diálogo memorable:

UNA MADRE VOCAL.—¿Por qué lloras, hija mía?

LA NINA: seis años (sollozando).—He dicho a Alicia que sabía la historia de Francia, y me ha dicho que no la sabía, ¡y la sé!

ALICIA: la grande (nueve años).—No; no la sabe.

LA MADRE.—¿Cómo es eso, hija mía?

ALICIA.—Me ha dicho que abriera el libro a la suerte; que le hiciera una pregunta de lo que trae el libro y me respondería.

—¿Y qué?

—Que no ha contestado.

—Veamos: ¿qué le has preguntado?

—He abierto el libro a la suerte, como ella decía, y le he hecho la primera pregunta que he encontrado.

—¿Qué pregunta era?

—Esta: «¿qué sucedió después?»

Allí se hizo esta observación profunda sobre una cotorra un poco golosa que pertenecía a una educanda.

—«¡Es muy hermosa! ¡Come la manteca de las tostadas como una persona».

En una de las losas de aquel convento se oyó esta confesión escrita de antemano para no olvidarla, por una pecadora de siete años:

—«Acúsome, padre, de haber sido avariciosa».

—«Acúsome, padre de haber sido adúltera».

—«Acúsome, padre, de haber mirado a los hombres».

En uno de los bancos de césped de aquel jardín improvisó una boca de rosa de seis años este cuento, escuchado por ojos azules de cuatro y cinco:

—«Eranse tres pollitos que vivían en un país donde había muchas flores; cogieron las flores y las metieron en el bolsillo. Y después cogieron las hojas y las pusieron en sus juguetes. Y había un lobo en aquella tierra, y muchos bosques; el lobo estaba en el bosque, y se comió los pollitos».

Y este otro poema:

—«Sucedió que Pulchinela dió un palo al gato.

»Y no le hizo bien, sino mal.

»Entonces una señora puso en la cárcel a Pulchinela».

Allí también dijo una niña abandonada, recogida por el convento y educada por caridad, esta frase tierna y dolorosa. Oía hablar a las demás de sus madres, y decía en un rincón:

—«Mi madre no estaba allí cuando yo nací».

Había una tornera muy gruesa que andaba siempre precipitada por los corredores con su manojo de llaves, y que se llamaba sor Agata. Las «grandes, grandes»—de más de diez años—la llamaban «Agatocles».

El refectorio era una sala grande, oblonga, rectangular, que sólo recibía la luz por un claustro de archivoltas al nivel del jardín; era obscuro y húmedo, y como decían las niñas: «estaba lleno de animales». Todos los sitios contiguos le suministraban su contingente de insectos; y cada uno de los cuatro ángulos había recibido, en el lenguaje de las educandas, un nombre particular y expresivo. Había el rincón de las arañas, el rincón de las orugas, el rincón de las cucarachas y el rincón de los grillos. El rincón de los grillos estaba cerca de la cocina, y era el más buscado, porque allí hacía menos frío que en los demás. Del refectorio habían pasado los nombres al colegio, y servían para distinguir, como en el antiguo colegio de Mazarino, cuatro naciones. Cada educanda era de una de esas cuatro naciones, según el rincón del refectorio en que se sentaba a la hora de comer. Un día, el señor arzobispo, haciendo la visita pastoral, vió entrar en la clase, por donde pasaba, una niña muy

encarnada con hermosos cabellos rubios, y preguntó a una educanda, morena, encantadora, de frescas mejillas, que estaba a su lado :

—¿Quién es ésta?

—Es una araña, monseñor.

—¡ Bah ! ¿Y esta otra?

—Un grillo.

—¿Y ésta?

—Una oruga.

—¿De veras? ¿Y vos?

—Yo soy una cucaracha, monseñor.

Cada casa de este género tiene sus particularidades.

Al principio del siglo, Ecouen era uno de esos lugares graciosos y severos en que se desarrolla, en una sombra casi augusta, la infancia de las niñas. En Ecouen, para tomar puesto en la procesión del Corpus, se hacía distinción entre las vírgenes y las floristas. Había también «palios» e «incensarios» ; aquéllas llevaban las cintas del palio, y éstas incensaban al Santísimo Sacramento. Las flores correspondían de derecho a las floristas. Delante iban «cuatro vírgenes». En este día tan festivo, por la mañana no era raro oír preguntar en el dormitorio :

—¿Quién es esa virgen?

La señora Campan cita este dicho de una «pequeña» de siete años a una «grande» de diez y seis que iba a la cabeza de la procesión, mientras que ella quedaba a la cola :

—Tú eres virgen ; pero, ¡ ah, yo no lo soy !

V

DISTRACCIONES

Encima de la puerta del refectorio estaba escrita en gruesas letras negras la siguiente oración, que llamaban el «Pater Noster blanco», y tenía la virtud de guiar las almas en vía recta al paraíso.

«Pater-Noster blanco, que Dios hizo, que Dios dijo, que Dios puso en el paraíso. Por la noche, al ir a acostarme, he encontrado tres ángeles en mi cama echados, uno a los pies y dos a la cabecera, y a la santa Virgen María en medio, que me dijo me acostase y de nada me cuidase. El buen Dios es mi padre, la santa Virgen mi madre, los tres apóstoles mis hermanos, y las tres vírgenes mis hermanas. La camisa en que Dios nació, este mi cuerpo envolvió ; la cruz de Santa Margarita, en mi pecho tengo escrita. La santa señora Virgen por los campos se ha marchado, llorando a su hijo querido, y al señor San Juan ha hallado. Señor San Juan : ¿de dónde venís?—Vengo del «Ave-Salus»—. ¿Habéis visto si está Dios?—Está en el árbol de la Cruz, pendientes tiene los pies, clavadas tiene las manos, y una corona de espinas su cabeza ha ensangrentado. Quien rezare esta oración, tres veces por la mañana y otras tantas por la noche, ganará el Cielo a la postre.»

En 1827 había desaparecido esta oración tan característica de la pared, bajo una triple capa de pintura amarilla ; y acaba en este momento de borrarse de la memoria de algunas jóvenes entonces, viejas hoy.

Un gran crucifijo colgado de la pared completaba la decoración del refectorio, cuya única puerta, según creemos haber dicho, daba al jardín. Dos mesas estrechas, con dos bancos a lo largo cada una, formaban dos líneas paralelas desde uno a otro extremo del refectorio. Las paredes eran blancas, las mesas negras ; colores ambos de luto, que son el único adorno de los conventos. Las comidas eran frugales, y aun el régimen de las niñas muy severo. Un solo plato de carne y legumbres mezcladas, o de pescado salado, era todo el lujo. Este plato ordinario, reservado solamente a las educandas, era una excepción de la regla. Las niñas comían y callaban bajo la inspección de la madre que estaba de semana, la cual de tiempo en tiempo abría y cerraba ruidosamente un libro de madera cuando alguna mosca trataba de volar o de zumbar contra la regla. El silencio era sazonado con algún trozo de la vida de los santos, leído en alta voz desde una cátedra con atril, situada debajo del crucifijo. La lectora era una de las educandas de más edad, y le duraba el cargo una semana. En la mesa había de distancia en distancia jofainas barnizadas, en que las educandas lavaban por sí mismas el vaso y el cubierto y arrojaban algunas veces los desperdicios de carne dura, o de pescado podrido : esto merecía un castigo. Estas jofainas se llamaban los círculos de agua.

La educanda que rompía el silencio «hacía una cruz con la lengua» ¿dónde? en el suelo. Lamía la tierra. El polvo, fin de todas las alegrías, se encargaba de castigar a estas pobres hojas de rosa, culpadas del murmullo.

Había en el convento un libro, del cual no se había impreso más que un «ejemplar único», y que estaba prohibido leer. Era la regla de San Benito; arcano que no debía penetrar ningún ojo profano. «Nemo regulas, seu constitutiones nostras externis communicabit».

Las educandas consiguieron un día coger el libro y se pusieron a leer ávidamente, interrumpiendo la lectura por el temor de ser sorprendidas, lo cual les hacía cerrar el libro precipitadamente. Pero de todo este gran miedo no sacaron más que un mediano placer. «Lo más interesante» que encontraron fueron algunas páginas ininteligibles acerca de los pecados de los jóvenes.

Las educandas jugaban en una calle del jardín formada de árboles frutales. A pesar de la extremada vigilancia y de la severidad de los castigos, cuando el viento había sacudido los árboles, algunas podían coger una manzana verde, o un albaricoque macado, o una pera con gusanos. Ahora dejaré hablar a una carta que tengo a la vista, escrita hace veinticinco años por una antigua educanda, que hoy es duquesa de... y una de las mujeres más elegantes de París. Copio textualmente: «Se oculta la pera o la manzana como se puede, y cuando subimos a dejar el velo encima de la cama, y a esperar la hora de cenar, la que la ha cogido la esconde debajo de la almohada, y por la noche la come en la cama, y cuando ni esto es posible, en el excusado.» Este era uno de los placeres más grandes.

Una vez, estando de visita el arzobispo, una de las educandas, la señorita Bouchard, que tenía algunas relaciones de parentesco con los Montmorency, apostó a que le pediría un día de asueto, petición extraordinaria en una comunidad tan austera. La apuesta fué aceptada, pero ninguna de las que habían apostado lo creía. Llegado el momento, cuando pasaba el obispo por delante de las educandas, la señorita Bouchard, con indescriptible asombro de sus compañeras, salió de la fila, y dijo: «Monseñor, un día de asueto». La señorita Bouchard era fresca y alta, y tenía la cara de rosa más bonita del mundo. El arzobispo se sonrió, y dijo: «¡Cómo, hija mía, un día de asueto! Tres días si quieres: te concedo tres días». La priora nada podía hacer; había hablado el arzobispo. Hubo escándalo en el convento, y gran alegría en el colegio. Júzguese del efecto.

Este claustro tan severo no estaba, sin embargo, tan cerrado que la vida de las pasiones del mundo, el drama, y aun la novela no penetrasen en él. Para probarlo nos limitaremos a consignar aquí, y a indicar brevemente un hecho real e incontestable, que por otra parte nada tiene que ver con la historia que vamos refiriendo. Mencionamos este hecho para completar la fisonomía del convento.

Hacia esta época vivía en el convento una mujer misteriosa, que no era monja y era tratada con gran respeto; se llamaba «la señora Albertina». No se sabía de ella sino que estaba loca y que pasaba por muerta en el mundo. Había, se decía, bajo el velo de esta historia, arreglos de intereses necesarios para un gran casamiento.

Esta mujer, que apenas tenía treinta años, morena, bastante hermosa, miraba vagamente con sus grandes ojos negros. ¿Veía? No se sabía a punto fijo. Se deslizaba más bien que andaba; no hablaba nunca, y no había seguridad de que respirase. Tenía las narices picadas y lívidas, como después de arrojar el último suspiro; tocar su mano era tocar la nieve. Tenía una gracia extraña y sepulcral: donde entraba se sentía frío. Pasando un día al lado de una hermana, dijo ésta:

—Pasa por muerta.

—Quizá lo está—respondió otra.

Hacíanse mil suposiciones sobre la señora Albertina, que era el eterno tema de la curiosidad de las educandas. Había en la capilla una tribuna que se llamaba «de la claraboya»; en esta tribuna, que no tenía más que un agujero circular, una claraboya, era donde la señora Albertina asistía a los actos del culto. Allí sólo entraba ella, porque estando

situada en el primer piso, se podía ver al predicador y al celebrante, lo que estaba prohibido a las religiosas.

Un día ocupaba la sagrada cátedra un joven sacerdote de elevada alcurnia, el duque de Rohan, par de Francia, oficial de mosqueteros rojos en 1815, cuando era príncipe de León, y cardenal arzobispo de Besançon después de 1830, cuando murió. Era la primera vez que predicaba el duque de Rohan en el convento del Pequeño Picpus. La señora Albertina asistía ordinariamente a los sermones y a los oficios con perfecta calma y completa inmovilidad.

Aquel día, así que vió al duque de Rohan, medio se levantó, y dijo en voz alta, que se oyó en medio del silencio de la capilla : «¡ Calla ! ¡ Augusto !» Toda la comunidad, llena de asombro, volvió la cabeza ; el predicador levantó los ojos ; pero la señora Albertina había ya vuelto a su inmovilidad. Por aquella figura apagada, helada, había pasado instantáneamente un soplo del mundo exterior, un relámpago de vida ; después todo se desvaneció : la loca volvió a convertirse en muerta.

Estas dos palabras, sin embargo, hicieron charlar a todo lo que podía hablar en el convento. ¡ Qué de misterios, qué de revelaciones encerraba aquel «¡ calla ! ¡ Augusto !» El duque de Rohan se llamaba efectivamente Augusto. Era ya evidente que la señora Albertina procedía de la alta sociedad, puesto que conocía al duque de Rohan ; que vivía en el siglo en alta posición, porque hablaba familiarmente de tan gran señor, y que tenía con él relaciones de parentesco quizá, pero muy íntimas seguramente, por cuanto le llamaba por su nombre de pila.

Dos señoras muy austeras, las duquesas de Choiseul y de Serent, visitaban a menudo la comunidad, en la cual penetraban, sin duda, en virtud de privilegio de «Magnates mulieres», y producían gran miedo en el colegio. Cuando pasaban las dos viejas todas las educandas temblaban y bajaban los ojos.

El duque de Rohan era, por lo demás, sin él saberlo, el objeto de la curiosidad de las jóvenes. Acababa de ser nombrado, como escala para el episcopado, vicario mayor de la diócesis de París, y tenía por costumbre ir a cantar los oficios en las funciones de la capilla del Pequeño Picpus. Ninguna de las reclusas podía verle a causa de la cortina de sarga ; pero tenía una voz dulce y un poco delgada que ya conocían perfectamente. Había sido mosquetero, se decía que era muy pulido, que se peinaba con gran esmero sus hermosos cabellos castaños, formando bucles alrededor de la frente, que tenía un gran cinturón de moaré y que su sotana estaba cortada elegantemente. Todo esto hacía que ocupase la atención de aquellas imaginaciones de diez y seis años.

En el convento no penetraba ningún ruido exterior. Sin embargo, un año se oyó el sonido de una flauta ; acontecimiento de que se acuerdan aún las educandas de aquel tiempo.

Algún vecino tocaba aquella flauta, que siempre repetía el mismo aire, un aire olvidado ya hoy : «Zetulbé mía, ven a reinar en mi pecho», y que se oía dos o tres veces al día. Las jóvenes pasaban las horas escuchando, las madres vocales estaban fuera de sí, las imaginaciones trabajaban, llovían los castigos. Esto duró algunos meses. Las educandas estaban todas, cuál más, cuál menos, enamoradas del músico desconocido : cada una de ellas se creía Zetulbé. La música venía del lado de la calle Droit-Mur. Las educandas lo hubieran dado todo, lo hubieran comprometido, lo hubieran intentado todo por ver, siquiera por un segundo, por entrever, por vislumbrar, al joven que tocaba tan deliciosamente la flauta, y, sin saberlo, conmovía al mismo tiempo todos aquellos corazones. Hubo algunas que se escaparon por una puerta excusada, y subieron al tercer piso de la calle Droit-Mur para tratar de ver por entre los claros de las celosías. Imposible. Una llegó hasta el punto de pasar el brazo por encima de la cabeza al través de la reja, y agitar su blanco pañuelo.

Otras dos fueron aún más atrevidas : encontraron medio de trepar hasta el tejado, se arriesgaron, y consiguieron ver al «joven». Era un viejo emigrado, ciego, y arruinado que tocaba la flauta en su boardilla para consolarse.

VI

EL CONVENTO PEQUEÑO

Había en el recinto del Pequeño Picpus tres edificios completamente distintos: el convento grande que habitaban las religiosas, el colegio en que estaban las educandas, y el convento pequeño. Este era un departamento con jardín, donde vivían en común todas las religiosas de varias órdenes, restos de los claustros destruídos por la Revolución; reunión de todos los hábitos negros, grises y blancos, de todas las comunidades y de todas las variedades posibles: era lo que podría llamarse, si se nos permitiera una extraña combinación de palabras, un convento-arlequín.

Desde el tiempo del Imperio se había permitido a estas infelices, dispersas y desterradas, acogerse bajo la protección de las Benedictinas Bernardas, donde recibían una corta pensión del gobierno. Las religiosas del Pequeño Picpus las habían acogido muy bien. Era, pues, aquello, una confusión extraña. Cada una seguía una regla. Algunas veces se permitía a las educandas, como un recreo, hacerles una visita; y estas jóvenes han conservado entre otros recuerdos, los de la madre Santa Basilia, de la madre Santa Escolástica, y de la madre Jacob.

Una de estas religiosas casi podía decir que estaba en su casa. Había pertenecido a la orden de Santa Aura, y era la única que sobrevivía de su comunidad. El antiguo convento de Santa Aura ocupaba desde principios del siglo XVIII precisamente, la misma casa del Pequeño Picpus, que perteneció después a las Benedictinas de Martín Vargas. Esta monja, demasiado pobre para poder llevar el magnífico hábito de su orden, que era un manto blanco con escapulario escarlata, había vestido con él un maniquí que enseñaba a todo el mundo con satisfacción, y que legó a la casa cuando murió.

En 1824 no quedaba de esta orden más que una religiosa; hoy no queda más que una muñeca.

Además de estas dignas monjas, había algunas viejas del siglo, que habían obtenido permiso de la madre priora, como la señora Albertina, para retirarse al convento pequeño. A este número pertenecían la señora Beauford de Hautpoul y la marquesa Dufresne. Había otra que sólo era conocida en el convento por el formidable ruido que hacía al limpiarse las narices. Las educandas la llamaban la señora Estrepitini.

Hacia 1820 o 1821, la señora Genlis, que publicaba un periódico titulado el «Intrépido», pidió permiso para vivir en el convento del pequeño Picpus. La recomendó el duque de Orleáns. Esto produjo un gran rumor en la colmena: las madres vocales temblaban; la señora Genlis había escrito novelas; pero declaró que era la primera en condenarlas. Además había llegado al punto en que la devoción se hace intransigente; y en fin, con la ayuda de Dios y la del príncipe, entró; pero se marchó a los seis meses, dando por toda razón que el jardín no tenía sombra. Las religiosas se alegraron muchísimo. La señora Genlis, aunque era ya vieja, tocaba el arpa bastante bien.

Al marcharse, dejó un recuerdo en la celda. Era supersticiosa y latina, con lo cual puede formarse el lector una idea de ella aproximada a la verdad. Hace algunos años se veían aún pegados en lo interior de un armarito donde guardaba el dinero y las alhajas, estos cinco versos latinos, escritos por su propia mano con tinta roja en papel amarillo; versos que, en su opinión, tenían la virtud de intimidar a los ladrones:

Imparibus meritis pendent tria corpora ramis;
Dismas et Gesmas, media est divina potestas;
Alta petit Dismas, infelix infima Gesmas,
Nos et res nostras conservet summa potestas.
Hos versus dicas, ne tu furto tua perdas.

Estos versos escritos en latín del siglo VI, promueven la cuestión de si los dos ladrones del Calvario se llamaban, como se cree comúnmente, Dimas y Gestas, o Dismas y Gesmas. Esta ortografía hubiera podido contrariar las pretensiones que tenía en el siglo pasado el vizconde de Gestas de descender del mal ladrón. Por lo demás, la virtud benéfica que se atribuye a estos versos, es un artículo de fe en la orden de las Hospitalarias.

La iglesia de la casa, construída de manera que separaba el convento grande del colegio, era común al colegio, al

convento grande y al pequeño; y en ella se admitía también al público por una especie de entrada de lazareto que daba a la calle. Pero estaba todo dispuesto de manera que ninguna de las que vivían en el claustro pudiese ver un rostro de afuera. Figúrese el lector un iglesia, cuyo coro hubiera sido cogido por la mano de un gigante, y doblado de manera que formase, no como todas las iglesias, una prolongación detrás del altar, sino una especie de sala o caverna obscura a la derecha del celebrante; este espacio estaba cerrado por la cortina de siete pies de altura, de que ya hemos hablado; y allí, sumergidas en la sombra de la cortina, en sitiales de madera, las religiosas del coro a la izquierda y las educandas a la derecha, las conversas y las novicias en el centro, asistían al culto divino. Esta caverna, que se llamaba el coro, se comunicaba con el claustro por un pasadizo. La iglesia recibía la luz del jardín. Cuando las monjas asistían a las funciones en que su regla mandaba el silencio, el público sólo notaba su presencia por el choque de las tablillas de los sitiales, que levantaban y bajaban con ruido.

VII

ALGUNOS PERFILES DE ESTA SOMBRA

En los seis años que median desde 1819 a 1825 había sido priora del Pequeño Picpus la señorita de Blemeur, que en religión se llamaba la madre Inocente. Era de la familia de Margarita de Blemeur, autora de la «Vida de los santos de la orden de Benito», y había sido reelegida en su cargo. Era una mujer de sesenta años, baja, gruesa, «que cantaba como una olla cascada», según dice la carta que hemos citado. Por lo demás, era una mujer excelente, la única alegre que había en el convento, por lo cual era querida de todas.

La madre Inocente se parecía en algo a su ascendiente Margarita, la Dacier de la orden. Era instruída, erudita, competente, sabia, historiadora curiosa, atestada de latín, repleta de griego y llena de hebreo; y más bien benedictino que benedictina.

La vice-priora era una religiosa española de mucha edad, y casi ciega; se llamaba la madre Cineres.

Las más notables entre las madres vocales, eran: la madre Santa Honorina, tesorera; la madre Santa Gertrudis, primera maestra de novicias; la madre Santo Angel, segunda maestra; la madre Anunciación, sacristana; la madre San Agustín, enfermera (única que no era buena en el convento); la madre Santa Matilde (señorita Gauvin, muy joven, con admirable voz); la madre de los Angeles (señorita Drouet, que había estado en el convento de las Hijas de Dios, y en el del Tesoro, entre Gisors y Magny); la madre San José (señorita de Cogolludo); la madre Santa Adelaida (señorita de Auverny); la madre Misericordia (señorita de Cifuentes, que no pudo resistir tanta austeridad); la madre Compasión (señorita de Miltiere, que entró en el convento a los setenta años, a pesar de lo dispuesto en la regla, y era muy rica); la madre Providencia (señorita de Laudimiere); la madre Presentación (señorita de Sigüenza que fué priora en 1847); y, por fin, la madre Santa Cecilia (hermana del escultor Ceracchi) que se volvió loca, y la madre Santa Chantal (señorita de Suzon) que también se volvió loca.

Había, además, entre las más hermosas una encantadora joven, de veintitrés años, que era de la isla de Borbón, descendiente del caballero Roze, que se llamó en el mundo la señorita Roze, y en el claustro la madre Asunción.

La madre Santa Matilde, encargada del canto y del coro, empleaba en él a las educandas, ocupando diariamente una gamma completa, es decir, siete educandas desde diez años a diez y seis inclusive, voces y cuerpos a propósito, a quienes hacía cantar de pie, alineadas en fila por edades desde la menor a la mayor, lo cual ofrecía un aspecto caprichoso como una flauta de jóvenes, una especie de flauta de Pan viva, y formada de ángeles.

Las hermanas conversas a quienes querían más las educandas, eran sor Santa Eufrasia, sor Santa Margarita, sor Santa Marta, que era una niña, y sor San Miguel, cuya larga nariz era siempre motivo de risa.

Todas estas mujeres eran amables

para las niñas; sólo eran rígidas para consigo mismas. No se encendía lumbre más que en el colegio; y su comida, comparada con la del convento, era muy superior. Además de esto, tenían con las educandas mil cuidados. Solamente cuando una niña pasaba al lado de una monja y le hablaba, la monja no respondía nunca.

Esta regla del silencio había producido un efecto extraño en el convento; la palabra que se negaba a las criaturas humanas se concedía a los objetos inanimados. Unas veces hablaba la campana de la iglesia, otras la campanilla del jardinero. Un timbre muy sonoro que la tornera tenía a su lado y se oía en toda la casa, indicaba con diversos golpes, que eran una especie de telegrafía acústica, todos los actos de la vida material que debían ejecutarse, y llamaba al locutorio, y cuando había necesidad, a tal o cual habitante de la casa. Cada persona y cada cosa tenía su toque particular. La priora, uno y otro; la vice-priora, uno y dos; seis y cinco, llamaban a clase; de modo que las educandas no decían nunca entrar en clase, sino ir a las seis y cinco. Cuatro y cuatro era el toque a que respondía la señora Genlis; y se oía con mucha frecuencia. Es DIABLO A CUATRO, decían las que tenían poca caridad. Diez y nueve campanadas, anuncian un gran suceso: la apertura de la «puerta de la clausura», enorme puerta de hierro, erizada de cerrojos, que sólo giraba sobre sus goznes ante el arzobispo.

Este y el jardinero, según hemos dicho ya, eran los únicos hombres que entraban en el convento. Las educandas veían a otros dos: al capellán, que era el abate Banés, viejo y feo, y a quien podían contemplar desde el coro al través de una reja, y al profesor de dibujo, señor Ansiaux, llamado en la carta de que hemos copiado algunas líneas, señor Anelot, y calificado de «horrible viejo jorobado».

Todos los hombres, eran, pues, escogidos. Tal era esta curiosa casa.

VIII

POST CORDA LAPIDES

Después de haber trazado la figura en breves palabras de la configuración moral del convento, no es inútil hablar de la configuración material; el lector tiene ya alguna idea de ella.

El convento del Pequeño Picpus de San Antonio, ocupa casi completamente el vasto trapecio que formaban las intersecciones de las calles Polonceau, Droit-Mur, la pequeña Picpus y del callejón condenado, que en los antiguos planos se llamaba calle Au-marais. Estas cuatro calles rodeaban el trapecio como si fuesen un foso. El convento se componía de varios edificios y un jardín. El edificio principal, tomado completo, era una yuxtaposición de construcciones híbridas, que miradas a vista de pájaro parecían una escuadra colocada en el suelo. El brazo mayor de esta escuadra ocupaba todo el trozo de la calle Droit-Mur comprendido entre la calle de Picpus y la calle Polonceau; el brazo menor era una fachada alta, gris, severa, con rejas, que daba frente a la calle Picpus: en su extremidad estaba la puerta-cochera, número 62. Hacia el medio de esta fachada, el polvo y la ceniza habían blanqueado una puertecita vieja, cintrada, en que las arañas trabajaban su tela, y que sólo se abría una hora o dos los domingos, y en las raras ocasiones en que salía del convento el ataúd de alguna religiosa: era la entrada pública de la iglesia. El ángulo de la escuadra era una sala cuadrada, que servía para guardar el servicio, y que las religiosas llamaban «la despensa».

En el brazo mayor estaban las celdas de las madres y de las hermanas, y el noviciado: en el menor, las cocinas, el refectorio rodeado del claustro y la iglesia. Entre la puerta número 62 y el extremo del callejón Au-marais estaba el colegio, que no se veía desde fuera. El resto del trapecio formaba el jardín, que estaba mucho más bajo que el nivel de la calle de Polonceau, lo que hacía que la cerca fuese mucho más alta por dentro que por fuera. El jardín, ligeramente convexo, tenía en el centro de una alturita un hermoso abeto agudo y cónico, del cual partían como de la punta central de un escudo cuatro grandes calles, y otras ocho menores, colocadas dos a dos entre las primeras, de tal manera, que, si el recinto hubiese

sido circular, el plano geométrico de estas calles habría parecido una cruz puesta sobre una rueda.

Todas las calles iban a terminar en las tapias irregulares del jardín; y por lo tanto, eran de desigual longitud. Estaban cubiertas de groselleros. En el fondo, una calle de grandes álamos iba desde las ruinas del antiguo convento, que estaba en el ángulo de la calle Droit-Mur, a la casa del convento pequeño que estaba en el ángulo de la callejuela Au-marais.

Antes de llegar al convento pequeño se encontraba lo que se llamaba el jardinillo. Añádase a esto un patio, infinidad de ángulos desiguales formados por las habitaciones interiores; paredes de prisión, y que por toda perspectiva y vecindad la negra y extensa línea de los tejados que corría al otro lado de la calle Polonceau, y se podrá tener una idea completa de lo que era hace cuarenta y cinco años el convento de Bernardas del Pequeño Picpus. Esta santa casa había sido construída precisamente en el sitio que ocupaba un juego de pelota célebre desde el siglo XIV al XVI, y llamado el «juego de los once mil diablos».

Todas aquellas calles eran de las más antiguas de París.

Los nombres Droit-Mur y Au-marais son muy viejos; pero las calles que los llevaban, eran aún más viejas. El callejón Au-marais se llamó antes la calle Maugot, y la calle Droit-Mur, la calle de los Rosales Silvestres, porque Dios abría las flores antes que el hombre labrase las piedras.

IX

UN SIGLO BAJO UNA TOCA

Ya que estamos dando pormenores de lo que era en otro tiempo el convento del Pequeño Picpus, y que hemos tenido el atrevimiento de abrir una ventana en este discreto asilo, el lector nos permitirá aún una corta digresión, ajena al fondo de este libro, pero característica y útil, para demostrar que aun el claustro tiene sus tipos originales.

Había en el convento pequeño una mujer centenaria que había ido allí de la abadía de Fontevrault. Antes de la Revolución había vivido en el mundo. Hablaba mucho del señor de Miromesnil, guarda-sellos de Luis XVI, y de un tal Duplat, presidente, a quienes había conocido mucho. Toda su vanidad, todo su placer, era recordar estos nombres a cada momento. Contaba maravillas de la abadía de Montevrault, que era como una ciudad, y que tenía calles dentro del monasterio.

Hablaba con un acento picardo, que encantaba a las educadas. Cada año renovaba solemnemente sus votos, y en el momento de hacer juramento, decía al sacerdote: «Monseñor, San Francisco de Sales lo prestó en manos de monseñor San Julián; monseñor San Julián lo prestó en manos de monseñor San Eusebio; monseñor San Eusebio en manos de monseñor San Procopio, etcétera, etc.; así yo lo presto en vuestras manos, padre mío.» Y las educandas se reían bajo el velo. Encantadoras y ahogadas sonrisas que hacían fruncir el ceño a la madres vocales.

Otras veces, la centenaria contaba historias. Decía que en su juventud los Bernardos no cedían a los mosqueteros. Era un siglo hablando; pero era el siglo XVIII. Describía la costumbre de los cuatro vinos en Champaña y Borgoña antes de la Revolución. Siempre que pasaba por las ciudades de estas provincias un gran personaje, un mariscal de Francia, un príncipe, un duque o par, el Ayuntamiento le arengaba y le presentaba cuatro vasijas de plata llenas de cuatro vinos diferentes. En la primera se leía esta inscripción: «vino de mono»; en la segunda, «vino de león»; en la tercera, «vino de carnero»; en la cuarta, «vino de cerdo». Estas cuatro inscripciones expresaban los cuatro grados porque desciende el borracho: el primero alegra, el segundo irrita, el tercero, entorpece, y el cuarto embrutece.

Tenía en un armario cerrado con llave un objeto misterioso, a que profesaba mucho afecto. La regla de Fontevrault no le prohibía. No quería enseñarlo a nadie. Se encerraba en la celda todo lo que permitía la regla, y se ocultaba siempre que quería contemplarlo. Si oía pasos en el corredor, cerraba el armario tan precipitadamente como podían sus débiles manos. Y así que se

hablaba de esto, se callaba; ¡ella que era tan habladora! Las más curiosas se vieron chasqueadas ante este silencio, y las más tenaces ante su obstinación. Era, pues, este objeto un motivo de comentarios para toda la que estaba desocupada o fastidiada en el convento. ¿Qué podía ser esa cosa tan preciosa, tan guardada, que era el tesoro de la centenaria? ¿Sería algún libro santo? ¿Algún rosario único? ¿Alguna reliquia experimentada? Todas se perdían en suposiciones. Cuando murió la pobre mujer, corrieron todas el armario más de prisa tal vez de lo que convenía, y lo abrieron. Encontraron el objeto envuelto en un triple lienzo como una patena bendita. Era un plato de porcelana, cuyas figuras representaban unos amores que huían perseguidos por unos mancebos de botica armados de enormes jeringas. La persecución abundaba en gestos y en cómicas posturas. Uno de los amores estaba ya calado. Lucha, agita sus alas y trata de volar; pero su matador ríe satánicamente. Moraleja: el amor vencido por el cólico. Este plato, muy curioso, por lo demás, y que tiene quizá el mérito de haber dado una idea a Molière, existía aún en septiembre de 1845, y estaba de venta en casa de un prendero en el bulevar Beaumarchais.

Esta buena vieja no quería recibir ninguna visita de fuera del convento, «porque», decía, «el locutorio es muy triste».

X

ORIGEN DE LA ADORACIÓN PERPETUA

El locutorio casi sepulcral de que acabamos de hablar, es un hecho local, que no tiene igual severidad en los demás conventos. En el de la calle del Temple, que era de otra orden, es verdad, los postiguillos negros estaban reemplazados por cortinas obscuras, y el mismo locutorio era un salón bien entablado, cuyas ventanas tenían cortinillas de muselina blanca, y cuyas paredes admitían toda clase de cuadros; un retrato de un benedictino con la cara descubierta, floreros, y hasta una cabeza de turco.

En el jardín del convento de la calle del Temple estaba aquel castaño de Indias que pasaba por el más hermoso y más grande de Francia, y que tenía fama en el pueblo bonachón del siglo XVIII, de ser «el padre de todos los castaños del reino».

Ya hemos dicho que el convento del Temple estaba ocupado por las Benedictinas de la Adoración perpetua, distintas de las que dependían del Císter.

Esta Orden de la Adoración perpetua no es muy antigua: cuenta sólo unos 200 años. En 1649 fué profanado dos veces el Santísimo Sacramento, con pocos días de intervalo, en dos iglesias de París; en San Sulpicio y en San Juan en Gréve: sacrilegio horrible y raro que conmovió a toda la población. El señor prior, vicario mayor en San Germán de los Prados, dispuso una solemne procesión de todo su clero, en el que ofició el Nuncio del Papa. Pero esta expiación no pareció suficiente a dos dignas mujeres, la señora Courtin, marquesa de Boucs y la condesa de Chateauvieux. El insulto hecho al «Augusto Sacramento del altar» aunque pasajero, no se borraba del alma de estas dos santas mujeres, y creyeron que no podía ser reparado sino por una «Adoración perpetua» en algunos conventos de monjas. Y ambas, una en 1652 y otra en 1653, hicieron donación de grandes sumas a la madre Catalina de Bar, llamada del Santísimo Sacramento, religiosa Benedictina, para fundar con este fin piadoso un monasterio de la Orden de San Benito. El primer permiso para esta fundación se dió a la madre Catalina de Bar por el señor obispo de Metz, abad de San Germán, a condición de que no pudiese ser recibida ninguna joven que no llevase trescientas libras de renta, que hacen seis mil libras de capital. Después del abad de San Germán, el rey concedió reales cédulas; y todo reunido, las licencias abaciales y las reales, se registró en 1654 en el Tribunal de Cuentas y en el Parlamento.

Tal fué el origen y la consagración legal del establecimiento de las Benedictinas de la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento en París. El primer convento se «edificó de nuevo» en la calle Casotte, con las donaciones de las señoras de Boucs y Chateauvieux.

Esta regla, pues, era distinta de la que seguían las Benedictinas, llamadas del Císter, y dependía del abad de San Germán de los Prados, del mismo modo que las monjas del Sagrado Corazón dependen del general de los jesuítas, y las hermanas de la Caridad del general de los lazaristas.

Era también distinta de la orden de las Bernardas del Pequeño Picpus, cuyo interior acabamos de describir. En 1657, el papa Alejandro VII autorizó por breve especial a las Bernardas del Pequeño Picpus para practicar la Adoración perpetua como las Benedictinas del Santísimo Sacramento. Pero las dos órdenes, no por esto fueron menos distintas.

XI

FIN DEL PEQUEÑO PICPUS

El convento del Pequeño Picpus estaba agonizando desde el principio de la Restauración, como parte de la muerte general de la Orden, que va desapareciendo con todas las demás, desde el siglo XVIII. La contemplación es, lo mismo que la oración, una necesidad humana; pero se transformará como todo lo que ha tocado la Revolución, y se convertirá de hostil al progreso, en favorable.

La casa del Pequeño Picpus se despoblaba rápidamente. En 1840, el convento pequeño y el colegio, habían ya desaparecido; no habitaban ya sus claustros ni viejas, ni jóvenes; unas habían muerto, otras se habían ido. «Volaverunt».

La reglá de la Adoración perpetua es de una rigidez espantosa, ante la cual las vocaciones retroceden, y la orden no encuentra novicias. En 1845 había aún esparcidas algunas religiosas conversas; de coro, ninguna. Hace cuarenta años había más de cien religiosas; hace quince no había más que veintiocho. ¿Cuántas hay en el día? En 1847, la priora era joven, aún no tenía cuarenta años, señal de que la elección se hacía en un círculo muy pequeño. A medida que disminuye el número, se aumenta el trabajo; el servicio de cada una es más penoso, y se esperaba desde entonces el momento en que no serían más que una docena de hombros doloridos y encorvados para llevar todo el peso de la horrible orden de San Benito. La carga es muy pesada; y es la misma para pocos que para muchos. Su peso aplasta; las monjas mueren. Viviendo el autor de este libro, en París murieron dos; una de veinticinco años, y otra de veintitrés. Esta puede decir como Julia Alpinula: «Hic jaceo. Vivi annos viginti et tres.» A causa de esta decadencia, el convento ha renunciado a la educación de las niñas.

No hemos podido pasar ante esta casa extraordinaria, desconocida, obscura, sin entrar en ella, y sin hacer entrar también a los que nos acompañan, y que nos oyen hoy referir, tal vez con utilidad para algunos, la historia melancólica de Juan Valjean. Hemos penetrado en aquella comunidad, cuyas antiguas prácticas nos parecen hoy novísimas: allí está el jardín cerrado: «hortus conclusus»; hemos hablado de este sitio singular detenidamente, pero con respeto, a lo menos hasta el punto en que los pormenores y el respeto son conciliables. No todo lo comprendemos; pero no insultamos a nada: nos colocamos a igual distancia del hosanna de José de Maistre, que llega hasta la consagración del verdugo, y de la burla de Voltaire, que llega hasta el escarnecimiento del Crucifijo; falta de lógica de Voltaire, digámoslo de paso, porque hubiese defendido a Jesús como defendió a Calas. ¿Qué representa el Crucifijo, aun para los mismos que niegan la Encarnación sobrehumana? El sabio asesinado.

La idea religiosa ha pasado una gran crisis en nuestro siglo. Se olvidan muchas cosas; y es bien hecho, con tal que, al olvidarlas se aprendan otras nuevas. El corazón humano repugna el vacío. Es bueno hacer algunas demoliciones, pero a condición de que las sigan nuevas construcciones.

Mientras tanto estudiemos las cosas que ya no existen. Es necesario conocerlas, aunque no sea más que para evitarlas. Las falsificaciones de lo pasado toman falsos nombres, y se apropian a sí mismas el del porvenir; lo pasado es un viajero que puede falsificar el pasaporte: estemos prevenidos, desconfiemos. Lo pasado tiene una fisonomía:

la superstición ; una máscara : la hipocresía. Denunciemos la fisonomía, y arranquemos la máscara.

En cuanto a los conventos, nos presentan una cuestión compleja ; la civilización los condena ; la libertad los protege.

LIBRO SÉPTIMO

Paréntesis.

I

EL CONVENTO COMO IDEA ABSTRACTA

Este libro es un drama, cuyo primer personaje es el infinito.

El hombre es el segundo.

En este supuesto, habiendo encontrado un convento en nuestro camino, hemos debido penetrar en él. ¿Por qué? Porque el convento, tan propio del Oriente como del Occidente ; de la antigüedad, como de la época moderna ; del paganismo, del budismo y del mahometismo, como del cristianismo, es uno de esos aparatos de óptica que el hombre dirige al infinito.

No es este el lugar oportuno para desarrollar extensamente ciertas ideas ; sin embargo, conservando nuestra reserva, nuestras restricciones, y hasta nuestra indignación, diremos, porque debemos decirlo, que siempre que encontramos en el hombre el infinito, bien o mal comprendido, nos sentimos poseídos de respeto. Hay en la sinagoga y en la mezquita, en la pagoda y en el wigwam, un lado horrible que execramos, y un lado sublime que adoramos. ¡ Qué contemplación para el espíritu ! ¡ Qué meditación sin fin ! ¡ El reflejo de Dios por la pared humana !

II

EL CONVENTO COMO HECHO HISTÓRICO

El monaquismo está condenado por el triple juicio de la historia, de la razón y de la verdad.

Los monasterios, cuando abundan en una nación, son trabas para la circulación, establecimientos obstruyentes, centros de pereza puestos allí donde debería haber centros de trabajo. Las comunidades monásticas son, respecto de la gran comunidad social, lo que el muérdago a la encina ; lo que la verruga al cuerpo humano. Su prosperidad y su apogeo son el empobrecimiento del país. El régimen monástico, bueno en la infancia de la civilización, útil en la obra de dominación de la brutalidad por medio de lo espiritual, es malo en la virilidad de los pueblos. Además, cuando se gasta y entra en el período de desarreglo, como que continúa sirviendo de ejemplo, es malo por las mismas razones que le hacen saludable en su período de pureza.

Los claustros han concluído su misión. Utiles para la primera educación de la civilización moderna, han sido un obstáculo para su decrecimiento, y son perjudiciales a su desarrollo. Como institución, como modo de formación para el hombre, los monasterios, buenos en el siglo X, de discutible utilidad en el XV, son detestables en el XIX. La lepra monacal ha carcomido, casi hasta el esqueleto, a dos grandes naciones : Italia y España ; luz la una y esplendor la otra de Europa durante siglos. En nuestros tiempos estos dos pueblos ilustres empiezan a curarse, gracias sólo a la sana y vigorosa higiene de 1789.

El convento, el antiguo convento de monjas especialmente, como existía aún al principio del siglo en Italia, en Austria y en España, es una de las más sombrías concreciones de la Edad Media. El claustro, ese claustro es el punto de intersección de los terrores. El claustro católico, propiamente dicho, está lleno del sombrío esplendor de la muerte.

El convento español es fúnebre sobre todos. Allí se elevan en la obscuridad, bajo las bóvedas llenas de brumas, bajo cúpulas vagas a fuerza de sombra, macizos y gigantescos altares, tan altos como una catedral ; allí penden de cadenas, en medio de las tinieblas inmensos crucifijos blancos ; allí se destacan desnudos sobre el ébano, grandes Cristos de marfil, más bien que ensangrentados, vertiendo sangre, sombríos y magníficos, enseñando los huesos por el codo, los tegumentos por la rótula, la carne por las llagas, coronados de espinas de plata, clavados con clavos de

oro, con gotas de sangre de rubíes en la frente, y lágrimas de diamantes en los ojos. Los diamantes y los rubíes parecen mojados, y hacen llorar abajo en la sombra a seres cubiertos con un velo, que tienen el cuerpo martirizado con el cilicio y con la disciplina de alambre, el pecho desollado con los zarzos, las rodillas desolladas con la oración ; a mujeers que se creen esposas, a espectros que se creen serafines. ¿Piensan acaso, estas mujeres? No. ¿Quieren? No. ¿Aman? No. ¿Viven? No. Sus nervios se han convertido en huesos ; sus huesos se han convertido en piedra. Su velo es una noche tejida. Su aliento bajo el velo, parece una trágica respiración de la muerte. Tales eran los antiguos monasterios de España.

La España romana era más católica que la misma Roma : el convento español era el convento católico por excelencia : los castigos impuestos a las desfachadas que alguna vez faltaban a sus votos eran terribles : el «in pace» venía a sepultarlas.

Hoy los defensores de lo pasado, no pudiendo negar estas cosas, han tomado el partido de sonreírse. Se ha hecho de moda un medio cómodo y extraño de suprimir las revelaciones de la historia, de debilitar los comentarios de la filosofía, de borrar todos los hechos desfavorables y todas las cuestiones sombrías. «Materia de declamaciones», dicen los hábiles : declamaciones, repiten los necios ; Juan Jacobo es un declamador ; Diderot un declamador ; Voltaire, ocupándose de Calas, Labarre y Sirvent, declamadores. No sé quién ha descubierto últimamente que Tácito era una víctima, y que verdaderamente debíamos compadecernos de «ese pobre Holofernes».

Los hechos, sin embargo, lo desconciertan todo, y son muy obstinados.

El autor de este libro ha visto con sus propios ojos, a ocho leguas de Bruselas, un recuerdo de la Edad Media que todo el mundo puede tocar en la abadía de Villiers : el agujero de una sima, en medio del prado que fué patio del convento ; y a orillas del Dyle, cuatro calabozos de piedra, mitad bajo tierra y mitad bajo agua. Eran los «in pace». Cada uno de estos calabozos tiene aún rastros de una puerta de hierro, una letrina, y un tragaluz enrejado, que por fuera está a dos pies sobre el río, y por dentro a seis pies bajo el suelo. Cuatro pies de agua corren exteriormente por la pared. El suelo está siempre mojado. El que vivía en el «in pace» tenía por lecho este suelo. En uno de los calabozos hay un pedazo de argolla soldado al muro ; en otro se ve una especie de caja cuadrada hecha de cuatro losas de granito, demasiado corta para echarse, y demasiado baja para estar sentado. Allí se metía un ser humano con una losa encima. Así eran : aún se ven : aún se tocan. Estos «in pace», estos calabozos, estos goznes de hierro, estas argollas, este alto tragaluz a cuyo nivel corre el río, esa caja de piedra cerrada con una losa, lo mismo que una tumba, con la única diferencia de que el muerto era un vivo, ese suelo de fango, ese agujero de la letrina, esas tapias rezumadas ¡ qué declamadores !

III

BAJO QUÉ CONDICIONES PUEDE RESPETARSE LO PASADO

El monaquismo, tal como existía en España, y tal como existe en el Tibet, es una especie de tisis para la civilización ; detiene la vida ; de un golpe despuebla sin más ni más. Claustración es lo mismo que castración. El monaquismo ha sido el azote de Europa. A este mal añádase la coacción ejercida frecuentemente sobre las conciencias, las vocaciones forzadas, el feudalismo apoyándose en un claustro ; el mayorazgo encerrando en el claustro el exceso de familia ; los rigores atroces de que acabamos de hablar, los «in pace», las bocas enmudecidas, los cerebros tapiados, y tantas desgraciadas inteligencias encerradas en las tumbas de los votos eternos, sometidas a la toma de hábito, entierro de las almas vivas. Sumad los suplicios individuales con la degradación nacional, y temblaréis, cualesquiera que sean vuestras ideas, ante la capucha o el velo, dos sudarios de invención humana.

Y sin embargo, en algunos puntos, y en ciertos lugares, a despecho de la filosofía y del progreso, persiste el espíri-

tu del claustro en mitad del siglo XIX, y asombra al mundo civilizado una extraña recrudescencia ascética. La terquedad que manifiestan en perpetuarse las instituciones envejecidas, se parece a la obstinación del perfume rancio que quisiera embalsamar nuestros cabellos; a la pretensión del pescado podrido que quisiera ocupar un buen lugar en la mesa; a la persecución de las mantillas del niño que quisieran vestir al hombre; a la ternura de los cadáveres que volvieran para abrazar a los vivos.

—¡Ingratos!—dicen las mantillas—: os he protegido contra el mal tiempo. ¿Por qué no os servís de nosotras?—Vengo del mar—dice el pescado—. He sido una rosa—dice el perfume—. Os he amado—dice el cadáver—. Os he civilizado—dice el convento.

A todo esto no hay más que una respuesta:—Sí; en otros tiempos.

Pensar en la prolongación indefinida de las cosas que han muerto, y en el gobierno de los hombres por embalsamamiento; restaurar los principios antiguos en mal estado; dorar de nuevo las urnas; blanquear los claustros; volver a bendecir los relicarios; reamueblar las supersticiones; dar alimento al fanatismo; echar mango a los hisopos y a los sables; reconstituir el monaquismo y el militarismo; creer en la salvación de la sociedad por medio de la multiplicación de los parásitos; imponer lo pasado a lo presente, son cosas muy extrañas. Y hay, sin embargo, teóricos que sostienen estas teorías. Estos teóricos, hombres de talento por otro lado, tienen un sistema muy sencillo. Aplican a lo pasado un barniz que llaman orden social, derecho divino, moral, familia, respeto a los antepasados, antigua autoridad, santa tradición, legitimidad, religión, y van gritando: «Mirad, tomad esto, hombres honrados!» Esta lógica era ya conocida de los antiguos. Los arúspices la practicaban. Frotaban con greda blanca una ternera negra y decían: Es blanca. «Boscretatus».

En cuanto a nosotros, respetamos en ciertos puntos, y perdonamos en todo a lo pasado, con tal que consienta en estar muerto. Si quiere vivir, le atacamos, y tratamos de matarle.

Supersticiones, hipocresía, devoción fingida, preocupaciones; estas larvas, por más larvas que sean, quieren vivir tenazmente; tienen uñas y dientes en su sombra, y es preciso destruirlas cuerpo a cuerpo, y hacerles la guerra sin tregua, porque una de las fatalidades de la humanidad es vivir condenada a la lucha eterna con fantasmas. Es muy difícil coger a la sombra por el cuello y derribarla.

Un convento en Francia, en mitad del siglo XIX, es un colegio de buhos haciendo frente al día. Un claustro en flagrante delito de ascetismo en medio de la ciudad de 1789, de 1830 y de 1848; Roma, viviendo dentro de París, es un anacronismo, y para hacerle desaparecer, no hay más que hacerle deletrear el año de una moneda. Pero ahora no estamos en tiempos normales. Luchemos.

Luchemos, pero distingamos. El carácter propio de la verdad consiste en no ser nunca extremado. ¿Qué necesidad tiene nunca de exagerar? Hay cosas que deben destruirse; hay otras que sólo deben ser iluminadas y examinadas. El examen benévolo y grave, ¡qué fuerza tan inmensa! No acerquemos la llama adonde sólo hace falta la luz.

Dado, pues, el siglo XIX, nos oponemos, en tesis general, en todos los pueblos, así en Asia como en Europa, en India como en Turquía, a la claustración ascética. Decir convento es lo mismo que decir pantano. Su putrescibilidad es evidente; su estancación es malsana, su fermentación enferma a los pueblos y los marchita; su multiplicación es la plaga de Egipto. No podemos pensar sin estremecernos, en esos países en que los fakires, los bonzos, los santones, los calayeros, los morabitos, los talapuinos y los derviches, hormiguean como un montón de gusanos.

Dicho esto, queda aún la cuestión religiosa. Esta cuestión tiene cierto lado misterioso, casi temible. Séanos permitido mirarlo frente a frente.

IV

EL CONVENTO DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS PRINCIPIOS

Unos cuantos hombres se reunen para vivir en comunidad. ¿En virtud de qué

derecho? En virtud del derecho de asociación.

Viven encerrados. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre para abrir o cerrar su puerta.

No salen nunca. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene el hombre para ir y venir libremente, lo que implica el derecho de quedarse en casa.

Y en su casa, ¿qué hacen?

Hablan en voz baja; bajan los ojos; trabajan. Renuncian al mundo, a la vida de las grandes poblaciones, a la sensualidad, a los placeres, a las vanidades, al orgullo, al interés. Van vestidos de tosco paño o de tosca tela. Ninguno posee nada. El rico se hace pobre al entrar allí, porque lo que tiene lo da a todos. El que era lo que se llama noble, caballero y señor, es igual al que se llama villano. La celda es igual para todos. Todos pasan por la misma tonsura, llevan la misma capucha, comen el mismo pan negro, duermen en la misma paja, mueren en la misma ceniza, llevan el mismo saco a la espalda, la misma correa en la cintura. Si determinan ir descalzos, todos van descalzos. Entre ellos podrá haber un príncipe; pero este príncipe será una sombra como los demás. Allí no hay títulos: hasta los apellidos de familia desaparecen; sólo son conocidos por el nombre. Todos están encorvados bajo la igualdad del nombre de bautismo. Han disuelto la familia carnal, y constituído en su comunidad una familia espiritual. Sus parientes son todos los hombres; socorren a los pobres, y cuidan a los enfermos; eligen aquellos a quienes han de prestar obediencia, y unos a otros se llaman hermanos.

Aquí me interrumpís diciendo: «¡Pero ese es el convento ideal!»

Basta que sea el convento posible, para que sea el que debo considerar.

Esta es la causa de que en el libro anterior haya hablado de un convento con respeto. Prescindiendo, pues, de la Edad Media, de Asia, de la cuestión histórica y política que nos hemos reservado tratar; considerando esta cuestión desde el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de la esfera de la polémica militante, y con la condición de que la vida monástica sea absolutamente voluntaria, y sólo entren en ella los que tengan vocación, miraré siempre las comunidades religiosas con atenta gravedad, con deferencia en algunos puntos. Donde hay comunidad, hay asociación; donde hay asociación, hay derecho. El monasterio es el producto de la fórmula: Igualdad, fraternidad. ¡Oh! ¡Qué grande es la libertad! ¡Qué espléndidas transfiguraciones realiza! La libertad basta para convertir el monasterio en república.

Continuemos.

Pero estos hombres y estas mujeres que viven encerrados en cuatro paredes, que se visten de tosca bayeta, que son iguales, que se llaman hermanos, ¿hacen algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Dirigen su mirada a la sombra ilimitada, se ponen de rodillas, juntan las manos.

—¿Qué significa esto?

V

LA ORACIÓN

—Oran.

—¿A quién?

—A Dios.

—Orar a Dios; ¿qué quiere decir esta palabra?

¿Hay un infinito fuera de nosotros? Este infinito ¿es uno, inmanente, permanente; necesariamente substancial, puesto que es infinito, y si la materia le faltase, ésa sería una limitación; necesariamente inteligente porque es infinito, y si le faltase algo de inteligencia, ¿sería infinito? Este infinito, ¿despierta en nosotros la idea de esencia, mientras que no podemos atribuirnos a nosotros mismos más que la idea de existencia? En otros términos: ¿es lo absoluto, respecto del cual somos lo relativo?

Al mismo tiempo que hay un infinito fuera de nosotros, ¿no hay otro infinito dentro de nosotros? Estos dos infinitos (¡asombroso plural!) ¿no se superponen uno al otro? El segundo infinito, ¿no es, por decirlo así, subyacente al primero? ¿No es su espejo, su

reflejo, su eco, abismo concéntrico de otro abismo? ¿Es inteligente también ese segundo infinito? ¿Piensa? ¿Ama? ¿Quiere? Si los dos infinitos son inteligentes, cada uno de ellos tiene un propio volente, en cada uno hay un yo, así en el infinito superior como en el inferior. El yo de este mundo es el alma ; el yo de arriba es Dios.

Pues bien, orar es poner mentalmente el infinito de aquí abajo en contacto con el infinito de arriba.

No quitemos nada al espíritu humano, porque suprimir siempre es malo. Lo necesario es reformar y transformar. Ciertas facultades del hombre se dirigen hacia lo desconocido : el pensamiento, la meditación, la oración. Lo desconocido es un océano. ¿Y cuál es la brújula de ese océano? La conciencia. El pensamiento, la meditación y la oración son fulgores misteriosos. Respetémoslas. ¿Adónde van estas irradiaciones majestuosas del alma? A la sombra, es decir, a la luz.

La grandeza de la democracia consiste en no negar nada, en no renegar de nada de la humanidad. Cerca del derecho del hombre, a lo menos a su lado, coloca el derecho del alma.

Nuestra sintésis se contiene en esta frase : Destruir el fanatismo, venerar lo infinito : tal es la ley.

No nos limitemos a prosternarnos ante el árbol Creación y a contemplar sus inmensas ramas cuajadas de estrellas. Tenemos un deber más alto : trabajar en pro del alma humana ; defender el verdadero misterio contra el falso milagro ; adorar lo incomprensible y rechazar lo absurdo ; no admitir en materia de cosas inexplicables más que lo necesario ; purificar la creencia ; barrer las supersticiones de sobre la religión, limpiar de gusanos la idea de Dios.

VI

BONDAD ABSOLUTA DE LA ORACIÓN

En cuanto al modo de orar, creemos que todos son buenos, si son sinceros. Cerrad el libro en que leáis y penetrad en el infinito.

Sabemos que hay una filosofía que niega el infinito ; pero también hay una filosofía, clasificada patológicamente, que niega el sol. Esta filosofía se llama ceguedad.

Tomar un sentido de que carecemos por criterio de verdad, es ciertamente una salida de ciego.

Y lo más curioso es el aire altivo, de superioridad y de compasión, que toma enfrente de la filosofía que ve a Dios, esa filosofía que anda a ciegas. Nos parece que oímos gritar a un topo :

—¡ Me dan lástima con su sol !

Sabemos que hay ilustres y poderosos ateos, pero en el fondo, encaminados a la verdad por su mismo poder, no tienen seguridad de ser ateos ; la cuestión viene a ser casi de nombre, y en todo caso, si no creen en Dios, prueban que existe siendo hombres de talento.

Nosotros saludamos en ellos al filósofo, pero calificamos inexorablemente su filosofía.

Continuemos.

No es menos admirable la facilidad con que muchos se pagan de palabras. Una escuela metafísica de Norte, un poco nebulosa, ha creído que hacía una revolución en el entendimiento humano, substituyendo le palabra Voluntad con la palabra Fuerza.

Decir : la planta quiere, en vez de la planta crece, sería una frase fecunda, si se añadiese : el Universo quiere. Porque de aquí se deduce, que si la planta quiere porque tiene un yo, el Universo quiere ; luego tiene un yo, que es Dios.

Nosotros, que en contraposición a esta escuela, no negamos nada «a priori», creemos que admitir en la planta una voluntad, como hace esta escuela, es mucho más difícil que admitir la voluntad que niega en el Universo.

Negar la voluntad del infinito, es decir, negar a Dios, es cosa que sólo puede hacerse negando el infinito ; y que el infinito existe, lo hemos demostrado.

La negación del infinito nos lleva en vía recta al nihilismo, y entonces todo se convierte «en un puro concepto del espíritu».

Con el nihilismo no hay discusión posible ; porque si el nihilista es lógico, niega que su interlocutor exista ; y tampoco está seguro de su propia existencia.

Aplicando su doctrina, es posible que no sea para sí mismo más que «un puro concepto del espíritu».

Pero no cae en que todo lo que niega lo admite en junto, con sólo pronunciar la palabra «Espíritu».

En suma, todavía no ha abierto ninguna senda al espíritu una filosofía que termina todas las cuestiones con el monosílabo: No.

A este monosílabo no hay más que una respuesta posible: Sí.

El nihilismo no tiene trascendencia alguna.

Y la nada no existe: el cero no existe. Todo es algo; porque la nada es nada.

El hombre vive de afirmación más que de pan.

Ver y enseñar no basta. La filosofía debe ser un poder vivo, y debe tener por esfuerzo y por efecto la mejora del hombre. Sócrates debe entrar en Adán y producir a Marco Aurelio; en otros términos, es preciso hacer del hombre de la felicidad, el hombre de la sabiduría: transformar el Edén en el Liceo. La ciencia debe ser un cordial, ¡sólo gozar! ¡Qué objeto tan triste! ¡Qué ambición tan pequeña! Los brutos gozan. Pero ¡pensar! Ese es el verdadero triunfo del espíritu. La misión de la filosofía real es hacer fluir el pensamiento al alcance de la sed de los hombres; darles a todos en elíxir la noción de Dios; unir fraternalmente en ellos la conciencia y la ciencia, y hacerlos justos por medio de esta unión misteriosa. La moral es un ramillete de verdades, y la contemplación nos lleva a la acción. Lo absoluto debe ser práctico; lo ideal debe de ser respirable, potable, comestible al espíritu humano. Sólo lo ideal puede decir: «Tomad, ésta es mi carne; tomad, ésta es mi sangre». La sabiduría es una comunión sagrada. Sólo bajo esta condición deja de ser un amor estéril de la ciencia para convertirse en el medo único y soberano de la unión humana, y pasar de ser filosofía a ser religión.

La filosofía no debe ser un edificio construído sobre el misterio para mirarle fácilmente, sin más resultado que una distracción de la curiosidad.

Aunque dejamos para otra ocasión el desarrollo de nuestro pensamiento, diremos aquí, que no comprendemos, ni al hombre como punto de partida, ni el progreso como fin, sin estas dos fuerzas, que son los dos motores: crear y amar.

El progreso es el fin: lo ideal es el tipo.

—¿Qué es lo ideal? Dios.

Lo ideal, lo absoluto, lo perfecto, lo infinito; todo esto es idéntico.

VII

PRECAUCIONES QUE DEBEN TOMARSE AI CONDENAR

La historia y la filosofía tienen deberes eternos, pero sencillos, que cumplir; combatir a Caifás, pontífice; a Dracón, juez; a Trimalción, legislador; a Tiberio, emperador. Esto es claro, directo, explícito, y no ofrece la menor obscuridad. Pero el derecho de vivir aparte, aun con sus inconvenientes y sus abusos, debe ser reconocido y respetado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, de esos lugares de error, pero de inocencia; de extravío, pero de buena voluntad; de ignorancia, pero de sacrificio; de suplicio, pero de martirio, es preciso casi siempre decir sí y no.

Un convento es una contradicción. Tiene por objeto la salvación por medio del sacrificio; es el supremo egoísmo que da por resultado la suprema abnegación.

La divisa del monaquismo parece ser: abdicar para reinar.

En el claustro se padece para gozar. Se gira una letra de cambio sobre la muerte. Se descuenta en la noche de la tierra la luz celeste; se acepta el infierno de antemano, esperando la herencia del paraíso.

La toma del velo o del hábito es un suicidio que se paga con la eternidad.

Nos parece, pues, que esto no es cosa de burla. Todo en ello es serio, así el bien como el mal.

El hombre justo frunce las cejas, pero no sonríe con maligna sonrisa. Comprendemos la cólera, no la malignidad.

VIII

LA FE, LA LEY

Digamos aún algunas palabras.

Culpamos a una religión cuando está

saturada de intrigas; despreciamos lo espiritual cuando se opone a lo temporal; pero honramos en todas partes al hombre que media.

Saludamos al que se arrodilla.

La fe es necesaria al hombre. ¡Desgraciado el que no la tenga!

El hombre no está desocupado cuando se extasía; porque hay trabajo visible y trabajo invisible.

Contemplar es trabajar; pensar es hacer. Los brazos cruzados trabajan; las manos juntas hacen. La mirada que se dirige al cielo es una obra.

Tales estuvo cuatro años inmóvil. Tales fundó la filosofía.

Para nosotros los cenobitas no son ociosos; los solitarios no son holgazanes. Pensar en la sombra es una cosa grave.

Sin debilitar en nada lo que hemos dicho, creemos que conviene a los vivos un perpetuo recuerdo de la tumba; y en este punto el sacerdote y el filósofo están de acuerdo. «Morir habemos», contestó el fundador de la Trapa á Horacio.

Mezclar con la vida alguna idea de la muerte es la ley del sabio; mas también es la ley del asceta: ambos convergen en este punto.

Hay un crecimiento material, lo queremos; pero hay también una perfección moral, la respetamos.

Las personas irreflexivas y ligeras se dicen:

—¿De qué sirven estas figuras inmóviles contemplando el misterio? ¿Qué es lo que hacen?

¡Ah! en presencia de la obscuridad que nos rodea y que nos espera; sin saber lo que hará de nosotros la dispersión inmensa que nos aguarda, les respondemos:—No hay, quizá, cosa más sublime que la que hacen esos seres.—Y añadimos:—No hay quizá, trabajo más útil.

Mucha falta hacen los que oran siempre por los que no oran nunca.

Para nosotros, pues, todo consiste en la cantidad de pensamiento que entra en la oración.

Leibnitz orando es grande; Voltaire adorando es magnífico. «Deo erexit Voltaire».

Somos partidarios de la religión en contra de las religiones.

Creemos en la miseria del rezo y en la sublimidad de la oración.

Por lo demás, en este instante que atravesamos en el mundo, instante que afortunadamente no imprimirá su sello al siglo XIX; en este momento en que tantos hombres tienen la frente humillada, y el alma poco menos; entre tantos hombres que tienen por regla de moral el placer, y se cuidan solamente de las cosas perecederas y deformes de la materia, el que se destierra a si propio del mundo nos parece venerable. El monasterio es un gran destierro; y el sacrificio que nos lleva al error, no deja de ser sacrificio. Tomar por deber un error austero, es una equivocación que respira grandeza.

El monasterio, considerado en sí mismo e idealmente, y mirando bajo todos sus aspectos para hacer un examen imparcial, el convento de monjas sobre todo—porque en nuestra sociedad la mujer padece más, y hace una especie de protesta en el destierro del caustro, —el convento de monjas, decimos, tiene incontestablemente cierta majestad.

La vida del claustro, tan austera y tan monótona, según hemos hecho ver en algunas pinceladas, no es la vida, porque no es la libertad; no es la tumba, porque no es la plenitud; es el lugar extraño desde donde se descubre, como desde lo alto de una montaña, a un lado el abismo en que vivimos, y a otro el abismo en que caeremos; es el estrecho y brumoso límite que separa dos mundos, iluminado y obscurecido por los dos a la vez; el punto en que se confunden el rayo debilitado de la vida y el rayo sombrío de la muerte; es la penumbra de la tumba.

En cuanto a nosotros, que no creemos lo que esas mujeres creen, pero que vivimos como ellas por la fe, no hemos podido pensar nunca, sin cierto terror religioso y compasivo, sin cierta piedad envidiosa, en esas criaturas llenas de abnegación, trémulas y confiadas; en esas almas humildes y sublimes que se atreven a vivir en la orilla misma del misterio, esperando entre el

mundo que les está cerrado, y el cielo que no les está aún abierto, volviendo el rostro a la claridad invisible, consolándose con la convición de saber dónde está, aspirando hacia el abismo y hacia lo desconocido, con la mirada fija en la obscuridad inmóvil, arrodilladas, extasiadas, contemplativas, temblorosas, y casi arrebatadas a ciertas horas por el soplo profundo de la eternidad.

LIBRO OCTAVO

Los cementerios toman lo que les dan.

I

DONDE SE VE CÓMO SE PUEDE ENTRAR EN UN CONVENTO

En esta casa había «caído del cielo» Juan Valjean, según decía Fauchelevent.

Había saltado por la pared del jardín que formaba el ángulo de la calle Polonceau : el himno angélico que había oído en medio de la noche era el canto de maitines de las monjas ; la sala que había visto en la obscuridad, era la capilla ; la fantasma tendida en tierra era la hermana en el acto del desagravio ; la campanilla cuyo ruido le había sorprendido tanto era el cencerro del jardinero sujeto a la pierna del tío Fauchelevent.

Acostada ya Cosette, Juan Valjean y Fauchelevent habían cenado, como hemos dicho, un pedazo de queso y una copa de vino al amor de una buena lumbre ; y como la única cama que había estaba ocupada por Cosette, se habían echado cada uno en un haz de paja. Juan Valjean, antes de cerrar los ojos, había dicho :—Es preciso que me quede aquí ;—y estas palabras habían estado dando vueltas toda la noche en el cerebro de Fauchelevent.

A decir verdad, ni uno ni otro habían dormido.

Juan Valjean, viéndose descubierto por Javert, comprendía, que tanto Cosette como él estaban perdidos si volvían a entrar en las calles de París. Ya que el nuevo golpe de viento que le había impelido le había arrojado a aquel claustro, ya no tenía más que un pensamiento : quedarse allí. Para un desgraciado en su posición, el convento era a la vez el refugio más peligroso y más seguro, porque no pudiendo entrar allí ningún hombre, si era descubierto, lo sería en flagrante delito, y no tendría que esperar para ir a la cárcel ; el más seguro, porque si conseguía quedarse, ¿quién había de ir a buscarle allí? Vivir en un lugar inaccesible era la salvación.

Fauchelevent por su parte se quebraba la cabeza, y concluía por conocer que no comprendía ni una palabra de cuanto pasaba. ¿Cómo se encontraba allí el señor Magdalena teniendo el jardín tan inaccesible cerca? Las paredes no se saltan. ¿Cómo llevaba aquella niña? Una pared vertical no se escala con un niño en brazos. ¿Quién era aquella niña? ¿De dónde venían ambos? Desde que Fauchelevent entró en el convento no había oído hablar de M.—a orillas del M.—y no sabía nada de lo que había pasado. El señor Magdalena tenía un aspecto que evitaba todas las preguntas ; y además Fauchelevent decía : «A un santo no se le pregunta», porque el ex alcalde había conservado todo su prestigio para con el jardinero. Sólo por algunas palabras que se habían escapado a Juan Valjean, el jardinero creyó poder deducir que el señor Magdalena había quebrado, y que le perseguían sus acreedores, o que se había comprometido en algún asunto político y tenía que ocultase, lo cual no repugnaba a Fauchelevent, que como casi todos los campesinos del norte de Francia, tenía un fondo bonapartista. Ocultándose, pues, el señor Magdalena había buscado un asilo en el convento, y era natural que quisiese permanecer en él. Pero lo inexplicable, aquello a que venía a parar siempre Fauchelevent, lo que le quebraba la cabeza, era que hubiese entrado allí el señor Magdalena, y que hubiese entrado con la niña. Fauchelevent los veía, los tocaba, les hablaba y no creía. Lo incomprensible había sentado sus reales en la cabaña de Fauchelevent que andaba a tientas en medio de suposiciones y sólo veía claro que el señor Magdalena le había salvado la vida. Esta certidumbre única le basta-

ba, y era para él razón suficiente. Díjose a sí mismo: Ahora me toca a mí. Y añadió en su conciencia: El señor Magdalena no deliberó tanto cuando se metió debajo de la carreta para salvarme. Decidió, pues, que salvaría al señor Magdalena.

Esto no fué obstáculo para que se hiciese algunas preguntas, y se diese la respuesta: Después de lo que hizo por mí, si fuese un ladrón ¿le salvaría? Sin duda alguna. Si fuese un asesino ¿le salvaría? Exactamente lo mismo. Pues siendo un santo ¿le salvaré? Lo mismo.

Pero quedarse en el convento ¡qué dificultad! Ante esta tentativa, casi irrealizable, no retrocedió Fauchelevent, pobre aldeano picardo, sin más medios que su buena intención y voluntad, y algo de esa astucia de campesino, puesta por aquella vez al servicio de una intención generosa: se propuso escalar las imposibilidades del claustro, y las duras asperezas de la regla de San Benito. El tío Fauchelevent era un viejo que había sido egoísta toda su vida, y que en sus últimos días, cojo, enfermo, sin vínculo alguno con el mundo, encontró un placer en el agradecimiento; y viendo que podía hacer una acción virtuosa, se arrojó como un hombre que en el momento de la muerte encontrase bajo su mano un buen vaso de vino que no hubiera probado nunca, y lo bebiese ávidamente. Podemos añadir también que el aire que respiraba había concluido por hacerle necesaria una buena acción, cualquiera que fuese.

Tomó, pues, su resolución: consagrarse al señor Magdalena.

Acabamos de llamarle pobre aldeano picardo; y esta calificación es justa, pero incompleta. En el punto en que estamos de esta historia, es muy útil dar alguna idea filosófica del tío Fauchelevent; lo que mezclaba la astucia curialesca con su natural astucia, y cierta penetración con su sencillez. Habiendo quedado mal en su destino, por diversas causas, pasó de curial a pequeño industrial y luego a carretero y bracero. Sin embargo, prescindiendo de los juramentos y de los latigazos que necesitan los caballos, a lo que parece, en su interior habia seguido siendo curial. Tenía algún talento natural; no decía haiga ni haigamos; sostenía una conversación, cosa rara en el pueblo, y sus paisanos decían de él: Habla casi como un señor de levita. Y en efecto; Fauchelevent pertenecía a esa clase que el vocabulario impertinente y superficial del pasado siglo llamaba: «entre merced y villano», y que las metáforas que caían del palacio a la cabaña, calificaban «de un poco villano y un poco ciudadano; sal y pimienta».

Fauchelevent, aunque muy probado, y aun gastado por la suerte, espíritu usado que enseñaba ya la trama, era hombre capaz de un primer movimiento, y muy espontáneo; cualidad preciosa que impide ser siempre malo. Sus defectos y sus vicios, porque los tenía, eran sobrepuestos; en suma, su fisonomía era de las que de cerca simpatizaban con el observador. Su rostro no tenía ninguna de esas arrugas siniestras en lo alto de la frente que indican maldad o brutalidad.

Al amanecer, después de haber meditado mucho tiempo, el tío Fauchelevent abrió los ojos y vió al señor Magdalena, que sentado en su haz de paja, miraba cómo dormía Cosette. Fauchelevent se incorporó, y le dijo:

—Y ahora que estáis aquí. ¿cómo os vais a componer para entrar?

Estas palabras resumían la cuestión, y sacaron a Juan Valjean de su meditación.

Los dos hombres celebraron una especie de consejo.

—Tenéis que principiar—dijo Fauchelevent—, por no poner los pies fuera de este cuarto ni la niña ni vos. Un paso en el jardín nos perdería.

—Es cierto.

—Señor Magdalena—continuó Fauchelevent—, habéis llegado en un momento muy bueno, quiero decir muy malo; hay una monja enferma de peligro, lo cual será causa de que no se paseen mucho por este lado. Parece que se muere; están rezando las cuarenta horas; toda la comunidad está suspensa, y no piensa más que en esto. La que va a morir es una santa; no es extraño, porque aquí todos lo somos: la diferencia entre ellas y yo sólo está en que

ellas dicen: nuestra celda, y yo digo: mi choza. Ahora va a rezarse la oración de los agonizantes, y luego la de los muertos; por hoy podemos estar tranquilos; pero no respondo de lo que sucederá mañana.

—Sin embargo—dijo Juan Valjean, —esta choza está en una rinconada de la pared; está oculta por unas ruinas y por los árboles, y no se ve desde el convento.

— Y yo añado a eso, que las monjas no se acercan aquí nunca.

—¿Pues entonces?...—dijo Juan Valjean.

Este «pues entonces» significaba: me parece que podemos permanecer aquí ocultos. A lo cual respondió Fauchelevent:

—Pero quedan las niñas.

—¿Qué niñas?—preguntó Juan Valjean.

Cuando Fauchelevent abría la boca para explicar lo que acababa de decir, se oyó una campanada.

—La religiosa ha muerto—dijo.—Ese es el clamor.

E hizo una señal a Juan Valjean para que escuchara.

En esto sonó una nueva campanada.

—Es el clamor, señor Magdalena. La campana seguirá tocando de minuto en minuto, veinticuatro horas, hasta que saquen el cuerpo de la iglesia. En cuanto a las niñas, ya conocéis que han de jugar. En las horas de recreo, basta que una pelota ruede un poco más para que lleguen hasta aquí, a pesar de las prohiciones, a buscar y recorrer todo esto. Son unos demonios esos querubines.

—¿Quiénes?—preguntó Valjean.

—Las niñas. Os descubrirían en seguida, y gritarían: ¡un hombre! Pero hoy no hay cuidado, porque no hay recreo. El día se va a ir en rezos. ¿Oís la campana? Como os he dicho, dará una campanada por minuto. Es el clamor.

—Ya entiendo, tío Fauchelevent; hay colegialas.

Juan Valjean pensó:

—Así encontraré educación para Cosette.

Fauchelevent exclamó:

—¡Pardiez si hay colegialas! ¡Y que no gritarían al veros! ¡Y que no huirían! Porque aquí ser hombre es lo mismo que estar apestado. Ya veis que a mí me hacen llevar una campanilla en la pata como a una fiera.

Juan Valjean seguía meditando cada vez más profundamente.

—Este convento podrá ser nuestra salvación—murmuró.

Después elevó la voz, y dijo:

—Sí; lo difícil es quedarse.

—No—dijo Fauchelevent—; lo difícil es salir.

Juan Valjean sintió que le afluía la sangre al corazón.

—¡Salir!

—Sí, señor Magdalena; para volver a entrar es preciso que salgáis.

Y después de haber dejado pasar una campanada, continuó:

—No podéis seguir aquí así. ¿De dónde venís? Para mí habéis caído del cielo, porque os conozco; pero para las religiosas es preciso que se entre por la puerta.

Oyóse en este momento un toque bastante complicado de otra campana.

—¡Ah!—dijo Fauchelevent—, llaman a las madres vocales al capítulo; siempre que muere alguna celebran capítulo. Ha muerto al amanecer: es la hora a que se suele morir. Pero, ¿no podéis salir por donde habéis entrado? Veamos, y no lo digo por preguntar: ¿por dónde habéis entrado?

Juan Valjean se puso pálido. Sólo la idea de volver a ver aquella temible calle le hacía temblar. Salid de una selva de tigres, y estando ya fuera pensad en el efecto que os haría un consejo de amigo, que os invitara a entrar otra vez. Juan Valjean se figuraba ver a toda la policía registrando el barrio, a los agentes en observación, centinelas en todas partes, horribles garras extendidas hacia su cuello, y al mismo Javert en el extremo de la encrucijada.

—¡Imposible!—dijo—. Tío Fauchelevent, suponed que he caído del cielo.

—Sí, yo lo creo, lo creo—respondió Fauchelevent—. No tenéis necesidad de decírmelo. Dios os habrá cogido de la mano para miraros de cerca, y después os habrá soltado. Sólo que sin duda quería llevaros a un convento de hombres, y se ha equivocado. Vamos, otro togue. Este es para decir al portero que

vaya a la Municipalidad a avisar al médico de los muertos para que venga a ver el cadáver.

Todo esto es una ceremonia necesaria a la muerte; pero a estas señoras no les gustan mucho tales visitas. Un médico no cree en nada. Viene, levanta el velo y algunas veces otra cosa. ¡Qué prisa han tenido esta vez para avisar al médico! ¿Qué será esto? Vuestra niña duerme. ¿Cómo se llama?

—Cosette.

—¿Es hija vuestra? O lo que es igual, ¿sois su abuelo?

—Sí.

—A ella le será fácil salir de aquí. Hay una puerta excusada que da al patio. Llamo: el portero abre; yo llevo mi cesto al hombro; la niña va dentro, y salgo. El tío Fauchelevent sale con su cesto: esto es muy sencillo. Diréis a la niña que se esté quieta debajo de la tapa. Después la deposito el tiempo necesario en casa de una vieja frutera, amiga mía, sorda, que vive en la calle del Camino Verde, donde tiene una camita. Gritaré a su oído que es una sobrina mía, que la tenga allí hasta mañana; y después la niña entrará con vos, porque yo os facilitaré la entrada. Será preciso. Pero, ¿cómo saldréis?

Juan Valjean meneó la cabeza.

—Todo consiste en que nadie me vea, tío Fauchelevent. Buscad un medio de que salga, como Cosette, en un cesto y bajo una tapa.

Fauchelevent se rascó la punta de la oreja con el dedo de en medio de la mano izquierda, señal evidente de un grave apuro.

Se oyó un tercer toque.

—El médico de los muertos se va—dijo Fauchelevent—. Habrá mirado y habrá dicho: está muerta; bueno. Así que el médico ha dado el pasaporte para el paraíso, la administración de pompas fúnebres envía un ataúd. Si el muerto es una madre, le amortajan las madres: si es una hermana le amortajan las hermanas, y después clavo yo la caja. Esto forma parte de mis obligaciones de jardinero, porque un jardinero tiene algo de sepulturero. Se deposita el cadáver en una sala baja de la iglesia que da a la calle, y donde no puede entrar ningún hombre más que el médico de los muertos; porque no cuento como hombres a los sepultureros ni a mí. En la sala es donde clavo la caja. Los sepultureros vienen por ella, y ¡arrea, cochero! Traen una caja vacía, y aquí se llena. Ya veis lo que es un entierro. «De profundis».

Un rayo de luz horizontal iluminaba el rostro de Cosette dormida, que abría vagamente la boca, y parecía un ángel bebiendo la luz. Juan Valjean se puso a contemplarla. No escuchaba ya a Fauchelevent.

El no ser escuchado no es razón para callarse. El célebre jardinero continuó pacíficamente su charla:

—Hacen el hoyo en el cementerio Vaugirard, que según dicen, va a ser suprimido. Es un cementerio muy antiguo, que está fuera de los reglamentos, que no tiene uniforme, y va a tomar el retiro, y es una lástima, porque es muy cómodo. Tengo allí un amigo, el tío Mestienne, el enterrador. Las monjas de este convento tienen el privilegio de ser enterradas al caer la noche. Hay un decreto de la Prefectura dado expresamente para ellas. ¡Pero qué de acontecimientos han sucedido desde ayer! Ha muerto la madre Crucifixión. El señor Magdalena...

—Está enterrado—dijo Juan Valjean, sonriendo tristemente.

Fauchelevent dió un salto al oír esta palabra.

—¡Diablo! realmente si os quedáis aquí, es como si os enterrasen.

Oyóse en esto un cuarto toque. Fauchelevent cogió precipitadamente del clavo la rodillera con el cencerro, y se la puso en la pierna.

—Esta vez el toque es para mí. Me llama la madre priora. Bueno, me he pinchado con la punta de la hebilla. Señor Magdalena, no os mováis, y esperadme. Hay alguna novedad. Si tenéis hambre, ahí encontraréis vino, pan y queso.

Y salió de la choza diciendo:

—¡Ya van, ya van!

Juan Valjean lo vió atravesar el jardín tan de prisa como le permitía su pierna torcida, mirando al paso sus melones.

Unos minutos después, el tío Fauchelevent, cuya campanilla ponía en fu-

ga a las religiosas, llamaba suavemente a una puerta; una dulce voz respondió: «Por siempre, por siempre»; es decir, «entrad».

Esta puerta era la del locutorio reservado al jardinero para las necesidades del servicio, el cual estaba contiguo a la sala capitular. La priora, sentada en la única silla que había en el locutorio, esperaba a Fauchelevent.

II

FAUCHELEVENT EN PRESENCIA DE LA DIFICULTAD

El aire agitado y grave en las ocasiones críticas es muy propio de ciertos caracteres y de ciertas profesiones, y especialmente de curas y frailes. En el momento en que entró Fauchelevent estaba impresa esta doble señal de la meditación en la fisonomía de la priora, que era la encantadora e ilustrada señorita de Blemeur, madre Inocente, que estaba casi siempre alegre.

El jardinero hizo un saludo tímido, y se paró en el umbral de la celda. La priora, que estaba pasando las cuentas de un rosario, levantó la vista, y le dijo:

—¡Ah! ¿sois vos, tío Fauvent?

Tal era la abreviación adoptada en el convento.

Fauchelevent repitió su saludo.

—Tío Fauvent, os he llamado.

—Aquí estoy, reverenda madre.

—Tengo que hablaros.

—Y yo por mi parte—dijo Fauchelevent con una audacia que le asustaba interiormente—, tengo también que decir alguna cosa a la muy reverenda madre.

La priora le miró.

—¡Ah! ¿tenéis que comunicarme algo?

—Una súplica.

—Pues bien, hablad.

El bueno de Fauchelevent ex curial, pertenecía a la categoría de los aldeanos que tienen mucho aplomo. Cierta hábil ignorancia es una fuerza: no se desconfía de ella y engaña. En los dos años y algo más que Fauchelevent llevaba en el convento, habíase granjeado el afecto de la comunidad. Siempre solitario y siempre dedicado a su jardín, no tenía en realidad qué hacer más que ser curioso. A la distancia que estaba de todas aquellas mujeres, que iban y venían cubiertas con el velo, no veía delante de sí más que una agitación de sombras. A fuerza de atención y penetración había llegado a suponer la carne en todas aquellas fantasmas, y así aquellos cadáveres vivían para él. Era como un sordo cuya vista se alarga, o como un ciego cuyo oído se aguza. Se había dedicado a comprender la significación de algunos toques, y lo había conseguido; de modo que aquel claustro enigmático y taciturno no tenía nada oculto para él: aquella esfinge le decía al oído todos sus secretos. Fauchelevent, sabiéndolo todo, lo ocultaba todo. Este era su sistema. Todo el convento lo creía estúpido: gran mérito en religión. Las madres vocales hacían caso de él. Era un mudo curioso: inspiraba confianza. Además lo hacía todo con mucha regularidad: y no salía nunca más que para las necesidades demostradas del jardín y de la huerta. Esta discreción de salidas se le tenía muy en cuenta. No por eso había dejado de hacer charlar a dos hombres; en el convento: al portero, por cuyo medio sabía las particularidades del locutorio; y en el cementerio al enterrador, por cuyo medio sabía las particularidades de la sepultura; de modo que tenía, respecto de las religiosas, una doble luz, una sobre la vida, y otra sobre la muerte. Pero no abusaba de nada. La congregación lo quería. Viejo, cojo, casi ciego, probablemente un poco sordo, ¡qué cualidades! Difícilmente se le hubiera podido reemplazar.

El pobre, con la seguridad del que se ve apreciado, empezó frente a frente de la reverenda priora una arenga de campesino bastante difusa y muy profunda. Habló largamente de su edad, de sus enfermedades, del peso de los años contándolos dobles, de las exigencias crecientes del trabajo, de la extensión del jardín, de las noches que pasaba, como la última, por ejemplo, en que había tenido que cubrir con estera los melones para evitar el efecto de la luna, y concluyó por decir: —que tenía un hermano (la priora hizo un movimiento) un hermano no joven (segundo movimiento de la priora, pero mo-

vimiento de tranquilidad); que si se le permitía podría ir a vivir con él y a ayudarle; que era un excelente jardinero; que la comunidad podría aprovecharse de sus buenos servicios, más útiles que los suyos; que de otra manera, si no se admitía a su hermano, él, que era el mayor y se sentía cascado e inútil para el trabajo, se vería obligado a irse, y que su hermano tenía una niña que llevaría consigo, y se educaría en Dios en la casa, y podría, ¿quién sabe? ser monja un día.

Cuando hubo acabado, la priora interrumpió el paso de las cuentas del rosario por entre los dedos, y le dijo:

—¿Podríais haceros de aquí a la noche con una barra fuerte de hierro?

—¿Para qué?

—Para que sirva de palanca.

—Sí, reverenda madre—respondió Fauchelevent.

La priora, sin contestar una palabra, se levantó y entró en el cuarto contiguo, que era la sala del capítulo en que estaban reunidas probablemente las madres vocales.

Fauchelevent quedó solo.

III

LA MADRE INOCENTE

Pasó próximamente un cuarto de hora. La priora volvió y se sentó en la silla.

Los dos interlocutores parecían meditabundos. Vamos a trazar lo mejor posible el diálogo que se trabó:

—¿Tío Fauvent?

—¿Reverenda madre?

—¿Conocéis bien la capilla?

—Tengo en ella una especie de nicho para oír misa y asistir a los oficios.

—¿Habéis entrado en el coro alguna vez?

—Dos o tres veces.

—Se trata de levantar una piedra.

—¿Pesada?

—La losa del suelo que está junto al altar.

—¿La que cierra la bóveda?

—Sí.

—Es una obra para la cual serían necesarios dos hombres.

—La madre Ascensión, que es fuerte como un hombre, os ayudará.

—Una mujer nunca es un hombre.

—No tenemos más que una mujer para ayudaros. Cada uno hace lo que puede. Porque Mobillon trae cuatrocientas diez y siete epístolas de San Bernardo, y Merlonius Horstius no trae más que trescientas sesenta y siete, yo no desprecio a Merlonius Horstius.

—Ni yo tampoco.

—El mérito consiste en trabajar según las fuerzas. El claustro no es un taller.

—Y una mujer no es un hombre. ¡Mi hermano sí que es fuerte!

—Además, tendréis una palanca.

—Sí, ésta es la única llave que hace a tales puertas.

—La piedra está colocada de modo que puede girar.

—Está bien, reverenda madre; abriré la bóveda.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—¿Y cuando esté abierta la cueva?

—Será preciso volver a cerrarla.

—¿Nada más?

—Sí.

—Dadme vuestras órdenes, reverenda madre.

—Fauchelevent, tenemos confianza en vos.

—Estoy aquí para obedecer.

—Y para callar.

—Sí, reverenda madre.

—Cuando esté abierta la bóveda...

—La volveré a cerrar.

—Pero antes...

—¿Qué, reverenda madre?

—Es preciso bajar algo.

Hubo un momento de silencio. La priora, después de hacer un movimiento con el labio inferior que parecía indicar duda, le rompió:

—¿Tío Fauvent?

—¿Reverenda madre?

—¿Sabéis que esta mañana ha muerto una madre?

—No.

—¿No habéis oído la campana?

—En el jardín no se oye nada.

—¿De veras?

—Apenas distingo yo mi toque.

—Ha muerto al romper el día.

—Además, esta mañana el viento me era contrario.

—Ha sido la madre Crucifixión, una bendita.

La priora se calló, movió por algunos momentos los labios como si hiciera oración mental, y continuó :

—Hace tres años que sólo por haber visto rezar a la madre Crucifixión, una jansenista, la señora de Beltune, se hizo ortodoxa.

—¡ Ah ! sí ; ahora oigo el clamor, reverenda madre.

—Las madres la han llevado al depósito de los muertos que da a la iglesia.

—Ya lo sé.

—Ningún hombre más que vos puede y debe entrar en el depósito. Vigilad bien. ¿Sería bueno ver entrar a un hombre en el depósito de los muertos?

—Con más frecuencia...

—¿ Eh?

—¡ Con más frecuencia !

—¿Qué decís?

—¡ Digo que con más frecuencia !

—¿ Con más frecuencia que qué?

—Reverenda madre, no digo con más frecuencia que, sino con más frecuencia.

—No os comprendo. ¿Por qué decís con más frecuencia?

—Para decir lo que vos, reverenda madre.

—Pero yo no he dicho con más frecuencia.

—No lo habéis dicho ; pero lo he dicho yo para decir lo que vos.

En este momento dieron las nueve.

—A las nueve de la mañana, y a toda hora, alabado y adorado sea el Santísimo Sacramento del altar — dijo la priora.

La hora dió muy oportunamente, y cortó el con más frecuencia. Es muy probable que sin esta interrupción la priora y Fauchelevent no hubiesen desenredado nunca esta madeja.

Fauchelevent se enjugó la frente.

La priora murmuró de nuevo como rezando, y después dijo alzando la voz :

—La madre Crucifixión en vida hacía muchas conversiones ; después de la muerte hará milagros.

—¡ Los hará ! — contestó Fauchelevent haciéndose firme en el terreno, y esforzándose para no volver a tropezar.

—Tío Fauvent, la comunidad ha sido bendecida en la madre Crucifixión. Sin duda no es dado a todo el mundo morir como el cardenal de Berulle celebrando la santa misa, y exhalar el alma hacia Dios pronunciando estas palabras : «Hanc igitur oblationem». Pero sin esperar tanta felicidad, la madre Crucifixión ha tenido una buena muerte. Ha conservado el conocimiento hasta el último instante : nos hablaba a nosotras, y después hablaba a los ángeles ; nos ha dado sus últimas órdenes. Si tuvierais más fe, y hubierais podido estar en su celda, os hubiera curado la pierna sólo con tocarla. No hacía más que sonreír : conocía que iba a resucitar en Dios. Su muerte ha sido una gloria.

Fauchelevent creyó que concluía una oración, y dijo :

—Amén.

—Tío Fauvent, es preciso cumplir la voluntad de los muertos.

La priora pasó algunas cuentas de su rosario. Fauchelevent calló.

Ella prosiguió :

—He consultado acerca de este punto a muchos eclesiásticos que trabajan en la viña del Señor, que se ocupan en el ejercicio de la vida espiritual y que recogen admirables frutos.

—Reverenda madre, desde aquí se oyen los clamores mucho mejor que desde el jardín.

—Por otra parte, ésta es más que una muerta ; es una santa.

—Como vos, reverenda madre.

—Dormía en el ataúd desde hace veinte años por Breve expreso de nuestro santo padre Pío VII.

—El que coronó al emp... a Buonaparte.

Para un hombre hábil como Fauchelevent, este recuerdo era muy desgraciado. Afortunadamente, la priora, entregada a sus pensamientos, no le oyó.

—¿ Tío Fauvent?—le dijo.

—¿ Reverenda madre?

—San Dioro, arzobispo de Capadocia, quiso que en su sepultura sólo se escribiera esta palabra : «Acarus», que significa gusanos de tierra ; y así se hizo, ¿no es verdad?

—Sí, reverenda madre.

—El bienaventurado Mazzocane, obispo de Aquila, quiso ser inhumado bajo la horca ; y así se hizo.

—Verdad es.

—San Terencio, obispo de Porto en la embocadura del Tíber, pidió que se grabase en su sepulcro el signo que se ponía en la sepultura de los parricidas, con el deseo de que los transeuntes escupiesen sobre su tumba. Y así se hizo. Es necesario obedecer a los muertos.

—Amén.

—El cuerpo de Bernardo Guidonis, francés, natural de Roche-Abeille, fué según había dejado dispuesto, y a pesar de la oposición del rey de Castilla, trasladado a la iglesia de los Dominicos de Limoges, aunque Bernardo Guidonis había sido obispo de Tuy en España. ¿Puede decirse lo contrario?

—No, reverenda madre.

—El hecho está atestiguado por Plantavit de la Fosse.

Volvieron a pasar algunas cuentas del rosario silenciosamente.

La priora continuó:

—Tío Fauvent: la madre Crucifixión será sepultada en el ataúd en que ha dormido veinte años.

—Es justo.

—Es una continuación del sueño.

—¿La encerraré en este ataúd?

—Sí.

—¿Y dejaremos a un lado la caja de las pompas fúnebres?

—Precisamente.

—Estoy a las órdenes de la reverendísima comunidad.

—Las cuatro madres cantoras os ayudarán.

—¿A clavar la caja? No las necesito.

—No; a bajarla.

—¿Adónde?

—A la cripta.

—¿Qué cripta?

—Debajo del altar.

Fauchelevent dió un brinco.

—¡A la cripta debajo del altar!

—Debajo del altar.

—Pero...

—Llevaréis una barra de hierro.

—Sí; pero...

—¡Levantaréis la piedra metiendo la barra en el anillo!

—Pero...

—Debemos obedecer a los muertos. El deseo supremo de la madre Crucifixión ha sido ser enterrada en la cripta, debajo del altar de la capilla, no ir a tierra profana: morar muerta en el mismo sitio en que ha rezado en vida. Así nos lo ha pedido, es decir, nos lo ha mandado.

—Pero eso está prohibido.

—Prohibido por los hombres; mandado por Dios.

—¿Y si se llega a saber?

—Tenemos confianza en vos.

—¡Oh! Yo soy como una piedra de esa pared.

—Se ha reunido el capítulo. Las madres vocales, a quienes acabo de consultar, y que están aún deliberando, han decidido que, conforme a sus deseos, la madre Crucifixión sea enterrada en su ataúd y debajo del altar. ¡Figuraos, tío Fauchelevent, si se llegasen a hacer milagros aquí! ¡Qué gloria en Dios para la comunidad! Los milagros salen de los sepulcros.

—Pero, reverenda madre, si el inspector de la comisión de salubridad...

—San Benedicto III en materia de sepulturas, se opuso a Constantino Pogonato.

—Sin embargo, el comisario de policía...

—Chenodemaire, uno de los siete reyes alemanes que entraron en las Galias bajo el imperio de Constancio, reconoce expresamente el derecho de los religiosos a ser enterrados en religión, es decir, debajo del altar.

—Pero el inspector de la Prefectura...

—El mundo no es nada ante la cruz. Martín XI, general de los cartujos, dió esta divisa a su orden: «Stat crux dum volvitur orbis».

—Amén—dijo Fauchelevent, que seguía imperturbablemente su costumbre de esquivar la cuestión siempre que oía hablar en latín.

El que ha estado sin hablar mucho tiempo necesita un auditorio cualquiera. Cuando el retórico Gymnastoras salió de la cárcel, llevando en el cuerpo millares de dilemas y silogismos trasnochados, se paró ante el primer árbol que encontró, le arengó, e hizo grandes esfuerzos para convencerle. La priora, sujeta siempre al tributo del silencio, tenía demasiado lleno el cuerpo, y se levantó y exclamó con una locuacidad propia de una compuerta que se levanta:

—A mi derecha tengo a Benito y a

mi izquierda a Bernardo. ¿Quién es Bernardo? El primer abad de Claraval. Fontaines en Borgoña es un país bendito por haberle visto nacer. Su padre se llamaba Tecelino, y su madre Alethe. Principió en el Císter para llegar a Claraval; fué ordenado abad por el obispo de Chalons del Saona, Guillermo de Champeaux: tuvo setecientos novicios, y fundó ciento sesenta monasterios; hundió a Abelardo en el concilio de Sens en 1140, lo mismo que a Pedro de Bruys, y a Enrique su discípulo, y a otra secta de extraviados que se llaman los apostólicos: confundió a Arnaldo de Brescia; hizo sucumbir al monje Raúl, matador de judíos; dominó en 1148 el concilio de Reims, hizo condenar a Gilberto de la Porce, abispo de Poitiers, y a Eon de la Estrella; arregló las diferencias de los príncipes; iluminó al rey Luis el Joven, aconsejó al papa Eugenio III; arregló el Temple; predicó la Cruzada; hizo doscientos cincuenta milagros en vida, y treinta y nueve en un solo día. ¿Quién es Benito? El patriarca de Monte Casino, el segundo fundador de la santidad claustral, el Basilio del Occidente. De su orden han salido cuarenta papas, doscientos cardenales, cincuenta patriarcas, mil seiscientos arzobispos, cuatro mil seiscientos obispos, cuarenta y seis reyes, cuarenta y una reinas, tres mil seiscientos santos canonizados, y subsiste aún, después de mil cuatrocientos años. ¡De un lado San Bernardo, de otro el agente de la salubridad! ¡De un lado San Benito, de otro el inspector de las calles! El Estado, la policía urbana, las pompas fúnebres, los reglamentos, la administración, ¿qué tenemos que ver con eso? Cualquiera se indignaría al ver cómo se nos trata. Ni aun tenemos el derecho de dar nuestras cenizas a Jesucristo. Vuestra salubridad es una invención revolucionaria. ¡Dios subordinado al comisario de policía! ¡Así es el siglo! ¡Silencio, Fauvent!

Fauchelevent bajo este torrente no estaba muy a su gusto.

La priora continuó:

—El derecho del monasterio a la sepultura no es dudoso para nadie. No pueden negarlo más que los fanáticos y los extraviados. Vivimos en unos tiempos de horrible confusión. Se ignora lo que se debe saber, y se sabe lo que se debería ignorar. Dominan la ignorancia y la impiedad. Hay en esta época personas que no distinguen entre el grandísimo San Bernardo y el Bernardo llamado de los pobres católicos, infeliz eclesiástico que vivía en el siglo XIII. Otros blasfeman hasta el punto de comparar el cadalso de Luis XVI con la cruz de Jesucristo. Luis XVI no era más que un rey. Tengamos cuidado con Dios. No hay ya nada justo ni injusto. Se sabe el nombre de Voltaire, y no se sabe el de César de Bus. Y sin embargo, César de Bus es un bienaventurado y Voltaire es un desgraciado. El último arzobispo, el cardenal de Perigord, ni aun sabía que Carlos de Gondreu sucedió a Berulle, y Francisco Bourgoin a Gondreu, y Juan Francisco Senault a Bourgoin, y el padre Santa Marta a Juan Francisco Senault. Se sabe el nombre del padre Coton, no porque fué uno de los tres que contribuyeron a la fundación del oratorio, sino porque fué motivo de juramentos para el rey hugonote Enrique IV. La causa de que San Francisco de Sales pareciese amable a la gente del siglo, es que sabía hacer juegos de manos. Además se ataca a la religión. ¿Y por qué? Porque ha habido malos sacerdotes; Patigario, obispo de Gap, era hermano de Salone, obispo de Embrun, y ambos siguieron a Mommol. ¿Y qué importa esto? ¿Acaso impide que Martín de Tours fuese un santo, y diese la mitad de la capa a un pobre? Se persigue a los santos; se cierran los ojos a la verdad; se hace de las tinieblas una costumbre. Los animales más feroces son los que no viven. Nadie piensa en el infierno para nada bueno. ¡Oh, pícaro pueblo! Por el rey significa hoy por la Revolución. No se sabe lo que se debe a los vivos ni a los muertos. Está prohibido morir santamente. El sepulcro es un asunto civil. Esto causa horror. San León X escribió dos cartas, la una a Pedro Notario, y la otra al rey de los visigodos, para combatir y rechazar en las cuestiones que tocan a los muertos, la autoridad del exarca y la supremacía del emperador. Gautier, obispo de Chalons, se opuso en esta cuestión a Othon, duque de Borgoña. La antigua magistratura estaba confor-

me con esto. En otro tiempo teníamos voz en el capítulo, aun en las cosas del siglo. El abad del Císter, general de la orden, era consejero nato del Parlamento de Borgoña. Hacíamos de nuestros muertos lo que queríamos. ¿Pues qué, el cuerpo del mismo San Benito, no está en Francia en la abadía de Enry, llamada de San Benito del Loira, aunque murió en Italia en Monte Casino, el sábado 21 de marzo del año 543? Todo esto es incontestable. Aborrezco a los herejes, pero odiaría más aún al que me sostuviese lo contrario. Basta leer a Arnaldo Wion, a Gabriel Bucelin, a Tritemio, a Maurolico y a Lucas de Achery.

La priora tomó aliento, y volviéndose a Fauchelevent, le dijo :

—Tío Fauvent, ¿está dicho?

—Está dicho, reverenda madre.

—¿Puedo contar con vos?

—Obedeceré.

—Está bien.

—Estoy consagrado enteramente al convento.

—Pues estamos arreglados. Cerraréis el ataúd, las hermanas lo llevarán a la capilla, rezarán el oficio de difuntos, y después volverán al claustro. A las once y media vendréis con vuestra barra de hierro, y todo se hará en el mayor secreto. En la capilla no habrá nadie más que las cuatro madres cantoras, la madre Ascensión y vos.

—Y la monja que esté en el poste.

—No se volverá.

—Pero oirá.

—No escuchará. Además, lo que sabe el claustro, lo ignora el mundo.

Hubo una pausa ; la priora continuó :

—Os quitaréis la campanilla. Es inútil que la monja que esté en el poste conozca que estáis allí.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué, tío Fauvent?

—¿Ha hecho ya su visita el médico de los muertos?

—La hará hoy a las cuatro. Se ha dado el toque que manda llamarle. ¿Pero no oís ningún toque?

—Sólo hago caso del mío.

—Bien hecho, tío Fauvent.

—Reverenda madre, se necesita una palanca lo menos de seis pies.

—¿De dónde la sacaréis?

—Donde hay rejas no faltan barras de hierro. Tengo un montón de hierro en un rincón del jardín.

—Tres cuartos de hora antes de media noche : no lo olvidéis.

—¿Reverenda madre?

—¿Qué?

—Si alguna vez tuvieseis que hacer cosas como ésta, mi hermano es muy fuerte. ¡Es un atleta!

—Lo haréis lo más pronto posible.

—Yo no puedo ir muy de prisa. Estoy delicado ; por eso me vendría bien un auxiliar. Cojeo.

—El ser cojo no es una desgracia ; es quizá una bendición. El emperador Enrique II, que combatió al antipapa Gregorio, y restableció a Benedicto VIII, tiene dos sobrenombres : el Santo y el Cojo.

—Es muy bueno eso de tener dos sobretodos—murmuró Fauchelevent que en realidad tenía el oído un poco duro.

—Tío Fauvent, estoy pensando en que debemos tomarnos una hora entera ; y no será demasiado. Estaréis al lado del altar mayor con la barra de hierro, a las once. El oficio empezará a media noche, y es preciso que todo esté hecho un cuarto de hora antes.

—Todo lo haré para probar mi celo por la comunidad. Está dicho. Clavaré el ataúd, y a las once en punto estaré en la capilla. Estarán ya allí las madres cantoras y la madre Ascensión. Dos hombres valdrían mucho más. Pero, en fin, no importa : llevaré mi palanca. Abriremos la bóveda, bajaremos el ataúd, y volveremos a cerrar la bóveda. Y después se acabó ; no queda rastro alguno. El gobierno ni lo sospechará. Reverenda mdare, ¿todo está arreglado así?

—No.

—¿Pues qué falta?

—Falta la caja vacía.

Esto produjo una pausa. Fauchelevent meditaba : la priora meditaba.

—Tío Fauvent, ¿qué haremos del ataúd?

—Lo enterraremos.

—¿Vacío?

Nuevo silencio. Fauchelevent hizo con la mano izquierda ese movimiento que parece dar por terminada una cuestión enfadosa.

—Reverenda madre, yo soy el que ha de clavar la caja en el depósito de la iglesia; nadie puede entrar allí más que yo, y cubriré el ataúd con el paño mortuorio.

—Sí, pero los mozos al llevarlo al carro y al bajarlo a la fosa, conocerán en seguida que no tiene nada dentro.

—¡Ah, «dia... !»—exclamó Fauchelevent.

La priora principió a santiguarse y miró fijamente al jardinero. El «blo» se le quedó en la garganta.

Se apresuró a improvisar una salida para hacer olvidar el juramento.

—Reverenda madre, echaré tierra en la caja, y hará el mismo efecto que si llevara dentro un cuerpo.

—Tenéis razón. La tierra y el hombre son una misma cosa. ¿De modo que arreglaréis el ataúd vacío?

—Lo haré.

La fisonomía de la priora, hasta entonces turbada y sombría, se serenó. Hizo al jardinero la señal del superior que despide al inferior, y éste se dirigió hacia la puerta. Cuando iba a salir, la priora elevó suavemente la voz.

—Tío Fauvent, estoy contenta de vos. Mañana, después del entierro, traedme a vuestro hermano, y decidle que le acompañe la niña.

IV

DE CÓMO PARECE QUE JUAN VALJEAN HABÍA LEÍDO A AGUSTÍN CASTILLEJO

Los pasos de un cojo son como las miradas de un tuerto; no llegan pronto al punto a que se dirigen. Además, Fauchelevent estaba perplejo. Empleó cerca de un cuarto de hora en llegar a la barraca del jardín. Cosette había despertado; Juan Valjean la había sentado cerca de la lumbre; y cuando entró Fauchelevent le estaba enseñando la cesta del jardinero, que pendía de la pared, y diciéndole:

—Escúchame bien, niña. Tenemos que salir de esta casa; pero volveremos a ella y estaremos muy bien. El amigo que vive aquí te llevará a cuestas ahí dentro. Tú me esperarás en casa de una señora, adonde iré a buscarte. ¡Si no quieres que te atrape la Thenardier, obedece y no repliques nada!

Cosette hizo un movimiento de cabeza gravemente.

Al ruido que hizo Fauchelevent abriendo la puerta, se volvió Juan Valjean.

—¿Y qué?

—Todo está arreglado, y nada está arreglado — contestó Fauchelevent—. Tengo ya permiso para entraros; pero antes es preciso que salgáis. Aquí está el atasco de la carreta. En cuanto a la niña, es fácil.

—¿La llevaréis?

—¿Se callará?

—Yo respondo.

—Pero, ¿y vos, señor Magdalena?

Y después de un silencio lleno de ansiedad, exclamó:

—¡Pero salid por donde habéis entrado!

Juan Valjean, como la primera vez, se limitó a contestar:

—¡Imposible!

Fauchelevent, hablando más bien consigo mismo que con Juan Valjean, murmuró:

—Hay otra cosa que me atormenta. He dicho que llenaré la caja de tierra, y ahora pienso que llevando tierra en vez de un cuerpo no se confundirá, sino que se moverá, se correrá; los hombres lo conocerán. Y ya comprenderéis, señor Magdalena, que los agentes del gobierno, lo sabrán.

Juan Valjean le miró atentamente, creyendo que deliraba.

Fauchelevent continuó:

—¿Cómo di... antre vais a salir? ¡Y es preciso que todo quede hecho mañana! Porque mañana os he de presentar; la priora os espera.

Entonces explicó a Juan Valjean que esto era una recompensa por un servicio que él, Fauchelevent, hacía a la comunidad. Que en sus atribuciones entraba algo del sepulturero; que clavaba el ataúd y ayudaba al enterrador del cementerio; que la religiosa que había muerto por la mañana había pedido ser enterrada en el ataúd que le servía de cama, y sepultada en la bóveda debajo del altar de la capilla; que esto estaba prohibido por los reglamentos de policía, pero que la religiosa era una de esas muertas a quienes nada se niega; que la priora y las madres vocales

creían que debían cumplir los deseos de la difunta: que tanto peor para el gobierno; que él clavaría el ataúd en la celda, levantaría la losa de la capilla, y bajaría el cuerpo a la bóveda; que para recompensarlo, la priora admitía a su hermano de jardinero, y a la niña de educanda, que su hermano era el señor Magdalena, y la sobrina, Cosette; que la priora le había dicho que llevase a su hermano al día siguiente por la tarde después del falso entierro en el cementerio. Pero no podía traer de fuera al señor Magdalena, si el señor Magdalena no estaba antes fuera. Aquí estaba la primera dificultad, pero después había otra: el ataúd vacío.

—¿Qué es eso del ataúd vacío?—preguntó Juan Valjean.

Fauchelevent respondió:

—El ataúd de la administración.

—¿Qué ataúd y qué administración?

—Cuando muere una monja, viene el médico del Ayuntamiento, y dice: «Ha muerto una monja». El gobierno envía un ataúd, y al día siguiente un carro fúnebre y sepultureros, que cogen al ataúd y le llevan al cementerio. Vendrán los sepultureros y levantarán la caja y no habrá nada dentro.

—¡Pues meted cualquier cosa!

—¿Un muerto? No le tengo.

—¿Pues qué?

—No sé.

—Yo—dijo Juan Valjean.

Fauchelevent, que estaba sentado, se levantó como si hubiese estallado un petardo debajo de la silla.

—¿Vos?

—¿Y por qué no?

Juan Valjean se sonrió con una de esas sonrisas que parecían un relámpago en un cielo de invierno.

—Sabéis, Fauchelevent, que habéis dicho: la madre Crucifixión ha muerto, y que yo he añadido: y el señor Magdalena está enterrado. Pues eso es.

—¡Ah! os reís; no habláis con formalidad.

—Hablo muy formal. ¿No es necesario salir de aquí?

—Sin duda.

—Os he dicho que busquéis también para mí una cesta y una tapa.

—¿Y qué?

—La cesta será de pino, y la tapa un paño negro,

—No, un trapo blanco. Las monjas se entierran vestidas de blanco.

—Vaya por el paño blanco.

—Sois un hombre como los demás, señor Magdalena.

Fauchelevent ante esta ocurrencia que era uno de los salvajes y temerarios proyectos del presidio, surgiendo de las cosas pacíficas que le rodeaban, y mezclándose con lo que él llamaba «la monotonía de la vida del convento», sentía un estupor comparable al de un transeunte que viera a una gaviota metiendo el pico para pescar en el arroyo de la calle de San Dionisio.

Juan Valjean prosiguió:

—Se trata de salir de aquí sin ser visto; pues éste es un medio. Pero antes instruídme. ¿Cómo se hace todo? ¿Dónde está ese ataúd?

—¿El que está vacío?

—Sí.

—Allá en lo que se llama la sala de los muertos. Está sobre dos caballetes y bajo el paño mortuorio.

—¿Qué longitud tiene la caja?

—Seis pies.

—¿Y qué es la sala de los muertos?

—Es una habitación del piso bajo que tiene una ventana con reja al jardín, y está cerrada por dentro con un postigo y dos puertas, una que da al convento y otra a la iglesia.

—¿A qué iglesia?

—A la iglesia de la calle. A la iglesia de todo el mundo.

—¿Tenéis las llaves de esas dos puertas?

—No. Tengo la llave de la puerta que da al convento; el portero tiene la de la puerta que da a la iglesia.

—¿Y cuándo abre esa puerta el portero?

—Unicamente para dejar entrar a los sepultureros que vienen a buscar el ataúd. Cuando el ataúd sale se cierra la puerta.

—¿Quién clava el ataúd?

—Yo.

—¿Quién pone el paño encima?

—Yo.

—¿Vos solo?

—Ningún otro hombre, excepto el médico forense, puede entrar en el salón

de los muertos. Así está escrito en la pared.

—¿Y podríais esta noche, cuando todos duermen en el convento, ocultarme en esa sala?

—No. Puedo ocultaros en un cuartito obscuro que da a la sala de los muertos, donde guardo mis útiles de enterrar, y cuya llave tengo.

—¿A qué hora vendrá mañana el carro a buscar el ataúd?

—A eso de las tres de la tarde. El entierro se hace en el cementerio Vaugirard un poco antes de anochecer. No está cerca.

—Estaré escondido en el cuartito de las herramientas toda la noche y toda la mañana. ¿Y comer? Tendré hambre.

—Yo os llevaré qué.

—Podéis ir a encerrarme en el ataúd a las dos.

Fauchelevent retrocedió chasqueando los dedos.

—¡Pero eso es imposible!

—¡Bah! ¡Coger un martillo y clavar unos clavos en una tabla!

Lo que parecía extraordinario a Fauchelevent, era muy sencillo, decimos, para Juan Valjean, que había atravesado peores estrechos. El que ha estado en presidio sabe el arte de encogerse, según el diámetro que permite la evasión. El preso está sujeto a la fuga como el enfermo a la crisis que lo salva o lo pierde. Una evasión es una curación. ¿Y qué es lo que se hace para curarse? Dejarse encerrar y llevar en un cajón como un fardo, vivir en una caja, encontrar aire en donde no lo hay, economizar la respiración horas enteras, saber asfixarse sin morir; todo esto era uno de los sombríos talentos de Juan Valjean.

Por lo demás, un ataúd con un hombre vivo es una estratagema de presidiario, pero también de emperador. Si hemos de creer al monje Agustín Castillejo, éste fué el medio de que se valió Carlos V para ver por última vez a la Blomberg, después de su abdicación: el de hacerla entrar y salir en el monasterio de Yuste.

Fauchelevent, un poco tranquilizado, preguntó:

—Pero, ¿cómo habéis de respirar?

—Ya respiraré.

—¡En aquella caja! Solamente de pensar en ello me ahogo.

—Buscaréis una barrena, haréis algunos agujeritos alrededor de la boca, y clavaréis sin apretar la tapa.

—¡Bueno! ¿Y si os ocurre toser o estornudar?

—El que se escapa no tose ni estornuda.

Luego añadió:

—Tío Fauchelevent, es preciso decidirse; o ser descubierto aquí o salir en el carro.

Todo el mundo ha observado la afición de los gatos a detenerse al pasar por entre las hojas de una puerta entreabierta. ¿quién no ha dicho a un gato? ¡Pero, entra, animal! Hay hombres que cuando tienen un incidente abierto entre sí, tienen también inclinación a permanecer indecisos entre dos resoluciones, temiendo que les aplaste el destino si cierran bruscamente la abertura. Los más prudentes, por más gatos que sean, y porque son gatos precisamente, corren alguna vez más peligro que los audaces. Fauchelevent era de esta natureleza indecisa. Sin embargo, la serenidad de Juan Valjean lo dominó a pesar suyo, y murmuró:

—La verdad es que no hay otro medio.

Juan Valjean replicó:

—Lo único que me inquieta es lo que sucederá en el cementerio.

—Pues eso es justamente lo que me tiene a mí sin cuidado—dijo Fauchelevent—. Si tenéis seguridad de poder salir de la caja, yo la tengo de sacaros de la fosa. El enterrador es un borracho, amigo mío: el tío Mestienne; un viejo de cepa vieja. El enterrador mete a los muertos en la fosa, y yo meto al enterrador en mi bolsillo. Voy a deciros lo que sucederá. Llegamos un poco antes de la noche: tres cuartos de hora antes de que cierren la verja del cementerio. El carro llega hasta la sepultura, y yo lo sigo porque es mi obligación. Llevaré un martillo, un escoplo y tenazas en el bolsillo. Se detiene el carro; los mozos atan una cuerda al ataúd y os bajan a la sepultura. El cura reza las oraciones, hace la señal de la cruz, echa agua bendita y se va. Me quedo yo solo con el tío Mestienne, que es mi ami-

go, como os he dicho. Y entonces sucede una de dos cosas : o está borracho, o no lo está. Si no está borracho, le digo : Ven a echar una copa mientras está aún abierto, «Al Buen Membrillo». Me lo llevo, y lo emborracho ; no es difícil emborrachar al tío Mestienne, porque siempre tiene ya principios de borrachera ; le dejo bajo la mesa, le cojo su cédula para volver a entrar en el cementerio, y me vuelvo solo. Entonces ya no tenéis que ver más que conmigo. Si está borracho, le digo : Anda ; yo haré tu trabajo : se va, y os saco del agujero.

Juan Valjean le tendió la mano, y Fauchelevent se precipitó hacia ella con tierna efusión.

—Está convenido, tío Fauchelevent. Todo saldrá bien.

—Con tal de que nada se descomponga—pensó Fauchelevent—. ¡ Qué horrible sería !

V

DE CÓMO NO BASTA SER BORRACHO PARA SER INMORTAL

Al día siguiente, cuando declinaba el sol, los pocos paseantes del bulevar del Maine se quitaban el sombrero al paso de un carro fúnebre antiguo, adornado de calaveras, tibias y lágrimas. Este carro conducía un ataúd cubierto con un manto blanco, en que brillaba una gran cruz negra, semejante a un esqueleto con los brazos colgando. Un coche enlutado en que iban un cura con sobrepelliz, y un monaguillo con sotana roja seguía al carro, a cuyos lados marchaban dos sepultureros en traje gris con adornos negros. Detrás iba un viejo con traje de pueblo y cojeando. El entierro se dirigía al cementerio Vaugirard.

Del bolsillo del hombre se veían salir el mango de un martillo, un escoplo y las puntas de unas tenazas.

El cementerio Vaugirard era una excepción entre los demás de París. Tenía, por decirlo así, sus costumbres particulares, lo mismo que tenía su puerta cochera y puerta pequeña, llamadas en el barrio por los viejos, siempre apegados a las palabras viejas, la puerta noble y la puerta plebeya.

Las Bernardas Benedictinas del Pequeño Picpus habían conseguido, según hemos dicho ya, el privilegio de ser enterradas en un sitio aparte, en terreno que había pertenecido a la comunidad, y por la tarde. Los enterradores tenían una disciplina también particular por hacer su servicio en el cementerio por la tarde en el verano, y de noche en el invierno. Los cementerios de París se cerraban en aquella época al ponerse el sol ; y siendo esta una medida de orden municipal, estaba sometido a ella el cementerio Vaugirard lo mismo que otro cualquiera. La puerta noble y la puerta plebeya eran dos verjas contiguas situadas a los lados de un pabellón construído por el arquitecto Perronet, donde vivía el guarda del cementerio. Estas verjas giraban inexorablemente sobre sus goznes en el momento en que el sol desaparecía por detrás de la cúpula de los Inválidos. Si se había quedado algún sepulturero, no tenía más que un medio para salir, que era presentar su cédula de enterrador expedida por la administración de pompas fúnebres. En un postigo de la casa del guarda había una especie de buzón como los de las estafetas ; el sepulturero echaba en él su cédula ; el guarda la oía caer, tiraba de una cuerda, y abría la puerta plebeya. Si el sepulturero no tenía cédula, decía su nombre, y el guarda, que solía haberse acostado o dormido, se levantaba, examinaba al sepulturero y le abría la puerta con la llave. El sepulturero salía ; pero pagaba quince francos de multa.

Este cementerio, que con sus privilegios rompía la simetría administrativa, fué suprimido poco después en 1830. El cementerio de Monte Parnaso, llamado también del Oriente, le sucedió, y heredó la famosa taberna medianera con él, que tenía una muestra con un membrillo pintado, y formaba ángulo por un lado con las mesas de los bebedores, y por otro lado con los nichos, ostentando esta inscripción : «Al Buen Membrillo».

El cementerio Vaugirard era lo que podía llamarse un cementerio gastado. Había caído en desuso. Le invadía la hierba, y le abandonaban las flores ; las personas de la clase media se cuidaban

muy poco de que las enterrasen en Vaugirard ; olía a pobre. El cementerio del Padre Lachaise ¡ ya era otra cosa ! Ser enterrado en el cementerio del Padre Lachaise era como tener muebles de caoba. En esto se conocía la elegancia. El cementerio Vaugirard era un recinto venerable, plantado como los antiguos jardines franceses, con calles rectas, bojes, tuyas, acebos, sepulcros a la sombra de algunos tejos, y la hierba muy alta. La noche era imponente en aquel sitio, que tenía muchos aspectos lúgubres.

Aun no se había puesto el sol cuando el carro fúnebre del manto blanco y la cruz negra entró en la alameda del cementerio Vaugirard. El cojo que le seguía era Fauchelevent.

El entierro de la madre Crucifixión en la cripta debajo del altar, la salida de Cosette, y la entrada de Juan Valjean en la sala de los muertos se había ejecutado sin obstáculo, y nada había salido mal.

Digamos, como de paso, que el entierro de la madre Crucifixión debajo del altar es para nosotros una cosa muy venial. Es una de esas faltas que se asemejan mucho a un deber. Las religiosas lo habían cumplido, no solamente sin temor, sino con aplauso de su conciencia.

En el claustro lo que se llama el «gobierno» no es más que una intrusión de la autoridad ; intrusión siempre discutible. Lo primero es la regla ; en cuanto al código, ya se verá. ¡ Hombres, haced cuantas leyes queráis, pero guardadlas para vosotros ! El tributo que se paga al César, no es más que el resto de lo que se paga a Dios. Un príncipe no es nada ante un principio.

Fauchelevent iba cojeando muy contento detrás del carro. Sus dos complots, uno con las religiosas, y otro con el señor Magdalena, uno en pro del convento, y otro en contra del convento, habían sido igualmente felices. La serenidad de Juan Valjean era una tranquilidad poderosa que se comunicaba a los demás. Fauchelevent no dudaba del triunfo, porque lo que quedaba por hacer no era ya nada. En dos años había emborrachado diez veces al sepulturero, al bueno del tío Mestienne, que era un pobre hombre. Hacía de él lo que quería. Le adornaba la cabeza a su gusto ; y la cabeza de Mestienne se ajustaba al gorro de Fauchelevent. Su confianza era, pues, completa.

Cuando el convoy fúnebre entró en el camino que conducía directamente al cementerio, Fauchelevent, lleno de satisfacción, miró al carro, y dijo a media voz frotando sus gruesas manos :

—¡ Vaya una farsa !

Paróse el carro : había llegado a la verja. Como era preciso enseñar la licencia para el entierro, el encargado de la pompa fúnebre se adelantó y habló un momento con el portero. Durante este coloquio, que produjo una detención de dos o tres minutos, apareció un desconocido y fué a colocarse detrás del carro, al lado de Fauchelevent ; parecía un trabajador ; llevaba una blusa con grandes bolsillos, y un azadón bajo el brazo.

Fauchelevent fijó en él la vista.

—¿ Quién sois ?—le preguntó.

El hombre respondió :

—El enterrador.

Fauchelevent hizo el mismo gesto que si le hubiera caído una bala de cañón en el pecho.

—¡ El enterrador !

—Sí.

—¿ Vos ?

—Yo.

—El enterrador es el tío Mestienne.

—Era.

—¡ Cómo era !

—Ha muerto.

Fauchelevent lo había previsto todo, excepto que pudiese morir un enterrador. Pero también mueren los enterradores ; a fuerza de cavar fosas para otros, cavan la suya.

El pobre hombre se quedó estupefacto.

—¡ Eso no es posible !

—Pero es.

—El enterrador — dijo débilmente— es el tío Mestienne.

—Después de Napoleón vino Luis XVIII ; después de Mestienne, Gribier : éste es mi nombre, compañero.

Fauchelevent se puso pálido, y examinó a Gribier.

Era un hombre alto, delgado, lívido, enteramente fúnebre. Parecía un mé-

dico desacreditado convertido en enterrador.

Fauchelevent se echó a reír.

—¡Ah!—dijo—, ¡cómo se arregla el pícaro mundo! El tío Mestienne ha muerto; ha muerto, pero vive el tío Lenoir. ¿Sabéis quién es el tío Lenoir? ¡Es la bota del tinto de a doce: es la bota de Surena! ¡caramba! del verdadero Surena de París. ¡Ah! ¡El pobre Mestienne ha muerto! Lo siento: era un buen sujeto; pero vos también lo sois. ¿No es verdad, camarada? Iremos juntos a echar una copa en seguida.

El hombre respondió:

—Yo he estudiado cuatro años, y no bebo nunca.

El carro fúnebre se había puesto en marcha, y seguía la calle ancha del cementerio.

Fauchelevent había acortado el paso: cojeaba más bien de ansiedad que por necesidad.

El enterrador iba delante.

Fauchelevent examinó de nuevo al inesperado Gribier.

Era uno de esos hombres, que siendo jóvenes parecen viejos, y que son muy fuertes, a pesar de su delgadez.

—¡Camarada! — dijo Fauchelevent.

El hombre se volvió.

—Soy el sepulturero del convento.

—Sois mi colega—dijo el hombre.

Fauchelevent, literato, pero muy cumplido, conoció que tenía que habérselas con un hombre temible, con un buen hablista.

—¿Con que murió el tío Mestienne? —dijo.

—Hasta las uñas. Dios consultó su cuaderno de vencimiento, vió que le había llegado el plazo al tío Mestienne, y murió el tío Mestienne.

Fauchelevent repitió maquinalmente:

—Dios...

—Dios—dijo el enterrador con autoridad—; Dios, que es para los filósofos el Padre Eterno, y para los jacobinos el Ser Supremo.

—¿Seremos amigos? — dijo trémulamente Fauchelevent.

—Ya lo somos. Vos sois provinciano, y yo soy parisiense.

—Dos no son amigos hasta que beben juntos. El que vacía su vaso, vacía su corazón. Vais a venir a beber conmigo. A esto nadie se niega.

—Primero es la obligación.

—Estoy perdido — pensó Fauchelevent.

Sólo faltaban ya algunos pasos para llegar a la calle que conducía al terreno de las monjas.

—Provinciano — añadió el enterrador—, tengo que dar pan a siete bocas; y como tienen que comer, yo no puedo beber.

Y añadió con la satisfacción del que inventa una máxima:

—Su hambre es enemiga de mi sed.

El carro dió la vuelta a un plantío de cipreses, dejó la calle ancha, atravesó otra más estrecha; entró en el terreno inculto, y después en la maleza. Esto indicaba la proximidad inmediata de la sepultura. Fauchelevent acortó aún más sus pasos, pero no podía detener el carro. Afortunadamente la tierra removida, y mojada por las lluvias del invierno, se pegaba a las ruedas y retardaba la marcha.

Fauchelevent se aproximó al enterrador, y le dijo en voz baja:

—Hay muy buen vino en Argenteuil.

—Provinciano—dijo el hombre—, yo no debería ser enterrador. Mi padre era portero en el Pritaneo. Me dedicaban a la literatura; pero hemos tenido muchas desgracias: mi padre tuvo algunas pérdidas en la Bolsa, y he tenido que renunciar a ser autor. Sin embargo, soy todavía escritor público.

—¿Luego no sois enterrador? — dijo Fauchelevent agarrándose a esta rama, demasiado débil.

—Lo uno no impide lo otro. Acumulo las dos profesiones.

Fauchelevent no entendió esta palabra.

—Vamos a beber—le dijo.

Aquí es preciso hacer una observación. Fauchelevent, por más inquieto que estuviese, convidaba a beber; pero no se había fijado en un punto: ¿quién había de pagar? Casi siempre convidaba él, y pagaba el tío Mestienne. Pero aquel convite era evidentemente un resultado de la nueva situación creada por el nuevo enterrador; le era necesario el convite; pero el viejo jardinero

dejaba en la sombra no sin intención el proverbial cuarto de hora de Rabelais. Fauchelevent, a pesar de su emoción, no se cuidaba de pagar.

El enterrador contestó con una sonrisa de superioridad :

—Es preciso comer. He aceptado el cargo de sucesor del tío Mestienne. Cuando uno ha concluído casi con sus estudios, es filósofo. He agregado al trabajo de la mano el del brazo, y tengo un biombo de memorialistas en el mercado de la calle de Sèvres. ¿Sabéis dónde? En el mercado de los paraguas. Todas las criadas de la Cruz-Roja vienen a mí ; y yo les escribo sus declaraciones a los novios. Por la mañana escribo cartas amorosas, y por la tarde abro sepulturas. Tal es la vida, provinciano.

El carro avanzaba. Fauchelevent, en el colmo de la inquietud, miraba a todos lados : gruesas gotas de sudor le caían de la frente.

—Pero—continuó el enterrador—, no se puede servir a dos señores ; y tengo que elegir entre la pluma y el azadón. El azadón me destroza la mano.

El carro fúnebre se detuvo.

El monaguillo bajó del coche, y detrás de él el sacerdote.

Una de las ruedas delanteras subía un poco sobre un montón de tierra ; un poco más allá se veía una fosa abierta.

—¡ Vaya una broma !—dijo Fauchelevent consternado.

VI

ENTRE CUATRO TABLAS

¿Quién estaba en el ataúd? Juan Valjean.

Juan Valjean que se había colocado para poder vivir allí dentro, y apenas podía respirar.

Es ciertamente extraño considerar hasta qué punto nos da seguridad de todo la seguridad de la conciencia. La combinación ideada por Juan Valjean iba perfectamente desde la víspera. Juan Valjean contaba, como Fauchelevent, con el tío Mestienne, y no tenía duda alguna acerca del fin de esa aventura. Imposible es hallar situación más crítica, y calma más completa.

Las cuatro tablas del ataúd respiraban una paz horrible. La tranquilidad de Juan Valjean tenía algo del reposo de la muerte.

Desde el fondo del ataúd había seguido, y seguía, las frases del terrible drama que estaba representando con la muerte.

Poco después de haber clavado Fauchelevent la tapa del ataúd, sintió Juan Valjean que lo llevaban, y luego que rodaba. Conoció también por la suavidad del movimiento que pasaba del empedrado a la arena, es decir, que salía de las calles y entraba en el camino : al oír un ruido sordo adivinó que atravesaba el puente de Austerlitz : en la primera parada conoció que entraba en el Camposanto ; en la segunda se dijo : «Aquí está el hoyo».

Sintió que cogían bruscamente la caja, y oyó un áspero rozamiento en las tablas ; conoció que ataban una cuerda al ataúd para bajarle a la fosa. Después tuvo una especie de vértigo.

Probablemente los sepultureros y el enterrador habían hecho oscilar el ataúd y había bajado la cabeza antes que los pies. Volvió pronto en sí, y vió que estaba horizontal e inmóvil. Había llegado al fondo del hoyo.

Sintió una especie de frío.

Oyó una voz glacial y solemne sobre su cabeza, y escuchó cómo pasaban tan lentamente, que podía oírlas, palabras en latín que no comprendió :

—«Qui dormiunt in terræ pulvere, vigilabunt ; illi in vitam æternam, et illi in opprobium, ut videant semper».

Una voz infantil contestó :

—«De profundis».

La voz grave continuó :

—«Requiem æternam dona ei, Domine».

La voz infantil respondió :

—«Et lux perpetua luceat ei».

Oyó sobre la tapa del ataúd como el débil ruido de algunas gotas de agua.

Era probablemente el agua bendita.

Entonces se dijo : «Ya va a acabar esto. Tengamos un poco de paciencia. Ahora se irá el cura ; Fauchelevent se llevará a beber a Mestienne ; me dejarán ; después vendrá Fauchelevent solo, y saldré de aquí. Todo será cosa de una hora».

La voz grave volvió a decir :

—«Requiescat in pace».

—«Amen».

Juan Valjean, con el oído atento, oyó un ruido como de pasos que se alejaban.

—Ya se van—pensó— ; estoy solo.

Mas de repente oyó sobre su cabeza un ruido como el del trueno que despide un rayo.

Era una paletada de tierra que caía sobre el ataúd.

Después cayó otra.

Uno de los agujeros por donde respiraba quedó obstruído.

Después cayó otra paletada. Después otra.

Hay cosas más fuertes que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.

VII

DONDE VERÁ EL LECTOR EL ORIGEN DE LA FRASE : GUARDA CÉDULA

Veamos qué era lo que había pasado por encima del ataúd en que yacía Juan Valjean.

Así que partió el carro, y el sacerdote y el monago subieron en el coche, y partieron también, Fauchelevent, que no separaba los ojos del enterrador, le vió inclinarse y coger la pala que estaba clavada verticalmente en el montón de tierra.

Entonces Fauchelevent tomó una resolución suprema.

Se colocó entre la fosa y el enterrador, cruzó los brazos y le dijo :

—¡ Yo pago !

El enterrador le miró asombrado, y le respondió :

—¿El qué

—El vino.

—¿Qué vino?

—El de Argenteuil.

—¿Dónde está ese Argenteuil?

—En «Al buen Membrillo».

—¡ Déjame en paz !—dijo el enterrador.

Y arrojó una paletada de tierra sobre el ataúd, que despidió un sonido ronco : Fauchelevent se sintió desfallecido y a punto de caer en la hoya, y gritó con una voz con que se mezclaba la opresión de la agonía :

—¡ Camarada ! antes de que cierren, «Al Buen Membrillo».

El enterrador cogió una nueva paletada de tierra.

Fauchelevent, continuó :

—¡ Yo pago !

Y cogió por el brazo al enterrador.

—Escuchadme, camarada — le dijo— : soy el enterrador del convento, y vengo para ayudaros. Esto podemos hacerlo a la noche : principiemos por beber un trago.

Y al mismo tiempo que hablaba y se agarraba a esta insistencia desesperada, se hacía esta lúgubre reflexión :

—¡ Y cuando haya bebido ! ¿Se emborrachará?

—Provinciano—dijo el enterrador—, si lo queréis absolutamente, consiento ; beberemos, pero después del trabajo ; antes de ningún modo.

Y levantó la paletada. Fauchelevent lo detuvo.

—Argenteuil de a seis.

—¡ Ah ! — dijo el enterrador—, sois campanero. Din don, din don, no sabéis más que decir eso. Andad, idos a tocar.

Y arrojó a la fosa la segunda paletada.

Fauchelevent llegó al momento en que ya no sabe el hombre lo que dice.

—Vamos a beber—gritó— ; yo soy el que paga.

—Después que hayamos enterrado a la joven—dijo el enterrador.

Y echó la tercera paletada.

Después clavó la pala en la tierra, y añadió :

—Mirad : va a hacer frío esta noche, y la muerta nos gritaría como si la dejásemos sin ropa.

En este momento, al llenar la pala, se encorvaba, y dejaba ver entreabierto el bolsillo de la blusa.

La vista extraviada de Fauchelevent cayó maquinalmente sobre este bolsillo, y se detuvo.

El sol no se había ocultado aún bajo el horizonte ; había aún bastante luz para que pudiese distinguirse una cosa blanca en el fondo de aquel bolsillo abierto.

La pupila de Fauchelevent despidió todo el fuego que pueden despedir unos ojos picardos.

Se le acababa de ocurrir una idea.

Sin que el enterrador, ocupado sólo

en llenar la pala, lo notara, le metió la mano en el bolsillo por detrás, y sacó la cosa blanca que contenía.

El enterrador arrojó en el foso la cuarta paletada.

Cuando se volvía para coger la quinta, Fauchelevent lo miró tranquilamente, y le dijo:

—A propósito, novato; ¿tenéis vuestra cédula?

El enterrador se quedó parado.

—¿Qué cédula?

—El sol se va a acostar.

—¿Y qué? Se pondrá el gorro de dormir.

—Van a cerrar la verja del cementerio.

—¿Y qué?

—¿Tenéis la cédula?

—¡Ah! ¡mi cédula!—dijo el enterrador.

Y la buscó en el bolsillo.

Después de registrar un bolsillo registró el otro; después pasó a los del chaleco, miró el primero y luego el segundo.

—No—dijo—; no tengo la cédula. La habré olvidado.

—Quince francos de multa—dijo Fauchelevent.

El enterrador se puso verde: el verde es la palidez de las fisonomías lívidas.

—¡Ay, Jesús, Dios mío!—exclamó—. ¡Quince francos de multa!

—Tres napoleones—dijo Fauchelevent.

El enterrador dejó caer la pala.

Llegó su vez a Fauchelevent.

—¡Ah!—dijo—, novato, no hay que desesperarse; no se trata de suicidarse, ni de aprovechar esta fosa. Quince francos son quince francos, y aún podéis no pagarlos. Yo soy viejo en el oficio, vos sois nuevo, y conozco dónde las dan y dónde las toman. Voy a daros un consejo de amigo. Hay sobre todo una cosa evidente, que el sol se pone, que toca ya en la cúpula, y que el cementerio va a cerrarse dentro de cinco minutos.

—Es verdad—dijo el enterrador.

—En cinco minutos no tenéis tiempo para llenar la fosa, que es profunda como un demonio, y llegar a tiempo antes de que cierren la verja.

—Es verdad.

—En ese caso pagaréis quince francos de multa.

—¡Quince francos!

—Pero tenéis tiempo para... ¿Dónde vivís?

—A dos pasos de la barrera, un cuarto de hora de aquí, en la calle de Vaugirad, número 87.

—Pues tenéis tiempo, levantando bien los pies, para salir en seguida.

—Es verdad.

—Una vez fuera de la verja, corréis a vuestra casa, cogéis la cédula, volvéis, el guarda os abrirá y como traéis la cédula, no hay multa. Enterráis el muerto, y yo me quedo guardándole para que no se escape.

—Os debo la vida, provinciano.

—Dejadme libre el campo.

El enterrador, lleno de agradecimiento, le apretó la mano y salió corriendo.

Así que hubo desaparecido en la maleza, Fauchelevent escuchó sus pasos que se alejaban; después se inclinó hacia la fosa y dijo en voz baja:

—¡Señor Magdalena!

Nadie respondió.

Fauchelevent tembló. Se dejó caer en la fosa, más bien que bajó, se echó sobre el ataúd, y gritó:

—¿Estáis ahí?

Continuó el silencio en la tumba.

Fauchelevent, privado casi de respiración por el temblor que sentía, sacó el escoplo y el martillo, e hizo saltar la tapa de la caja. El rostro de Juan Valjean apareció en el crepúsculo pálido y con los ojos cerrados.

Fauchelevent sintió que se le erizaban los cabellos; se puso de pie y se apoyó de espaldas en la pared de la fosa, casi cayéndose sobre el ataúd. Miró a Juan Valjean.

Juan Valjean yacía pálido e inmóvil.

Fauchelevent murmuró en una voz baja como un soplo:

—¡Está muerto!

Y enderezándose, cruzó los brazos tan violentamente, que se golpeó los hombros con ambos puños.

—¡Buen modo he tenido de salvarle!—dijo.

Entonces el pobre hombre se puso a

sollozar y a hablar. El monólogo existe en la Naturaleza; las grandes emociones nos hacen hablar alto.

—El tío Mestienne tiene la culpa. ¿Por qué se ha muerto ese imbécil? ¿Qué necesidad tenía de morirse cuando hacía falta? El ha dado la muerte al señor Magdalena. ¡Señor Magdalena! Está en el ataúd; todo ha concluído. ¡Ah! ¿Es esto tener sentido común? ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Está muerto! ¿Y qué voy a hacer yo ahora de su niña? ¿Qué va a decir la frutera? ¿Pero es posible, Dios mío, que un hombre como éste muera así? ¡Cuando me acuerdo de que se metió debajo de mi carreta! ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! Se ha asfixiado, bien decía yo; pero no quiso creerme. ¡Vaya una picardía que he hecho! ¡Ha muerto este buen hombre, el mejor hombre que había entre los buenos de Dios! ¡Y su niña! ¡Yo no vuelvo allá! Me quedo aquí. ¡Haber hecho una cosa como ésta! ¡haber llegado a esta edad para ser dos viejos locos! ¿Pero cómo entró en el convento? Por aquí empezó. No se deben hacer esas cosas. ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Señor Magdalena! ¡Señor alcalde! No me oye. ¡Cómo saldremos ahora de ésta!

Y se mesaba los cabellos.

Oyóse en aquel momento a lo lejos, por entre los árboles, un chirrido agudo. Era la verja del cementerio que se cerraba.

Fauchelevent se inclinó sobre Juan Valjean y retrocedió bruscamente todo lo que se puede retroceder en una sepultura. Juan Valjean tenía los ojos abiertos y le miraba.

Ver una muerte es una cosa horrible, pero ver una resurrección no lo es menos. Fauchelevent se quedó petrificado, pálido, confuso, rendido por el exceso de las emociones, sin saber si tenía que habérselas con un muerto o con un vivo, y mirando a Juan Valjean que le miraba.

—Me he dormido—dijo Juan Valjean.

Y se sentó.

Fauchelevent cayó de rodillas.

—¡Santa Virgen!—exclamó—. ¡Me habéis dado un susto!

Después se levantó, y dijo:

—Gracias, señor Magdalena.

Juan Valjean estaba sólo desmayado. El aire libre le volvió el conocimiento.

La alegría es el reflejo del temor. Fauchelevent tuvo que hacer casi tanto como Juan Valjean para volver en sí.

—¡No habéis muerto! ¡Oh, cuánto ánimo tenéis! Os he llamado tanto que habéis despertado. Cuando os vi con los ojos cerrados dije: Bien; se ha asfixiado. ¡Oh! Me hubiera vuelto loco; pero loco furioso, loco de atar; me hubieran llevado a Bicetre. ¿Qué había yo de hacer si hubierais muerto? ¡Y vuestra niña! ¡La frutera no hubiera sabido nada! ¡Se le deja la niña en los brazos, y el abuelo ha muerto! ¡Qué historia! ¡Santos del paraíso, qué historia! ¡Ah! pero vivís. Todo se acabó.

—Tengo frío—dijo Juan Valjean.

Estas palabras recordaron a Fauchelevent la realidad, que era urgente. Aquellos dos hombres, aunque vueltos en sí, tenían sin saber por qué, turbado el espíritu; sentían una cosa extraña, que era el reflejo del siniestro lugar en que estaban.

—¡Salgamos pronto de aquí!—dijo Fauchelevent.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una calabacita de que se había provisto.

—¡Lo primero un trago!—dijo.

La calabaza acabó lo que la brisa había empezado. Juan Valjean bebió un sorbo de aguardiente, y entró en plena posesión de sí mismo.

Salió del ataúd, y ayudó a Fauchelevent a clavar la tapa.

Tres minutos después estaban fuera de la hoya.

Fauchelevent estaba tranquilo por lo demás. Había calculado bien el tiempo. El cementerio estaba cerrado y no había que temer la llegada del enterrador Gribier. El «recluta» estaría en su casa buscando la cédula, sin encontrarla, porque la tenía Fauchelevent en el bolsillo. Y sin cédula no podía entrar en el cementerio.

Fauchelevent cogió la pala y Juan

Valjean el azadón, y enterraron el ataúd vacío.

Cuando estuvo llena la fosa, dijo Fauchelevent:

—Vámonos. Yo llevo la pala, llevad el azadón.

Cerraba la noche.

Juan Valjean encontró alguna dificultad para moverse y para andar; en el ataúd se había enfriado y había tomado algo del cadáver. La anquilosis de la muerte le había cogido entre cuatro tablas, y le fué necesario, por decirlo así, deshelarse del sepulcro.

—Estáis yerto—dijo Fauchelevent—. Es lástima que yo sea cojo; correríamos un poco.

—¡Bah!—respondió Valjean—, cuatro pasos me bastan para dar fuerza a las piernas.

Se fueron por el mismo camino que había llevado el carro fúnebre. Cuando llegaron a la verja, cerrada ya, y al cuarto del guarda, Fauchelevent, que llevaba en la mano la cédula del enterrador, la echó en la caja, el guarda tiró de la cuerda, se abrió la puerta y salieron.

—¡Qué bien va todo! ¡Habéis tenido una idea magnífica, señor Magdalena!—dijo Fauchelevent.

Atravesaron la barrera Vaugirard lo más fácilmente del mundo. En las cercanías de un cementerio una pala y un azadón son dos pasaportes. La calle de Vaugirard estaba desierta.

—Señor Magdalena—dijo Fauchelevent, sin dejar de andar y alzando la vista hacia las casas—, tenéis mejor vista que yo. Enseñadme el número 87.

—Aquí está, precisamente.

—No hay nadie en la calle—respondió Fauchelevent—. Dadme el azadón, y esperadme dos minutos.

Fauchelevent entró en el número 87. Subió al último piso, guiado por el instinto que lleva siempre al pobre hacia el tejado, y llamó en la obscuridad a la puerta de una boardilla. Una voz respondió:

—Adelante.

Era la voz de Gribier.

Fauchelevent empujó la puerta. El cuarto del enterrador era, como todas esas infelices habitaciones, un desván sin amueblar, y lleno de trastos. Un cajón—un ataúd quizás—(1) servía de cómoda; una orza de manteca, hacía de fuente; una estera, de cama; el suelo hacía las veces de sillas y de mesa. En un rincón, sobre un harapo, que era un retazo viejo de alfombra, estaba una mujer delgada, rodeada de niños, que formaba un grupo confuso. Toda la habitación indicaba un gran desorden. Parecía que había sucedido un temblor de tierra «para uno solo». Las tapas estaban abiertas, los harapos esparcidos, el cántaro roto, la madre había llorado, los hijos habían recibido algún golpe probablemente; huellas todas de un registro riguroso y extraordinario. Conocíase que el enterrador había buscado en vano su cédula, y hecho responsable de esta pérdida a todo el mundo en la casa, desde el cántaro hasta su mujer. Gribier parecía desesperado.

Pero Fauchelevent deseaba demasiado el fin de la aventura para observar este lado triste de su triunfo.

Entró, pues, y dijo:

—Os traigo la pala y el azadón.

Gribier le miró estupefacto.

—¿Sois vos, provinciano?

—Mañana encontraréis la cédula en casa del guarda del cementerio.

Y dejó la pala y el azadón en el suelo.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Gribier.

—Quiere decir que habéis dejado caer la cédula del bolsillo; que la encontré en el suelo después que os marchasteis; que he enterrado al muerto y cubierto la fosa; que he hecho vuestro trabajo; que el guarda os dará la cédula, y que no pagaréis quince francos. Eso es todo, recluta.

—Gracias, provinciano — exclamó Gribier deslumbrado de alegría—. La primera vez seré yo el que pague.

VIII

INTERROGATORIO DE FELICES RESULTADOS

Una hora después, en la obscuridad de la noche, dos hombres y una niña se

(1) Los ataúdes franceses suelen ser un c jón, no tienen la forma característica de los nuestros.—(N. del T.)

presentaron en el número 62 de la calle de Picpus. El más viejo de los dos cogió el llamador y llamó.

Eran Fauchelevent, Juan Valjean y Cosette.

Los dos hombres habían ido a buscar a Cosette a casa de la frutera de la calle del Camino verde, donde la había dejado Fauchelevent la víspera. Cosette había pasado estas veinticuatro horas sin comprender nada, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto, que no había llorado. No había comido ni dormido. La pobre frutera le había hecho mil preguntas sin conseguir más respuesta que una mirada triste, siempre la misma. Cosette no había dejado traslucir nada de lo que había oído y visto en los dos últimos días. Adivinaba que estaba atravesando una crisis y conocía que era necesario ser «prudente». ¿Quién no ha experimentado el terrible poder de estas tres palabras pronunciadas en cierto tono al oído de un niño aterrado: «¡No digas nada!» El miedo es mudo. Por otra parte, nadie guarda un secreto como un niño.

Sólo cuando después de estas veinticuatro horas había vuelto a ver a Juan Valjean había arrojado tal grito de alegría, que cualquier hombre pensativo hubiera adivinado en él la salida de un abismo.

Fauchelevent era del convento y sabía la contraseña. Todas las puertas se abrieron.

Así se resolvió el doble y difícil problema: Salir y entrar.

El portero, que tenía ya sus instrucciones, abrió la puertecita que ponía en comunicación el patio y el jardín, y que hace veinte años se veía aún desde la calle, en la pared del fondo del patio, enfrente de la puerta cochera. El portero introdujo a los tres por esta puerta, y desde allí pasaron al locutorio reservado, donde el día anterior había tomado Fauchelevent las órdenes de la priora.

La priora, con el rosario en la mano, los esperaba ya. A su lado estaba de pie con el velo echado una madre vocal. Una discreta vela alumbraba, o por mejor decir, hacía que alumbraba el locutorio.

La priora examinó a Juan Valjean. Nada escudriña tanto como unos ojos bajos.

Después le preguntó:

—¿Sois el hermano?

—Sí, reverenda madre — respondió Fauchelevent.

—¿Cómo os llamáis?

Fauchelevent respondió:

—Ultimo Fauchelevent.

Había tenido, en efecto, un hermano llamado Ultimo, que había muerto.

—¿De dónde sois?

Fauchelevent respondió:

—De Picquigny, cerca de Amiens.

—¿Qué edad tenéis?

Fauchelevent respondió:

—Cincuenta años.

—¿Qué oficio?

Fauchelevent respondió:

—Jardinero.

—¿Sois buen cristiano?

Fauchelevent respondió:

—Todos lo son en nuestra familia.

—¿Es vuestra esta niña?

Fauchelevent respondió:

—Sí, reverenda madre.

—¿Sois su padre?

Fauchelevent respondió:

—Su abuelo.

La madre vocal dijo entonces a la priora:

—Responde bien.

Juan Valjean no había pronunciado una sola palabra.

La priora miró a Cosette con atención, y dijo a media voz a la madre vocal:

—Será fea.

Las dos madres hablaron algunos minutos en voz baja en el rincón del locutorio, y después se volvió la priora, y dijo:

—Tío Fauvent, buscaréis otra rodillera con campanilla. Ahora hacen falta dos.

En efecto, al día siguiente se oían dos campanillas en el jardín, y las religiosas no podían resistir al deseo de levantar una punta del velo. En el fondo del jardín, y bajo los árboles, se veía cavar a dos hombres, Fauchele-

vent y otro: extraordinario acontecimiento. Rompióse el silencio, y llegaron a decir en voz baja: Es un ayudante del jardinero.

Las madres vocales añadían: Es un hermano del tío Fauvent.

Juan Valjean se había ya instalado formalmente; tenía su rodillera de cuero y su campanilla; era ya una cosa oficial: se llamaba Ultimo Fauchelevent.

La causa más eficaz de su admisión había sido esta observación de la priora sobre Cosette: «Será fea».

Así que la priora dijo este pronóstico, se hizo amiga de Cosette, y la admitió en el Colegio como educanda de caridad.

Todo esto es muy lógico.

Por más que no haya espejos en el convento, las mujeres tienen la conciencia de su fisonomía; y las jóvenes bonitas no se dejan hacer monjas fácilmente. La vocación voluntaria está en razón inversa de la belleza, y por esto se espera más de las feas que de las hermosas. De aquí proviene una viva afición a las fealdades.

La aventura que hemos referido engrandeció al buen viejo Fauchelevent, que consiguió un triple triunfo: cerca de Juan Valjean, a quien salvó y dió asilo; cerca del enterrador Gribier, que se decía: me ha librado de pagar la multa; cerca del convento, que gracias a él, conservando el cuerpo de la madre Crucifixión, había podido eludir el pago del tributo al César, y cumplir la voluntad de la difunta. Hubo un ataúd con cadáver en el Pequeño Picpus, y un ataúd sin cadáver en el cementerio Vaugirard; el orden público se turbó sin duda profundamente, pero nadie lo notó. En cuanto al convento, su gratitud para con Fauchelevent fué muy grande; de modo, que llegó a ser el mejor de los criados, y el mejor de los jardineros. En la primera visita del arzobispo, la priora contó todo a Su Ilustrísima, confesándose un poco culpada, pero gloriándose también. El arzobispo, al salir del convento, habló de ello con elogio y en secreto al señor Latil, confesor del hermano del rey, y después al cardenal arzobispo de Reims. La fama de Fauchelevent corrió tierras y llegó a Roma. Hemos visto una carta dirigida por el Papa reinante, entonces León XII, a un pariente suyo de la nunciatura de París, llamado como él Della-Genga, en la cual se lee lo siguiente: «Parece que hay en un convento de París un excelente jardinero, que es un santo varón, llamado Fauvan.» Pero ninguna noticia de este triunfo llegó a la cabaña de Fauchelevent, que siguió injertando, escardando y cubriendo sus melones, sin tener la menor idea de su excelencia y de su santidad. No tenía de su gloria más noticias que las que pudiera tener de la suya el buey de Durham o de Surrey, cuyo retrato se publicó en el *Ilustrated London News* con esta inscripción: «Buey que ha ganado el premio en la exposición de animales de cuernos.»

IX

CLAUSURA

Cosette continuó guardando silencio en el convento.

Creíase sencillamente hija de Juan Valjean; y como por otra parte nada sabía, nada podía contar, y en todo caso no hubiera descubierto nada. Hemos dicho ya que nada enseña el silencio a los niños como la desgracia, y Cosette había padecido tanto, que todo lo temía, hasta su voz y su respiración. ¡Cuántas veces una palabra había hecho caer sobre ella un alud! Pero había principiado a tranquilizarse desde que estaba con Juan Valjean. Se acostumbró muy pronto al convento; solamente echaba de menos a Catalina, pero no se atrevía a decirlo. Sin embargo, una vez dijo a Juan Valjean:

—Padre, si lo hubiera sabido, la habría traído conmigo.

Cosette al entrar de educanda, tuvo que tomar el traje de las colegialas de la casa. Juan Valjean consiguió que le volviesen los vestidos que dejó, es decir, el mismo traje de luto con que la vistió cuando la sacó de las garras de los Thenardier. El traje no estaba aún muy usado; Juan Valjean guardó el vestido, las medias de lana y los zapatos con mucho alcanfor y otros aromas

que abundan en los conventos, en un baulito que pudo procurarse; lo puso sobre una silla, al lado de su cama, y llevaba siempre la llave consigo.

—Padre—le dijo un día Cosette—, ¿qué tiene esta caja que huele tan bien?

El tío Fauchelevent, además de la gloria que acabamos de decir, y que él ignoró, fué recompensado por su buena acción. En primer lugar tuvo la satisfacción de su conciencia, y además tuvo menos trabajo, dividiéndolo con Juan Valjean. Por último, como le gustaba mucho el tabaco, estando al lado del señor Magdalena, tomaba triple cantidad que antes, y con mucho más placer, porque era el señor Magdalena el que pagaba.

Las monjas no adoptaron el nombre de Ultimo, y llamaron a Juan Valjean «el otro Fauvent».

Si aquellas santas mujeres hubieran tenido la perspicacia de Javert habrían notado que cuando había que salir fuera para las necesidades del jardín, salía siempre el Fauchelevent mayor, el viejo, el delicado, el cojo, y nunca el otro; pero ya fuese porque los ojos siempre fijos en Dios, no saben espiar, o porque estuviesen ocupadas en espiarse unas a otras, lo cierto es que no notaron nada.

Juan Valjean, por lo demás, hizo muy bien en estarse quieto y no moverse, porque Javert vigiló el barrio por espacio de mucho más de un mes.

El convento era para Juan Valjean como una isla rodeada de abismos; aquellos cuatro muros eran el mundo para él. Tenía bastante cielo para estar tranquilo, y tenía a Cosette para ser feliz.

Empezó, pues, para él una vida muy grata.

Vivía con el tío Fauchelevent en la barraca del jardín, choza de argamasa que existía aún en 1845, y se componía, como hemos dicho, de tres piezas completamente desamuebladas, que sólo tenían las paredes. El tío Fauchelevent había cedido la principal al señor Magdalena, por más que Juan Valjean se había opuesto a ello. La pared de este cuarto, además del clavo destinado a colgar la rodillera y la cesta que usaba Fauchelevent, estaba adornada con un papel-moneda realista de 1793, pegado a la pared por encima de la chimenea.

Este asignado vendeano había sido puesto allí por el jardinero precedente, antiguo chuán que había muerto en el convento, y a quien había sucedido Fauchelevent.

Juan Valjean trabajaba todos los días en el jardín, y era muy útil. Había sido en su juventud podador, y no extrañaba la jardinería. El lector recordará que conocía todo género de recetas y de secretos de cultivo, y sacó de ellas partido. Casi todos los árboles del jardín eran silvestres; los injertó y les hizo dar excelentes frutas.

Cosette tenía licencia para pasar todos los días una hora a su lado. Como las hermanas estaban siempre tristes y Juan Valjean era tan amable, la niña comparaba, y le adoraba. A la hora puntual corría hacia la barraca; y cuando entraba en la casucha se llenaba de alegría. Juan Valjean se explayaba y sentía crecer su dicha con la de Cosette. La alegría que inspiramos tiene el doble encanto de que lejos de debilitarse con el reflejo, vuelve a nosotros más intensa. En las horas de recreo, Juan Valjean miraba desde lejos cómo jugaba y reía Cosette, y distinguía su risa de las risas de las demás.

Porque Cosette reía ya.

La figura de la niña hasta se había cambiado en cierto modo. Había perdido lo sombrío. La risa es el sol; disipa las nubes de la fisonomía.

Cuando concluía el recreo y volvía al convento, Juan Valjean miraba a las ventanas de la clase; y por la noche se levantaba para mirar las ventanas del dormitorio.

Pero Dios tiene sus caminos: el convento contribuía, como Cosette, a mantener y completar en Juan Valjean la obra del obispo. Es cierto que la virtud por un lado llega hasta el orgullo; sólo está separada de él por un puentecillo hecho por el diablo. Juan Valjean estaba quizá cerca de este puente, cuando la Providencia le llevó al Pequeño Picpus. Mientras no se había comparado más que con el obispo, se había creído indigno, y había sido humilde; pero desde que, hacía algún tiempo, se com-

paraba con los hombres, había principiado a nacer en él el orgullo. ¿Quién sabe si tal vez, y poco a poco, habría concluído por volver al odio?

El convento le detuvo en esta pendiente.

Era aquel el segundo lugar de cautividad que veía. En su juventud, en lo que había sido para él el principio de la vida, y después recientemente aún, había visto otro lugar horroroso, terrible, cuyos rigores había considerado como la iniquidad de la justicia, y como el crimen de la ley. A la sazón, después del presidio veía el claustro; y pensando en que había estado en el presidio, y que era espectador del claustro, los confrontaba con ansiedad en su imaginación.

Algunas veces se apoyaba en la pala, y descendía lentamente por la espiral sin fin de la meditación.

Recordaba a sus antiguos compañeros, y su gran miseria; se levantaban al amanecer y trabajaban hasta la noche; apenas les permitían dormir; se acostaban en camas de campaña, y sólo se les toleraba un colchón de dos pulgadas de grueso, en salas que no tenían lumbre más que en los meses más crudos del año; vestían una horrible chaqueta roja, y se les permitía usar por gracia un pantalón de tela en los grandes calores, y una manta de lana en los fríos excesivos; no bebían vino, ni comían carne, sino cuando iban «al trabajo». Vivían sin nombre: sólo eran conocidos por números; estaban casi convertidos en cifras, y vivían con los ojos bajos, la voz baja, los cabellos cortados, bajo la vara y en la vergüenza.

Después su espíritu se dirigía a los seres que tenía ante la vista.

Estos seres vivían también con los cabellos cortados, los ojos bajos, la voz baja, no en la vergüenza, pero sí en medio de la burla del mundo; no con la espalda herida por el látigo, pero sí destrozada por las disciplinas. También estos seres habían perdido su nombre entre los hombres; sólo eran conocidos por austeros apelativos. Nunca comían carne, jamás bebían vino; muchos días estaban en ayunas hasta la noche. Traían, no una chaqueta roja, sino un sudario negro de lana pesado en el verano, ligero en el invierno, y no podían quitarle ni añadirle nada; no tenían ni aun el recurso de la tela y de la lana: seis meses del año llevaban camisas de buriel, que les producían calentura. Vivían, no en salas calentadas sólo los días de riguroso frío, sino en celdas donde nunca se encendía lumbre; dormían, no en colchones de dos pulgadas de grueso, sino sobre paja. Por último, ni aun se les permitía dormir; todas las noches, después de un día de trabajo, debían despertar en el cansancio del primer sueño; cuando empezaban a dormir y a calentarse, debían levantarse y rezar en una capilla helada y sombría, de rodillas sobre la piedra.

En ciertos días, cada uno de estos seres a su vez permanecía doce horas consecutivas arrodillado sobre el mármol, o prosternado con la cara en el suelo y los brazos en cruz.

Los otros eran hombres; éstos eran mujeres.

¿Y qué habían hecho aquellos hombres? Habían robado, violado, saqueado, matado, asesinado. Eran bandidos, falsarios, envenenadores, incendiarios, asesinos, parricidas. ¿Y qué habían hecho estas mujeres? Nada.

De un lado, el salteamiento, el fraude, el dolo, la violencia, la lubricidad, el homicidio, todos los géneros del sacrilegio, todas las variedades del crimen. De otro lado, una sola cosa: la inocencia.

La inocencia perfecta, casi llevada hasta una misteriosa asunción, unida a la tierra por la virtud, y al cielo por la santidad.

De un lado, confidencias de crímenes que se hacen en voz baja. De otro, la confesión de faltas hecha en alta voz. ¡Y qué crímenes! ¡Y qué faltas!

De un lado, miasmas; del otro, inefable perfume. De un lado, la peste moral, vigilada por centinelas de vista, cercada de cañones, devorando lentamente a sus apestados; del otro, una casta unión de todas las almas en el mismo foco. Allí, las tinieblas; aquí, la sombra; pero una sombra llena de caridad, y una caridad llena de fulgores.

Ambos eran lugares de esclavitud;

pero en el primero era posible la redención; tenía un límite legal siempre esperado, y además la evasión. En el segundo, la perpetuidad, y por toda esperanza, a la extremidad lejana del porvenir, esa luz de libertad que los hombres llaman muerte.

En el primero, el hombre estaba sólo encadenado por una cadena; en el segundo, por la fe.

¿Qué salía del primero? Una inmensa maldición, el rechinamiento de dientes, el odio, la perversidad desesperada, un grito de rabia contra la sociedad humana, un sarcasmo contra el cielo.

¿Qué salía del segundo? La bendición y el amor.

Y en estos dos lugares tan semejantes y tan diversos, estas dos clases de seres realizaban una misma cosa: la expiación.

Juan Valjean comprendía muy bien la expiación de los primeros; la expiación personal, la expiación por sí mismo. Pero no comprendía la otra, la de aquellas criaturas sin mancha, y se preguntaba temblando: ¿Expiación de qué? ¿Qué expiación?

Y en su conciencia respondía una voz: la más divina de las generosidades humanas: la expiación por los demás.

Aquí nos reservamos toda teoría personal: no somos más que narradores; nos ponemos bajo el punto de vista de Juan Valjean, y traducimos sus impresiones.

Tenía ante su vista el vértice sublime de su abnegación, la cumbre más alta de la virtud, la inocencia que perdona las faltas de los hombres y las expía en su lugar: la servidumbre practicada, la tortura aceptada, el suplicio reclamado por las almas que no han pecado, para librar de él a las almas que lo han cometido: el amor de la humanidad, abismándose en el amor de Dios; pero permaneciendo distinto y suplicante: débiles seres que unen la miseria de los condenados a la sonrisa de los escogidos.

¡Y entonces recordaba que se había atrevido a quejarse!

Muchas veces, en medio de la noche, se levantaba para escuchar el canto de agradecimiento de aquellas criaturas inocentes y abrumadas de rigor, y sentía frío en las venas al pensar que los que eran castigados con justicia no elevaban la voz hacia el cielo más que para blasfemar; y que él miserable, había amenazado a Dios.

Y, ¡cosa extraña, que le hacía meditar profundamente como un aviso en voz baja de la misma Providencia! Todos los esfuerzos que había hecho para salir del otro lugar de expiación, el escalamiento, la ruptura de la prisión, la muerte, la ascensión difícil y brusca, había tenido que hacerlos igualmente para entrar en este segundo lugar. ¿Era acaso éste el símbolo de su destino?

Aquella casa era también una prisión, y se parecía lúgubremente a la otra casa de que había huído; y, sin embargo, nunca se le había ocurrido esta semejanza.

Veía allí rejas, cerrojos, barras de hierro. ¿Para qué? Para guardar ángeles.

Aquellas altas tapias que había visto cercando a tigres, las miraba ahora alrededor de corderos.

Aquél era un lugar de expiación y no de castigo; mas no por esto era menos austero, menos lúgubre, menos inexorable que el otro. Aquellas vírgenes andaban más oprimidas que los presidiarios. Un viento frío y rudo, el viento que había helado su juventud, atravesaba el foco enrejado y encadenado de los buitres: una brisa más áspera y más dolorosa soplaba en la jaula de las palomas.

—¿Por qué?

Cuando pensaba en estas cosas se abismaba su espíritu en el misterio de la sublimidad.

En estas meditaciones desaparecía el orgullo. Dió toda clase de vueltas sobre sí mismo, y conoció que era malo, y lloró muchas veces. Todo lo que había sentido su alma en seis meses, lo llevaba de nuevo a las santas máximas del obispo Cosette por el amor, el convento por la humildad.

Algunas veces, a la caída de la tarde, en el crepúsculo, a la hora en que el jardín estaba desierto, se le veía de

rodillas en medio del paseo que costeaba la capilla, delante de la ventana por donde había mirado la primera noche, vuelto hacia el sitio en que sabía que la hermana que hacía el desagravio estaba prosternada en oración. Rezaba arrodillado ante esta monja.

Parecía que no se atrevía a arrodillarse directamente delante de Dios.

Todo lo que le rodeaba, aquel jardín pacífico, aquellas flores embalsamadas, aquellas niñas dando gritos de alegría, aquellas mujeres graves y sencillas, aquel claustro silencioso, le penetraban lentamente, y poco a poco su alma iba adquiriendo el silencio del claustro, el perfume de las flores, la paz del jardín, la ingenuidad de las monjas y la alegría de las niñas. Además, recordaba que precisamente dos casas de Dios le habían acogido en los momentos críticos de su vida; la primera, cuando todas las puertas se le cerraban y le rechazaba la sociedad humana; la segunda, cuando la sociedad humana volvía a perseguirle, y el presidio volvía a solicitarle; sin la primera, hubiera caído en el crimen; sin la segunda, en el suplicio. Su corazón se deshacía en agradecimiento, y amaba cada día más.

Muchos años pasaron así; Cosette iba creciendo.

TERCERA PARTE

MARIO

LIBRO PRIMERO

París estudiado en su átomo.

I

PÁRVULOS

París tiene un hijo, y la selva un pájaro. El pájaro se llama gorrión, y el hijo pilluelo.

Asociad estas dos ideas que contienen, la una todo el foco de luz, la otra toda la aurora; haced que se choquen estas dos chispas, París y la infancia, y resulta un pequeño ser: «Homuncio», como diría Plauto.

Este pequeño ser es muy alegre. No come todos los días, y va a los espectáculos, si le parece bien, todas las noches. No tiene camisa sobre sus carnes, ni zapatos en los pies, ni techo sobre la cabeza, como los pájaros que no tienen nada de esto. Tiene de siete a trece años, vive en bandadas, baquetea el empedrado, habita al aire libre, lleva un viejo pantalón de su padre que le pasa más allá de los talones, un viejo sombrero de cualquier otro padre, que se le mete hasta las orejas, un solo tirante de orillo amarillo, corre, espía, pregunta, pierde el tiempo, desgasta pipas, jura como un condenado, frecuenta la taberna, conoce a los ladrones, tutea a las mujeres públicas, habla el caló, canta canciones obscenas, y no tiene mal corazón. Esto consiste en que tiene en el alma una perla, la inocencia; y las perlas no se disuelven en el fango. Mientras el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si se preguntase a esta gran cuidad: ¿Quién es ése? Respondería: es mi hijo.

II

SEÑAS PARTICULARES

El pilluelo de París es el hijo enano de una gran giganta.

No exageramos; este querubín del arroyo tiene alguna vez camisa, pero no tiene, aún entonces, más que una: tiene alguna vez zapatos, pero no suelen tener suela; tiene alguna vez casa, y la ama, porque en ella encuentra a su madre; pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Tiene sus juegos peculiares, su malicia, cuyo fondo es el odio a los tenderos: sus metáforas; morir se llama en su lenguaje «comer amargones por la nariz»; sus ocupaciones son proporcionar coches de alquiler, bajar el estribo de los carruajes, establecer paso de una acera a

otra en los días de mucha lluvia, lo que se llama hacer «puentes de las Artes» ; pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés ; ahondar las junturas del empedrado. Tiene su moneda, que se compone de todos los pedazos de cobre que se encuentra en la calle. Esta curiosa moneda, llamada «loques», tiene un curso invariable, y muy bien arreglado entre reducida sociedad de gitanillos.

En fin, tiene su fauna a quien observa cuidadosamente en los rincones : la bestia de Dios, el pulgón de cabeza de muerto, la zancuda, el «diablo», insecto negro que amenaza torciendo su cola, armada de dos cuernos. Tiene su monstruo fabuloso, con escamas en el vientre sin ser un lagarto, con pústulas en el dorso, sin ser un sapo, que vive en los agujeros de los hornos viejos de cal, y de los pozos secos ; negro, velludo, viscoso, que se arratra, ya lenta, ya rápidamente ; que no grita, pero que mira ; tan terrible, que nadie le ha visto nunca. Este monstruo se llama la salamandra. Buscar salamandras entre las piedras es un placer extraordinario, y no menor es el de levantar el empedrado y ver las correderas. Cada región de París es célebre por los descubrimientos interesantes que en ella pueden hacerse. En los almacenes de las Ursulinas hay tijeretas, en el Panteón ciempiés ; en los hoyos del Campo de Marte, renacuajos.

En cuanto a los dichos, los de este niño no son menos notables que los de Talleyrand : no cede a éste en cinismo, pero le gana en honradez. Está dotado de cierta jovialidad imprevista ; desconcierta a los tenderos con su loca risa. Su diapasón recorre todos los tonos, desde el elevado drama hasta el sainete.

Pasa un entierro : entre los que acompañan al muerto va un médico.

—¡ Calla !—grita un pilluelo—, ¿de cuándo acá los médicos llevan sus obras?

Otras veces, en medio de la multitud, un hombre grave, adornado de anteojos y dijes, se vuelve indignado, y dice :

—Bribón, acabas de coger la «cintura» de mi mujer.

—¡ Yo, señor ! Registradme.

III

SE DIVIERTE

Por la noche, el «homuncio», gracias a algunos sueldos que siempre halla medio de proporcionarse, entra en un teatro. Así que atraviesa aquel umbral mágico se transfigura ; era el pilluelo, se convierte en un titi. Los teatros son una especie de navío suelto que tiene la cala en lo alto : a esta cala sube el titi. El titi es al pilluelo lo que la mariposa a la oruga ; es el mismo ser, pero volando y cerniéndose. Basta que esté allí derramando alegría con su poderoso estusiasmo, con su palmoteo de alas, para que aquella cala estrecha, fétida, obscura, fea, malsana, repugnante, abominable, se llame el paraíso.

Dad a un ser lo inútil, y quitadle lo necesario, y tendréis el pilluelo.

El pilluelo no carece de cierta intuición literaria. Su tendencia, lo decimos con todo el dolor debido, no sería el gusto clásico : es por naturaleza poco académico. Puede verse un ejemplo de ello en la popularidad de la señorita Mars, popularidad que en este pequeño público de niños turbulentos, estaba sazonada con algo de ironía. El pilluelo la llamaba señorita «Muche».

Este ser vocea, se burla, se mueve, lucha, lleva retazos como un niño pequeño ; harapos como un filósofo ; pesca en los albañales, caza en las cloacas, saca alegría de la inmundicia, azota las calles con su locuacidad, husmea y muerde, silba y canta, aclama y vocea, entona la aleluya por la música del Mambrú, salmodia todos los ritmos, desde el «De Profundis» hasta la Mascarada, encuentra sin buscar, sabe lo que ignora, es espartano hasta la ratería, loco hasta la sabiduría, lírico hasta la obscenidad, se acurrucaría en el Olimpo, se revuelca en el estiércol, y sale cubierto de estrellas. El pilluelo de París es Rabelais en pequeño.

No está contento con sus pantalones, si no tienen bolsillo de reloj.

Se admira muy poco, se asusta menos aún, convierte las supersticiones en cantares, deshincha las exageraciones, pregona los misterios, saca la lengua a

los aparecidos, despoetiza los fantasmas, introduce la caricatura en las hipérboles épicas. Y esto no quiere decir que el pilluelo sea prosaico; muy lejos de eso; pero reemplaza la visión solemne por la farsa de la fantasmagoría. Si se le presentase Adamastor, le diría él:

—¡Anda! ¡Espantajo!

IV

PUEDE SER ÚTIL

París empieza en el papanatas, y concluye en el pilluelo; dos seres que no pueden tener ninguna otra ciudad: la aceptación pasiva que se satisface con mirar y la iniciativa inagotable; Prudhomme y Fouiliou. Sólo París tiene estos tipos en su historia natural. El papanatas representa la monarquía; el pilluelo la anarquía.

El pálido hijo de los arrabales de París vive y se desarrolla, se enrosca y «se desenrosca» en el padecimiento, en presencia de las realidades sociales y de las cosas humanas, como un testigo pensativo. Se le cree indiferente; no lo es. Mira dispuesto siempre a reírse; pero dispuesto también a otras cosas. Preocupaciones, abusos, ignominia, opresión, iniquidad, despotismo, injusticia, fanatismo, tiranía, ¡guardaos del pilluelo indiferente!

Este niño crecerá.

¿De qué masa se ha hecho? Del primer fango que se ha encontrado. Un puñado de barro y un soplo, como Adán. Basta que pase Dios; y siempre ha pasado un Dios por el pilluelo. La fortuna trabaja para este pequeño ser, y entendemos por fortuna la aventura. Este pigmeo, amasado de la grosera tierra común, ignorante, iletrado, aturdido, vulgar, populachero, ¿será un jonio o un beocio? Esperad, «currit rota», el espíritu de París, ese demonio que crea los hijos de la casualidad y los hombres del destino, al revés del alfarero latino, hace del cántaro un ánfora.

V

SUS FRONTERAS

El pilluelo ama la ciudad y ama también la soledad; tiene mucho de sabio, «urbis amator», como Fusco; «ruris amator», como Flaco.

El andar errante soñando, es emplear muy bien el tiempo para un filósofo, particularmente en esa especie de campiña bastarda bastante fea, pero extraña y compuesta de dos naturalezas, que rodea algunas grandes ciudades, y entre ellas a París. Contemplar los alrededores es contemplar un anfibio. Concluyen los árboles y empiezan los tejados; concluye la hierba y empieza el empedrado; concluye el surco y empiezan las tiendas; concluyen los baches y empiezan las pasiones; concluye el murmullo divino y empieza el rumor humano; y de este contraste resulta un interés extraordinario.

De aquí los paseos sin objeto, en apariencia, del soñador, por estos lugares de poco atractivo y designados siempre por el transeunte con el epíteto: «tristes».

El que escribe estas líneas ha sido mucho tiempo rondador de las barreras de París, que son para él una fuente de profundos recuerdos. Aquel césped cortado, aquellos senderos llenos de piedra, aquella greda, aquellas margas, aquellos yesos, aquella áspera monotonía de eriales y barbechos, los plantíos de frutas tempranas de los hortelanos, descubiertos de repente en el fondo, aquella mezcla de lo campestre y lo urbano, aquellos vastos rincones donde los tambores de la guarnición dan constantemente ruidosas lecciones, haciendo una especie de simulacro incompleto de una batalla, aquellos desiertos de día y laderas de noche, el molino suelto que gira a impulso del viento, los aparatos de atracción de las canteras, las tabernas en las esquinas de los cementerios, el encanto misterioso de las grandes tapias sombrías que cortan a escuadra inmensos y vagos terrenos inundados de sol y llenos de mariposas; todo esto le atraía.

Casi nadie conoce aquellos sitios singulares, los pozos de la nieve, los barrancos, los tristes muros de Grenelle pintados de balazos, el Monte Parnaso, el barranco de los Lobos, los Aubiers sobre la cuesta del Marne, el monte del Ratón, la tumba de Isoire, la Piedra

Llana de Chatillon, donde hay una cantera vieja agotada que sólo sirve para criar setas, y que forma a flor de tierra una trampa de tablas podridas. El campo de Roma es una idea; el de París otra: porque no ver en lo que nos ofrece un horizonte más que campos, casas o árboles, es quedarse en la superficie: los aspectos de las cosas son pensamientos de Dios. El sitio en que una llanura se une a una población, tiene siempre cierta melancolía penetrante. La Naturaleza y la humanidad hablan a la vez, y aparecen las originalidades locales.

El que ha andado errante como nosotros por esas soledades contiguas a nuestros arrabales, que podrían llamarse los limbos de París, ha descubierto aquí y allá, en el rincón más abandonado, en el momento más inesperado, detrás de un seto poco poblado o en el ángulo de una lúgubre pared, niños agrupados confusamente, fétidos, llenos de lodo y polvo, haraposos, despeluznados, que juegan al chito coronados de florecillas: son los niños de familias de pobres escapados. El bulevar exterior es su medio respirable; los alrededores les pertenecen, y en ellos tienen su escuela los novilleros; allí cantan ingenuamente su repertorio de torpes canciones; allí están, o por mejor decir, allí viven lejos de toda mirada, bajo el dulce sol de mayo o de junio, arrodillados alrededor de un agujero hecho en la tierra, jugando a las chinas, disputando por un ochavo, irresponsables, huídos, sueltos, felices; y, cuando os ven, se acuerdan de que tienen una industria, de que les hace falta ganarse la vida, y os ofrecen en venta una vieja media de lana llena de saltones o un manojo de lilas. El encuentro de estos niños es una de las mayores, pero más dolorosas gracias de los alrededores de París.

Algunas veces, en aquel montón de muchachos hay algunas niñas, tal vez sus hermanas, ya casi mozas, flacas, nerviosas, atezadas por el sol y el aire, cubiertas de pecas, coronadas de centeno y amapolas, alegres, esquivas, descalzas; algunas están comiendo cerezas entre los trigos; se les oye reír por la tarde. Estos grupos, vivamente iluminados por la luz del mediodía, o entrevistos en el crepúsculo, ocupan al pensador; y estas visiones se mezclan con sus pensamientos.

París es el centro, su campiña la circunferencia; para estos niños no hay más mundo; nunca van más allá; no pueden salir de la atmósfera parisiense, del mismo modo que los peces no pueden salir del agua. Para ellos, a dos leguas de las barreras, no hay ya nada: Ivry, Gentilly, Arcueil, Belleville, Aubervillier, Menilmontant, Choisy-le-Roi, Billancourt, Meudon, Issy, Vanvre, Sevres, Puteaux, Neuilly, Gennevilliers, Colombe, Romainville, Chatou, Asnieres, Bouguéal, Nanterre, Enghien, Nois-le-Sec, Nogent, Gournay, Drancy, Gonesse; allí está el fin del Universo.

VI

UN POCO DE HISTORIA

En la época casi contemporánea en que pasa la acción de este libro, no había, como hoy, un agente de policía en cada boca-calle (beneficio que no es esta la ocasión de discutir); los muchachos vagabundos abundaban en París. Los estadistas dan por término medio doscientos sesenta niños sin asilo, recogidos entonces anualmente por las rondas de policía en los terrenos abiertos, en las casas en construcción y bajo los arcos de los puentes. Uno de estos nidos, que se hizo famoso, ha producido «las golondrinas del puente de Arcole». Pero este es el más desastroso de los síntomas sociales; porque todos los crímenes del hombre empiezan en la vagancia de sus primeros años.

Sin embargo, exceptuemos a París, creyendo que esta excepción es justa, a pesar del recuerdo que acabamos de evocar. Mientras que en otras grandes ciudades, un muchacho vagabundo es un hombre perdido; mientras que en casi todas partes, el niño entregado a sí mismo está abandonado, en algún modo, a una especie de inmersión fatal en los vicios públicos, que devora en él la honradez y la conciencia; el pilluelo de París, decimos, tan gastado y tan corrompido en la superficie, se halla inte-

riormente casi intacto. Y es una cosa magnífica, que debemos hacer constar aquí, y que brilla en la espléndida probidad de nuestras revoluciones populares, la incorruptibilidad que resulta de la idea, que está en el aire de París, como la sal en el agua del Océano. Respirar el aire de París conserva el alma.

Pero no se opone en manera alguna a la opresión de corazón que se siente cada vez que se encuentra a uno de esos niños, alrededor de los cuales parece que se ven flotar los hilos rotos de la familia. En la civilización actual, tan incompleta aún, no es muy extraña esta ruptura de la familia, perdiéndose en la sombra, ignorando lo que se han hecho los hijos, y dejando caer los pedazos de su corazón en la calle. De aquí provienen los destinos desconocidos; y esto se llama, porque tiene su nombre, «estar abandonado en las calles de París».

Digamos de paso, que este abandono de niños no encontraba gran oposición en la antigua monarquía. Algunas costumbres de Egipto y de Bohemia en las bajas regiones eran cosa que convenía a las altas esferas y a los poderosos. El odio a la enseñanza de los hijos del pueblo era un dogma. ¿De qué sirven «las medias luces»? Tal vez era consigna. El niño vagabundo era el corolario del niño ignorante.

Por otra parte la monarquía tenía repetidas veces necesidad de muchachos, y entonces espumaba las calles.

En tiempo de Luis XIV, para no ir más lejos, el rey quería, con razón, crear una escuadra. La idea era buena; pero veamos el medio. No podía haber escuadra si al lado del buque de velas, juguete del viento, y para remolcarle, según conviniera, no se tenía el barco que va adonde se quiera a fuerza de remo o de vapor. Las galeras eran entonces en la marina, lo que son hoy los vapores. Hacían falta, pues, galeras, y como las galeras no se mueven sin galeotes, hacían falta también galeotes. Colbert hacía que hubiese por medio de los intendentes provinciales y de los tribunales el mayor número posible de galeotes; y la magistratura se prestaba a ello con el mayor gusto. Tenía un hombre el sombrero puesto mientras pasaba una procesión; actitud de hugonote: a galeras. Se encontraba un muchacho en la calle, con tal que tuviese quince años, y no supiese dónde acostarse: a galeras. Gran reinado; gran siglo.

En tiempo de Luis XV desaparecían los niños de París; la policía los arrebataba, no se sabe para qué misterioso destino. Cuchicheábase con miedo acerca de monstruosas suposiciones sobre los baños purpúreos del rey. Barbier habla sencillamente de estas cosas. Sucedía alguna vez que los exentos que perseguían a los niños, cogían alguno que tenía padres. Los padres desesperados acudían a los exentos. Intervenía entonces el tribunal, y mandaba ahorcar, ¿a quién? ¿a los exentos? No; a los padres.

VII

DE CÓMO EL PILLUELO OCUPA UN LUGAR EN LAS CLASIFICACIONES DE LA INDIA

La pillería parisiense es casi una casta. Pudiera decirse: El pilluelo nace.

Esta palabra pilluelo «gamin» se imprimió por primera vez, y pasó del lenguaje popular al literario en 1833. Apareció un opúsculo titulado: «Claudio Gueux» «Claudio el Mendigo». El escándalo fué grande; pero la palabra pasó, y se aceptó.

Los elementos que constituyen la consideración de los pilluelos entre sí son muy diversos. Sabemos de uno que era muy respetado y admirado por haber visto caer a un hombre desde lo alto de la torre de Nuestra Señora; otro por haber conseguido penetrar en el patio interior donde estaban temporalmente depositadas las estatuas de la cúpula de los Inválidos, y haber «afanado» un poco de plomo; otro por haber visto volcar una diligencia; otro, porque «conocía» a un soldado que por poco deja tuerto a un paisano.

Con esto se explica la siguiente exclamación de un pilluelo parisiense, epifonema profundo de que se ríe el vulgo sin comprenderle: «Dios de Dios. ¡Tendré yo desgracia! ¡Decir que toda-

vía no he visto caer a nadie de un piso quinto!»

También es notable esta otra frase de un campesino:

—Tío Fulano, ha muerto vuestra mujer de su enfermedad: ¿por qué no habéis llamado a un médico?

—¡Qué queréis, señor! nosotros los pobres «nos morimos solos».

Pero si en esta frase se pinta la pasividad del pueblo, en la siguiente se descubre la anarquía librepensadora del pilluelo del arrabal. Un condenado a muerte escucha a su confesor en el camino del suplicio. El hijo de París grita:

—Habla al clerizonte. ¡Oh! ¡Qué cobarde!

Da importancia al pilluelo cierta audacia en materia de religión: ser espíritu fuerte es lo que conviene.

La asistencia a las ejecuciones constituye para él un deber. Enseña la guillotina y se ríe. La llama de varios modos: Fin de la cena. Soplamocos. La tía de lo azul (del cielo). El último bocado, etc. Para no perder nada del espectáculo, escala las paredes, se iza a los balcones, gatea a los árboles, se cuelga de las rejas, se abraza a las chimeneas. El pilluelo nace pizarrero, así como nace marino. Un tejado no le asusta más que un mástil. No hay fiesta que iguale a la de la Gréve. Sansón (el verdugo) y el abate Montes (el cura de la cárcel), son los verdaderos nombres populares. Se azuza al pacientes para animarle: alguna vez se le admira. Lacenaire, cuando era pilluelo, dijo, viendo morir con valor al atroz Dautun, esta frase, que encierra un porvenir: «Le tengo envidia». En la pillería no se conoce a Voltaire, pero se conoce a Papavoine. Se confunde en la misma leyenda a los «políticos» y a los asesinos. Se conserva por tradición el recuerdo del último vestido de todos. Saben que Tolleron llevaba un gorro de chispero, Avril un casquete de nutria, Louvel un sombrero redondo, que el viejo Delaporte era calvo y fué sin nada en la cabeza; que Castaing era sonrosado y muy guapo; que Bories tenía una perilla romántica; que Juan Martín conservaba los tirantes, y que Lecouffé y su madre iban riñendo.

—No os echéis en cara el cesto—les gritó un pilluelo.

Otro, por ver pasar a Debacker, siendo muy pequeño, se subió a la farola del muelle. Un gendarme, que estaba allí, frunce el entrecejo.

—Dejadme subir, señor gendarme—dice el pilluelo.

Y para enternecer a la autoridad, añade:

—No me caeré.

—Me importa muy poco que te caigas—responde el gendarme.

En la pillería, una desgracia memorable se aprecia mucho. Se llega a la cúspide de la consideración si sucede que uno se corta «hasta el hueso».

Los puños no son pequeños elementos de respeto; una de las cosas que el pilluelo dice con más gusto es: «Yo soy muy fuerte: ¡bah!» Ser zurdo es envidiable. Ser bizco, es cosa superior.

VIII

DONDE SE LEERÁ UNA BUENA OCURRENCIA DEL ÚLTIMO REY

En el verano se metamorfosea en rana; y por la tarde, cuando cae la noche, delante de los puentes de Austerlitz y de Jena, desde lo alto de los montones de carbón y de las barcas de las lavanderas, se arroja de cabeza al Sena, infringiendo asombrosamente todas las leyes del pudor y de la policía. Sin embargo, como están vigilando los agentes, resulta de aquí una situación muy dramática, que dió lugar una vez a un grito fraternal y memorable; grito que fué célebre en 1830, y es un aviso estratégico de un pilluelo a otro: se mide como un verso de Homero, con una anotación casi tan inexplicable como la melopea eleusíaca de las Panateneas, hallándose aquí reproducido el antiguo Evohé. Es éste: «¡Ohé, Titi, ohée! y a de la grippe, y a de la cogne, prends tes zardes et va-t-en; passe par l'égout» (1).

(1) Esta frase es intraducible; entre otras maneras, podría traducirse así: ¡Eh! Titi, ¡eh! *cuidado no te trinquen por el troncho: hay moros en la costa: coge la ropa y vete: pasa por la alcantarilla.* Pero ni estas frases españolas se miden como un

Algunos de estos mosquitos — así se llaman a sí mismos—, saben leer; otros saben escribir, y todos saben pintarrajear. No dudan en adquirir, por medio de una misteriosa enseñanza mutua, todas las habilidades que pueden ser útiles a la cosa pública: de 1815 a 1830 imitaba el graznido del pavo (1); de 1830 a 1848 pintarrajeaba una pera en las paredes.

Una tarde de verano, Luis Felipe, que volvía a palacio a pie, vió a uno de estos pequeñuelos, que sudaba y se empinaba para pintar con un carbón una gigantesca pera en uno de los pilares de las verja de Neuilly; el rey, con aquella bondad que heredó de Enrique IV, ayudó al pilluelo, acabó de trazar la pera, y le dió un luis, diciéndole: «Ahí también hay una pera». Al pilluelo le gusta mucho la gresca; le place un estado violento. Detesta «a los curas». Un día, en la calle de la Universidad, uno de estos picarillos presentaba un palmo de narices a la puerta cochera del número 69.

—¿Por qué haces eso a esa puerta? —le preguntó uno que pasaba; y él respondió:

—Porque vive ahí un cura.

Y en efecto, allí vive el Nuncio. Sin embargo, cualquiera que sea el volterianismo del pilluelo, si se le presenta la ocasión de hacerse monaguillo, tal vez la acepta, y entonces ayuda misa con todo esmero. Hay dos cosas en que se parece a Tántalo, y que desea siempre, sin conseguirlas nunca: derribar al gobierno y que le cosan el pantalón.

El pilluelo, en el estado perfecto, conoce a todos los agentes de policía de París, y sabe, siempre que encuentra alguno, darle su nombre, porque tiene los nombres en la punta de la uña. Estudia sus costumbres, y tiene notas particulares sobre cada uno: lee como en un libro abierto en las almas de la policía; así os podrá decir inmediatamente y sin tropezar—: Fulano es un «traidor», Zutano «es muy malo»; «éste es grande», aquél «ridículo» (y todas estas palabras: traidor, malo, grande, ridículo, tienen en sus labios una acepción particular)—. Este se figura que el Puente Nuevo es suyo, y prohibe «a la gente» pasearse por la cornisa fuera del parapeto; el otro tiene la costumbre de tirar de las orejas «a las personas», etcétera.

IX

EL VIEJO ESPÍRITU DE LOS GALOS

Este tipo de muchachos existía en Poquelin (Moliere), hijo de los mercados; le hay también en Beaumarchais. Esta pillería es una sombra del espíritu galo. Asociada al buen sentido le da fuerza, como el alcohol al vino. Algunas veces es un defecto. Homero repite muchas veces lo que ha dicho antes, es verdad, y puede decirse que Voltaire pillea. Camilo Desmoulins era de los arrabales. Championet, que trataba brutalmente los milagros, había salido de las calles de París; de pequeño «había inundado» los pórticos de San Juan de Beauvais y de San Esteban del Monte: había tuteado a la urna de Santa Genoveva para después dar órdenes en Nápoles a la redoma de San Jenaro.

El pilluelo de París es respetuoso, irónico e insolente. Tiene feos dientes porque está mal alimentado, y su estómago padece; y buenos ojos porque es agudo. Delante de Jehová saltaría a pie juntillas las gradas del paraíso. Es fuerte para la lucha a zapatazos. Todos los crecimientos le son posibles. Juega en el arroyo, y se levanta en los motines; su descaro persiste ante la metralla; era un pilluelo, y es un héroe; como el tábano, sacude la piel del león; el tambor Barra es un pilluelo de París; grita: ¡Adelante! como el caballo de la Escritura; dice: ¡Va! y en un minuto pasa de rapazuelo a gigante.

Es hijo del cieno, y también de lo ideal. Medid esta escala que va desde Moliere a Barra.

En una palabra, el pilluelo es un ser que se divierte, porque es desgraciado.

---

verso de Homero, ni son melopea, ni cosa que lo valga.

(1) Las caricaturas en la primera época de que habla el autor, daban á la familia de los Borbones la figura de pavos; en la segunda época se pintaba la cara de Luis Felipe en forma de pera.

X

ECCE PARÍS, ECCE HOMO

Para resumirlo ahora todo, diremos, que el pilluelo de París hoy, como el «græculas» de Roma en otro tiempo, es el pueblo niño que tiene en la frente las arrugas del mundo viejo.

El pilluelo es una gracia de la nación, y al mismo tiempo una enfermedad; enfermedad que es preciso curar con la luz.

La luz sanifica.

La luz alumbra.

Todas las generosas irradiaciones sociales parten de la ciencia, de las letras, de las artes, de la educación. Formad hombres, formad hombres. Iluminadlos para que os calienten. Tarde o temprano, la magnífica cuestión de la instrucción universal se establecerá con la irresistible autoridad de la verdad absoluta, y entonces los que gobiernen bajo la vigilancia de la idea francesa, tendrán que elegir entre los hijos de Francia y los pilluelos de París, entre las llamas en la luz, o los fuegos fatuos en las tinieblas.

El pilluelo representa a París, y París representa el mundo.

Porque París es un total: es la cúpula del género humano. Esta prodigiosa ciudad es un resumen de todas las costumbres vivas y muertas.

El que ve a París, ve lo profundo de toda la historia con el cielo y las constelaciones en los intervalos. París tiene un Capitolio: el Hotel de Ville; un Parthenon: Nuestra Señora; un Monte Aventino: el barrio de San Antonio; un Asinario: la Sorbona; un Panteón: el Panteón; una Vía Sacra: el bulevar de los Italianos; una torre de los Vientos: la opinión, y ha reemplazado las Gemonias con el ridículo. Su «majo» se llama faraute «faraud»; su transtiberino se llama arrabalero «faubourien»; su hammal se llama el matón «le fort» del mercado; su lazarone se llama el pigre; su cockney se llama el vago «gandin». En París se halla todo lo que hay en cualquier otra parte. La verdulera de Dumarsais puede medirse con la vendedora de hierbas de Eurípides; el discobolo Veyano revive en el bailarín de cuerda Forioso; Terapontigono Miles estaría muy bien del brazo con el granadero Vadeboncmur; Damasipo el chalán viviría feliz entre los vendedores de trapo y hierro viejo; Vicennes cogería a Sócrates lo mismo que la Agora enjaularía a Diderot; Grimod de la Reyniere ha descubierto el modo de hacer roastbeef con sebo, como Curtilo inventó el erizo asado; vemos reaparecer bajo el globo del Arco de la Estrella el trapecio de Plauto; el traga-espadas del Pecilo inventado por Apuleyo, es el traga-sables del Puente Nuevo, el sobrino de Rameau y Curculion el parásito corren parejas: Ergasilo podría ser presentado en casa de Cambaceres por Aigrefeuille: los cuatro elegantes de Roma Alcesimarco, Phadromo, Diabolo y Argyrico, bajan de la Courtille a la silla de posta de Labatut; Aulo Gelio no se detenía más tiempo ante Congrio, que Carlos Nodier ante Polichinela; Martita no es tigre, como tampoco Pardalisca era dragón; Pantolabio el bufón recuerda en el café inglés a Nomentano el vividor; Hermógenes es tenor de los Campos Elíseos, y en derredor suyo pide Trasio el mendigo vestido de Bobeche; el importuno que os detiene en las Tullerías por el botón de la levita, os hace repetir después de dos mil años el apóstrofe de Tesprión: «¿quis properantem me prehendit pallio?» El vino de Suresne parodia el vino de Alba; el vaso lleno de tinto de Desaugiers se equilibra con la gran copa de Balatron; el Padre Lachaise exhala con las lluvias nocturnas los mismos fuegos fatuos que las Esquilias, y la fosa del pobre comprada por cinco años equivale al ataúd alquilado del esclavo.

Buscad algo que París no tenga. La cubeta de Trofonio no tiene nada que no se encuentre en la de Mesmer; Ergafilao resucita en Cagliostro; el brahman Vasafanta se encarna en el conde de San Germán; el cementerio de San Medardo hace tan buenos milagros como la mezquita umumié de Damasco.

París tiene un Esopo, que es Mayeux, y una Canidia, que es la señorita Lenormand. Agítase como Delfos en las

fosforescentes realidades de la visión; hace girar las mesas como Dodona los trípodes. Pone a la griseta en el trono, del mismo modo que Roma a la cortesana; y en fin, si Luis XV es peor que Claudio, la Dubarry vale más que Mesalina. París combina en un tipo inaudito, que ha vivido, y a cuyo lado hemos pasado, la desnudez griega, la úlcera hebraica y la gracia gascona. Mezcla a Diógenes, a Job y a Paillasse; viste un espectro con números viejos del «Constitucional», y crea Chodruc Duclos.

Aunque Plutarco diga: «el tirano no envejece», Roma, en tiempos de Sila y Domiciano, se resignaba y echaba agua en el vino. El Tíber era un Leteo si ha de creerse el elogio un poco doctrinario que de él hacía Vario Vibisco: «Contra Gracchos Tiberim habemus, Bibere Tiberim, id est seditionem oblivisci.» París bebe un millón de litros de agua al día; pero esto no le impide en las ocasiones tocar generala y somatén.

Por lo demás, París es un buen muchacho; acepta todo regiamente, y no es escrupuloso en la elección de su Venus; su Calipige es Hotentota; con tal de reírse todo lo perdona; la fealdad le divierte, la deformidad le alegra, el vicio le distrae; se puede ser pícaro siendo chistoso; ni aun la hipocresía, ese cinismo supremo, le incomoda; es tan literario, que no se tapa la nariz ante Basilio, ni se escandaliza más de las palabras de Tartufe, que Horacio del «hipo» de Príapo. En París no falta ninguna facción de la fisonomía universal. El baile de Mabille no es la danza polimnia del Janículo; pero en él la revendedora de trajes atrae con sus miradas a la «loreta», del mismo modo que la encubridora Estafila acechaba a la virgen Planesia. La barrera del combate no es un coliseo; pero hay allí tanta ferocidad como si la mirase César. La hostalera Siriaca tiene más gracia que la tía Saguet; pero, si Virgilio frecuentaba la taberna romana, David de Angers, Balzac y Charlet, se han sentado en el figón parisiense. París reina; los genios brillan en su recinto, los diablos prosperan en él. Adonai pasa por él en su carro de doce ruedas de truenos y relámpagos; Sileno, es decir, Ramponneau.

París es sinónimo de Cosmos; París es Atenas, Roma, Sibaris, Jerusalén, Pantin; es un compendio de todas las civilizaciones, y también de todas las barbaries. París sentiría no tener la guillotina.

Algo de guillotina es bueno. ¿Qué sería esta fiesta eterna sin esta salsa?

Nuestras leyes han provisto sabiamente a tal necesidad; y gracias a ellas, la cuchilla se humedece en este continuo Carnaval.

XI

BURLARSE ES REINAR

París no tiene límites: ninguna otra ciudad ha ejercido esa dominación que escarnece alguna vez a los que subyuga. «Agradaros, ¡oh! atenienses», exclamaba Alejandro: París hace algo más que la moda, hace la rutina. Hace el tonto cuando quiere, y alguna vez tiene este lujo; pero entonces todo el Universo hace el tonto con él. París vuelve después en sí, se restriega los ojos, y dice: ¡Qué estúpido soy! y suelta una carcajada a la faz del género humano. ¡Qué admirable es esa ciudad! ¡Qué cosa tan extraña el considerar que lo grandioso y lo burlesco hagan buena amistad; que lo majestuoso no se vea empañado por la parodia, y que la misma boca pueda soplar hoy en la trompeta del juicio final y mañana en una flauta de tallo de cebolla.

París tiene una jovialidad soberana: su alegría es el rayo; su farsa lleva un cetro; su huracán sale muchas veces de una mueca; sus explosiones, sus jornadas, sus obras maestras, sus prodigios, sus epopeyas llegan hasta el fin del Universo, y lo mismo sus tonterías.

Su risa es la boca de un volcán que salpica toda la tierra; sus lazzi son chispas. Impone a los pueblos sus caricaturas lo mismo que su ideal; los más grandes monumentos de la civilización humana aceptan sus ironías y prestan su eternidad a sus truhanerías.

París es grandioso; tiene un magnífico 14 de Julio que da libertad al mun-

do; obliga a repetir a todas las naciones el juramento del Juego de Pelota; su noche de 4 de Agosto destruye en tres horas mil años de feudalismo; hace de su lógica el músculo de la voluntad unánime; se multiplica bajo todas las formas de lo sublime; llena con su resplandor a Wáshington, a Kosciusko, a Bolívar, a Botzaris, a Riego, a Bem, a Manin, a López, a Juan Brown, a Garibaldi; está en todas partes donde resplandece el porvenir, en Boston en 1779, en la isla de León en 1820, en Pesth en 1849, en Palermo en 1860; murmura la poderosa consigna «Libertad», al oído de los abolicionistas americanos agrupados en la barca de Harper's Ferry, y al oído de los patriotas de Ancona reunidos en la sombra en los Arcos, ante la posada de Gozzi; a orillas del mar; crea a Canaris; crea a Quiroga; crea a Pisacane; irradia todo lo grande sobre la tierra; yendo al punto donde su soplo les empuja mueren Byron en Missolonghi, y Mazet en Barcelona; es tribuno con Mirabeau y cráter con Robespierre; sus libros, su teatro, sus artes, sus ciencias, su literatura, su filosofía, son los manuales del género humano: tiene a Pascal, a Regnier, a Corneille, a Descartes, a Rousseau; a Voltaire para cada minuto, a Moliére, para todos los siglos; hace hablar su lengua a la boca universal, y esta lengua llega a ser el verbo; crea en todos los ánimos la idea del progreso; los dogmas libertadores que forja, son para las generaciones espadas flamantes, y con la inspiración de sus pensadores y poetas se ha formado desde 1789 todos los héroes de todos los pueblos. Pero esto no le impide tener pilluelos; y este genio enorme, que se llama París, transfigurando el mundo con su luz, pinta con carbón la nariz de Bouginier en la pared del templo de Tosco, y escribe en las pirámides «Credeville, ladrón».

París está enseñando siempre los dientes; cuando no gruñe, ríe.

Así es París. Las columnas de humo de sus chimeneas son las ideas del Universo. París será, si se quiere, un montón de barro y de piedras; pero, por cima de todo, es un ser moral; es más que grande, es inmenso. ¿Por qué? Porque es audaz.

La audacia: sólo a este precio se obtiene el progreso.

Todas las conquistas sublimes son más o menos el premio del atrevimiento. Para que se verifique la Revolución, no basta que la presienta Montesquieu, ni que Diderot la predique, ni que Beaumarchais la anuncie, ni que Condorcet la calcule, ni que Voltaire la prepare, ni que Rousseau la premedite; es preciso que Danton tenga audacia.

El grito «Audacia» es un «fiat lux». Es necesario para que progrese el género humano, que encuentre en las cumbres de la sociedad lecciones permanentes y altivas de valor. La temeridad deslumbra a la historia, y es una gran luz para el hombre. La aurora es audaz cuando aparece. Intentar, desafiar, persistir, perseverar, ser fiel a sí mismo, luchar cuerpo a cuerpo con el destino, asombrar a la catástrofe con el poco miedo que nos cause, ora haciendo frente a los poderes injustos, ora insultando la victoria llena de embriaguez, resistir y persistir: éstos son los ejemplos que necesitan los pueblos; ésta es la luz que los electriza. El mismo formidable relámpago enciende la antorcha de Prometeo que el botafuego de Cambronne.

XII

EL PORVENIR LATENTE EN EL PUEBLO

En cuanto al pueblo parisiense, aun cuando sea un hombre hecho, siempre es el pilluelo; pintar al niño es pintar la ciudad: por esto hemos estudiado esta águila en el libre pajarillo.

En los arrabales es donde principalmente se presenta la raza parisiense; allí conserva su pureza de sangre, allí está su verdadera fisonomía; allí el pueblo trabaja y padece, y el padecimiento y el trabajo son las dos figuras del hombre. Allí hay cantidades inmensas de seres desconocidos en que hormiguean los tipos más extraños, desde el descargador de la Rapée hasta el desollador de Montfaucon. «Fex urbis», dice Cicerón: «mob», añade Burke indignado; turba, multitud, populacho.

Estas palabras se pronuncian muy fácilmente. Sea; pero, ¿qué importa? ¿qué importa que anden con los pies descalzos? No saben leer: tanto peor: ¿los abandonaréis por eso? ¿Haréis de su desgracia una maldición? ¿Acaso la luz no puede penetrar en esas masas? Volvamos a este grito: luz, obstinémonos en él: ¡luz, luz! ¿Quién sabe si esos seres opacos se harán transparentes? ¿No son transfiguraciones las revoluciones? Andad, filósofos, enseñad, ilustrad, iluminad, pensad alto, hablad alto, corred alegres hacia el vivo sol, fraternizad con las plazas públicas, anunciad las buenas nuevas, prodigad los alfabetos, proclamad los derechos, cantad las marsellesas, sembrad el entusiasmo, arrancad verdes ramas de la encina, haced de la idea un torbellino. La multitud puede llegar a ser sublime. Sepamos utilizar esa vasta hoguera de principios y de virtudes que chisporrotea, estalla y se conmueve a ciertas horas. Esos pies descalzos, esos brazos desnudos, esos harapos, esa ignorancia, esa abyección, esas tinieblas, pueden emplearse en conquistar lo ideal. Mirad al través del pueblo, y descubriréis la verdad. Esa vil arena que oprimís bajo los pies, echadla en el horno, se fundirá, cocerá, se hará brillante cristal; y, gracias a él, Galileo y Newton descubrirán los astros.

XIII

EL NIÑO GAVROCHE

Unos ocho o nueve años después de los acontecimientos que hemos referido en la segunda parte de esta historia, se veía en el bulevar del Temple, y en las regiones del Chateau d'Eau, un muchachillo de once a doce años, que hubiera realizado perfectamente el ideal del pilluelo que hemos bosquejado más arriba, si con la sonrisa propia de su edad en los labios, no hubiera tenido el corazón absolutamente vacío y opaco. Este niño estaba envuelto en un pantalón de hombre, que no era de su padre, y en una camisa de mujer, que tampoco era de su madre. Algunas personas caritativas le habían socorrido con harapos; y, sin embargo, tenía un padre y una madre; pero su padre no pensaba en él, ni su madre le amaba. Era uno de esos muchachos dignos de lástima entre todos los que tienen padre y madre y son huérfanos.

Este muchacho no se encontraba en ninguna parte tan bien como en la calle. El empedrado era para él menos duro que el corazón de su madre.

Sus padres le habían arrojado al mundo de un puntapié.

Había empezado por sí mismo a volar.

Era un muchacho amigo de bulla, descolorido, listo, despierto, truhán, de aire vivo y enfermizo. Iba, venía, cantaba, jugaba al chito, escarbaba en los arroyos; robaba, pero poquito a poquito, como los gatos y los pájaros, alegremente; se reía cuando le llamaban galopín, y se incomodaba cuando le llamaban granuja: no tenía casa, ni pan, ni lumbre, ni amor, pero estaba contento porque era libre.

Cuando estos pobres seres son ya hombres, casi siempre la rueda del orden social los encuentra y los tritura; pero, mientras son muchachos, se escapan porque son pequeños. El menor agujero los salva.

Sin embargo, por más abandonado que estuviese este niño, algunas veces, cada dos o tres meses, decía: ¡Calla! ¡voy a ver a mamá! Y entonces dejaba el bulevar, el Circo, la Puerta de San Martín; bajaba al muelle, pasaba los puentes, entraba en el arrabal, llegaba a la Salpetrière, y se paraba precisamente en el número 50-52, que el lector conoce ya, en la casa de Gorbeau.

En esta época, la casa número 50-52, habitualmente desierta, y eternamente adornada con el letrero: «Cuartos desalquilados», estaba, cosa rara, habitada por ciertos individuos, que, como sucede siempre en París, no tenían ningún vínculo ni relación entre sí. Todos pertenecían a esa clase indigente que principia en el último ciudadano entrampado, y que se prolonga de miseria en miseria por las capas más inferiores de la sociedad, hasta esos dos seres en que vienen a concluir todas las cosas materiales de la civilización: el pocero que limpia las alcantarillas, y el trapero que recoge los harapos.

La «inquilina principal» del tiempo de Juan Valjean había muerto, y había sido reemplazada por otra semejante. No sé qué filósofo ha dicho: Nunca falta una vieja.

Esta nueva vieja se llamaba la señora Burgon, y no tenía nada notable en su vida más que una dinastía de tres papagayos que habían reinado sucesivamente en su corazón.

Los más miserables entre los que vivían en la casa, eran una familia de cuatro personas, padre, madre y dos hijas, ya bastante grandes; todos cuatro vivían en la misma boardilla, en una de aquellas celdas de que hemos hablado.

Esta familia no ofrecía al pronto nada de particular, más que su extrema desnudez; el padre al alquilar el cuarto dijo que se llamaba Jondrette. Algún tiempo después de la mudanza, que se había parecido, usando una expresión memorable de la inquilina principal, «a la entrada de la nada», este Jondrette había dicho a la vieja, que como su antecesora era portera y barría la escalera:

—Tía Fulana, si viniese alguno por casualidad a preguntar por un polaco, o por un italiano, o tal vez por un español, ése soy yo.

Esta familia era la familia del alegre pilluelo. Llegaba allí, encontraba la miseria, y lo que es más triste, no veía ni una sonrisa; el frío en el hogar, el frío en los corazones. Cuando entraba le preguntaban:

—¿De dónde vienes?

Y respondía:

—De la calle.

Cuando se iba le preguntaban:

—¿Adónde vas?

Y respondía:

—A la calle.

Su madre le decía:

—¿Pues a qué vienes aquí?

Este muchacho vivía en una carencia completa de afectos, como esas hierbas pálidas que se crían en las cuevas: mas no sentía el ser así, y no echaba la culpa a nadie; no tenía idea exacta de lo que debían ser un padre y una madre.

Su madre amaba a sus hermanas.

Hemos olvidado decir que en el bulevar del Temple se llamaba este niño el pequeño Gavroche. ¿Por qué se llamaba Gavroche? Probablemente por lo mismo que su padre se llamaba Jondrette.

Parece que el instinto de ciertas familias miserables es romper los hilos que unen a sus individuos.

El cuarto que los Jondrette habitaban en la casa de Gorbeau estaba al extremo del corredor. El contiguo estaba ocupado por un joven muy pobre que se llamaba Mario.

Digamos ahora quién era este Mario.

LIBRO SEGUNDO

El noble de la clase media.

I

NOVENTA AÑOS Y TREINTA Y DOS DIENTES

En las calles de Boucheret, de Normandía y de Saintonge, existen aún algunos vecinos antiguos que han conservado el recuerdo de un buen hombre llamado el señor Guillenormand, y que hablan de él con placer. Este señor era viejo cuando ellos eran jóvenes. Su perfil, contemplado por los que miran melancólicamente el vago movimiento de las sombras que se llama pasado, no ha desaparecido aún del laberinto de las calles próximas al Temple, a las cuales se dieron en tiempo de Luis XIV los nombres de todas las provincias de Francia, así como se dan en nuestros días a las calles del nuevo barrio de Tívoli los nombres de todas las capitales de Europa; progresión, digámoslo de paso, en que es visible el progreso.

El señor Gillenormand, que vivía aún en 1831, era uno de esos hombres a quienes es curioso ver, porque han vivido mucho tiempo, y que son raros, porque antes fueron como todo el mundo, y después no se parecen a nadie. Era un viejo particular, el tipo de otra edad en todo su vigor, el verdadero hombre de la clase media, un poco orgulloso, del siglo XVIII, que vivía en su medianía con la misma altivez que un marqués vive con su marquesado. Había cumplido noventa años y andaba

derecho, hablaba alto, bebía vino puro, comía, dormía y roncaba. Conservaba los treinta y dos dientes; y sólo se ponía anteojos para leer. Era muy aficionado a las aventuras amorosas; pero afirmaba que hacía una docena de años había renunciado decididamente a las mujeres. Decía que ya no podía agradar; pero no añadía:—Soy muy viejo—, sino:—Soy muy pobre: ¡si no estuviera arruinado! ¿eh?—No le quedaba, en efecto, más que una renta de unas quince mil libras. Su sueño dorado era poseer cien mil francos de renta para tener queridas. No pertenecía, pues, a esa variedad enfermiza de octogenarios, que, como Voltaire, han estado moribundos lo que les faltaba de vida; no era la suya una longevidad cascada: aquel gallardo viejo estaba siempre fuerte. Era superficial, de genio pronto, iracundo. Enfurecíase por cualquier cosa, y muchas veces contra la verdad. Cuando se le contradecía levantaba el bastón, y pegaba a la gente, como en el gran siglo. Tenía una hija de más de cincuenta años, soltera, a quien golpeaba a su placer cuando se encolerizaba, y a quien habría dado azotes de buena voluntad. La trataba como si tuviera ocho años. Abofeteaba enérgicamente a sus criadas, y decía:

—¡Ah, perdida!

Uno de sus juramentos era: «¡Por el pantuflo de la pantuflada!» Tenía otras costumbres pacíficas muy singulares. Se hacía afeitar todos los días por un barbero que había estado loco, y que le odiaba, porque tenía celos del señor Gillenormand a causa de su mujer, bonita y coqueta barbera. El señor Gillenormand admiraba su propio discernimiento en todo, y se tenía y declaraba por muy sagaz. Uno de sus dichos era: «Tengo verdaderamente alguna penetración; puedo decir cuando me pica una pulga de qué mujer viene». Las palabras que pronunciaba con más frecuencia eran: «El hombre sensible y la Naturaleza.» Pero no daba a esta última palabra la gran acepción que le ha dado nuestra época: la hacía entrar a su manera en las sátiras del hogar.

—La Naturaleza—decía—, para que la civilización tenga un poco de todo, le da hasta el espécimen de una barbarie divertida. Europa tiene tipos de Asia y de Africa en miniatura. El gato es un tigre de salón, el lagarto es un cocodrilo de bolsillo. Las bailarinas de la Opera son salvajes de color de rosa. No comen a los hombres, pero los chupan; o bien con sus artes los convierten en ostras y se los tragan. Los caribes no dejan más que los huesos; ellas no dejan más que la concha. Tales son nuestras costumbres. No devoramos, pero roemos; no exterminamos, pero arañamos.

II

A TAL AMO TAL CASA

Vivía en el Marais, calle de las Hijas del Calvario, número 6.

La casa era suya, y ha sido ya demolida y reedificada; su número habrá cambiado también en la revolución de números porque pasan las calles de París.

El señor Gillenormand ocupaba una antigua y grande habitación del primer piso, situada entre la calle y los jardines, y adornada hasta el techo de tapices de Gobelinos y de Beauvais que representaban asuntos pastoriles. Los dibujos del techo y de los entrepaños estaban repetidos en pequeño en los sillones. Tenía la cama rodeada de un gran biombo de nueve hojas pintadas con laca de Coromandel. Anchas y largas cortinas pendían de las ventanas y puertas, formando al caer grandes y magníficos pliegues. El jardín, que estaba debajo de estas ventanas, comunicaba con la que estaba en la esquina, por medio de una escalera de doce o quince peldaños, que el dueño dé la casa subía y bajaba alegremente. Además de una biblioteca contigua a su cuarto, tenía un gabinetito, que le gustaba mucho, retiro galante cubierto de una alfombra de color de paja flordelisada y llena de flores, hecha en las galeras de Luis XIV, y encargada por el señor Vivonne a sus presidiarios para su querida. El señor Guillenormand la había heredado de una hermana de su abuelo materno, mujer de genio áspero que había muerto centenaria. El señor Gillenormand había tenido dos muje-

res. Sus modales eran un término medio entre el cortesano, que no había sido, y el hombre de toga, que hubiera podido ser. Era alegre y cariñoso cuando quería serlo. En su juventud había sido de esos hombres a quienes engaña siempre su mujer, y no engaña nunca su querida, porque son a la vez los maridos más bruscos y los amantes más finos. Era también inteligente en pintura. Tenía en su cuarto un magnífico retrato, que no sabía de quién era, pintado por Jordaens, hecho a brochazos, con un millón de detalles como escogidos al acaso. El traje del señor Gillenormand no era el de Luis XV, ni el de Luis XVI; era el traje de los increíbles del Directorio. Se había tenido por joven hasta entonces, y seguía todavía las modas de aquella época. Era un frac de paño fino con grandes solapas, larga cola y grandes botones de acero, calzón corto y zapatos de hebilla. Siempre tenía las manos metidas en los bolsillos. Decía con autoridad: «La Revolución Francesa es una gavilla de forajidos.»

III

LUCAS-ESPÍRITU

A la edad de diez y seis años, una noche en la Opera había tenido el honor de que le dirigiesen sus anteojos a un tiempo dos bellezas, entonces ya maduras, célebres y cantadas por Voltaire: la Camargo y la Sallé. Cogido entre dos fuegos, había hecho una retirada heroica hacia una bailarina llamada Nahemy, que tenía diez y seis años como él, arisca como un gato, y de quien estaba enamorado. Tenía muchos recuerdos, y decía—: ¡Qué hermosa estaba aquella Guimard-Huimardina-Guimardineta la última vez que la vi en Longchamps, con el pelo rizado a lo sentimental, con ven-a-verme de turquesas, vestido de color de recién venida y manguito de agitación!—Había llevado en su adolescencia una chupa de Nain-Londrin, de la cual hablaba con gusto y efusión—. Yo estaba vestido como un turco de Levante Levantino—decía. La señora de Boufflers, que le había visto por casualidad cuando tenía veinte años, le había calificado de «loco encantador». Se escandalizaba de todos los nombres que oía sonar en la política y en el poder, creyéndolos bajos y vulgares. Leía los periódicos, «los papeles noticieros, las gacetas», como decía él, ahogándole la risa. «¡Oh!—exclamaba—: ¡Qué gentes son éstas! ¡Corbiére! ¡Casimiro Perier! ¡Humaim! ¡y esto es ministro! Me figuro leer en un periódico: ¡El señor Gillenormand, ministro! ¡Vaya un sainete! Y serían tan tontos que esto no les sorprendería.» Llamaba alegremente a todas las cosas por su nombre, bueno o malo, y no se cuidaba de que hubiera delante señoras. Decía muchas groserías, obscenidades y porquerías con cierta tranquilidad e indiferencia que eran casi elegantes. Así se hacía en su siglo. Hagamos notar aquí que el tiempo de la perífrasis en verso ha sido el tiempo del lenguaje más libre en prosa. Su padrino había predicho que sería un hombre de genio, y le había puesto estos dos nombres significativos: Lucas-Espíritu.

IV

ASPIRANTE A CENTENARIO

Había ganado premios en la niñez en el colegio de Moulins, que era su patria, y había sido coronado por mano del duque de Nevernais, a quien llamaba el duque de Nevers. Ni la Convención, ni la muerte de Luis XVI, ni Napoleón, ni la vuelta de los Borbones, nada había podido borrar el recuerdo de aquella coronación. «El duque de Nevers» era para él la gran figura del siglo. ¡Qué amable gran señor!—decía—: ¡Qué bien le sentaba el cordón azul!—A los ojos del señor Gillenormand, Catalina II había reparado el crimen de la repartición de Polonia, comprando en tres mil rublos el secreto del elixir de oro a Bestuchef. Esto le entusiasmaba:— El elixir de oro—decía—, la tintura amarilla de Bestuchef, las gotas del general Lamotte valían en el siglo XVIII a luis el frasco de media onza, el gran remedio para las catástrofes amorosas, la panacea contra Venus. El que hubiera querido exasperarle y ponerle fuera de sí, no habría tenido más que decirle que el elixir de oro es

el percloruro de hierro. El señor Gillenormand adoraba a los Borbones y odiaba a 1793 ; refería sin cesar de qué manera se había salvado en el Terror, y cómo había necesitado mucho espíritu y mucho humor para que no le cortasen la cabeza. Si algún joven hacía delante de él el colegio de la República, se ponía azul y se irritaba hasta el desmayo. Algunas veces, aludiendo a su edad de noventa años, decía : «Creo que no veré dos veces el noventa y tres.» Otras decía que pensaba vivir cien años.

V

VASCO Y NICOLASITA

Tenía sus teorías ; y una de ellas era ésta : «Cuando un hombre se enamora apasionadamente de las mujeres, y tiene una mujer propia de quien se cuida poco, fea, de mal genio, legítima, llena de derechos, que cita en seguida el Código, celosa, no hay más que un medio de librarse de ella y de vivir en paz ; y es poner el bolsillo a su disposición. Esta abdicación le hace libre. La mujer se ocupa entonces, hasta con pasión, en el manejo de todo, se mancha los dedos de cardenillo, toma a su cargo la educación de los criados, y la dirección de los colonos, convoca a los procuradores, preside a los notarios, arenga a los curiales, visita a los golillas, sigue los procesos, repasa las escrituras, dicta los contratos, conoce su soberanía, vende, compra, arregla, manda, promete y compromete, ata y desata, cede, concede y retrocede, ordena y desordena, atesora y prodiga, hace calaveradas, felicidad magistral y personal, y todo esto la consuela. Mientras su marido la desprecia, ella tiene la satisfacción de arruinar a su marido.» El señor Gillenormand se había aplicado a sí mismo esta teoría, que había concluído por ser en la práctica su historia. Su segunda mujer había administrado de tal modo sus bienes, que el día feliz en que se quedó viudo, sólo tenía lo justamente necesario para vivir, colocándolo todo a renta vitalicia ; es decir unos quince mil francos de renta, cuyas tres cuartas partes debían extinguirse con él. No dudó, pues, importándole muy poco el cuidado de dejar una herencia. Por otra parte, había visto que los patrimonios estaban sujetos a ciertas vicisitudes ,y que podían convertirse, por ejemplo, «en bienes nacionales» ; había asistido a las conversiones del tercio consolidado, y creía muy poco en el gran libro.—«Todo eso va a parar a la calle Quiacampoix»—decía—. La casa en que vivía en la calle de las Hijas del Calvario era suya, como hemos dicho ya : tenía dos criados, «un macho y una hembra». Siempre que tomaba alguno nuevo lo rebautizaba. Daba a los hombres el nombre de su provincia : Nimois, Contoise, Poitevin, Picardía. El último lacayo que había tenido era un hombre grueso, cansino y fatigoso, de cuarenta y cinco años, incapaz de correr veinte pasos ; pero, como era natural de Bayona, el señor Gillenormand le llamaba Vasco. En cuanto a las criadas, todas se llamaban Nicolasitas (hasta la Magnon, de que hablaremos más adelante).

Un día se presentó a pretender una altiva cocinera, noble, descendiente de la elevada raza de los porteros.

—¿Qué salario queréis al mes?—le preguntó el señor Gillenormand.

—Treinta francos.

—¿Cómo os llamáis?

—Olimpia.

—Pues ganarás cincuenta francos, y te llamarás Nicolasita.

IV

DONDE EL LECTOR VISLUMBRARÁ A LA MAGNON Y A SUS DOS HIJOS

En el señor Gillenormand el dolor se traducía en cólera ; estaba furioso por estar desesperado. Tenía todas las preocupaciones, y se tomaba todas las licencias imaginables. Una de las cosas de que se componía su aspecto exterior y su satisfacción íntima era, según acabamos de indicar, el haberse quedado hecho un galán verde, y pasar por tal ; lo cual llamaba «real fama». La fama real le hacía alguna vez objeto de raras aventuras. Un día le llevaron a su casa en una borrica, lo mismo que se lleva un cesto de ostras,

un robusto niño recién nacido, desgañitándose, muy bien envuelto en mantillas; le daba por suyo una criada echada de su casa seis meses antes. El señor Guillenormand tenía entonces ochenta años justos. En toda la vecindad se levantó un clamor de indignación. ¿A quién quería hacer creer aquello la pícara criada? ¡Qué audacia! ¡Qué abominable calumnia! Pero el señor Gillenormand no sintió cólera alguna. Miró al chiquillo con la amable sonrisa de un hombre halagado por la calumnia, y dijo para que todos lo oyeran: «¿Y qué? ¿Qué es esto? ¿Qué hay? ¿Qué sucede? Os sorprendéis lo mismo que unos ignorantes. El señor duque de Angulema, bastardo de Su Majestad Carlos IX, se casó a los ochenta y cinco años con una muchachuela de quince; el señor Virginal, marqués de Alluye, hermano del cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, tuvo a los ochenta y tres años, de una doncella de la señora presidenta Jacquin, un hijo, un verdadero hijo de amor, que fué caballero de Malta, y consejero de Estado de espada, un grande hombre de este siglo; el abate Tabaraud es hijo de un hombre de ochenta y siete años. Esto no tiene nada de extraordinario. Pues ¿y la Biblia? Pero declaro, a pesar de esto, que este caballerito no es mío. Que le cuiden, porque él no tiene la culpa.» La orden era caritativa, y la criada, que se llamaba Magnon, le hizo otro envío al año siguiente. También era un niño. Ante este golpe, el señor Gillenormand capituló. Envió a la madre estos dos chicuelos, comprometiéndose a pagar para su educación ochenta francos al mes, bajo la condición de que no volviera a las andadas. Y añadió: «Quiero que su madre los trate bien, y yo iré a verlos alguna vez»; y así lo hizo. Había tenido un hermano sacerdote, que había sido rector de la Academia de Poitiers treinta y tres años, y había muerto a los setenta y nueve.—Le he perdido joven—decía—. Este hermano, de quien apenas queda memoria, era un avaro pacífico, que por ser sacerdote se creía obligado a dar limosna a los pobres que encontraba; pero nunca les daba más que moneda falsa, o sueldos que no pasaban, encontrando así un medio de ir al infierno por el camino del paraíso. En cuanto al señor Gillenormand mayor, no comerciaba con la limosna, la daba con gusto y noblemente. Era benévolo, brusco y caritativo; si hubiera sido rico, su inclinación le habría arrastrado a ser magnífico. Quería que todo lo que le rodeara se hiciese en grande, hasta las bribonadas. Un día fué robado en una herencia por un agente de negocios, de una manera grosera y visible, y dijo estas palabras solemnes:

—¡Oh, qué suciamente hecho! ¡Me avergüenzan esas manos puercas! Todo ha degenerado en este siglo, hasta los pillos. ¡Caramba! ¡No es ése el modo de robar a un hombre como yo! Me han robado como en un bosque, pero mal robado. «Silvæ sint consule dignæ!»

Ya hemos dicho que había tenido dos mujeres; la primera le dió una hija que permaneció soltera, y la segunda otra que murió a los treinta años, y se había casado por amor, por casualidad o por otra causa, con un soldado de fortuna, que había servido en los ejércitos de la República y del Imperio, ganando la cruz en Austerlitz, y recibiendo el grado de coronel en Waterloo.

—Es la deshonra de mi familia—decía el viejo Gillenormand.

Tomaba mucho tabaco, y tenía una gracia particular para sacudirse la chorrera de encaje con el revés de la mano. Creía muy poco en Dios.

VII

REGLA: NO RECIBIR A NADIE MÁS QUE POR LA NOCHE

Tal era el señor Lucas-Espíritu Gillenormand, que aun no había perdido sus cabellos, más grises que blancos, y estaba siempre peinado en forma de orejas de perro.

En suma, a pesar de todo esto, era venerable. Tenía algo del siglo XVIII: era frívolo y grande.

En 1814, y en los primeros años de la Restauración, el señor Gillenormand, que era aún joven—no tenía más que setenta y cuatro años—había vivido en

el barrio de San Germán, calle de Servandoni, cerca de San Sulpicio, y no se había retirado al Marais sino al salir del mundo, ya a los ochenta años cumplidos.

Y al salir del mundo se había fortificado en sus costumbres. La principal y más variable, era tener la puerta absolutamente cerrada por el día, y no abrirla a nadie ni por nada más que de noche. Comía a las cinco, y abría después la puerta. Era la moda de su siglo, y no quería oponerse a ella. El día es la canalla — decía—, y no merece más que las maderas cerradas. Las personas de posición encienden su espíritu cuando el cenit enciende sus estrellas—. Y se cerraba para todo el mundo, aunque fuese para el rey. Vieja elegancia de su tiempo.

VIII

LAS DOS NO FORMAN PAREJA

Las dos hijas del señor Gillenormand, de que acabamos de hablar, habían nacido con diez y seis años de intervalo. En su juventud se habían parecido muy poco, y habían sido lo mismo por su carácter que por su fisonomía, lo menos hermanas que pudieran ser. La menor era una alma bellísima, amante de todo lo que era luz, pensando siempre en flores, versos y música, sumida en los espacios gloriosos, entusiasta, etérea, unida desde la infancia en el ideal a una vaga figura heroica. La mayor tenía también su quimera : veía en el azul un asentista, algún gran contratista muy rico, un marido espléndidamente tonto, un millón hecho hombre, o bien un prefecto ; las recepciones de la Prefectura, los ujieres de antecámaras con la cadena al cuello, los bailes oficiales, las arengas de la alcaldía, ser la «señora prefecta» : todo esto fermentaba en su imaginación. Las dos hermanas se extraviaban así, cada una en su respectivo sueño, cuando eran jóvenes. Ambas tenían alas ; la una como un ángel, la otra como un ganso.

Pero, aquí abajo a lo menos, no se realiza ninguna ambición ; en nuestra época no se hace terrenal ningún paraíso. La menor se había casado con el hombre de sus sueños, pero murió. La mayor no se había casado.

En el momento que ésta sale a la escena en la historia que vamos escribiendo, era una virtud vieja, una mojigata incombustible, una de las narices más agudas, y uno de los talentos más obtusos que pueden encontrarse. Señal característica : fuera del estrecho círculo de su familia, nadie había sabido nunca su nombre de pila. Se la conocía por la «señorita Gillenormand mayor».

En materia de canto, la señorita Gillenormand mayor, hubiera ganado punto a una «miss». Era el pudor llevado al extremo. Tenía un recuerdo horrible en su vida ; un día le había visto un hombre la liga.

La edad no había hecho sino aumentar este pudor intransigente. Para ella su pechera no era nunca demasiado opaca, ni subía demasiado : multiplicaba los broches y los alfileres allí donde a nadie podía ocurrírsele mirar. Es muy propio de la mojigatería poner tantos más centinelas, cuanto menos atacada está la fortaleza.

Sin embargo, y el que pueda explicará estos misterios de la inocencia, se dejaba abrazar sin repugnancia por un oficial de lanceros, sobrino segundo suyo, que se llamaba Teodulo.

Prescindiendo de este favorecido lancero, el epíteto «mojigata» con que la hemos calificado, era absolutamente propio. La señorita Gillenormand era una especie de alma crepuscular. La mojigatería es semi-virtud y semi-vicio.

Unía a la mojigatería la falsa devoción que es el forro que le conviene. Era de la cofradía de la Virgen, y llevaba en ciertas fiestas un velo blanco ; mascullaba oraciones especiales, adoraba la «sagrada sangre» y el «sagrado corazón», permanecía horas enteras en contemplación ante un altar de jesuíta antiguo, en una capilla cerrada al común de los fieles, y allí dejaba elevarse al alma entre pequeñas nubes de mármol, y grandes rayos de madera dorada.

Tenía una amiga de capilla, virgen vieja como ella, llamada la señorita Vaubois, enteramente boba, a cuyo la-

do la señorita Gillenormand era un águila. Fuera del «Agnus Dei» y de las «Ave Marías», la señorita Vaubois no sabía más que los diversos modos de hacer confituras; era, pues, perfecta en su género; era el armiño de la estupidez, sin una sola mancha de inteligencia.

Si hemos de decir la verdad, la señorita Gillenormand había ganado más bien que perdido al envejecer, como sucede siempre con las naturalezas pasivas. No había sido mala nunca, lo cual es una bondad relativa; además, los años desgastan los ángulos, y había ya adquirido la dulzura que da el tiempo.

Estaba siempre triste, con una tristeza obscura, cuyo secreto ni aun ella misma poseía. En toda su persona se descubría el estupor de una vida que concluía sin haber empezado.

Dirigía la casa de su padre; y el señor Gillenormand la tenía a su lado del mismo modo que monseñor Bienvenido tenía a su hermana. Estas uniones de un viejo y de una vieja soltera, no son raras, y presentan el espectáculo siempre tierno de debilidades que se sostienen mutuamente.

Había además en la casa, entre esta solterona y este viejo, un joven siempre tembloroso y mudo delante del señor Gillenormand, el cual no le hablaba nunca sino con voz severa, y algunas veces con el bastón levantado:

—¡Aquí, caballerito! Bergante, pillo, acérquese usted. Responda usted, tunante. Que le vea yo a usted, galopín...», etc., etc.

Lo idolatraba.

Era su nieto. Ya nos encontraremos con este joven.

LIBRO TERCERO

El abuelo y el nieto.

I

UNA TERTULIA ANTIGUA

Cuando el señor Gillenormand vivía en la calle de Servandoni, frecuentaba varias reuniones muy buenas y muy nobles, en las cuales era recibido, aunque él no era noble. Como tenía dos clases de talento, primera el que poseía realmente, y segunda, el que le prestaban, era bastante buscado y agasajado. No iba a ninguna parte sino con la condición de dominar. Hay personas que quieren a cualquier costa tener influencia, y que hablen de ellos; donde no pueden ser oráculos, son bufones. El señor Gillenormand no era de esta naturaleza; el dominio que ejercía en los salones realistas que frecuentaba, no costaba nada a su amor propio. Era en todas partes oráculo; a veces rivalizaba con Bonald, y aun con Bergy-Puy-Vallée.

Hacia 1817 pasaba invariablemente dos tardes por semana en una casa próxima, en la calle de Ferou, en casa de la señora baronesa de T., digna y respetable mujer, cuyo marido había sido, en tiempo de Luis XVI, embajador de Francia en Berlín. El barón de T., que en vida era sumamente aficionado a los éxtasis y a las visiones magnéticas, había muerto arruinado en la emigración, dejando por toda herencia diez volúmenes manuscritos, encuadernados en tafilete encarnado y con cantos dorados, de memorias muy curiosas acerca de Mesmer y de su varilla. La señora de T. no había publicado las Memorias por dignidad, y se sostenía con una corta renta, que se había salvado no sabemos cómo: vivía lejos de la corte, de la «sociedad muy mezclada», como ella decía, en un aislamiento noble, altivo y pobre. Algunos amigos se reunían dos veces por semana alrededor de su chimenea de viuda, y formaban una tertulia realista pura. Tomaban te, y daban, según que el impulso del viento se dirigía a la elegía o al ditirambo, gemidos o gritos de horror sobre el siglo, sobre la Carta, sobre los buonapartistas, sobre la prostitución del cordón azul en los plebeyos, sobre el jacobinismo de Luis XVIII, y se hablaba en voz baja de las esperanzas que dejaba concebir el hermano del rey, después Carlos X.

Acogíanse allí con transportes de alegría las canciones picarescas, en que se llamaba «Nicolás» a Napoleón. Las duquesas más delicadas, y las mujeres más encantadoras del mundo se extasiaban oyendo coplas como ésta, dirigidas a los «federados»:

Meteos en los calzones
la camisa, que se escapa;
no digan que los patriotas
levantan bandera blanca.

Divertíanse con juegos de palabras que creían terribles, equívocos inocentes, que suponían llenos de veneno, con cuartetas, y con dísticos, como éstos, contra el ministerio moderado Desolles, de que formaban parte los señores Decases y Deserre :

Pour raffermir le trone ébranlé sur sa base
Il faut changer de sole et de serre et de [case (1).

O arreglaban la lista de la Cámara de los Pares, «Cámara abominablemente jacobina», y combinaban en ella los nombres de manera que resultaban frases como ésta : «Damas, Sabran, Gauvion-Saint-Cyr». Todo alegremente.

En aquella tertulia parodiaban la revolución, porque tenían cierta manía para aguzar la misma cólera en sentido inverso. Cantaban también su «ça ira».

¡Ah, ça ira! ¡ça ira! ¡ça ira!
Les Buonapartistes á la lanterne.

Las canciones son como la guillotina, cortan indistintamente, hoy esta cabeza, mañana aquélla. No hay más que una variación.

En el proceso de Fualdes, que ocurrió en aquella época, en 1816, se tomaba partido por Bastide o por Jausión, porque Fualdes era bonapartista. Llamábase a los liberales «los hermanos y amigos», lo que equivalía a hacerse la mayor injuria.

Como algunos campanarios, la tertulia de la señora baronesa de T. tenía dos gallos. El uno era el señor Gillenormand ; y el otro el conde de Lamothe-Valois, del cual se decía al oído con cierto respeto : «¿No sabéis? Es el Lamothe del asunto del collar.» Los partidos suelen presentar estas amnistías tan singulares.

Consignemos aquí que, en la clase media, ciertas posiciones pierden importancia cuando mantienen relaciones con gente de poca valía ; es preciso mirar bien con quién se trata, porque así como hay pérdida de calórico en la proximidad de un cuerpo frío, así también se pierde consideración con el trato de gente menospreciada. Pero la parte alta de la sociedad antigua saltaba por cima de esta ley como por cima de todas las demás. Marigny, hermano de la Pompadour, entraba en casa del señor príncipe de Subise. ¿A pesar de ser lo que era? No, sino precisamente por ser lo que era. Du Barry, padrino de la Vaubernier, era muy bien recibido en casa del señor mariscal de Richelieu. Esa sociedad es el Olimpo ; Mercurio y el príncipe de Guemené están en él como en su casa ; se admite al ladrón con tal que sea dios.

El conde de Lamothe, que en 1815 era un viejo de setenta y cinco años, no tenía de notable más que su aspecto reservado y sentencioso, su anguloso y frío rostro, sus maneras sumamente finas, su traje abotonado hasta la barba, y sus largas piernas siempre cruzadas y metidas en un ancho pantalón sin gracia alguna, de color de barro de Siena cocido. El color del rostro era el mismo del pantalón.

Este señor de Lamothe era «muy considerado» en esta tertulia, a causa de su celebridad ; y, cosa extraña, pero cierta, a causa también de su nombre de Valois.

En cuanto al señor Gillenormand, la consideración que gozaba era absolutamente de buen género. Había adquirido autoridad. A pesar de su ligereza y sin que se perjudicase en lo más mínimo su galantería, tenía un modo de ser imponente, digno, noble y modestamente altivo, que hacía más respetable su edad. Nadie llega a ser un signo andando impunemente. Los años concluyen por rodear la cabeza de una aureola venerable.

Tenía, además, esos dichos que son completamente de la escuela clásica. Así, cuando el rey de Prusia, después

(1) Estos retruécanos son intraducibles. Suponiendo que Desolles significase De suelos; Deserre quisiera decir De sierras, y Decase De casa, equivaldrían á estos otros:

Para afirmar el trono conmovido en su basa. hay que cambiar de suelos, de sierras y de casa.

de haber restaurado a Luis XVIII, le hizo una visita con el nombre de conde de Rupin, fué recibido por el descendiente de Luis XVI casi como marqués de Brandeburgo, y con la impertinencia más delicada. El señor Gillenormand lo aprobó diciendo:

—Todos los reyes que no son el rey de Francia, son reyezuelos de provincia.

Un día oyó esta pregunta y esta respuesta:

—¿A qué ha sido condenado el redactor del *Correo Francés?*

—A ser suspendido.

—El «sus» está demás; debería ser «pendido» o colgado—observó el señor Gillenormand.

Dichos como éste crean una posición.

Una vez en un *Te-Deum*, en que se celebraba el aniversario de la vuelta de los Borbones, vió pasar al señor Talleyrand, y dijo:

—Ese es su excelencia el Mal.

El señor Gillenormand iba casi siempre a la tertulia acompañado de su hija, aquella alta señorita que a la sazón pasaba de los cuarenta años y representaba cincuenta, y de un guapo niño de siete años, blanco, sonrosado, fresco, de alegres e inocentes ojos que al entrar en la sala oía siempre murmurar a su alrededor estas frases: ¡Qué hermoso es! ¡Qué lástima! ¡Pobre niño! Este niño era el mismo de quien hemos hablado no hace mucho. Se le llamaba «pobre niño» porque su padre era «un bandido del Loira».

Este bandido del Loira era el yerno del señor Gillenormand, de quien hemos dicho ya que había sido calificado por éste como «la deshonra de su familia».

II

UN ESPECTRO ROJO DE AQUEL TIEMPO

Todo el que hubiera pasado en aquella época por la pequeña aldea de Vernon, y se hubiera detenido un momento en aquel hermoso puente monumental, que será substituído en breve probablemente por algún feo puente de hierro, habría podido observar dirigiendo su vista desde lo alto del parapeto, a un hombre de unos cincuenta años, con gorra de badana, vestido de un pantalón y una especie de casaca de burdo paño gris, en la cual llevaba cosida una cosa amarilla que en su tiempo había sido una cinta roja; calzado con almadreñas, tostado por el sol, de modo que tenía la cara casi negra, y el pelo casi blanco, con una gran cicatriz que se corría desde la frente hasta la mejilla; encorvado, doblado, envejecido antes de tiempo; paseándose casi todos los días con una azadilla y una podadera en la mano, por uno de aquellos espacios rodeados de tapias, inmediatos al puente, que se extienden costeando como una cadena de terrados la orilla izquierda del Sena; bonitos cercados llenos de flores, de los cuales podría decirse si fueran mucho mayores: son jardines; y si fueran un poco más pequeños: son ramilletes. Todos estos cercados terminan por un lado en el río y por el otro en una casa.

El hombre de la casaquilla y las almadreñas vivía en 1817 en el más pequeño de estos cercados, y en la más humilde de todas estas casas. Vivía solo y solitario; silenciosa y pobremente con una criada, que no era ni joven ni vieja, ni bonita ni fea, ni campesina ni cortesana. El cuadrado de tierra que llamaba su jardín, tenía fama en el pueblo por la belleza de las flores que cultivaba; porque las flores eran toda su ocupación.

A fuerza de trabajo, de perseverancia, de cuidado y de cubos de agua, había conseguido crear, después del Creador, y había inventado algunos tulipanes y ciertas dalias, que parecían haber sido olvidadas por la Naturaleza. Era ingenioso; había descubierto antes que Soulauge Bodin la formación de montecillos de tierra de brezo para cultivar los raros y preciosos arbustos de América y de China. En el verano, desde que asomaba el día, estaba en su jardín, cavando, cortando, escardando, segando, andando por medio de sus flores con cierto aspecto de bondad, de tristeza y de dulzura; a veces se quedaba pensativo e inmóvil horas enteras, escuchando el canto de un pájaro en un árbol, o el ruido de un niño en una ca-

sa ; a veces, con los ojos fijos en el extremo de la hojita de una hierba, en alguna gota de rocío convertida por los rayos del sol en un rubí. Comía muy frugalmente, y bebía más leche que vino : cedía ante un niño, y le regañaba su criada. Era tímido hasta parecer arisco ; salía muy poco, y no veía a nadie más que a los pobres que llamaban a su ventana, y el padre Mabeut, el cura, que era un buen hombre de bastante edad. Sin embargo, si algún convecino o forastero llamaba a su puerta, deseando ver sus tulipanes y sus rosas, abría sonriéndose. Éste era el «bandido del Loira».

El que hubiera leído por aquel tiempo las memorias militares, las biografías, el «Monitor» y los boletines del gran ejército, habría echado de ver un nombre repetido con frecuencia, el de Jorge Pontmercy. Muy joven aún, este Jorge Pontmercy era soldado en el regimiento de Saintonge. Cuando estalló la Revolución, el regimiento de Saintonge fué agregado al ejército del Rhin. Los antiguos regimientos de la monarquía conservaron los nombres de las provincias, aun después de la caída del trono, y no fueron reformados hasta 1794. Pontmercy peleó en España, en Worms, en Neustadt, en Turkheim, en Alcey, en Maguncia, donde fué uno de los doscientos que formaban la retaguardia de Houchard. Fué también de aquellos doce que pelearon contra el ejército del príncipe de Hesse, detrás de la vieja muralla de Andernach, y no se replegó sobre el grueso del ejército sino cuando el cañón enemigo abrió la brecha desde el cordón del parapeto hasta la misma escarpa. Estuvo con Kleber en Marchiennes, y en la acción de Monte Polisel, en que le rompió un brazo una bala de cañón.

Después pasó a la frontera de Italia, y fué uno de los treinta granaderos que defendieron el desfiladero de Tende con Joubert. Joubert fué nombrado entonces ayudante general y Pontmercy subteniente. Estuvo después al lado de Berthier, en medio de la metralla, en aquella jornada de Lodi que hizo decir a Bonaparte : «Berthier ha sido artillero, soldado de caballería y granadero.» Vió caer en Novi a su antiguo general Joubert, en el momento en que alzando el sable gritaba : ¡ Adelante ! Embarcóse después con su compañía para un asunto de servicio, en un barquillo que iba de Génova a otro puerto de la costa, y cayó en una emboscada de siete u ocho velas inglesas.

El capitán del barco quería arrojar al mar los cañones, ocultar los soldados en el entrepuente, y pasar oculto como un buque mercante ; pero Pontmercy hizo brillar los colores nacionales en el mástil del pabellón, y pasó orgullosamente bajo los cañones de las fragatas británicas. Veinte leguas más allá, creciendo siempre su audacia, con su barquichuelo atacó y apresó un gran transporte inglés que llevaba tropas a Sicilia, tan cargado de hombres y caballos, que iba atestado hasta las velas.

En 1805 perteneció a la división Malher, que se apoderó de Günzburgo contra el archiduque Fernando. En Wettingen recibió en sus brazos, en medio de una lluvia de balas, al coronel Maupetit, herido mortalmente a la cabeza del 9.° de dragones ; y se distinguió en Austerlitz en aquella admirable marcha escalonada, hecha bajo el fuego enemigo.

Cuando la caballería de la guardia imperial rusa destruyó un batallón del 4.° regimiento de línea, Pontmercy fué de los que le vengaron, arrollando a esta tropa. El emperador le concedió la cruz. Pontmercy vió sucesivamente caer prisioneros a Wurmser en Mantua, a Melas en Alejandría, a Mack en Ulm. Formó parte del octavo cuerpo del gran ejército, mandado por Mortier, y conquistador de Hamburgo.

Después pasó al regimiento 55 de línea, que llevaba antes el nombre de Flandes. En Eylau estuvo en el cementerio en que el heroico capitán Luis Hugo, tío del autor de este libro, sostuvo sólo con su compañía, compuesta de ochenta y tres hombres, durante dos horas, todo el empuje del ejército enemigo. Pontmercy fué uno de los tres que salieron vivos de aquel cementerio : estuvo también en Fiedland. Vió a Moscow y el Beresina, se encontró en Lutzen, Bautzen, Dresde. Wachau,

Leipzig, y en los desfiladeros de Gelenhausen, y después en Montmirail, Chateau-Tierry, Graon, en las orillas del Marne, en las riberas del Aisne, y en la temible posición de Laon.

En Arnay-le-Duc, siendo capitán, acuchilló a diez cosacos, y salvó, no a un general, sino a un cabo. Pontmercy fué acuchillado también en esta ocasión y hubo que extraerle veintisiete esquirlas del brazo izquierdo. Ocho días antes de la capitulación de París, acababa de permutar con un compañero, y de entrar en la caballería, pues tenía lo que en el antiguo régimen se llamaba «doble mano», es decir, igual aptitud para manejar el sable o el fusil, y como oficial, un escuadrón o un batallón. De esta aptitud perfeccionada por la educación militar, han nacido ciertos cuerpos especiales, como los dragones, que son al mismo tiempo soldados de a pie y de a caballo. Acompañó a Napoleón a la isla de Elba. En Waterloo era ya jefe de un escuadrón de coraceros en la brigada Dubois. El fué quien cogió la bandera del batallón de Luxemburgo, y fué a ponerla a los pies del emperador, todo cubierto de sangre, pues había recibido, al apoderarse de ella, un sablazo en la cara. El emperador, lleno de satisfacción, le dijo: «Eres coronel, barón y oficial de la Legión de Honor.» Pontmercy respondió: «Señor, os lo agradezco por mi viuda». Una hora después caía en el barranco de Ohain. ¿Quién era este Jorge Pontmercy? Era el bandido del Loira.

Ya conocemos algo su historia. Después de Waterloo, Pontmercy fué sacado, como hemos dicho, del barranco, consiguió unirse al ejército y fué arrastrándose de hospital en hospital ambulante hasta los acantonamientos del Loira. La Restauración le dejó a media paga, y después le envió al cuartel, es decir, sujeto a vigilancia a Vernon. El rey Luis XVIII, considerando como no sucedido todo lo que se había hecho en los Cien Días, no le reconoció ni la gracia de oficial de la Legión de Honor, ni su grado de coronel, ni su título de barón; pero él no perdía ocasión de firmarse «el coronel, barón de Pontmercy.» No tenía más que una vieja casaca azul, y no salía nunca sin poner en ella la roseta de oficial de la Legión de Honor. El fiscal de Su Majestad le previno que se le perseguiría por uso «ilegal» de esta condecoración; y cuando lo supo por tercera persona, Pontmercy respondió con amarga sonrisa:

—O yo no entiendo el francés o vos no lo habláis, lo cierto es que no os comprendo.

Y después salió ocho días seguidos con su roseta: nadie se atrevió a inquietarle.

Dos o tres veces el ministro de la Guerra y el Comandante general del departamento le escribieron con este sobre: «Al señor comandante Pontmercy»; pero él devolvió las cartas sin abrirlas. Napoleón, por entonces, hacía lo mismo en Santa Elena con las cartas de sir Hudson Lowe, dirigidas al «general Bonaparte». Pontmercy había concluído, permítasenos la frase, por tener en la boca la misma saliva que el emperador.

En Roma hubo también prisioneros cartagineses que se negaban a saludar a Flaminio, y mostraban tener algo del alma de Aníbal.

Una mañana encontró al fiscal de Su Majestad en la calle de Vernon, y dirigiéndose a él, le dijo:

—Caballero fiscal, ¿me es permitido llevar mi cicatriz en la cara?

No tenía más que su mezquina media paga de jefe de escuadrón. Había alquilado en Vernon la casa más pequeña que encontró, y en ella vivía solo, como acabamos de decir. En tiempo del Imperio, y entre dos guerras, tuvo tiempo para casarse con la señorita Gillenormand. El viejo ciudadano indignado en el fondo, consintió, suspirando y diciendo: «Las familias más principales se ven obligadas a hacer lo mismo.» En 1815 murió la señora Pontmercy, mujer admirable, elevada, poco común, y digna de su marido dejándole un niño. Ese niño habría sido la felicidad del coronel en su soledad; pero el abuelo había reclamado imperiosamente a su nieto, declarando que, si no se le entregaban, le desheredaría. El padre accedió por el interés del niño, y no pudiendo tener al lado a su hijo, se dedicó a amar a las flores.

Por lo demás, había renunciado a todo; no se movía, ni conspiraba. Dividía su pensamiento entre la inocencia de su presente y la grandeza de su pasado; pasaba el tiempo esperando un clavel, o acordándose de Austerlitz.

El señor Gillenormand no tenía relaciones con su yerno. El coronel era para él «un bandido», y él para el coronel un «necio». El abuelo no hablaba nunca del coronel sino para hacer alguna alusión burlesca a su «baronía». Habían convenido expresamente en que Pontmercy no trataría nunca de ver ni hablar a su hijo, so pena de ver a éste expulsado de la casa y desheredado: los Gillenormand miraban a Pontmercy como un apestado. Querían educar al niño a su manera. El coronel obró mal quizá al aceptar estas condiciones; pero pasó por ellas creyendo obrar bien, y sacrificarse a sí mismo.

La herencia del abuelo Gillenormand era poca cosa; pero la de la señorita Gillenormand mayor era grande, porque su madre había sido muy rica: y habiendo ella permanecido soltera, el hijo de su hermana era su heredero natural. El niño, que se llamaba Mario, sabía que tenía padre; pero nada más. Nadie abría la boca para hablarle de él; pero la gente con quien le hacía tratar su abuelo, con sus cuchicheos, sus medias palabras, sus guiños de ojos, había llamado la atención del niño con el tiempo, y éste había concluído por comprender alguna cosa; y como tomaba naturalmente por una especie de infiltración y de lenta penetración las ideas y las opiniones que formaban a su alrededor, por decirlo así, una atmósfera, llegó poco a poco a no pensar en su padre sino lleno de vergüenza y con el corazón oprimido.

Mientras Mario iba creciendo en esta atmósfera, cada dos o tres meses se escapaba el coronel, iba furtivamente a París como un perseguido por la justicia que ha roto sus cadenas, y se apostaba en San Sulpicio, a la hora en que la señorita Gillenormand llevaba a Mario a misa; y allí temblando de que se volviese la tía, oculto detrás de un pilar, inmóvil, sin atreverse apenas a respirar, estaba mirando a su hijo. Aquel hombre, lleno de cicatrices, tenía miedo de una vieja soltera.

De aquí habían provenido sus relaciones con el cura de Vernon, señor Mabeuf.

Este digno sacerdote tenía un hermano, mayordomo de fábrica de San Sulpicio, que había visto muchas veces a este hombre contemplando a su hijo, y había fijado su atención en la cicatriz que le cruzaba el carrillo, y la gruesa lágrima que pendía de sus ojos. Aquel hombre, de aspecto tan varonil, que lloraba como una mujer, había chocado al mayordomo; su rostro le había impresionado. Un día que fué a Vernon a ver a su hermano, se encontró en el puente al coronel Pontmercy, y conoció en él al hombre de San Sulpicio. El mayordomo habló de él al cura, y ambos, bajo un pretexto cualquiera, hicieron una visita al coronel, visita que trajo detrás de sí otras muchas.

El coronel, muy reservado al principio, concluyó por abrir su corazón; y el cura y el mayordomo llegaron a saber toda la historia, y cómo Pontmercy sacrificaba su felicidad por el porvenir de su hijo. Esto hizo que el cura le mirase con veneración y ternura, y el coronel le cobró afecto. Por lo demás, cuando por casualidad se encuentran un anciano sacerdote y un viejo militar, si ambos son sinceros y buenos, nadie se comprende ni se amalgama más fácilmente; porque en el fondo son una misma cosa; el uno se sacrifica por la patria de aquí abajo, y el otro por la patria de allá arriba; no hay más diferencia.

Dos veces al año, el 1.° de enero y el día de San Jorge, escribía Mario a su padre cartas obligadas que le dictaba su tía, y que parecían copiadas de algún formulario: esto era lo único que toleraba el señor Gillenormand; el padre respondía en cartas muy tiernas, que el abuelo se guardaba en el bolsillo sin leerlas.

III

REQUIESCANT

La tertulia de la señora T. era todo lo que Mario Pontmercy conocía del mundo; aquél era el único agujero por

donde podía mirar la vida. El agujero era sombrío, y recibía por él más frío que calor, más tinieblas que luz.

Este niño, que era la alegría y la luz, al entrar en aquel mundo extraño, adquirió en poco tiempo tristeza, y lo que es más opuesto a sus años, gravedad. Rodeado de todas aquellas personas imponentes y singulares, miraba en su derredor con serio asombro : todo contribuía a aumentar en él este estupor. En la tertulia de la señora T. había algunas viejas nobles muy venerables, que se llamaban Mathan, Noé, Lévis, que se pronunciaba Leví, y Cambis, que se pronunciaba Cambises. Aquellas caras antiguas y aquellos nombres bíblicos se mezclaban en la cabeza del niño con el antiguo Testamento que aprendía de memoria ; y cuando estaban todas sentadas en círculo, alrededor de una lumbre moribunda, iluminadas apenas por una lámpara de pantalla verde, con sus severos perfiles, sus cabellos grises o blancos, sus largos vestidos de otra edad, en los que ni se distinguían más que colores lúgubres, dejando caer a intervalos palabras majestuosas y graves, el niño Mario las contemplaba con ojos azorados, creyendo ver en ellas, no mujeres, sino patriarcas y magos ; no seres reales, sino fantasmas.

A estas fantasmas se agregaban varios curas que frecuentaban aquella tertulia, y algunos nobles : el marqués de Sas***, secretario de órdenes de la princesa de Berry ; el vizconde de Val***, que publicaba bajo el pseudónimo de «Carlos Antonio», odas monorrimas ; el príncipe de Beauf***, que siendo aún joven tenía cabellera gris, y una mujer bonita y de talento, cuyos trajes de terciopelo escarlata con trencilla de oro, muy escotados, eran el escándalo de aquella sombría casa ; el marqués de C*** de E***, que sabía mejor que nadie en Francia «la urbanidad proporcionada» ; el conde de 'Am*** buen hombre, de benévolo semblante, y el caballero de Port-de-Guy, columna de la biblioteca del Louvre, llamada el gabinete del rey. El señor Port-de Guy, calvo, y más bien envejecido que viejo, contaba que en 1793, cuando tenía diez y seis años, había sido condenado a presidio por refractario, y atado a la misma cadena que un octogenario, el obispo de Mirepoix, refractario también, pero como sacerdote, mientras que él lo era como soldado. Estaban en Tolón, y su oficio era ir a recoger por la noche, del cadalso, las cabezas y los cuerpos de los guillotinados por el día : llevaban a cuestas aquellos troncos destilando sangre, de modo que los capotes de presidiario tenían por bajo la nuca una costra de sangre, seca por la mañana y húmeda por la noche. En la tertulia de la señora T. abundaban estas narraciones tragicas ; y a fuerza de maldecir a Marat se aplaudía a Trestaillon. Algunos diputados de los llamados «introuvables», jugaban su partida de wist ; eran el señor Thibord del Chalard, el señor Lemarchant de Gomicourt, y el célebre burlón de la derecha el señor Cornet-Dincourt. El baile de Ferrete con su calzón corto y sus delgadas pantorrillas entraba de paso alguna vez en el salón, al ir a casa del señor Talleyrand. Había sido compañero de locuras del señor conde de Artois, y al revés de Aristóteles acurrucado bajo Campaspe, había hecho andar a la Guimard a cuatro pies, y de consiguiente había demostrado a los siglos cómo puede quedar vengado un filósofo por un baile.

Respecto de los sacerdotes, concurrían allí : el abate Halma, el mismo a quien el señor Larose, su colaborador en «El Rayo», decía : «¡ Bah ! ¿Quién no tiene cincuenta años? Solamente algún boquirrubio» ; el abate Letourneur, predicador del rey ; el abate Frayssinous, que no era aún ni conde, ni obispo, ni ministro, ni par, y que llevaba una sotana vieja sin botones ya, y el abate Keravenant, cura de San Germán de los Prados ; y además el nuncio del Papa, que era entonces monseñor Macchi, arzobispo de Nisibis, después cardenal, que se distinguía por su larga y pensativa nariz, y otro monseñor, que se titulaba el abate Palmieri, prelado doméstico, uno de los siete protonotarios participantes de la Santa Sede, canónigo de la insigne basílica liberiana, abogado de los santos, «postulatore dei santi», lo que se refiere a los asuntos de canonización, y significa, poco más o menos, postulador o receptor de memoriales pa-

ra un sitio en los altares; y en fin, dos cardenales, el señor de la Luzerne y el señor Cl***—T***. El señor cardenal de la Luzerne era escritor, y tuvo algunos años después el honor de firmar al lado de Chateaubriand algunos artículos en el «Conservador». El señor de Cl***—T*** era arzobispo de Toul***, y solía ir con frecuencia a París a pasar una temporada en casa de su sobrino el marqués de T***, que fué ministro de la Guerra y de la Marina. El cardenal era un viejo alegre que enseñaba sus medias moradas bajo la sotana arremangada; su manía era odiar la Enciclopedia, y jugar locamente al billar. La gente que por entonces pasaba en las noches de verano por la calle M*** donde vivía el señor Cl***—T*** se paraba para oír el choque de las bolas, y la aguda voz del cardenal que gritaba a su conclavista, monseñor Cosette, obispo «in partibus» de Caryste: «Apunta, abate, que he hecho carambola». El cardenal de Cl***—T*** había sido presentado en casa de la señora de T. por su más íntimo amigo el señor de Roquelaure, antiguo obispo de Senlis, y uno de los cuarenta. El señor de Roquelaure era notable por su alta estatura y por su asiduidad en la Academia. Al través de la puerta vidriera de la sala próxima a la biblioteca, en que la Academia Francesa celebraba entonces sus sesiones, los curiosos podían ver todos los jueves al antiguo obispo de Senlis, casi siempre en pie, recién empolvado, con medias moradas, volviendo la espalda a la puerta para dejar ver mejor su alzacuello. Todos estos eclesiásticos, que eran tan cortesanos como hombres de Iglesia, aumentaban la gravedad de la tertulia de T., en la cual recargaban el aspecto señorial cinco pares de Francia, el marqués de Vib, el marqués de Tal, el marqués de Herb, el vizconde Damb y el duque Val. Este, aunque era príncipe de Mon, es decir, príncipe soberano extranjero, tenía formada tan alta idea de Francia y de la dignidad de par, que todo lo veía al través de ambas cosas, y solía decir: «Los cardenales son los pares de Francia de Roma, los lores son los pares de Francia de Inglaterra». Por lo demás, como la Revolución en este siglo debe entrar en todas partes, aquel salón feudal estaba, según hemos dicho, dominado por un hombre de la clase media. El señor Gillenormand reinaba allí.

Aquella era la nata y la quinta esencia de la sociedad parisiense que seguía la bandera blanca: allí se ponían a discusión los nombres más conocidos, aunque fueran realistas, porque en la fama hay algo de anarquía. Si Chateaubriand hubiera entrado allí, hubiera producido el efecto del padre Duchesne. Sin embargo, en esta sociedad ortodoxa entraban por tolerancia algunos arrepentidos. El conde Benh*** fué admitido a título de corrección.

Las tertulias «nobles» de hoy no se parecen a aquéllas. El barrio de San Germán moderno huele a hereje, y los realistas de ahora son demagogos, digámoslo en elogio suyo.

En casa de la señora T., como la tertulia se componía de lo más superior, dominaba un gusto exquisito y altivo bajo una urbanidad escogida. Las costumbres llevaban consigo toda clase de refinamientos involuntarios, que eran el antiguo régimen enterrado, pero vivo. Algunas de estas costumbres, en el lenguaje sobre todo, eran muy caprichosas; los observadores superficiales habrían tomado por provincialismos lo que no eran más que antiguallas. Oíase decir allí «la señora generala»; y no era del todo inusitada «la señora coronela». La encantadora señora de León, en recuerdo, sin duda, de las duquesas de Longueville y de Chevreuse, prefería este apelativo a su título de princesa. La marquesa de Crequy se había llamado también «la señora coronela».

En este pequeño círculo aristocrático, se inventó el refinamiento de decir en las Tullerías el hablar al «rey» en tercera persona, y no decir nunca «vuestra majestad», porque este tratamiento había sido «profanado por el usurpador».

Allí juzgaban los hechos y los hombres; se burlaban del siglo, con lo cual quedaban dispensados de comprenderle, auxiliábanse en esta ignorancia, y se comunicaban mutuamente la cantidad de luz que cada uno poseía. Matusalén enseñaba a Epiménides: el sordo ponía al corriente al ciego; declarábase

como no pasado el tiempo desde Clobenza, y así como Luis XVIII estaba por la gracia de Dios en el vigésimo quinto año de su reinado, así los emigrados se encontraban de derecho en el vigésimo quinto año de su adolescencia.

Todo estaba en armonía; nada había vivido demasiado; la palabra, apenas era un soplo; el periódico en conformidad con el salón, parecía un papiro. Había algunos jóvenes, pero estaban casi muertos. En la antécamara, las libreas estaban muy gastadas, porque personas que eran de una edad muy pasada, tenían criados de su época. Todo aquello parecía que había vivido hacía mucho tiempo, y luchaba con el sepulcro. Todo su diccionario se reducía casi a estas palabras: «Conservar, Conservación, Conservador». Lo que importaba era «estar en buen olor». Y en efecto, las opiniones de aquellos grupos venerables estaban embalsamadas; sus ideas olían a nardo. Era aquel un mundo en estado de momia. Los amos estaban embalsamados, los criados empajados.

Una digna marquesa vieja, recién llegada de la emigración y arruinada, no tenía más que una criada, y seguía diciendo: «mis criados».

Pero, ¿y qué hacían en la tertulia de la señora T.? Eran ultras.

¿Y qué quiere decir ser ultra? Esta palabra no tiene hoy significado, aunque lo que representaba no haya desaparecido. Expliquémosla.

Ser ultra es ir más allá; es hacer la guerra al cetro en nombre del trono, y a la mitra en nombre del altar; es maltratar lo que se arrastra; es arrojarse en el tiro de caballos para que vayan más de prisa; es censurar a la hoguera porque quema poco a los herejes; es reprender al idólatra por su poca idolatría; es insultar por exceso de respeto; es hallar en el Papa poco papismo, en el rey poco realismo, y mucha luz en la noche; es estar descontento del alabastro, de la nieve, del cisne y de la azucena en nombre de la blancura; es ser partidario de las cosas hasta el punto de ser su enemigo; es llevar el pro hasta el contra.

El espíritu ultra caracteriza especialmente la primera fase de la Restauración.

No hay nada en la historia semejante al cuarto de hora que empieza en 1814 y termina en 1820 al advenimiento del señor de Villele, el hombre práctico de la derecha. Estos seis años fueron un momento extraordinario, ruidoso y triste a la vez, risueño y sombrío, iluminado como por la claridad del alba, y cubierto al mismo tiempo de las tinieblas de las grandes catástrofes que llenaban aún el horizonte, y se iban perdiendo lentamente en lo pasado.

Hubo en aquella luz y en aquella sombra, un pequeño mundo nuevo y viejo, bufón y triste, juvenil y senil, frotándose los ojos, porque nada se parece al acto de despertar como la vuelta de una emigración; grupo que mira a Francia con ironía; viejos buhos, marqueses finchados, los que desaparecen y los aparecidos, «los ex...» estupefactos de todo, buenos y nobles aristócratas que se sonreían por estar en Francia, y lloraban también sorprendidos al volver a su patria, desesperados de no encontrar su monarquía; la nobleza de las Cruzadas, despreciando a la nobleza del Imperio, es decir, a la nobleza de la espada; las razas históricas que habían perdido la significación de la historia; los hijos de los compañeros de Carlomagno, menospreciando a los compañeros de Napoleón.

Las espadas, como acabamos de decir, se enviaban recíprocamente el insulto; la espada de Fontenoy era cosa de risa, y estaba cubierta de orín; la espada de Marengo era odiosa, y no se veía en ella más que un sable. El «antiguamente» desconocía el «ayer». No se tenía el sentimiento de lo grande, ni el sentimiento de lo ridículo; y hubo quien llamó Scapin a Bonaparte. Aquel mundo ya no existe; nada queda de él; por casualidad alguna figura, y si tratamos de hacerla revivir por medio de la imaginación, nos parece extraña como de un mundo antediluviano; y es que en efecto ha sido sumergido también por un diluvio. Ha desaparecido bajo dos revoluciones. ¡Qué olas tan poderosas son las ideas! ¡Cómo cubren rápidamente todo lo que deben destruir y sepultar en cumplimiento de su misión,

y cuán pronto excavan terribles profundidades!

Tal era la fisonomía de las tertulias de aquellos tiempos lejanos y cándidos, en que el señor Martainville tenía más agudeza que Voltaire.

Estas tertulias tenían una literatura y una política propias. Creíase en Fievée; el señor Agier ponía la ley; comentábase a Colnet, publicista que vendía libros viejos en el muelle Malaquais. Napoleón era conocido sólo por el Ogro de Córcega; pero después la introducción en la historia del señor marqués de Bonaparte, teniente general de los ejércitos del rey, fué una concesión al espíritu del siglo.

Aquellas tertulias no se conservaron puras mucho tiempo. Desde 1818 empezaron a germinar en ellas algunos doctrinarios, matiz sospechoso, que tenía por sistema ser realista disculpándose de serlo. Los doctrinarios estaban avergonzados donde los ultras triunfaban. Tenían talento y guardaban silencio; su dogma político estaba convenientemente aderezado de gravedad; debían, pues, triunfar. Hacían, muy útilmente, excesos de corbata blanca y frac abotonado. El error o la desgracia del partido doctrinario ha sido crear una juventud envejecida. Tomaban posturas de sabios; soñaban con injertar en el principio absoluto y excesivo un poder templado. Oponían, y alguna vez con rara inteligencia, al liberalismo demoledor un liberalismo conservador; y se les oía decir: «Gracia para el realismo: nos ha hecho más de un beneficio. Nos ha traído de nuevo la tradición, el culto, la religión, el respeto; es fiel, valiente, caballeresco, amante, leal. Viene a mezclar, aunque con pesar, las nuevas grandezas de la nación, con las grandezas seculares de la monarquía. Tiene la desgracia de no comprender la Revolución, el Imperio, la gloria, la libertad, las nuevas ideas, las nuevas generaciones, el siglo. Pero este defecto que tiene respecto de nosotros, ¿no lo tenemos algunas veces también respecto de él? La Revolución, de que somos herederos, debe tener inteligencia de todo. El contrasentido del liberalismo es atacar el realismo. ¡Qué falta! ¡Qué ceguedad! Francia revolucionaria no tiene respeto a Francia histórica, es decir, a su madre, es decir, a sí misma. Después del 5 de septiembre se trata a la nobleza de la monarquía como después del 8 se trataba a la nobleza del Imperio. Ellos han sido injustos con el águila; nosotros lo somos con la flor de lis. ¿Se desea, pues, siempre tener algo que proscribir? ¿Es útil acaso desdorar la corona de Luis XIV, raspar el escudo de Enrique IV? ¡Nos burlamos del señor Vlaublanc, que borraba las N del puente de Jena! ¿Y qué hacía? Lo que hacemos nosotros. Bouvines nos pertenece lo mismo que Marengo; y las flores de lis lo mismo que las N. Este es nuestro patrimonio. ¿Por qué disminuirlo? No debemos renegar de la patria ni en lo pasado, ni en lo presente. ¿Por qué no hemos de admitir toda la historia? ¿Por qué no hemos de amar a toda Francia?»

De este modo criticaban y protegían los doctrinarios al realismo, descontento porque le criticaban, irritado porque le protegían.

Los ultras caracterizaron la primera época del realismo; la congregación caracterizó la segunda. A la pasión sucedió la habilidad. Dejemos aquí este bosquejo.

En el curso de esta narración, el autor ha encontrado en su camino este momento curioso de la historia contemporánea; y al pasar ha debido dirigirle una mirada, y trazar alguno de los perfiles singulares de aquella sociedad desconocida hoy. Pero lo hace rápidamente, sin ninguna idea amarga o burlesca. Algunos recuerdos afectuosos y respetuosos, puesto que se refieren a su madre, le unen a este pasado. Por otra parte, digámoslo, aquel pequeño mundo tenía su grandeza. Podemos sonreírnos, pero no despreciarlo ni odiarlo. Era la Francia de otro tiempo.

Mario Pontmercy hizo, como todos los niños, algunos estudios. Cuando salió de las manos de su tía Gillenormand, su abuelo lo entregó a un digno profesor de la más pura inocencia clásica, y aquella joven alma que empezaba a abrirse, pasó de una mojigata a un pedante. Mario pasó los años de colegio, y entró en la escuela de Derecho. Era realista fanático y austero. Amaba muy poco a su abuelo, cuya alegría y cuyo cinismo

le incomodaban, y era sombrío respecto de su padre.

Por lo demás, era un joven entusiasta y frío, noble, generoso, altivo, religioso exaltado, digno hasta la dureza, puro hasta ser insociable.

IV

FIN DEL BANDIDO

La conclusión de los estudios clásicos de Mario coincidió con la salida del mundo del señor Gillenormand. El viejo se despidió del arrabal de San Germán y de las reuniones de la señora T., y fué a establecerse en el Marais, en su casa de la calle de las Hijas del Calvario, donde tenía por criados, además del portero, a la doncella Nicolasita, que había sucedido a la Magnon y al Vasco finchado y cansino, de que hemos hablado algunas páginas antes.

Mario acababa de cumplir diez y siete años en 1827, y un día al volver a su casa vió a su abuelo con una carta en la mano.

—Mario — dijo el señor Gillenormand—, mañana partirás para Vernon.

—¿Para qué?—dijo Mario.

—Para ver a tu padre.

Mario se estremeció. En todo había pensado excepto en que podría llegar un día en que tuviese que ver a su padre. No podía encontrar nada más inesperado, más sorprendente, y digámoslo más desagradable. Era la antipatía obligada a convertirse en simpatía ; no era un disgusto, sino un trabajo fatigoso.

Mario, además de sus motivos de antipatía política, estaba convencido de que su padre, el acuchillador como le llamaba el señor Gillenormand en los días de mayor amabilidad, no le amaba ; esto era evidente, porque le había abandonado así y entregado a otros. Creyendo que no era amado, no amaba. Nada más sencillo, se decía.

Se quedó tan estupefacto, que no preguntó nada al señor Gillenormand. El abuelo añadió :

—Parece que está malo : te llama.

Y después de un rato de silencio :

—Marcharás mañana por la mañana. Creo que hay en la plaza de las Fuentes un carruaje que sale a las seis y llega por la noche. Toma el billete : dice que corre prisa.

Después arrugó la carta y se la metió en el bolsillo.

Mario hubiera podido partir aquella misma noche, y estar al lado de su padre al día siguiente por la mañana ; porque de la calle de Bouloy salía entonces una diligencia que iba a Ruau de noche, y pasaba por Vernon. Pero ni el señor Gillenormand ni Mario pensaron en informarse.

Al día siguiente al anochecer llegaba Mario a Vernon. Principiaban a encenderse las luces : preguntó al primer transeunte : «¿La casa del señor Pontmercy?» Porque en su interior era de las mismas ideas que la Restauración, y no reconocía tampoco en su padre el grado de coronel, ni la baronía.

Indicáronle la casa : llamó ; abrióle una mujer con una lamparilla en la mano.

—¿El señor Pontmercy? — dijo Mario.

La mujer permaneció inmóvil.

—¿Es aquí?—preguntó Mario.

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Puedo hablarle?

La mujer hizo un signo negativo.

—¡Es que soy su hijo! — dijo Mario—. Me espera.

—Ya no os espera—dijo la mujer.

Mario echó entonces de ver que estaba llorando.

La mujer le señaló con el dedo la puerta de una sala baja, donde entró.

En aquella sala, iluminada por una vela de sebo colocada sobre la chimenea había tres hombres ; uno de pie, otro de rodillas y otro en camisa y echado cuan largo era sobre los ladrillos. El que estaba en el suelo era el coronel.

Los otros dos eran un médico y un sacerdote que oraba.

El coronel había sido atacado hacía tres días de una fiebre cerebral : al principio de la enfermedad tuvo un fatal presentimiento, y escribió al señor Gillenormand para llamar a su hijo. El mal había aumentado, y el mismo día de la llegada de Mario a Vernon, el coronel había tenido un acceso de delirio ; se había levantado del lecho a pesar de la oposición de la criada, gritando :

—¡Mi hijo no viene! ¡voy a buscarle!

Y habiendo salido de su cuarto cayó en los ladrillos de la antecámara. Acababa de expirar.

Habían sido llamados el médico y el cura; pero uno y otro habían llegado demasiado tarde. También el hijo llegó tarde.

A la débil luz de la vela se distinguía en la mejilla del tendido y pálido coronel, una gruesa lágrima que había salido de su ojo ya moribundo. El ojo se había apagado, pero la lágrima no se había secado aún. Aquella lágrima era la tardanza de su hijo.

Mario contempló a aquel hombre, a quien veía por primera y última vez; contempló aquella fisonomía venerable y varonil, aquellos ojos abiertos que no miraban, aquellos cabellos blancos, aquellos miembros robustos, en los que se veían acá y allá líneas obscuras que eran sablazos, y unas como estrellas rosadas, que eran agujeros de balas. Contempló aquella gigantesca cicatriz que imprimía un sello de heroísmo en aquella fisonomía, marcada por Dios con el sello de la bondad. Pensó en que aquel hombre era su padre, y en que aquel hombre estaba muerto, y permaneció inmóvil.

La tristeza que experimentó fué la misma que hubiera sentido ante cualquier otro muerto.

Y, sin embargo, en aquella sala se respiraba el dolor, un dolor punzante. La criada sollozaba en un rincón, el cura rezaba y se le oía sollozar, el médica se secaba las lágrimas: el cadáver lloraba también.

El médico, el cura y la mujer miraban a Mario al través de su aflicción, sin decir una palabra: allí era él el extraño; se sentía poco conmovido, avergonzado y en una situación embarazosa: tenía el sombrero en la mano y lo dejó caer al suelo para hacer creer que el dolor le quitaba la fuerza necesaria para sostenerlo.

Al mismo tiempo sentía como un remordimiento, y se reconvenía por obrar así. Pero, ¿era esto culpa suya? ¡No amaba a su padre! ¿Y qué?

El coronel no dejaba nada. La venta de sus muebles apenas alcanzaba para pagar el entierro. La criada encontró un pedazo de papel que entregó a Mario; en él estaba escrito lo siguiente por el mismo coronel:

—«Para mi hijo—. El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. La Restauración me niega este título que he comprado con mi sangre; mi hijo lo tomará y lo llevará. No hay que decir que será digno de él.» A la vuelta, el coronel había añadido: «En esta misma batalla de Waterloo, un sargento me salvó la vida: se llama Thenardier. Creo que últimamente tenía una posada en un pueblo de los alrededores de París, en Chelles o en Montfermeil. Si mi hijo lo encuentra, haga por él todo el bien que pueda.»

Mario cogió este papel y lo guardó, no por amor a su padre, sino por ese vago respeto a la muerte, que tan imperiosamente vive en el corazón del hombre.

Nada quedó del coronel. El señor Gillenormand hizo vender a un prendero su espada y su uniforme. Los vecinos echaron a perder el jardín, y cogieron las flores más raras; las demás plantas se convirtieron en maleza, y murieron.

Mario permaneció sólo cuarenta y ocho horas en Vernon. Después del entierro volvió a París, y se entregó de nuevo al estudio del Derecho, sin pensar más en su padre, como si no hubiera existido nunca. El coronel fué enterrado en dos días, y olvidado en tres.

Mario llevaba una gasa en el sombrero. A esto se redujo todo.

V

DONDE SE VERÁ CUÁN ÚTIL ES IR A MISA PARA HACERSE REVOLUCIONARIO

Mario había conservado los hábitos religiosos de la infancia. Un domingo que fué a misa a San Sulpicio, a la misma capilla de la Virgen a que le llevaba su tía cuando era pequeño, estaba distraído y más pensativo que de ordinario y se había colocado detrás de un pilar, y arrodillado, sin advertirlo, sobre una silla de terciopelo de Utrecht, en cuyo respaldo estaba escrito este nombre: «Señor Mabeuf, mayordomo». Apenas empezó la misa, se presentó un anciano, y le dijo:

—Caballero, ése es mi sitio.

Mario se apartó en seguida, y el viejo ocupó su silla.

Cuando acabó la misa, Mario permaneció pensativo a algunos pasos; el viejo se acercó otra vez, y le dijo:

—Os pido perdón de haberos distraído antes y de distraeros aún un momento; pero tal vez me habréis creído impertinente, y debo daros una explicación.

—Es inútil, caballero—dijo Mario.

—¡Oh!—contestó el viejo—, no quiero que forméis mala idea de mí. Este sitio es mío. Me parece que desde él es mejor la misa. ¿Y por qué? Voy a decíroslo. A este mismo sitio he visto venir por espacio de diez años, cada dos o tres meses, regularmente, a un pobre padre que no tenía otro medio ni otra ocasión de ver a su hijo, porque se lo impedían cuestiones de familia. Venía a la hora en que sabía que traían a su hijo a misa. El niño no sabía que su padre estaba ahí, ni aun sabía, tal vez, el inocente, que tenía padre. El padre se ponía detrás de una columna para que no le viesen, miraba a su hijo y lloraba. ¡Cuánto le quería el pobre hombre! Yo lo he visto. Ese sitio está como santificado para mí, y he tomado la costumbre de venir a él a oír misa. Le prefiero al sillón de la mayordomía que debería ocupar. He tratado un poco a ese caballero de que os hablo. Tenía un suegro y una tía rica, y parientes que amenazaban desheredar al hijo si le veía; y se sacrificaba porque su hijo fuese algún día rico y feliz. Le separaban de ello las opiniones políticas. Ciertamente yo apruebo la opinión política; pero hay personas que no la tienen con prudencia. ¡Dios mío! Porque un hombre haya estado en Warteloo no es un monstruo; no por eso se debe separar a un padre de su hijo. Era un coronel de Bonaparte, y ha muerto, según creo. Vivía en Vernon, donde tengo un hermano cura, y se llamaba una cosa como Potmarie o Montpercy... Tenía una gran cicatriz de un sablazo.

—Pontmercy—dijo Mario, poniéndose pálido.

—Precisamente, Pontmercy. ¿Le habéis conocido?

—Caballero—dijo Mario—, era mi padre.

El viejo mayordomo juntó las manos, y exclamó:

—¡Ah, sois su hijo! Sí, ahora debía de ser ya un hombre. Pues bien, podéis decir que habéis tenido un padre que os ha querido mucho.

Mario ofreció el brazo al anciano y le acompañó hasta su casa.

Al día siguiente dijo al señor Gillenormand:

—Hemos arreglado entre algunos amigos una partida de caza. ¿Me dejáis ir por tres días?

—¡Por cuatro!—respondió el abuelo—. Anda, diviértete.

Y, guiñando el ojo, dijo en voz baja a su hija:

—Algún amorcillo.

VI

DONDE SE VERÁN LAS CONSECUENCIAS DE HABER ENCONTRADO A UN MAYORDOMO

Más adelante veremos adónde fué Mario.

El joven estuvo tres días ausente, después volvió a París, se fué derecho a la biblioteca de Jurisprudencia, y pidió la colección del «Monitor».

Leyó el «Monitor», leyó la historia de la República y del Imperio, el «Memorial de Santa Elena», todas las Memorias, todos los periódicos, todos los boletines, todas las proclamas, todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre de su padre en los boletines del gran ejército, tuvo calentura toda una semana. Visitó a los generales a cuyas órdenes había servido Jorge Pontmercy, y entre otros al conde H. El mayordomo Mabeuf, a quien había vuelto a ver, le contó la vida de Vernon, el retiro del coronel, sus flores, su soledad. Mario llegó a conocer enteramente a aquel hombre raro, sublime y amable, a aquella especie de león-cordero, que había sido su padre.

Mientras tanto, ocupado en este estudio que le consumía todo el tiempo y todos sus pensamientos, casi no veía al señor Gillenormand. Presentábase a las

horas de comer; buscábanle después; mas ya no estaba en casa. La tía murmuraba. Gillenormand se sonreía:

—¡Bah! ¡bah! Está en la edad de los amores.

Y alguna vez añadía:

—¡Demonio! creía que esto era una distracción; pero voy viendo que es una pasión.

Era una pasión, en efecto: Mario iba adorando a su padre.

Un cambio extraordinario, se estaba verificando en sus ideas. Las fases de este cambio fueron muchas y sucesivas; y como ésta es la historia de muchos talentos de nuestra época, creemos útil seguir estas fases paso a paso, e indicarlas todas.

La historia en que había fijado la vista le deslumbraba.

El primer efecto fué un deslumbramiento.

La República, el Imperio, no habían sido para él hasta entonces más que palabras monstruosas. La República, una guillotina en un crepúsculo; el Imperio, un sable en la noche. Pero acababa de mirar ambas cosas, y donde no esperaba encontrar más que un caos de tinieblas, había visto con inaudita sorpresa, y con no menos temor y alegría, brillar astros como Mirabeau, Vergniaud, Saint-Just, Robespierre, Camilo Desmoulins, Dantón, y salir un sol, Napoleón. No sabía dónde estaba: retrocedía ciego ante tanta claridad. Poco a poco fué pasando el asombro, se acostumbró a aquel esplendor, consideró los actos sin pasión, examinó a los hombres sin terror; la Revolución y el Imperio se pusieron luminosamente en perspectiva ante su vista, y vió a cada uno de estos dos grupos de sucesos y de hombres resumirse en dos grandes hechos: la República, en la soberanía del derecho civil restituída al pueblo; el Imperio, en la soberanía de la idea francesa impuesta a Europa: vió salir de la Revolución la gran figura de Francia. Y declaró en su conciencia que todo esto había sido bueno.

No creemos necesario indicar aquí lo que pasó por alto su deslumbramiento en esta primera apreciación demasiado sintética. Lo que pintamos es el estado de su mente en marcha; y los progresos no se hacen en una etapa. Dicho esto de una vez para siempre, así para lo que precede, como para lo que sigue, continuemos.

Entonces conoció que hasta aquel momento no había comprendido, ni a su patria, ni a su padre. No había conocido, ni a una, ni a otro: había tenido una especie de venda voluntaria ante los ojos. Ahora veía; y por un lado admiraba y por otro adoraba.

Estaba lleno de pesares, de remordimientos; pensaba desesperado que no podía decir todo lo que tenía en el alma más que a una tumba. ¡Oh! si su padre hubiera vivido, si le tuviera aún, si Dios compadecido y bondadoso, hubiera permitido que viviera aún su padre, cómo habría corrido, cómo se habría precipitado, cómo le habría gritado: ¡Padre! ¡mírame! ¡soy yo! ¡yo, que tengo el mismo corazón que tú! ¡Soy tu hijo!» ¡Cómo habría abrazado su encanecida frente inundando sus cabellos de lágrimas, contemplando su cicatriz, estrechado sus manos, adorado su ropa, besado sus pies! ¡Oh! ¿por qué había muerto su padre tan pronto, antes de tiempo, antes de la justificación, antes del amor de su hijo? Mario tenía un llanto continuo en el corazón, que decía a cada momento: «¡Ay!» Al mismo tiempo se hacía más formal, más grave, se afirmaba en su fe, en su pensamiento. A cada instante un rayo de luz de la verdad venía a completar su razón; verificábase en él un verdadero crecimiento interior. Sentía una especie de engrandecimiento natural, producido por dos cosas nuevas para él: su patria y su padre.

Como sucede cuando se posee una clave, todo se abría para él; se explicaba lo que había aborrecido, y penetraba en lo que había condenado. Veía claramente el sentido providencial, divino y humano, de las grandes cosas que le habían enseñado a detestar, y de los grandes hombres a quienes le habían enseñado a maldecir. Cuando pensaba en sus antiguas ideas, que eran de ayer, y sin embargo, le parecían muy viejas, se indignaba y se sonreía. De la rehabilitación de su padre había pasado naturalmente a la rehabilitación de Napoleón.

Sin embargo, hagamos notar que és-

ta no se había verificado sin trabajo.

Desde la infancia le habían imbuído en el juicio que el partido de 1814 había formado acerca de Bonaparte. Ahora bien, todas las preocupaciones de la Restauración, sus intereses y sus instintos tendían a desfigurar a Napoleón: le execraban más aún que a Robespierre: la Restauración había explotado hábilmente el cansancio de la nación y el odio a las madres. Bonaparte había llegado a ser una especie de monstruo casi fabuloso; y para presentarlo a la imaginación del pueblo, que como hemos dicho hace poco, se parece a la imaginación de los niños, el partido de 1814 evocaba sucesivamente todas las máscaras más horribles, desde lo que es terrible sin dejar de ser grandioso, hasta lo terrible grotesco, desde Tiberio hasta el Coco. Así hablando de Bonaparte, cada uno podía libremente sollozar, o reventar de risa con tal que le odiase. Mario no había tenido nunca, acerca de este hombre—como le llamaban—más ideas que éstas, y se habían combinado en su mente con la tenacidad propia de su carácter. Tenía dentro de sí mismo un hombrecillo testarudo que odiaba a Napoleón.

Pero, leyendo la historia, estudiándola en los documentos y en los materiales, se fué rasgando poco a poco el velo que cubría a Napoleón a los ojos de Mario. Entrevió primero algo inmenso, y sospechó que se había engañado acerca de Bonaparte como en lo demás; cada día veía mejor, y empezó a subir lentamente, paso a paso, primero casi con sentimiento, y después con entusiasmo, y como atraído por una fascinación irresistible, los escalones sombríos, luego los iluminados vagamente y por último, los luminosos y radiantes de entusiasmo.

Una noche estaba solo en su pequeña habitación que lindaba con el tejado. La vela estaba encendida; leía, apoyado de codos en la mesa, al lado de la ventana abierta; una multitud de pensamientos salía del espacio, y se mezclaba con sus ideas. ¡Qué espectáculo es la noche! Oyense ruidos sordos sin saber de dónde vienen; se ve centellear como una chispa a Júpiter, que es mil doscientas veces mayor que la Tierra; el azul es negro, las estrellas brillan. Esto es sublime.

Leía los boletines del gran ejército, esas estrofas homéricas, escritas sobre el campo de batalla; veía en ellos por intervalos el nombre de su padre, y siempre al nombre del emperador; aparecía a sus ojos todo el gran Imperio; sentía como una marea que se elevase en su interior; en algunos momentos le parecía que su padre pasaba a su lado como un soplo, y le hablaba al oído; íbase abstrayendo poco a poco, creía oír los tambores, el cañón, las cornetas, el paso mesurado de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; de tiempo en tiempo sus ojos se elevaban al cielo, y veían brillar en las profundidades sin fondo las colosales constelaciones, y bajaban después al libro y veían moverse confusamente otras cosas colosales. Tenía el corazón oprimido.

Estaba enajenado, tembloroso, anhelante; mas de pronto, sin saber él mismo lo que por él pasaba, ni a quién obedecía, se levantó, extendió ambos brazos fuera de la ventana, miró fijamente a la sombra, al silencio, al infinito tenebroso, a la inmensidad eterna, y gritó:

—¡Viva el emperador!

Desde aquel momento el Ogro de Córcega, el tirano, el usurpador, el monstruo, amante incestuoso de sus hermanas, el histrión que tomaba lecciones de Talma, el envenenador de Jafa, el tigre, Bonaparte, todo esto desapareció y dejó el sitio en su espíritu a un vago y brillante esplendor, en que brillaba a una altura inaccesible el pálido fantasma de mármol del César. El emperador sólo había sido para su padre el querido capitán a quien se admira, y por quien se sacrifica el soldado: Mario y fué algo más; fué el constructor predestinado del grupo francés, sucesor del grupo romano en la denominación del Universo; fué el prodigioso arquitecto de un cataclismo, el continuador de Carlo Magno, de Luis XI, de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV y del comité de salvación pública, que tenía, sin duda, sus defectos, sus faltas, su crimen, es decir, era hombre pero era grande en sus faltas, brillante en sus manchas, poderoso en su crimen.

Fué el hombre predestinado que obli-

gó a todas las naciones a decir : la gran nación ; fué más propiamente la encarnación de Francia conquistando Europa con la espada, y el mundo con la luz que despedía. Mario vió en Bonaparte el espectro deslumbrador que se elevará siempre en la frontera y guardará el porvenir. Déspota, pero dictador, déspota, hijo de una república, y símboló de una revolución, Bonaparte fué para Mario el hombre pueblo, así como Jesús era el hombre Dios.

Vese aquí que, como sucede a todos los recién convertidos a una religión, su conversión le embriagaba, le precipitaba y le llevaba demasiado lejos. Su temperamento era así ; puesto en una pendiente le era imposible detenerse. El fanatismo por el sable le arrebataba, y se complicaba en su espíritu con el entusiasmo por la idea. No conocía que con el genio admiraba juntamente la fuerza, es decir, que instalaba en los dos recintos de su idolatría lo divino y lo brutal. Bajo varios puntos de vista se había vuelto a engañar otra vez. Todo lo admitía. Hay un modo de encontrarse con el error en el camino de la verdad. Tenía una especie de buena fe violenta que todo lo abrazaba en conjunto. En la nueva vía en que había entrado, al juzgar los errores del antiguo régimen, lo mismo que al medir la gloria de Napoleón, despreciaba las circunstancias atenuantes.

Sea como fuese, había dado un paso inmenso. Donde había visto antes la caída de la monarquía, veía ahora el porvenir de Francia. Había cambiado la orientación. Lo que había sido el Ocaso era el Levante ; había dado una vuelta completa.

Todas estas revoluciones se verificaban en él sin que su familia lo sospechase.

Cuando en esta misteriosa metamorfosis hubo perdido completamente la antigua piel de borbónico y de ultra ; cuando se despojó del traje de aristócrata y de realista ; cuando fué completamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, se dirigió a casa de un grabador de la calle de Orfevres, y mandó hacer cien tarjetas con esta inscripción : «El barón Mario Pontmercy».

Lo cual era una consecuencia lógica del cambio que se había verificado en él, cambio en que todo gravitaba alrededor de su padre.

Sólo que, como no conocía a nadie, y no podía dejar las tarjetas en ninguna portería, se las guardó en el bolsillo.

Por otra consecuencia natural, a medida que se aproximaba a su padre, a su memoria, a las cosas porque el coronel había peleado veinticinco años, se alejaba de su abuelo. Ya hemos dicho que hacía algún tiempo no le agradaba el genio del señor Gillenormand. Entre ambos había todas las disonancias que puede haber entre un joven grave y un viejo frívolo. La alegría de Jeronte repugna y exaspera a la melancolía de Werther. Mientras que habían tenido unas mismas opiniones políticas y comunes ideas, Mario se encontraba como en un puente con el señor Gillenormand. Cuando se hundió el puente, los separó el abismo. Además, Mario sentía inexplicables impulsos de rebelión cuando recordaba que el señor Gillenormand, por estúpidos motivos, le había separado sin piedad del coronel, privando al hijo de su padre y al padre de su hijo.

A fuerza de compasión hacia su padre, había llegado casi a tener aversión a su abuelo.

Pero nada de esto, como hemos dicho, salía al exterior. Solamente cada día se mostraba más frío, más lacónico en la mesa, y con más frecuencia ausente de la casa.

Cuando su tía le reprendía, era muy respetuoso, y daba por pretexto sus estudios, el curso, los exámenes, las conferencias, etc. El abuelo no salía de su infalible diagnóstico : .

—¡ Enamorado ! ¡ Yo bien sé lo que son esas cosas !

Mario hacía de cuando en cuando algunas escapatorias.

—Pero, ¿adónde va?—preguntaba la tía.

En uno de estos viajes, siempre cortos, fué a Montfermeil para cumplir la indicación que su padre le había dejado hecha, y buscó al antiguo sargento de Waterloo, al posadero Thenardier. Thenardier había quebrado ; la posada estaba cerrada, y nadie sabía qué había sido de él. Mario, a causa de estas investigaciones, estuvo cuatro días fuera de casa.

—Decididamente—dijo el abuelo—se extravía.

Habíase notado que llevaba bajo la camisa, sobre el pecho, algo que pendía de una cinta negra que colgaba del cuello.

VII

ALGÚN AMORCILLO

Hemos hablado de un lancero.

Era un sobrino tercero que tenía el señor Gillenormand, por parte de padre, y que llevaba, lejos de la familia y del hogar doméstico, la vida de guarnición. El teniente Teodulo Gillenormand tenía todas las condiciones necesarias para ser lo que se llama un lindo oficial. Tenía «cuerpo de señorita», cierto modo triunfal de arrastrar el sable, y bigote retorcido. Iba raras veces a París, tanto que Mario no le había visto nunca. Los dos primos sólo se conocían de nombre. Teodulo era, según creemos haber dicho ya, el favorito de la tía Gillenormand, que le prefería porque no le veía. No ver a las personas es una cosa que permite suponer en ellas todas las perfecciones.

Una mañana, la señorita Gillenormand mayor entró en su cuarto tan conmovida como podía permitirlo su afabilidad. Mario acababa de pedir a su abuelo permiso para hacer un viaje, diciendo que pensaba partir aquella misma noche. «¡Anda!» le había respondido el abuelo, y el señor Gillenormand había añadido aparte, arqueando las cejas: «¡Duerme fuera con reincidencia!» La señorita Gillenormand había subido a su cuarto muy azorada, y había dejado escapar en la escalera esta exclamación: «¡Es mucho!» y esta interrogación: «¿Pero adónde va?» Entreveía alguna aventura de corazón más o menos ilícita, una mujer en la penumbra, una cita, un misterio, y no la hubiera disgustado haberla podido echar el lente. La cala y cata de un misterio es como el principio de un escándalo; no le detestan las almas más santurronas. Hay en los secretos receptáculos de la mojigatería alguna curiosidad para el escándalo.

Veíase, pues, dominada por el vago prurito de saber una historia.

Para distraerse de esta curiosidad, que la agitaba un poco más de lo que era costumbre, se había refugiado en sus habilidades, y se había puesto a festonear con algodón y sobre algodón uno de esos bordados del Imperio y de la Restauración, en que hay muchas ruedas de cabriolé. Obra tosca, obrera brusca. Estaba hacía algunas horas en su silla, cuando se abrió la puerta. La señorita Gillenormand levantó la nariz; el teniente Teodulo estaba en su presencia haciéndole el saludo de ordenanza. Dió un grito de alegría. Una mujer puede ser vieja, mojigata, devota, tía, pero siempre se alegra al ver entrar en su cuarto a un lancero.

—¡Tú aquí, Teodulo!—exclamó.

—¡De paso, tía!

—Pero, ¡abrázame! ¡ven!

—¡Ya está!—dijo Teodulo.

Y la abrazó. La tía Gillenormand fué a su tocador y lo abrió.

—¡Te quedarás con nosotros una semana!

—Me marcho esta tarde, tía.

—¡No es posible!

—Matemáticamente.

—Quédate, Teodulito, te lo ruego.

—El corazón dice que sí, pero la consigna dice que no. La historia es muy sencilla. Cambiamos de guarnición; estábamos en Melun y nos llevan a Gaillon. Para ir de la antigua guarnición a la nueva tenemos que pasar por París, y me he dicho: Voy a ver a mi tía.

—Pues aquí tienes por la molestia.

Y le puso diez luises en la mano.

—Por el placer querréis decir, querida tía.

Teodulo la abrazó por segunda vez y ella tuvo el placer de que la rozara un poco el cuello con los cordones del uniforme.

—¿Haces el viaje a caballo con tu regimiento?

—No, tía. He querido veros, y tengo un permiso especial. El asistente lleva mi caballo, y yo voy por la diligencia. Y a propósito, tengo que preguntaros una cosa.

—¿El qué?

—¿Está de viaje también mi primo Mario Pontmercy?

—¿Cómo sabes tú eso?—dijo la tía, súbitamente excitada en lo más vivo de la curiosidad.

—Al llegar he ido a la diligencia a tomar mi asiento en berlina.

—¿Y qué?

—Que había ido ya un viajero a tomar un asiento en imperial, y he visto su nombre en la hoja.

—¿Qué nombre?

—Mario Pontmercy.

—¡Ah, pícaro!—exclamó la tía—. Tu primo no es un muchacho de juicio como tú. ¡Decir que va a pasar la noche en diligencia!

—Como yo.

—Pero tú lo haces por obligación, y él por desorden.

—¡Ah!—dijo Teodulo.

En esto sucedió una cosa notable a la señorita Gillenormand: se le ocurrió una idea. Si hubiera sido hombre se habría dado una palmada en la frente.

—¿Sabes que tu primo no te conoce?—preguntó repentinamente a Teodulo.

—No. Yo lo he visto; pero él nunca se ha dignado mirarme.

—¿Y vais a viajar juntos?

—El en imperial, y yo en berlina.

—¿Adónde va esa diligencia?

—A los Andelys.

—¿Y va allí Mario?

—Sí, como no sea que haga lo que yo, y se quede en el camino. Yo bajo en Vernon para tomar la silla de Gaillon. No sé el itinerario de Mario.

—¡Mario! ¡Qué nombre tan vulgar! ¡Qué ocurrencia el haberle llamado Mario! ¡Pero tú, a lo menos, te llamas Teodulo!

—Mejor quisiera llamarme Alfredo—dijo el oficial.

—Escucha, Teodulo.

—Ya escucho, tía.

—Pon atención.

—Pongo atención.

—¿Estás?

—Sí.

—Pues bien; Mario se ausenta a menudo.

—¡Eh!

—Viaja.

—¡Ah!

—Duerme fuera de casa.

—¡Oh!

—Quisiéramos saber qué hay en esto.

Teodulo respondió con la calma de un hombre curtido:

—Algún amorío.

Y con esa risa entre cuero y carne que pone de manifiesto la certidumbre, añadió:

—Alguna chica.

—Es evidente—dijo la tía, que creyó oír hablar al señor Gillenormand, y que sintió salir irresistiblemente su convicción de esta palabra «chica», acentuada casi de la misma manera por el tío y el sobrino. Después añadió—: Haznos el favor. Sigue un poco a Mario; esto te será fácil porque no te conoce; y supuesto que hay una chica, haz por verla. Nos escribirás la aventura, y se divertirá el abuelo.

No le gustaba mucho a Teodulo este espionaje; pero los diez luises le habían conmovido y creía que podrían traer otros detrás de él. Aceptó, pues, la comisión, y dijo:

—Como queráis, tía—añadiendo por lo bajo—: Ya estoy convertido en dueña.

La señorita Gillenormand lo abrazó.

—No harías tú nunca esto, Teodulo. Tú obedeces a la disciplina, eres esclavo de la consigna, eres un hombre escrupuloso y fiel a tus deberes, y no abandonarías a tu familia por ir a ver una muchacha.

El lancero, satisfecho, hizo el mismo gesto que haría el célebre ladrón Cartucho, elogiado por su probidad.

En la noche que siguió a este diálogo, Mario subió a la diligencia sin sospechar que iba vigilado. En cuanto al vigilante, la primera cosa que hizo fué dormirse con un sueño completo y concienzudo. Argos pasó roncando toda la noche.

Al despertar el día, el mayoral de la diligencia gritó:

—¡Vernon! ¡Relevo de Vernon! ¡Los viajeros de Vernon!

Y el teniente Teodulo se despertó.

—¡Bueno!—murmuró medio dormido aún—; aquí es donde me bajo.

Después empezó a despejarse su memoria poco a poco, y se acordó de su tía, de los diez luises y de la promesa que había hecho de contar los hechos y los gestos de Mario. Esto le hizo reír.

—Ya no estará tal vez en el coche—pensó abotonándose el peto—. Ha podido quedarse en Poissy, y ha podido quedarse en Triel: si no ha bajado en

Meulan, puede haber bajado en Mantes, a menos que no se haya apeado en Rolleboise, o que no haya llegado hasta Pacy, pudiendo allí volver, a la izquierda, hacia Evreux, o a la derecha, hacia Laroche-Guyon. Echadle un galgo, tía. ¿Qué diablos voy a escribir ahora a esta buena tía?

En aquel momento apareció en la vidriera de la berlina un pantalón negro que descendía de la imperial.

—¿Será Mario?—dijo el teniente.

En efecto, era Mario.

Al pie del coche, y entre los caballos y los postillones, una jovencita del pueblo ofrecía flores a los viajeros.

—Llevadme flores, señores—dijo.

Mario se acercó a la joven y le compró las flores más hermosas que llevaba en la cesta.

—Por de pronto—dijo Teodulo saltando de la berlina—, esto ya me interesa. ¿A quién diantres va a llevar esas flores? Es preciso que sea una mujer muy guapa para merecer tan hermoso ramillete. Quiero conocerla.

Y no ya por mandato, sino por curiosidad personal, como los perros que cazan por cuenta propia, se puso a seguir a Mario.

Este no fijó la atención en Teodulo. De la diligencia bajaron algunas mujeres elegantes; no las miró: parecía que no veía nada alrededor.

—¡Está enamorado!—pensó Teodulo.

Mario se dirigió hacia la iglesia.

—¡Magnífico!—dijo Teodulo—. ¡La iglesia! Eso es. Las citas sazonadas con un poco de misa son las mejores. No hay nada tan exquisito como una ojeada que pasa por encima de Dios.

Mario llegó a la iglesia, pero no entró; dió la vuelta por detrás de la cabecera del templo, y desapareció en el ángulo de uno de los estribos del ábside.

—La cita es fuera—dijo Teodulo—. Veamos a la chica.

Y se adelantó de puntillas hacia el sitio en que había dado la vuelta Mario.

Cuando llegó allí se quedó estupefacto.

Mario, con la frente entre ambas manos, estaba arrodillado en la hierba, sobre una tumba. Había deshojado el ramo. En el extremo de la fosa, en una alturita, que indicaba la cabecera, había una cruz de madera negra, con este nombre en letras blancas: EL CORONEL BARÓN DE PONTMERCY. Oíase sollozar a Mario.

La muchacha era una tumba.

VIII

MÁRMOL CONTRA GRANITO

Allí era donde había ido Mario la primera vez que se ausentó de París. Allí iba cada vez que el señor Gillenormand decía: «Pasa la noche fuera».

El teniente Teodulo se quedó desconcertado a consecuencia de este encuentro inesperado de un sepulcro, experimentando una sensación desagradable y singular, que no hubiera podido analizar, y que se componía del respeto a una tumba, y del respeto a un coronel. Retrocedió, pues, dejando a Mario solo en el cementerio; y hubo en esta retirada algo de disciplina. Presentósele la muerte con grandes charreteras, y casi le hizo el saludo militar. No sabiendo qué escribir a la tía, tomó el partido de no escribirle; y probablemente no hubiera tenido resultado alguno el descubrimiento hecho por Teodulo sobre los amores de Mario, si por una de esas coincidencias misteriosas, tan frecuentes en la casualidad, la escena de Vernon no hubiese tenido, por decirlo así, una especie de eco en París.

Mario volvió de Vernon tres días después muy temprano, llegó a casa de su abuelo, y cansado de las dos noches que había pasado en la diligencia, conociendo la necesidad de reparar su insomnio con una hora de escuela de natación, subió rápidamente a su cuarto, y sin emplear más tiempo que el necesario para quitarse el levitón de viaje y el cordón negro que llevaba al cuello, se fué al baño.

El señor Gillenormand se levantó de madrugada como todos los viejos fuertes, le oyó entrar, y se apresuró a subir lo más pronto que le permitieron sus viejas piernas la escalera del cuarto de Mario, con objeto de abrazarle, y de preguntarle al mismo tiempo, para vislumbrar de dónde venía.

Pero el joven había empleado menos tiempo en bajar que el octogenario en subir, y cuando el abuelo Gillenormand

entró en la boardilla, ya Mario había salido.

La cama estaba hecha, y sobre ella estaban tendidos el levitón y el cordón negro.

—Mejor quiero esto — dijo el señor Gillenormand.

Y un momento después entró en la sala en que estaba sentada la señorita Gillenormand, bordando sus ruedas de cabriolé.

La entrada fué triunfal.

El señor Gillenormand llevaba en una mano el levitón y el cordón en la otra.

—¡ Victoria !—exclamó—, ¡ vamos a penetrar el misterio ! ¡ Vamos a saber el fin del fin ; vamos a palpar los libertinajes de nuestro hombre reservado ! ¡ Ya tenemos aquí la novela ! Tengo el retrato.

En efecto, del cordón pendía una cajita de tafilete negro, muy semejante a un medallón.

El viejo tomó la caja y la contempló algunos momentos sin abrirla, con ese aire de voluptuosidad, de placer y de cólera, de un pobre diablo famélico, que viese pasar por sus narices una magnífica comida que no fuese para él.

—Porque esto es evidentemente un retrato. Yo no me engaño. Esto se lleva tiernamente sobre el corazón. ¡ Qué tontos son ! ¡ Algún abominable feosticón que hará temblar probablemente ! ¡ Los jóvenes tienen hoy tan mal gusto !

—Veámoslo, padre—dijo la vieja solterona.

La caja se abrió apretando un resorte, pero no encontraron en ella más que un papel cuidadosamente doblado.

—«De la misma al mismo»—dijo el señor Gillenormand echándose a reír—. Yo sé lo que es esto ; ¡ un billete amoroso !

—¡ Ah ! ¡ Leámoslo !—dijo la tía.

—«Para mi hijo—. El emperador me hizo barón en el campo de batalla de Waterloo. La Restauración me niega este título que he comprado con mi sangre ; mi hijo lo tomará y lo llevará. No hay que decir que será digno de él.»

Lo que el padre y la hija experimentaron entonces no puede decirse. Se quedaron helados como por el soplo de una calavera. No se dijeron ni una palabra. Solamente el señor Gillenormand dijo en voz baja, y como hablándose a sí mismo :

—Es la letra de ese acuchillador.

La tía examinó el papel, lo volvió en todos sentidos, y después lo volvió a poner en la cajita.

En aquel momento cayó al suelo del bolsillo de la levita un paquetito cuadrado, envuelto en papel azul. La señorita Gillenormand lo recogió, y desdobló el papel azul ; era el ciento de tarjetas de Mario. Cogió una y se la dió al señor Gillenormand, que leyó : «El barón Mario Pontmercy».

El viejo llamó y acudió Nicolasita. El señor Gillenormand cogió el cordón, la caja y la levita, lo tiró al suelo en medio de la sala, y dijo :

—Llévate esos guiñapos.

Pasó una hora larga en el más profundo silencio. El viejo y la solterona se habían sentado volviéndose la espalda, y pensaban cada uno por su parte probablemente lo mismo. Al cabo de esta hora, la tía Gillenormand dijo :

—¡ Estamos lucidos !...

Algunos momentos después apareció Mario. Volvía del baño. Antes de haber atravesado el umbral del salón, vió a su abuelo que tenía en la mano una de sus tarjetas. El abuelo, al verlo, exclamó con aire de superioridad plebeya y burlona, que tenía algo de fulminante :

—¡ Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya ! Ahora eres barón. Te felicito. ¿ Qué quiere decir esto ?

Mario se ruborizó ligeramente, y respondió :

—Eso quiere decir que soy hijo de mi padre.

El señor Gillenormand dejó de reírse, y dijo con dureza :

—Tu padre soy yo.

—Mi padre—dijo Mario con los ojos bajos y gravemente — era un hombre modesto y heroico, que sirvió gloriosamente a la República y a Francia ; que fué grande en la historia más grande que han hecho los hombres ; que vivió un cuarto de siglo en el campo de batalla, por el día bajo la metralla y las balas, de noche entre la nieve, en el lodo, bajo la lluvia ; que tomó dos banderas ; que recibió veinte heridas ; que ha muerto en el olvido y en el

abandono, y que no ha cometido en su vida más que dos faltas, amar demasiado a dos ingratos : a su país y a mí.

Esto era más de lo que el señor Gillenormand podía oír. A estas palabras, «la República», se había levantado, o por mejor decir, se había enderezado repentinamente. Cada una de las palabras que Mario acababa de pronunciar había hecho en el rostro del viejo realista el efecto del soplo de un fuelle de fragua sobre un tizón encendido. De obscuro había pasado a rojo, de rojo a purpúreo y de purpúreo al color de la llama.

—¡ Mario !—exclamó—, ¡ abominable criatura ! ¡ yo no sé lo que era tu padre ! ¡ No quiero saberlo ! No sé nada ! ¡ no lo sé ! ¡ Pero lo que sé es que entre esa gente no ha habido nunca más que miserables ; que todos ellos son unos perdidos, asesinos, gorros rojos, ladrones ! ¡ Digo que todos ! ¡ Repito que todos ! ¡ Yo no conozco a ninguno ! ¡ Repito que todos ! ¿ Lo oyes, Mario? ¡ Ya lo ves, eres tan barón como mi zapatilla ! ¡ Todos eran bandidos que han servido a Robespierre ! ¡ Todos forajidos que han servido a Bu-o-naparte ! ¡ Todos traidores, que han vendido ! ¡ vendido ! ¡ vendido a su rey legítimo ! ¡ Todos cobardes, que han huído ante los prusianos y los ingleses en Waterloo ! Esto es lo que sé. Si vuestro padre es de ellos, lo ignoro, lo siento ; tanto peor : soy vuestro servidor.

A su vez, Mario era el tizón y el señor Gillenormand el fuelle. Mario temblaba de pies a cabeza ; no sabía qué hacer ; le ardía la frente. Era el sacerdote que ve arrojar al viento todas sus hostias ; el faquir que ve a un pasajero escupir a su ídolo. Era imposible que tales cosas se hubiesen dicho delante de él impunemente. Pero, ¿ qué había de hacer?

Su padre acababa de ser pisoteado y humillado en su presencia ; pero, ¿ por quién? Por su abuelo. ¿ Cómo vengar al uno sin ultrajar al otro? Le era igualmente imposible insultar al abuelo y no vengar a su padre. De un lado, tenía una tumba sagrada ; de otro, unos cabellos blancos. Permaneció algunos instantes aturdido y vacilante, con aquel torbellino dentro de la cabeza ; después, levantó los ojos, miró fijamente a su abuelo, y gritó con voz tonante :

—¡ Abajo los Borbones ! ¡ Abajo ese cerdo de Luis XVIII !

Luis XVIII había muerto hacía cuatro años ; pero a Mario esto no le importaba.

El anciano pasó del color escarlata a una blancura mayor que la de sus cabellos. Se volvió hacia un busto del señor duque de Berry que estaba encima de la chimenea, y le saludó respetuosamente con cierta majestad singular. Después paseó dos veces lentamente y en silencio desde la chimenea a la ventana, y desde la ventana a la chimenea, atravesando toda la sala, y haciendo resonar el pavimento como si anduviese por él una figura de piedra. A la segunda vez se inclinó ante su hija, que asistía a esta escena con el estupor de una oveja, y le dijo sonriéndose, con una sonrisa casi tranquila :

—Un barón como este caballero y un plebeyo como yo, no pueden vivir bajo un mismo techo.

Y después, enderezándose, pálido, tembloroso, temible, con la frente ensanchada por la terrible radiación de la cólera, extendió el brazo hacia Mario, y le gritó :

—¡ Vete !

Mario salió de la casa.

Al día siguiente, el señor Gillenormand dijo a su hija :

—Enviaréis cada seis meses sesenta doblones a ese bebedor de sangre, y no me volveréis a hablar de él.

Y como tenía aún una inmensa cantidad de furor que no sabía en qué emplear, siguió llamando de vos a su hija, por espacio de más de tres meses.

Mario, por su parte, había salido indignado. Una circunstancia, que debemos decir, agravó aún su exasperación, porque siempre hay alguna pequeña fatalidad que complica los dramas domésticos, y aumenta los motivos de queja, aunque no aumente los verdaderos agravios. Nicolasita, al llevar precipitadamente por orden del abuelo los «guiñapos» de Mario a su cuarto, había dejado caer, sin saberlo, y probablemente en la escalera de la boardilla, que era obscura, el medallón de tafilete negro que contenía el papel escrito por el co-

ronel. Ni el papel, ni el medallón pudieron ser habidos; y Mario quedó convencido de que el «señor Gillenormand», porque desde aquel día llamó así a su abuelo, había echado al fuego «el testamento de su padre». Sabía de memoria las pocas líneas escritas por el coronel, y por consiguiente nada había perdido. Pero el papel, la letra, aquella reliquia sagrada, todo esto era su mismo corazón. ¿Qué habían hecho de ello?

Mario se había ido sin decir ni saber adónde, con treinta francos, su reloj y algunas ropas en un saco de noche. Subió a un cabriolé de plaza, le tomó por horas, y se dirigió a la ventura al Barrio Latino.

¿Qué iba a ser de Mario?

LIBRO CUARTO

Los amigos de A. B. C.

I

UN GRUPO QUE HA ESTADO A PUNTO DE SER HISTÓRICO

En aquella época, indiferente en apariencia, corría vagamente cierto estremecimiento revolucionario. El soplo que salía de las profundidades de 1789 y 92 estaba en el aire. La juventud, permítasenos la palabra, estaba en la época de la muda. Se transformaba, casi sin saberlo, por el mismo movimiento del tiempo. La aguja que anda en el cuadrante, marcha también en las almas. Cada uno daba el paso hacia adelante que debía dar. Los realistas se hacían liberales; los liberales se hacían demócratas.

Era aquélla como una marea creciente, complicada con mil reflejos; y como lo propio del reflujo es mezclarlo todo, resultaban de aquí combinaciones de ideas muy singulares: se adoraba a la vez a Napoleón y a la libertad. Ahora escribimos la historia, y aquéllos eran los aspectos de aquel tiempo; porque las opiniones tienen sus fases. El realismo volteriano, variedad caprichosa, tuvo un contrapeso no menos extraño, el liberalismo bonapartista.

Otros grupos políticos eran más serios. En ellos se sondeaba el principio; se buscaba un fundamento en el derecho; se apasionaban por lo absoluto; se vislumbraban las realizaciones infinitas; lo absoluto por su misma rigidez impulsa el ánimo hacia el cielo, y le hace flotar en el espacio ilimitado. No hay nada mejor que el dogma para crear la meditación; y nada es más propio que la meditación para engendrar el porvenir. La utopía hoy, es carne y hueso mañana.

Las opiniones avanzadas tenían doble fondo. Un principio de misterio amenazaba el «orden establecido» que era sospechoso y receloso; signo altamente revolucionario. La intención secreta del poder se encuentra en la zapa con la intención secreta del pueblo. La incubación de las insurrecciones responde a la premeditación de los golpes de Estado.

No había entonces todavía en Francia esas vastas organizaciones ocultas, como el tugenbund alemán y el carbonarismo italiano; pero se iban ya ramificando algunos agujeros obscuros. La congourde se bosquejaba en Aix, y había en París, entre otras asociaciones de este género, la sociedad de los amigos del A B C.

¿Y qué eran los amigos del A B C? (1) Una sociedad que tenía por objeto, en apariencia, la educación de los niños, y en realidad el mejoramiento de los hombres.

Declarábanse amigos del A B C. El A B C era el pueblo y querían realzarle. Retruécano de que haríamos mal en reírnos: porque estos retruécanos son muchas veces cosa grave en política: dígalo el «Catastrus ad castræ» que hizo de Narsés un general de ejército; el «Barbari» y «Barberini»; el «Fueros» y «Juzgos»; el «Tu es Petrus et super hanc Petram», etc.

Los amigos del A B C eran pocos; componían una sociedad secreta en estado de embrión, casi podríamos decir una pandilla, si las pandillas pudiesen producir héroes. Se reunían en París en dos puntos, cerca de los Mercados, en una taberna llamada de «Corinto», de que trataremos después, y cerca del Panteón, en un cafetucho de la plaza de San Miguel, llamado el «Café Musain»,

(1) Estas tres letras se leen en francés lo mismo que el adjetivo «Abaissé», el oprimido, el abatido. Es un equívoco intraducible en castellano.—(N. del T.)

que hoy ha desaparecido. El primero de estos sitios de reunión estaba cerca de los jornaleros, y el segundo cerca de los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los amigos del A B C se celebraban en una sala interior del café Musain. Esta sala, bastante apartada del café, con el cual se comunicaba por un largo corredor, tenía dos ventanas y una puerta con escalera secreta, que daba a la callejuela de Grés. Allí se fumaba, se bebía, se jugaba y se reía. Se hablaba de todo a gritos y de una cosa en voz baja. En la pared estaba clavado un antiguo mapa de Francia en tiempo de la República; indicio suficiente para excitar el olfato de un agente de policía.

La mayor parte de los amigos del A B C eran estudiantes, en cordial inteligencia con algunos obreros. Véanse algunos nombres de los más principales, que pertenecen en algún modo a la historia: Enjolras, Combeferre, Juan Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle o Laigle, Joly, Grantaire.

Estos jóvenes formaban una especie de familia a fuerza de amistad. Todos, excepto Laigle, eran del Mediodía.

Este grupo era muy notable: ya se ha desvanecido en las profundidades invisibles que están detrás de nosotros. En el punto del drama a que hemos llegado, no será tal vez inútil hacer penetrar un rayo de claridad en aquella reunión de jóvenes antes de que el lector los vea sumergirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, a quien hemos nombrado el primero por la razón que se verá después, era hijo único y rico; joven simpático, capaz de ser terrible, y angelicalmente hermoso; era Antinoo encolerizado. Hubiérase dicho, al ver el pensativo fulgor de su mirada, que había ya atravesado en alguna existencia anterior el apocalipsis revolucionario y conservaba su tradición como un testigo: sabía todos los pormenores de la gran cosa. Era una naturaleza pontificia y guerrera, extraña en un adolescente: era celebrante y militante; bajo el punto de vista inmediato, soldado de la democracia; y por encima del movimiento contemporáneo, sacerdote de lo ideal. Tenía la pupila profunda, los párpados un poco enrojecidos, el labio inferior grueso y dispuesto siempre a expresar el desdén; la frente elevada. Mucha frente en una cara es lo mismo que mucho cielo en un horizonte. Como ciertos jóvenes de principios de este siglo y fines del pasado, que han adquirido celebridad muy pronto, tenía una juventud excesiva, fresca como la de una joven, aunque con sus horas de palidez. Era ya un hombre, y parecía un niño. Sus veintidós años parecían diez y siete; era grave y parecía ignorar que hubiese en la tierra un ser llamado mujer.

No tenía más que una pasión: el derecho; ni más que un pensamiento: destruir los obstáculos. En el monte Aventino hubiera sido Graco, y en la Convención Saint-Just. Apenas conocía las razas; desconocía la primavera; no oía cantar los pájaros; la garganta desnuda de Evadne no le habría conmovido más que a Aristogiton; para él, como para Armodio, las flores sólo servían para ocultar la espada. Era severo en sus alegrías, y bajaba castamente los ojos ante todo lo que no era la República. Era el enamorado de mármol de la libertad. Su palabra tenía cierta áspera inspiración y la vibración del himno. A veces desplegaba sus alas inesperadamente. ¡Desgraciado el amor si se hubiese atrevido a pasar a su lado! Si alguna modistilla de la plaza de Cambray o de la calle de San Juan de Beauvair, al ver aquella fisonomía que parecía escapada del colegio, aquella figura de paje, aquellas largas cejas rubias, aquellos ojos azules, aquella cabellera movida tumultuosamente por el viento, aquellas mejillas sonrosadas, aquellos labios vírgenes, aquellos dientes perfectos, hubiera sentido algún apetito de aquella aurora, y hubiera tratado de ensayar el efecto de su belleza en Enjolras, una mirada sorprendente y temible le había mostrado bruscamente el abismo, y le habría enseñado a no confundir el querubín enamoradizo de Beaumarchais con el formidable querubín de Ezequiel.

Al lado de Enjolras, que representaba la lógica de la revolución, Combeferre representaba su filosofía. Entre la lógica y la filosofía de la revolución hay esta diferencia: que la lógica puede ir a parar a la guerra, mientras que la filo-

sofía no puede menos de tener por última consecuencia la paz. Combeferre completaba y rectificaba a Enjolras. Era más bajo y más grueso. Quería que se imbuyesen en los ánimos los principios extensos de ideas generales; revolución, decía, pero también civilización; y en derredor de la montaña a pico, abría el vasto horizonte azul. De aquí provenía, que en todas las teorías de Combeferre había algo de accesible y practicable. La revolución era más respirable con él que con Enjolras, porque Enjolras expresaba el derecho divino, y Combeferre el derecho natural. El primero se eslabonaba con Robespierre, el segundo confinaba con Condorcet. Combeferre vivía más que Enjolras la vida de todo el mundo. Si hubiera sido dado a estos dos jóvenes llegar a la historia, el uno habría sido el justo, el otro el sabio. Enjolras era más viril, Combeferre más humano, «Homo» y «Vir»; estas palabras los califican exactamente.

Combeferre era tan afable como severo Enjolras, por su inocencia natural. Le gustaba la palabra ciudadano, pero prefería la palabra hombre; y de buena gana habría dicho «Hombre» como los españoles, en vez de «Homme» como los franceses. Todo lo leía, iba a los teatros, seguía los cursos públicos, aprendía de Arago la polarización de la luz, se apasionaba por una lección en que Geoffroy-Saint-Hilaire había explicado la doble función de la arteria carótida externa, y de la arteria carótida interna; la una que constituye el rostro, y la otra que constituye el cerebro; estaba al corriente, seguía a la ciencia paso a paso; confrontaba a Saint-Simon con Fourier, descifraba los jeroglíficos, rompía los guijarros que encontraba, y hablaba de geología; pintaba de memoria una mariposa bombix; señalaba las faltas del diccionario de la Academia francesa; estudiaba a Puysegur y Delezue; no afirmaba nada, ni aun los milagros; no negaba nada, ni aun las apariciones; hojeaba la colección del «Monitor»; meditaba. Decía: «el porvenir está en manos del maestro de escuela», y le ocupaban mucho las cuestiones de educación. Quería que la sociedad trabajase sin descanso en la elevación del nivel intelectual y moral, en la monetización de la ciencia, en la circulación de las ideas, en el crecimiento intelectual de la juventud; y temía que la pobreza de los métodos actuales, la miseria del punto de vista literario, limitado a dos o tres siglos llamados clásicos, el dogmatismo tiránico de los pedantes oficiales, las preocupaciones escolásticas y la rutina, concluyesen por hacer de nuestros colegios, bancos de ostras artificiales. Era sabio, purista, preciso, politécnico, trabajador, y al mismo tiempo pensativo «hasta la quimera», como decían sus amigos. Creía en todos los sueños, en los caminos de hierro, y en la anestesia quirúrgica, en la persistencia de la imagen, en la cámara obscura, en el telégrafo eléctrico y en la dirección de los globos. Por lo demás, se asustaba poco de las ciudadelas que se edificaban en todas partes contra el género humano, por la superstición, el despotismo y la preocupación. Era de esos que creen que la ciencia acabará por apoderarse de ellas por sorpresa. Enjolras era un jefe, Combeferre un guía. Habríase deseado pelear con uno, y marchar con otro. Y no porque Combeferre no fuese capaz de pelear, ni se negase a luchar cuerpo a cuerpo con el obstáculo, y a atacarle a viva fuerza y por explosión, sino porque prefería poner poco a poco, por medio de la enseñanza de axiomas y de la promulgación de las leyes positivas, al género humano, de acuerdo con sus destinos; y entre dos claridades, se inclinaba más a la iluminación que al incendio. Cierto es que un incendio puede producir una aurora, pero, ¿por qué no ha de esperarse la salida del sol? Un volcán alumbra, pero alumbra mejor el alba. Combeferre prefería tal vez la blancura de lo bello al resplandor de lo sublime. Una claridad turbada por el humo, un progreso comprado con la violencia, sólo satisfacían a medias a aquel espíritu tierno y grave. El acto de precipitarse verticalmente un pueblo en la verdad, un 93, le asustaba; sin embargo, la estancación le repugnaba más, porque veía en ella la putrefacción y la muerte; y en último caso, prefería la espuma al miasma, el torrente a la cloaca, las cataratas del Niágara al lago de Montfaucon. En suma, no quería, ni pararse, ni correr. Mientras que sus tu-

multuosos amigos, prendados caballerescamente de lo absoluto, adoraban e invocaban las espléndidas aventuras revolucionarias, Combeferre se inclinaba a dejar obrar al progreso, al buen progreso, frío tal vez, pero puro; metódico, pero irreprensible; flemático, pero imperturbable. Combeferre se había arrodillado, había suplicado con las manos juntas para que llegase el porvenir con todo su candor, y para que nada turbase la inmensa evolución virtuosa de los pueblos. «Es necesario que el bien sea inocente», repetía sin cesar. Y en efecto: si la grandeza de la revolución consiste en mirar fijamente el deslumbrador ideal y volar hacia él al través de los rayos, llevando en las manos sangre y fuego, la belleza del progreso consiste en no tener mancha alguna. Entre Wáshington, que representa el uno, y Danton, que es la encarnación de la otra, hay la misma diferencia que entre el ángel de las alas de cisne, y el ángel de alas de águila.

Juan Prouvaire era un tipo más templado aún que Combeferre. Se llamaba Johan por un capricho pasajero que se mezclaba con el poderoso y profundo movimiento de donde ha salido el estudio tan necesario de la Edad Media. Juan Prouvaire era enamorado, cultivaba un tiesto, tocaba la flauta, hacía versos, amaba al pueblo, se compadecía de la mujer, lloraba por los niños, confundía en la misma esperanza el porvenir y Dios, y censuraba a la Revolución por haber cortado una cabeza real: la de Andrés Chenier. Tenía la voz habitualmente delicada, pero en ocasiones viril. Era literato hasta la erudición, y casi orientalista. Era bueno sobre todo, y prefería en poesía lo inmenso, preferencia que fácilmente comprende todo el que sabe que la bondad confina con la grandeza.

Sabía el italiano, el latín, el griego y el hebreo, lo cual le servía para no leer más que cuatro poetas: Dante, Juvenal, Esquilo e Isaías. En francés daba la preferencia a Corneille sobre Racine, y a Agripa de Aubigné sobre Corneille. Le gustaba vagar por campos cubiertos de avena silvestre y de campanillas y le ocupaban tanto las nubes como los acontecimientos. Su espíritu solía tomar dos actitudes: una mirando al hombre, otra mirando a Dios; estudiaba o contemplaba. Por el día profundizaba las cuestiones sociales: el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religión, la libertad de pensar, la libertad de amar, la educación, la penalidad, la miseria, la asociación, la propiedad, la producción y la repartición, el enigma de aquí abajo que cubre la sombra, el hormigueo humano; por la noche, contemplaba los astros, esos seres enormes. Como Enjolras era rico, e hijo único. Hablaba despacio, inclinaba la cabeza, bajaba los ojos, se sonreía con embarazo, se cuidaba poco, tenía mala facha, se ruborizaba por nada y era muy tímido. Por lo demás, era intrépido.

Feuilly era un abaniquero, huérfano de padre y madre, que ganaba penosamente tres francos al día, y que no tenía más que un pensamiento: libertar al mundo. Tenía otra idea fija: instruirse; lo que llamaba también libertarse. Había aprendido por sí sólo a leer y escribir: todo lo que sabía lo había aprendido así. Tenía corazón generoso, y quería abrazar lo inmenso. Aquel huérfano había hecho hijos adoptivos suyos a los pueblos. Habiéndole faltado su madre, había pensado en la patria, y no quería que hubiese en la tierra un hombre sin patria. Alimentaba en sí mismo, con la adivinación profunda del hombre del pueblo, lo que llamamos hoy «la idea de las nacionalidades». Había estudiado la historia sólo para indignarse con conocimiento de causa. En aquel entusiasta cenáculo de utopistas, que trataba principalmente de Francia, él representaba el exterior; su manía principal la constituían Grecia, Polonia, Hungría, Rumanía, Italia. Pronunciaba estos nombres continuamente, a propósito y fuera de propósito, con la tenacidad del derecho. Turquía sobre Grecia y Tesalia, Rusia sobre Varsovia, Austria sobre Venecia; todas estas violaciones le exasperaban; pero entre todas, la gran violencia de 1772 le sublevaba. No hay elocuencia más soberana que la verdad de la indignación; y él era elocuente con esta elocuencia. No se agotaba nunca su tema al tratar de la fecha infame de 1772, y del noble y valiente pueblo suprimido por la traición;

de aquel crimen de tres criminales, de aquella monstruosa asechanza, prototipo y patrón de todas las horribles supresiones de Estados, que después han venido a caer sobre nobles naciones, y que han raspado, por decirlo así, su partida de bautismo. Todos los atentados sociales contemporáneos se derivan de la repartición de Polonia. La repartición de Polonia es un teorema cuyos corolarios son los actuales crímenes políticos. No hay un déspota, ni un traidor, desde hace un siglo, que no haya visado, aprobado, firmado y rubricado, «ne varieteur», la repartición de Polonia.

Cuando se examina el legajo de las traiciones modernas, ésta se presenta la primera. El Congreso de Viena consultó este crimen antes de cometer el suyo : 1772 es el grito del cazador ; 1815 es la comida que se da a los perros. Tal era el tema habitual de Feuilly. Este pobre obrero se había hecho el tutor de la justicia, y ella le recompensaba haciéndole grande ; porque hay efectivamente algo de eternidad en el derecho. Varsovia no puede ser tártara, así como Venecia no puede ser tudesca ; los reyes perderán el tiempo y el honor en esta empresa : tarde o temprano, la patria sumergida reaparece y flota en la superficie. Grecia vuelve a ser Grecia ; Italia, Italia.

La protesta del derecho contra el hecho persiste siempre ; el robo de un pueblo no prescribe ; porque estas grandes estafas no tienen porvenir, y no se borra la marca de una nación como la de un pañuelo.

Courfeyrac tenía un padre que se llamaba el señor de Courfeyrac, porque una de las falsas ideas de la clase media de la Restauración, en materias de aristocracia y de nobleza, era creer en la partícula «de», y sabido es que esta partícula no tiene significación alguna. Pero la clase media del tiempo de «la Minerva» estimaba tanto este pobre «de», que se creía obligada a abdicarle. El señor de Chauvelin se hacía llamar señor Chauvelin ; el señor de Caumartin, señor Caumartin ; el señor Constant de Rebecque, Benjamín Constant, el señor de Lafayette, señor Lafayette ; Courfeyrac no quiso quedarse atrás, y se llamaba Courfeyrac a secas.

Podríamos detenernos aquí en lo que se refiere a Courfeyrac, y nos limitamos a decir : Courfeyrac : véase Tolomyes.

Courfeyrac tenía, en efecto, esa verbosidad de joven, que podría llamarse la belleza del diablo del espíritu. Esta gracia se pierde después como la gracia del gatito, y concluye cuando tiene dos pies en el ciudadano, y cuando tiene cuatro en el gato.

Las generaciones que pasan por la escuela y las promociones de la juventud, se transmiten este género de numen, que se pasan de mano en mano, «quasi cursores», casi siempre el mismo ; de modo que, como acabamos de indicar, cualquiera que hubiera oído a Courfeyrac en 1828, habría creído oír a Tolomyes en 1810. Pero Courfeyrac era un buen muchacho. Bajo estas aparentes semejanzas exteriores, la diferencia entre Tolomyes y él era muy grande. El hombre latente que existía en ellos, era en el primero distinto del segundo. Tolomyes era un procurador ; Courfeyrac un paladín.

Enjolras era el jefe, Combeferre el guía, Courfeyrac el centro. Los otros daban más luz, él más candor ; tenía todas las cualidades de un centro, la redondez y la irradiación.

Bahorel había figurado en el tumulto sangriento de junio de 1822, con ocasión del entierro del joven Lallemand.

Bahorel era un muchacho de buen humor y de mala compañía, bravo, gastador, pródigo hasta llegar a la generosidad, hablador hasta llegar a la elocuencia, atrevido hasta llegar al descaro, la mejor pasta de diablo que es posible encontrar ; tenía chalecos temerarios, y opiniones de color de escarlata ; era camorrista, es decir, nada le gustaba tanto como una riña, si no era un motín ; y nada más que un motín, si no una revolución ; estaba siempre dispuesto a romper una vidriera, después a desempedrar una calle, y después a derribar un gobierno, para ver el efecto. Era estudiante de «undécimo» año de leyes. Huía el estudio del derecho, pero lo practicaba ; tenía por divisa : «abogado nunca», y por armas una mesa de noche, en la cual se veía un bonete cuadrado. Siempre que pasaba por delan-

te de la Facultad de Derecho, lo que sucedía pocas veces, se abotonaba la levita; porque aun no se había inventado el gabán; y tomaba precauciones higiénicas. Cuando hablaba del portal de la escuela, decía: «¡qué hermoso viejo!» Y del decano señor Delvincourt: «¡qué monumento!» Veía en los cursos un motivo de canciones, y en los profesores tipos de caricaturas. Gastaba en no hacer nada una gruesa renta, como de tres mil francos. Sus padres eran unos campesinos, a quienes había sabido inculcar el respeto a su hijo.

Y decía de ellos: «son campesinos y no de la clase media: por eso no carecen de inteligencia».

Era hombre caprichoso, y vivía esparcido en varios cafés: los demás tenían sus hábitos; él no tenía ninguno. Andaba ocioso, y aquí debemos advertir que el andar errante es propio de todos los hombres, pero el andar ocioso es propio de los parisienses. En el fondo, era un talento penetrante, y más pensador de lo que parecía.

Servía de lazo entre los amigos del 'A B C y otros grupos aún informes, pero que debían concluir de delinearse más adelante.

Había además en aquel Cónclave de jóvenes una cabeza calva.

El marqués de Avaray, a quien Luis XVIII hizo duque por haberle ayudado a subir a un coche de plaza el día en que emigró; contaba que en 1814, a su vuelta a Francia, cuando el rey desembarcó en Calais, le presentó un hombre un memorial.

—¿Qué pedís?—dijo el rey.

—Señor, una Administración de Correos.

—¿Cómo os llamáis?

—L'Aigle (el Aguila).

El rey frunció el entrecejo, miró la firma del memorial y vió el nombre escrito así: LESGLE. Esta ortografía poco bonapartista tranquilizó al rey, y le hizo sonreír.

—Señor — continuó el hombre del memorial—, tengo entre mis antepasados un perrero, a quien llamaban Lesgueules (Bocaza). Este mote me ha dado mi nombre. Me llamo Lesgueules, por contracción Desgle, y por corrupción L'Aigle.

Esto hizo que el rey acabara de sonreírse, y, por fin, le dió la Administración de Correos de Meaux, no sabemos si inocente o intencionadamente.

El miembro calvo del grupo era hijo de este Lesgle o Legle, y se firmaba Legle (de Meaux) (1). Sus camaradas, para abreviar, le llamaba Bossuet.

Bossuet era un muchacho alegre y desgraciado. Su especialidad consistía en que todo le salía mal; pero él se reía de todo. A los veinticinco años era ya calvo. Su padre había conseguido comprar una casa y un campo; pero él por nada había tenido tanta prisa como por perder en una falsa especulación el campo y la casa; y no le había quedado nada. Tenía ciencia y talento, pero todo le salía al revés; en todo perdía; en todo se veía engañado; lo que construía se venía abajo aplastándole. Si partía leña se cortaba un dedo: si tenía una querida, descubría en seguida que ella tenía también un amigo. A cada momento le sucedía una desgracia: de aquí provenía su jovialidad. Solía decir: «vivo en la casa del tejado cuyas tejas se caen». Se admiraba muy poco, porque para él el accidente era lo previsto; recibía con serenidad la mala suerte, y se sonreía de los reveses del destino como quien oye una broma.

Era pobre, pero tenía un bolsillo inagotable de buen humor. Llegaba con facilidad a su último ochavo, pero nunca a su última risa. Cuando entraba la adversidad en su casa, la saludaba cordialmente como un amigo antiguo, y daba cariñosas palmadas en el vientre a la catástrofe; tenía franqueza con la fatalidad hasta el punto de llamarla por su nombre familiar:

—Buenos días, Mala Suerte—le decía.

Estos reveses de fortuna le habían dado cierto genio inventivo, abundante en recursos. No tenía dinero, pero encontraba medio de hacer, cuando le parecía bien, «gastos desenfrenados». Una noche se comió «cien francos» en una cena con una muchachuela, que le

---

(1) *Legle de Meaux* se pronuncia lo mismo que *l'aigle de Meaux*, el águila de Meaux, nombae con que se conoce á Bossuet.

inspiró en medio de la orgía esta frase memorable: «Fille de cinq louis; tire moi mes bottes» (1).

Bossuet se encaminaba lentamente hacia la profesión de abogado; estudiaba las leyes lo mismo que Bahorel. Bossuet tenía poca casa, y a veces ninguna. Vivía, ya en casa de uno, ya en casa de otro; y con más frecuencia con Joly, que estudiaba medicina, y tenía dos años menos que Bossuet.

Joly era el enfermo imaginario joven. Lo único que había conseguido al estudiar medicina era hacerse más enfermo que médico. A los veintitrés años se creía valetudinario, y pasaba la vida mirándose la lengua al espejo. Afirmaba que el hombre se imanta como una aguja; ponía la cama en su alcoba con la cabecera al Mediodía, y los pies al Norte, para que durante la noche no contrariase la circulación de la sangre la gran corriente magnética del globo; y cuando había tempestad, se tomaba el pulso. Por lo demás, era el más alegre de todos. Estas contradicciones, la juventud y la manía, la aprensión y el buen humor se avenían perfectamente, y formaban un ser excéntrico y divertido, a quien sus camaradas, pródigos de consonantes aladas, llamaban Joll-lly.

—Puedes volar con cuatro L—le decía Juan Prouvaire (2).

Joly tenía la costumbre de tocarse las narices con el puño del bastón, lo que indica un espíritu sagaz.

Todos estos jóvenes tan diferentes, y de los cuales no puede hablarse, en suma, sino seriamente, tenían una misma religión: el progreso.

Todos eran los hilos directos de la Revolución Francesa. Los más frívolos llegaban a ser solemnes cuando se pronunciaba esta fecha: 1789. Sus padres, según la carne, eran, o habían sido fuldenses, realistas, doctrinarios: poco importaba esta mezcla anterior a ellos, que eran jóvenes; no les concernía en nada: por sus venas corría en toda su pureza la sangre de los principios; y se consagraban sin intermedio alguno al derecho incorruptible, y al deber absoluto. Afiliados e iniciados, bosquejaban subterráneamente el ideal.

En medio de todos estos corazones apasionados, y de todos estos ánimos llenos de convicción, había un escéptico. ¿Cómo se encontraba allí? Por una yuxtaposición. Este escéptico se llamaba Grantaire, y se firmaba habitualmente con este jeroglífico: R. Era un hombre que se guardaba bien de creer en nada; uno de los estudiantes que más habían aprendido en sus cursos de París: sabía que el mejor café era el del café Lemblin; y el mejor billar el del café Voltaire; que había buenas galletas y buenas chicas en el Ermitage del bulevar del Maine, pollos con salsa picante en casa de la tía Saguet; exquisitos pescados a la marinera en la barrera de la Conutte, y cierto vinillo blanco en la del Combate. Sabía los buenos sitios para todo; manejaba la chancla y el zapato; bailaba algo, y sabía usar el palo; era además gran bebedor, e inconmensurablemente feo. La pespunteadora de botines más bonita de aquel tiempo, Irma Boissy, indignada de su fealdad, había dicho esta sentencia: «Grantaire es imposible», pero la fatuidad de Grantaire no se desconcertaba. Miraba tierna y fijamente a todas las mujeres, como diciéndoles: «¡si yo quisiera!» y trataba de hacer creer a sus compañeros que se veía generalmente solicitado.

Todas estas palabras: derechos del pueblo, derechos del hombre, contrato social, revolución francesa, república, democracia, humanidad, civilización, religión, progreso, carecían para Grantaire casi completamente de significación. Se reía de ellas. El escepticismo, esa caries de la inteligencia, no le había dejado ni una idea entera en la cabeza. Vivía con ironía, y su axioma era éste: «No hay más que una incertidumbre: mi vaso lleno». Se burlaba de todos los sacrificios en todos los partidos, lo mismo del hermano que del padre; lo mismo de Robespierre joven, que de Loizerolles: «Bastante han avanzado con estar muertos», exclamaba. De-

(1) Estas palabras tienen tres traducciones distintas: Hija de cinco luises de oro, tírame de las botas: Hija de cinco Luises, tírame de las botas: Hija de San Luis, tírame de las botas.

(2) «Aile», ala, se lee en francés lo mismo que «ele».

cía del Crucifijo: «Este es un suplicio que ha triunfado». Corretón, jugador, libertino, embriagado con frecuencia, disgustaba a aquellos jóvenes esperanzados, cantando sin cesar: «Me gustan las muchachas, me gusta el buen vino» con el tono de: «Viva Enrique IV!»

Este escéptico, tenía no obstante un fanatismo; fanatismo que no era ni una idea, ni un dogma, ni un arte, ni una ciencia; era un hombre: Enjolras.

Grantaire admiraba, amaba y veneraba a Enjolras. ¿A quién se unía aquel incrédulo anarquista en aquella falange de espíritus absolutos? Al más absoluto. ¿Cómo le subyugaba Enjolras? ¿Por las ideas? No; por el carácter. Fenómeno observado muchas veces. Un escéptico que se une a un creyente, es una cosa tan sencilla, como la ley de los colores complementarios, siempre nos trae lo que nos falta; nadie ama la luz como el ciego; los enanos adoran al tambor mayor: el sapo tiene siempre los ojos en el cielo; ¿para qué? para ver volar a los pájaros. Grantaire, en el cual se arrastraba la duda, se complacía en ver cernerse la fe en Enjolras.

Tenía necesidad de Enjolras. Sin explicárselo, y aun sin tratar de hacerlo, aquella naturaleza casta, sana, firme, recta, dura, cándida, le atraía. Admiraba instintivamente a su contrario. Sus ideas flexibles, dislocadas, enfermas, deformes se unían a Enjolras como a una espina dorsal. Su raquitismo moral se apoyaba en aquella firmeza. Grantaire, al lado de Enjolras era alguien. Además estaba compuesto de dos elementos en apariencia incompatibles.

Era irónico y cordial; su indiferencia era amorosa: su mente podía pasarse sin creencias, pero su corazón no podía prescindir de la amistad. Contradicción profunda, porque un afecto es una convicción; pero su naturaleza era así, porque hay hombres que parece que han nacido para ser el verso, el anverso y el reverso; que son al mismo tiempo Pólux y Patroclo; Niso y Eudamidas, Efestión y Pochmeya. Sólo viven a condición de estar unidos a otro; su nombre es una continuación, y sólo se escribe precedido de la conjunción *y*; su existencia no les pertenece; es el otro lado de un destino que no es el suyo. Grantaire era uno de estos hombres, era el reverso de Enjolras.

Casi podría decirse que las afinidades principian con las letras del alfabeto. En el abecedario la O y la P son inseparables. Podéis, a vuestro gusto, pronunciar O y P, o sea Orestes y Pílades.

Grantaire, verdadero satélite de Enjolras, frecuentaba este círculo de jóvenes; sólo allí vivía: sólo allí gozaba, y los seguía a todas partes. Todo su placer era ver ir y venir aquellos perfiles en los vapores del vino. Se le toleraba por su buen humor.

Enjolras, creyente y sobrio, despreciaba a este escéptico y a este borracho; sólo le concedía un poco de lástima altanera. Grantaire era un Pílades no aceptado. Tratado con dureza por Enjolras, rechazado y alejado bruscamente, volvía sin cesar a él y decía de Enjolras:

—¡Qué hermoso mármol!

II

ORACIÓN FÚNEBRE DE BLONDEAU, POR BOSSUET

Una tarde, que tenía, como va a verse, alguna coincidencia con los sucesos que hemos contado más arriba, Laigle de Meaux estaba sensualmente recostado en las jambas de la puerta del café Musain. Tenía el aspecto de una cariátide en vacaciones. No llevaba consigo más que sus ensueños, y estaba mirando a la plaza de San Miguel. Estar recostado es una manera de estar echado de pie, que no es impropia de los soñadores. Laigle de Meaux pensaba sin melancolía en un percance que le había sucedido el día anterior en la Facultad de Derecho, y que modificaba sus proyectos personales para el porvenir, proyectos, por otra parte, bastante vagos.

La meditación no se opone a que pase un cabriolé, ni a que el que meditaba se fije en él. Laigle de Meaux, cuya vista erraba en una especie de difusa vagancia, vió, al través de su somnambulismo, un vehículo de dos ruedas que pasaba por la plaza al paso y como indeciso. ¿Qué iba a hacer este cabriolé? ¿Por qué iba al paso? Laigle lo observó. Iba dentro, al lado del cochero, un joven, y delante del joven un grueso saco de noche. El saco mostraba a los

transeuntes este nombre escrito en gruesas letras negras en un papel cosido a la tela : MARIO PONTMERCY.

Este nombre hizo cambiar la posición a Laigle. Se enderezó, y gritó al joven del cabriolé :

—¡ Señor Mario Pontmercy !

El cabriolé interpelado se detuvo.

El joven, que también parecía ir meditando, levantó los ojos.

—¡ Eh !—dijo.

—¿ Sois el señor Mario Pontmercy?

—Efectivamente.

—Os buscaba—volvió a decir Laigle de Meaux.

—Pues, ¿cómo? — preguntó Mario, porque era él, que salía de casa de su abuelo, y tenía delante de sí un rostro que no había visto nunca—. No os conozco.

—Ni yo tampoco a vos—dijo Laigle.

Mario creyó haberse encontrado con un burlón, y tener que aceptar una broma en medio de la calle. No estaba del mejor humor en aquel momento, y frunció el entrecejo ; pero Laigle de Meaux, imperturbable, prosiguió :

—¿ No fuisteis anteayer a la cátedra?

—Es posible.

—Es cierto.

—¿ Sois estudiante? — preguntó Mario.

—Sí, señor, como vos. Anteayer entré en la clase por casualidad ; ya comprenderéis que alguna vez le dan a uno estas ideas. El profesor iba a pasar lista, y no ignoráis cuán ridículos son todos los profesores en este momento. A las tres faltas os borran de la matrícula : sesenta francos perdidos.

Mario empezó a escuchar. Laigle, continuó :

—El que pasaba lista era Blondeau. Ya lo conocéis ; tiene una nariz muy puntiaguda y muy maliciosa que olfatea con delirio a los que faltan a clase. Principió socarronamente por la letra P. Yo no escuchaba porque no estaba comprometido en esa letra. La lista no iba mal, no había ni una radiación, porque todo el universo estaba presente. Blondeau estaba triste, y yo me decía : «Blondeau, amor mío, hoy no harás ninguna ejecución». Pero de repente llama a Mario Pontmercy». Nadie responde. Blondeau, lleno de esperanza, repite más fuerte : «Mario Pontmercy», y coge la pluma. Caballero, yo tengo corazón, y me dije rápidamente : «Ese es un buen muchacho, a quien van a borrar de la lista». Atención. Este es un verdadero vividor que no es exacto ; no es un buen discípulo, no es gastador de bancos, un estudiante que estudia, un barbilampiño pedante, profundo en ciencias, letras, teología y sapiencia, uno de esos talentos rudos prendidos con cuatro alfileres, uno por cada facultad. Es un honrado perezoso que anda vagando, que practica los novillos, que cultiva las modistas, que hace el honor a las bellas, y que quizá en este momento esté en casa de mi querida. Salvémosle. ¡ Muera Blondeau ! En aquel instante, Blondeau mojaba en el tintero su negra pluma de borrar, paseó su fiera pupila por el auditorio, y repitió por tercera vez : «¡ Mario Pontmercy !» Yo respondí : «¡ Presente !» Y esto hizo que no os borraran...

—¡ Caballero !—dijo Mario.

—Y que el borrado haya sido yo—añadió Laigle de Meaux.

—No os comprendo—dijo Mario.

Laigle continuó :

—Nada más sencillo. Yo estaba cerca de la cátedra para responder, y cerca de la puerta para marcharme. El profesor me miraba con cierta fijeza. De repente Blondeau, que debe ser la nariz maligna de que habla Boileau, salta a la letra L. La L es mi letra, porque soy de Meaux, y me llamo Laigle.

—¡ L'Aigle !—interrumpió Mario—, ¡ qué hermoso nombre !

—Caballero, Blondeau llegó a este hermoso nombre, y gritó : «¡ Laigle !» Yo respondí : «¡ Presente !» Entonces Blondeau me miró con la dulzura del tigre, se sonrió, y me dijo : «si sois Pontmercy, no sois Laigle (el águila)» : frase que parece poco cortés para vos, pero que era muy lúgubre para mí. Dicho esto, me borró.

Mario exclamó :

——Caballero, cuánto siento...

—Ante todo—dijo Laigle—, quiero embalsamar a Blondeau con algunas frases de sentido elogio. Lo supongo muerto, para lo cual no habría que cambiar mucho en su delgadez, en su palidez, en su heladez, en su rigidez y

en su fetidez. Y digo: «Erudimine qui judicatis terram». Aquí yace Blondeau, el Blondeau-Nariz, el Blondeau-Nasica, el buey de la disciplina, «bos disciplinæ», el moloso de la consigna, el ángel de la lista, que fué recto, cuadrado, exacto, rígido, honrado y repugnante. Dios le borró como él a mí.

—Siento tanto...—replicó Mario.

—Joven—le dijo Laigle de Meaux—. Sírvaos esto de lección: sed más puntual en adelante.

—Os pido mil perdones.

—No os expongáis a que borren a vuestro prójimo.

—Estoy desesperado.

Laigle soltó una carcajada.

—Y yo muy alegre. Estaba ya a punto de ser abogado, y esta raya me salva. Renuncio a los triunfos del foro. No defenderé a la viuda, ni atacaré al huérfano. Nada de toga, nada de estrados. Mi radiación está obtenida; y a vos os lo debo, señor Pontmercy. Debo haceros solemnemente una visita de agradecimiento. ¿Dónde vivís?

—En este cabriolé—dijo Mario.

—Señal de opulencia—respondió Laigle con tranquilidad—. Os felicito. Tenéis una habitación de nueve mil francos por año.

En este momento salió Courfeyrac del café.

Mario se sonrió tristemente.

—Estoy en esta casa desde hace dos horas, y deseo salir de ella; pero esto es una historia, y no sé adónde ir.

—Caballero—dijo Courfeyrac—, venid a mi casa.

—Tengo la prioridad—observó Laigle—, pero no tengo casa.

—Cállate, Bossuet—repuso Courfeyrac.

—¡Bossuet!—dijo Mario—, creía que os llamabais Laigle (el águila).

—De Meaux—respondió Laigle—, y por metáfora Bossuet.

Courfeyrac subió al cabriolé.

—Cochero—dijo—, hostería de la Puerta de Santiago.

Y la misma tarde, Mario se instaló en un cuarto de la hostería de la Puerta de Santiago al lado de Courfeyrac.

III

ADMIRACIÓN DE MARIO

En pocos días se hizo Mario amigo de Courfeyrac: la juventud es la estación de las soldaduras prontas y de las cicatrices rápidas. Mario, al lado de Courfeyrac, respiraba libremente, cosa que era bastante nueva para él. Courfeyrac no le había hecho ninguna pregunta, ni había pensado siquiera en esto. A cierta edad, las fisonomías lo dicen todo en seguida, y la palabra es inútil. Hay jóvenes de quienes podría decirse que tienen una fisonomía parlante. Se miran y se conocen.

Sin embargo, una mañana Courfeyrac le hizo bruscamente esta interrogación:

—A propósito, ¿tenéis opinión política?

—¡Vaya!—dijo Mario, casi ofendido de la pregunta.

—¿Qué sois?

—Demócrata bonapartista.

—Matiz gris de ratón confiado—dijo Courfeyrac.

Al día siguiente, Courfeyrac llevó a Mario al café Musain, y le dijo al oído sonriéndose:

—Es preciso que os dé entrada en la revolución.

Lo condujo a la sala de los amigos del A B C, y lo presentó a los demás compañeros, diciendo sólo estas palabras, que Mario no comprendió:

—Un discípulo.

Mario había caído en un avispero de talentos, pero, aunque silencioso y grave, no era el menos alado, ni el menos armado.

Mario, hasta entonces solitario y aficionado al monólogo y al aparte, por costumbre, y por gusto, se quedó como asustado ante aquella bandada de pájaros. Todas aquellas variadas iniciativas le solicitaban y le atraían en diversos sentidos a la vez. El vaivén tumultuoso de todos aquellos ingenios libres y laboriosos conmovía sus ideas en revuelto torbellino, y alguna vez en su turbación se iban tan lejos de él, que le costaba trabajo recogerlas. Oía hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religión, de una manera inaudita. Vislumbraba aspectos extra-

ños, y como no los ponía en perspectiva, no estaba seguro de no ver el caos. Al abandonar las opiniones de su abuelo por las de su padre, había creído haber adquirido ideas fijas; pero ahora sospechaba con inquietud, y sin atreverse a afirmarlo, que no las tenía. El prisma por el cual lo veía todo empezaba de nuevo a moverse. Cierta oscilación conmovía todos los horizontes de su cerebro, produciendo en él una extraña confusión casi dolorosa.

Parecía que para aquellos jóvenes no había «cosas sagradas». Mario oía, sobre todo, un idioma nuevo y singular que bañaba su alma, aún muy tímida.

Veíase un cartel de teatro, adornado con un título de tragedia del antiguo repertorio, llamado clásico, y gritaba Bahorel:

—¡Abajo la tragedia preferida por los tenderos!

Y Mario oía que Combeferre contestaba:

—Haces mal, Bahorel; los tenderos prefieren la tragedia, y debemos en este punto dejarlos tranquilos. La tragedia con peluca tiene su razón de ser, y yo no soy de esos que, a nombre de Esquilo, le disputan el derecho de existir. En la Naturaleza hay bosquejos; en la creación hay parodias hechas. Un pico que no es pico, alas que no son alas, aletas que no son aletas, patas que no son patas, y un grito doloroso que mueve a risa: tal es el pato. Pero supuesto que la volatería existe al lado del ave, no veo razón para que la tragedia clásica no viva frente a frente de la tragedia antigua.

O bien la casualidad hacía que Mario pasase por la calle de Juan Jacobo Rousseau, entre Enjolras y Courfeyrac, y éste, cogiéndole del brazo, le decía:

—Prestadme atención. Esta es la calle de la Yesería, que se llama hoy de Juan Jacobo Rousseau, a causa de una familia especial que vivía en ella hace unos sesenta años. Esta familia la componían Juan Jacobo y Teresa. De cuando en cuando hacían algunos pequeñuelos. Teresa los daba al mundo, y Juan Jacobo los daba a la Inclusa.

Y Enjolras reprendía a Courfeyrac:

—¡Silencio ante Juan Jacobo! Admiro a ese hombre: renegaba de sus hijos, es verdad, pero prohijó al pueblo.

Ninguno de aquellos jóvenes pronunciaba nunca esta palabra: «el emperador». Sólo Juan Prouvaire decía algunas veces Napoleón: todos los demás decían Buonaparte. Enjolras pronunciaba «Bonaparte».

Mario se asombraba vagamente. «Initium sapientiæ».

IV

LA SALA INTERIOR DEL CAFÉ MUSAIN

Una de las conversaciones que tuvieron estos jóvenes, conversaciones a las cuales asistía Mario, tomando parte en ellas alguna vez, había producido una verdadera sacudida a su ánimo.

Pasaban estas escenas en la sala del café Musain. Casi todos los amigos del A B C estaban allí reunidos aquella noche. El quinqué estaba solamente encendido. Se hablaba de todo, pero sin pasión y con ruido. Excepto Enjolras y Mario que se callaban, todos los demás arengaban un poco. Las conversaciones entre camaradas son muchas veces tumultos pacíficos. Era aquello un juego y una confusión tanto como una conversación. Echábanse unos a otros palabras que eran recogidas. Se hablaba en los cuatro extremos.

En aquella sala no se admitía a ninguna mujer, más que a Luisita, la fregatriz de la vajilla del café, que la atravesaba de tiempo en tiempo para ir del fregadero al «laboratorio».

Grantaire, completamente borracho, ensordecía el rincón de que se había apoderado, razonando y desrazonando a grito herido:

—Tengo sed, mortales—decía—, estoy soñando; sueño que el tonel de Heidelberg tiene un ataque de apoplejía, y que yo soy una sanguijuela de la docena de ellas que le van a aplicar. Quisiera beber. Deseo olvidar la vida. La vida es una invención repugnante, inventada por no sé quién. Ni dura ni vale nada. Se cansa uno viviendo. La vida es una decoración en que hay muy poco practicable. La felicidad es una ventana vieja pintada sólo por un lado. El Eclesiastés dice: Todo es vanidad; y pienso como este buen hom-

bre, que tal vez nunca ha existido. El cero, no queriendo ir desnudo, se ha vestido de vanidad. ¡Oh vanidad que todo lo revistes de grandes palabras! ¡Una cocina es un laboratorio; un bailarín, un profesor; un saltimbanqui, un gimnasta; un boxeador, un pugilista; un boticario, un químico; un peluquero, un artista; un albañil, un arquitecto; un jockey, un sportsman; un escarabajo, un pterigibranquio. La vanidad tiene un revés y un derecho: el derecho es tonto, es el negro con sus cuentas de cristal; el revés es necio, es el filósofo con sus andrajos. Lloro por el uno, y me río del otro. Los que se llaman honores y dignidades, y aun el honor y la dignidad, son generalmente oropeles. Los reyes juegan con el orgullo humano. Calígula hacía cónsul a su caballo; Carlos II hacía caballero a un solomillo de vaca. Pavoneaos ahora entre el cónsul Incitatus y el barón Roastbeef. En cuanto al valor intrínseco de las personas, no es más respetable. Escuchad el panegírico que el vecino hace de su vecino. Lo blanco sobre lo blanco es una cosa feroz; si hablase la azucena, ¡cómo pondría a la paloma! Una hipócrita que habla de una devota es más venenosa que el áspid y que el búngaro azul. Es lástima que yo sea un ignorante, porque os citaría una porción de cosas; pero nada sé. Siempre he tenido chispa; por ejemplo, cuando era escolar en casa de Gros, en vez de embadurnar cuadritos, pasaba el tiempo en afanar manzanas; rapaz es el masculino de rapiña. Esto en cuanto a mí. En cuanto a vosotros, valéis otro tanto. Me río de vuestras perfecciones, excelencias y cualidades. Toda cualidad se pierde en un defecto; la economía linda con la avaricia, la generosidad con la prodigalidad, la bravura con la fanfarronería; mucha piedad es decir fanatismo; hay tantos vicios en la virtud como agujeros en el manto de Diógenes. ¿A quién admiráis, al muerto o al matador? ¿A César o a Bruto? Generalmente al matador. ¡Viva Bruto! porque mató. Esto es la virtud. Virtud, sí, pero locura también. Estos grandes hombres tienen faltas muy curiosas. El Bruto que mató a César estaba enamorado de la estatua de un niño. Esta estatua era del estatuario griego Estrongilion, que había modelado también la figura de amazona llamada Bella-Pierna, Eucnemus, que Nerón llevaba consigo en los viajes. Estrongilion no dejó más que dos estatuas que pusieron de acuerdo a Bruto y a Nerón. Bruto se enamoró de una, y Nerón de otra. La historia no es más que una continua repetición. Cada siglo plagia a otro. La batalla de Marengo es copia de la de Pydna; el Tolbiac de Clodoveo y el Austerlitz de Napoleón se parecen como dos gotas de sangre. Yo hago poco caso de la victoria. No hay nada tan estúpido como vencer; la verdadera gloria es convencer. Pero, ¡tratad de probarme alguna cosa! Os contentáis con el éxito: ¡qué medianías! Con la conquista, ¡qué miseria! ¡Ah! Vanidad y vileza en todo. Todo obedece al éxito, aun la gramática: «Si volet usus», dice Horacio. Por lo tanto, desprecio al género humano. ¿Descenderé ahora del todo a la parte? ¿Queréis que admire a los pueblos? ¿Qué pueblo queréis, Grecia? Los atenienses, es decir, los parisienses de entonces, mataban a Foción, como quien dice, de Coligny, y adulaban a los tiranos hasta el punto que Anáceforo decía de Pisístrato: «Su orín atrae a las abejas». El hombre más notable de Grecia, en el espacio de cincuenta años, fué el gramático Filetas, que era tan diminuto, que tenía que ponerse plomo en los zapatos para que no le arrebatase el viento. En la gran plaza de Corinto había una estatua esculpida por Silanion, y citada en su catálogo por Plinio; representaba a Epistato. ¿Y qué había hecho Epistato? Había inventado la zancadilla. Esto resume Grecia y la gloria. Pasemos a otros pueblos. ¿Admiraré a Inglaterra? ¿Admiraré a Francia? ¿A Francia? ¿Y por qué? ¿Porque tiene un París? Acabo de deciros mi opinión sobre Atenas. ¿A Inglaterra? ¿Y por qué? ¿Porque tiene un Londres? Odio a Cartago. Además, Londres, metrópoli del lujo, es capital de la miseria. Sólo en la parroquia de Charing-Cross mueren cien personas al año de hambre. Tal es la Albión. Y para acabar, añado, que he visto bailar a una inglesa con corona de rosas y anteojos azules. Así, pues, una higa para

Inglaterra. Si no admiro a John Bull, ¿admiraré a su hermano Jonathan? Me gusta muy poco este hermano que tiene esclavos. Quitad el «time is money», ¿y qué queda de Inglaterra? Quitad el «cotton is king», ¿y qué queda de América? Alemania es la linfa; Italia la bilis. ¿Nos extasiaremos ante Rusia? Voltaire la admiraba; pero admiraba también a la China. Convengo en que Rusia tiene sus bellezas, entre otras, un gran despotismo; pero compadezco a los déspotas: tienen una salud delicada. Hay un Alejo decapitado, un Pedro cosido a puñaladas, un Pablo estrangulado, otro Pablo hundido a taconazos, varios Ivanes degollados, varios Nicolases y Basilios envenenados; todo lo cual indica que el palacio de los emperadores de Rusia tiene tristes condiciones de insalubridad.

»Todos los pueblos civilizados ofrecen a la meditación del hombre pensador un hecho: la guerra. Pero la guerra civilizada agota y totaliza las formas del banditismo, desde el salteamiento del ladrón de trabuco en las gargantas del monte Jaxa hasta el merodeo de los indios comanches en el Paso-Dudoso. ¡Bah! me diréis: Europa vale más que Asia. Convengo en que el Asia es una farsa; pero no sé por qué os reís del gran lema, vosotros, pueblos de Occidente, que habéis mezclado con vuestras modas y vuestra elegancia todas las inmundicias complicadas de la majestad, desde la camisa sucia de la reina Isabel hasta la silla del retrete del Delfín. Señores humanos, os digo: ¡Mamola! Bruselas es el pueblo que consume más cerveza, Stockolmo más aguardiente, Madrid más chocolate, Amsterdam más ginebra, Londres más vino, Constantinopla más café, París más ajenjo. A esto están reducidas todas las nociones útiles: París sobresale. En París hasta los traperos son sibaritas; Diógenes hubiera querido ser mejor trapero en la plaza Maubert, que filósofo del Pireo. Ahora atended: las tabernas de los traperos se llaman «bibinas»; las más célebres son la «Cacerola» y el «Matadero». Pero, ¡oh! figones, bodegones, tapones, tabernas, chiscones, cachimares, bibinas de traperos, caravanserrallos de los califas, yo os tomo como testigos, yo soy un voluptuoso de cuarenta sueldos, y quiero tapices de Persia, tales que pueda rodar por ellos Cleopatra desnuda. ¿Dónde está Cleopatra? ¡Ah! eres tú, Luisita. Buenos días.

Así Grantaire, más que borracho, se deshacía en palabras, abrazando a la fregatriz de la vajilla del café, en su rincón de la sala interior del café Musain.

Bossuet trató de imponerle silencio, extendiendo hacia él la mano; pero Grantaire continuó más entusiasmado:

—¡Aguila de Meaux, abajo las patas! No me causas ningún efecto con tu gesto de Hipócrates rechazando los presentes de Artajerjes. Te dispenso de calmarme. Además, estoy triste. ¿Qué queréis que os diga? El hombre es malo, deforme; la mariposa es un ser completo; el hombre fracasó. Dios se equivocó al hacer este animal. Una multitud es una colección de fealdades. Cualquiera es un miserable. Mujer rima con mal ser. Sí, tengo «spleen» complicado con melancolía, con nostalgia, con hipocondría. Me desespero, rabio, se me abre la boca, me fastidio, me aburro, me embrutezco...

—¡Silencio, R mayúscula!—dijo Bossuet, que discutía un punto de derecho con otros, y que estaba metido hasta medio cuerpo en una frase de la jerga forense, cuyo fin era éste:

—En cuanto a mí, aunque apenas soy legista, y a lo más puedo pasar por procurador de afición, sostengo que, conforme a la costumbre de Normandía, el día de San Miguel, y cada año, debería pagarse un equivalente al señor, salvos los demás derechos, por todos y cada uno, tanto propietarios, como herederos, por todas las enfiteusis, arrendamientos, alodios, contratos periciales, hipotecarios e hipotecables...

—Ecos, ninfas lastimeras—murmuró Grantaire.

Cerca de éste, y en una mesa casi silenciosa, una hoja de papel, un tintero y una pluma entre dos copas, anunciaban que se estaba bosquejando un «vaudeville». Este gran negocio se trataba en voz baja, y tocándose las dos cabezas que trabajaban.

—Principiemos por buscar los nom-

bres. Cuando se tienen los nombres, se halla en seguida el argumento.

—Es cierto. Dicta : yo escribo.

—¿Señor Dorimon?

—¿Rentista?

—Sin duda.

—Su hija Celestina.

—...tina. ¿Qué más?

—¿El coronel Sainval?

—Sainval está muy usado : yo le llamaría Valsain.

Al lado de estos aspirantes a vaudevillistas había otro grupo que se aprovechaba también del ruido para hablar bajo : discutía un duelo. Un viejo de treinta años aconsejaba a un joven de diez y ocho, y le explicaba con qué adversario tenía que habérselas.

—¡ Diablo ! Desconfiad : es un magnífico florete : tira muy limpio. Conoce el ataque, no pierde golpe. Tiene puño, ímpetuosidad, viveza, el quite justo, y respuestas matemáticas. ¡ Caramba ! y es zurdo.

En el rincón opuesto a Grantaire, estaban Joly y Bahorel jugando al dominó, y hablando de amor.

—Eres feliz—decía Joly—. Tienes una querida que siempre está riendo.

—Pues es un defecto—respondió Bahorel— ; las queridas hacen muy mal en reír, porque así nos animan a engañarlas. Al verlas alegres quita el remordimiento ; pero, si uno las ve tristes, le parece cargo de conciencia el dejarlas.

—¡ Ingrato ! ¡ Es tan bueno tener una mujer que se ríe ! ¿Y no reñís nunca?

—Eso depende del convenio que hemos celebrado. Al hacer nuestra santa alianza nos hemos designado a cada uno nuestra frontera, no la pasamos nunca. La que está al Norte pertenece al cantón de Vaud, la del Sur a Gex. De aquí proviene la paz.

—La paz es la felicidad en el acto de la digestión.

—Y tú, Joll-lly, ¿cómo vas de tu desavenencia con la señorita?... Ya sabes a quien aludo.

—Sigue desdeñándome con una paciencia cruel.

—Y, sin embargo, eres un tierno enamorado.

—¡ Ah !

—Yo en tu lugar la plantaría.

—Eso es muy fácil de decir.

—Y de hacer. ¿No se llama Musicheta?

—Sí. ¡ Ah ! pobre Bahorel ; es una chica soberbia, muy literata, con diminutos pies, y pequeñas manos, bien compuesta, blanca, torneada, con ojos de hechicera. Estoy loco.

—Pues, querido, entonces es preciso agradarle, ser elegante, y hacer efectos de rodillas. Compra en casa de Staub un buen pantalón de cuero de lana. Esto da cierto tono.

—¿A cómo?—gritó Grantaire.

En el tercer rincón se oía una discusión poética. La mitología pagana disputaba con la teología. Se trataba del Olimpo, y lo defendía Juan Prouvaire por romanticismo. Juan Prouvaire sólo era tímido en los momentos de reposo. Una vez excitado, estallaba ; cierto sello de alegría marcaba su entusiasmo, y era a la vez risueño y lírico.

—No insultemos a los dioses — decía—. Los dioses no se han ido quizá. Júpiter no me causa el efecto de un muerto. Decís que los dioses son sueños ; pues bien, aun en la Naturaleza tal como es hoy, después de la desaparición de los sueños, se encuentran todos los antiguos mitos paganos. Una montaña de aspecto de una ciudadela, mirada de perfil, como Vignemale, es aún para mí el tocado de Cibeles ; nadie me ha demostrado que Pan no venga por la noche a soplar en el tronco hueco de los sauces, tapando sucesivamente los agujeros con los dedos ; y siempre he creído que está para algo en la cascada de Pissevache.

En el último rincón se hablaba de política : se maltrataba la carta otorgada. Combeferre la defendía débilmente, y Courfeyrac la atacaba enérgicamente en brecha. En la mesa había un ejemplar de la malhadada carta Touquet. Courfeyrac la había cogido, y la sacudía, mezclando con sus argumentos el ruido del papel.

—En primer lugar, no quiero reyes ; aunque no sea más que desde el punto de vista económico, no los quiero ; un rey es un parásito. Los reyes no se tienen gratis. Oíd esto : carestía de los reyes. A la muerte de Francisco I, la deuda pública en Francia era de treinta mil libras de renta ; a la muerte de

Luis XIV, ascendía a dos mil seiscientos millones de veintiocho libras el marco, lo que equivaldría en 1760, según Desmarets, a cuatro mil quinientos millones, y ascendería hoy a doce mil millones. En segundo lugar, con perdón de Combeferre, una carta otorgada es un mal expediente de civilización. Salvar la transición, dulcificar el tránsito, amortiguar la sacudida, hacer pasar insensiblemente a la nación de la monarquía a la democracia por la práctica de las ficciones constitucionales, son razones muy detestables. ¡ No, no ! No alumbremos nunca al pueblo con luz falsa. Los principios se debilitan y palidecen en vuestra bodega constitucional. Fuera bastardías, fuera compromisos, fuera concesiones del rey al pueblo. En todas estas concesiones hay un artículo 14. Al lado de la mano que da, está la garra que quita. Rechazo vuestra carta. Una carta es una máscara ; bajo ella está la mentira. Un pueblo que acepta una carta, abdica. El derecho debe ser completo ; si no, no es derecho. ¡ No ! ¡ Fuera la carta !

Era invierno, dos leños chispeaban en la chimenea. Courfeyrac, ante aquella tentación, no pudo resistir. Arrugó la pobre carta Touquet y la echó al fuego. El papel hizo llama ; Combeferre miró filosóficamente cómo se quemaba la obra maestra de Luis XVIII, y se contentó con decir :

—La carta convertida en humo.

Y los sarcasmos, los chistes, las agudezas, esa cosa francesa que se llama el «entrain», esa cosa inglesa que se llama el «humour», el bueno y el mal gusto, las buenas y las malas razones, la loca chispa del diálogo, creciente a cada momento, y cruzándose por todos los puntos de la sala, formaban sobre las cabezas una especie de alegre bombardeo.

V

ENSANCHÁNDOSE EL HORIZONTE

El choque de los ingenios jóvenes ofrece la particularidad admirable de que no se puede nunca prever la chispa, ni adivinar el relámpago. ¿Qué va a brotar en un momento dado? Nadie lo sabe. La carcajada parte de la ternura : la gravedad sale de un momento de burla. Los impulsos provienen de la primera palabra que se oye. La vena de cada uno es soberana. Un chiste basta para abrir la puerta de lo inesperado. Estas conversaciones son, pues, entretenimientos de bruscos cambios, en que la perspectiva varía de repente. La casualidad es el maquinista de estas discusiones.

Así, una idea grave, que surgió caprichosamente de entre un juego de palabras, atravesó esta conversación en que se tiroteaban confusamente Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Bossuet, Combeferre, y Courfeyrac.

¿Cómo brota una frase de un diálogo? ¿Cuál es la causa de que quede escrita con letra bastardilla en la imaginación de los que la oyen? Acabamos de decirlo : nadie lo sabe. En medio del ruido, Bossuet terminó un apóstrofe dirigido a Combeferre con esta fecha :

18 de junio de 1815 : Waterloo.

Al oír este nombre, Waterloo, Mario, apoyando los codos en una mesa, y cerca de un vaso de agua, se quitó el puño de la barba y principió a mirar fijamente al auditorio.

—¡ Por Dios ! — exclamó Courfeyrac («pardiez» iba estando en desuso por aquel tiempo)—, este número 18 es muy extraño, y me llama la atención. Es el número fatal de Bonaparte. Poned a Luis delante, y al brumario detrás, y tendréis todo el destino del hombre, con la particularidad significativa de que el principio es pisoteado por el fin.

Enjolras, que hasta entonces había permanecido mudo, rompió el silencio y dijo a Courfeyrac :

—Tú quieres decir el crimen por la expiación.

Esta palabra «crimen» pasaba el límite de lo que podía aceptar Mario, conmovido ya con la brusca evolución de Waterloo.

Se levantó y fué lentamente hacia el mapa de Francia que había en la pared, en cuya parte inferior se veía una isla en un cuadrito separado, y puso el dedo en este cuadrito, diciendo :

—Córcega ; isla pequeña, que ha hecho grande a Francia.

Estas palabras fueron como un soplo de aire helado. Todos se interrumpie-

ron. Conocióse que iba a empezar algo.

Bahorel, replicando a Bossuet, estaba dispuesto a recostarse, tomando su actitud favorita, pero renunció a ello por escuchar.

Enjolras, cuyos ojos azules no se fijaban en nadie, y parecían contemplar el vacío, respondió sin mirar a Mario:

—Francia no necesita ninguna Córcega para ser grande. Francia es grande, porque es Francia: «Quia nominor leo.»

Mario no experimentó deseo alguno de retroceder. Se volvió hacia Enjolras y dejó oír su voz con una vibración que provenía del estremecimiento del corazón:

—No permita Dios que yo deprima a Francia. Pero no es deprimirla unirla a Napoleón. Discutamos. Yo soy nuevo entre vosotros, pero os confieso que no me asustáis. ¿Dónde estamos? ¿Qué somos? ¿Qué sois? ¿Qué soy yo? Hablemos del emperador. Os oigo decir Buonaparte, acentuando la *u* como los realistas; y os advierto que mi abuelo lo hacía mejor aún; decía: ¡Buonaparté! Os creía jóvenes. ¿En qué ponéis vuestro entusiasmo? ¿Qué hacéis? ¿Qué admiráis si no admiráis al emperador? ¿Qué más necesitáis? Si no consideráis grande a éste, ¿qué grandes hombres queréis? Napoleón lo tenía todo. Era un ser completo. Su cerebro era el cubo de las facultades humanas. Hacía códigos como Justiniano; dictaba como César; su conversación tenía la brillantez de Pascal y la precisión de Tácito. Hacía la historia y la escribía. Sus boletines son Ilíadas; combinaba las cifras de Newton con las metáforas de Mahoma; dejaba detrás de sí en Oriente palabras grandes como las pirámides; en Tilsit enseñaba la majestad a los emperadores; en la Academia de Ciencias contestaba a Laplace; en el Consejo de Estado discutía con Merlin; daba alma a la geometría de éstos y a las argucias de aquéllos; era legista con los procuradores, y sideral con los astrónomos: como Cromwell apagando una vela de dos, se iba al Temple a regatear una borla de cortina; todo lo veía y lo sabía; lo que no le impedía reír con la risa del más bonachón al lado de la cuna de su hijo. De pronto, Europa se asustaba y escuchaba; los ejércitos se ponían en marcha, rodaban los parques de artillería; los puentes de barcas cubrían los ríos: las nubes de caballería galopaban entre el huracán; había gritos, trompetas, temblor de tronos; oscilaban las fronteras de los reinos en el mapa; se oía el ruido de una espada sobrehumana que salía de la vaina; se le veía elevarse sobre el horizonte con una llama en la mano, y la radiación en los ojos, desplegando en medio del rayo sus dos alas, es decir, el gran ejército y la guardia veterana. ¡Era el arcángel de la guerra!

Todos callaban y Enjolras bajaba la cabeza. El silencio produce siempre alguna aquiescencia, o por lo menos una especie de descanso sobre las armas. Mario, casi sin tomar aliento, continuó con entusiasmo creciente:

—Seamos justos, amigos. ¡Qué brillante destino de un pueblo, ser el Imperio de semejante emperador, cuando el pueblo es Francia, y asocia su genio al genio del gran hombre! Aparecer y reinar, marchar y triunfar, tener por etapas todas las capitales, hacer reyes de los granaderos, decretar caídas de dinastías, transfigurar a Europa a paso de carga, sentir, cuando amenazáis, que ponéis la mano en el pomo de la espada de Dios, seguir en un solo hombre a Aníbal, a César y a Carlomagno, ser el pueblo de un hombre que mezcla con todas vuestras auroras la noticia de una brillante victoria, tener por despertador el cañón de los Inválidos, arrojar en abismos de luz palabras prodigiosas que resplandecen para siempre: Marengo, Arcole, Austerlitz, Jena, Wagram; hacer brillar a cada instante en el cenit de los siglos constelaciones de victorias; dar el Imperio francés por contrapeso al Imperio romano; ser la gran nación y producir el gran ejército; hacer volar las legiones por todos los pueblos, así como una montaña envía a todas partes sus águilas; vencer, dominar, fulminar, ser en medio de Europa un pueblo dorado a fuerza de gloria; tocar al través de la historia una marcha de titanes; conquistar el mundo dos veces, por conquista y por deslumbramiento, esto es sublime. ¿Qué hay más grande?

—Ser libre—dijo Combeferre.

Mario bajó a su vez la cabeza: esta sola palabra, pronunciada sencilla y fríamente, atravesó como una hoja de acero su épica efusión, y sintió que se desvanecía. Cuando levantó la vista, Combeferre no estaba allí. Probablemente satisfecho de su réplica a la apoteosis, acababa de salir, y todos, excepto Enjolras, le habían seguido. La sala estaba vacía. Enjolras se había quedado solo con Mario, y lo miraba atentamente. Mario ordenó un poco sus ideas, y no se creyó derrotado. Había en él un resto de entusiasmo que iba a traducirse sin duda en silogismos desplegados contra Enjolras, cuando se oyó cantar en la escalera a uno que se retiraba: era Combeferre. Véase lo que cantaba:

Si César me hubiera dado
la guerra y la victoria,
y me hubiera obligado
á dejar á mi madre por la gloria,
habría dicho á Augusto:
Da el cetro á quien te cuadre.
No es eso de mi gusto:
yo prefiero quedarme con mi madre.

El acento tierno y severo con que cantaba Combeferre daba a esta canción cierta extraña grandeza.

En este momento sintió en el hombro la mano de Enjolras.

—Ciudadano—le dijo Enjolras—, mi madre es la República.

VI

RES AUGUSTA

Aquella noche produjo en Mario una conmoción profunda, y una obscuridad triste en su alma. Experimentó lo que tal vez experimenta la tierra en el momento en que abre su seno el hierro para depositar en ella el grano de trigo: sólo siente la herida; el movimiento del germen y el placer del fruto vienen después.

Mario se quedó sombrío. ¿Debía abandonar una fe, cuando acababa de adquirirla? Se dijo que no, se aseguró que no debía dudar; pero, a pesar suyo, dudaba. Vivir entre dos religiones, no habiendo dejado aún la una, ni entrado todavía en la otra, es insoportable. El crepúsculo sólo conviene a las almas de los murciélagos. Mario tenía una pupila abierta, y necesitaba la verdadera luz. Las sombras de la duda le hacían padecer. Por más deseo que tuviera de quedarse donde estaba, y de permanecer firme, se veía obligado irresistiblemente a avanzar, a examinar, a penar, a ir más adelante. ¿Adónde debía llevarle este impulso? Temía, después de haber dado tantos pasos que le habían aproximado a su padre, dar otros nuevos que lo alejasen de él. Su malestar se aumentaba con todas las reflexiones que hacía. Todo lo veía escarpado en derredor suyo. Ya no estaba de acuerdo ni con su abuelo, ni con sus amigos; era temerario para el uno, retrógado para los otros; se vió, pues, doblemente aislado por el lado de la vejez y por el de la juventud. Dejó de ir al café Musain.

Esta turbación de su conciencia no le permitía pensar en algunos pormenores bastante serios de la vida; pero las realidades de ésta no se dejan olvidar, y vinieron a caer sobre él bruscamente.

Una mañana entró en su cuarto el amo de la casa y le dijo:

—El señor Courfeyrac ha respondido por vos.

—Sí.

—Pero me hace falta dinero.

—Decid al señor Courfeyrac que venga, que tengo que hablarle—dijo Mario.

Fué Courfeyrac y los dejó el patrón. Mario le dijo que lo que no había pensado aún decirle, era que estaba solo en el mundo, y no tenía parientes.

—¿Y qué vais a hacer?—dijo Courfeyrac.

—No lo sé—respondió Mario.

—¿Qué vais a ser?

—No lo sé.

—¿Tenéis dinero?

—Quince francos.

—¿Queréis que os preste?

—No. Nunca.

—¿Tenéis ropa?

—Esta.

—¿Tenéis alhajas?

—¡Un reloj!

—¿De plata?

—De oro. Vedlo aquí.

—Yo sé de un prendero que os comprará una levita y un pantalón.

—Bueno.

—No tendréis ya más que un pantalón, un chaleco y un frac.

—Y las botas.

—¡Qué! ¿No iréis con los pies descalzos? ¡Qué opulencia!

—Tendré bastante.

—Sé de un relojero que os comprará el reloj.

—Bueno.

—No, no es bueno. ¿Qué haréis después?

—Lo que sea preciso. A lo menos todo lo que sea honrado.

—¿Sabéis el inglés?

—No.

—¿Sabéis el alemán?

—No.

—Tanto peor.

—¿Por qué?

—Porque un librero amigo mío está publicando una especie de enciclopedia, para la cual podríais traducir artículos alemanes o ingleses. Se paga mal, pero se vive.

—Aprenderé el inglés y el alemán.

—¿Y mientras tanto?

—Comeré mi ropa y mi reloj.

Llamaron al prendero, y compró la ropa en veinte francos. Fueron a casa del relojero y vendieron el reloj en cuarenta y cinco francos.

—Esto no va mal — decía Mario a Courfeyrac al entrar de vuelta en su casa—; con los quince francos tengo ochenta.

—¿Y la cuenta del patrón?

—Es verdad, la olvidaba—dijo Mario.

El patrón presentó la cuenta, y hubo que pagarla en seguida. Subía a setenta francos.

—Me quedan diez francos—dijo Mario.

—¡Malo!—dijo Courfeyrac—; gastaréis cinco francos en comer mientras aprendéis el inglés, y cinco francos mientras aprendéis el alemán. Esto será tragar una lengua muy pronto, o gastar cien sueldos muy lentamente.

Mientras tanto, la tía Gillenormand, bastante buena en el fondo en las tristes ocasiones, había concluído por descubrir la morada de Mario.

Una mañana, cuando Mario volvía de la cátedra, se encontró con una carta de su tía y las «sesenta pistolas», es decir, seiscientos francos en oro en una cajita cerrada.

Mario devolvió los treinta luises a su tía con una respetuosa carta, en que aseguraba que tenía medios de existencia, y podía cubrir todas sus necesidades. En aquel momento le quedaban tres francos.

La tía no dijo nada al abuelo, por miedo de acabarle de exasperar completamente. Además, ¿no había dicho: no me habléis nunca de ese bebedor de sangre?

Mario salió de la casa de la Puerta de Santiago, no queriendo contraer deudas.

LIBRO QUINTO

Excelencia de la desgracia.

I

MARIO INDIGENTE

La vida empezó a ser muy áspera para Mario. Comerse la ropa y el reloj no era nada. Se vió reducido a esa situación inexplicable, que se llama «comerse los codos», cosa horrible, que quiere decir, días sin pan, noches sin sueño y sin luz, hogar sin fuego, semanas sin trabajo, porvenir sin esperanza, la levita rota por los codos, el sombrero viejo que hace reír a las jóvenes, la puerta que se encuentra cerrada de noche porque no se paga a la patrona, la insolencia del portero y del bodegonero, la burla de los vecinos, las humillaciones, la dignidad ultrajada, el trabajo de cualquier clase aceptado, los disgustos, la amargura, el abatimiento. Mario aprendió a devorar todo esto, y a no tener que devorar muchas veces más que estas cosas. En estos momentos de la existencia en que el hombre tiene necesidad de orgullo, porque tiene necesidad de amor, se vió burlado porque andaba mal vestido, y ridículo porque era pobre. A la edad en que la juventud inflama el corazón con imperial altivez, bajó más de una vez los ojos a sus botas agujereadas, y conoció la injusta vergüenza, el punzante bochorno de la miseria. ¡Prueba terrible

y admirable de que los débiles salen infames, y los fuertes sublimes; crisol en que el destino arroja al hombre cuando quiere hacer de él un ser despreciable, o un semi-dios!

Porque hay muchas acciones grandes en esas pequeñas luchas. Hay valor terco e ignorado que se defiende palmo a palmo en la sombra contra la fatal invasión de las necesidades y de la ignominia; hay nobles y misteriosos triunfos que no ve ninguna mirada, que no tienen la indemnización de ninguna clase de fama, ni el saludo de ninguna clase de aplausos. La vida, la desgracia, el aislamiento, el abandono, la pobreza, son campos de batalla que tienen sus héroes: héroes obscuros, pero más grandes a veces que los héroes ilustres.

Hay naturalezas firmes y raras que han sido creadas así; porque la miseria, que es casi siempre una madrastra, es algunas veces madre; la desnudez engendra en ocasiones el vigor del alma y del talento; la miseria amamanta la altivez; la desgracia suele ser un buen alimento para los corazones magnánimos.

Hubo una época en la vida de Mario, en que él mismo barría su miserable cuarto, en que él mismo iba a comprar dos cuartos de queso de Brie a casa de la frutera, en que esperaba que cayese la obscuridad del crepúsculo para entrar en la panadería, y comprar una libreta que llevaba furtivamente a su boardilla, como si la hubiera robado. Alguna vez se veía deslizarse en la carnicería del rincón, entre las parlanchinas cocineras que le rodeaban, a un joven, de aspecto zurdo, con unos libros bajo el brazo, que al entrar se quitaba el sombrero, dejando ver el sudor que corría de su frente; hacía un profundo saludo a la carnicera sorprendida, otro al criado de la carnicería, pedía una chuleta de carnero, la pagaba dando seis o siete sueldos, la envolvía en un papel, la ponía debajo del brazo entre dos libros, y se iba. Aquel joven era Mario: con aquella chuleta, que cocía él mismo, vivía tres días.

El primer día comía la carne, el segundo se bebía el caldo, y el tercero roía el hueso. En varias ocasiones la tía Gillenormand hizo tentativas, y le envió los sesenta doblones. Mario se los devolvió siempre, diciendo que nada necesitaba.

Aun estaba de luto por su padre cuando se verificó en él la revolución que hemos descrito; desde entonces no había abandonado el traje negro; pero el traje lo abandonó a él. Llegó un día en que no tuvo levita; aun podía durarle el pantalón. ¿Qué hacer? Courfeyrac, a quien había hecho algunos favores, le dió un frac viejo. Mario hizo que se lo volviera del revés por treinta francos un portero cualquiera, y se encontró con un frac nuevo. Pero era verde, y Mario desde entonces no salió sino después de caer la noche, con lo cual hacía que su traje pareciese negro. Quería vestirse siempre de luto, y se vestía con las sombras de la noche.

Al través de todo esto se recibió de abogado. Se creía que vivía en casa de Courfeyrac, casa que era decente, y en la cual un cierto número de libros de Derecho sostenidos y completados por algunos volúmenes de novelas descabaladas figuraban la biblioteca que exigen los reglamentos. Se hacía dirigir las cartas a casa de Courfeyrac.

Cuando Mario fué abogado, dió parte a su abuelo en una carta fría, pero llena de sumisión y de respeto. El señor Gillenormand cogió la carta temblando, la leyó, y la tiró hecha cuatro pedazos al cesto. Dos o tres días después, la señorita Gillenormand oyó a su padre, que estaba solo en su cuarto, hablar en voz alta, lo que le sucedía siempre que estaba muy agitado; aplicó el oído, y oyó que el anciano decía:

—Si no fueses un imbécil, sabrías que no se puede ser a un tiempo barón y abogado.

II

MARIO POBRE

Con la miseria sucede lo que con todo: llega a hacerse posible; concluye por tomar una forma y arreglarse. Se vegeta, es decir, se desarrolla uno de cierto modo miserable, pero suficiente para vivir. Véase cómo se había arreglado la existencia de Mario.

Había salido ya de la gran estrechura; el desfiladero se ensanchaba un poco delante de él. A fuerza de trabajo, de valor, de perseverancia y de voluntad, había conseguido sacar de su trabajo unos setecientos francos por año. Había aprendido el alemán y el inglés; y gracias a Courfeyrac que le había puesto en contacto con su amigo el librero, desempeñaba en la literatura librera el modesto papel de «utilidad».

Hacía prospectos, traducía de los periódicos, anotaba ediciones, compilaba biografías, etc.; producto neto, fuese bueno o malo el año, setecientos francos. Con esto vivía. ¿Cómo? No enteramente mal. Vamos a decirlo.

Mario ocupaba en la casa de Gorbeau, mediante el precio anual de treinta francos, un chiribitil sin chimenea, llamado gabinete, donde no había en materia de muebles, más que lo indispensable. Estos muebles eran suyos. Daba tres francos al mes a la vieja inquilina principal, por barrer el chiribitil y por subirle por la mañana un poco de agua caliente, un huevo fresco y un panecillo de a cinco céntimos.

Con este pan y este huevo se desayunaba, de módo que el almuerzo le costaba de dos a cuatro sueldos, según estaban caros o baratos los huevos. A las seis de la tarde bajaba por la calle de Santiago a comer a casa de Rousseau, enfrente de Basset, el vendedor de estampas del rincón de la calle de Maturins. No comía sopa: tomaba una ración de carne de seis sueldos, media ración de legumbres de tres sueldos, y un postre de otros tres, y por otros tres pan a discreción. En cuanto al vino, bebía agua. Cuando pagaba en el mostrador, donde estaba sentada majestuosamente la señora Rousseau, siempre gruesa, y aún fresca en aquel tiempo, daba un sueldo al mozo, y la señora Rousseau le daba una sonrisa. Después se iba. Por diez y seis sueldos tenía una comida y una sonrisa.

Este restaurant (1) de Rousseau, donde se vaciaban tan pocas botellas y tantas tinajas, era más bien un calmante que un restaurante. Ya no existe: su dueño tenía un buen mote: le llamaban: «Rousseau el acuático».

Almorzando, pues, por cuatro sueldos y comiendo por diez y seis, le salía el alimento por veinte sueldos diarios, es decir, trescientos sesenta y cinco francos al año. Añadiendo a esto los treinta francos de alquiler, y los treinta y seis de la vieja, más algunos otros gastillos, resulta que por cuatrocientos cincuenta francos, tenía Mario casa, comida y servicio. El vestir le costaba cien francos, la ropa blanca cincuenta, la lavandera otros cincuenta, y el todo no pasaba de seiscientos cincuenta. Era rico, hasta el punto de que prestaba a veces diez francos a un amigo. Courfeyrac le había tomado a préstamo una vez sesenta francos. En cuanto a la lumbre, como Mario no tenía chimenea, la había «simplificado».

Mario tenía siempre dos trajes completos; uno viejo «para todos los días», y otro nuevo para las ocasiones; ambos eran negros. Sólo tenía tres camisas, una puesta, otra en la cómoda, y la tercera en la casa de la lavandera; las renovaba a medida que se usaban; y como estaban casi siempre rotas, le obligaban a ir abotonado hasta la barba.

Para llegar Mario a esta situación floreciente le habían sido necesarios algunos años: años muy rudos, difíciles unos de atravesar, otros de subir; pero no había decaído ni un solo día. Todo lo había padecido en materia de desnudez; todo lo había hecho excepto contraer deudas. Se daba testimonio de que nunca había debido un sueldo a nadie, porque creía que una deuda era el principio de la esclavitud; y se decía, que un acreedor es peor que un amo, porque un amo no posee más que la persona, pero un acreedor posee la dignidad, y puede abofetearla. Prefería no comer a pedir prestado, y así había pasado muchos días ayunando. Conociendo que los extremos se tocan, y que si no está apercibido, la aminoración de los bienes de fortuna puede llegar al alma, cuidaba celosamente de su altivez. Una frase o un acto que otra ocasión le hu-

(1) La palabra *restaurant* no tiene una traducción exacta en castellano: la hemos dejado así para conservar el juego de palabras entre *restaurant* y *calmant*.

biera parecido una deferencia, le parecía entonces una humillación, y se erguía. No se aventuraba en nada para no tener que retroceder. Tenía en su fisonomía una especie de rubor severo. Era tímido hasta la aspereza.

En todas sus pruebas se sentía animado, y aun algunas veces impulsado por una fuerza secreta que tenía dentro de sí. El alma ayuda al cuerpo, y en ciertos momentos le sirve de apoyo. El alma es el único pájaro que sostiene su jaula.

Al lado del nombre de su padre se había grabado otro nombre en su corazón : el nombre de Thenardier. Mario en su naturaleza entusiasta y grave, rodeaba de una especie de aureola al hombre a quien, en su pensamiento, debía la vida de su padre ; a aquel intrépido sargento, que había salvado al coronel en medio de las bombas y las balas de Waterloo. Nunca separaba el recuerdo de este hombre del recuerdo de su padre, y los asociaba en su veneración. Era una especie de culto de dos grados, el altar mayor para el coronel, y uno pequeño para Thenardier. Lo que redoblaba la ternura de su reconocimiento era la idea del infortunio en que sabía que había caído y desaparecido Thenardier. Mario había sabido en Montfermeil la ruina y la quiebra del desgraciado posadero. Desde entonces había hecho esfuerzos inauditos para encontrar sus huellas, y llegar a él en el tenebroso abismo de la miseria en que había desaparecido. Había escudriñado toda la comarca ; había ido a Chelles, a Bondy, a Gournay, a Fogent, a Lagny y por espacio de tres años se había dado sólo a buscarle, gastando en estas exploraciones el poco dinero que ahorraba.

Nadie había podido darle noticias de Thenardier ; creían que se había ido al extranjero. Sus acreedores le habían buscado también con menos amor que Mario, pero con tanto tesón, y no habían podido echarle mano. Mario se acusaba y se reprendía casi por no haber conseguido nada en sus investigaciones. Esta era la única deuda que le había dejado el coronel, y Mario tenía a honra el pagarla.

—¡ Cómo !—pensaba—, ¡ cuando mi padre yacía moribundo en el campo de batalla, Thenardier supo encontrarle al través del humo y de la metralla, y llevarle sobre sus hombros, y no le debía nada, sin embargo, y yo que debo tanto a Thenardier no podré encontrarle en esta sombra en que agoniza, y volverle a mi vez de la sombra a la vida ! ¡ Ah ! ¡ Yo le encontraré !

Y, en efecto, por encontrarle hubiera dado Mario un brazo, y por sacarle de la miseria toda su sangre.

Volver a verle, hacerle un favor cualquiera, decirle : No me conocéis ; pues bien, ¡ yo os conozco ! aquí estoy, disponed de mí : este era el deseo más dulce y magnífico de Mario.

III

MARIO HOMBRE

En esta época tenía Mario veinte años, y hacía tres que había abandonado a su abuelo. Habían quedado ambos en los mismos términos de una y otra parte, sin tratar de aproximarse ni de verse. Además, ¿para qué se habían de ver? ¿para chocar? ¿Quién habría hecho conocer la razón al otro? Mario era el vaso de bronce ; pero el señor Gillenormand era la olla de hierro.

Pero digamos aquí que Mario se había equivocado al juzgar el corazón de su abuelo. Había creído que su abuelo no le había amado nunca, y que aquel buen hombre, vivo, duro, y risueño, que juraba, gritaba, tronaba y levantaba el bastón, no había tenido para él a lo más sino ese afecto ligero y grave a la vez, de los gerontes de comedia. Mario se engañaba. Hay padres que no quieren a sus hijos, pero no hay ni un abuelo que no adore a su nieto.

En el fondo, ya lo hemos dicho, el señor Gillenormand idolatraba a Mario. Le idolatraba a su manera, con acompañamiento de sofiones, y aun de golpes ; mas, cuando desapareció el niño, sintió un negro vacío en el corazón ; exigió que no le hablasen más de él, sintiendo en su interior el ser tan bien obedecido.

En los primeros días esperó que el buonapartista, el jacobino, el terrorista,

el septembrista, volvería; pero pasaron las semanas, pasaron los meses, pasaron los años, y con gran desesperación del señor Gillenormand, el bebedor de sangre no volvió. No podía menos de echarle de casa, se decía el abuelo y se preguntaba: Si volviera a pasar lo mismo, ¿volvería yo a obrar del mismo modo? Su orgullo respondía inmediatamente que sí; pero su encanecida cabeza que sacudía en silencio, respondía tristemente que no. Tenía sus horas de abatimiento. Le faltaba Mario, y los viejos tienen tanta necesidad de afectos como de sol. Para ellos el afecto es también calor.

Por más fuerte que fuese su naturaleza, la ausencia de Mario había producido alguna variación en él. Por nada en el mundo hubiera querido dar un paso hacia «aquel pícaro», pero padecía. Nunca preguntaba por él, pero nunca pensaba en otra cosa. Vivía cada vez más retirado en el Marais. Era aún como en otros tiempos, alegre y violento; pero su alegría tenía una dureza convulsiva, como si contuviese dolor y cólera, y su violencia terminaba siempre por una especie de abatimiento manso y sombrío.

Decía algunas veces:

—¡Oh! ¡Si volviera, qué bofetón había de darle!

En cuanto a la tía, pensaba demasiado para amar mucho. Mario no era para ella más que una especie de perfil vago, y había concluído por cuidarse de él mucho menos que del gato o del loro que probablemente tendría.

Lo que acrecentaba el secreto padecimiento del señor Gillenormand era que le guardaba íntegro sin dejar adivinar nada. Su tristeza era como uno de esos hornillos nuevamente inventados que queman su mismo humo.

Sucedía a veces que llegaba algún oficioso malhadado, y le hablaba de Mario, y le preguntaba:

—¿Qué hace o qué ha sucedido a vuestro señor nieto?

El viejo ciudadano respondía suspirando si estaba triste, o sacudiéndose los vuelillos, si quería parecer alegre.

—El señor barón de Pontmercy pleitea en algún rincón.

Mientras que el viejo padecía, Mario se aplaudía a sí mismo. Como a todos los buenos corazones, la desgracia le había hecho perder la amargura. Sólo pensaba en el señor Gillenormand con dulzura; pero se había propuesto no recibir nada del hombre «que había sido malo para su padre». Era aquello como la traducción mitigada de su primera indignación.

Por otra parte, se creía dichoso por haber padecido, y por padecer aún, porque lo hacía para su padre. La dureza de su vida le satisfacía y le agradaba. Decíase con cierta alegría que «aquello era lo menos»; que era una expiación; que sin esto habría sido castigado de otro modo y más tarde por su impía indiferencia hacia su padre; que no habría sido justo que su padre hubiese sobrellevado todo el padecimiento, y él nada; que, por otra parte, ¿qué eran sus trabajos y su desnudez comparados con la vida heroica del coronel? y que, en fin, el único medio de acercarse y asemejarse a su padre, era ser tan valiente contra la indigencia como el coronel lo había sido contra el enemigo; y que esto sin duda era lo que el coronel había querido decir con estas palabras: «será digno de él».

Palabras que Mario seguía llevando, no sobre su pecho, porque había desaparecido el escrito del coronel, sino sobre su corazón.

Además, el día en que su abuelo le había expulsado no era más que un niño; pero ahora era hombre y lo conocía. La miseria, repetimos, había sido buena para él. La pobreza en la juventud, cuando puede salir adelante, tiene una cosa magnífica: la propiedad de dirigir toda la voluntad hacia el esfuerzo y toda el alma hacia la aspiración. La pobreza pone de manifiesto la vida material en toda su desnudez, y la hace horrible. De aquí provienen esos inexplicables impulsos hacia la vida ideal. El joven rico tiene cien distracciones brillantes y groseras: las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, los banquetes y todo lo demás; ocupaciones de las regiones bajas del alma a costa de las regiones más altas y delicadas. El joven pobre encuentra

gran dificultad en ganar su pan; come, y cuando ha comido no le queda más que el ensueño de la meditación.

Asiste a los espectáculos gratis que Dios le presenta; contempla el cielo, el espacio, los astros, las flores, los niños, la humanidad en que padece, la creación en que brilla. Contempla tanto la humanidad, que descubre el alma; contempla tanto la creación, que descubre a Dios. Medita; conoce que es grande; medita más y conoce que es sensible. Del egoísmo del hombre que padece, pasa a la compasión del hombre que medita. Un admirable sentimiento brilla en él: el olvido de sí mismo y la piedad para todos.

Al pasar de los goces sin número que la Naturaleza ofrece, da y prodiga a las almas abiertas y niega a las almas cerradas, llega a compadecer, él, millonario de la inteligencia, a los millonarios del dinero. De su corazón se borra todo el odio a medida que va entrando toda la claridad en su espíritu.

Por otra parte, ¿es desgraciado? No. La miseria de un joven no es nunca miserable. Cualquier joven, por pobre que sea, con su salud, su fuerza, su paso vivo, sus ojos brillantes, su sangre que circula ardorosa, sus cabellos negros, sus mejillas frescas, sus labios sonrosados, sus dientes blancos, su aliento puro, dará siempre envidia a un viejo, aunque sea emperador. Cada día por la mañana se pone a ganar el sustento, y mientras sus manos ganan el pan, su espina dorsal adquiere gallardía, su cerebro adquiere ideas; y cuando concluye el trabajo, vuelve a los éxtasis inefables, a la contemplación, a los goces; vive con los pies en la aflicción, en los obstáculos, en el suelo, en los abrojos, y a veces en el lodo, y con la cabeza en la luz. Es firme, sereno, dulce, pacífico, atento, grave, satisfecho con poco, benévolo, y bendice a Dios que le ha dado dos riquezas de que carecen muchos ricos: el trabajo que lo hace libre y la inteligencia que lo hace digno.

Esto era lo que había pasado en Mario que, para decirlo todo, se había dedicado bastante a la contemplación. Desde el día en que había podido ganar su vida casi con seguridad, se había estacionado, encontrando buena la pobreza, y descontando algo del trabajo para darlo al pensamiento; es decir, que pasaba días enteros meditando, sumergido y abstraído como un visionario en las muchas voluptuosidades del éxtasis y de la irradiación interior.

Había planteado de este modo el problema de la vida: dar el menor tiempo posible al trabajo material para dar el mayor tiempo posible al trabajo impalpable; en otros términos, dedicar algunas horas a la vida real, y el resto al infinito. No advertía, creyendo no carecer de nada, que la contemplación comprendida de esta manera concluye por ser una de las formas de la pereza; que se había satisfecho con dominar las primeras necesidades de la vida, y que descansaba demasiado pronto.

Era evidente que para esta naturaleza enérgica y generosa, éste no podía ser más que un estado transitorio, y que al primer choque con las inevitables complicaciones del destino, Mario despertaría.

En tanto, y aunque fuese ya abogado, y a pesar de lo que pensaba el señor Gillenormand, no informaba, no ponía ni siquiera un pedimento. La meditación lo había alejado de la abogacía. Tratar con los procuradores, ir a la Audiencia, buscar causas, todo esto le cansaba. ¿Y por qué había de hacerlo? Ninguna razón veía para cambiar de modo de vivir. El librero comerciante y obscuro le daba ya un trabajo seguro, un trabajo poco penoso, y como acabamos de ver le bastaba.

Uno de los libreros para quienes trabajaba, el señor Magimel, creo, le había ofrecido emplearle en su casa, alojarle bien, darle un trabajo regular y mil quinientos francos al año. ¡Estar bien alojado! ¡mil quinientos francos! Es verdad; ¡pero renunciar a la libertad! ¡Estar asalariado! ¡Ser una especie de literato hortera! En el pensamiento de Mario aceptar esta nueva posición, era llegar a estar mejor y peor al mismo tiempo; ganaba en bienestar y perdía en dignidad; era una desgracia completa y hermosa que se cambiaba en una incomodidad fea y ridícula;

una cosa así como un ciego convertido en tuerto. No quiso aceptar el trato.

Mario vivía solitario. A causa de la afición que tenía a permanecer extraño a todo, y también a causa de haberse asustado demasiado, no había entrado decididamente en el grupo presidido por Enjolras. Habían quedado como buenos amigos; estaban dispuestos a ayudarse mutuamente en la ocasión de todas las maneras posibles; pero nada más. Mario tenía dos amigos: uno joven, Courfeyrac, y otro viejo, el señor Mabeuf: se inclinaba al viejo, porque le debía, en primer lugar, la revolución que en su interior se había realizado, y en segundo lugar, haber conocido y amado a su padre. «Me ha hecho la operación de la catarata», decía.

Ciertamente, la intervención de aquel mayordomo había sido decisiva.

Y, sin embargo, el señor Mabeuf no había sido en esta ocasión más que el agente tranquilo e impasible de la Providencia. Había iluminado a Mario por casualidad y sin saberlo, como hace una vela que lleva cualquiera; había sido la vela, no el cualquiera.

En cuanto a la revolución política interior de Mario, el señor Mabeuf era incapaz de comprenderla, de quererla y de dirigirla.

Como hemos de encontrar más adelante al señor Mabeuf, no estará de más que digamos sobre él algunas palabras.

IV

EL SEÑOR MABEUF

El día en que el señor Mabeuf decía a Mario: «Ciertamente, yo apruebo las opiniones políticas», explicaba el verdadero estado de su ánimo. Todas las opiniones políticas le eran indiferentes; todas las aprobaba sin distinción con tal que lo dejasen tranquilo, del mismo modo que los griegos llamaban a las furias, «las bellas, las buenas, las graciosas», las «Eumenides». La opinión política del señor Mabeuf consistía en amar apasionadamente las plantas, y sobre todo los libros. Tenía, como todo el mundo, su terminación en «ista» sin la cual nadie hubiera podido vivir en aquel tiempo; pero no era ni realista, ni bonapartista, ni carlista, ni orleanista, ni anarquista: era librista.

No comprendía que los hombres no tuviesen más ocupación que odiarse por necedades como la carta, la democracia, la legitimidad, la monarquía, la república, etc., cuando hay en este mundo tantas clases de musgos, de hierbas y de arbustos, que podían contemplar, y montones de libros en folio y aun en treinta y dozavo que podían hojear. Se cuidaba mucho de no ser inútil; el tener libros no le impedía leer, y el ser botánico no le impedía ser jardinero. Cuando había conocido a Pontmercy, había nacido entre el coronel y él la simpatía de que lo que el coronel hacía por las flores, lo hacía él por los frutos. El señor Mabeuf había llegado a conseguir peras de semilla, tan sabrosas como las de San Germán; de una de estas combinaciones ha nacido a lo que parece el mirabel de octubre, tan célebre hoy y no menos perfumado que el mirabel de verano. Iba a misa más bien por bondad que por devoción, y porque amando el rostro de los hombres, pero odiando su ruido, los encontraba reunidos y silenciosos sólo en la iglesia. Conociendo que todos deben ser alguna cosa en el Estado, había escogido la carrera de mayordomo de fábrica. Por lo demás, no había conseguido nunca amar a ninguna mujer tanto como a una cebolla de tulipán, ni a ningún hombre tanto como a un elzevir. Había cumplido hacía ya tiempo sesenta años, cuando un día le preguntó uno:

—¿No os habéis casado?

—Me he olvidado de ello—contestó.

Cuando le ocurría alguna vez—porque, ¿a quién no le ocurre?—, decir: ¡Oh, si fuese rico!—no lo decía nunca echando el lente a una joven bonita, como el señor Gillenormand, sino contemplando un libro. Vivía solo con un ama vieja. Padecía de gota en las manos, y cuando dormía, sus viejos dedos, entorpecidos por el reumatismo, se agarrotaban en los pliegles de las sábanas. Había escrito y publicado «Una Flora de las cercanías de Cauterets», con láminas iluminadas, obra bastante apreciada, cuyas planchas poseía y vendía por sí mismo. Dos o tres veces al

día llamaban a su puerta en la calle Mezieres con este objeto. Así sacaba muy bien dos mil francos al año, y en esto consistía casi toda su fortuna. Aunque era pobre, había tenido habilidad para hacerse, a fuerza de paciencia, de privaciones y de tiempo, con una colección preciosa de ejemplares raros de todos géneros. Nunca salía sin llevar un libro bajo el brazo, y casi siempre volvía con dos. El único adorno de las cuatro habitaciones en el piso bajo, que con un pequeño jardín componían su casa, eran unos herbarios en cuadros y grabados de antiguos maestros. La vista de un sable o de un fusil lo dejaba helado : en su vida se había aproximado a un cañón, ni aun al de los Inválidos. Tenía un estómago regular, un hermano cura, los cabellos enteramente blancos, ningún diente ni en la boca ni en el espíritu, temblor en todo el cuerpo, acento picardo, risa infantil, el miedo fácil, y el aire de un carnero viejo. No tenía más lazos de amistad y trato con los vivos que los que le unían a un viejo librero de la puerta de Santiago, llamado Royol. Su sueño dorado era aclimatar el añil en Francia.

Su criada era también una variedad de la inocencia. Era una pobre vieja y virgen. Su gato Sultán, que hubiera podido maullar el *Miserere* de Allegri en la capilla Sixtina, había llenado su corazón, y bastaba para la cantidad de pasión que tenía. Ninguno de sus pensamientos había llegado al hombre : nunca había podido ir más allá de su gato, y tenía, como éste, bigotes. Toda su gloria se cifraba en sus papalinas blancas. Empleaba el tiempo los domingos, después de misa, en contar la ropa blanca en su baúl, y en extender sobre su cama vestidos en corte que compraba, y no se hacía nunca. Sabía leer, y el señor Mabeuf la llamaba «la tía Plutarco».

El señor Mabeuf había simpatizado con Mario, porque siendo Mario joven y afable, templaba su ancianidad sin asustar su timidez. La juventud con afabilidad produce en los viejos el efecto del sol sin viento. Cuando Mario estaba saturado de gloria militar, de pólvora de cañón, de marchas y contramarchas, y de todas aquellas prodigiosas batallas en que su padre había dado y recibido tantos sablazos, se iba a ver al señor Mabeuf, y éste le hablaba de los héroes bajo el punto de vista de las flores.

Hacia 1830, su hermano el cura había muerto, y casi de repente como cuando llega la noche, todo el horizonte se había obscurecido para el señor Mabeuf. Una quiebra—de notario—, le hizo perder una suma de diez mil francos, que era todo lo que poseía de la herencia de su hermano y de su patrimonio. La Revolución de Julio produjo una crisis en el comercio de libros. En tiempos revueltos lo que menos se vende es una «Flor», y la «Flora de las cercanías de Cauterets» se quedó sin venta, pasándose las semanas sin presentarse un comprador. Alguna vez el señor Mabeuf se estremecía al oír llamar— : Señor—le decía tristemente la tía Plutarco—, es el aguador—. De pronto un día el señor Mabeuf abandonó la calle Mezieres, abdicó las funciones de mayordomo de fábrica, renunció a San Sulpicio, vendió una parte, no de sus libros, sino de sus estampas—que apreciaba menos—, y fué a instalarse en una casita del bulevar Montparnasse, donde no vivió más que un trimestre, por dos razones : primera, porque el piso bajo y el jardín costaban trescientos francos, y no se atrevía a pagar más de doscientos de alquiler, y segunda, porque la casa estaba cerca del tiro de Fatou, y oía a cada momento pistoletazos, lo cual le era insoportable.

Cogió, pues, su «Flora», sus planchas, sus herbarios, sus carteras y sus libros, y se estableció cerca de la Salpetriére, en una especie de cabaña del barrio de Austerlitz, donde por cincuenta escudos al año tenía tres piezas, un jardín cerrado por un seto y pozo. El día que entró en esta nueva habitación estuvo muy contento, y clavó él mismo los clavos para colgar los cuadros y los herbarios, cavó en el jardín el resto del día, y por la noche, viendo que la tía Plutarco tenía el aspecto triste y pensativo, le dió un golpecito en el hombro, y le dijo sonriéndose :

—¡Ya tenemos el albañil!

Sólo dos visitantes, el librero de la Puerta de Santiago y Mario, eran admitidos en su cabaña de Austerlitz, nombre algo guerrero, y que por lo mismo era bastante desagradable.

Por lo demás, como acabamos de indicar, los cerebros absortos en una sabia meditación o en una locura, o lo que sucede más frecuentemente, en las dos cosas a la vez, sólo son sensibles con mucha lentitud a las realidades de la vida. Su mismo destino es como una cosa lejana para ellos. De estas concentraciones resulta una pasividad, que si fuese racional, se asemejaría a la filosofía. Estos hombres declinan, descienden, se deslizan, y aun se desploman, sin notarlo. Concluyen, es verdad, por despertar; pero tardíamente. Mientras tanto parece que son extraños a la partida entablada entre su felicidad y su desgracia. Son la puerta, y miran la partida con indiferencia.

Así es, que al través de esta obscuridad que se formaba en derredor suyo, todas sus esperanzas morían una después de otra, y, sin embargo, el señor Mabeuf permanecía sereno, un poco puerilmente, pero muy profundamente. Sus hábitos intelectuales tenían la oscilación de un péndulo. Una vez impulsado por una ilusión, seguía andando por mucho tiempo, aun cuando la ilusión hubiese desaparecido. Un reloj no se detiene en el momento mismo en que pierde la llave.

El señor Mabeuf tenía inocentes placeres, que eran poco costosos e inesperados; la menor casualidad se los proporcionaba. Un día la tía Plutarco leía una novela en un rincón del cuarto; leía en voz alta, creyendo que así lo entendía mejor; porque leer alto es afirmarse a sí mismo en la lectura; y hay personas que leen muy alto, y que parece se dan una especie de palabra de honor de lo que leen.

La tía Plutarco leía, pues, con esta energía la novela que tenía en la mano, y el señor Mabeuf la oía sin escuchar.

Siguiendo su lectura la tía Plutarco llegó a esta frase: tratábase de un oficial de dragones y de una bella joven:

«... La beldad se incomodó (1), y el dragón...»

Aquí se interrumpió para limpiar los anteojos.

—Budda y el dragón—repitió a media voz el señor Mabeuf—. Sí, es verdad, había un dragón, que desde el fondo de su caverna arrojaba llamas por la boca y encendía el cielo. Ya habían sido incendiadas muchas estrellas por este monstruo, que tenía además garras de tigre. Budda fué a la caverna, y pudo convertir al dragón. Es un buen libro ese que estáis leyendo, tía Plutarco, no hay leyenda más bonita.

Y el señor Mabeuf cayó en una deliciosa meditación.

V

LA POBREZA BUENA VECINA DE LA MISERIA

Mario tenía simpatía hacia aquel cándido anciano que se veía cogido lentamente por la indigencia, y que se iba asustando poco a poco, pero sin entristecerse aún. Mario encontraba a Courfeyrac y buscaba al señor Mabeuf, pero muy raramente; una o dos veces al mes a lo más.

El mayor placer de Mario era dar largos paseos solo por los bulevares exteriores, o por el Campo de Marte, o por las calles de árboles menos frecuentadas del Luxemburgo. Algunas veces pasaba medio día mirando una huerta, los cuadros de lechugas, las gallinas entre el estiércol, o un caballo dando vueltas a una noria. Los que pasaban lo miraban con sorpresa, y algunos hallaban en él un aspecto sospechoso y una fisonomía siniestra. Sin embargo, no era más que un joven pobre meditando sin objeto.

En uno de aquellos paseos había descubierto el caserón de Gorbeau, y habiéndole tentado el aislamiento y el bajo precio, se instaló en él. No se le conocía allí más que por el señor Mario.

(1) En francés: «La belle Bouda, et le dragón...» Bouda se enojó ó incomodó, y «Boudda», el dios Budda, se pronuncian lo mismo, produciendo este juego de palabras, intraducibles en castellano.

Algunos de los antiguos generales o compañeros de su padre lo invitaron cuando lo conocieron, a que fuese a visitarlos; y Mario no había rehusado, porque aquellas visitas eran otras tantas ocasiones de hablar de su padre. Así, iba de tiempo en tiempo a casa del conde Pajol, a casa del general Bellavesne, a casa del general Fririon, y a los Inválidos. Allí se tocaba y se bailaba, y en aquellas noches, Mario se ponía el frac nuevo; pero no iba nunca a estas reuniones ni a estos bailes, sino los días en que helaba mucho, porque no podía pagar un coche, y no quería llevar las botas sino como un espejo.

Decía algunas veces, pero sin amargura:

—Los hombres están constituídos de tal modo, que se puede entrar en una reunión cubierto de lodo por todas partes, excepto en las botas. No se os pregunta para recibiros más que por una cosa irreprensible, ¿por la conciencia? No: por las botas.

Todas las pasiones excepto las del corazón, se disipan en la meditación. La fiebre política de Mario había desaparecido. La revolución de 1830, satisfaciéndole y calmándole, había cooperado a este fin. Había, pues, permanecido el mismo, excepto en la cólera. Tenía siempre las mismas opiniones, pero se había dulcificado. Propiamente hablando, no tenía ya opiniones, tenía simpatía. ¿Y a qué partido pertenecía? Al de la humanidad; y en la humanidad escogía a Francia; en la nación, el pueblo; y en el pueblo, la mujer. A ésta se dirigía principalmente su piedad. Prefería una idea a un hecho, un poeta a un héroe, y admiraba más un libro como el de Job, que un triunfo como Marengo. Cuando, después de un día de meditación, se iba por las noches a los bulevares, y al través de las ramas de los árboles descubría el espacio sin fondo, los resplandores sin nombre, el abismo, la sombra, el misterio, le parecía muy pequeño todo lo humano.

Creía, y tal vez con razón, haber llegado a la verdad de la vida y de la fisonomía humana, y había concluído por no mirar casi más que el cielo, única cosa que la verdad puede ver desde el fondo de su pozo.

Esto no le impedía multiplicar los planes, las combinaciones, los castillos en el aire, los proyectos para el porvenir. En aquel estado fantástico, si la vista de un hombre hubiera podido penetrar hasta el interior de Mario, se habría deslumbrado ante la pureza de aquel alma. En efecto: si fuese dado a nuestros carnales ojos ver en la conciencia de otro, se juzgaría con más acierto a un hombre por lo que sueña en su imaginación, que por lo que piensa: porque en el pensamiento hay voluntad; en el sueño no la hay. Este sueño o meditación, cuando es espontáneo, toma y conserva, aun en lo gigantesco e ideal, la figura de nuestro espíritu. Nada sale más directamente y más sinceramente del fondo mismo de nuestra alma, que esas aspiraciones irreflexivas y desmesuradas hacia los esplendores del destino. En ellas, más que en las ideas compuestas, razonadas y coordinadas, puede encontrarse el verdadero carácter de cada hombre. Las quimeras de nuestra imaginación son los objetos que más se nos parecen. Cada uno sueña lo desconocido y lo imposible, según su naturaleza.

Hacia mediados de este año de 1831, la vieja que servía a Mario le contó que iban a despedir a sus vecinos, a la miserable familia Jondrette. Mario, que pasaba casi todo el día fuera de casa, apenas sabía si tenía vecinos.

—¿Y por qué los despiden?

—Porque no pagan el alquiler. Deben dos plazos.

—¿Y cuánto es?

—Veinte francos—dijo la vieja.

Mario tenía treinta francos ahorrados en un cajón.

—Tomad—dijo a la vieja—, ahí tenéis veinticinco. Pagad por esa pobre gente, dadles cinco francos, y no digáis que lo hago yo.

VI

EL SUSTITUTO

La casualidad hizo que el regimiento de que era teniente Teodulo fuese de

guarnición a París, lo cual dió ocasión a que ocurriese una segunda idea a su tía Gillenormand. Había ideado la primera vez hacer vigilar a Mario por Teodulo, y ahora armó un complot para hacer a Teodulo sucesor de Mario.

A todo evento, y para el caso de que el abuelo experimentase la vaga necesidad de ver una fisonomía joven en la casa, porque estos rayos de aurora son algunas veces gratos a las ruinas, era útil buscar otro Mario.

—Pues sea—dijo ella—; esto es una simple errata como las que veo en los libros: dice Mario, léase Teodulo.

Un sobrino segundo es casi lo mismo que un nieto; y a falta de un abogado se toma un lancero.

Una mañana que el señor Gillenormand estaba leyendo alguna cosa, como «La Quotidienne», entró su hija, y le dijo con la voz más dulce, porque se trataba de su favorito:

—Padre mío, Teodulo va a venir hoy por la mañana a presentaros sus respetos.

—¿Qué Teodulo?

—Vuestro sobrino.

—¡Ah!—dijo el abuelo.

Y siguió leyendo sin pensar más en el sobrino, que no era para él sino un Teodulo cualquiera; no tardó mucho en tener mal humor, lo que le sucedía casi siempre que leía. El «papel» que tenía, realista como era de esperar, anunciaba para el día siguiente, sin amenidad ninguna, uno de los sucesos diarios de escasa importancia del París de entonces: —Que los alumnos de las escuelas de Derecho y de Medicina debían reunirse en la plaza de Panteón a mediodía para deliberar—. Se trataba de una de las cuestiones del momento: de la artillería de la guardia nacional, y de un conflicto entre el ministro de la Guerra y la «Milicia ciudadana» con motivo de los cañones depositados en la plaza del Louvre. Los estudiantes debían deliberar sobre esto. No era necesario más para enfurecer al señor Gillenormand.

Pensó en Mario, que era estudiante, y que probablemente iría como los demás «a deliberar al mediodía en la plaza del Panteón».

Cuando estaba pensando en esto penosamente, entró el teniente Teodulo vestido de paisano, lo que era hábil, y fué discretamente introducido por la señorita Gillenormand. El lancero había hecho este razonamiento:

—El viejo druída no lo ha colocado todo a renta vitalicia; y esto vale muy bien que uno se disfrace de paisano de cuando en cuando.

La señorita Gillenormand dijo en voz alta a su padre:

—Teodulo, vuestro sobrino.

Y en voz baja al teniente:

—Aprueba todo lo que diga.

Y se retiró.

El teniente, poco acostumbrado a encuentros tan venerables, balbuceó con alguna timidez:

—Buenos días, tío—e hizo un saludo mixto, compuesto del bosquejo involuntario y maquinal del saludo militar, terminando por un saludo de paisano.

—¡Ah! ¿sois vos? Está bien. Sentaos—dijo el abuelo.

Y, dicho esto, olvidó al lancero.

Teodulo se sentó y el señor Gillenormand se levantó, y se puso a pasear de un lado a otro de la sala con las manos en los bolsillos, hablando alto y dando tormento con sus viejos dedos irritados a los dos relojes que llevaba en los dos bolsillos del calzón.

—¡Ese montón de mocosos! ¡Y esa se convoca en la plaza del Panteón! ¡Por vida de los chicos! ¡Galopines, que estaban ayer mamando! ¡Si les apretaran la nariz, aún saldría leche! ¡Y eso va a deliberar mañana a mediodía! ¿Adónde vamos? ¿Adónde vamos? Es claro que vamos a un abismo; ¡esto nos lleva a los descamisados! ¡La artillería ciudadana! ¡Deliberar sobre la artillería ciudadana! ¡Ir a charlar a mediodía acerca de las pedorretas de la guardia nacional! ¿Y con quién se van a encontrar allí? Véase adónde conduce el jacobinismo. Apuesto todo lo que se quiera, un millón contra cualquier cosa, a que no habrá allí más que perseguidos por la justicia y presidiarios cumplidos. Los republicanos y los presidiarios no son más que una nariz y un pañuelo. Cornet decía: ¿Adónde quieres que vaya, traidor? Y Fouché

respondía: Adonde quieras, imbécil. Estos son los republicanos.

—Es verdad—dijo Teodulo.

El señor Gillenormand medio volvió la cabeza; vió a Teodulo, y continuó:

—¡Cuando pienso que ese tunante ha hecho la picardía de hacerse carbonario! ¿Por qué has abandonado tu casa? Por hacerte republicano. ¡Bah! En primer lugar, el pueblo no quiere tu república, no la quiere, porque tiene buen juicio, y sabe muy bien que siempre ha habido reyes, y que los habrá siempre; sabe muy bien que el pueblo, después de todo, no es más que el pueblo, y se burla de tu república; ¿lo oyes, tonto? ¿No es bastante horrible semejante capricho? ¡Enamorarse del padre Duchesne, poner buena cara a la guillotina, cantar romances, y tocar la guitarra debajo del balcón del 93! Vamos, merecen que se les escupa por tontos. Todos son lo mismo; ni uno se exceptúa. Basta respirar el aire que corre por la calle para ser insensato; el siglo XIX es un veneno. Cualquier perdido se deja crecer la barba de chivo, se cree un verdadero personaje, y deja plantados a sus ancianos padres. Esto es lo republicano, esto es lo romántico; y hacedme el favor de decir: ¿qué significa esto de romántico? Todas las locuras posibles. Hace un año, el ser romántico era ir a «Hernani». Ahora pregunto yo: ¿qué es «Hernani?» ¡Antítesis, abominaciones que ni siquiera están escritas en francés! Y luego se ponen cañones en la plaza del Louvre. ¡Tales son las violencias de este tiempo!

—Tenéis razón, tío—dijo Teodulo.

El señor Gillenormand continuó:

—¡Cañones en la plaza del Museo! ¿Y para qué? Cañón, ¿qué me quieres? ¿Queréis ametrallar al Apolo del Belvedere? ¿Qué tienen que hacer vuestros cartuchos con la Venus de Médicis? ¡Oh! ¡Estos jóvenes de ahora son todos unos perdidos! ¡Qué gran cosa es su Benjamín Constant! Y es que no son malvados, son necios. Hacen todo lo que pueden para ser feos; van mal vestidos, tienen miedo de las mujeres, están alrededor de las faldas con un aire de mendigos que hace reír a las piedras; palabra de honor, que se les puede llamar los pobres vergonzantes del amor. Son deformes, y se completan siendo estúpidos; repiten los retruécanos de Tiercelin y de Potier, gastan levitas-sacos, chalecos de palafrenero, camisas gruesas, pantalones de paño burdo, botas de mal becerro, y su lengua se parece a su plumaje. Podría uno servirse de su jerga para remendar sus zapatos. Y toda esta inepta gentecilla tiene opiniones políticas. Veamos: debería prohibirse severamente tener opiniones políticas. Fabrican sistemas, refunden la sociedad, demuelen la monarquía, echan por tierra todas las leyes, ponen el granero en el lugar de la cueva, y a mi portero en el lugar del rey; trastornan a Europa de arriba abajo; reedifican el mundo, y tienen por una gran fortuna mirar socarronamente las piernas de las lavanderas que suben en sus carros. ¡Ah, Mario! ¡Ah! ¡vagabundo! ¡ir a vociferar en la plaza pública! ¡Discutir, debatir, tomar medidas! ¡porque esto lo llaman medidas, Dios santo! El desorden se empequeñece y se hace estúpido. He visto el caos, y ahora veo los puches. ¡Unos escolares deliberar sobre la guardia nacional! Esto no se vería ni aun en el país de los Ogibbewas, ni en el de los Cadodaches. ¡Los salvajes que andan desnudos, con la cabezota adornada con un volante de jugar a la pelota y con una maza en la pata, son menos brutos que estos bachilleres! ¡Monigotes que no valen cuatro sueldos, haciéndose los entendidos y los graves! ¡Deliberar y raciocinar! Este es el fin del mundo. Es evidentemente el fin de este miserable globo terráqueo; era preciso una convulsión final y la de Francia. ¡Deliberar, pillos! Todas esas cosas sucederán mientras se vaya a leer periódicos a las galerías del Odeón, lo cual cuesta un sueldo, y el sentido común, y la inteligencia, y el corazón, y el alma, y el talento. Todos los periódicos son una peste; todos, hasta *La Bandera Blanca*, porque en el fondo Martainville era un jacobino. ¡Ah, justo cielo! ¡Tú podrás gloriarte de haber desesperado a tu abuelo!

—Es evidente—dijo Teodulo.

Y aprovechando el momento en que

el señor Gillenormand tomaba aliento, el lancero añadió magistralmente :

—No debería haber más periódicos que el *Monitor*, ni más libros que el *Anuario Militar*.

El señor Gillenormand prosiguió :

—¡ Lo mismo que su Sieyes ! ¡ Un regicida que llegó a senador ! Porque siempre concluyen por esto. Se hieren el rostro con su tuteamiento ciudadano para llegar a hacerse llamar el señor conde. El señor conde, así, en letras gordas, como el brazo de los camorristas de septiembre. ¡ El filósofo Sieyes ! Me hago la justicia de que no he hecho nunca más caso de las filosofías de estos filósofos que de los anteojos del pagano del Tívoli. Vi un día a los senadores que pasaban por el muelle Malaquais con mantos de terciopelo morado sembrados de abejas, con sombreros a lo Enrique IV. Estaban horribles : parecían los monos de la corte del tigre. Ciudadanos, os declaro que vuestro progreso es una locura, vuestra humanidad un delirio, vuestra revolución un crimen, vuestra república un monstruo, y que vuestra joven Francia virgen sale de un lupanar, y os lo sostengo a todos, quienesquiera que seáis, aunque fueseis legistas, aunque fueseis más conocedores en materia de libertad, igualdad y fraternidad que la cuchilla de la guillotina. Os lo declaro, amigos.

—Pardiez — exclamó el teniente—, todo eso es admirablemente verdadero.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto que había empezado, se volvió, miró fijamente al lancero frunciendo el ceño, y le dijo :

—Sois un imbécil.

LIBRO SEXTO

La conjunción de dos estrellas.

I

EL APODO : MANERA DE FORMAR NOMBRES DE FAMILIA

Por aquella época era Mario un hermoso joven de mediana estatura, de cabellos muy espesos y negros, frente ancha e inteligente ; las ventanas de la nariz abiertas con cierta expresión apasionada ; aspecto sincero y tranquilo, y sobre todo un no sé qué en el rostro que denotaba a la par altivez, reflexión e inocencia.

Su perfil, cuyas líneas eran todas redondas, sin dejar de ser firmes, tenía esa dulzura germánica que ha penetrado en la filosofía francesa por Alsacia y Lorena, y aquella absoluta carencia de ángulos, que hacía distinguir tan fácilmente a los sicambros entre los romanos, y que distingue a la raza leonina de la raza aquilina. Hallábase en esa época de la vida en que la imaginación de los hombres que piensan, se compone casi en iguales proporciones de reflexión y de sencillez. Dada una situación grave, tenía cuanto se necesitaba para ser estúpido ; un paso más, y podía ser sublime. Sus modales eran reservados, fríos, políticos, poco francos. Como su boca era graciosísima, sus labios los más encarnados, y sus dientes los más blancos del mundo, su sonrisa atemperaba lo que había de severo en su fisonomía.

En ciertos momentos formaban singular contraste aquella frente casta, y aquella sonrisa voluptuosa. Tenía pequeños los ojos y grande la mirada.

En el tiempo de su mayor miseria, observaba que las jóvenes se volvían a mirarle cuando pasaba, lo cual era causa de que huyese o se ocultase con la muerte en el alma. Creía que lo miraban por sus vestidos viejos, y que se reían de ellos ; el hecho es que lo miraban por su gracia, y que aun había alguna que soñaba con ella.

Aquella muda desavenencia entre él y las lindas transeuntes le había hecho huraño. No eligió ninguna por la sencilla razón de que huía de todas. Vivió así indefinidamente : bestialmente, como decía Courfeyrac.

Courfeyrac solía decir también :

—No aspires a ser venerable (se tuteaban : ya se sabe que las amistades jóvenes propenden al tuteamiento). Querido, un consejo. No leas tanto los libros, y mira un poco más las faldas. Siempre hay algo bueno en ellas, ¡ oh Mario ! A fuerza de huir y de ponerte colorado, te embrutecerás.

Otras veces Courfeyrac le encontraba y le decía :

—Buenos días, señor cura.

Cuando Courfeyrac le había dirigido alguna frase por este estilo, Mario huía más que nunca durante ocho días de las mujeres, y procuraba a todo trance no encontrarse con Courfeyrac.

Había, sin embargo, en la inmensa creación dos mujeres de quienes Mario no huía, y contra las cuales no tomaba precaución ninguna. Verdad es que hubiera sido extremada su admiración si le hubieran dicho que eran mujeres. Una era la vieja barbuda que barría su cuarto, y de la cual decía Courfeyrac:

—Viendo que su criada se deja la barba, Mario no se deja la suya.

La otra mujer era una joven, a la cual veía frecuentemente, pero sin mirarla nunca.

Desde hacía más de un año, Mario observaba en una calle de árboles desierta, del Luxemburgo, la que costea el parapeto o muro del Vivero, a un hombre y a una niña, casi siempre sentados uno al lado del otro en el mismo banco: en el extremo más solitario del paseo por el lado de la calle del Oeste. Cada vez que esa casualidad, que se entromete en los paseos de las personas meditabundas, llevaba a Mario por aquella calle, y esto sucedía casi todos los días, hallaba allí la misma pareja.

El hombre podría tener sesenta años: parecía triste; toda su persona presentaba el aspecto robusto y fatigado de los militares retirados. Si hubiera llevado una condecoración, Mario habría dicho: Es un antiguo oficial. Tenía buen aspecto, pero inabordable, y nunca fijaba su mirada en la mirada de nadie. Vestía un pantalón azul, un levitón también azul, y un sombrero de anchas alas, traje que parecía siempre nuevo; una corbata negra y una camisa de cuákero, es decir; deslumbrante por su blancura, pero de tela gruesa. Al pasar un día una griseta junto a él dijo:

—¡Vaya un viejo bien aseado!

Tenía el pelo muy blanco.

La primera vez que la joven que le acompañaba fué a sentarse con él en el banco que parecía habían adoptado, era una muchacha de trece o catorce años, flaca, hasta el punto de ser casi fea, encogida, insignificante, y que tal vez prometía tener bastante buenos ojos. Sólo que los tenía siempre levantados con una especie de desagradable seguridad. Tenía ese aspecto a la vez aviejado e infantil de las colegialas de un convento, y vestía un traje mal cortado de merino negro. Parecían ser padre e hija.

Mario examinó durante dos o tres días a aquel viejo, que no era todavía un anciano, y a aquella niña, que no era todavía una joven: y después no puso más atención en ellos. Estos, por su parte, parecían que ni aun le veían. Hablaba entre sí con aire apacible e indiferente. La joven charlaba sin cesar y alegremente; el viejo hablaba poco, pero a cada momento fijaba en ella sus ojos, lleno de una inefable ternura paternal.

Mario había contraído maquinalmente la costumbre de pasearse por aquella calle, en la cual los encontraba todos los días.

Véase lo que pasaba.

Generalmente Mario llegaba por el extremo de la calle, opuesto a su banco, y la recorría a lo largo; pasaba por delante de la pareja: después volvía y recorría de nuevo el paseo hasta el extremo por donde había entrado, y volvía a comenzar. Repetía este va y viene cinco o seis veces cada día, y el paseo otras cinco o seis veces por semana, sin que a pesar de tanto encuentro, aquellas personas y él hubieran llegado a cambiar un saludo.

Aquel hombre y aquella niña, aunque parecían, o tal vez porque parecían, evitar las miradas, naturalmente habían despertado la atención de cinco o seis estudiantes, que de cuando en cuando se paseaban por el Vivero; los estudiosos después de sus clases, los otros después de su partida de billar. Courfeyrac, que era de estos últimos, los observó algún tiempo; pero, pareciéndole fea la muchacha, puso buen cuidado en alejarse pronto. Había huído como un parto, lanzándoles en vez de dardo un apodo. Habiéndole chocado únicamente el traje de la chica y los cabellos del viejo, llamó a la joven «señorita Negra», y al padre «señor Blanco», y con tal suerte, que no conociéndolos nadie, e ignorando su verdadero nombre, el

apodo ocupó el lugar e hizo las veces de aquél. Los estudiantes decían: «¡Ah! ya está el señor Blanco en en su puesto»; y Mario, como los demás, halló muy cómodo llamar a aquel desconocido el señor Blanco.

Seguiremos su ejemplo, y adoptaremos el nombre de Blanco para mayor facilidad de este relato.

Mario continuó así, viéndolos casi todos los días a la misma hora durante el primer año. El hombre le agradaba, pero la muchacha le parecía un poco tosca y muy sin gracia.

II

LUX FACTA EST

El segundo año, precisamente en el punto de esta historia a que ha llegado el lector, sucedió que la costumbre de pasear por el Luxemburgo se interrumpió, sin que el mismo Mario supiera por qué, y estuvo cerca de seis meses sin poner los pies en aquel paseo. Por fin, un día volvió allá: era una serena mañana de estío, y Mario estaba alegre como se suele estar cuando hace buen tiempo. Parecíale que llevaba en el corazón todos los cantos de los pájaros que oía y todo el cielo azul que veía al través del ramaje de los árboles.

Fuése en derechura «a su paseo», y cuando estuvo en la extremidad, divisó, siempre en el mismo banco, la consabida pareja. Solamente que cuando se acercó vió que el hombre continuaba siendo el mismo, pero le pareció que la joven no era la misma. La persona que ahora veía era una hermosa y alta criatura con las formas más encantadoras de la mujer; en ese momento preciso en que se combinan todavía con las gracias más cándidas de la niña; momento fugaz y puro, que sólo pueden traducir estas dos palabras: quince años. Tenía admirables cabellos castaños, matizados con reflejos de oro; una frente que parecía hecha de mármol; mejillas que parecían formadas de rosa; un sonrosado pálido; una blancura que revelaba cierta emoción interior; una boca de forma exquisita, de la cual se desprendía la sonrisa como una luz y la palabra como una música; una cabeza que Rafael hubiera dado a María, colocada sobre un cuello que Juan Gujon hubiera dado a Venus. Y para que nada faltase a aquella figura encantadora, la nariz no era bella, era linda; ni recta, ni aguileña, ni italiana, ni griega; era la nariz parisiense, es decir, algo espiritual, fina, irregular y pura, que desespera a los pintores y encanta a los poetas.

Cuando Mario pasó cerca de ella, no pudo ver sus ojos, que tenía constantemente bajos. Sólo vió sus largas pestañas de color castaño, llenas de sombra y de pudor.

Esto no impedía que la hermosa joven se sonriese escuchando al hombre de cabellos blancos que le hablaba; y nada tan encantador como aquella fresca sonrisa con los ojos bajos.

En el primer momento, Mario creyó que era otra hija del mismo hombre, hermana, sin duda, de la primera. Pero cuando la costumbre le condujo por segunda vez cerca del banco y la hubo examinado con atención, conoció que era la misma. En seis meses la niña se había hecho joven: esto era todo. Nada más frecuente que este fenómeno. Hay un momento en que las niñas, en un abrir y cerrar de ojos, pasan de capullo a rosa. Se las dejó ayer niñas, y se las halla hoy jóvenes seductoras.

Esta, no sólo había crecido, sino que se había idealizado. Así como sólo bastan tres días de abril para que ciertos árboles se cubran de flores, seis meses habían bastado para vestirla de belleza. Su abril había llegado.

Se ven algunas personas pobres y mezquinas, que parecen despertarse, pasan súbitamente de la indigencia al fausto, hacen gastos de todos géneros, y se convierten de pronto en deslumbradoras, pródigas y magníficas. Consiste esto en una fortuna improvisada, en un plazo vencido. La joven había cobrado su semestre.

No era ya la colegiala con su sombrero anticuado, su traje de merino, sus zapatos rusos y sus manos encarnadas. El buen gusto se había desarrollado en ella a la par de la belleza. Era una señorita bien puesta, con cierta elegancia, sencilla y rica sin pretensión. Llevaba un vestido de damasco negro, un abrigo de la misma tela y un sombrero de crespón blanco. Sus guantes

blancos dejaban ver la finura de su mano que jugaba con el mango de marfil chinesco de una sombrilla, y su botita de seda dibujaba su pequeño y bien formado pie. Cuando se pasaba por su lado se percibía cierta penetrante fragancia de juventud que exhalaba todo su traje.

Por lo que hace al hombre, era siempre el mismo.

La segunda vez que Mario llegó cerca de ella, la joven alzó los párpados: sus ojos eran de un azul celeste y profundo; pero en aquel azul velado no había todavía más que la mirada de una niña. Miró a Mario con indiferencia como si hubiera mirado a la mona que corría por debajo de los sicomoros, o al jarrón de mármol que proyectaba su sombra sobre el banco. Mario, por su parte, continuó el paseo pensando en otra cosa.

Pasó todavía cuatro o cinco veces cerca del banco donde estaba la joven, pero sin mirarla.

Los días siguientes volvió como de ordinario al Luxemburgo: como de ordinario halló «al padre y a la hija», pero no hizo alto en ellos. No pensó más en aquella joven cuando fué hermosa que lo que había pensado cuando era fea. Pasaba, sí cerca del banco donde ella estaba, pero sólo por costumbre.

III

EFECTO DE PRIMAVERA

Un día el aire estaba tibio: el Luxemburgo inundado de sombra y de sol; el cielo puro como si los ángeles lo hubiesen lavado por la mañana: los pajarillos cantaban alegremente posados en el ramaje de los castaños. Mario había abierto toda su alma a la Naturaleza; en nada pensaba; vivía y respiraba. Pasó cerca de aquel banco; la joven alzó los ojos, y sus dos miradas se encontraron.

¿Qué había esta vez en la mirada de la joven? Mario no hubiera podido decirlo. No había nada y lo había todo. Fué un relámpago extraño.

Ella bajó los ojos: él continuó su camino.

Lo que acababa de ver no era la mirada ingenua y sencilla de un niño; era una sima misteriosa que se había entreabierto, y luego bruscamente cerrado.

Hay un día en que toda joven mira así. ¡Desgraciado del que se encuentra cerca!

Esta primera mirada de un alma que no se conoce todavía a sí misma, es como el alba en el cielo. Es el despertar de alguna cosa radiente y desconocida. Nada puede pintar el encanto peligroso de esa luz que ilumina vagamente de pronto adorables tinieblas, y que se compone de toda la inocencia del presente, y de toda la pasión del porvenir. Es una especie de ternura indecisa que se revela por casualidad, y que espera. Es un lazo que la inocencia tiende a su pesar, y en el cual aprisiona los corazones sin saberlo y sin quererlo; es una virgen que mira como una mujer.

Es raro que adondequiera que caiga esta mirada no haga nacer una profunda meditación. Todas las clases de pureza y todas las especies de candor se encuentran reunidas en este rayo celeste y fatal, que tiene, aún más que las miradas mejor elaboradas de las coquetas, el mágico poder de hacer brotar súbitamente en el fondo del alma esa flor sombría, llena de perfumes y de venenos, que se llama amor.

Por la tarde, al volver a su boardilla, Mario fijó la vista en su vestido, y notó por primera vez que tenía el poco aseo, la inconveniencia y la estupidez inaudita de irse a pasear al Luxemburgo con su vestido de «todos los días», es decir, con un sombrero roto hacia el ala, con botas gruesas como las de un carretero, un pantalón negro que estaba blanquecino por las rodillas, y una levita negra que palidecía por los codos.

IV

PRINCIPIO DE UNA GRANDE ENFERMEDAD

Al día siguiente, a la hora acostumbrada, Mario sacó de su armario su frac nuevo, su pantalón nuevo, su sombrero nuevo y sus botas nuevas. Revistióse de esta panoplia completa, calzóse guantes, lujo prodigioso, y se fué al Luxemburgo.

En el camino se encontró a Courfey-

rac, y fingió no verle. Courfeyrac, al volver a su casa, dijo a sus amigos :

—Acabo de encontrarme al sombrero nuevo y al frac nuevo de Mario, y a Mario dentro. Sin duda iba de examen, porque llevaba un aire completamente estúpido.

Llegado que hubo Mario al Luxemburgo, dió la vuelta al estanque ; miró los cisnes, luego permaneció largo rato contemplando una estatua, que tenía la cabeza completamente negra de moho, y a la cual le faltaba una cadera. Cerca del estanque había un caballero de cuarenta años, y abdomen prominente, que llevaba de la mano a un muchacho de cinco años, y le decía : «Evita los excesos. Mantente, hijo mío, a igual distancia del despotismo y de la anarquía». Mario escuchó a aquel hombre ; luego dió todavía otra vuelta al estanque, y por fin se encaminó hacia «su calle» lentamente, y como si fuera a pesar suyo. Hubiérase dicho que se veía obligado a reír, y retenido a la vez por un impulso contrario. El por su parte no examinaba sus sensaciones, y creía hacer lo que todos los días.

Al desembocar en el paseo, divisó al otro extremo «en su banco», al señor Blanco y a la joven. Abotonóse hasta arriba el frac, lo estiró por el pecho y espalda para que no hiciera arrugas, examinó con cierta complacencia los reflejos lustrosos de su pantalón, y se fué derecho al banco. Había algo de ataque en aquella marcha, y hasta humos de conquista ciertamente. Digo, pues, que se fué derecho al banco, como podría decir : Aníbal marchó sobre Roma.

Por lo demás, todos sus movimientos eran maquinales, y las ocupaciones habituales de su imaginación y de sus trabajos no habían sufrido ninguna interrupción. Pensaba en aquel momento en que el «Manual del bachillerato» era un libro estúpido, y que era preciso que le hubiesen compuesto personas de una sandez extremada para que en él se examinasen y analizasen como obras maestras del espíritu humano tres tragedias de Racine, y sólo una comedia de Molière. Sentía un agudo zumbido de oídos ; y, al acercarse al banco, volvió a estirar las arrugas de su frac, y sus ojos se fijaron sobre la joven, pareciéndole que llenaba todo el extremo de la calle con una vaga luz azulada.

A medida que se acercaba, iba acortando el paso. Llegado que hubo a cierta distancia del banco, mucho antes de llegar al fin de la calle, se detuvo y él mismo no pudo saber cómo fué, pero ello es que se volvió en dirección opuesta a la que llevaba. Ni aun se dijo que no pensaba andar todo el paseo. La joven apenas pudo verlo de lejos y notar el buen aire que tenía con su vestido nuevo. Sin embargo él caminaba muy derecho para tener buena facha, en el caso de que le mirara alguien que estuviese detrás.

Llegó al extremo opuesto ; después volvió, y esta vez se acercó un poco más al banco. Aproximóse hasta la distancia de tres intervalos de árboles ; pero allí sintió no sé qué imposibilidad de ir más adelante, y dudó. Creyó ver el rostro de la joven volverse hacia él ; sin embargo, hizo un esfuerzo viril y violento, dominó su vacilación, y continuó avanzando. Algunos segundos después pasaba por delante del banco, tieso y firme, encarnado hasta las orejas, sin atreverse a mirar ni a derecha ni a izquierda, con la mano metida entre los botones del frac, como un hombre de Estado. En el momento que pasó bajo el cañón de la plaza, comenzó a latirle fuertemente el corazón.

Ella vestía, como la víspera, su traje de damasco, y su sombrero de crespón. Mario oyó una voz inefable que debía ser «su voz». Hablaba tranquilamente. Estaba muy bonita : lo conocía, aunque no procuraba verla. «No podría menos de estimarme» pensaba Mario, «y de tenerme en consideración si supiese que soy yo el verdadero autor de la disertación sobre el escudero Marcos Obregón, que el señor Francisco de Neufchateau ha puesto, como de su cosecha, al frente de su edición del «Gil Blas».

Pasó el banco, llegó hasta la extremidad de la calle que estaba muy cercana, después volvió y cruzó nuevamente por delante de la joven. Esta vez estaba muy pálido. Por lo demás, cuanto sentía era desagradable. Alejóse del

banco y de la joven; y como, aun volviéndole la espalda, se figuraba que lo miraba, esto le hacía tropezar.

No trató más de acercarse al banco: detúvose a la mitad de la calle, y allí, cosa que nunca hacía, se sentó, mirando de reojo a un lado y a otro, y pensando en las más recónditas profundidades de su espíritu, que al fin y al cabo era difícil que las personas cuyo sombrero blanco y vestido negro admiraba, fuesen absolutamente insensibles a su lustroso pantalón y su frac nuevo.

Al cabo de un cuarto de hora se levantó como si fuera a comenzar de nuevo su paseo en dirección de aquel banco que aparecía rodeado de una aureola. Quedóse, sin embargo, en pie e inmóvil. Por la primera vez, desde hacía quince meses, se dijo a sí mismo, que aquel señor que se sentaba allí todos los días con aquella joven, habría reparado sin duda en él, y que le habría parecido extraña su asiduidad.

Por la primera vez también, conoció que era algo irreverente designar a aquel desconocido, aun en el secreto de su pensamiento, con el apodo del señor Blanco.

Permaneció, pues, algunos minutos, con la cabeza baja, haciendo dibujos en la arena con una varita que tenía en la mano. Después volvióse bruscamente al lado opuesto al señor Blanco y su hija, y se marchó a su casa.

Aquel día se olvidó de ir a comer. A las ocho de la noche se acordó de que no había comido; y siendo ya muy tarde para bajar a la calle de Santiago: «¡Bah!» dijo y comió un pedazo de pan.

No se acostó sino después de haber cepillado su traje y de haberlo doblado con gran cuidado.

VI

CAEN VARIOS RAYOS SOBRE LA TÍA BOUGON

Al día siguiente, la tía Bougon, pues así llamaba Courfeyrac a la portera inquilina principal, y criada del caserón Gorbeau (en realidad se llamaba la tía Bourgon, como ya hemos dicho, pero el tarambana de Courfeyrac nada respetaba); la tía Bougon, decimos, observó estupefacta que el señorito Mario salía otra vez con su vestido nuevo.

Volvió al Luxemburgo, pero no pasó del banco que estaba a la mitad del paseo. Sentóse allí, como la víspera, considerando de lejos y viendo distintamente el sombrero blanco, el traje negro, y sobre todo la claridad azulada. No se movió de aquel punto, y no volvió a su casa hasta que cerraron las puertas del Luxemburgo. No vió retirarse al señor Blanco y a su hija; y dedujo de aquí, que habían salido del jardín por la verja de la calle del Oeste. Posteriormente, algunas semanas después, cuando pensó en ello, no pudo nunca acordarse dónde había comido aquel día.

Al día siguiente, era el tercero, la tía Bougon quedó estupefacta otra vez: Mario salió con su vestido nuevo. «¡Tres días seguidos!» exclamó la portera.

Y trató de seguirle; pero Mario andaba muy de prisa a grandes pasos, de modo que seguirle era para la tía Bougon como si un hipopótamo tratase de seguir a un corzo. Le perdió de vista a los dos minutos, y volvióse sofocada, casi asfixiada por su asma, y furiosa.

—¡Habráse visto! — exclamaba—. ¿Hay valor para ponerse el vestido nuevo todos los días, y para hacer correr a la gente de esta manera?

Mario se había encaminado al Luxemburgo.

La joven estaba allí con el señor Blanco. Mario se acercó lo más que pudo, aparentando leer un libro, pero permaneció todavía muy lejos; luego volvió a sentarse en su banco, donde pasó cuatro horas mirando saltar a los bulliciosos gorriones, que le parecía que se burlaban de él.

Así pasaron quince días. Mario iba al Luxemburgo, no para pasearse, sino para sentarse siempre en el mismo sitio, y sin saber por qué, luego que llegaba allí, no se movía. Todas las mañanas se ponía su vestido nuevo para no dejarse ver, y al día siguiente volvía a hacer lo mismo.

Decididamente, ella tenía una hermosura maravillosa. La sola observación que pudiera hacerse parecida a una crítica, era que la contradicción que existía entre su mirada, que era triste, y su sonrisa, que era alegre, daba a su rostro un aspecto como extra-

viado, lo cual hacía que en ciertos momentos aquella dulce cara pareciera extraña, sin dejar de ser encantadora.

VI

PRISIONERO

Uno de los últimos días de la segunda semana, Mario estaba, como de costumbre, sentado en su banco, teniendo en la mano un libro abierto, del cual hacía dos horas que no había vuelto una hoja. De repente se estremeció : al final de la calle se verificaba un acontecimiento : el señor Blanco y su hija acababan de levantarse ; la hija habíase apoyado en el brazo del padre, y ambos se dirigían lentamente hacia el medio del paseo donde se encontraba Mario. Este cerró su libro, luego lo abrió y procuró leer : temblaba ; la aureola venía recta a él.

—¡ Ah, Dios mío !—pensaba—, no me darán tiempo para tomar una postura conveniente.

En tanto continuaban avanzando el hombre de cabellos blancos y la joven. Parecíale que aquello duraba siglos, cuando en realidad sólo habían pasado algunos segundos.

—¿Qué vendrán a hacer? — se preguntaba—. ¡ Cómo ! ¿Van a pasar por aquí? ¿Sus pies van a pisar esa arena, en esta calle, a dos pasos de mí?

Estaba completamente trastornado ; hubiera querido en aquel instante ser hermoso : tener una condecoración. Oía aproximarse el ruido dulce y mesurado de sus pasos. Imaginábase que el señor Blanco le dirigía miradas irritadas. «¿Irá a hablarme este caballero?» pensaba. Bajó la cabeza : cuando la levantó estaban pegando con él. La joven pasó, y al pasar lo miró. Lo miró fijamente con cierta dulzura pensativa que hizo estremecerse a Mario de la cabeza a los pies. Le pareció que lo reconvenía por haber estado tanto tiempo sin llegarse hasta ella, y que le decía : «Yo soy quien vengo». Mario quedó deslumbrado ante aquellas pupilas llenas de rayos y de abismos.

Sentía arder una hoguera en su cerebro. Ella se había acercado a él : ¡ qué alegría ! Y luego, ¡ cómo lo había mirado ! Le pareció más bella que nunca la había visto. Bella, con una hermosura a la par femenil y angélica ; con una belleza completa que hubiera hecho cantar al Petrarca, y arrodillarse al Dante. Le parecía estar nadando en pleno cielo azul. Al mismo tiempo estaba horriblemente incomodado, porque tenía empolvadas sus botas.

Creía estar seguro de que ella había mirado también sus botas.

La siguió con la vista hasta que desapareció. Luego se puso a pasear por el Luxemburgo como un loco. Es probable que a ratos se riera solo y hablara en alta voz. Pasaba tan pensativo junto a las niñeras, que cada cual lo creía enamorado de ella.

Salió del Luxemburgo, esperando encontrarla en alguna calle.

Encontróse con Courfeyrac bajo los arcos del Odeón, y le dijo :

—Vente a comer conmigo.

Fueron a casa de Rousseau y gastaron seis francos. Mario comió como un buitre, y dió seis sueldos de propina al mozo. A los postres dijo a Courfeyrac :

—¿Has leído el periódico? ¡ Qué buen discurso ha hecho Andry de Puyrabeau !

Estaba perdidamente enamorado.

Después de comer dijo a Courfeyrac :

—Te convido al teatro.

Y se fueron a la Puerta-Saint-Martin a ver a Frederick en «El castillo de San Alberto». Mario se divirtió enormemente.

Al mismo tiempo su esquivez se redobló. Al salir del teatro se negó a mirar la liga de una modistilla que saltaba un arroyuelo. Y Courfeyrac llegó a causarle horror por haber dicho :

—De buena gana aumentaría mi colección con esa mujer.

Courfeyrac lo había convidado a almorzar al día siguiente en el café Voltaire. Mario acudió a la cita, y comió aún más que la víspera. Estuvo a la vez pensativo y muy alegre. Hubiérase dicho que aprovechaba todas las ocasiones para reír a carcajadas, y abrazó tiernamente a un provinciano que le presentaron. Habíase formado en torno de la mesa un círculo de estudiantes ; se había hablado de las tonterías pagadas por el Estado, que se administran desde la cátedra en la Sorbona ; luego la conversación recayó sobre las faltas y lagunas

de los diccionarios y prosodias de Quicherat. Mario interrumpió la discusión para exclamar :

—Sin embargo, debe ser muy agradable tener una condecoración.

—¡ Esto es chistoso !—dijo Courfeyrac por lo bajo a Juan Prouvaire.

—No—respondió Juan Prouvaire— ; al contrario, es serio.

Y era serio, en efecto. Mario se hallaba en esa primera hora violenta y llena de encanto en que comienzan esas grandes pasiones.

Una mirada había hecho todo esto.

Cuando la mina está cargada, cuando el combustible está pronto, nada es más fácil. Una mirada es una chispa.

La suerte estaba echada : Mario amaba a una mujer : su destino entraba en lo desconocido.

La mirada de las mujeres se parece a ciertos rodajes tranquilos en la apariencia, pero formidable. Pasamos a su lado todos los días quieta e impunemente y sin sospechar nada. Llega un momento en que hasta olvidamos que aquello está allí. Se va, se viene, se sueña, se habla, se ríe. De pronto nos sentimos cogidos : todo acabó. La rueda nos detiene ; la mirada nos ha preso. Nos ha preso, no importa por dónde, ni cómo ; por una parte cualquiera de nuestro pensamiento que vagaba sin objeto ; por una distracción que hemos tenido : estamos perdidos. Pasaremos completamente por toda la máquina ; se apodera de nosotros un encadenamiento de fuerzas misteriosas, y en vano luchamos ; no hay socorro humano posible. Vamos a caer de engranaje en engranaje, de angustia en angustia, de tortura en tortura ; nosotros, nuestra imaginación, nuestra fortuna, nuestro porvenir, nuestra alma : y según que nos hallemos en poder de una criatura malvada, o de un noble corazón, no saldremos de esa espantosa máquina, sino desfigurados por la vergüenza o transfigurados por la pasión.

VII

AVENTURAS DE LA LETRA U EN EL TERRENO DE LAS SUPOSICIONES

El aislamiento, el desapego de todo, el orgullo, la independencia, la inclinación a las bellezas naturales, la falta de actividad cotidiana y material, la vida retraída, las luchas secretas de la castidad, y el éxtasis benévolo ante la creación entera, habían preparado a Mario para ser poseído de ese espíritu, que se llama la pasión. El culto que tributaba a su padre había llegado poco a poco a rer una religión, y como toda religión se había retirado al fondo de su alma. Faltaba algo en primer término, y vino el amor.

Un mes largo pasó, durante el cual Mario fué todos los días al Luxemburgo. Llegada la hora, nada podía detenerlo.

—Está de servicio—decía Courfeyrac.

Mario vivía en continuo éxtasis : verdad es que la joven lo miraba.

Había acabado por atreverse, y se aproximaba al banco. Sin embargo, no pasaba por delante, obedeciendo a la vez al instinto de timidez y al de prudencia de los enamorados. Juzgaba útil no llamar «la atención del padre». Combinaba sus paradas detrás de los árboles y de los pedestales de las estatuas con un maquiavelismo profundo, para mostrarse lo más posible a la joven y dejarse ver lo menos posible del viejo. Algunas veces permanecía inmóvil más de media hora a la sombra de un Leónidas o de un Espartaco cualquiera, teniendo en la mano un libro, por encima del cual sus ojos, suavemente levantados, iban a buscar a la hermosa joven, la cual por su parte volvía hacia él con vaga sonrisa su perfil encantador. Hablando lo más natural y lo más tranquilamente del mundo con el hombre de los cabellos blancos, apoyaba sobre Mario los rayos misteriosos de una mirada virginal y apasionada. Antigua e inmemorial habilidad que Eva sabía desde el primer día de su vida. Su boca contestaba al uno y su mirada respondía al otro.

Preciso es creer, sin embargo, que el señor Blanco había llegado al fin a notar algo, porque frecuentemente, al ver a Mario, se levantaba y se ponía a pasear. Había abandonado su sitio acostumbrado, y había escogido al extremo opuesto de la calle el banco inmediato al gladiador, como para ver si Mario lo seguiría allí. Mario no comprendió este juego, y cometió esta falta. «El padre» comenzó a no ser tan puntual como an-

tes al paseo, y a no llevar todos los días «a su hija». Algunas veces iba solo ; entonces Mario se marchaba : otra falta.

Mario no se cuidaba de estos síntomas. De la fase de la timidez había pasado, progreso natural y fatal, a la fase de la ceguedad. Su amor crecía : soñaba con él todas las noches ; y además había tenido una dicha inesperada, que fué como aceite sobre fuego ; y redobló las tinieblas en derredor de sus ojos.

Una tarde, al anochecer, había hallado en el banco que el señor Blanco y su hija acababan de abandonar un pañuelo ; un pañuelo sencillo y sin bordados, pero blanco, fino, y que le pareció que exhalaba inefables perfumes. Apoderóse de él con transporte. Aquel pañuelo estaba marcado con las letras U. F. Mario no sabía nada de aquella hermosa joven, ni de su familia, ni su nombre, ni su casa. Aquellas dos letras eran la primera noticia que tenía de ella ; adorables iniciales sobre las que comenzó inmediatamente a formar conjeturas. U era evidentemente la inicial del nombre : «¡ Ursula !» pensó ; «¡ qué delicioso nombre !»

Besó el pañuelo, lo aspiró, lo puso sobre su corazón, sobre su carne durante el día, y por la noche bajo sus labios para dormirse.

—¡ Aspiro en él toda su alma !—exclamaba.

Aquel pañuelo era del anciano, que lo había dejado caer del bolsillo.

Los días que siguieron a este hallazgo, Mario se presentó en el Luxemburgo besando el pañuelo, o estrechándolo contra su corazón. La hermosa joven nada de aquella pantomima comprendía, y así lo daba a entender por medio de señas imperceptibles.

—¡ Oh, pudor !—decía Mario.

VIII

HASTA LOS INVÁLIDOS PUEDEN SER DICHOSOS

Ya que hemos pronunciado la palabra pudor, y puesto que nada ocultamos, podemos decir que una vez, sin embargo, al través de sus éxtasis, experimentó Mario de parte de «su Ursula» un agravio muy serio. Era uno de esos días en que la joven hacía al señor Blanco levantarse del asiento y pasear por la calle de árboles. Una fresca brisa de mayo agitaba las copas de los plátanos. El padre y la hija, enlazados del brazo, acababan de pasar por delante del banco de Mario, el cual, levantándose al momento, los siguió con la vista como convenía a la situación en que se encontraba su ánimo.

De pronto una ráfaga de viento, un poco más alegre y juguetona que las demás, encargada sin duda de los asuntos de la primavera, voló desde el Vivero, se abatió sobre la calle de árboles, envolvió a la joven en un encantador estremecimiento digno de las ninfas de Virgilio, y levantó su vestido, aquel vestido más sagrado que la túnica de Isis, casi hasta la altura de la liga, mostrando al descubierto una pierna de forma exquisita. Mario la vió, y aquel espectáculo lo exasperó y lo puso furioso.

La joven bajó rápidamente el vestido con un movimiento de susto encantador ; pero no por eso se indignó menos que Mario. Estaba solo en la alameda, es verdad, pero podía haber habido alguno. ¿Y si hubiera habido alguno? ¿Se comprende una cosa semejante? Era horrible lo que la joven acababa de hacer. ¡ Ay ! la pobre nada había hecho : sólo había un culpable, el viento. Pero Mario, en quien rugía confusamente el Bartolo que hay en todo querubín, estaba determinado a enfadarse, y sentía celos hasta de su sombra. Así, en efecto, se despiertan en el corazón humano, y se imponen, aun sin derecho, los acres y extraños celos de la carne. Por lo demás, y aun prescindiendo de los celos, la vista de aquella hermosa pierna no había tenido para él nada de agradable : la media blanca de la primera mujer que hubiera encontrado le hubiera causado más placer.

Cuando «su Ursula», después de haber llegado al extremo de la alameda, volvió a pasar con el señor Blanco por delante del banco donde Mario se había sentado de nuevo, éste le dirigió una mirada irritada y feroz. La joven experimentó ese movimiento de hombros y ese leve arqueamiento de cejas que significa : ¿qué tendrá?

Esta fué «su primera riña».

Apenas acababa Mario de reñir con ella de este modo por medio de los ojos, cuando una persona atravesó el paseo. Era un inválido encorvado, arrugado y poco cano, con uniforme del tiempo de Luis XV, que llevaba al pecho la pequeña placa ovalada de paño encarnado, con espadas cruzadas, cruz de San Luis del soldado, e iba adornado además de una manga del uniforme sin brazo dentro, una barba de plata y una pierna de palo. Mario creyó notar que aquel ente tenía el aire extremadamente satisfecho. Le pareció que el viejo cínico, al pasar cojeando por su lado, le había dirigido una guiñada fraternal y alegre, como si una casualidad cualquiera hubiese hecho que estuviesen en inteligencia y que hubieran saboreado en común alguna buena fortuna. ¿Qué tenía para estar tan contento aquel resto de Marte? ¿Qué había pasado entre aquella pierna de palo y ella? Mario estaba en el colmo de los celos.

—¡Tal vez estaba aquí!—dijo—, ¡y tal vez ha visto!...

Y le entraron ganas de exterminar al inválido.

Con el tiempo todo se olvida: la cólera de Mario contra «Ursula», por justa y por legítima que fuese, pasó. Acabó por perdonar, pero tuvo que hacer un grande esfuerzo, y se manifestó irritado con ella tres días.

Sin embargo, al través de todo esto, y a causa de todo esto, la pasión crecía y llegaba hasta la locura.

IX

ECLIPSE

Acabamos de ver cómo Mario había descubierto, o creído descubrir, que ella se llamaba Ursula.

Comiendo se abre el apetito, y en amor sucede lo que en la mesa. Saber que se llamaba Ursula era mucho y era poco. Mario en tres o cuatro semanas devoró aquella felicidad; deseó otra, y quiso saber dónde vivía.

Había cometido una primera falta: caer en la emboscada del banco del gladiador. Había cometido la segunda: no permanecer en el Luxemburgo cuando iba solo el señor Blanco. Cometió la tercera, que fué inmensa: siguió a «Ursula».

Vivía en la calle del Oeste, en el sitio menos frecuentado, en una casa nueva de tres pisos, de modesta apariencia.

Desde aquel momento, Mario añadió a su dicha de verla en el Luxemburgo la de seguirla hasta su casa.

Su hambre se aumentaba. Sabía cómo se llamaba, o a lo menos de nombre, nombre lindísimo, el verdadero nombre de una mujer; sabía dónde vivía, quiso saber quién era.

Una noche, después de seguir al padre y a la hija hasta su casa, luego que los vió desaparecer tras de la puerta cochera, entróse en su seguimiento y preguntó valientemente al portero:

—¿Es el señor del piso principal el que acaba de entrar?

—No—contestó el portero—. Es el inquilino del tercero.

Había dado un paso: este triunfo alentó a Mario.

—¿Interior o exterior?—preguntó.

—La casa no tiene más que cuartos a la calle—contestó el portero.

—¿Y cuál es la profesión de ese caballero?—replicó Mario.

—Es rentista, caballero; un hombre muy bueno, y un señor muy caritativo, que hace mucho bien a los pobres, aun cuando no es rico.

—¿Cómo se llama?—añadió Mario.

El portero alzó la cabeza, y dijo:

—¿Acaso sois polizonte?

Mario se fué un poco mohino, pero encantado: progresaba.

—Bueno—pensó—; sé que se llama Ursula, que es hija de un rentista, y que vive ahí en ese piso tercero de la calle del Oeste.

Al día siguiente, el señor Blanco y su hija sólo dieron un pequeño paseo en el Luxemburgo: todavía era muy de día cuando se marcharon. Mario los siguió a la calle del Oeste como acostumbraba. Al llegar a la puerta-cochera, el señor Blanco hizo pasar primero a su hija; luego se detuvo antes de atravesar el umbral, se volvió y miró fijamente a Mario. Al día siguiente ya no fueron al Luxemburgo, y Mario esperó en balde todo el día.

Entrada la noche fué a la calle del Oeste, y vió luz en las ventanas del ter-

cer piso, y se paseó por debajo hasta que se apagó la luz.

Al día siguiente tampoco fueron al Luxemburgo. Mario esperó todo el día, y luego fué a ponerse de centinela bajo las ventanas. Esto le entretenía hasta las diez de la noche. Ya no comía. La fiebre alimenta al enfermo, y el amor al enamorado.

Así pasaron ocho días. El señor Blanco y su hija no volvieron a aparecer por el Luxemburgo. Mario formaba tristes conjeturas: no se atrevía a espiar la puerta cochera durante el día. Contentábase con ir de noche a contemplar la claridad rojiza de los cristales. Veía de cuando en cuando pasar algunas sombras, y el corazón le latía con este espectáculo.

Al octavo día, cuando llegó bajo las ventanas, no había luz en éstas.

—¡Calla!—exclamó—: todavía no han encendido luz, y, sin embargo, es ya muy de noche: ¿habrán salido?

Esperó hasta las diez, hasta las doce, hasta la una de la mañana; pero no se encendió ninguna luz tras de las vidrieras del tercer piso, ni entró nadie en la casa. Se fué, pues, muy triste.

A la mañana siguiente (porque no vivía sino de día siguiente en día siguiente, ni había hoy para él, digámoslo así); a la otra mañana no vió a nadie en el Luxemburgo: lo esperaba; al anochecer fué a la casa. No se veía ninguna luz en las ventanas: las persianas estaban cerradas: el piso tercero estaba obscuro como boca de lobo.

Mario llamó a la puerta-cochera, entró y dijo al portero:

—¿El señor del piso tercero?

—Se ha mudado—contestó el portero.

Mario vaciló, y dijo débilmente:

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde vive ahora?

—No lo sé.

—¿No ha dejado las señas de su nueva casa?

—No.

Y el portero, levantando la nariz, conoció a Mario.

—¡Calla!—dijo—sois vos: ¿conque decididamente sois de la policía?

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

PRIMERA PARTE

Fantina

LIBRO PRIMERO

Un justo

CAPS.		PÁGS.
I.	Monseñor Myriel.	5
II.	El señor Myriel se convierte en monseñor Bienvenido.	7
III.	A buen obispo, mal obispado.	9
IV.	Las obras parecidas a las palabras.	11
V.	De cómo monseñor Bienvenido hacía durar demasiado tiempo sus sotanas.	14
VI.	Por quién hacía guardar su casa.	16
VII.	Cravatte.	19
VIII.	Filosofar después de beber.	21
IX.	El hermano pintado por la hermana.	23
X.	El obispo en presencia de una luz desconocida.	25
XI.	Una restricción.	31
XII.	Soledad de monseñor Bienvenido.	33
XIII.	Lo que se creía.	35
XIV.	Lo que pensaba.	37

LIBRO SEGUNDO

La caída

I.	La noche de un día de marcha.	38
II.	La prudencia aconseja a la sabiduría.	44
III.	Heroísmo de la obediencia pasiva.	47
IV.	Pormenores sobre las queserías de Pontarlier.	49
V.	Tranquilidad.	51
VI.	Juan Valjean.	52
VII.	La interioridad de la desesperación.	55
VIII.	La ola y la sombra.	59
IX.	Nuevas quejas.	60
X.	Un hombre despierto.	61
XI.	Lo que hace.	62
XII.	El obispo trabaja.	64
XIII.	Gervasillo.	66

LIBRO TERCERO

En el año 1817

I.	El año 1817.	70
II.	Doble quator.	73
III.	Cuatro a cuatro.	76
IV.	Tholomyes está tan alegre, que canta una canción española.	78
V.	En casa de Bombarda.	79
VI.	El amor de Favorita.	80
VII.	Sabiduría de Tholomyes.	81
VIII.	Muerte de un caballo.	84
IX.	Alegre fin de la alegría.	85

LIBRO CUARTO

Confiar es a veces entregar

I.	Una madre que se encuentra con otra.	87
II.	Primer contorno de dos figuras bizcas.	92
III.	La alondra.	93

LIBRO QUINTO

El descenso

I.	Historia de un progreso en los abalorios negros.	94
II.	El tío Magdalena.	95
III.	Cantidades depositadas en casa de Laffite.	97
IV.	El señor Magdalena de luto.	99
V.	Vagos relámpagos en el horizonte.	100
VI.	El tío Fauchelevent.	103
VII.	Fauchelevent se hace jardinero en París.	104
VIII.	La señora Victurnien gasta treinta francos en favor de la moralidad.	105
IX.	Triunfo de la señora Victurnien.	106
X.	Continuación del triunfo.	108
XI.	Christus nos liberavit.	111
XII.	Los ocios del señor Bamatabois.	111
XIII.	Solución de algunas cuestiones de Policía municipal.	112

LIBRO SEXTO

Javert

I.	Principio del reposo.	117
II.	De cómo Juan puede convertirse en Cham.	119

LIBRO SÉPTIMO

La causa de Champmathieu

I.	Sor Simplicia.	124
II.	Perspicacia de maese Scaufflaire.	125
III.	Una tempestad bajo un cráneo.	128
IV.	Formas que toma el color durante el sueño.	137
V.	Las armaduras de las ruedas.	139
VI.	Sor Simplicia puesta a prueba.	145
VII.	El viajero al llegar al término de su viaje toma sus precauciones para volverse.	148
VIII.	Entrada de favor.	150
IX.	Un sitio donde empiezan a formarse las convicciones.	152
X.	El sistema de negativas.	155
XI.	Champmathieu cada vez más admirado.	159

LIBRO OCTAVO

Reacción

I.	Del espejo en que vió el señor Magdalena sus cabellos.	161
II.	Fantina feliz.	163
III.	Javert contento.	165
IV.	La autoridad recobra sus derechos.	166
V.	Una tumba a propósito.	168

SEGUNDA PARTE

Cosette

LIBRO PRIMERO

Waterloo

I.	Lo que se encuentra al venir de Nivelles.	171
II.	Hougomont.	172
III.	El 18 de Junio de 1815.	176
IV.	A...	177
V.	El quid obscurum de las batallas.	178
VI.	Las cuatro de la tarde.	180
VII.	Napoleón de buen humor.	182
VIII.	El Emperador hace una pregunta al guía Lacoste.	185
IX.	Lo inesperado.	186
X.	La meseta de Mont-Saint-Jean.	188
XI.	Mal guía para Napoleón, bueno para Bulow.	191
XII.	La guardia.	192
XIII.	La catástrofe.	193
XIV.	El último cuadro.	194
XV.	Cambronne.	195
XVI.	¿Quot libras induce?	196
XVII.	¿Fué bueno el resultado de Waterloo?	199
XVIII.	Recrudescencia del derecho divino.	200
XIX.	El campo de batalla por la noche.	201

LIBRO SEGUNDO

El navío Orión

I.	El número 24.601 se convierte en el número 9.430.	205
II.	Donde se leerán dos versos, que son tal vez del diablo.	206
III.	De como la cadena de la argolla debió de haber sufrido alguna operación preparatoria para romperse así de un martillazo.	209

LIBRO TERCERO

Cumplimiento de la promesa hecha a la difunta

CAPS. PÁGS.

I.—La cuestión del agua en Montfermeil. 213
II.—Dos retratos completos. 215
III.—Vino a los hombres y agua a los caballos. ... 218
IV.—Entrada de una muñeca en escena. 219
V.—La niña enteramente sola. 220
VI.—Capítulo que prueba tal vez la inteligencia de Boulatruelle. 223
VII.—Cosette en la obscuridad al lado del desconocido. 226
VIII.—Inconvenientes de recibir en casa a un pobre, que tal vez es un rico. 227
IX.—Thenardier maniobrando. 236
X.—De cómo el que busca lo mejor puede hallar lo peor. 240
XI.—Vuelve a aparecer el número 9.430 y Cosette lo gana a la lotería. 243

LIBRO CUARTO

La casa de Gorbeau

I.—Maese Gorbeau. 243
II.—Nido para búho y curruca. 247
III.—Dos desgracias entrelazadas producen felicidad. 248
IV.—Las observaciones de la inquilina principal ... 250
V.—Una moneda de cinco francos que cae al suelo hace ruido. 251

LIBRO QUINTO

A caza de espera, jauría muda

I.—Los rodeos de la estrategia. 253
II.—Donde se verá cuán útil es que pasen carruajes por el puente de Austerlitz. 255
III.—Véase el plano de París en 1727. 256
IV.—Tentativas de evasión. 257
V.—Aventura que sería imposible con el alumbrado de gas. 258
VI.—Principio de un enigma. 260
VII.—Continúa el enigma. 262
VIII.—Se duplica el enigma. 263
IX.—El hombre y el cencerro. 264
X.—Donde se explica cómo Javert había espiado en vano. 265

LIBRO SEXTO

El pequeño Picpus

I.—Callejuela Picpus, número 62. 270
II.—La regla de Martín Vargas. 272
III.—Rigores. 275
IV.—Alegrías. 276
V.—Distracciones. 278
VI.—El convento pequeño. 281
VII.—Algunos perfiles de esta sombra. 282
VIII.—Post corda lapides. 283
IX.—Un siglo bajo una toca. 284
X.—Origen de la adoración perpetua. 285
XI.—Fin del pequeño Picpus. 286

LIBRO SÉPTIMO

Paréntesis

I.—El convento como idea abstracta. 287
II.—El convento como hecho histórico. 287
III.—Bajo qué condiciones puede respetarse lo pasado. 288
IV.—El convento desde el punto de vista de los principios. 289
V.—La oración. 290
VI.—Bondad absoluta de la oración. 291
VII.—Precauciones que deben tomarse al condenar. 292
VIII.—La ley. 292

LIBRO OCTAVO

Los cementerios toman lo que les dan

I.—Donde se ve cómo se puede entrar en un convento. 294
II.—Fauchelevent en presencia de la dificultad. ... 298
III.—La madre Inocente. 299
IV.—De cómo parece que Juan Valjean había leído a Agustín Castillejo. 304
V.—De cómo no basta ser borracho para ser inmortal. 307
VI.—Entre cuatro tablas. 310
VII.—Donde verá el lector el origen de la frase: guarda cédula. 311
VIII.—Interrogatorio de felices resultados. 314
IX.—Clausura. 316

TERCERA PARTE

Mario

LIBRO PRIMERO

París estudiado en su átomo

CAPS. PÁGS.

I.—Párvulos. 320
II.—Señas particulares. 320
III.—Se divierte. 321
IV.—Puede ser útil. 322
V.—Sus fronteras. 322
VI.—Un poco de historia. 323
VII.—De cómo el pilluelo ocupa un lugar en las clasificaciones de la India. 324
VIII.—Donde se leerá una buena ocurrencia del último rey. 325
IX.—El viejo espíritu de los galos. 326
X.—Ecce París, Ecce Homo. 327
XI.—Burlarse es reinar. 328
XII.—El porvenir latente en el pueblo. 329
XIII.—El niño Gavroche. 330

LIBRO SEGUNDO

El noble de la clase media

I.—Noventa años y treinta y dos dientes. 331
II.—A tal amo, tal casa. 332
III.—Lucas-Espíritu. 333
IV.—Aspirante a centenario. 333
V.—Vasco y Nicolasita. 334
VI.—Donde el lector vislumbrará a la Magnon y a sus dos hijos. 334
VII.—Regla: no recibir a nadie más que por la noche. 335
VIII.—Las dos no forman pareja. 336

LIBRO TERCERO

El abuelo y el nieto

I.—Una tertulia antigua. 337
II.—Un espectro rojo de aquel tiempo. 339
III.—Requiescant. 342
IV.—Fin del bandido. 347
V.—Donde se verá cuán útil es ir a misa para hacerse revolucionario. 349
VI.—Donde se verán las consecuencias de haber encontrado a un mayordomo. 349
VII.—Algún amorcillo. 353
VIII.—Mármol contra granito. 355

LIBRO CUARTO

Los amigos de A B C

I.—Un grupo que ha estado a punto de ser histórico. 358
II.—Oración fúnebre de Blondeau, por Bossuet. ... 365
III.—Admiración de Mario. 367
IV.—La sala interior del café Musain. 368
V.—Ensánchase el horizonte. 372
VI.—Res Augusta. 374

LIBRO QUINTO

Excelencia de la desgracia

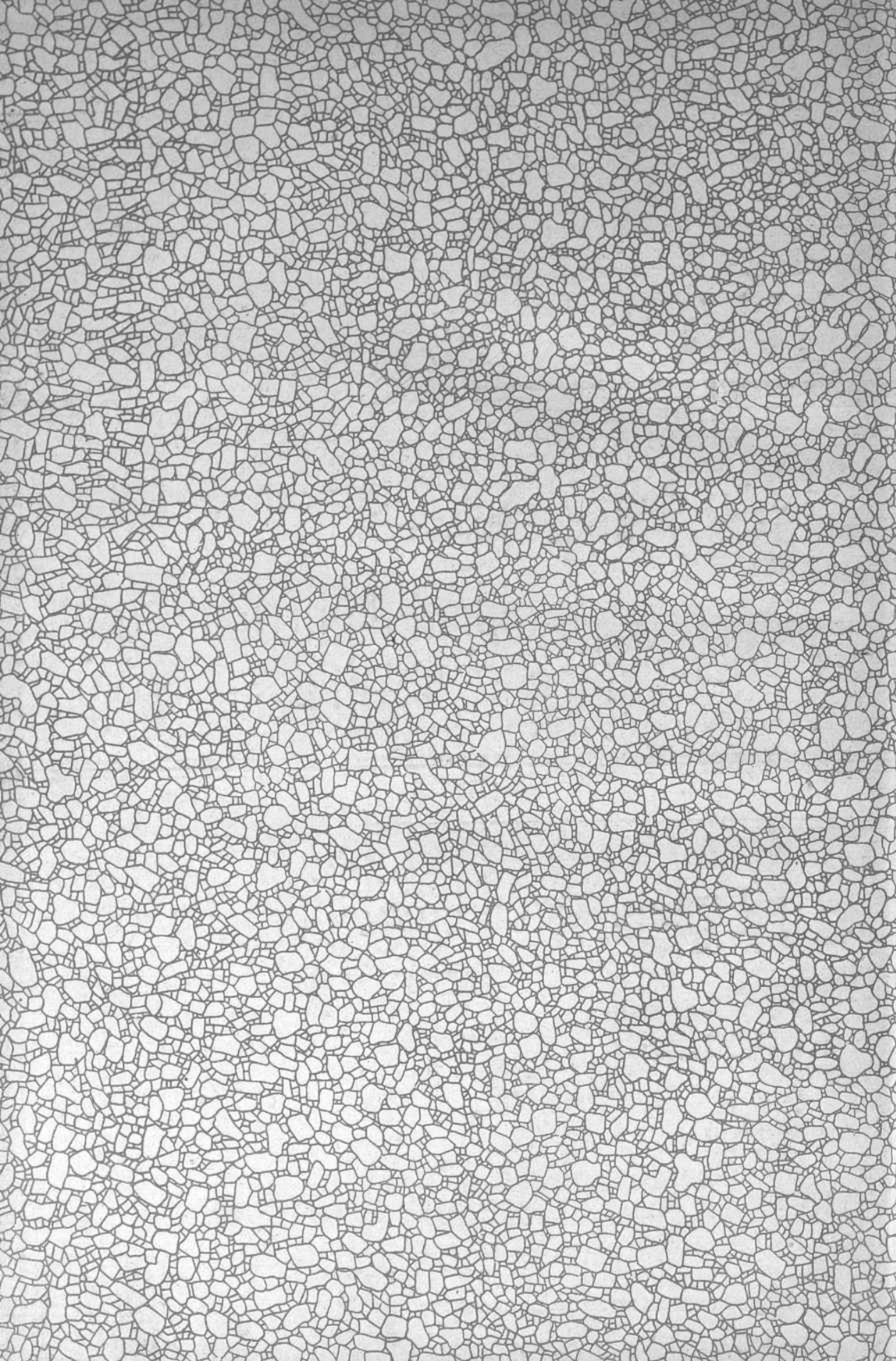
I.—Mario indigente. 375
II.—Mario pobre. 376
III.—Mario hombre. 378
IV.—El señor Mabeuf. 381
V.—La pobreza buena vecina de la miseria. 383
VI.—El sustituto. 384

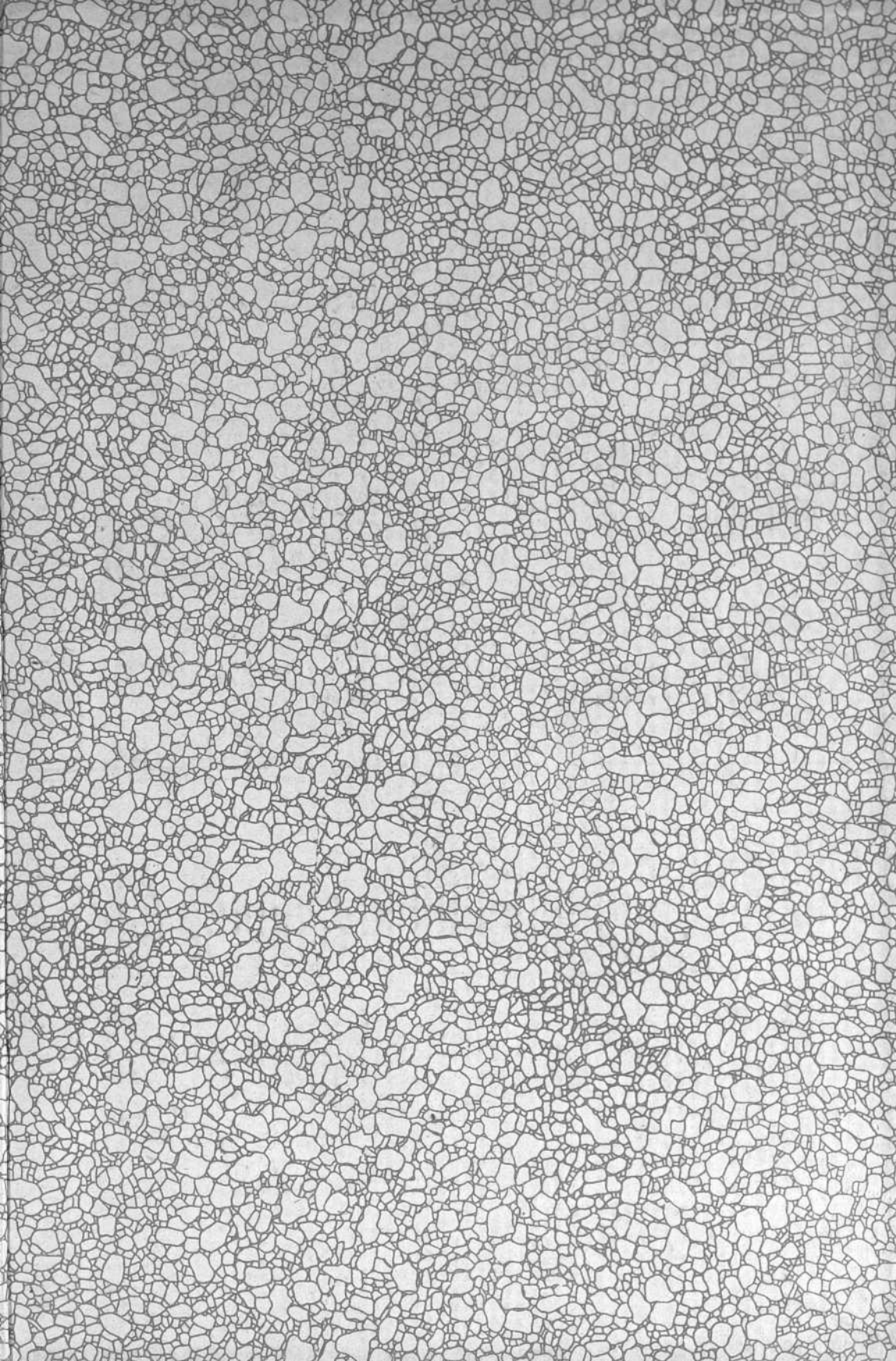
LIBRO SEXTO

La conjunción de dos estrellas

I.—El apodo: manera de formar nombres de familia. 387
II.—Lux facta est. 389
III.—Efecto de primavera. 390
IV.—Principio de una grande enfermedad. 390
V.—Caen varios rayos sobre la tía Bougon. 392
VI.—Prisionero. 393
VII.—Aventuras de la letra U en el terreno de las suposiciones. 394
VIII.—Hasta los inválidos pueden ser dichosos. 395
IX.—Eclipse. 396

930
930
947





VÍCTOR HUGO

LOS
MISERA

D-2
14752